

HISTÓRIAS CURTAS

Franz Kafka

InfoLivros.org



SINOPSE DE HISTÓRIAS CURTAS

Histórias curtas é uma coleção de contos escritos pelo autor tcheco Franz Kafka. Os contos têm um tom íntimo e a maioria é escrita na primeira pessoa. Incomunicação e solidão são dois conceitos essenciais nas histórias, especialmente devido à necessidade do autor de refletir sobre a condição humana.

As histórias de Kafka mostram o ser humano confrontado com um mundo complexo, que se baseia em paradoxos e regras pouco claras. A briga familiar entre pais e filhos, os conflitos internos do indivíduo e a indecisão do ser humano entre a realidade e o improvável são alguns dos temas essenciais do livro.

Se você quiser ler mais sobre este livro, você pode visitar o seguinte link [Histórias curtas por Franz Kafka em InfoLivros.org](#)

Se desejar ler este trabalho noutras línguas, basta clicar nos links correspondentes:

- Inglês InfoBooks.org: [Short Stories author Franz Kafka](#)
 - Espanhol InfoLibros.org: [Relatos Cortos autor Franz Kafka](#)
-

Se quiser ler e descarregar mais livros de Virgílio em formato PDF, convidamo-lo a visitar esta página:

- [Franz Kafka em formato PDF em InfoLivros.org](#)
-

Se quiser aceder à nossa biblioteca digital com mais de 3.500 livros para ler e descarregar gratuitamente, convidamo-lo a visitar esta página:

- [+3,500 livros gratuitos em formato PDF em InfoLivros.org](#)

PRÓLOGO

La presente edición se propone brindar al lector la posibilidad de acercarse, en la medida de lo posible, a los textos originales de Franz Kafka. En el volumen reunimos aquellos escritos que pueden ser incluidos en la categoría de «relatos», «narraciones», «piezas narrativas», «poemas en prosa», «historias», «cuentos» o «fragmentos», según se los quiera denominar, traducidos a partir de los textos originales, sin filtros ni retoques. El criterio primordial para elegir estos textos ha sido que formen parte del mundo de la ficción, es decir, no incluimos escritos autobiográficos, como fragmentos de los Diarios, ni otros escritos, como la Carta al padre, en los que Kafka elabora claramente situaciones personales desde una perspectiva alejada de la literatura. Es indudable que en parte se debe a Max Brod la extraordinaria divulgación de la obra de su amigo Kafka: sin su dedicación e intenso estudio de los textos no habría sido posible que alcanzase la fama lograda. Este mérito es incontestable. No obstante, las ediciones de Max Brod obedecen a un criterio de selección muy personal que puede resultar cuestionable en varios aspectos. Sólo algunos ejemplos. En el caso del relato El cazador Gracchus, Max Brod fundió una serie de fragmentos y creó un texto homogéneo que en realidad no existe. Lo mismo ocurrió con dos versiones del mismo texto, la primera titulada Descripción de una lucha y la

segunda sin título. Por otra parte, la titulación arbitraria de algunos relatos o novelas (como América) ha confundido a aquellos que pretendían realizar una interpretación basándose en los títulos de las obras. Por este motivo, presentamos al lector una versión basada en los manuscritos y, cuando éstos no se han conservado, en las ediciones autorizadas por Kafka. En los casos de duda se ha consultado la última edición crítica. De este modo se da un paso más para acercar la obra original de Kafka al lector, siguiendo la tendencia iniciada recientemente en los países de habla alemana de publicar los manuscritos en edición facsímil. No obstante, la mayoría de la obra kafkiana aún no ha gozado de este privilegio. Para que esto ocurra con todos los textos conservados antes tendrán que resolverse los conflictos de intereses y deberán vencerse las resistencias de Sir Malcom Pasley, el curador de la obra de Kafka, custodiada, por voluntad de los herederos, en la «Bodleian Library» de Oxford. Nos tenemos que felicitar, sin embargo, del espíritu que preside las ediciones de la editorial Stroemfeld, que, en el marco de su edición histórico crítica de Kafka, ha publicado el facsímil de El proceso, acompañado de su correspondiente CD-ROM, y en fecha reciente parte de los escritos póstumos bajo el título Descripción de una lucha. De este modo, los editores Roland Reuss, Peter Staengle y Joachim Unseld contribuyen decisivamente a un mejor conocimiento de la obra kafkiana. En esta última edición de los escritos póstumos se alternan las páginas del manuscrito con su

transcripción, así el lector puede disfrutar contemplando los trazos picassianos de la letra de Kafka y la atmósfera kubiniana que transmiten. A la versión escrita se añade la versión digital en un CD-ROM. Este proyecto, que esperamos siga adelante, sirve de complemento a la edición crítica de Malcom Pasley en la editorial Fischer.

Otro problema que acecha a los editores a la hora de publicar la obra de Kafka es la

ordenación de los escritos. En este volumen hemos realizado una ordenación atendiendo a un criterio cronológico, lo que, a su vez, también causa dificultades, pues de muchos de ellos sólo disponemos de vagas referencias. Tal vez el ejemplo más significativo sea el breve texto El deseo de ser un indio, del que no existe el menor indicio que permita clasificarlo cronológicamente. No obstante, casi siempre hay pistas que, al menos, pueden ofrecer un periodo de creación fiable. Este método de ordenación tiene la ventaja de que permite un principio interpretativo sólido, posibilidad que no ofrecen las colecciones de relatos arbitrarias, y además nos muestra un friso de la evolución creadora de Franz Kafka en conexión con sus datos biográficos. El que Kafka concibiese la mayoría de sus relatos como obras autónomas, no quiere decir que le fuera indiferente qué relatos podían aparecer en un mismo volumen y cuáles no. Todo lo contrario. En

la correspondencia con su editor, Kurt Wolff, y con amigos siempre encontramos referencias a su obra en las que se observa su preocupación por dar a las colecciones de relatos una unidad temática. Por ejemplo, cuando pidió a Kurt Wolff que uniese en un volumen *La condena*, *La metamorfosis* y *El fogonero* bajo el título *Los hijos* era evidente que consideraba los tres textos vinculados temáticamente. Asimismo, Kafka no se mostró partidario de unir *La condena*, *La metamorfosis* y *En la colonia penitenciaria* bajo el título *Penas*, ya que, según su parecer, el primer relato era incompatible con el tercero. Así pues, Kafka era consciente del efecto que debían causar en el lector sus libros de relatos; una ordenación selectiva y arbitraria de los textos anula, en cierta medida, la atmósfera literaria que Kafka pretendía crear. Por esta razón, nos hemos decidido por una ordenación cronológica. Además, hemos considerado conveniente incluir al final del volumen algunas observaciones esenciales sobre el origen y la transmisión de cada uno de los textos. Así, el lector puede comprobar en qué periodo se redactaron y cuándo se publicaron. Para que ciertos títulos no lleven a conclusiones o asociaciones erróneas, hemos distinguido los títulos de Kafka de los ideados por Max Brod al escribir estos últimos en cursiva.

Otras dificultades que deben afrontarse cuando se toman los manuscritos como materia prima de la traducción son una

ortografía irregular, anomalías fruto de la falta de corrección, fragmentos poco claros, reglas sintácticas y gramaticales anticuadas, así como peculiaridades estilísticas de Kafka, que, sin duda, dificultan la legibilidad de los textos y les dan un carácter en cierta medida informal. Por añadidura, la sintaxis de Kafka era bastante peculiar, probablemente porque daba una gran importancia a la oralidad del texto. En la traducción se ha evitado en lo posible, siempre que lo ha permitido la fluidez del español, la simplificación o la manipulación de los pasajes problemáticos. Precisamente aquí radica la diferencia entre emplear una versión virgen y otra, como la de Max Brod, que contiene numerosas enmiendas respecto al original. Ya Ortega y Gasset, en su pequeño ensayo Miseria y esplendor de la traducción, había hecho hincapié en la imposibilidad de identificar la traducción con la obra. Con razón afirmaba Ortega que es imposible la transustanciación por la cual la obra escrita en un idioma surge súbitamente en otro. La traducción nunca es la obra, sino un camino hacia la obra. Y cuando se intenta avanzar en este camino no se hace sin renuncias y sin enfrentarse a decisiones que afectan esencialmente al resultado final. Es evidente que lo ideal en un clásico como Kafka sería transmitir su prosa jurídica y pseudocientífica, así como su peculiar forma de emplear el alemán que supone, indudablemente, un goce peculiar para el lector, aunque ha habido críticos que han

enjuiciado negativamente esa prosa sentenciosa, fría, casi inhumana. Por desgracia, cuanto más se pretende reproducir la impresión estética en una traducción, por regla general más nos alejamos del original. Así pues, en aquellos pasajes en los que quedaba abierta la vía para una versión más libre, hemos renunciado a ella y nos hemos decidido por una versión más ajustada al texto, aunque quizá menos satisfactoria estéticamente hablando. No obstante, tampoco hemos extremado tanto este criterio como para convertir la obra de Kafka en un «aparato bastante enojoso». En realidad, hemos intentado encontrar una dirección intermedia entre las dos direcciones que, según Schleiermacher en su obra *Sobre los diferentes métodos de traducir*, puede emprender una traducción: o traer el autor al lenguaje del lector o llevar al lector al lenguaje del autor.

Kafka constituye un fenómeno único en la historia de la literatura. De pocos escritores se sabe tanto; numerosos simposios de germanistas, judaístas o de filósofos han estudiado su vida y obra hasta en los más recónditos detalles; el saber acerca de Kafka es inmenso, difícil de abarcar aun para el especialista. En 1977 Theo Elm calculó alrededor de 11.000 opiniones de expertos sobre la obra de Kafka. Los coloquios sobre Kafka suelen derivar en auténticas orgías interpretativas. No obstante, esta obra sigue siendo un enigma. No deja de causar perplejidad el abismo

existente entre el saber acumulado, una auténtica Torre de Babel de conocimientos, y las pocas certezas que este saber proporciona. Tal vez por esta razón la obra de Kafka mantiene su vigencia, atrae a especialistas y profanos con una fuerza inusitada. Sin embargo, esta complejidad y este halo misterioso de la obra repercuten de manera distinta en los lectores. Los especialistas, por una parte, cada vez ponen listones más altos para la comprensión de la obra de Kafka: el dominio de las mil teorías que interpretan sus obras, la profundización en la Cábala, en el psicoanálisis, el sionismo, la filosofía preexistencialista etc., y, por otra parte, están aquellos que afirman un acceso directo y personal a la obra, siguiendo, por lo demás, las instrucciones del mismo Kafka, que escribía a Felice Bauer: «La verdad interna de un relato no se deja determinar nunca, sino que debe ser aceptada o negada una y otra vez, de manera renovada, por cada uno de los lectores u oyentes». Esta perspectiva colisiona frontalmente con la intención de aquellos especialistas que desean encontrar un principio fundamental, una fórmula mágica que sirva de llave universal para la interpretación de los escritos kafkianos, resistentes hasta el día de hoy a toda fijación hermenéutica. Por añadidura, y para mayor confusión del lector profano, los intérpretes han formado escuelas, por no denominarlas sectas, que cultivan un aislacionismo combativo frente a otras teorías y análisis. No obstante, ya parece haber transcurrido el primer periodo interpretativo en el que se intentó reducir la obra kafkiana

a un principio rígido. Las intenciones de Max Brod de convertir a Kafka en un pensador sionista fueron rebatidas limpiamente por Walter Benjamin; las interpretaciones psicoanalíticas han resultado insostenibles. Intentos sistematizadores, como el de Wilhelm Emrich en su obra *Franz Kafka*, parecen demasiado perfectos para ser ciertos y despiertan la impresión de que la obra de Kafka, como un enorme espejo mágico, se limita a reflejar el espíritu del intérprete. Pero si la obra

kafkiana evoca la célebre «interpretación infinita», no se puede renunciar, sin embargo, a la búsqueda de un sentido que explique su actualidad. Así, la editorial Valdemar ha querido contribuir a la comprensión de los distintos motivos que inciden en esta obra universal con la publicación de *El proceso* (2000), tomando en consideración los últimos avances de la investigación, y del volumen *Aforismos, visiones y sueños de Franz Kafka* (1998), en el que se realiza una sistematización de diversos textos kafkianos bajo determinados epígrafes, correspondientes a los temas fundamentales que han fertilizado su obra. Estos temas, a su vez, proceden de los distintos ámbitos de la investigación. Por ejemplo, el judaísmo de Kafka y la problemática en torno a la Ley y la Cábala han sido investigados por Gershom Scholem y K. E. Grözinger; Walter Benjamin se ocupó primordialmente de las implicaciones sociales y de la frontera entre nihilismo y religión en el pensamiento kafkiano. Estos aspectos, entre otros, son

imprescindibles para acercarse a la obra de Kafka, pero no excluyen una lectura subjetiva, simplemente amplían los horizontes del lector. Como manifestó Vladimir Nabokov en su Curso de literatura europea, para leer a Kafka sólo se necesita cierta sensibilidad literaria, poseer la capacidad de trascender la realidad objetiva, de percibir lo indefinible, en definitiva no reducir, por ejemplo, La metamorfosis a la historia de un pobre diablo que se convierte en escarabajo. Ésa es la «célula» o el «gene», como se expresó Nabokov, que ha creado la literatura y que la mantiene en vida.

La obra de Kafka ha sido definida como un instrumento ideal para el conocimiento de lo oculto. Esta sensibilidad, que permite captar complejos aspectos de la existencia y expresarlos, se fundamenta en un conocimiento profundo de las múltiples formas en que se manifiesta el poder, en un instinto sutil orientado hacia el discernimiento de lo justo y lo injusto y en un amor insobornable a la verdad. En Kafka encontramos un espíritu penetrante, pero además unas circunstancias únicas. No sólo pertenecía a una minoría por ser judío, sino también por pertenecer a la minoría de habla alemana (un 10% de la población checa). Pero a su vez pertenecía a otra minoría, pues la nación checa representaba un papel modesto en el imperio de los Habsburgo. En realidad no era ni alemán, ni checo, ni austríaco, ni judío, pero era discriminado, o

su situación se veía afectada, por hablar alemán, por ser judío y por ser checo. Una existencia tan compleja tenía que desembocar en una crisis de identidad y, al mismo tiempo, en una intensificación de la capacidad perceptiva. No es de extrañar, pues, que Kafka se haya convertido en un símbolo de la inseguridad del individuo en el mundo moderno, de los problemas existenciales y anímicos, de la desolación, de la desesperanza y del desarraigo. Muchos lectores se han identificado con su personalidad atormentada, se han reconocido en su actitud desesperada, pero en esta valoración se olvida un aspecto importante de la obra de Kafka, sobre el que su amigo Urzidil llamó la atención poco después de su muerte, y que no se puede ignorar o dejar que desaparezca bajo el manto del pesimismo y de la angustia. Hablamos del insobornable realismo de Kafka y de su gran ironía, de un humor que posee una fuerza de penetración extraordinaria, capaz de desenmascarar lo falso e inauténtico en la existencia humana. Este realismo y humor, esta ironía, no se puede olvidar, también se encuentran en la obra de Kafka. Forman parte de su estrategia para afrontar una existencia que para él había perdido todo sentido racional e irracional. En los recuerdos de Gustav Janouch sobre Kafka se encuentra un curioso pasaje sobre uno de los autores predilectos del autor praguense, me refiero a G. K. Chesterton, el creador del Padre Brown y el autor de ensayos en defensa de la fe católica. Para Kafka, en una

época impía e irreligiosa como la suya, sólo quedaba la jovialidad como remedio contra la desesperación. Por esta razón le gustaba la obra de Chesterton, porque era tan jovial que casi se podía creer que había encontrado a Dios.

Mucho se ha discutido entre los especialistas sobre el sentido de la obra de Kafka, ante todo sobre la posibilidad de encontrar un hilo conductor que nos lleve a través de sus textos procurándonos un ordenamiento lógico, tanto desde una perspectiva temática como biográfica. Por desgracia, no se ha llegado aún a una solución satisfactoria. Sin embargo, en Kafka se dan determinadas circunstancias básicas que iluminan, aunque tenuemente, sus escritos. Nos referimos a la tenacidad con que escribía. En pocos escritores encontramos esta hipertrofia de la voluntad, esta obsesión por confundir su ser mismo con la literatura. Se ha hablado de su egocentrismo a la hora de escribir. Y, efectivamente, Kafka apenas escribía para los demás, ante todo escribía para sí mismo. Con esta actividad pretendía otorgar un sentido a su «existencia vacía». Es posible que escribir cumpliera para Kafka en algunos momentos de su vida una función terapéutica, pero no llevemos demasiado lejos esta extendida opinión, escribir también supuso un esfuerzo excepcional que consumió todas sus energías. En Kafka se cumple el mandamiento nietzscheano de

«escribir con sangre». Todo lo que obstruía o impedía su dedicación plena a la literatura fue considerado un estorbo, una tortura: la familia, la profesión, el matrimonio. Kafka consideraba la literatura como su forma de existencia natural, pero, en colisión con su vida profesional y familiar, una forma de existencia imposible. A Rudolf Steiner, el fundador de la antroposofía, le confesaba: «No sólo a causa de mis relaciones familiares, tampoco podría vivir de la literatura a causa de la lentitud con que se originan mis obras y de su carácter tan especial; además, mi salud y mi carácter me impiden llevar una vida que, en el mejor de los casos, sería incierta. Por esta razón soy un funcionario en una compañía de seguros. Sin embargo, estas dos profesiones nunca podrán ser compatibles y permitir una felicidad conjunta. La mayor felicidad en la primera supondría la mayor desgracia en la segunda». Así pues, Kafka se definía como una existencia imposible que sólo adquiriría sentido en la labor imposible de escribir. Ni su existencia profesional, ni personal, ni familiar, ni literaria poseían un punto de anclaje, su situación sólo se puede explicar como un desarraigo radical. Sus intentos por emanciparse de la familia y dedicarse plenamente a la literatura no eran más que, imitando el estilo heideggeriano, «el arraigo en el desarraigo». Esta tensión anímica le proporcionó la sensibilidad necesaria para, intencionadamente o no, describir en un ámbito literario la transición de la metafísica al nihilismo, la ruptura definitiva de este mundo con la Verdad.

La emancipación, el castigo y la pesadilla

En los textos de Kafka que hemos seleccionado y que abarcan toda su vida se entretajan una serie de motivos que se repiten una y otra vez. Estos arquetipos del mundo

kafkiano son una constante en su actividad literaria. Por desgracia, su interpretación es la que puede hacer de Kafka un teólogo de lo imposible, un poeta del nihilismo o el vate de la caída de la Tradición. Esta variedad de «etiquetas» es, naturalmente, legítima, pero se basa en un aislamiento de los motivos, necesario, por otra parte, para profundizar en ellos. En una introducción como ésta, sin embargo, reducir todas las narraciones que presentamos a un motivo fundamental sería una tarea desagradecida. Significaría forzar la obra de Kafka, querer ajustarla a uno de los muchos principios interpretativos que se han postulado. Ni las interpretaciones filosóficas, ni las religiosas, ni las psicoanalíticas, ni las materialistas, ni las estructuralistas, ni las políticas pueden aspirar a explicar por completo la obra de Kafka. Tampoco resultaría muy afortunado ir comentando uno por uno todos los textos e ir adscribiéndolos a una serie de motivos escogidos con antelación. Este método sería el más completo, pero nos tememos que reiterativo y tedioso. Aquí seremos más

modestos. Como hemos comentado, para Kafka no era indiferente qué relatos podían ir juntos y cuáles no. Esto nos permite hacer hincapié, no en los motivos aislados, sino en los vínculos que unen a los distintos textos entre sí. Estos vínculos son las arterias de la obra kafkiana, ellos son los que pueden dar una idea de cómo funciona el corazón.

Comenzaremos con tres relatos que Kafka consideró emparentados: La condena, La metamorfosis y El fogonero, a los que quiso unir bajo el título Los hijos. Sobre los tres relatos escribió a su editor Kurt Wolff: «Los tres textos están relacionados interior y exteriormente. Entre ellos existe una conexión evidente, más aún, una conexión secreta, y como no quisiera renunciar a ella, desearía su publicación en un libro titulado Los hijos».

¿A qué vínculos secretos se refería Kafka? En los tres relatos, escritos en 1912, se elaboran, indudablemente, experiencias personales. En ellos se plasma un anhelo de emancipación. En aquel año Kafka albergó esperanzas de lograr una independencia económica gracias a una fábrica que terminó convirtiéndose para él en una trampa. Al final, la fábrica supuso un motivo más de disputa entre el padre y el hijo, que descuidaba sus deberes y no se sentía capaz de cumplir con sus obligaciones. Esto intensificó su complejo de culpa. Pero Kafka no sólo luchaba por su independencia, sino también por su propia identidad, una

identidad liberada de la sombra omnipotente del padre. Por esta razón, para la comprensión de estos tres relatos resulta esencial la lectura de la Carta al padre, en la que expresa la naturaleza de sus vínculos familiares. No obstante, esta lucha por su identidad resultó creativa, Kafka fue capaz de verterla en el papel, satisfaciendo, al menos en lo que respecta al texto de La condena, sus elevadas exigencias literarias. Refiriéndose a La condena Kafka escribió que su intención había sido la de describir una lucha. Y precisamente La condena significó para Kafka una cumbre de su actividad como escritor, abriendo un periodo de confianza en su talento literario que, sin embargo, fue remitiendo rápidamente. En los tres relatos aludidos asistimos, pues, a la lucha de tres hijos por su independencia y por su identidad, en La condena y en La metamorfosis con un desenlace fatal, en El fogonero con una puerta abierta a la esperanza. Para describir esta lucha Kafka empleó motivos freudianos y recurrió a algunos autores que concitaban su interés como Franz Werfel, Max Brod, Jakob Wassermann, Gogol, Dostoyevski y Dickens. Pero la emancipación de la familia, sobre todo del padre, no explica

completamente los relatos que aquí nos ocupan. En La condena, es cierto, este tema aparece en un primer plano, como en la narración El mundo urbano, pero en los otros dos relatos integra simplemente uno de los elementos. En La condena se puede

percibir claramente cómo Kafka dota a las relaciones con su padre de cierto grado de abstracción: eso le permite describir una ruptura de la «autoridad», del vínculo cultural, social, religioso y familiar que une al padre y al hijo. Si nos fijamos en la estructura de los tres relatos descubrimos que son tres variedades de un simulacro judicial. En La condena, el hijo es sometido a juicio por el padre y es condenado a muerte; en La metamorfosis, el juicio, en el que la familia constituye el tribunal, se convierte simultáneamente en sentencia, y en El fogonero se realiza un simulacro de juicio que tiene como resultado la averiguación de la verdadera identidad del protagonista. Es evidente que Kafka recoge aquí una tradición cabalística y un «topos» de la literatura moral judía. En estos textos se afirma que el mundo fue creado según un principio jurídico y que éste es su fundamento. Religión y legislación se funden en una unidad compacta. Por esta razón, el hombre debe cuidarse de pecar, pues nunca sabe cuándo comenzará su juicio. En este juicio todo puede testimoniar contra el hombre, cualquier cosa, una piedra o las paredes de una casa. El mundo se convierte así en un perpetuo proceso, y la existencia de la persona se refleja en un juicio paralelo, en el que los demás asumen sus papeles de reos, acusadores, defensores, testigos o jueces. Éstos son también los papeles que desempeñan los personajes en los tres relatos que aquí comentamos.

Kafka se sintió profundamente atraído por este mundo de la judicatura metafísica, por la posibilidad de que el tribunal celestial pudiera intervenir en la vida terrenal. No en vano, Kafka era un excelente jurista que sólo renunció a ejercer la profesión de abogado porque deseaba encontrar un empleo que le permitiese escribir. En toda su obra se percibe un profundo interés filosófico jurídico. Muchos de sus temas tienen su origen en los tratados jurídicos judíos y en la argumentación rabínica. Pero Kafka secularizó el tema del tribunal metafísico y lo hizo imperar en una sociedad industrializada que había perdido su vínculo con lo sagrado, generando un sentimiento de culpa, cuyo origen es ignorado por los protagonistas. Cuando Gregor Samsa despierta una mañana convertido en escarabajo, desconoce que en él se ha ejecutado una sentencia; tampoco lo asocia a la tradición judía del «Gilgul», de la transmigración de las almas como castigo; ni lo atribuye a un comportamiento inmoral, a haber llevado una vida inauténtica o a una traición a sus propias inclinaciones existenciales. Se limita a plantear hipótesis causales que puedan explicar su situación e intenta adaptarse a su nueva vida. Incluso, inexplicablemente, trata de ignorar la radical transformación física que ha sufrido y emprender su vida normal. Pero mientras esto ocurre, asiste a la segunda metamorfosis, a la de su familia, que se va haciendo más consciente de sí misma conforme Gregor Samsa se va hundiendo en la animalidad. Al final, su muerte supondrá una liberación para toda la familia. La metamorfosis es,

sin duda, la más agresiva de las tres narraciones, la más desesperanzada, y se encuadra perfectamente en la trilogía. En *La condena* Kafka especula con la posibilidad de que el hijo tenga éxito en los negocios, se case y desbanque al padre, pero fracasa finalmente porque no es capaz de adaptarse a esa vida burguesa y renunciar a la

literatura; su debilidad es aprovechada por el padre para destruirle anímicamente. En *El fogonero*, el hijo se va de casa y busca fortuna en América. Se trata de un viaje incierto y lleno de peligros. No obstante, se observa cómo el hijo se mantiene inmaduro y busca figuras que sustituyan al padre. Finalmente, en *La metamorfosis*, el hijo ha logrado tener éxito y ha desbancado al padre, además es él quien alimenta a toda la familia, pero este tipo de vida ajena a sus inclinaciones logra acabar con él. Aquí, sin embargo, la situación se expresa a través de una metáfora animal o de una fábula, aunque la narración parece romper el marco rígido de los dos conceptos, el mismo sistema que Kafka empleará en numerosos relatos, casi todos incluidos en este volumen.

Podemos citar *Un cruce*, *En nuestra sinagoga* o *Investigaciones de un perro*. Precisamente bajo el título común *Dos historias de animales* publicó Kafka en la revista «*Der Jude*» los relatos *Chacales y árabes* e *Informe para una academia*. Como ha destacado Gröozinger, en muchos textos cabalísticos aparecen historias similares con animales que, curiosamente, tratan el tema

de la expiación y de la culpa. Además, el empleo de animales para ilustrar comportamientos humanos servía para expresar sentimientos de inferioridad y dificultades de adaptación social. Mediante la metamorfosis, Gregor Samsa queda excluido de la existencia social y privada, ya no puede influir en su entorno, ha perdido la capacidad de vivir en sociedad. Así pues, en las tres narraciones se emiten tres sentencias, pero el reo no entiende por qué se han emitido ni que su vida, en realidad, es un proceso continuo en un tribunal olvidado por su memoria individual y colectiva. En las tres narraciones, la excepción y la normalidad experimentan un estremecimiento que provoca una confusión de sus fronteras.

Kafka fingía situaciones en su actividad literaria que tenían una correspondencia en su vida privada. También incluía en sus textos pasajes de crítica social, pues Kafka era un hombre que se interesaba por los movimientos sociales y políticos de su tiempo. Pero en estas elaboraciones había un elemento, llamémoslo onírico, que es peculiar a su obra y que la diferencia de una literatura social o psicológica. Este carácter onírico ha impulsado a varios intérpretes a designar su obra con el nombre de «realismo fantástico», aunque este concepto permanece vago y ambiguo. Para muchos sería ir demasiado lejos unir bajo un mismo techo, pongamos por caso, la obra de Kafka y la de Jorge Luis Borges.

Uno de los principales rasgos de la actividad literaria kafkiana era su nocturnidad. La mayor parte de su obra fue escrita por la noche, aunque ello le robara horas de sueño y dañara gravemente su salud. Aún más, su ideal era escribir una narración completa en una noche, como ocurrió con *La condena*, obra que escribió entre las 10 de la noche y las 6 de la mañana. Kafka se interesaba, además, por el mundo de los sueños. En sus Diarios abundan los comentarios acerca de sus pesadillas y solía transcribirlas o convertirlas en pequeños relatos. En este volumen hemos incluido varios ejemplos. Este ambiente onírico se puede apreciar con especial intensidad en textos como *La condena*, *La metamorfosis* y *Un médico rural*. En la obra de Kafka se afirma la existencia de un puente entre el mundo del sueño y el de la vigilia, el mismo Kafka creía que historias o sucesos que comienzan en el mundo real experimentan una continuación en el mundo de los sueños y viceversa. El sueño, desde esta perspectiva, tiene su propia lógica y su propio lenguaje, el «lenguaje del inconsciente», vinculado con la realidad. También podemos encontrar esta noción del sueño en los textos cabalísticos. Por ejemplo, Grözinger cita en su libro *Kafka y la Cabala* un pasaje de un libro moral cabalístico: «Cuando el hombre duerme en su cama, su alma sale de su cuerpo y presta testimonio sobre él y sobre todo lo que ha hecho ese día. Y se juzga su alma, ya sea para bien o para mal, pues por la noche juzgan los Tribunales de las alturas...». Para Kafka el sueño no era

sólo una experiencia más o menos interesante, era una manifestación esencial de su personalidad, una vertiente más de la realidad, como el fenómeno de la enfermedad. Aquí Kafka se encuentra en una sólida tradición literaria, de la que forma parte el motivo del doble, tan presente en la obra de E.T.A. Hoffmann y Dostoyevski.

El olvido de la Ley

En los tres relatos comentados percibimos la permeabilidad entre la vida privada de Kafka y su obra. Ésta es producto de proyecciones psicológicas derivadas de experiencias personales. También observamos cómo Kafka extendió sus vivencias para convertirlas en literatura. Pero si los relatos del epígrafe anterior son el resultado de complejas interacciones emocionales que afectan a la vida psicológica del individuo, de un individuo que vive en una clase social determinada y está sometido a unos complejos vínculos familiares, hay otros relatos que intentan reflejar el «espíritu del tiempo». En ellos Kafka quiso captar la esencia de la época: por lo tanto se trata de testimonios de las huellas que dejaron en Kafka las nuevas corrientes filosóficas, los nuevos movimientos políticos y los grandes acontecimientos históricos. Es indudable que uno de los grandes acontecimientos

fue la I Guerra Mundial. En sus albores surgieron varios textos kafkianos que han alcanzado gran fama. Quizá el más conocido sea El proceso, aunque aquí sólo nos interesa la leyenda Ante la Ley, incluida en la novela mencionada, pero también publicada aparte, pues Kafka sintió un afecto muy especial por esta obra. El otro texto que nos interesa es En la colonia penitenciaria, una fantasía penal. La leyenda Ante la Ley fue escrita entre octubre y diciembre de 1914, el mismo periodo en que Kafka concluyó En la colonia penitenciaria. La cuestión que trataremos de dilucidar ahora es hasta qué punto las dos obras, así como otros relatos vinculados temáticamente a ellas y contenidos en este volumen, reflejan los acontecimientos históricos y las corrientes intelectuales del momento.

La leyenda Ante la Ley tiene fama de ser uno de los textos más herméticos de la literatura. Hasta ahora se ha resistido a una exégesis convincente, aunque varias monografías han intentado descifrar el enigma. En realidad, el texto consta de varias paradojas que culminan en un «horror vacui», en un dilema irresoluble: el conflicto entre la generalidad y la particularidad de la Ley, un dilema aparentemente absurdo, pues la Ley es, por esencia, general; ella supone la superación del privilegio. No obstante, al final de la leyenda se afirma la particularidad de la Ley y el sometimiento de la normalidad a la excepción, aunque el

protagonista sólo experimenta la verdad en su agonía. Ello significa que vive desconociendo las propiedades de la Ley. Pero ¿a qué noción de la Ley se refiere Kafka? ¿Qué entiende Kafka por Ley? En el texto no encontramos ninguna pista que nos aclare estas cuestiones, todo lo contrario, la leyenda cuenta precisamente con el olvido de

la Ley por parte del lector. Sólo al final leemos sobre un resplandor que surge del interior. En la obra de G. Scholem Sobre algunos conceptos fundamentales del judaísmo constatamos que la Tora, en la tradición judía y en determinadas corrientes cabalísticas, permite una interpretación individual y otra general; esto quiere decir que existen dos caminos para acceder a ella. El camino que lleva a la Tora es, además, un camino que conduce a la luz divina, a la luz de la vida. La Ley se convierte así en la esencia de la vida, en su sentido. El hombre que pretende acceder a la Ley aspira a conocer el sentido de la vida, pues la Ley es el vínculo entre el hombre y Dios, también entre Dios y el mundo. Si se incumple la Ley al hacer uso del libre albedrío, el ser humano comete conscientemente un pecado que genera un sentimiento de culpa. Pero si se rompe el vínculo por olvido o ignorancia es porque el hombre ha perdido su contacto con la dimensión divina y desconoce el sentido de la vida. Su existencia se torna absurda, su sentimiento de culpa no encuentra una explicación. El hombre que desea acceder a la Ley desconoce que hay un camino individual

que conduce hasta ella, por eso muere sin haber atravesado la puerta guardada por el centinela. Esta individualización de la Ley no es más que el intento de reconciliar lo general con la excepción, un problema del que ya se ocupó Kierkegaard en *La repetición* y que también obsesionó a Kafka. La imposibilidad de esta reconciliación es un signo del mundo moderno y es la causa del fracaso del hombre que pretende acceder a la Ley. Aquí hay que matizar, sin embargo, que Kafka no se atreve a interpretar este fenómeno como la muerte o la desaparición de la Ley y, por extensión, de Dios, como hizo Nietzsche, sino que prefiere describir su olvido o su retiro, por consiguiente, su inaccesibilidad. Resulta extraña, sin embargo, esta obsesión de Kafka por la Ley en un mundo que ignora a Dios y en el que se declara que la Verdad es inalcanzable. Por desgracia, en la obra de Kafka no encontraremos una solución a este enigma. Las preguntas que planteó Walter Benjamin respecto a este problema, es decir, cómo se puede pensar la proyección, postulada por Kafka, del Juicio Final en el mundo, si esta proyección hace del juez un acusado, si el proceso se convierte en la pena, si esta proyección supone la ejecución o el enterramiento de la Ley, no encuentran respuesta en la obra de Kafka y dudamos mucho de que ésa fuera su intención. En todo caso, tanto Kafka como Nietzsche alcanzan un pensamiento metafísico negativo que permite una descripción del nihilismo como expresión de su época. Nietzsche desde la muerte de Dios y la voluntad de poder como la experiencia del ser

del hombre, Kafka desde una secularización de la Cábala y desde una fenomenología gnóstica de la muerte. Aunque el mundo kafkiano es unidimensional, en él se producen filtraciones incomprensibles de un mundo metafísico que causan una angustia extrema en los personajes, pero éstos no buscan acceso a ese mundo para comprender su situación, ni aspiran a una salvación escatológica, sólo se limitan a someterse, en el estadio final, a una muerte liberadora del dolor, schopenhaueriana, fruto de una causalidad inmisericorde.

Kafka recurrió al tema de la Ley con frecuencia, lo que nos muestra hasta qué punto consideraba importante este motivo. En este volumen hay varias narraciones que se ocupan de él. En *Sobre la cuestión de las leyes* se plantea el esfuerzo de un pueblo por acceder a las leyes que lo gobiernan, unas leyes que, paradójicamente, son mantenidas en secreto. En otras narraciones se describe una situación en que los ciudadanos han olvidado quién los gobierna y viceversa, el gobierno se ha olvidado de ellos, aunque mantienen su orden de vida, sin introducir modificaciones, obedeciendo leyes cuya razón de ser desconocen. Estas fantasías políticas muestran comunidades que han perdido el acceso a sus propias leyes, esto es, a su origen, y que vegetan sin experimentar transformaciones, sometidas a un voluntarismo político, sin que el soberano,

caracterizado como «ley viviente», apenas realice actos externos de poder. En realidad, no necesita realizarlos, pues la propia comunidad acepta su situación y se limita a justificar el «statu quo» y a negar la posibilidad de alternativas. Esta existencia política absurda, reflejada en la apatía de los ciudadanos, delata esta ruptura del vínculo con la Ley, una ruptura que tampoco puede restaurarse cuando hay una empresa en la que una comunidad puede descargar todas sus energías. En el relato La construcción de la muralla china, la tarea que la comunidad acomete es un trabajo de Sísifo; aunque absorbe todas las energías físicas e intelectuales de la sociedad, el proyecto deriva en algo ilógico y disparatado. La comunidad vive una ficción y su existencia pende de complejas paradojas que una vez puestas en evidencia muestran la profunda inautenticidad de esa forma de vida. Pero quizá sea en el pequeño texto, El escudo de la ciudad, donde se refleja con mayor desesperanza esta carencia de sentido de una vida política que ya no busca el camino hacia la Ley, sino que intenta buscar en empresas técnicas descabelladas una razón para vivir. En la narración mencionada se seculariza el motivo de la Torre de Babel y se describe una sociedad que vive consciente de lo absurdo de una construcción semejante, una sociedad fascinada por la técnica, pero que la aplica preferentemente en las guerras, una sociedad hastiada de sí misma, que, en realidad, ya no cree ni en su pasado ni en su futuro, y cuyas leyendas y

canciones presagian, con un tono casi anhelante, su destrucción por un puño enorme.

Del periodo de tiempo en que Kafka se dedicó a la redacción de varios capítulos de El proceso y, por tanto, del periodo en que se inició la I Guerra Mundial, data el relato En la colonia penitenciaria. En él se tratan los temas que más le obsesionaron en aquella época: la relación entre la Ley, la culpa, la justicia y la técnica como destino de la humanidad civilizada. Para redactar este texto, Kafka investigó la bibliografía sobre los centros penitenciarios coloniales franceses. Pero en el relato Kafka no pretendió describir las duras condiciones de vida en un centro similar. Su acercamiento es simbólico y permanece en un ámbito europeo, los personajes argumentan en la misma dimensión cultural. No obstante, el verdadero protagonista de la narración es una máquina. El oficial que la sirve y la ha perfeccionado aún la fascinación por la técnica y la barbarie. Sin embargo, Kafka no se esfuerza en hacerlo antipático al lector, ni tampoco se esfuerza por hacer simpáticos al reo y al viajero que presencia la ejecución, todo lo contrario, el prisionero es descrito como una persona vulgar, instintiva, y el segundo, el cultivado europeo, como un hombre que no se atreve a defender directamente sus convicciones «civilizadas» y que, al final, se convierte en cómplice de un proceso judicial absurdo e inmoral. Pero la clave del relato

no se halla en la inmoralidad del procedimiento, sino en la amoralidad de la acción, sobre todo en la amoralidad del espíritu que creó la máquina, concebida para destruir la vida humana con la máxima perfección y para grabar en el cuerpo del reo la ley que

supuestamente ha conculcado, en este caso una ley que no coincide con las inadmisibles imputaciones al soldado. Pero para el oficial la ley es algo baladí, así como la culpa, su obsesión se centra en la perfección técnica de la ejecución, en la perfección con que inscribe en la piel la letra incomprensible de la ley. Como ha destacado Hans Dieter Zimmermann, aunque esta narración no trata de la guerra, sí lo hace de la constelación que determina la guerra moderna: el acoplamiento de la técnica y la barbarie. En la I Guerra Mundial se manifestó por primera vez con gran claridad la conexión entre racionalidad y destrucción, entre la técnica como un instrumento neutral y la guerra de material, inhumana en su esencia. El viajante simboliza el fracaso europeo para detener la catástrofe. Este fracaso tiene sus orígenes en las contradicciones del proceso civilizador. Es indudable que en este relato también inciden acontecimientos de la vida privada de Kafka, como su complejo de culpa, sus relaciones con su prometida, pero estos motivos no agotan ni mucho menos el argumento del relato que comentamos, tampoco su interpretación como una crítica de la justicia. La forma en que

Kafka relata los acontecimientos, con una prosa fría y distante, ambigua, en los pasajes esenciales de una neutralidad dolorosa, va más allá de una elaboración literaria de la mala reputación del aparato de justicia o de algún problema psicológico. La obra *En la colonia penitenciaria* se adapta perfectamente a los acontecimientos que sacudían la Europa de principios del siglo XX, su posición en la historia de la literatura es análoga a la obra de Nietzsche *Genealogía de la moral* y a la de Freud *Tótem y tabú* en sus respectivos campos.

El desarraigo

Mucho se ha discutido entre los intérpretes de Kafka acerca de la relación entre su condición de judío y su obra. Las biografías del autor checo abordan este aspecto de su existencia haciendo más o menos hincapié en sus vínculos con el judaísmo: algunos reducen su relación a un interés meramente teórico, otros consideran que fue más apasionada, incluso próxima al sionismo. Lo que se sabe con certeza es que Kafka pertenecía a una familia de judíos asimilados, de lengua alemana, a esos judíos que denominaban de cuatro días, los cuatro días correspondientes a las fiestas judías más significativas, algo análogo a los cristianos «de bodas y bautizos». Como Kafka confesó a Milena, él se sentía el judío más

occidental, pero incapaz por su posición de tomar ni la dirección del cristianismo ni la del sionismo. En realidad, consideraba que se hallaba entre Scila y Caribdis, entre la asimilación y la conversión. Al padre le reprochó no haber recibido una educación judía, pero aunque con posterioridad se interesó por distintas manifestaciones de la cultura y de la religión judías, no encontró un pleno acceso a ellas ni se identificó con los movimientos políticos judíos. No obstante, en su obra encontramos a menudo textos que reflejan los problemas a los que tenía que enfrentarse por ser judío o en los que planteaba su profundo desarraigo. Especialmente significativos al respecto son sus aforismos, pero también las anotaciones en sus Diarios y la correspondencia con Max Brod. Entre los cuentos seleccionados para este volumen, destacan dos que tocan esta cuestión con especial sutileza: Informe para una academia y Josefina, la cantora, o el pueblo de los ratones.

El primero de ellos fue publicado en la revista «Der Jude» y tuvo un gran éxito. Martin Buber, Franz Werfel y Max Brod se mostraron entusiasmados. Fue leído públicamente por Elsa Brod en el «Club de mujeres judías», y Max Brod hizo una reseña en la que incluía su propia interpretación, que no fue desmentida por el autor: «Franz Kafka narra la historia de un mono, apresado por Hagenbeck, y que se convierte a la fuerza en ser humano. ¡Y vaya ser humano! El último, el más repugnante miembro del género humano lo

recompensa por sus esfuerzos de acercamiento. ¿Acaso no es la sátira más genial de la asimilación que se ha escrito nunca? Se puede leer en el último número de “Der Jude”. El asimilado, que no quiere la libertad, ni la infinitud, sino únicamente una salida, una lastimosa salida. Es a un mismo tiempo grotesco y elevado, pues la indeseada libertad de Dios permanece amenazante detrás de la comedia “humanoanimal”». Esta interpretación de Max Brod fue la que se impuso en un principio, frente a otras que se inclinaban más por una crítica de la civilización o un análisis de la sociedad moderna en la misma línea de algunas obras de Freud, como La sexual moral cultural y el nerviosismo moderno o la posterior El malestar en la cultura. Otros han preferido una interpretación social: la elección entre la libertad y la seguridad. Pero no se puede dudar de que en el relato surgen temas con los que Kafka se tuvo que enfrentar debido a su condición de judío asimilado, sobre todo el de su identidad, un problema que le abrumaba. En el texto reflejó no sólo la situación desesperada de una generación de judíos que trataba de insertarse en la sociedad europea, sino también la convicción, al menos para Kafka, de que una asimilación completa era imposible. No es de extrañar que con posterioridad, en el Informe para una academia, se buscaran motivos que hicieran referencia al mundo judío. Así, la jaula en que encierran a Pedro el Rojo se ha interpretado como el gueto, la selva en la que vivía antes de ser capturado, como el Antiguo Testamento. Pero tampoco se deberían exagerar los paralelismos,

el problema del judaísmo no agota el espectro interpretativo del texto. Se trata, sin duda, de un relato que, por su temática y por la composición de los motivos, nos lleva necesariamente a un autor que intenta profundizar en su identidad, determinada esencialmente por su condición de judío, y que al hacerlo no puede evitar tocar otros problemas vinculados a éste, como son el de la libertad y el de la civilización. El relato Informe para una academia es el fruto de un sentimiento de desarraigo, un análisis que se esfuerza en mostrar los problemas de un proceso de socialización. Como siempre, Kafka diseñó su texto cuidadosamente, con el fin de proporcionarle tal realismo que la historia resultase creíble. Recurrió para ello a la biografía de Carl Hagenbeck, leyó los informes en los periódicos sobre números de Varieté realizados con orangutanes y chimpancés, consultó manuales sobre comportamiento animal y examinó informes de expediciones. Todo ello lo plasmó con una prosa científica que contrasta vivamente con el contenido del relato, del que no existe ninguna referencia esencial de Kafka, y que aún hoy conserva una gran fuerza de atracción.

En el relato Josefina, la cantora se nos cuenta la historia del pueblo de los ratones, y, lo que quizá es más significativo, el narrador mismo es un miembro de ese pueblo. Es casi inevitable pensar, cuando leemos este relato, que con el pueblo de los

ratones se hace referencia al pueblo judío. Así lo han interpretado, entre otros, H. D. Zimmermann y K. E.

Grözinger. Tal y como lo describe Kafka, esto es, como un pueblo que afronta numerosos peligros, que lucha por la subsistencia en un entorno hostil, que depende estrechamente de la solidaridad entre sus miembros, que escoge ocasionalmente a una suerte de salvador, parece indudable que estamos ante una elaboración literaria del destino del pueblo judío. Incluso la paradoja de la alusión al descuido de la historia por parte de la comunidad ratonil, sabiendo el papel tan importante que desempeña la historia en el pueblo judío, puede encontrar puntos de anclaje, como ha destacado Grözinger, en las corrientes místicas y cabalísticas del judaísmo. Sin contar con la posible ironía kafkiana de mostrar al pueblo judío, obsesionado por las genealogías, como un pueblo, en realidad, carente de historia, cuya existencia en la diáspora sólo conoce dos momentos trascendentes, su elección como pueblo elegido y la salvación final. De todos estos motivos encontramos correspondencias en la realidad. Kafka se interesaba por relatos de rabinos que afirmaban ser el mesías o poseer poderes especiales, como se afirma de Josefina, y el poder salvador del canto es un tópico de la literatura popular judía. Todo esto llevó a Max Brod a interpretar el relato como un planteamiento de la «cuestión judía», siempre animado por la intención de acercar a Kafka al sionismo. Sin embargo, resulta

difícil decir si Kafka realmente apuntaba tan alto. Es cierto que Kafka toma como inspiración determinadas peculiaridades del pueblo judío, pero una vez más chocamos con la actitud distante del autor que impide una interpretación unívoca y definitiva. El relato es narrado por un miembro del pueblo de los ratones que hace gala de un notorio escepticismo. El mismo escepticismo del que Kafka hizo gala, según nos cuenta Max Brod, cuando visitó a un rabino famoso del que se contaban milagros. Al salir de una ceremonia presidida por este rabino, Kafka confesó a su amigo: «En realidad ha sido como estar en una salvaje tribu africana, pura superstición». Este distanciamiento es el mismo que se observa en el narrador respecto a Josefina. En el texto vierte Kafka su condición de judío europeo, por un lado fuertemente influido por las corrientes religiosas y literarias judías de la Europa oriental, por otro lado distante y frío respecto a los rituales y ceremonias del judaísmo. Su postura al describir el pueblo de los ratones es ilustrada y escéptica: como miembro de la comunidad muestra una actitud ambivalente, la de un hombre que se siente fuera y dentro, la de un hombre que busca una identidad. Este aspecto es el que logra dar a estos relatos la ansiada universalidad, por eso acapara el interés de judíos y no judíos, pues aquí se plantea el problema de las identidades colectivas en la época del individualismo.

Fenomenología de la muerte

La obra de Kafka se ha definido con frecuencia como una fenomenología de la muerte, como una «tanatología». Y, ciertamente, en la mayoría de sus relatos aparece la muerte con un protagonismo obsesivo, ya sea como telón de fondo o como el final inexorable al que tienden los personajes. En Kafka encontramos, por esta razón, una de las más ricas imaginerías de la muerte en la historia de la literatura. Su acercamiento al problema de la muerte siempre se realiza de un modo simbólico; la muerte, aunque se produce frecuentemente con una vulgaridad y banalidad terribles, supone un tránsito que conduce a una liberación. En este sentido, y a pesar de que conduce a una profunda incertidumbre, la muerte mantiene cierta trascendencia mística. Cuando Gregor Samsa muere, en realidad sufre una última metamorfosis que trae la anhelada tranquilidad a la familia y una humanización de su recuerdo. Gregor, con su muerte, recobra su humanidad y su lugar en la familia. El hombre que espera con el centinela ante la puerta de la Ley percibe el resplandor de la Ley en el momento de su muerte. Para Josef K, en El proceso, la muerte supone el final de una existencia angustiosa. En La condena, Georg Bendemann es condenado a muerte por su padre y él mismo, impulsado por la sentencia, ejecuta la pena, pero su muerte significa también la

solución del conflicto padre-hijo. Esta faceta positiva de la muerte, sin embargo, tampoco nos puede hacer olvidar que Kafka la sitúa en una dimensión vacía. La muerte, en su obra, no ofrece ninguna respuesta al hombre, su significado se reduce a «un-dejar-de-estar-vivo». Por esta razón, Wiebrecht Ries la opone acertadamente a la muerte de Ivan Ilich, en la obra homónima de Tolstoi, en la cual la agonía forma un proceso continuo con el acto de morir y con la transformación de la muerte en luz. Así pues, la muerte en la obra de Kafka ofrece una imagen ambivalente, fruto de las mismas convicciones del escritor. En sus Diarios y en su correspondencia leemos que para Kafka la muerte no suponía un trauma, más bien era un fin anhelado. Su miedo no tenía por objeto la muerte, sino el morir, sobre todo el dolor que acompaña al morir. En una carta escribía a Milena: «¿Te asusta pensar en la muerte? Yo sólo tengo un miedo horrible al dolor... Por lo demás, uno se puede aventurar a la muerte». Sin embargo, este deseo de morir desencadenaba a su vez un pánico generado por la conciencia de esa voluntad autodestructiva, lo que le impulsaba a plasmar en sus escritos sus anhelos de muerte, algunas veces envueltos en una atmósfera onírica, como en el relato Un sueño, en el que las fronteras entre la muerte, el sueño y la vigilia quedan indefinidas. O expresaba estos sentimientos confusos con manifestaciones contradictorias, como en el relato Un médico rural, en el que el enfermo suplica primero al médico que lo deje morir y luego le pide que lo salve. En cierto sentido, la obra de

Kafka supone un intento de instaurar el mundo del más allá en el más acá o viceversa, es una experiencia en las lindes de lo perceptible y de lo experimentable.

Respecto al tema de la muerte en la obra de Kafka, el relato El cazador Gracchus, incluido en este volumen, ocupa un lugar muy especial. No en vano, detrás de Gracchus, «grajo», se encuentra el apellido «Kafka», en checo «Kavka». Se trata de la historia de un cazador de la Selva Negra que muere en un accidente, pero que está condenado a vagar por la tierra ya que su barca no encontró el camino hacia el más allá. Este destino es experimentado por el cazador de forma negativa, como un castigo. Su existencia se desenvuelve en un espacio extraño: como «muerto viviente» no pertenece ni a la tierra ni al cielo, oscila entre el más acá y el más allá, en una desorientación metafísica, entre dos dimensiones irreconciliables. A esta desorientación se añade la simbología mitológica empleada por Kafka, como la barca de Caronte o la historia del cazador Orion, que experimenta una inversión, los motivos mitológicos sólo sirven para expresar una ruptura con la tradición, quedan reducidos a un recurso estético. Lo mismo ocurre con el paralelismo insinuado respecto al pecado original, el cazador comete un error fundamental y este error, que permanece una incógnita, provoca su eterno vagar por la tierra,

mientras que con el pecado original entró la muerte en la vida del Hombre. Para el cazador

Gracchus ya no hay ninguna verdad, vive en una continua ficción, en una tierra de nadie, pues para él ha desaparecido el sentido físico y el metafísico, su destino es seguir navegando eternamente con el aire de la muerte en las velas, al margen de la vida y desconociendo lo que se oculta detrás de la muerte. Este relato se ha considerado una metáfora del pensamiento kafkiano, un documento fundamental de la literatura moderna, equiparable a las obras de Rimbaud y Baudelaire.

José Rafael Hernández Arias

1 . EL DESEO DE SER UN INDIO[1]

Si pudiera ser un indio, ahora mismo, y sobre un caballo a todo galope, con el cuerpo inclinado y suspendido en el aire, estremeciéndome sobre el suelo oscilante, hasta dejar las espuelas, pues no tenía espuelas, hasta tirar las riendas, pues no tenía riendas, y sólo viendo ante mí un paisaje como una pradera segada, ya sin el cuello y sin la cabeza del caballo.

2 . LA NEGATIVA[2]

Si me encuentro a una muchacha bonita y le pido: «Sé buena, ven conmigo», y pasa de largo sin decir una palabra, su actitud significa:

«Tú no eres un duque con apellido rimbombante; ningún americano atlético con la estatura de un indio, con ojos horizontales y contemplativos, con una piel acariciada por el aire de las praderas y de los ríos que fluyen por ellas. No has viajado a los Grandes Lagos, ni los has surcado, aunque no sé ni dónde se encuentran. Así que dime, por qué yo, una muchacha bonita, tendría que ir contigo».

«Olvidas que no te llevan en automóvil por la calle, balanceándote con sus sacudidas; no veo ir detrás de ti a los señores pertenecientes a tu séquito, embutidos en sus trajes y murmurándote piropos. Tus pechos quedan bien comprimidos por el corsé, pero tus muslos y caderas se resarcan por esa sobriedad. Llevas un vestido de tafetán con pliegues, como el que nos alegró tanto a todos el pasado otoño y, sin embargo, con ese peligro mortal en el cuerpo, sólo te ríes de vez en cuando».

«Sí, los dos tenemos razón y, para no ser conscientes de ello de un modo irrefutable, preferimos irnos solos a casa, ¿verdad?».

3. LOS ÁRBOLES[3]

Pues somos como troncos de árbol en la nieve. Aparentemente yacen en un suelo resbaladizo, así que se podrían desplazar con un pequeño empujón. Pero no, no se puede, pues se hallan fuertemente afianzados en el suelo. Aunque fíjate, incluso eso es aparente.

4. VESTIDOS[4]

A menudo, cuando veo vestidos con múltiples pliegues, volantes y adornos, que tan bellamente lucen sobre bonitos cuerpos, no puedo dejar de pensar en que no permanecerán así mucho tiempo, sino que se arrugarán, perderán su lisura, quedarán cubiertos de tanto polvo que será imposible limpiarlos. Y también pienso que nadie querrá mostrar una imagen tan triste y ridícula al ponerse todos los días por la mañana temprano el mismo traje costoso y quitárselo por la noche.

Sin embargo, veo muchachas bastante bonitas, que poseen músculos excitantes, huesecillos, una piel tersa y un cabello fino, pero que, no obstante, cubren a diario su cuerpo con este disfraz natural y siempre tapan el mismo rostro con las mismas palmas de las manos, dejándose reflejar así por su espejo.

Sólo algunas veces, por la noche, cuando regresan tarde de una fiesta, ese traje les parece usado, dado de sí, polvoriento, demasiado visto y lo consideran indigno de ponerse.

5. EL COMERCIANTE[5]

Es posible que algunos me tengan compasión, pero yo no advierto nada. Mi pequeño negocio me abruma de preocupaciones que me provocan dolores internos en las sienes y en la frente, pero sin darme la más mínima perspectiva de satisfacción, pues mi negocio, como he dicho, es pequeño.

Tengo que tomar decisiones por adelantado, mantener despierta la memoria de los empleados, advertir de los errores que temo y prever en una temporada la moda de la siguiente, y no la que dominará entre gente de mi clase, sino en la población inaccesible de las provincias.

Mi dinero lo tiene gente extraña. Sus recursos no me resultan del todo claros; no logro sospechar la desgracia que puede caer sobre esas personas. ¡Cómo puedo entonces defender mi dinero! Tal vez se han vuelto derrochadores y dan una fiesta en el jardín de una hostería, y otros se quedan un rato en la fiesta en plena huida a América.

Cuando cierro el comercio la noche de un día laborable y de repente veo ante mí horas en las que no trabajaré para las incesantes exigencias de mi negocio, entonces se arroja sobre mí la excitación ya anticipada por la mañana, como si fuera la subida

de una marea, pero no soporta quedarse en mi interior y me arrebatada sin objetivo alguno.

Y, sin embargo, no puedo utilizar ese estado de ánimo, sólo puedo irme a casa, pues tengo el rostro y las manos sucios y sudorosos, el traje lleno de manchas y polvoriento, la gorra del negocio en la cabeza y las botas arañadas por las esquinas de las cajas. Entonces me desplazo como si fuera sobre olas, hago chascar los dedos y acaricio el pelo de los niños que vienen a mi encuentro.

Pero el camino es demasiado corro. Llego en seguida a mi casa, abro la puerta del ascensor y entro.

Ahora compruebo de repente que estoy solo. Otros, que tienen que subir las escaleras, se cansan algo al hacerlo, tienen que esperar con la respiración acelerada hasta que alguien les abre la puerta de la casa, así que tienen un motivo para enfadarse y para mostrar una actitud impaciente. Luego entran en el recibidor, donde cuelgan el sombrero, y al llegar a su habitación, después de atravesar el pasillo pasando por algunas puertas de cristal, es cuando se encuentran solos.

Yo, sin embargo, ya estoy solo en el ascensor y, apoyándome en la rodilla, contemplo el delgado espejo. Cuando el ascensor comienza a elevarse, digo:

«Permaneced tranquilos, retroceded, ¿queréis ir bajo la sombra de los árboles, detrás de las cortinas de las ventanas, en la cúpula de follaje?».

Hablo entre dientes, y las barandillas de la escalera se deslizan hacia abajo por el cristal opalino como una catarata.

«Volad lejos; que vuestras alas, jamás vistas, os lleven hasta el valle de vuestra aldea, o a París, si es allí hacia donde os impulsan.

»Pero disfrutad de la vista que os ofrece la ventana cuando las procesiones vienen por las tres calles, y no se evitan, sino que se confunden y dejan de nuevo espacio libre entre sus últimas filas. Saludad con los pañuelos, horrorizaos, conmoveos, alabad a la bella dama que pasa de largo.

»Id hacia el puente de madera sobre el arroyo, saludad a los niños que se bañan y asombraos por los “hurras” de los miles de marineros en el lejano acorazado.

»Perseguid sólo al hombre modesto y cuando lo hayáis empujado hacia la puerta de una cochera, robadle y luego contemplad con qué tristeza continúa su camino por la calle de la izquierda, con las manos en los bolsillos.

»La policía, galopando dispersa sobre sus caballos, frena a los animales y os hace retroceder. Dejadlos, las calles vacías les harán infelices, lo sé. Ya cabalgan en parejas torciendo lentamente las esquinas y volando sobre las plazas».

Entonces tengo que abandonar el ascensor, tocar el timbre, y la muchacha abre la puerta mientras saludo.

6. EL CAMINO A CASA[6]

¡Se ve la fuerza de convicción del aire después de la tormenta!
Aparecen mis méritos y me dominan, aunque tampoco me resisto.

Marcho y mi ritmo es el ritmo de esta acera de la calle, de esta calle, de este barrio. Soy responsable, y con razón, de todos los golpes contra las puertas, contra las tablas de las mesas, soy responsable de todos los brindis, de todas las parejas en sus camas, en los andamios de las nuevas construcciones, apretadas contra la pared en las oscuras callejuelas, en las otomanas de los burdeles.

Aprecio mi pasado en detrimento de mi futuro; aunque encuentro excelentes ambos, no puedo otorgar primacía a ninguno, y sólo debo censurar la injusticia de la providencia que tanto me favorece.

Sólo después de entrar en mi habitación me torno algo pensativo, aunque sin haber encontrado nada durante la subida de las escaleras que me pareciera digno de ser pensado. No me ayuda mucho que abra la ventana del todo y que aún se toque música en un jardín.

7. CONTEMPLACIÓN DISPERSA[7]

¿Qué haremos en los días de primavera que ya llegan? Hoy por la mañana estaba el cielo gris, pero si alguien va ahora a la ventana, se quedará sorprendido y apoyará la mejilla en su picaporte.

Abajo se puede ver cómo la luz del sol, que ya comienza a ocultarse, se refleja en el rostro infantil de una muchacha, que anda y mira alrededor, y al mismo tiempo se ve la sombra de un hombre que viene rápidamente detrás de ella.

El hombre la ha pasado y el rostro de ella reluce de claridad.

8. GENTE QUE VIENE A NUESTRO ENCUENTRO[8]

Cuando alguien sale a pasear por la noche, y un hombre, ya visible desde lejos —pues la calle se empina ante nosotros y hay luna llena—, viene a nuestro encuentro, no lo agarraremos violentamente, aunque sea débil y desarrapado, ni siquiera en el caso de que alguien corra detrás de él y grite, sino que lo dejaremos pasar de largo.

Pues es de noche, y no podemos evitar que la calle se empine ante nosotros con luna llena; además, tal vez esos dos han organizado

la persecución para divertirse, o a lo mejor persiguen los dos a un tercero, tal vez persiguen al primero, que es inocente, tal vez el segundo lo asesinará y seríamos cómplices del crimen. A lo mejor no saben nada el uno del otro, y cada uno corre hacia su cama, a lo mejor son sonámbulos, quizás el primero lleva un arma.

Y, finalmente, ¿no podemos estar cansados, no hemos bebido mucho vino? Nos alegramos de que ya tampoco veamos al segundo.

9. EL PASAJERO[9]

Permanezco de pie en la plataforma del tranvía, completamente inseguro respecto a mi situación en este mundo, en esta ciudad, en mi familia. Ni siquiera podría precisar las pretensiones que estaría en condiciones de alegar con derecho. Me es absolutamente imposible defender que esté aquí de pie, agarrado al asidero, que me deje llevar por este vagón, que la gente evite el tranvía o pase de largo en silencio o que descanse frente a la ventana. Nadie lo reclama de mí, es cierto, pero eso es indiferente.

El tranvía se aproxima a una parada; una muchacha se acerca al peldaño, dispuesta a subir. Aparece ante mí con tal claridad que me parece haberla tocado. Está vestida de negro, los pliegues de la falda apenas se mueven, la blusa, que acaba en cuello de punta de redecilla blanco, se ciñe al cuerpo, la palma de la mano izquierda se apoya en la pared, el paraguas, en la mano derecha, permanece apoyado en el segundo escalón. Posee un rostro moreno; la nariz, débilmente aplastada en los laterales, termina en una forma redondeada y ancha. Tiene pelo castaño abundante y algunos cabellos cubren la mejilla derecha. Su oreja pequeña queda pegada a la cabeza; no obstante, como estoy cerca, puedo ver la parte trasera del lóbulo y la sombra en la raíz.

En aquel instante me pregunté: ¿cómo es posible que no quede maravillada ante sí misma, que permanezca con la boca cerrada y no diga nada que exprese su asombro?

10. PARA MEDITACIÓN DE LOS JINETES[10]

Nada, si se piensa con detenimiento, puede inducirnos a querer ser los primeros en una carrera.

La gloria de ser reconocido como el mejor jinete de un país alegra demasiado cuando la orquesta comienza a tocar como para que al día siguiente pueda evitarse el remordimiento.

La envidia del contrincante, de gente más astuta e influyente, nos aflige al atravesar las estrechas barreras hacia aquella planicie que pronto quedará vacía ante nosotros, si no es por la presencia de algunos jinetes aventajados que, diminutos en la distancia, cabalgan hacia la línea del horizonte.

Muchos de nuestros amigos, ansiosos por recoger las ganancias, gritan «hurras» hacia nosotros por encima de los hombros y desde la alejada ventanilla de cobros; los mejores amigos, sin embargo, no han apostado por nuestro caballo, pues temen que si pierden podrían enfadarse con nosotros, pero como nuestro caballo ha sido el primero y ellos no han ganado nada, se dan la vuelta cuando pasamos y prefieren mirar hacia las tribunas.

Los contrincantes, detrás, bien sujetos sobre la silla de montar, intentan comprender la desgracia que les ha caído, así como la injusticia que, de algún modo, se ha cometido con ellos. Adoptan una expresión de frescura, como si fuera a comenzar otra carrera, y una expresión seria después de ese juego de niños.

A muchas damas el ganador les parece ridículo porque se ufana, y, sin embargo, no sabe qué hacer con el continuo apretar de manos, con los saludos, las reverencias, las saluciones y los saludos a la lejanía, mientras que los vencidos tienen la boca cerrada y dan palmadas en el cuello de los caballos, la mayoría de los cuales relinchan.

Finalmente, el cielo se pone turbio y comienza a llover.

11. SER INFELIZ[11]

Cuando ya se volvió insoportable —una noche de noviembre—, corrí sobre la estrecha alfombra de mi habitación como en una pista de carreras y, asustado por la visión de la calle iluminada, me di la vuelta, encontré un nuevo objetivo en la base del espejo, y grité, sólo para escuchar el grito, al que nada responde y al que nada mitiga la fuerza del gritar y que, por consiguiente, se eleva sin contrapeso alguno, sin cesar, aun cuando enmudece; entonces se desencajó la puerta de la pared, deprisa, pues la prisa era necesaria, y hasta los caballos del coche, abajo, en el empedrado,

se irguieron como bestias que se tornan salvajes en la batalla, ofreciendo las gargantas.

Como si fuera un pequeño espectro, un niño salió del oscuro pasillo, en el que aún no ardía la lámpara, y permaneció de puntillas sobre una tabla de madera que se balanceaba imperceptiblemente. Cegado por la luz crepuscular de la habitación, quiso taparse rápidamente el rostro con las manos, pero se tranquilizó de improviso al mirar hacia la ventana, cuando comprobó que el reflejo de la iluminación callejera, impulsado hacia arriba, no lograba desplazar del todo a la oscuridad. Apoyado en el codo derecho, se mantuvo erguido ante la puerta abierta, pegado a la pared de la habitación, y dejó que la corriente de aire procedente del exterior acariciase las articulaciones de los pies, y también que recorriese el cuello y las mejillas.

Lo miré durante un rato, luego dije «buenos días» y retiré la chaqueta de la pantalla de la estufa, ya que no quería permanecer medio desnudo. Durante un tiempo mantuve la boca abierta, para que la excitación me abandonase por la boca. Tenía una saliva desagradable, los párpados me vibraban, en suma, lo único que me faltaba era esa visita inesperada.

El niño estaba todavía junto a la pared, en el mismo sitio, presionaba la mano derecha contra el muro y, con las mejillas coloradas, nunca quedaba saciado de frotar la blanca pared con la punta de los dedos, pues era granulada. Dije:

—¿Realmente ha querido venir a mi casa? ¿No se trata de un error? No hay nada más fácil que equivocarse en esta casa tan grande. Yo me llamo «fulano», vivo en el tercer piso. ¿Es a mí a quien quiere visitar?

—¡Silencio! ¡Silencio! —dijo el niño hablando sobre el hombro—. Todo es correcto.

—Entonces entre en la habitación, quisiera cerrar la puerta.

—Acabo de cerrar la puerta. No se preocupe. Tranquilícese de una vez.

—No hable de «preocuparme». Pero en ese pasillo vive mucha gente, todos son, naturalmente, conocidos míos; la mayoría

regresan ahora de sus negocios; si usted escucha que hablan en una habitación, ¿cree usted tener el derecho de abrir y mirar lo que ocurre? Esa gente ha dejado a sus espaldas el trabajo diario; ¡a quién se habrán sometido en su efímera libertad vespertina! Por lo demás, usted ya lo sabe. Déjeme cerrar la puerta.

—Sí, ¿y qué? ¿Qué quiere usted? Por mí puede venir toda la casa. Y, además, se lo repito, ya he cerrado la puerta, ¿o acaso cree que sólo usted puede cerrarla? He cerrado con llave.

—Entonces está bien. No quiero más. No era necesario que cerrase con llave. Y ahora póngase cómodo, ya que está aquí. Es usted mi huésped, confíe en mí. Siéntase como en su casa, sin miedo. No le obligaré ni a quedarse ni a irse. ¿Debo decirlo? ¿Me conoce tan mal?

—No, realmente no era necesario que lo dijera. Aún más, no lo debería haber dicho. Soy un niño; ¿por qué tantos problemas por mi causa?

—No, no pasa nada. Naturalmente, un niño. Pero usted no es tan pequeño. Ya está usted bastante crecido. Si fuera una muchacha,

seguro que no podría encerrarse conmigo así, sin más, en la habitación.

—Sobre eso no tenemos que preocuparnos. Yo sólo quería decir que el conocerle tan bien no me protege de nada, sólo le libera del esfuerzo de tener que mentirme. No obstante, me hace cumplidos. Déjelo, se lo pido, déjelo. A ello se añade que no le conozco en todas partes y en todo el tiempo, y menos en estas tinieblas. Sería mejor que encendiese la luz. No, mejor no. De todos modos le tengo que advertir que ya me ha amenazado.

—¿Cómo? ¿Que le he amenazado? Pero se lo suplico. Estoy tan contento de que por fin esté aquí. Digo «por fin», ya que es tarde. Me resulta incomprensible por qué ha venido tan tarde. Es posible que yo haya hablado de un modo confuso, debido a mi alegría, y que usted me haya entendido mal. Que yo haya hablado de esa manera, lo reconozco una y mil veces, sí, le he amenazado con todo lo que usted quiera. Pero, por favor, ¡por el amor de Dios!, ninguna disputa. Aunque, ¿cómo puede creer usted algo semejante? ¿Cómo puede mortificarme de esta manera? ¿Por qué quiere usted amargarme a toda costa el pequeño rato de su estancia aquí? Un extraño sería más complaciente que usted.

—Ya lo creo, eso no es ninguna novedad. Por naturaleza puedo acercarme a usted tanto como un extraño. Eso ya lo sabe usted, ¿para qué entonces esa melancolía? Diga directamente que quiere hacer comedia y me iré al instante.

—¿Ah, sí? ¿También se atreve a decirme eso? Usted es audaz en demasía. A fin de cuentas se halla en mi habitación y, además, no ha parado un momento de frotar como un loco la pared con los dedos. ¡Mi habitación, mi pared! Y, por añadidura, todo lo que dice no es sólo una frescura, sino ridículo. Usted dice que su naturaleza le obliga a hablar conmigo de esa manera. ¿Realmente es así? ¿Su naturaleza le obliga? Muy amable por parte de su naturaleza. Su naturaleza es mía, y si yo me comporto amablemente, por naturaleza, con usted, usted no puede sino hacer lo mismo.

—¿Eso es amabilidad?

—Hablo de antes.

—¿Sabe usted cómo seré más tarde?

—No sé nada.

Y me fui a la mesita de noche, donde encendí la vela. En aquel tiempo, mi habitación no disponía de gas ni de luz eléctrica. Permanecí un rato allí sentado, hasta que me cansé; luego me puse el abrigo, cogí el sombrero del canapé y apagué la vela. Al salir tropecé con una de las patas del sillón.

En la escalera me encontré con uno de los inquilinos del mismo piso.

—Ya sale usted otra vez, ¿eh, granuja? —preguntó descansando sólidamente sobre sus dos piernas abiertas.

—¿Qué puedo hacer? —dije yo—, acabo de tener a un fantasma en la habitación.

—Lo dice tan insatisfecho como si hubiera encontrado un pelo en la sopa.

—Usted bromea. Pero tenga en cuenta que un fantasma es un fantasma.

—Eso es verdad. Pero ¿qué ocurre si no se cree en fantasmas?

—¿Quiere dar a entender que creo en fantasmas? ¿En qué me ayudaría esa incredulidad?

—Muy fácil. Usted ya no debe tener miedo cuando le visita un fantasma.

—Sí, pero ése es un miedo secundario. El miedo real es el miedo que produce la causa que ha provocado la aparición. Y ese miedo permanece. Precisamente lo tengo ahora, y enorme, en mi interior. Comencé a registrar todos mis bolsillos por los nervios.

—¡Pero ya que no sintió propiamente miedo ante la aparición, podría haberse planteado tranquilamente la pregunta acerca de su causa!

—Resulta notorio que usted todavía no ha hablado con fantasmas. De ellos no se puede recibir nunca una información clara. Todo es un divagar aquí y allá. Esos fantasmas parecen dudar de su existencia más de lo que nosotros lo hacemos, lo que, por lo demás, y debido a su abatimiento, no produce ninguna sorpresa.

—Sin embargo, he oído que se les puede rellenar.

—Ahí está usted bien informado. Eso sí que se puede hacer, ¿pero a quién le interesa?

—¿Por qué no? Si se trata, por ejemplo, de un fantasma femenino —dijo, y subió un escalón más.

—¡Ah, ya! —dije—, pero aun así no está dispuesto.

Me despedí. Mi vecino estaba ya tan alto que para verme necesitaba inclinarse bajo una bóveda formada por la escalera.

—No obstante —le grité—, si me quita a mi fantasma, hemos terminado y para siempre.

—Pero si sólo fue una broma —dijo, y retiró la cabeza.

—Entonces está bien —dije.

Podría haber salido tranquilamente a pasear, pero me sentí tan abandonado que preferí subir y acostarme.

12. LA EXCURSIÓN A LA MONTAÑA[12]

«No sé», grité sin eco, realmente no lo sé. Si no viene nadie es que precisamente viene

«nadie». No le he hecho nada malo a nadie, nadie me ha hecho a mí nada malo, sin embargo nadie me quiere ayudar.

Absolutamente nadie. Pero tampoco es así. Sólo que nadie me ayuda, si no «nadie» sería muy hermoso. Me gustaría, por qué no, hacer una excursión en compañía de un puro nadie. Naturalmente a la montaña, ¿adónde si no?

¡Cómo se aprietan uno al lado del otro, esos nadie, todos esos brazos estirados y colgantes, todos esos pies, separados por pasos diminutos! Se entiende que todos visten frac. Nosotros vamos así, el viento atraviesa los espacios que nosotros y nuestros miembros dejan abiertos. ¡Las gargantas se tornan libres en la montaña! Es un milagro que no cantemos.

13. NIÑOS EN LA CARRETERA[13]

Oí cómo pasaban los coches de caballos ante la verja del jardín, a veces los veía también a través del casi estático follaje. ¡Cómo crujía la madera bajo los rigores del verano en sus radios y troncos! Había trabajadores que venían de los campos y reían que era una vergüenza.

Yo estaba sentado en mi pequeño columpio; en ese preciso instante descansaba entre los árboles en el jardín de mis padres.

Ante la verja no había descanso. Acababan de cruzar niños con paso rápido; carros con grano sobre los que iban hombres y mujeres encima de gavillas y que oscurecían a su alrededor los arriates; por la noche vi pasear lentamente a un señor con bastón, así como a dos muchachas que, cogidas del brazo, iban a su encuentro, pisando el césped mientras se saludaban.

Luego revolotearon pájaros como si fueran llamaradas, yo los seguí con la vista, vi cómo ascendían en un suspiro, hasta que ya no creí que subían, sino que yo caía, y me así fuertemente de las cuerdas por debilidad cuando comencé a balancearme ligeramente. Pronto me balanceé con más fuerza, cuando el viento soplaba más frío y, en vez de aparecer pájaros en el cielo, aparecían estrellas reverberantes.

Recibí la cena a la luz de la vela. A menudo apoyaba ambos brazos sobre la tabla y, ya cansado, daba bocados al pan. Las cortinas, rasgadas en muchos puntos, se henchían con el viento cálido y, a veces, uno de los que pasaba las sujetaba con fuerza cuando quería verme mejor y hablar conmigo. Normalmente la vela se apagaba pronto y los mosquitos revoloteaban todavía un rato a su alrededor, en la oscuridad surcada por el humo. Si alguien se dirigía a mí desde la ventana, lo miraba como si mirase a la montaña o al aire, y tampoco él mostraba mucho interés en una respuesta.

Saltaba alguno sobre el antepecho de la ventana y anunciaba que los demás ya se encontraban ante la casa, entonces me levantaba, aunque suspirando.

«No, ¿por qué suspiras así? ¿Qué ha ocurrido? ¿Alguna desgracia especial e irreversible? ¿Jamás podremos recuperarnos? ¿Está realmente todo perdido?».

Nada estaba perdido. Corrimos hasta la parte delantera de la casa. «¡Gracias a Dios, por fin habéis llegado! ¡Casi siempre llegas demasiado tarde!». «¿Por qué yo?».

«Precisamente tú, permanece en casa si no quieres venir. ¡Sin misericordia!». «¿Qué? ¿Sin misericordia? ¿De qué hablas?».

Atravesamos la noche con la cabeza. No había tiempo diurno ni nocturno. Pronto comenzaron a rozarse los botones de nuestros chalecos como si fueran dientes y, con fuego en la boca, como animales en los trópicos, corrimos una distancia que permaneció invariable. Como los coraceros en guerras pasadas, dando fuertes pisadas y bien alto en el cielo, bajamos la corta calle, uno al lado del otro, y con el mismo ímpetu en las piernas, subimos la carretera. Algunos penetraron en las cunetas; apenas habían desaparecido ante

el oscuro talud, aparecían como gente extraña arriba del todo, en la senda, y miraban hacia abajo.

«¡Ven hacia abajo!». «¡Ven primero hacia arriba!». «¿Para que nos empujéis hacia abajo?, ni pensarlo, todavía tenemos dos dedos de frente». «¡Así sois de cobardes, queréis decir! ¡Atreveos a subir, atreveos!». «¿Sí? ¿Vosotros? ¿Precisamente vosotros nos queréis echar abajo? No sois capaces».

Atacamos, pero fuimos rechazados, y nos echamos por propia voluntad en el césped de las cunetas. Todo estaba templado de un modo uniforme, no sentíamos calor ni frío en la hierba, sólo cansancio.

Si nos apoyábamos sobre el costado derecho y poníamos la mano bajo la oreja, nos hubiera gustado dormir. Es cierto que se quería hacer un nuevo esfuerzo y elevar la barbilla, pero para caer en una cuneta todavía más profunda. Luego, colocando el brazo atravesado hacia adelante y las piernas oblicuas, queríamos arrojarnos contra el viento para, así, caer de nuevo con seguridad en una cuneta aún más profunda. Y nadie quería dejar de hacerlo.

Apenas se pensaba en cómo podría alguien estirarse en la última cuneta para dormir, sobre todo qué se podría hacer con las rodillas; simplemente yacíamos sobre la espalda, como un enfermo presto a llorar. Se pestañeaba cuando un joven, con los codos en las caderas y oscuras suelas saltaba sobre nosotros desde el talud hacia la calle.

Ya se podía ver la luna, un coche postal pasó de largo con su luz. Se levantó un ligero viento, también percibido en las cunetas, y el bosque, en las cercanías, comenzó a susurrar. Entonces no importaba mucho estar solo.

«¿Dónde estáis? ¡Venid! ¡Todos juntos! ¿Por qué te escondes? ¡Deja de hacer tonterías! ¿No sabéis que el coche postal ya ha pasado?». «¡Pero, no!, ¿ya ha pasado?».

«Naturalmente, ha pasado mientras tú dormías». «¿Que yo dormía? ¡Nada de eso!».

«Cállate, se te nota a la legua». «Pero, por favor». «¡Ven!».

Corrimos juntos y unidos, algunos se cogieron de las manos, la cabeza no se podía mantener lo suficientemente elevada, ya que se iba hacia abajo. Uno dio un grito de guerra indio y nuestras piernas cogieron un galope como nunca. Al saltar, el viento nos alzaba por las caderas. Nada podría habernos detenido. Alcanzamos tal ritmo en la carrera que al adelantar cruzábamos tranquilamente los brazos y nos podíamos mirar.

Nos detuvimos en el puente sobre el torrente. Los que habían seguido, regresaron. El agua, abajo, golpeaba las rocas y las

raíces como si no fuera ya noche avanzada. No había ningún motivo que impidiera saltar sobre la barandilla del puente.

Tras la maleza, en la lejanía, surgía un tren convoy, con todos los compartimientos iluminados y las ventanas bajadas. Uno de nosotros comenzó a cantar una canción de moda, pero todos queríamos cantar. Cantamos mucho más deprisa cuando el tren pasó y balanceamos los brazos, ya que la voz no bastaba. Alcanzamos con nuestras voces una densidad en la que nos sentimos bien. Cuando se mezcla la voz con la de otros es como si se nos hubiera capturado con un anzuelo.

Así cantamos, con el bosque a nuestras espaldas y los ya lejanos viajeros en los oídos. Los adultos estaban todavía despiertos en el bosque, las madres preparaban las camas para la noche.

Ya era tiempo. Besé al que estaba a mi lado, a los tres más próximos les alcancé la mano, comencé a desandar el camino, ninguno me llamó. Llegado al primer cruce, donde ya no me podían ver, me desvié y marché de nuevo por senderos a través del bosque. Pretendía ir a la ciudad en el sur, de la que se dice en nuestro pueblo:

«¡Allí hay gente, pensad, que nunca duerme!

¿Y por qué no?

Porque nunca se cansan.

¿Y por qué no? Porque están locos.

¿No se cansan acaso los locos?

¡Cómo podrían cansarse los locos!».

14. EL TIMADOR DESENMASCARADO[14]

Finalmente, a eso de las diez de la noche, llegué ante la casa señorial a la que había sido invitado, acompañado por un hombre al que había conocido previamente de un modo pasajero, y que se había unido a mí de improviso, callejeando a mi lado durante dos horas.

—Bien —dije, y di una palmada como signo de la absoluta necesidad de despedirme. Durante el camino había realizado toda una serie de intentos, aunque no tan específicos como éste. Ya estaba bastante cansado.

—¿Sube usted ahora mismo? —preguntó. Y oí un ruido extraño procedente de su boca, como de dientes que rechinan.

—Sí.

Yo estaba invitado, se lo acababa de decir. Pero estaba invitado a entrar, no a permanecer frente a la puerta y a mirar por encima de las orejas de mi acompañante. Y para colmo ahora permanecía mudo a su lado, como si nos hubiéramos decidido a quedarnos largo tiempo en aquel sitio. Las casas de alrededor tomaban parte, por añadidura, en nuestro silencio, así como la oscuridad por encima de ellas hasta las estrellas; además de las pisadas de paseantes invisibles, cuyo camino no tenía ganas de adivinar, y el viento, que una y otra vez soplaba contra la acera de enfrente; también un gramófono, que sonaba frente a la ventana cerrada de una habitación cualquiera. Todos se dejaban oír a través del silencio, como si éste fuera de su propiedad desde siempre y para siempre.

Y mi acompañante se sumó en su nombre y, después de una sonrisa, también en el mío, extendió el brazo derecho a lo largo del muro y apoyó su rostro en él, cerrando los ojos.

Sin embargo, no pude ver esa sonrisa hasta el final, pues la vergüenza me obligó a darme la vuelta. Después de esa sonrisa había reconocido que se trataba de un timador, nada más. Y yo llevaba ya meses en la ciudad, había creído conocer por completo a esos timadores, cómo salían por la noche de las calles laterales, cómo rondaban alrededor de las columnas de anuncios en las que nos parábamos, cómo, en pleno juego del escondite, espiaban, al menos con un ojo, detrás de la columna, cómo en los cruces, cuando nos asustábamos, aparecían sorpresivamente ante nosotros en el borde de nuestra acera. Los comprendía tan bien; en realidad habían sido mis primeros conocidos en la ciudad, en las pequeñas tabernas, y les debía la primera visión de una intransigencia que ahora me era tan imposible disociar de la tierra, que ya prácticamente la empezaba a sentir en mi interior. ¡Cómo permanecían todavía frente a uno, aun cuando ya se les había dado esquinazo, es decir cuando ya no había nada que atrapar! ¡Cómo no se sentaban, cómo no se caían, sino que dirigían miradas que siempre convencían, aunque fuese desde la lejanía! Y sus tácticas eran siempre las mismas: se plantaban ante

nosotros, tan aplanados como podían; trataban de apartarnos de nuestro destino; nos preparaban, como sustituto, una vivienda en su propio corazón y, finalmente, surgía en nosotros un sentimiento concentrado que era tomado como un abrazo, al que se arrojaban con el rostro por delante.

Y esta vez sólo había podido reconocer todos esos viejos trucos después de tanto tiempo de mutua compañía. Froté las puntas de los dedos para hacer que aquella vergüenza no hubiese sucedido.

Mi hombre, sin embargo, se mantuvo apoyado como antes, se tenía todavía por un timador, y la satisfacción con su destino le sonrojó la mejilla libre.

—¡Te reconocí! —dije, y le di un ligero golpe en el hombro. Inmediatamente después me apresuré a subir las escaleras, y los rostros fieles del servicio, arriba, en el recibidor, me alegraron como una bella sorpresa. Los miré a todos por turno, mientras me quitaban el abrigo y limpiaban el polvo de las botas. Respiré profundamente y entré en la sala bien erguido.

15. LA VENTANA QUE DA A LA CALLE[15]

Quien vive solo y, sin embargo, desea en algún momento unirse a alguien; quien en consideración a los cambios del ritmo diario, al clima, a las relaciones laborales y a otras cosas semejantes quiere ver, sin más, un brazo cualquiera en el que poder apoyarse, esa persona no podrá seguir mucho tiempo sin una ventana que dé a la calle. Y le ocurre que no busca nada, sólo aparece ante el alféizar de la ventana como un hombre cansado, abriendo y cerrando los ojos entre el público y el cielo, y tampoco quiere nada, e inclina la cabeza ligeramente hacia atrás, así le arrastran hacia abajo los caballos con el séquito formado por el coche y el ruido hasta que, finalmente, alcanza la armonía humana.

16. EL MUNDO URBANO[16]

Oscar M, un estudiante ya mayor —quien lo miraba de cerca, quedaba aterrorizado ante sus ojos—, permanecía un mediodía invernal en una plaza vacía en plena tormenta de nieve, con su abrigo de invierno, una bufanda alrededor del cuello y un gorro de piel en la cabeza. Parpadeaba pensativo. Se había sumido en sus pensamientos hasta tal extremo que se quitó el gorro y frotó con la piel crespada su rostro. Finalmente, pareció haber llegado a una

conclusión y emprendió el camino a casa con un giro de bailarín. Cuando abrió la puerta del salón paterno, vio a su padre, un hombre con la cabeza rasurada y un rostro carnosos, sentado a una mesa vacía y vuelto hacia la puerta.

—Por fin —dijo el padre, apenas Oscar había puesto el pie en la habitación—. Permanece, por favor, junto a la puerta, pues estoy tan furioso que no estoy seguro de poder dominarme.

—Pero padre —dijo Oscar, y nada más empezar a hablar se dio cuenta de lo rápido que había caminado.

—¡Silencio! —gritó el padre, y al levantarse tapó con su cuerpo una ventana—. ¡Te ordeno silencio! Y déjate de «peros», ¿entiendes?

Entonces tomó la mesa con ambas manos y la acercó un paso en la dirección en la que se encontraba Oscar.

—No soporto más tu vida disipada. Soy un hombre viejo. Pensaba que encontraría en ti un consuelo para mis últimos años, pero te has convertido en algo más enojoso que mis enfermedades. ¡Vaya

hijo!, que con su pereza, su derroche, maldad y estupidez lleva a su padre a la tumba.

Aquí enmudeció el padre, pero movió el rostro como si aún siguiera hablando.

—Querido padre —dijo Oscar, y se acercó con precaución a la mesa—, tranquilízate, todo saldrá bien. Hoy se me ha ocurrido algo que hará de mí un hombre diligente, como tú deseas.

—¿Cómo? —preguntó el padre, y dirigió su mirada a una de las esquinas de la habitación.

—Ten confianza en mí, te contaré todo durante la cena. En el fondo siempre fui un buen hijo, sólo que no podía mostrarlo, así que prefería enojarte ya que no podía alegrarte. Pero ahora déjame pasear un poco para poder aclarar mis pensamientos.

El padre, que al principio, mientras prestaba atención, se había sentado sobre el borde de la mesa, se levantó.

—No creo que lo que acabas de decir tenga mucho sentido, más bien lo tengo por palabrería. Pero, a fin de cuentas, eres mi hijo. Llega, pues, a la hora y cenaremos en casa. Así podrás contarme lo que quieras.

—Esa pequeña confianza me basta, y te la agradezco de todo corazón. Pero ¿no descubres en mi mirada que me absorbe por completo un asunto serio?

—Por ahora no noto nada —dijo el padre—. Pero puede ser culpa mía, ya que he perdido la costumbre de mirarte.

Entonces, como era usual en él, golpeó con regularidad la tabla de la mesa para llamar la atención de cómo transcurría el tiempo.

—Lo principal es, Oscar, que ya no tengo ninguna confianza en ti. Cuando te grito alguna vez —te he gritado cuando has llegado, ¿verdad?—, lo hago con la esperanza de que pueda mejorarte, lo hago sólo pensando en tu buena y pobre madre, que ahora, tal vez, ya no siente ningún dolor inmediato por ti, pero que sucumbe lentamente con el esfuerzo por defenderse de ese dolor, ya que cree poder ayudarte así. Pero todas éstas son cosas que tú ya conoces de sobra y de las que, en consideración a mí mismo, no

debería haberme acordado si no me hubieras irritado con tus promesas.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, entró la criada para comprobar el fuego de la calefacción. Apenas había abandonado la habitación, gritó Oscar:

—¡Pero padre, no lo había esperado de ti! Si hubiera tenido sólo una pequeña ocurrencia, digamos una ocurrencia para mi tesis doctoral, que ya descansa diez años en mi cajón y necesita tantas ocurrencias como granos de sal, es posible, aunque no probable, que, como ha ocurrido hoy, hubiera venido corriendo a casa y hubiese dicho: Padre, he sido afortunado y he tenido tal y cual ocurrencia. Si con tu voz digna me hubieras echado a la cara todos los reproches desde el principio, mi ocurrencia se habría desvanecido y hubiera tenido que marcharme de inmediato con cualquier disculpa. Pero, ahora, ¡todo lo contrario! Todo lo que dices contra mí ayuda a mis ideas, no paran de hacerse más fuertes y llenan mi cabeza. Me iré, porque sólo podré ordenarlas en soledad.

Tomó una bocanada de aire en la templada habitación.

—Es posible que, si tienes algo en la cabeza, sólo sea una nadería —dijo el padre abriendo desmesuradamente los ojos—, y creo que te ha poseído. Pero si algo virtuoso se ha perdido en ti, déjalo escapar por la noche. Te conozco.

Oscar hizo girar la cabeza como si lo sujetaran por el cuello.

—Déjame ahora. Intentas penetrar inútilmente en mi interior. La simple posibilidad de que puedas predecir correctamente mi final, no debería llevarte a perturbar mis buenos pensamientos. Quizá te otorgue mi pasado el derecho a hacerlo, pero no deberías abusar. Ahora puedes ver muy bien lo grande que es tu inseguridad cuando te obliga a hablar contra mí de ese modo.

—Nada me obliga —dijo Oscar, y su cuello dio un respingo involuntario.

Se aproximó hasta casi llegar a la mesa, de tal modo que no se sabía a quién pertenecía.

—Lo que dije, lo dije por respeto e, incluso, por amor a ti, como verás luego, pues mis

decisiones se han tomado principalmente en deferencia a ti y a mamá.

—Entonces debo agradecértelo desde ahora —dijo el padre—, ya que es muy improbable que tu madre y yo seamos capaces de hacerlo en el momento oportuno.

—Por favor, padre, deja dormir al futuro como se merece. Si se le despierta antes de tiempo se recibe un presente somnoliento. Que eso, sin embargo, te lo tenga que decir tu hijo... Pero tampoco quería convencerte, al menos aún no, sino anunciarte la novedad. Y eso ha resultado, como debes reconocer.

—Ahora, Oscar, hay algo que me asombra: ¿por qué vienes precisamente hoy con semejante asunto y no lo has hecho antes más a menudo? Ese comportamiento corresponde a tu ser anterior. No, es cierto, es en serio.

—Si en aquel entonces me hubieras dado una paliza en vez de oírme. He venido corriendo, pongo a Dios por testigo, para darte

una alegría. No obstante, no puedo desvelarte mi plan hasta que lo tenga completo. ¿Por qué me castigas por mis buenas intenciones y quieres sonsacarme explicaciones que pudieran dañar la ejecución del plan?

—Cállate, no quiero saber más. Pero tengo que responderte con rapidez, ya que te retiras hacia la puerta y es evidente que planeas algo urgente: con tu habilidad has logrado suavizar mi enfado inicial, pero ahora estoy más triste que antes y por eso te pido —si insistes puedo doblar las manos— que no digas nada a tu madre de tus ideas. Deja que por ahora sólo yo lo sepa.

—Ése no es mi padre, el que habla así —exclamó Oscar, que ya había puesto la mano en el picaporte—. Algo ha sucedido contigo desde el mediodía o eres un extraño con el que me encuentro por vez primera en la habitación de mi padre. Mi padre verdadero — Oscar calló un instante con la boca abierta— tendría que haberme abrazado, habría llamado a madre. ¿Qué tienes, padre?

—Creo que deberías hablarlo con tu padre real. Sería todo más placentero.

—Así lo haré. A fin de cuentas, no puede permanecer al margen. Y madre deberá estar presente, así como Franz, al que voy a recoger. Todos.

A continuación, Oscar empujó la puerta con el hombro como si se hubiera propuesto hundirla.

Una vez en la casa de Franz, se inclinó hacia la pequeña casera con las palabras siguientes:

—El señor Ingeniero duerme, ya lo sé, no importa —y sin preocuparse de la mujer que, insatisfecha con la visita, iba inútilmente de un lado a otro del recibidor, abrió la puerta de cristal, que al ser asida por un lugar sensible tembló, y gritó despreocupado hacia el interior de la oscura habitación:

—Franz, levántate. Necesito tu consejo de especialista. Pero no resisto más en esta habitación, vayamos a pasear. También tú tienes que tratarlo con nosotros. Así que date prisa.

—Encantado —dijo el Ingeniero desde su canapé de piel—, pero ¿primero levantarme, tratar, pasear, aconsejar? Me he debido de perder algo.

—Ante todo ninguna broma, Franz. Eso es lo más importante, lo había olvidado.

—El favor te lo hago de inmediato. Pero eso de levantarme, preferiría tratar dos veces contigo antes que levantarme una vez.

—¡Venga, arriba! Ninguna excusa.

Oscar agarró al hombre débil por la chaqueta y lo levantó.

—Estás rabioso, ¿lo sabes? Con todos mis respetos.

Se restregó los ojos cerrados con los dos dedos meñiques.

—Di, ¿te he sacado yo alguna vez de esta manera del canapé?

—Pero Franz —dijo Oscar con el rostro contraído—, vístete ya. No soy un loco que te despierta sin motivo alguno.

—Yo tampoco estaba durmiendo sin motivo. Ayer tuve servicio nocturno, luego vine a dormir mi siesta, también por ti. ¿Cómo? Venga, hombre, ya empieza a fastidiarme el poco respeto que me tienes. No es la primera vez. Naturalmente, eres un estudiante y puedes hacer lo que te da la gana. No todos son tan afortunados. Caramba, hay que tener una deferencia con los demás. Yo soy tu amigo, lo sabes de sobra, pero no por eso me han quitado mi profesión.

Lo hizo patente agitando las palmas de las manos.

—Después de la labia que has gastado, acaso debo creer que no has dormido lo suficiente —dijo Oscar, que se había subido a una de las patas de la cama, desde donde ahora miraba al Ingeniero como si dispusiera de más tiempo que antes.

—Bueno, ¿qué quieres realmente de mí? O, mejor dicho, ¿por qué me has despertado?

—preguntó el Ingeniero, y se rascó con fuerza el cuello, bajo su barba de chivo, con esa estrecha relación que se tiene con el cuerpo después del sueño.

—¿Qué quiero de ti? —dijo Oscar en voz baja, dando un golpe a la cama con el tacón del zapato—. Muy poco, ya te lo he dicho desde el recibidor: que te vistas.

—Si pretendes insinuar con eso, Oscar, que tus novedades me interesan poco, tienes toda la razón. Eso es lo mejor, pues el fuego que prenderán en tu interior, arderá por sí mismo sin mezclarse con nuestra amistad.

—La información será todavía más clara, necesito una información clara, eso lo tengo muy presente. Pero si buscas corbatas y cuellos, están allí, sobre el sillón.

—Gracias —dijo el Ingeniero, y comenzó a ponerse el cuello y la corbata—. En ti se puede confiar.

17. EL GRAN RUIDO[17]

Estoy sentado en mi habitación, en el cuartel general del ruido de toda la casa. Oigo cómo se cierran todas las puertas; el ruido que hacen al cerrarse evita que oiga los pasos de los que las atraviesan, aunque todavía oigo cómo se cierra el horno en la

cocina. Padre echa abajo la puerta de mi habitación y la atraviesa arrastrando su bata; en la habitación contigua atizan las cenizas de la calefacción; Valli pregunta, gritando desde el recibidor palabra por palabra, si ya se ha limpiado el sombrero de padre; un borboteo, que me parece familiar, eleva el griterío de una voz que responde. Llamam a la puerta de la casa y hace el mismo ruido que una garganta acatarrada, se abre la puerta con el canturreo de una voz femenina y se cierra con una sacudida despiadada. Padre se ha ido, ahora comienza el ruido suave, disperso, desesperanzado, iniciado por el canto de los dos canarios. Ya hace tiempo pensé, con los canarios se me vuelve a ocurrir, si no podría abrir un poco la puerta, arrastrarme como una serpiente hasta la habitación contigua y desde el suelo pedir a mi hermana y a su institutriz un poco de silencio.

18. LA DESGRACIA DEL SOLTERO[18]

Parece tan duro permanecer soltero, tener que pedir acogida, como adulto, manteniendo con dificultad la dignidad, cuando se quiere pasar una noche en compañía de otras personas; estar enfermo y tener que contemplar toda una semana desde el rincón de la cama la habitación vacía; tener que despedirse siempre desde la puerta de la casa; no poder subir las escaleras en

compañía de la mujer; tener sólo en la habitación puertas laterales que conducen a viviendas ajenas; llevar en la mano la cena a casa; contemplar a los niños de otros y repetir una y otra vez: «yo no tengo ninguno»; ejercitarse en el comportamiento y aspecto de los solteros imitando a uno o dos de los recuerdos juveniles.

Así será, sólo que también uno mismo estará aquí, en la realidad, hoy y más tarde, con un cuerpo y una cabeza real, es decir con una frente para golpear con la mano.

19. EL PASEO REPENTINO[19]

Cuando alguien parece haberse decidido definitivamente a permanecer en casa, se ha puesto la bata, se sienta después de la cena a la mesa iluminada y emprende aquel trabajo o juego que, después de concluirse, según la costumbre, implica el irse a dormir; cuando fuera hay un tiempo desapacible, que hace el quedarse en casa algo evidente; cuando se permanece tranquilo tanto tiempo a la mesa que el levantarse e irse produciría asombro; cuando la escalera de la casa está oscura y el portal está cerrado; cuando, no obstante, alguien se levanta de repente a causa de un súbito malestar, se cambia de ropa, aparece en seguida listo para salir a la calle, declara que se va, lo hace

después de una corta despedida, cada uno según la velocidad con que cierra de golpe la puerta, y cree dejar detrás un enfado mayor o menor; cuando se vuelve a encontrar en la calle, con los miembros ligeros, gracias a la inesperada libertad que se les ha otorgado; cuando a través de esta resolución siente cómo toda la capacidad de decisión se ha acumulado en su interior; cuando reconoce, con mayor importancia de la acostumbrada, que tiene más fuerza que necesidad de realizar el cambio y soportarlo; y cuando recorre así las calles — entonces esa noche se ha separado del todo de la familia, la cual se torna en algo insustancial, mientras que uno mismo, bien fijo, contorneado de negro, golpeándose detrás de los muslos, se eleva a una figura verdadera.

Todo se afianza si se busca a un amigo a esas horas de la noche para comprobar qué tal le va.

20. DECISIONES[20]

Elevarse de un estado miserable debe de ser fácil aplicando la propia energía. Me desprendo del sillón, rodeo la mesa, muevo la cabeza y el cuello, pongo fuego en mis ojos, tenso los músculos a su alrededor, hago frente a todo sentimiento, saludo a A de un

modo tempestuoso cuando llega, tolero a B con amabilidad en mi habitación, interiorizo en casa de C con largos impulsos todo lo que se dice a pesar del dolor y del esfuerzo.

Pero aun en el caso de que todo funcione, con cada fallo, que no puede dejar de producirse, el todo, tanto lo fácil como lo difícil, quedará obstaculizado, y tendré que dar vueltas en torno a mí mismo.

Así, el mejor consejo es soportarlo todo, comportarse como una masa pesada y sentirse desaparecido; no dejarse sonsacar ni un paso innecesario; mirar al otro con mirada animal; no sentir arrepentimiento alguno; en suma, aplastar con la propia mano lo que queda de la vida como espectro, es decir aumentar la última tranquilidad sepulcral y no dejar nada excepto eso.

Un movimiento característico de un estado semejante es el desplazamiento del dedo meñique sobre las cejas.

21. LA CONDENA[21]

Era una mañana dominical en lo más bello de la primavera. Georg Bendemann, un joven comerciante, estaba sentado en su habitación, en el primer piso de una de las casas bajas de aspecto precario que se sucedían en larga hilera a lo largo del río y que sólo se diferenciaban en la altura y el color. Acababa de terminar una carta para un amigo de juventud que se encontraba en el extranjero, la cerró con lentitud y luego, con el codo apoyado en el escritorio, contempló a través de la ventana el río, el puente y las lomas de la otra orilla con su pálido verdor.

Pensaba cómo ese amigo, insatisfecho con las expectativas en su tierra natal, se había marchado, hacía años, a Rusia. Regentaba un negocio en San Petersburgo que había funcionado bien al principio, pero que ahora parecía entrar en dificultades, de lo que el amigo se quejaba en sus visitas, cada vez más esporádicas. Así, se mataba a trabajar inútilmente en el extranjero, y la barba apenas podía cubrir el rostro, tan bien conocido desde la infancia, cuyo color amarillento de piel indicaba el desarrollo incipiente de alguna enfermedad. Como le había contado, no tenía una conexión propiamente dicha con la colonia de sus compatriotas allí residentes, aunque tampoco ningún trato social con familias autóctonas, por lo que ya se hacía a la idea de una soltería definitiva.

¿Qué se le podría escribir a un hombre así, que se había metido en un callejón sin salida, al que se podía tener lástima, pero no ayudar? ¿Se le debería aconsejar, acaso, que regresara al hogar, que emprendiera aquí de nuevo su existencia, que retomara sus relaciones amistosas —para lo que no existía ningún impedimento—, y que confiase en la ayuda de sus amigos? Sin embargo, eso no significaba otra cosa que decirle —cuanto más suaves fuesen las palabras más mortificante sería su efecto— que sus intentos habían quedado frustrados, que debería abandonarlos para siempre, que debería regresar y, como un fracasado, darse cuenta con los ojos bien abiertos de que sólo sus amigos valían algo, de que él no era nada más que un niño crecido y de que tenía que seguir el ejemplo de los amigos que habían permanecido en casa. Y, aun así, ¿existiría la seguridad de que toda la tortura infligida produciría algún resultado? Tal vez ni siquiera se lograría que volviera a casa —él mismo había dicho que ya no comprendía los asuntos de su patria—, y así seguiría permaneciendo en el extranjero, amargado por los consejos y más alejado aún, si cabe, de los amigos. Pero si siguiera realmente los consejos y, una vez aquí, se sintiese oprimido —naturalmente no por intención ajena, sino por las circunstancias—, ni estaría bien con sus amigos ni tampoco podría prescindir de ellos, por lo que padecería un sentimiento de vergüenza, y ya no tendría ningún hogar y ningún amigo más. ¿No era mejor para él permanecer en

el extranjero, como hasta entonces? ¿Se podría pensar, dadas las circunstancias, que aquí podría salir adelante?

Por todos esos motivos, en el caso de querer mantener con él una relación epistolar, no se le podría hacer ninguna observación en sentido estricto, como se le haría, sin timidez alguna, hasta a los parientes más lejanos. Ya hacía más de tres años que el amigo no visitaba su patria y lo justificaba con la inseguridad de la situación política rusa, que por lo

visto impedía, según su opinión, la más breve ausencia de un comerciante, mientras cientos de miles de rusos se paseaban tranquilamente por todo el mundo. En el transcurso de esos tres años, sin embargo, habían cambiado mucho las cosas para Georg. Desde la muerte de su madre, ocurrida hacía dos años, Georg vivía con su anciano padre en la misma casa. El amigo supo del fallecimiento y expresó su pésame en una carta con tal sequedad que sólo podría encontrar un motivo en la suposición de que la pena ante un acontecimiento semejante resulta incomprensible en el extranjero. Pero Georg, desde aquel suceso, había tomado las riendas de su negocio con gran determinación. Quizás el padre, en vida de la madre, le había impedido realizar una actividad propia, ya que sólo quería hacer valer su opinión en el negocio. O quizás el padre, después de la muerte de la madre, a pesar de que seguía trabajando en el negocio, se había vuelto algo reservado, quién

sabe, a lo mejor jugaron un papel importante —lo que era muy probable— algunos sucesos casuales; en todo caso, en los dos últimos años el negocio había mejorado de modo inesperado. Habían tenido que doblar el personal, la cifra de negocios se había quintuplicado y estaban, sin duda, ante nuevas ampliaciones y mejoras.

El amigo, sin embargo, ignoraba todos esos cambios. Hacía tiempo, por última vez quizás en la carta de pésame, había querido convencer a Georg de que emigrase a Rusia y se había extendido sobre las buenas perspectivas existentes en San Petersburgo, precisamente en el ramo comercial de Georg. Pero las cifras eran ínfimas en comparación con el volumen de negocio alcanzado por Georg. No obstante, éste no había tenido ganas de informar al amigo de sus éxitos comerciales, y hacerlo ahora, con posterioridad, habría provocado extrañeza.

Así, Georg se limitaba a escribir al amigo acerca de sucesos sin importancia, como los que acuden a la mente de un modo desordenado en un domingo tranquilo. Sólo pretendía mantener la imagen que su amigo se había forjado, durante ese tiempo, de su ciudad natal y con la que se había conformado. Por ese motivo, ocurrió que Georg le comunicó tres veces, en tres cartas

espaciadas, el compromiso matrimonial de un hombre indiferente con una, asimismo, indiferente muchacha, hasta que el amigo, contra las intenciones de Georg, comenzó a mostrar interés por un asunto tan extraño.

Pero a Georg le gustaba escribir acerca de estos acontecimientos más de lo que habría querido reconocer, ya que desde hacía un mes se había prometido con la señorita Frieda Brandenfeld, una muchacha de buena familia. A menudo hablaba con su prometida acerca de este amigo y de su extraña correspondencia con él.

—Entonces no vendrá a nuestra boda —dijo ella—, aunque tengo el derecho de conocer a todos tus amigos.

—No quiero molestarlo —contestó Georg—, compréndeme bien, probablemente vendría, al menos eso creo, pero se sentiría obligado y perjudicado. Además, es posible que me envidiara, y viajaría de vuelta incapaz de superar la insatisfacción provocada por esos sentimientos encontrados. Por añadidura, regresaría solo, ¿sabes lo que es eso?

—Sí, ¿y no podrá saber lo de nuestra boda por algún otro cauce?

—No podría evitarlo, pero por su forma de vida resulta muy improbable.

—Si tienes esos amigos, no deberías haberte prometido.

—Ya lo sé, es culpa de los dos; pero tampoco quise que fuera de otra manera.

Cuando, respirando agitada por sus besos, aún logró añadir:
«Realmente todo esto me molesta», él pensaba que lo más fácil sería escribírselo todo al amigo:

«Así soy» —se dijo—, «y así me tiene que aceptar; no puedo hacer de mí un ser imaginario que quizá fuese más idóneo para la amistad de lo que yo soy».

Y, ciertamente, informó a su amigo en una larga carta acerca de su promesa matrimonial con las siguientes palabras:

«He reservado para el final la mejor sorpresa. Me he prometido con la señorita Frieda Brandenfeld, una muchacha de buena

familia, que se instaló aquí mucho después de que tú abandonaras la ciudad, por lo que apenas podrías conocerla. Ya habrá oportunidad de contarte algo acerca de mi prometida, hoy conténtate con saber que soy feliz. Sólo ha cambiado entre nosotros que ahora en vez de tener en mí a un simple amigo, tienes a un amigo feliz. Además, con mi prometida, que te saluda y te escribirá la próxima vez, ganas a una amiga, lo que no deja de ser importante para un soltero como tú. Ya sé que hay muchas cosas que te impiden visitarnos, pero ¿no sería precisamente mi boda la mejor oportunidad para arrojar por la borda todos los impedimentos? Sea como sea, obra según te parezca y como dicte tu sano juicio».

Georg había permanecido sentado largo tiempo ante esta carta, con el rostro dirigido hacia la ventana. A un conocido que le había saludado al pasar por la calle, le había contestado con una sonrisa ausente.

Finalmente, se guardó la carta en el bolsillo, salió de su habitación, atravesó un pequeño pasillo y entró en la habitación del padre, en la que no había estado desde hacía meses. Pero en realidad no había necesidad de hacerlo, pues trataba constantemente con su padre en el negocio. Comían juntos en una casa de comidas y la

cena la tomaban por separado, aunque luego se sentaban un rato juntos en el salón, cada uno con su periódico, a no ser que Georg, lo que ocurría ahora con frecuencia, se hubiera reunido con sus amigos o visitase a su prometida.

Georg se asombró de lo oscura que estaba la habitación del padre en aquella mañana soleada. Un elevado muro que se levantaba más allá del estrecho patio era el que arrojaba una sombra así. El padre estaba sentado junto a la ventana, en una esquina adornada con recuerdos de la madre, y leía el periódico, que mantenía lateralmente, como si intentase compensar un defecto visual. Sobre la mesa se encontraban todavía los restos del desayuno, que estaba prácticamente intacto.

—¡Ah, Georg! —dijo el padre, y salió a su encuentro. Su pesada bata se abrió al caminar, ondeando a su alrededor el borde inferior.

«Mi padre sigue siendo un gigante» —pensó Georg.

—Esta oscuridad es insoportable —dijo entonces.

—Sí, está bastante oscuro —respondió el padre.

—¿También has cerrado la ventana?

—Lo prefiero así.

—Fuera hace bastante calor —añadió Georg, y se sentó.

El padre retiró la vajilla del desayuno y la puso sobre la cómoda.

—Sólo quería decirte —continuó Georg, que seguía con mirada perdida los movimientos del anciano— que ya he anunciado mi promesa matrimonial en San Petersburgo. —Y sacó un poco la carta de su bolsillo para guardarla de nuevo.

—¿En San Petersburgo? —preguntó el padre.

—A mi amigo —dijo Georg, y buscó los ojos del padre—. «En el negocio se comporta de un modo muy diferente al que lo hace aquí, sentado tan ancho y con los brazos cruzados sobre el pecho» —pensó.

—Sí, a tu amigo —dijo el padre acentuando las sílabas.

—Ya sabes, padre, que en un principio quería silenciarle lo de mi matrimonio. Sólo por deferencia, por ningún otro motivo. Pero he pensado que tal vez pueda enterarse por otros cauces, si bien, según su modo de vida, sería bastante improbable —aunque yo no lo podría evitar—, no quería que se enterase por mí.

—Y ahora lo has pensado mejor —dijo el padre, dejando el periódico en el alféizar de la ventana y las gafas, que cubrió con las manos, sobre el periódico.

—Sí, ahora lo he pensado mejor. Si es un buen amigo, me he dicho, mi compromiso feliz también será para él un motivo de felicidad. Por eso no he dudado en comunicárselo. Pero quería decírtelo antes de mandar la carta.

—Georg —dijo el padre, y abrió desmesuradamente su boca desdentada—,

¡escúchame! Has venido a mí con este asunto para que te aconseje. Eso te honra, sin duda. Pero todo es una nadería, una

irritante nadería, si ahora no me dices toda la verdad. No quiero traer cosas a colación que ahora no vienen a cuento. Desde la muerte de nuestra querida madre han ocurrido cosas bastante feas. Quizá llegue el momento de ocuparse de ellas, y tal vez más pronto de lo que creemos. Del negocio se me escapa algo, quizá no se me oculta —no quiero sugerir ahora que se me oculta—, ya no soy tan fuerte y pierdo memoria. Ya no puedo abarcar todas las cosas. Ése es, en primer lugar, un proceso natural, y en segundo, la muerte de nuestra madrecita me ha afectado a mí más que a ti. Pero ya que estamos en este asunto, en la carta, te pido, Georg, que no intentes engañarme. Se trata de una pequeñez, sin apenas importancia, así que no me engañes. ¿Realmente tienes a ese amigo en San Petersburgo?

Georg se quedó perplejo y se levantó.

—Dejemos estar lo de mi amigo. Mil amigos no sustituyen a mi padre. ¿Sabes lo que creo? No te cuidas lo suficiente; pero la edad reclama sus derechos. Ya sabes muy bien que para mí eres insustituible en el negocio, pero en el caso de que el negocio amenazase tu salud, lo cerraría mañana para siempre. Esto no funciona. Tenemos que encontrar otra forma de vida para ti. Y, además, radicalmente distinta de la que llevas. Permaneces aquí sentado, en la oscuridad, mientras que en el salón podrías disponer de una luz espléndida. Picoteas del desayuno, en vez de

tomar algo que de verdad te fortalezca. Te sientas frente a la ventana cerrada y el aire fresco te sentaría muy bien. ¡No, padre! Voy a llamar al médico y seguiremos sus indicaciones a rajatabla. Cambiaremos las habitaciones, tú te mudarás al cuarto exterior, yo ocuparé éste. No supondrá ningún cambio, pues trasladaremos todo. Pero lo haremos a su tiempo, ahora échate un poco en la cama, necesitas reposo y tranquilidad. Vamos, te ayudaré a desvestirte, ya verás. ¿O prefieres irte ahora mismo al cuarto exterior? Allí podrías echarte por el momento en mi cama. Además, sería muy razonable que lo hicieras así.

Georg estaba situado muy cerca de su padre, el cual había dejado caer la cabeza con su desgredado pelo canoso sobre el pecho.

—Georg —dijo el padre en voz baja, sin moverse.

Georg se arrodilló de inmediato al lado de su padre, y vio en su rostro cansado, en el ángulo de los ojos, las pupilas engrandecidas dirigidas hacia él.

—No tienes a ningún amigo en San Petersburgo. Siempre has sido un bromista y ni siquiera te has contenido conmigo. ¡Cómo podrías tener allí a un amigo! No puedo creerlo.

—Piensa un poco, padre —dijo Georg, que levantó al padre del sillón y le quitó la bata, mientras éste permanecía de pie manteniendo débilmente la posición—, ahora hará tres años que nos visitó en casa. Todavía me acuerdo de que no te caía muy bien. Como mínimo negué dos veces ante ti su presencia, aunque estaba sentado conmigo en mi habitación. Podía comprender muy bien tu animadversión, pues mi amigo tiene sus peculiaridades. Pero luego conversaste con él sin problemas. Estaba tan orgulloso de que lo escucharas, de que asintieras y preguntaras. Si piensas, te acordarás. En aquella ocasión nos contó historias increíbles de la revolución rusa. Cómo, por ejemplo, durante un viaje de negocios a Kiev, había podido ver a un monje en un balcón en pleno tumulto, que a continuación se hizo una herida en forma de cruz con un cuchillo en la palma de la mano, la elevó y arengó así a la multitud. Tú mismo has vuelto a contar esa historia en otras ocasiones.

Mientras tanto a Georg le había sido posible volver a sentar al padre y quitarle cuidadosamente la camiseta que llevaba sobre

los calzoncillos de lino, así como los calcetines. Al ver la ropa interior, no del todo limpia, se hizo reproches por haber descuidado a su padre. Entre sus deberes se encontraba con toda seguridad vigilar que su padre se cambiara de ropa interior. Todavía no había hablado con su prometida del futuro de su padre, pero daban por sentado que el padre permanecería solo en la casa antigua.

Pero ahora decidió con toda determinación que se llevaría a su padre al nuevo hogar. Casi parecía, si se apreciaba con detenimiento, que el cuidado que se le ofrecería al padre allí podría llegar demasiado tarde.

Llevó a su padre en brazos hasta la cama. Experimentó un horrible sentimiento cuando, mientras daba los pocos pasos hasta la cama, comprobó cómo su padre jugaba en su pecho con la cadena del reloj. No pudo depositarlo de inmediato en la cama, con tanta fuerza así la cadena.

Sin embargo, apenas se encontró en la cama, todo fue bien. Él mismo se tapó y luego se subió la manta por encima de los hombros. No miraba a Georg de un modo desagradable.

—¿Te acuerdas ahora de él, no es cierto? —preguntó Georg y asintió al mismo tiempo animándole.

—¿Estoy bien tapado? —preguntó el padre como si no pudiese comprobar si sus pies estaban lo suficientemente cubiertos.

—¿Te gusta estar así en la cama? —dijo Georg, y le arropó mejor.

—¿Estoy bien tapado? —volvió a preguntar el padre, y pareció esperar con ansiedad la respuesta.

—Tranquilízate, estás bien tapado.

—¡No! —gritó el padre, que se sublevó por la respuesta a su pregunta, arrojó la manta con una fuerza tal que llegó a desplegarse por completo en el aire y se puso erguido en la cama. Sólo mantuvo una mano ligeramente apoyada en el techo—. Quisiste taparme, lo sé, hijito, pero todavía no estoy tapado del todo. Y aunque sean mis últimas fuerzas, son suficientes para ti, ¡demasiado para ti! Conozco muy bien a tu amigo. Hubiera sido un hijo afín a mi corazón. Por eso le has engañado durante todo el año. ¿Por qué si no? ¿Qué te crees, que no he llorado por él? Por

eso te encierras en tu despacho, nadie debe molestarte, el jefe está ocupado, sólo para que puedas escribir tus cartitas falsas a Rusia. Pero, por suerte, nadie puede enseñar al padre a desenmascarar al hijo. Al creerte que le habías humillado tanto que te podías sentar sobre él, y que él no se movería, ¡entonces es cuando el señor hijo ha decidido casarse!

Georg contempló la imagen terrible de su padre. El amigo de San Petersburgo, que el padre parecía conocer tan bien de repente, apareció ante él como nunca. Lo veía perdido en la vasta Rusia, lo veía en su negocio, saqueado y vacío. Permanecía entre los anaqueles destruidos, las mercancías destrozadas, las cañerías del gas rotas. ¿Por qué habría tenido que irse tan lejos?

—¡Pero mírame a la cara! —gritó el padre, y Georg corrió, casi descompuesto, hacia la cama para no perder detalle, pero se detuvo a la mitad del camino

—Porque se levantó la falda —comenzó el padre con voz meliflua—, porque se levantó la falda, esa gansa repugnante —y se levantó tanto su camisa para demostrarlo que

se pudo ver la herida de guerra en la parte superior del muslo—. Porque se levantó la falda así y así, por eso le metiste mano, y para poder satisfacer tus deseos sin que nadie te estorbase has deshonrado el recuerdo de tu madre, has traicionado al amigo y has confinado a tu padre en la cama para que no pueda moverse. ¿Pero puede o no puede moverse?

Y se movió con entera libertad, balanceando las piernas. Resplandecía de astucia. Georg permanecía en una esquina, lo más lejos posible del padre. Hacía mucho que había decidido observarlo todo con precisión, para no ser sorprendido por ningún lado, ni por arriba ni por abajo. Ahora recordaba ese propósito, pero lo volvió a olvidar en el acto, del mismo modo en que se enhebra un hilo corto en el ojo de una aguja.

—¡Pero no has logrado traicionar al amigo! —gritó el padre, y el movimiento de su dedo índice fortaleció su afirmación—. Yo fui su representante aquí.

—¡Comediante! —gritó Georg sin poder contenerse, pero reconoció en seguida el daño causado y, con los ojos vidriosos, se mordió la lengua y se dobló de dolor, aunque demasiado tarde.

—¡Sí, es cierto, he hecho comedia! ¡Comedia! Bonita palabra. ¿Qué otro consuelo le queda a tu viejo padre viudo? Dilo, y al menos en el instante de la respuesta sé todavía mi hijo vivo, ¿qué me quedaba, encerrado en mi cuarto trasero, perseguido por un personal infiel, viejo hasta notárseme todos los huesos? ¡Y mi hijo marchaba triunfante por el mundo, concertaba negocios que yo había preparado, dando volteretas de placer y huyendo de su padre con el rostro enigmático de un hombre de honor! ¿Crees que no te habría amado, yo, del que tú saliste?

«¡Ahora se inclinará —pensó Georg—, si se cayera y se rompiera la crisma!» —estas palabras pasaron raudas por su cabeza.

El padre se inclinó hacia adelante, pero no cayó. Como Georg no se aproximó, como él esperaba, volvió a mantenerse erguido.

—¡Quédate donde estás, no te necesito! Crees que aún tienes fuerzas para llegar hasta aquí y que, sin embargo, te mantienes allí detrás porque quieres. ¡No te equivoques! Yo soy todavía el más fuerte. Quizá debería haberme rendido, pero tu madre me ha

otorgado su fuerza; con tu amigo me he entendido excepcionalmente, ¡aquí, en el bolsillo, tengo a tu clientela!

«Incluso en la camisa tiene bolsillos» —se dijo Georg, y creyó poner en evidencia a su padre con esta indicación ante todo el mundo. Pero sólo lo pensó un momento, pues lo olvidaba todo al instante.

—¡Cuélgate del brazo de tu mujer y enfréntate a mí! ¡La barreré de tu lado y no sabes cómo!

Georg hizo una mueca de incredulidad. El padre simplemente asentía, lamentando la verdad de lo dicho, en dirección a la esquina en la que se encontraba Georg.

—Cómo me has divertido hoy, cuando viniste y preguntaste si debías escribir a tu amigo acerca del compromiso. ¡Él lo sabe todo, joven estúpido, lo sabe todo! Yo se lo escribí, ya que olvidaste quitarme la pluma. Por eso no viene desde hace años, lo sabe todo mil veces mejor que tú. ¡Arruga tus cartas en la mano izquierda sin haberlas leído, mientras mantiene las mías en la derecha para leerlas!

Alzó los brazos entusiasmado y los agitó por encima de la cabeza.

—¡Lo sabe mil veces mejor! —gritó.

—¡Diez mil veces! —dijo Georg, para burlarse del padre, pero la palabra, todavía en la boca, adquirió un tono de seriedad mortal.

—¡Desde hace años esperaba a que me vinieras con esa pregunta! ¿Crees que hay otra cosa que me preocupe? ¿Acaso crees que leo los periódicos? ¡Pues, mira! —y arrojó a Gregor una hoja de periódico que de algún modo había llegado hasta la cama. Se trataba de un periódico viejo, cuyo nombre era totalmente desconocido para Georg.

—¿Cuánto tiempo has tardado en madurar? Tu madre tuvo que morir, no pudo vivir ese día de felicidad; tu amigo sucumbe en su Rusia, ya hace tres años que estaba amarillo, para tirarlo, y yo, ya ves cómo me va, ¡me imagino que para eso tendrás ojos!

—¡Entonces me has espiado! —gritó Georg. El padre respondió compasivo, como de paso.

—Probablemente quisiste decir eso mucho antes, ahora ya no viene a cuento. Y en voz más alta, añadió:

—¡Ahora ya sabes todo lo que había aparte de ti, hasta ahora sólo sabías de ti mismo!

¡Eras, ciertamente, un niño inocente, pero mucho más cierto es que eras un ser diabólico! Y por eso, tienes que saber: ¡yo te condeno a morir ahogado!

Georg se sintió expulsado de la habitación; el golpe que se dio el padre a sus espaldas, al caer sobre la cama, resonaba en sus oídos. En la escalera, cuyos escalones bajó como si fuesen una superficie lisa y resbaladiza, atropelló a la sirvienta que subía a arreglar la habitación.

—¡Jesús! —exclamó, y se protegió el rostro con el delantal, pero él ya había desaparecido. Se dirigió desde la puerta, por la calzada, hacia el agua. Como un hambriento se aferra a la comida, así se aferró a la barandilla. Se alzó sobre ella, como el excelente gimnasta que, para orgullo de sus padres, había sido en su juventud. Se mantuvo un rato asido fuertemente con las manos, que se tornaban cada vez más débiles; divisó entre los barrotes de la barandilla a un ómnibus que amortiguaría con facilidad el ruido de su caída. Musitó:

—Queridos padres, a pesar de todo, os he amado siempre. Y se dejó caer.

En aquel momento un tráfico interminable pasaba por el puente.

22. EL FOGONERO. UN FRAGMENTO[22]

Cuando el joven de dieciséis años, Karl Romann, que había sido enviado por sus padres a América porque lo había seducido una sirvienta y había tenido un hijo de él, entró en el puerto de Nueva York a bordo de un barco que había reducido considerablemente su marcha, contempló la estatua de la diosa de la Libertad, visible ya desde hacía tiempo, como iluminada por un resplandor repentino de luz solar. Su brazo, portando la espada, se elevaba con ímpetu renovado y en torno a su figura soplaban los libres vientos.

«¡Qué alta!» —se dijo, y como no pensaba en apartarse, fue empujado por las olas de mozos de equipaje que le adelantaban, hasta llegar a la borda del barco.

Un joven, al que había conocido de un modo fugaz durante la travesía, le dijo al pasar a su lado:

—¿No tiene ganas de desembarcar?

—Yo ya estoy listo —dijo Karl sonriéndole, y a continuación levantó su maleta sobre el hombro por altivez y porque era un joven fuerte. Pero al ver que su conocido se alejaba en compañía de los demás, balanceando ligeramente el bastón, se dio cuenta consternado de que había olvidado su paraguas abajo, en el interior del barco. Rápidamente pidió a su conocido, que no pareció muy feliz por ello, que fuese tan amable de esperar un instante al lado de su maleta; se hizo una idea del lugar en que estaba para poder regresar sin problemas al mismo sitio y se dio prisa. Abajo encontró, para su desconsuelo, que el pasillo por el que habría acortado considerablemente su camino estaba cerrado por primera vez, lo que sin duda se debía al desembarco de los pasajeros. Por esta razón, se vio obligado a buscar el camino con dificultad a través de innumerables pequeñas estancias, por escaleras cortas que se sucedían interminables, por corredores sinuosos, a través de un camarote vacío con un escritorio abandonado, hasta que, como sólo había hecho este camino una o dos veces en compañía de otros muchos, se perdió

irremediablemente. En su confusión, ya que no encontraba a ninguna persona y no dejaba de oír el roce de los miles de pies, así como, desde la lejanía, los últimos estertores de las máquinas ya paradas, comenzó a golpear sin pensar en una pequeña puerta, ante la que se había detenido su extraviado caminar.

—Está abierto —gritaron desde el interior, y Karl abrió la puerta con un suspiro de satisfacción.

—¿Por qué golpea la puerta como un loco? —preguntó un hombre gigantesco, apenas vio a Karl. A través de alguna claraboya, como si llegase ya gastada de la cubierta del barco, una luz turbia penetraba en el triste camarote, en el cual había una cama, un armario, una silla, y el hombre, permaneciendo todos juntos, como si hubiesen sido almacenados.

—Me he perdido —dijo Karl—, durante la travesía no me había dado cuenta, pero es un barco enorme.

—Sí, tiene razón —dijo el hombre con algo de orgullo, sin dejar de presionar con ambas manos el pestillo de un maletín, tratando de escuchar el ruido al cerrarse.

—¡Pero entre, no se quede ahí! —dijo el hombre a continuación—. No querrá permanecer ahí fuera, de pie, todo el rato.

—¿No molesto? —preguntó Karl.

—¡Bah, cómo va a molestar!

—¿Es usted alemán? —intentó asegurarse Karl, ya que había oído de los peligros que amenazaban a los recién llegados al toparse especialmente con irlandeses.

—Lo soy, lo soy —dijo el hombre.

Karl aún dudaba. Entonces el hombre asió sin más el picaporte y empujó la puerta, que cerró con rapidez, dejando a Karl en el interior del camarote.

—No puedo soportar cuando me miran desde el pasillo —dijo el hombre, que volvió a ocuparse con el maletín—. Eso de que todo el que pase pueda ver lo que hago, no lo aguanto.

—Pero el pasillo está completamente vacío —dijo Karl, incómodo por estar aprisionado contra las patas de la cama.

—Sí, ahora —dijo el hombre.

«Precisamente de “ahora” se trata» —pensó Karl—. «Resulta difícil hablar con este hombre».

—Siéntese en la cama, ahí tendrá más espacio —dijo el hombre.

Karl trepó como pudo y rió cuando fracasó en su primer intento. Apenas lo consiguió, exclamó:

—¡Dios mío, he olvidado mi maleta!

—¿Dónde está?

—Arriba, en la cubierta. Un conocido cuida de ella.

—¿Cómo se llama?

Karl sacó una tarjeta de visita de un bolsillo secreto que su madre le había cosido en el forro de la chaqueta.

—Butterbaum, Franz Butterbaum.

—¿Necesita usted la maleta?

—Naturalmente.

—¿Y entonces por qué se la ha confiado a un extraño?

—He olvidado abajo mi paraguas y corría a recuperarlo, pero no quería llevar arrastrando la maleta. Luego me perdí.

—¿Está usted solo? ¿Sin acompañantes?

—Sí, solo.

«Quizá debería fiarme de este hombre» —se le pasó a Karl por la cabeza—, «pues dónde podría encontrar un amigo mejor».

—Y ahora, por añadidura, ha perdido la maleta. Del paraguas, para qué hablar.

Y el hombre se sentó en la silla, como si el asunto de Karl hubiese ganado en interés para él.

—Creo que la maleta todavía no está perdida.

—Bienaventurados los que creen —dijo el hombre, y se rascó con fuerza su pelo corto, oscuro y espeso—. En el barco cambian las costumbres con los puertos. En Hamburgo, su Butterbaum tal vez habría vigilado su maleta, aquí lo más probable es que no quede rastro de ninguno de los dos.

—En ese caso, tendré que ir de inmediato a comprobarlo —dijo Karl, y miró a su alrededor para ver por dónde podía salir.

—Quédese —dijo el hombre, y le empujó hacia la cama dándole un golpe brusco con la mano en el pecho.

—¿Por qué? —preguntó Karl enfadado.

—Porque no tiene ningún sentido —dijo el hombre—, además, dentro de un momento me iré yo también, así que podemos salir juntos. O han robado la maleta, por lo que ya no hay ayuda posible, o el hombre la ha abandonado allí, por lo que podremos encontrarla más fácilmente cuando el barco se halle vacío del todo. Lo mismo ocurrirá con su paraguas.

—¿Sabe orientarse en el barco? —preguntó Karl receloso, ya que le parecía que el argumento, por lo demás convincente, de que las cosas se encontrarían mejor en el barco abandonado, escondía algún truco.

—Yo soy fogonero del barco —dijo el hombre.

—¡Usted es fogonero! —exclamó Karl con alegría, como si eso colmase todas sus expectativas, y, apoyándose en el codo, miró al hombre con más detenimiento—. Precisamente en el camarote

donde dormía con los eslovacos había una claraboya a través de la cual se podía ver la sala de máquinas.

—Sí, allí he trabajado yo —dijo el fogonero.

—Siempre me he interesado mucho por la técnica —dijo Karl, que siguió insistiendo sobre el mismo tema—, y hubiera llegado a ser ingeniero si no hubiera tenido que viajar a América.

—¿Por qué ha tenido que viajar?

—¡Ah, bah! —dijo Karl, y rechazó toda la historia de un manotazo. Al hacerlo miró

sonriente al fogonero, como si le pidiese que mostrara indulgencia con lo que no le había confesado.

—Tendrá que haber un motivo —dijo el fogonero, pero no se sabía muy bien si con esa respuesta quería que le contaran el motivo o deseaba ahorrárselo.

—Ahora podría ser fogonero —dijo Karl—, a mis padres les es ya completamente indiferente lo que sea.

—Mi puesto se queda libre —dijo el fogonero, quien, a continuación, metió las manos en los bolsillos de un pantalón arrugado, color gris plomo, de un material parecido al cuero, y estiró las piernas sobre la cama. Karl tuvo que acercarse más a la pared.

—¿Abandona el barco?

—Sí, señor, hoy nos marchamos.

—¿Por qué? ¿No le gusta la vida aquí?

—Así son las circunstancias; el que a uno le guste no siempre decide. Pero, por lo demás, tiene usted razón, no me gusta. Usted no dirá en serio eso de ser fogonero, aunque si es así lo más fácil es serlo. Yo se lo desaconsejo. Si quiso estudiar en Europa, ¿por qué no hacerlo aquí? Las universidades americanas son incomparablemente mejores que las europeas.

—Es posible —dijo Karl—, pero ya apenas tengo dinero para estudiar. He oído de alguien, es cierto, que trabajaba de día en un comercio y estudiaba por la noche. Llegó a hacer el doctorado y, según creo, fue alcalde, pero para eso se necesita mucha perseverancia, ¿verdad? Me temo que a mí me falta. Además, no fui lo que se podría llamar un buen estudiante. Dejar la escuela no me supuso ningún esfuerzo. Las escuelas aquí son quizá hasta más severas. Apenas puedo hablar inglés y aquí tienen prejuicios contra los extranjeros, según creo.

—¿También está al tanto de eso? Ah, bien, entonces es usted mi hombre. Sabe usted, estamos en un barco alemán. Pertenece a la línea Hamburgo-América, pero ¿por qué no somos aquí todos alemanes? ¿Por qué es el maquinista jefe un rumano? Se llama Schubal. Es increíble. Y ese perro vagabundo nos veja, a nosotros, los alemanes, ¡en un barco alemán! No se crea —se quedaba sin aire y agitaba las manos— que me quejo por quejarme, ya sé que usted no tiene la menor influencia y que es un pobre muchacho. ¡Pero es indignante! —y golpeó varias veces la mesa con el puño sin apartar la vista de él mientras lo hacía—. He servido en tantos barcos —y nombró sucesivamente más de veinte nombres como si fueran una sola palabra; Karl quedó confuso—, y me he distinguido en ellos, he sido elogiado, era un trabajador que

satisfacía a sus capitanes, incluso permanecí varios años en el mismo mercante —se alzó como si hubiese sido el punto culminante de su vida—, pero en esta caja de zapatos, donde todo está reglamentado a cordón, donde no se necesita ingenio alguno, aquí no pinto nada, aquí siempre estoy estorbando a Schubal, soy un vago, sólo merezco que me despidan y recibo mi salario por misericordia.

¿Comprende usted eso? Yo, no.

—No debería tolerarlo —dijo Karl excitado. Ya no se sentía perdido, en el suelo inseguro de un barco, en la costa de un continente desconocido, tan bien se encontraba en la cama del fogonero—. ¿Ha visto al capitán? ¿Ha intentado que le haga justicia?

—¡Ah! Váyase, siga mejor su camino. No le quiero tener aquí. No escucha lo que le digo y encima me da consejos. ¡Cómo podría ir a ver al capitán! —y, cansado, el fogonero volvió a sentarse y puso el rostro entre las manos.

«No puedo dar un consejo mejor» —se dijo Karl. Y pensó que debería haber ido a recoger su maleta en vez de dar consejos que, por añadidura, se tomaban por tontos. Cuando el padre le entregó la maleta para siempre, preguntó en broma: «¿Cuánto tiempo serás capaz de conservarla?». Y ahora, tal vez, esa maleta tan

cara se había perdido en serio. El único consuelo era que el padre, en su situación presente, no podría saberlo, aun en el caso de que investigara. La compañía marítima sólo podía informarle de que había llegado a Nueva York. No obstante, Karl lamentaba haber utilizado tan poco las cosas de la maleta, aunque, por ejemplo, hacía tiempo que necesitaba cambiar de camisa. Ahí había ahorrado innecesariamente. Ahora, cuando hubiera necesitado vestir con limpieza por estar al comienzo de su carrera, tendría que aparecer con una camisa sucia. Si no fuera por eso, la pérdida de la maleta no hubiera sido tan grave, pues el traje que llevaba era incluso mejor que el del interior de la maleta, el cual, en realidad, sólo era un traje de emergencia que la madre había estado remendando poco antes de la partida. Ahora se acordaba también de que en la maleta había un trozo de salami de Verona, que la madre había empaquetado como regalo especial, pero del que apenas había comido, ya que durante la travesía no había sentido apetito y la sopa que servían en el entrepuente le había bastado. Pero en ese instante le hubiera gustado tener a mano la chacina para hacer los honores al fogonero, pues es fácil ganarse a ese tipo de personas ofreciéndoles alguna pequeñez, eso lo sabía Karl de su padre, el cual se ganaba a todos los empleados inferiores con los que tenía contactos comerciales repartiéndoles cigarrillos. Para regalar, Karl se había quedado sólo con su dinero y, en el caso de que hubiera perdido la maleta, no quería tocarlo por el momento. Sus pensamientos volvieron de nuevo a la maleta,

y no podía entender por qué la había vigilado con tanta atención durante la travesía, lo que casi le había costado el sueño, si luego había dejado que se la quitasen con tanta facilidad. Recordó las cinco noches durante las cuales un pequeño eslovaco, que dormía dos literas a la izquierda de donde él se encontraba, le resultó sospechoso, pues se fijaba demasiado en su maleta. Ese eslovaco parecía espiarle con la intención de apropiarse de su equipaje. Con la ayuda de una barra, con la que jugaba o practicaba durante todo el día, y cuando Karl cayera rendido y echara una breve cabezada, haría desaparecer, sin duda, el objeto codiciado. Ese eslovaco, a la luz del día, presentaba una apariencia lo suficientemente inocente, pero llegada la noche se incorporaba de vez en cuando y observaba la maleta de Karl con tristeza. Karl podía reconocerlo con claridad, pues siempre, en un momento u otro, alguien, con la intranquilidad propia del emigrante, encendía una luz, a pesar de estar prohibido por las ordenanzas del barco, y trataba de descifrar los folletos incomprensibles de la agencia de inmigración. Si se encendía una de esas luces en su cercanía, Karl podía adormilarse de nuevo, pero si se encendía más lejos o se permanecía en plena oscuridad,

entonces se veía obligado a velar. Este esfuerzo lo había agotado, y ahora, quizá, había sido completamente inútil. Ese Butterbaum, ¡si pudiera toparse con él otra vez!

En ese momento resonaron afuera, en la lejanía, rompiendo la tranquilidad reinante, golpes cortos, como de pisadas infantiles, que se fueron aproximando con ruido creciente hasta sonar como una marcha tranquila de hombres. Era evidente que, a causa del estrecho pasillo, pasaban en fila; se oía un extraño tintineo, como de armas. Karl, que casi se había quedado dormido, olvidadas las preocupaciones por la maleta y el eslovaco, se asustó y empujó al fogonero para llamarle la atención, pues la procesión parecía haber llegado a la altura de la puerta.

—Ésa es la orquesta del barco —dijo el fogonero—, acaban de tocar arriba y ahora se van a hacer el equipaje. Ya está todo listo y podemos irnos. ¡Venga! —tomó a Karl de la mano, descolgó de la pared en el último momento una imagen enmarcada de la Virgen María, que luego guardó en un bolsillo interior de la chaqueta a la altura del pecho, cogió su maleta y abandonó a toda prisa el camarote con Karl.

—Ahora iré a la oficina y diré a los señores mi opinión. Ya no queda ningún pasajero a bordo, así que ya no me andaré con contemplaciones.

Esto mismo lo repitió el fogonero de distintas maneras, e intentó patear a una rata que se le cruzó en el camino, pero ésta fue más rápida y alcanzó a tiempo el agujero por el que desapareció. Era muy lento en sus movimientos, pues, aunque tenía las piernas largas, resultaban demasiado pesadas.

Pasaron por la cocina, donde algunas muchachas con delantales sucios —los manchaban intencionadamente— limpiaban la vajilla en grandes cubas. El fogonero llamó a una tal Line, rodeó su cadera con el brazo y la llevó un trecho a su lado. Ella se apretó coqueta contra su brazo.

—Ahora toca la liquidación, ¿quieres venir? —preguntó él.

—Para qué me voy a esforzar, tráeme tú el dinero —respondió, se zafó de su brazo y se fue—, ¿De dónde has sacado a ese chico tan guapo? —le dio tiempo a gritar, pero no pretendía ninguna respuesta. Se escucharon las risas de todas las muchachas, que habían interrumpido el trabajo.

Ellos siguieron adelante y llegaron ante una puerta que, en la parte superior, tenía un frontispicio sostenido por dos pequeñas y

doradas cariátides. Para un barco de aquella condición, resultaba demasiado suntuoso. Karl se dio cuenta de que nunca había estado en esa parte del barco, la cual, durante la travesía, había quedado reservada, probablemente, a los pasajeros de primera y segunda clase, mientras que ahora, antes de comenzar con la gran limpieza general, habían retirado las puertas de separación. Ya se habían encontrado con hombres que llevaban escobas al hombro y que habían saludado al fogonero. Karl estaba asombrado ante tanto despliegue; en el entrepuente había percibido muy poco de todo eso. A lo largo de los pasillos corrían cables eléctricos y había una campana pequeña que no dejaba de sonar.

El fogonero tocó respetuoso a la puerta y, cuando alguien desde el interior exclamó

«adelante», hizo una seña a Karl con la mano para que entrase sin miedo. Entró, pero se quedó de pie al lado de la puerta. A través de las tres ventanas de la cámara vio las olas del mar, y al contemplar sus alegres ondulaciones le dio un vuelco el corazón, como si no hubiera visto el mar durante los últimos cinco días. Grandes barcos entrecruzaban sus rumbos y cedían ante el oleaje tanto como lo permitía su gravitación. Si se los miraba con ojos entornados, esos barcos parecían balancearse por un peso desmesurado. En sus mástiles portaban estrechas, pero largas banderas, que aunque tensas por la marcha, ondeaban al viento. Resonaban salvas, probablemente de algún barco de guerra. Los

cañones de un acorazado, que pasaba no muy lejos de donde se encontraban, resplandecían gracias al reflejo de su manto de acero, eran como acariciados por el curso seguro y suave del barco, curso que, sin embargo, no era del todo horizontal. Los barcos pequeños y los botes apenas eran discernibles, al menos desde la puerta, no obstante se podía observar en la lejanía cómo atravesaban los espacios libres dejados por los grandes barcos. Detrás de todo, sin embargo, se hallaba Nueva York, que contemplaba a Karl con los cientos de miles de ventanas de sus rascacielos. Sí, en aquella habitación uno sabía dónde estaba.

Sentados a una mesa redonda se encontraban tres señores: uno era un oficial del barco con uniforme azul de la marina, los otros dos eran funcionarios portuarios, con uniformes negros norteamericanos. Sobre la mesa había una pila de documentos que el oficial, con la pluma en la mano, recorría con la vista, a continuación, se los entregaba a los otros dos, quienes unas veces los leían, otras anotaban algo o bien guardaban alguno de los documentos en sus carteras, a no ser que uno de ellos, que hacía un ruidito continuo con los dientes, no dictara algo a sus colegas para el protocolo.

Junto a la ventana, frente a un escritorio, se sentaba, dando la espalda a la puerta, un hombre más pequeño, que manejaba grandes infolios, alineados en un anaquel a la altura de su cabeza. A su lado se hallaba una caja fuerte abierta y vacía, al menos a primera vista.

En la segunda ventana no había nada y, por consiguiente, ofrecía la mejor vista. Junto a la tercera ventana había dos hombres de pie, sumidos en una conversación a media voz. Uno de ellos se apoyaba en la ventana, llevaba también el uniforme de la marina y jugaba con la empuñadura de su sable. El que hablaba con él estaba situado mirando a la ventana y descubría de vez en cuando, al moverse, parte de las condecoraciones que adornaban el pecho del primero. Iba vestido de civil y empuñaba un delgado bastón de bambú, el cual, como el propietario apoyaba ambas manos en las caderas, semejaba también un sable.

Karl no tuvo mucho tiempo para verlo todo, pues pronto se acercó un ordenanza hasta ellos y preguntó al fogonero con la mirada, como si no pintase nada allí, qué quería. El fogonero respondió en el mismo tono bajo de voz en el que fue preguntado que quería hablar con el señor cajero jefe. El ordenanza rechazó, por su parte, la solicitud con un movimiento de la mano, pero fue de puntillas,

evitando con un amplio rodeo la mesa redonda, hasta el señor de los infolios. Este señor —se vio con toda claridad— casi quedó paralizado al escuchar las palabras del ordenanza, aunque finalmente se volvió hacia el

hombre que deseaba hablarle; a continuación, hizo ademanes de severo rechazo contra el fogonero y, para asegurarse, también contra el ordenanza. Éste regresó de nuevo hacia el fogonero y le dijo en un tono casi confidencial:

—¡Abandone de inmediato esta habitación!

El fogonero, después de esa respuesta, miró hacia abajo, hacia Karl, como si éste fuera su corazón ante el que, mudo, se lamentaba. Sin pensárselo dos veces, Karl salió corriendo y cruzó la habitación, rozando incluso al hacerlo la silla del oficial. El ordenanza salió detrás, agachado, con los brazos preparados para atraparlo como si fuera una alimaña, pero Karl llegó primero hasta la mesa del cajero jefe, a la que se asió, por si el ordenanza intentaba llevárselo de allí.

Naturalmente, toda la habitación se animó de inmediato. El oficial de la mesa saltó de su asiento; los señores del organismo

portuario miraron tranquilos, pero con atención; los dos señores de la ventana se habían girado; el ordenanza, que creía estar precisamente en el lugar por el que los señores mostraban interés, retrocedió. El fogonero esperaba tenso junto a la puerta hasta el instante en que se necesitara su ayuda. Y finalmente, el cajero jefe giró su sillón hacia la derecha.

Karl hurgó entre los papeles de su bolsillo secreto, que no tuvo ningún reparo en mostrar a aquella gente, y sacó su pasaporte. En vez de presentarse, depositó el documento sobre la mesa. El cajero jefe pareció tenerlo por algo superfluo, pues puso despectivamente el pasaporte a un lado cogiéndolo con dos dedos, por lo que Karl, considerando que la formalidad había sido cumplida satisfactoriamente, se lo volvió a guardar.

—Me permito decir —comenzó—, que, según mi opinión, al señor fogonero se le ha hecho una injusticia. Hay aquí un tal Schubal que le hace la vida imposible. Él mismo ha servido en muchos barcos con plena satisfacción, y los puede nombrar todos; es diligente, hace bien su trabajo, y no se puede comprender por qué precisamente en este barco, donde el servicio no es tan pesado como, por ejemplo, en un velero mercante, supuestamente no cumple con su deber. Una difamación le impide continuar su

actividad y le niega su justo reconocimiento, que, en otro caso, seguro que no le faltaría. He dicho lo más general sobre el asunto, él en persona les transmitirá las quejas más detalladas.

Karl se había dirigido con su discurso a todos los presentes, ya que, en realidad, todos escuchaban y, además, parecía más probable que entre todos ellos se encontrase un hombre justo, y no que ese justo fuera precisamente el cajero jefe. Por astucia, Karl había silenciado que conocía desde hacía tan poco tiempo al fogonero. Por lo demás, podría haber hablado mucho mejor si el rostro colorado del hombre con el bastón de bambú, rostro que veía por primera vez desde la nueva posición, no le hubiera confundido.

—Todo es cierto, palabra por palabra —dijo el fogonero, antes de que nadie le hubiera preguntado, aun antes de que nadie ni siquiera le hubiera mirado. Esa precipitación hubiera sido un gran error si el señor con las condecoraciones, que, como ahora Karl dilucidaba, se trataba del capitán, no hubiera decidido ya escuchar al fogonero. El capitán extendió la mano y gritó:

—¡Venga usted aquí! —la voz sonó fuerte, como para golpear sobre ella con un martillo. Ahora todo dependía de la conducta del fogonero, pues Karl no dudaba de la justicia de sus pretensiones.

Felizmente, en esa ocasión el fogonero mostró que era un hombre de mundo. Tranquilo, sacó sin dudar de su maletín un puñado de papeles, así como un libro de notas, con los que se dirigió, como algo evidente, e ignorando completamente al cajero jefe, hacia el capitán, ante el cual, en el alféizar de la ventana, extendió sus pruebas documentales. Al cajero jefe no le quedó otra alternativa que acudir hasta allí.

—Este hombre es un conocido litigante —dijo como explicación—, está más en la caja que en la sala de máquinas. Ha llevado a un hombre tan paciente como Schubal hasta la desesperación. ¡Escúcheme! —se volvió hacia el fogonero—. Esta vez lleva su impertinencia demasiado lejos. ¡Cuántas veces ha sido expulsado de la caja, como, por lo demás, se merece por sus reclamaciones completamente injustas, sin excepción! ¡Cuántas veces se dirigió usted, a continuación, hacia la tesorería! ¡Cuántas veces se le ha dicho con buenas palabras que Schubal es su superior, con el que usted, como subordinado, tiene que tratar estos asuntos! ¡Y ahora no se le ocurre otra cosa que venir aquí, cuando el capitán está

presente, y no sólo no se avergüenza de molestarlo, sino que encima se sirve de este jovencito como portavoz presuntuoso de sus acusaciones de mal gusto, al que, por añadidura, veo por vez primera a bordo!

Karl retrocedió con violencia para abalanzarse hacia adelante, pero el capitán ya estaba allí, y dijo:

—Oigamos a este hombre una vez más; ese Schubal cada vez actúa con más independencia, con lo que no quiero decir nada a favor de usted.

Lo último se refería al fogonero, era natural que no se iba a poner de su parte desde el principio, pero todo parecía discurrir por el buen camino.

El fogonero comenzó sus explicaciones y se superó desde el principio al nombrar a Schubal con el tratamiento de «señor». Cómo disfrutaba Karl desde el escritorio abandonado por el cajero jefe, donde una y otra vez presionaba un pesacartas de puro placer.

«¡El señor Schubal es injusto! ¡El señor Schubal prefiere a los extranjeros! ¡El señor Schubal expulsó al fogonero de la sala de máquinas y le puso a limpiar retretes, lo que no es asunto de un fogonero!».

Una vez se dudó, incluso, de la competencia del señor Schubal, que más bien era aparente que real. En ese momento, Karl miró fijamente y con toda su fuerza al capitán, sin parpadear, como si fuese su colega, y sólo para que la expresión poco hábil del fogonero no lo perjudicase. No obstante, del discurso se deducían pocas precisiones y, aunque todavía se podía ver en los ojos del capitán la decisión de escuchar al fogonero hasta el final, al menos por esta vez, los otros señores comenzaron a mostrar cierta impaciencia, y la voz del fogonero ya no dominaba sin competencia la sala, lo que no hacía barruntar nada bueno. El primero fue el señor de civil, que comenzó a balancear el bastón y, aunque sin hacer apenas ruido, a golpear el suelo con él. Los otros señores, naturalmente, miraron de vez en cuando hacia allí; los de las instituciones portuarias, que carecían, a todas luces, de tiempo, tomaron de nuevo sus actas y, aunque algo ausentes, volvieron a leerlas; el oficial del barco retornó a su mesa; y el cajero jefe, que ya creía haber ganado la partida, lanzó un suspiro profundo de ironía. De la distracción general que se había apoderado de todos los presentes, sólo parecía haberse salvado el

ordenanza, el cual participaba del dolor al que había quedado sometido aquel pobre hombre entre sus superiores, y miraba a Karl con seriedad, como si quisiera explicar algo.

Entretanto la vida portuaria proseguía ante la ventana; un barco de carga, plano, con una montaña de barriles, apilados milagrosamente para que no salieran rodando, pasó por delante y proyectó una sombra que casi oscureció toda la habitación; pequeñas motoras, que a Karl, si hubiera tenido tiempo, le hubiera gustado observar con detenimiento, zumbaban al compás de los movimientos bruscos de las manos de un hombre situado de pie, firme como un poste, ante el timón; peculiares cuerpos flotantes emergían aquí y allá del mar intranquilo para, a continuación, sumergirse otra vez y hundirse ante la mirada asombrada del espectador; los botes del transatlántico eran impulsados hacia adelante por marineros que remaban con fuerza, y llevaban en su interior a numerosos pasajeros que esperaban sentados, tranquilos y esperanzados, como se les había obligado a hacer, aunque algunos no pudieran evitar mover la cabeza hacia los distintos escenarios. ¡Un movimiento infinito, una intranquilidad contagiada a los hombres y a sus obras por los intranquilos elementos!

Todo aconsejaba celeridad, claridad, exposición exacta; pero ¿qué hacía el fogonero? Se perdía en palabras bañado en sudor; hacía tiempo que ya no podía sostener los papeles en la ventana a causa de sus manos temblorosas; le surgían quejas sobre Schubal desde todas las direcciones del cielo, y cada una de ellas, según su opinión, habría bastado para enterrar definitivamente a Schubal; no obstante, sólo pudo ofrecer al capitán un triste y confuso galimatías de todas ellas. El señor con el bastón de bambú hacía tiempo que silbaba débilmente hacia el techo; los señores de la autoridad portuaria mantenían ya al oficial en su mesa y no hacían el menor gesto de volver a dejarlo libre; el cajero jefe no intervenía bruscamente en consideración a la paciencia que mostraba el capitán; el ordenanza esperaba en posición atenta a que el capitán impartiese en cualquier momento una orden referida al fogonero.

Karl no podía permanecer por más tiempo inactivo en esa situación. Por consiguiente, se acercó lentamente al grupo y pensó mientras se aproximaba, con rapidez, cómo podría enfocar el asunto con habilidad. Ya era tiempo, sólo un rato más, y ambos podrían escapar bien del despacho. El capitán parecía un buen hombre y, además, así lo creía Karl, tenía un motivo especial para mostrarse como un superior justo, pero tampoco era un simple instrumento con el que se pudiera jugar sin motivo ni razón —y

precisamente así lo trataba el fogonero, aunque bien es verdad que esa actitud surgía de un corazón infinitamente ofendido.

Karl dijo entonces al fogonero:

—Debe usted explicarlo de un modo más simple, más claro, el capitán no puede valorar debidamente el asunto como usted lo cuenta. ¿Acaso puede conocer a todos los maquinistas y mozos recaderos por su apellido, o sólo por su nombre de pila, de tal manera que cuando usted los nombra pueda saber de inmediato de quién se trata? Ordene sus quejas, diga las más importantes primero y luego las restantes, tal vez ni siquiera sea necesario mencionar la mayoría de éstas. ¡A mí me lo ha descrito todo con tal claridad!

«Si se pueden robar maletas en América, también se puede mentir de vez en cuando»

—pensó como disculpa.

¡Si hubiera podido ayudar en algo! ¿Sería ya demasiado tarde? El fogonero se calló de inmediato al oír la voz conocida, pero con sus

ojos, llenos de lágrimas por el honor mancillado, por los recuerdos horribles y por su situación desesperada actual, ya no podía reconocer a Karl tan bien como antes. Cómo podría ahora —Karl contemplaba circunspecto el silencio del otro hombre—, cómo podría ahora cambiar de repente su forma de hablar, pues le parecía que ya había dicho todo lo que tenía que decir, aunque sin ningún reconocimiento, pero también, por otro lado, le parecía que no había dicho nada y ahora no podía obligar a aquel señor a escucharlo todo de nuevo. Y en ese instante saltaba Karl, su único aliado, y quería sugerirle una buena estrategia, aunque, en vez de eso, le mostraba que todo, todo estaba perdido.

«Si hubiera intervenido antes y no me hubiera entretenido mirando por la ventana» — se dijo Karl, y bajó el rostro ante el fogonero, llevando las manos a la costura del pantalón como signo de haber perdido toda esperanza.

Pero el fogonero interpretó mal su gesto, sospechó que Karl le hacía algún tipo de reproche y, con la buena intención de hablar con él, comenzó, para coronar sus actos, a discutir con Karl. Y precisamente en ese momento, cuando los señores de la mesa redonda hacía tiempo que estaban fastidiados por el ruido inútil que molestaba su trabajo, cuando el cajero jefe empezaba,

lentamente, a no comprender la paciencia del capitán y se inclinaba por interrumpir la conversación, cuando el ordenanza, otra vez en el campo gravitatorio de sus jefes, comenzaba a dirigir miradas salvajes al fogonero, el señor del bastón de bambú, al que de vez en cuando el capitán lanzaba una mirada amable, ya del todo indiferente, sí, incluso molesta por el fogonero, sacó un pequeño cuaderno de notas, ocupado ostensiblemente en otros asuntos, y se dedicó a mirar alternativamente al cuaderno y a Karl.

—Ya sé, ya sé —dijo Karl, que ahora se esforzaba por defenderse del diluvio procedente del fogonero, aunque, a pesar de toda la disputa, todavía tenía una sonrisa amistosa para él.

—Tiene razón, tiene razón, no lo he dudado nunca.

Le hubiera sujetado sus agitadas manos por miedo a que le golpeasen, aún más, hubiera preferido llevarle a una de las esquinas y susurrarle un par de palabras tranquilizadoras, que nadie más hubiera debido oír. Pero el fogonero estaba fuera de sí. Karl comenzó ahora a albergar una suerte de consuelo al pensar que el fogonero, en

caso de extrema necesidad, y con la fuerza de la desesperación, podría imponerse a los siete hombres allí presentes. No obstante, en el escritorio, como una mirada fugaz revelaba, se encontraba una pieza superpuesta con múltiples botones de los conductos eléctricos; con sólo presionarlos se podía poner en estado de rebelión todos los pasillos infestados de hombres hostiles.

Entonces, el hombre tan desinteresado del bastón de bambú se acercó a Karl y a media voz, pero con claridad, amortiguando el griterío del fogonero, preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

En ese instante, como si alguien hubiera esperado tras la puerta a esa pregunta, llamaron. El ordenanza miró hacia el capitán, éste asintió, así que el ordenanza se acercó a la puerta y la abrió. Fuera permanecía un hombre con una vieja chaqueta, de mediana estatura, por su aspecto exterior no muy indicado para el trabajo en las máquinas y, sin embargo, se trataba de Schubal. Si Karl no lo hubiera reconocido en todas las miradas, que expresaban cierta satisfacción, sin que el capitán quedara exento, lo podría haber hecho por el horror que mostraba el rostro del fogonero, quien cerró los puños con tal fuerza que hacerlo parecía lo más

importante para él, ya que estaba dispuesto a sacrificar su vida. Así que reunió todas sus fuerzas, aun aquellas que le mantenían de pie.

Y allí estaba el enemigo, libre y fresco, en traje de fiesta, con un libro, probablemente la lista de salarios y datos laborales del fogonero, mirando con descaro a los ojos de todos los presentes para asegurarse del estado anímico de cada uno de ellos. Los siete eran ya amigos suyos, pues, aunque el capitán parecía haber tenido contra él algunas objeciones o, tal vez, simplemente se había querido curar en salud, después del sufrimiento que le había causado el fogonero, era muy probable que no tuviera que objetar a Schubal ni lo más mínimo. Contra hombres como el fogonero no se podían emplear métodos lo suficientemente severos, y si se le podía reprochar algo a Schubal, era la circunstancia de que no había podido romper a lo largo del tiempo la terquedad del fogonero, y por eso se había atrevido a comparecer ante el capitán.

Ahora se podría suponer que la confrontación del fogonero y Schubal no dejaría de causar la misma impresión ante aquel foro superior que ante los demás hombres, pues aunque Schubal pudiera simular muy bien, era indudable que no podría resistir

hasta el final. Un breve destello de su maldad bastaría para hacerla visible al resto, de eso se encargaría Karl. Dicho sea de paso, ya conocía la inteligencia y los puntos débiles, los humores de cada uno de los señores y, desde esa perspectiva, no había desperdiciado el tiempo que había transcurrido. Sólo si el fogonero hubiera hecho mejor figura, pero ahora parecía completamente incapaz de luchar. Si hubieran traído a Schubal hasta él, hubiera golpeado su odiado cráneo con los puños. Pero era incapaz de recorrer los dos pasos que lo separaban de él. No obstante, ¿cómo Karl no había podido prever lo más previsible, que

Schubal tendría que aparecer más tarde o más temprano, si no por propia voluntad, llamado por el capitán? ¿Por qué no había acordado con el fogonero, en el camino, un buen plan de batalla, en vez de, como en realidad habían hecho, entrar simplemente donde había una puerta, sin preparación alguna? ¿Estaría aún el fogonero en condiciones de decir sí o no, como sería necesario en el careo que tendría lugar en el mejor de los casos? Allí estaba, con las piernas abiertas, inseguras las rodillas, la cabeza algo levantada, y el aire saliendo y entrando por la boca abierta como si careciera de pulmones que pudieran asimilarlo.

Karl, sin embargo, se sentía tan fuerte y ágil de mente como nunca lo había estado en casa. ¡Si sus padres pudieran ver cómo

él, en tierra extranjera, defendía el bien ante personas responsables y, aunque aún no hubiese podido cantar victoria, se aprestaba para la conquista final! ¿Cambiarían su opinión sobre él? ¿Lo sentarían entre ellos y lo alabarían? ¿Lo mirarían una vez, una sola vez con mirada afectuosa? ¡Preguntas inciertas y el momento menos idóneo para plantearlas!

—He venido porque creo que el fogonero me acusa de falta de probidad. Una muchacha de la cocina me dijo que le había visto en camino a este despacho. Señor capitán y todos los señores aquí presentes, estoy dispuesto a rebatir toda acusación con los documentos que traigo y, en caso de necesidad, mediante la declaración de testigos imparciales a quienes nadie ha aleccionado previamente, y que permanecen ante la puerta.

Así habló Schubal. Fue el discurso claro de un hombre y, al observar la modificación que se produjo en los gestos de los oyentes, se podría creer que oían por vez primera sonidos humanos. Sin embargo, no notaron que aun este discurso presentaba defectos.

¿Por qué la primera palabra especializada que se le había ocurrido era «falta de probidad»? ¿Acaso la acusación debería hacer hincapié aquí, en vez de en sus prejuicios nacionales? Una

muchacha de la cocina había visto al fogonero en camino, ¿y Schubal había comprendido de inmediato? ¿No sería su conciencia culpable la que había agudizado su capacidad de comprensión? Y había traído testigos, denominándolos, por añadidura, «imparciales» y «no aleccionados». ¡Bribonería! ¡Nada más que bribonería! ¿Y los señores lo toleraban y reconocían como una conducta correcta? ¿Por qué había dejado pasar tanto tiempo entre la información de la muchacha de la cocina y su llegada? Por ninguna otra razón que para que el fogonero cansara tanto a los señores que éstos perdieran paulatinamente su capacidad de discernimiento, que era la que Schubal temía.

¿Acaso no había llamado a la puerta, después de permanecer con toda seguridad largo rato detrás de ella, justo en el instante en que creyó, como consecuencia de la pregunta secundaria de aquel señor, que el fogonero estaba perdido?

Todo estaba lo suficientemente claro, y así había sido expuesto por Schubal, si bien contra su voluntad, pero había que mostrárselo a aquellos señores, y de un modo más contundente. Necesitaban que los sacudieran. ¡Así que Karl, emplea con rapidez el tiempo antes de que entren los testigos e inunden la habitación!

Pero en ese preciso instante el capitán hizo un gesto negativo a Schubal, quien se hizo

de inmediato a un lado —pues su oportunidad parecía haberse postergado—, y comenzó una conversación en voz baja con el ordenanza, que se había colocado a su lado, en la que no faltaron miradas sesgadas hacia el fogonero y Karl, así como ademanes con las manos que mostraban sus firmes convicciones. Schubal parecía preparar así su próximo discurso.

—¿No quería preguntarle algo al joven, señor Jakob? —dijo el capitán en medio de un silencio general al señor del bastón de bambú.

—Es cierto —respondió, haciendo una ligera inclinación para agradecer la atención. Y

preguntó de nuevo a Karl:

—¿Cómo se llama usted?

Karl, creyendo que iría en beneficio de la causa principal solucionar lo más rápido posible el contratiempo creado por el tozudo interrogador, respondió con brevedad y sin mostrar el

pasaporte, como era su costumbre, ya que tendría que haberlo buscado:

—Karl Romann.

—Pero... —dijo el aludido con el nombre de Jakob, y retrocedió en principio incrédulo y sonriente. También el capitán, el cajero jefe, el oficial del barco, incluso el ordenanza mostraron claramente un asombro desmesurado al oír el nombre de Karl. Sólo los señores de la autoridad portuaria y Schubal permanecieron indiferentes.

—Pero... —repitió el señor Jakob y se acercó a Karl con pasos algo torpes—, entonces soy tu tío Jakob y tú eres mi querido sobrino. ¡Lo sospeché todo el tiempo! — dijo al capitán antes de abrazar y besar a Karl, quien dejó que todo ocurriera sin pronunciar palabra.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Karl con gran cortesía, una vez que sintió que lo habían soltado, pero sin mostrar ningún sentimiento, y se esforzó por prever las consecuencias que este nuevo acontecimiento podría traer consigo para el fogonero. Por

el momento nada indicaba que Schubal pudiera salir beneficiado de la situación.

—Hágase una idea de su suerte, joven —dijo el capitán, que creía dañada la dignidad del señor Jakob por la pregunta de Karl. Aquél se había retirado hacia la ventana, a todas luces para ocultar su rostro conmovido, que, además, había tapado con un pañuelo—. Es el senador Edward Jakob, el que se ha presentado como su tío. Espera de usted, de ahora en adelante, y contra las expectativas albergadas hasta el momento presente, que usted haga una brillante carrera. Intente comprenderlo tan bien como pueda en este instante, ¡y cálmese!

—Yo tengo, es cierto, un tío Jakob en América —dijo Karl vuelto hacia el capitán—, hermano de mi madre, pero Jakob es nombre de pila, y si he comprendido bien, Jakob es simplemente el apellido del señor senador.

—Así es —dijo el capitán esperanzado.

—Bien, mi tío Jakob, el hermano de mi madre, tiene como nombre de pila Jakob, mientras que su apellido, naturalmente, tendría que coincidir con el de mi madre, nacida

Bendelmayer.

—¡Señores! —exclamó el senador, que había regresado animado del lugar junto a la ventana en que se había recuperado emocionalmente, refiriéndose a la explicación de Karl. Todos, con excepción de los funcionarios portuarios, rompieron a reír, algunos como si estuvieran conmovidos, otros con actitud inescrutable.

«No creo que haya sido tan ridículo lo que he dicho, de ninguna manera» —pensó

Karl.

—Señores —repitió el senador—, son testigos, contra mi voluntad y la suya, de una pequeña escena familiar, y no puedo evitar darles una explicación, pues, según creo, sólo el señor capitán —esta mención tuvo como consecuencia una ligera inclinación del aludido— está enterado de todo.

«Ahora tengo que prestar atención a cada palabra» —se dijo Karl, y se alegró al comprobar que la vida comenzaba a regresar al semblante del fogonero.

—Desde hace muchos y largos años de mi residencia en América —la palabra

«residencia» no es muy conveniente aquí para el ciudadano americano con toda el alma que soy—, desde hace muchos años, digo, vivo completamente separado de mis parientes europeos, por motivos que, en primer lugar, no vienen al caso y, en segundo, me llevaría mucho tiempo explicar. Hasta temo, incluso, el instante en que, tal vez, estaré obligado a contárselo a mi querido sobrino, sin poder dejar de decir, lamentablemente, algunas palabras francas sobre sus padres y demás parientes.

«Es mi tío, no hay duda» —se dijo Karl, y continuó escuchando—, «quizá se ha cambiado de apellido».

—Mi querido sobrino ha sido —digamos la palabra que designa perfectamente la acción— expulsado, del mismo modo en que se pone a un gato de patitas en la calle, cuando molesta. De ningún modo pretendo suavizar lo que ha hecho mi sobrino, ni insinuar

que no merece castigo, pero su culpa es tal que su simple mención contiene suficiente disculpa.

«Esto es digno de oírse» —pensó Karl—, «pero no quiero que se lo cuente a todo el mundo. Además, ¿de dónde puede haberlo sabido?».

—Él fue —continuó el tío y se apoyó, balanceándose ligeramente, en el bastón de bambú que sostenía, logrando quitarle la innecesaria solemnidad al asunto, que en otro caso, sin duda, habría poseído—, él fue seducido por una criada, Johanna Brummer, una mujer de 35 años de edad. De ningún modo quisiera molestar a mi sobrino al emplear la palabra «seducir», pero es bastante difícil encontrar otro término tan preciso para designarlo.

Karl, que ya se había acercado bastante a su tío, se volvió para comprobar la impresión que estaba ejerciendo el relato en los rostros de los presentes. Ninguno reía, todos escuchaban pacientes y con seriedad. Al fin y al cabo nadie se ríe del sobrino de un

senador a la primera oportunidad que se ofrece. Más bien se podría decir que el fogonero, aunque muy poco, esbozaba una

ligera sonrisa hacia Karl, lo que, primero, significaba un nuevo signo de vida satisfactorio y, segundo, era completamente disculpable, ya que Karl, en el camarote, había querido hacer del asunto, que ahora se hacía tan público, un secreto.

—Bien, esa tal Brummer —continuó el tío—, ha tenido un hijo de mi sobrino, un niño sano, que recibió el nombre de Jakob en la pila bautismal, sin duda en recuerdo a mi pequeñez, la cual, no obstante las menciones, seguramente de segundo orden, realizadas por mi sobrino, debió de impresionar a la muchacha. Por fortuna, pues, los padres, para evitar el pago de los alimentos o de otras necesidades derivadas del escándalo que les afectaba —no conozco, como debo acentuar, ni las leyes vigentes allí ni la situación de los padres—, obligaron a que mi querido sobrino fuese transportado a América, con una irresponsable carencia de medios de subsistencia, como se puede ver. No hubiera sido de extrañar que el joven, sin los signos y milagros que todavía se producen en América, abandonado a sí mismo, hubiera degenerado en alguna callejuela del puerto de Nueva York, si no se hubiera dirigido a mí esa muchacha de servicio por medio de una carta que, tras largo peregrinar, llegó anteayer a mis manos y por la que conocí toda la historia, además de una descripción personal de mi sobrino, y, sensatamente, el nombre del barco. Si me hubiera propuesto entretenerles, señores, no hubiera dudado

en leerles algunos pasajes de esta carta —y sacó del bolsillo dos pliegos enormes, escritos con letra apretada y los agitó—. Seguro que tendría su efecto, ya que está escrita con una astucia simple, aunque benévola, y con mucho amor por el padre del niño. Pero no quiero entretenerles más de lo necesario, ni deseo herir los sentimientos de mi sobrino, que podrá leer la carta, si quiere, para su información, en la tranquilidad de la habitación que ya le espera.

Pero Karl ya no tenía el más mínimo sentimiento para esa mujer. En la aglomeración de imágenes pasadas, cada vez más lejanas, ella aparecía sentada en la cocina, junto a la alacena, apoyándose con el codo en una de las tablas. Ella lo contemplaba cuando él iba a la cocina a coger un vaso de agua para su padre o a cumplir un recado de su madre. A veces ella escribía cartas en un lugar incómodo, al lado de la alacena, y parecía buscar su inspiración en el rostro de Karl. A veces se tapaba los ojos con una de sus manos, signo de que no admitía ninguna conversación, otras veces se arrodillaba en su estrecha habitación, junto a la cocina, y rezaba ante una cruz de madera; en esos momentos, Karl, cuando pasaba de largo, la observaba con timidez por el resquicio que dejaba la puerta entornada. Algunos días corría alocada por la cocina, riendo como una bruja y retrocediendo cuando Karl se interponía en su camino. Otros días cerraba la puerta de la cocina cuando

Karl estaba dentro y no dejaba el picaporte hasta que él pedía salir. De vez en cuando traía cosas que Karl no quería tener, pero que ella ponía silenciosa en sus manos. Una vez dijo

«Karl» y lo llevó, mientras éste no salía de su asombro por el tratamiento tan familiar, hasta su pequeño cuarto, que cerró, sin cesar de suspirar y hacer muecas. Abrazó su cuello como si quisiera estrangularlo y, mientras le pedía que la desvistiera, fue ella quien realmente se dedicó a quitarle la ropa a él, llevándolo a continuación hasta la cama, como si no quisiera que nadie más se acercase a él, como si deseara acariciarle y cuidarle hasta el fin del mundo.

—¡Karl! ¡Oh, mi Karl! —exclamó, como si lo viera y al mismo tiempo confirmase su posesión, mientras él no podía ver ni lo más mínimo y se sentía incómodo entre las muchas y cálidas mantas que ella había acumulado, al parecer pensando en él. Luego, ella se echó a su lado y quiso saber alguno de sus secretos, pero él no le pudo revelar ninguno, por lo que ella se enfadó, en broma o en serio; lo sacudió, auscultó su corazón, ofreció su pecho para que él también oyera el suyo, cosa que no pudo conseguir; presionó su estómago desnudo contra el cuerpo del muchacho, buscó con la mano entre sus piernas de un modo tan repugnante que Karl sacó sacudiendo la cabeza y el cuello de la almohada; golpeó su cuerpo varias veces contra el estómago de él, le parecía como si ella formara parte de sí mismo y tal vez por este motivo le asaltó una

horrible sensación de desamparo. Llorando, y después de escuchar muchos deseos de reencuentro, regresó finalmente a su cama. Eso había sido todo y, sin embargo, su tío había logrado fabricar una gran historia de todo ello. Y la cocinera había pensado en él, anunciando al tío su llegada. Había sido una bonita acción por su parte y él pensó en que algún día se la recompensaría.

—Y ahora —exclamó el senador— quiero oírte decir abiertamente si soy o no tu tío.

—¡Eres mi tío! —dijo Karl, y le besó la mano, recibiendo él a su vez un beso en la frente—. Estoy muy contento de haberte encontrado, pero te equivocas si crees que mis padres sólo hablan mal de ti. Pero aparte de eso, en tu historia has cometido algunos fallos, es decir, creo que no todo ha sucedido así en la realidad. No puedes juzgar tan bien las cosas desde aquí y pienso, además, que no provocará ningún daño irreparable, si a estos señores se les informa con cierta incorrección sobre algunos acontecimientos que no les incumben en demasía.

—Bien dicho —dijo el senador, quien llevó a Karl ante el capitán, visiblemente interesado, y le preguntó:

—¿No tengo un sobrino magnífico?

—Estoy feliz —dijo el capitán con una inclinación que sólo gente con instrucción militar logra realizar— de haber podido conocer a su sobrino. Es un honor para mi barco haber sido el lugar de un encuentro tan especial. Pero la travesía en el entrepuente ha debido de ser bastante dura, sí, quién puede saber quiénes son los que viajan a bordo. Bien, hacemos todo lo posible para facilitar el viaje a los pasajeros del entrepuente, mucho más, por ejemplo, que las líneas americanas, pero hacer de semejante viaje un viaje de recreo todavía no lo hemos logrado del todo.

—No me ha perjudicado.

—¡No le ha perjudicado! —repitió riendo el senador.

—Bueno, temo haber perdido mi maleta —y al decir estas palabras recordó todo lo sucedido y todo lo que quedaba por hacer; miró a su alrededor y observó cómo todos los presentes, mudos de respeto y asombro, dirigían hacia él sus miradas desde sus puestos respectivos. Sólo en los rostros satisfechos y severos de

los funcionarios portuarios se podía comprobar que lamentaban haber llegado en una hora tan inoportuna, y el reloj de bolsillo que tenían ante sí parecía ser para ellos mucho más importante que todo lo ocurrido en la habitación y, quizás, aun de lo que podría ocurrir.

El primero que, después del capitán, expresó sus felicitaciones fue, curiosamente, el fogonero.

—Le felicito de todo corazón —dijo, y estrechó la mano de Karl, con lo que él quería expresar algo parecido al reconocimiento. Cuando quiso dirigirse con las mismas palabras al senador, éste retrocedió, como si el fogonero se excediera en sus derechos; el fogonero renunció de inmediato.

El resto comprendió ahora lo que tenía que hacer, y formó un corro confuso alrededor de Karl y del senador. Así sucedió que Karl recibió una felicitación hasta de Schubal, la cual fue aceptada y agradecida. Por último, y cuando ya reinaba cierta tranquilidad, se acercaron los funcionarios portuarios y dijeron dos palabras en inglés, lo que causó una impresión ridícula.

El senador, con buen humor, disfrutaba recordando y narrando a los demás detalles de lo acaecido, lo que fue, naturalmente, no sólo tolerado por todos, sino recibido con muestras de interés. Así, comentó que había anotado en su cuaderno los rasgos distintivos de Karl mencionados en la carta, para hacer uso de ellos en el instante necesario. Durante la insoportable cháchara del fogonero había sacado el cuaderno de notas sólo para entretenerse y, como un simple juego, se había dedicado a comparar las observaciones de la cocinera, no precisamente correctas ni propias de un detective, con el aspecto de Karl.

—¡Y así se encuentra a un sobrino! —concluyó en un tono como si quisiera recibir de nuevo felicitaciones.

—¿Qué ocurrirá con el fogonero? —preguntó Karl, después del último relato del tío. Creía que en su nueva posición podía decir todo lo que pensaba.

—Al fogonero le ocurrirá lo que se merece —dijo el senador—, y lo que el capitán considere justo. Creo que del fogonero tenemos de sobra, lo que los presentes seguramente corroborarán.

—Eso no importa en un asunto de justicia —dijo Karl, situado entre el tío y el capitán, creyendo que quizás influido por su situación podría tener la decisión en sus manos.

Y, no obstante, el fogonero parecía haber perdido la esperanza. Permanecía con las manos metidas a medias en el cinturón del pantalón, el cual, debido a los movimientos causados por la excitación, había dejado asomar las rayas de una camisa con dibujos. Eso no le preocupaba lo más mínimo; se había quejado de su miseria, ahora que los demás habían visto algo de los harapos que cubrían su cuerpo, y después de que lo echaran. Imaginó que el ordenanza y Schubal, los dos de rango inferior entre los presentes, tendrían que hacerle el honor. Schubal se quedaría tranquilo y dejaría de desesperarse, como había mencionado el cajero jefe. El capitán podría volver a contratar rumanos, se hablaría rumano en todas partes, y quizás así funcionaría todo mucho mejor. Ningún fogonero parlotearía en la Caja principal, sólo su último discurso quedaría como alegre recuerdo, ya que, como el senador había declarado expresamente, había contribuido de un modo directo al encuentro con su sobrino. Con anterioridad, este sobrino había intentado serle de utilidad, y por el servicio prestado al encontrar al tío ya hacía tiempo que se lo había agradecido bastante. Al fogonero no se le ocurrió reclamar ahora algo de él. Por lo demás, por muy sobrino que fuera del

senador, aún no era, ni mucho menos, un capitán, y de la boca del capitán terminaría saliendo la ominosa palabra. Siguiendo su convicción, el fogonero intentaba no mirar a Karl, pero por desgracia, en esa habitación llena de enemigos, sus ojos no encontraron ningún otro lugar de reposo.

—No interpretes mal la situación —dijo el senador a Karl—, tal vez se trate de justicia, pero también, al mismo tiempo, de disciplina. Ambas, y especialmente la segunda, se someten al juicio del señor capitán.

—Así es —murmuró el fogonero.

Quien lo oyó y pudo comprenderlo, sonrió con extrañeza.

—Además, hemos estorbado ya lo suficiente al capitán en sus funciones, las cuales, precisamente al llegar a un puerto como el de Nueva York, se acumulan increíblemente, así que ha llegado el momento de que abandonemos el barco. Con ello evitaremos excedernos e inmiscuirnos innecesariamente en una disputa nimia entre dos maquinistas, convirtiéndola en un acontecimiento. Comprendo perfectamente tu modo de actuar, querido sobrino,

pero eso precisamente me otorga el derecho de sacarte de aquí de inmediato.

—Ordenaré en seguida que pongan un bote a su disposición —dijo el capitán, quien, para asombro de Karl, no puso la más mínima objeción a las palabras del tío, las cuales, sin duda, se podían haber considerado como una humillación personal. El cajero jefe se apresuró a llegar hasta la mesa, tomar el teléfono y transmitir la orden del capitán al contramaestre.

«El tiempo apremia» —se dijo Karl—, «pero sin ofender a nadie, no puedo hacer nada. Ahora no puedo abandonar a mi tío, justo después de que me ha encontrado. El capitán es cortés, pero eso es todo. En cuestiones de disciplina cesa su cortesía, y mi tío le ha hablado con toda seguridad desde el alma. Con Schubal no quiero hablar, aún más, me arrepiento de haberle dado la mano. Y el resto de los presentes sólo son paja».

Sumido en estos pensamientos, se fue acercando lentamente al fogonero, sacó su mano derecha del cinturón y la mantuvo en la suya con cierto gesto lúdico.

—¿Por qué no dices nada? —le preguntó—. ¿Por qué dejas que abusen de ti?

El fogonero arrugó la frente, como si buscara la expresión correcta que correspondiese a lo que quería decir. Por lo demás, miraba a Karl y a su mano.

—Contigo se ha cometido una injusticia, como no se ha cometido otra en todo el barco, lo sé muy bien —y Karl entrelazó sus dedos con los del fogonero, que miraba a su alrededor con ojos brillantes, como si experimentara una alegría que nadie podía reprochar.

—Tienes que defenderte, decir sí y no, en otro caso la gente no tiene la más mínima idea de la verdad. Me tienes que prometer que seguirás mis consejos, pues temo, por buenos motivos, que ya no podré ayudarte más.

Dicho esto, Karl se puso a llorar mientras besaba la mano del fogonero. Luego tomó esa mano enorme y casi sin vida y la apretó contra su mejilla como un tesoro al que se tiene que

renunciar. Pero el senador ya estaba a su lado y lo retiró, si bien obligándolo ligeramente.

—El fogonero parece haberte hechizado —dijo el tío, y miró con ojos comprensivos por encima de la cabeza de Karl hacia el capitán—. Te has sentido solo y abandonado y has encontrado al fogonero, por lo que ahora le estás agradecido, eso es muy loable. Pero te pido, por mí, que no vayas tan lejos y que aprendas a ser consciente de la posición que ocupas.

Se pudo oír un ruido detrás de la puerta, luego se escucharon gritos y pareció, incluso, como si se hubiera empujado violentamente a alguien contra la puerta. Entró un marinero, de aspecto bruto, que traía puesto un delantal de mujer.

—Hay gente afuera —gritó, y agitó el codo a su alrededor como si todavía se encontrase en una aglomeración de gente. Finalmente, recobró el juicio y quiso saludar ante el capitán, pero entonces reparó en el delantal de mujer. Lo arrancó y lo tiró al suelo

—: Esto es asqueroso, me han puesto un delantal de mujer —hizo chocar los talones y saludó.

Alguien intentó reírse, pero el capitán dijo con severidad:

—A eso le llamo buen humor. ¿Quién está ahí afuera?

—Son mis testigos —dijo Schubal dando un paso hacia adelante—. Pido humildemente perdón por su conducta inapropiada. Cuando la tripulación tiene la travesía a sus espaldas, algunos se comportan como locos.

—¡Dícales que entren de inmediato! —ordenó el capitán, y volviéndose al senador dijo veloz, pero amable:

—Tenga la bondad, apreciado senador, de seguir con su sobrino a este marinero que les llevará hasta el bote. No sabe el placer y el honor que ha supuesto para mí conocerle personalmente, señor senador. Sólo deseo tener la oportunidad de reanudar nuestra conversación sobre la situación de la flota americana y, quizá, quién sabe, ser de nuevo interrumpidos de forma tan agradable como hoy.

—Por ahora me basta con este sobrino —dijo el tío sonriendo—. Le agradezco mucho su amabilidad. No sería del todo imposible que, en nuestro próximo viaje a Europa, pudiéramos permanecer —y abrazó a Karl con afecto— mucho más tiempo con usted.

—Sería para mí una gran alegría —dijo el capitán. Ambos hombres se estrecharon las manos. Karl sólo pudo dar la mano al capitán fugazmente y sin pronunciar palabra, pues

éste ya era reclamado por unas quince personas que, bajo la dirección de Schubal, aunque algo avergonzados, entraban hablando en voz alta. El marinero pidió al senador que lo siguiera. Tanto éste como Karl atravesaron la multitud sin dificultades, pasando entre la gente que se inclinaba a su paso ligeramente. Parecía que todas estas personas de aspecto bonachón consideraban la disputa entre Schubal y el fogonero como un motivo de diversión, un entretenimiento que ni siquiera cesaba en presencia del capitán. Karl advirtió la presencia entre ellos de la muchacha de la cocina, Line, la cual, guiñando el ojo divertida, se colocaba el delantal arrojado al suelo por el marinero, pues era el suyo.

Siguieron al marinero y abandonaron la oficina, luego continuaron por un pasillo estrecho que les llevó hasta una puerta pequeña,

desde la cual una escalera corta conducía al bote preparado para ellos. Los marineros del bote, cuyo jefe se montó en ese instante de un salto, se levantaron y saludaron. El senador aconsejaba a Karl que bajase con cuidado, cuando éste, con el pie todavía en el escalón superior, se puso a llorar desconsoladamente. El senador puso su mano derecha bajo la barbilla de Karl, lo apretó contra sí y le acarició con la mano izquierda. De este modo bajaron escalón por escalón y entraron juntos en el bote, donde el senador buscó para Karl un buen sitio frente a él.

Un signo del senador y los marineros apartaron el bote del barco, poniéndose manos a la obra. Pero apenas se habían separado un par de metros del barco, cuando Karl hizo el inesperado descubrimiento de que se encontraban precisamente en la zona divisada desde las ventanas de la oficina. Las tres ventanas estaban ocupadas por testigos de Schubal, que saludaban amigables agitando las manos, incluso el tío hizo un gesto de agradecimiento; un marinero tuvo la habilidad de lanzar un beso con la mano sin interrumpir el ritmo regular de la boga. Era como si ya no existiera ningún fogonero. Karl miró fijamente a los ojos del tío, cuyas rodillas rozaban las suyas, y tuvo dudas de si ese hombre podría sustituir alguna vez al fogonero. El tío desvió la mirada y contempló las olas, que balanceaban el bote.

23. LA METAMORFOSIS[23]

I

Cuando Gregor Samsa despertó una mañana de un sueño inquieto, se encontró en la cama convertido en un monstruoso insecto. Yacía sobre su dura espalda, parecida a una coraza, y veía, cuando levantaba un poco la cabeza, su estómago abombado, de color marrón, dividido por durezas arqueadas, sobre el que la manta, a punto de deslizarse hasta el suelo, apenas podía mantenerse. Sus numerosas patas, de una delgadez deplorable en comparación con su volumen corporal, vibraban desvalidas ante sus ojos.

«¿Qué me ha ocurrido?» —pensó—. No era un sueño. Su habitación, una auténtica habitación humana, tal vez algo pequeña, aparecía tranquila entre las habituales cuatro paredes. Sobre la mesa, en la que se extendía un muestrario desordenado de mercancías de paño —Samsa era viajante de comercio—, colgaba una foto, recortada hacía poco de una revista ilustrada, y que había colocado en un bonito marco dorado. Mostraba a una dama tocada con un sombrero de piel y cubierta con una boa también de piel, sentada muy erguida, sosteniendo frente al

espectador un pesado manguito, en el que desaparecía todo su antebrazo.

A continuación, la mirada de Gregor se dirigió hacia la ventana, y el tiempo nublado

—se oía cómo las gotas de lluvia repiqueteaban en el cinc del alféizar— lo puso melancólico. «¿Qué pasaría si siguiera durmiendo un poco y olvidara todas estas locuras?»

—pensó, pero eso era del todo irrealizable, pues estaba acostumbrado a dormir sobre el lado derecho, y en su estado actual era imposible adquirir esa posición. Por más fuerza que empleaba en arrojarle hacia el lado derecho, siempre volvía a yacer sobre la espalda. Lo intentó cien veces más, cerró los ojos para no tener que ver las agitadas patas, y lo dejó cuando comenzó a sentir un ligero e indistinto dolor, jamás experimentado, en el costado derecho.

«¡Ay, Dios Todopoderoso!» —pensó—, «¡qué profesión tan agotadora he elegido! Siempre de viaje. Las preocupaciones profesionales son mucho mayores fuera que en el negocio, aquí en la ciudad; por añadidura, me han impuesto esta plaga de viajar, las preocupaciones por los enlaces, las comidas irregulares y malas, un trato humano siempre cambiante, efímero, nunca

íntimo. ¡Que se lo lleve todo el diablo!». Sintió un ligero picor en la parte superior del abdomen; se desplazó lentamente sobre la espalda hasta la cabecera de la cama para, así, poder elevar mejor la cabeza; encontró el lugar que le picaba, cubierto con pequeños puntitos blancos, que no supo explicarse; intentó tocar el sitio con una pata, pero tuvo que retirarla de inmediato, ya que sintió escalofríos sólo con rozarlo.

Se deslizó de nuevo hasta alcanzar su posición inicial. «Esta manera de madrugar» — pensó— «le convierte a uno en un completo idiota. El hombre tiene que dormir lo suficiente. Otros viajeros viven como las mujeres de un harén. Cuando yo, por ejemplo, regreso por la mañana a la pensión para transcribir los pedidos reclamados, esos señores

acaban de sentarse a tomar el desayuno. Eso se lo debería proponer a mi jefe; me haría salir volando. Quién sabe, por lo demás, si eso no sería beneficioso para mí. Si no me contuviera a causa de mis padres, ya hace tiempo que habría renunciado. Me habría plantado ante el jefe y le hubiera dicho mi opinión desde el fondo de mi corazón. ¡Se habría caído del pupitre! Ya es bastante extraño sentarse sobre el pupitre y hablar desde esas alturas con el empleado, quien, por añadidura, y debido a la dureza de oído del jefe, tiene que acercarse bastante hasta donde está. Bien, todavía no he perdido del todo la esperanza; en cuanto haya

reunido el dinero para pagarle la deuda de mis padres —tendrán que pasar todavía entre cinco y seis años—, no dudaré en hacerlo. Entonces se producirá un cambio radical. Pero ahora tengo que levantarme, el tren sale a las cinco».

Miró hacia el despertador, que hacía tictac sobre la cómoda.

«¡Cielo santo!» —pensó

—. Ya eran las seis y media, y las manecillas seguían avanzando tranquilamente; había transcurrido media hora, se acercaba a tres cuartos. ¿Acaso no había sonado el despertador? Desde la cama se podía ver que estaba puesto correctamente para sonar a las cuatro; seguro que había sonado. Sí, pero ¿era posible quedarse dormido tan tranquilo con ese ruido que hacía vibrar los muebles? Bueno, no había dormido lo que se dice tranquilo, pero probablemente con mucha profundidad. ¿Qué debía hacer ahora? El próximo tren salía a las siete, para tomarlo tendría que darse una prisa loca, y el muestrario no estaba guardado; además, no se encontraba especialmente fresco y dinámico. Y aun en el caso de que lograrse coger el tren, no se podría evitar la bronca del jefe, ya que el empleado comercial había esperado en el tren de las cinco, es decir que habría comunicado ya hacía tiempo su negligencia. Ese empleado era una criatura del jefe, sin valor y sin sentido común. ¿Y qué pasaría si llamaba diciendo que estaba enfermo? Eso resultaría extremadamente penoso y sospechoso, pues Gregor

jamás se había puesto enfermo en los cinco años que prestaba sus servicios. El jefe se presentaría con el médico del seguro, haría reproches a los padres a causa del holgazán de su hijo, liquidaría todas las objeciones remitiéndolas al médico del seguro, para el que sólo existen hombres completamente sanos, pero reacios a trabajar. Y, realmente, ¿no tendría razón en este caso? Gregor se sentía muy bien, si no fuera por la superflua somnolencia que le aquejaba después de haber dormido tanto tiempo; incluso tenía un hambre considerable.

Cuando pensaba atropelladamente todo esto, aunque sin lograr decidirse a abandonar el lecho —en ese instante dieron las siete menos cuarto—, alguien golpeó con cautela la puerta, situada detrás de la cama.

—Gregor —llamaron; era la madre—, ya son las siete menos cuarto. ¿No tenías que salir?

¡Esa voz tan suave! Gregor se asustó cuando escuchó su propia voz al contestar, que, sin duda, reconocía como la suya, pero en la que ahora se mezclaba un irreprimible y doloroso pitido que dejaba salir las palabras con toda claridad, aunque posteriormente, al resonar, las destruía de tal modo que no se

sabía si podían escucharse con nitidez. Gregor tenía preparadas respuestas detalladas y quería explicarlo todo, pero, en consideración a las circunstancias, se limitó a decir:

—Sí, sí, gracias, madre, ya me levanto.

A través de la puerta de madera apenas se debía de notar la transformación en la voz de Gregor, pues la madre se quedó tranquila con esa explicación y se retiró. Pero debido a la pequeña conversación, a los otros miembros de la familia les llamó la atención que Gregor, contra todo pronóstico, aún se encontrara en casa, y, al poco tiempo, el padre golpeó débilmente una de las puertas laterales, aunque con el puño.

—¡Gregor! ¡Gregor! —gritó—. ¿Qué ocurre?

Y después de esperar un rato, llamó de nuevo con voz más profunda:

—¡Gregor! ¡Gregor!

En la otra puerta lateral, demandaba la hermana en voz baja: —
¿Gregor? ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

Dirigiéndose hacia ambos lados, respondió Gregor:

—Ya estoy listo —y se esforzó, mediante una pronunciación cuidada y manteniendo largas pausas entre las palabras, por privar a su voz de todo elemento llamativo. El padre regresó a su desayuno, pero la hermana susurró:

—Gregor, abre, te lo suplico.

Pero Gregor no pensaba abrir, sino que se felicitaba por su precaución, adquirida en los viajes, de cerrar también en casa todas las puertas por la noche.

Para empezar quería levantarse tranquilamente y sin molestias, vestirse y desayunar, luego ya pensaría en lo demás, pues se había dado cuenta de que en la cama sus cavilaciones no le llevarían a ninguna conclusión razonable. Se acordaba de haber sentido a menudo en la cama un ligero dolor, provocado quizá por una mala postura, pero que había resultado pura imaginación en

cuanto se había levantado. Sentía curiosidad por saber cómo desaparecerían paulatinamente sus sensaciones de hoy. No dudaba en lo más mínimo de que el cambio en la voz no era más que un síntoma anunciador de un recio enfriamiento, una enfermedad profesional del viajante.

Arrojar la manta fue muy fácil, sólo necesitó hincharse un poco y cayó por sí misma. Pero los movimientos siguientes resultaron difíciles debido a su exagerada anchura. Habría necesitado brazos y manos para levantarse, pero en vez de ellos poseía ahora muchas patitas que se movían ininterrumpidamente sin orden ni concierto y que él, además, no lograba dominar. Si quería doblar una de ellas, ésta era precisamente la primera en estirarse; conseguía, finalmente, que esa pata ejecutara sus órdenes, las otras se dedicaban, simultáneamente, a trabajar por sí solas, con una excitación intensa y dolorosa.

«Todo menos quedarme inútilmente en la cama» —se dijo Gregor.

Primero pretendió salir de la cama con la parte inferior de su cuerpo, pero esa parte, que él, por lo demás, aún no había visto y de la que no tenía una idea correcta, se mostró difícil de mover; todo iba tan lento; y cuando finalmente, casi enfurecido,

reuniendo fuerzas, se lanzó hacia adelante sin contemplaciones, comprobó que había elegido la dirección errónea; se golpeó violentamente con una de las patas de la cama y sintió un dolor ardiente, así aprendió que precisamente esa parte inferior era la más sensible de su cuerpo.

Intentó, pues, sacar primero la parte superior, y giró la cabeza con precaución hacia el borde de la cama. Lo realizó con facilidad y, no obstante su anchura y peso, la masa corporal siguió lentamente el movimiento de la cabeza. Pero cuando mantenía la cabeza en vilo fuera de la cama, sintió miedo de continuar ese desplazamiento, pues si se dejaba caer desde esa posición, tendría que ocurrir un auténtico milagro para no herirse la cabeza. Y en ese preciso instante no podía perder la conciencia, antes prefería quedarse en la cama.

No obstante, cuando, después de realizar el mismo esfuerzo, yacía suspirando en la posición original, y vio de nuevo cómo sus patitas luchaban entre sí, sin encontrar ninguna posibilidad que le permitiera instaurar orden y tranquilidad en aquel caos, se dijo una vez más que era imposible seguir permaneciendo en la cama, y que lo más razonable sería sacrificarlo todo, aunque sólo existiera una pequeña esperanza de liberarse de la cama.

Tampoco olvidó que una reflexión bien meditada es mucho mejor que una decisión desesperada. En instantes así, acostumbraba mirar lo más fijamente posible hacia la ventana, pero por desgracia, y debido a la niebla matinal, que incluso cubría la otra acera de la estrecha calle, de esa vista no se podía hacer acopio de confianza y alegría. «Ya son las siete» —se dijo al oír el despertador—, «ya son las siete y todavía hay tanta niebla». Y permaneció un rato tranquilo, con respiración débil, como si esperase que del silencio surgiera el estado real y natural de las cosas.

Pero entonces se dijo: «Antes de que sean las siete y cuarto tengo que abandonar la cama. Por lo demás, en ese espacio de tiempo vendrá alguien de la oficina para preguntar por mí, ya que el negocio se abre a las siete». Y se esforzó por balancear todo su cuerpo y sacarlo por completo de la cama. Al caer, intentaría levantar enérgicamente la cabeza, así quedaría previsiblemente indemne. La espalda parecía bastante dura, por lo que la caída sobre la alfombra no le afectaría. Sin embargo, su mayor preocupación se centraba en el ruido que produciría la caída, que probablemente se oiría detrás de todas las puertas, provocando, si no un susto, sí alarma. No obstante, tenía que correr el riesgo.

Cuando Gregor sacaba ya medio cuerpo de la cama —el nuevo método resultaba más un juego que un esfuerzo, sólo necesitaba balancearse hacia atrás—, se le ocurrió lo fácil que sería todo si alguien viniera a ayudarlo. Dos personas fuertes —pensó en su padre y en la criada— habrían bastado; sólo habrían tenido que pasar sus brazos bajo su abombada espalda, desplazarlo fuera de la cama, inclinarse con la carga y luego esperar un poco con paciencia y precaución a que diera el salto al suelo, donde esperaba que las patitas adquirieran un sentido. Bien, dejando aparte que todas las puertas estaban cerradas, ¿realmente debía solicitar ayuda? A pesar de su situación apurada, no pudo reprimir una sonrisa ante semejante pensamiento.

Ya había llegado a la situación en que apenas lograba mantener el equilibrio, y muy pronto tendría que decidirse, pues en cinco minutos serían las siete y cuarto, pero en ese instante sonó el timbre de la puerta de entrada. «Es alguien de la oficina» —se dijo, y quedó casi paralizado, mientras sus patitas danzaban con rapidez inusitada—. Por un instante todo quedó en silencio. «No abren» —pensó Gregor, aferrándose a cualquier esperanza por absurda que fuera. Pero, naturalmente, la criada, como siempre, se acercó con pasos

firmes y abrió la puerta. Gregor sólo necesitó escuchar la primera palabra de saludo del visitante para saber quién era: el apoderado en persona. ¿Por qué estaba condenado Gregor a prestar sus servicios en una empresa en la que, al cometer la más mínima negligencia, ya se alimentaban graves sospechas? ¿Eran acaso todos los empleados, y él en particular, unos bribones? ¿Acaso no se encontraba entre todos ellos ningún hombre leal y honrado que, por haber descuidado un par de horas matutinas los negocios, se hubiera vuelto loco de remordimientos de conciencia y, por esa misma razón, no fuera capaz de abandonar la cama? ¿No hubiera bastado con que preguntase algún aprendiz, si realmente tanta pregunta fuese necesaria? ¿Era realmente obligatorio que viniese el mismo apoderado? ¿Y por ello se tenía que mostrar a toda la familia inocente que la investigación de asunto tan sospechoso sólo podía ser encomendada al sentido común del apoderado? Más a causa de esta agitación, provocada por sus cavilaciones, que por una decisión real, Gregor se obligó con toda su fuerza a salir de la cama. Se produjo un ruido sonoro, pero no un estruendo propiamente dicho. La caída fue amortiguada un poco por la alfombra. Además, la espalda era más elástica de lo que Gregor había pensado, por eso se produjo ese ruido sordo tan poco llamativo. Sólo con la cabeza no había sido tan precavido y se había golpeado; la giraba y frotaba con la alfombra de rabia y dolor.

—Ahí dentro se ha caído algo —dijo el apoderado en la habitación de la izquierda. Gregor trató de imaginarse si no le podría suceder algo similar al apoderado como lo

que hoy le había ocurrido a él; esa posibilidad había que reconocerla. Pero como una ruda

respuesta a esa pregunta, el apoderado dio en ese momento un par de pasos e hizo rechinar sus botas laqueadas. Desde la habitación contigua de la derecha, la hermana susurró, para avisar a Gregor:

—Gregor, el apoderado está aquí.

—Ya lo sé —dijo Gregor levemente, pero no se atrevió a levantar tanto la voz como para que lo pudiera escuchar la hermana.

—Gregor —dijo ahora el padre desde la habitación contigua de la izquierda—, el apoderado ha venido y quiere saber por qué no has salido con el tren de madrugada. No sabemos lo que tenemos que decirle. Además, quiere hablar contigo en persona. Así que, por favor, abre la puerta. El tendrá la bondad de disculpar el desorden de la habitación.

—Buenos días, señor Samsa —exclamó alegremente el apoderado mientras el padre seguía hablando.

—No se encuentra bien —dijo la madre al apoderado, mientras el padre seguía hablando frente a la puerta—. No se siente bien, créame, señor apoderado. ¿Cómo, si no,

perdería Gregor un tren? El muchacho no tiene otra cosa en la cabeza que el trabajo. Ya casi me enfado porque no sale nunca por la noche; estos últimos ocho días estuvo en la ciudad, pero se quedó en casa todas las noches. Se sienta aquí, a la mesa, con nosotros, y lee en silencio el periódico o estudia los horarios de trenes. Para él es una distracción cuando se dedica a la marquería. En dos o tres noches, por ejemplo, ha fabricado un pequeño marco. Se quedará sorprendido al ver lo bonito que es. Está colgado dentro, en la habitación. Ahora mismo podrá verlo, cuando Gregor abra la puerta. Por lo demás, estoy contenta de que esté aquí, señor apoderado, nosotros solos no habríamos conseguido que Gregor abriese la puerta, es tan tozudo; y seguro que se encuentra mal, aunque lo ha negado por la mañana.

—Voy en seguida —dijo Gregor lentamente y pensativo, sin moverse para no perderse ni una sola palabra de la conversación.

—De otro modo, estimada señora, no me lo puedo explicar —dijo el apoderado—, espero que no sea nada serio. Si bien, por otra parte, no puedo omitir que nosotros, comerciantes —como se quiera, por fortuna o por desgracia—, tenemos que superar a menudo pequeñas indisposiciones en aras del negocio.

—Bueno, ¿puede entrar ya el apoderado en tu habitación? —preguntó el padre impaciente, y llamó de nuevo a la puerta.

—No —dijo Gregor.

En la habitación contigua de la izquierda reinó un silencio desagradable; en la habitación contigua de la derecha, la hermana comenzó a sollozar.

¿Por qué no iba la hermana a reunirse con los demás? Lo cierto es que acababa de levantarse de la cama y aún no había comenzado a vestirse. ¿Y por qué lloraba? Tal vez porque su hermano no se levantaba, no dejaba entrar al apoderado en su habitación, porque corría el riesgo de perder su empleo y el jefe, luego, perseguiría otra vez a los padres con sus viejas pretensiones. Pero ésas, por ahora, eran preocupaciones innecesarias. Gregor

todavía estaba con ellos y no pensaba abandonar a su familia. Por el momento yacía sobre la alfombra y nadie que conociera su estado habría reclamado de él que dejara pasar al apoderado. Pero a causa de esa pequeña descortesía, para la que más tarde encontraría fácilmente una disculpa adecuada, Gregor no podía ser despedido de inmediato. Y a Gregor le parecía que lo más razonable sería dejarle en paz por ahora en vez de molestarlo con lloros y discursos. Sin embargo, era precisamente la incertidumbre la que afligía a los demás y disculpaba su comportamiento.

—Señor Samsa —elevó la voz el apoderado—, ¿qué ocurre? Se atrinchera en su habitación, responde simplemente con sí y no, hace que sus padres se preocupen innecesariamente y, sea dicho sólo de paso, descuida sus deberes laborales de un modo inaudito. Hablo aquí en nombre de sus padres y de su jefe y le pido con toda la seriedad una explicación inmediata y clara. Estoy asombrado, asombrado. Creía conocerle como a un hombre tranquilo, razonable, y ahora, de repente, parece como si quisiera hacer alarde de un humor extravagante. El jefe me indicó esta mañana el posible motivo de su falta —

hacía referencia al cobro que hace poco se le confió—, pero casi estuve dispuesto a dar mi palabra de honor de que ese motivo no era cierto. Pero ahora le veo hacer alarde de esta obstinación y pierdo del todo cualquier deseo de interceder por usted. Y su

posición no es la más sólida. Al principio quería decírselo a solas, pero como me está haciendo perder aquí el tiempo inútilmente, no sé por qué sus señores padres no tendrían que enterarse. En los últimos tiempos su rendimiento ha sido muy insatisfactorio; es cierto que no es precisamente la mejor temporada para hacer negocios, eso lo reconocemos, pero no existe la temporada en la que no se haga ningún negocio, señor Samsa, no puede haberla.

—Pero, señor apoderado —exclamó Gregor fuera de sí y olvidó a causa de la excitación todo lo demás—, si abro ya, de inmediato. Un ligero malestar, un mareo me ha impedido levantarme. Todavía estoy en la cama. Pero ahora ya me encuentro bien. Ya estoy saliendo de la cama. ¡Sólo un poco de paciencia! La cosa no va tan bien como creía. Pero estoy mejor. ¡Cómo puede ocurrirle esto a una persona! Ayer por la noche me encontraba muy bien, mis padres lo saben, o mejor, ayer por la noche ya tenía un ligero presentimiento. Sólo tendrían que haberme mirado. ¿Por qué no lo he comunicado en la oficina? Siempre se cree que la enfermedad se puede superar sin permanecer en casa.

¡Señor apoderado! ¡Respete a mis padres! Para todos los reproches que usted me hace no hay ningún fundamento; nadie me ha dicho nada de eso. Probablemente usted no ha leído los últimos pedidos que le he mandado. Además, todavía puedo salir de viaje con el tren de las ocho; estas dos horas de reposo me han

fortalecido. No se detenga más aquí, señor apoderado, me pongo a trabajar en seguida. ¡Tenga la bondad de decirlo y transmita mis respetos al jefe!

Y mientras Gregor expulsaba precipitadamente todas estas palabras sin saber realmente lo que decía, se había ido acercando, gracias a los ensayos realizados en la cama, hasta la cómoda, y ahora intentaba incorporarse. Realmente quería abrir la puerta, quería que le viesan y hablar con el apoderado; sentía curiosidad por saber lo que los demás, que tanto reclamaban su presencia, dirían al verle. Si quedaban aterrorizados, entonces Gregor ya no tenía ninguna responsabilidad más y podía permanecer tranquilo. Si lo tomaban todo con serenidad, entonces tampoco tenía ningún motivo para inquietarse y, si se daba prisa, podría estar en la estación a las ocho. Al principio resbaló varias veces por la superficie lisa de la cómoda, pero finalmente dio un último impulso y permaneció erguido; no prestó atención a los dolores en el abdomen, por más que le provocasen fuertes ardores. Se dejó caer contra el respaldo de una silla próxima, y se sostuvo en los bordes con ayuda de las patitas. Con ello había logrado alcanzar cierto dominio sobre sí mismo; a continuación enmudeció para escuchar de nuevo al apoderado.

—¿Han podido entender alguna palabra? —preguntó el apoderado a los padres—, ¿no se estará burlando de nosotros?

—¡Por el amor de Dios! —exclamó la madre entre sollozos—, probablemente está muy enfermo y lo estamos atormentando. ¡Grete! ¡Grete! —gritó.

—¿Madre? —gritó la hermana desde la otra parte. Se entendían a través de la habitación de Gregor.

—Ve inmediatamente al médico. Gregor está enfermo. Rápido, al médico. ¿Has oído hablar a Gregor?

—Era una voz de animal —dijo el apoderado en un tono bajo, en comparación con los gritos de la madre.

—¡Ana! ¡Ana! —gritó el padre hacia la cocina a través del recibidor, y dio unas palmadas—. ¡Trae en seguida a un cerrajero!

Las dos mujeres corrieron haciendo susurrar las faldas por el recibidor —¿cómo se había podido vestir la hermana con tanta rapidez?—, y abrieron con brusquedad las puertas de la casa. No se escucharon las puertas al cerrarse, las habían dejado abiertas, como suele acontecer en las viviendas en las que ha ocurrido una gran desgracia.

Gregor, sin embargo, se había tranquilizado. No entendían sus palabras, aunque las había pronunciado con claridad, con mucha más claridad que antes, tal vez se debía a que su oído se había habituado. En todo caso, creían que algo no iba bien y se disponían a ayudarlo. La confianza y seguridad con que habían tomado las primeras decisiones le hicieron bien. Se sintió incluido de nuevo en el género humano y esperaba de ambos, del médico y del cerrajero, sin distinguirlos con precisión, unos rendimientos sorprendentes y fenomenales. Para lograr una voz clara ante las dos conversaciones decisivas que se avecinaban, carraspeó un poco, pero esforzándose por hacerlo levemente, ya que con toda probabilidad ese ruido sonaría todo menos humano, lo que él ya no se atrevía a juzgar. Mientras tanto, en la habitación contigua reinaba ahora un profundo silencio. Quizá los padres estaban sentados con el apoderado a la mesa y cuchicheaban, quizás estaban todos pegados a la puerta y escuchaban.

Gregor se desplazó lentamente hasta la puerta, apoyado en la silla, allí la dejó y se arrojó sobre la puerta, manteniéndose erguido —los pulpejos de sus patitas poseían un poco de sustancia adhesiva—, allí permaneció un rato para recuperarse del esfuerzo. Luego intentó girar la llave, insertada en la cerradura, con la boca. Por desgracia, parecía carecer por completo de dientes en sentido estricto —¿con qué podría asir la llave?—, sin embargo las mandíbulas eran muy fuertes; con su ayuda logró mover la llave, pero no se dio cuenta de que se estaba causando algún daño, pues un fluido marrón manó de su boca, resbaló por la llave y goteó sobre el suelo.

—Escuchen —dijo el apoderado en la habitación contigua—, está girando la llave.

Eso animó en gran medida a Gregor; pero todos tendrían que haberle animado, también el padre y la madre: «¡Ánimo, Gregor!», tendrían que haber exclamado:

«¡Adelante, duro con el cerrojo!». Y con la idea de que todos seguían sus esfuerzos con atención, mordió la llave con todas sus fuerzas, como si careciera de sensibilidad. Seguía el giro de la llave en el cerrojo; según la necesidad, mantenía la llave recta en la boca, pendía de ella o la presionaba hacia abajo con todo el peso

de su cuerpo. El claro sonido del cerrojo al abrirse hizo que Gregor volviera realmente en sí. Dando un suspiro, se dijo:

«No he necesitado al cerrajero», y apoyó la cabeza en el picaporte para abrir la puerta.

Como tuvo que abrir así, aunque la puerta ya permanecía abierta, él, sin embargo, todavía no quedaba visible. Se vio obligado a rodear lentamente una de las hojas de la puerta y, además, con mucha precaución, pues al entrar en la habitación no quería caer torpemente de espaldas. Aún se encontraba ocupado en realizar ese difícil movimiento, y sin tiempo para prestar atención a otras cosas, cuando escuchó al apoderado exclamar un

«¡Oh!» en voz alta —sonó como el silbido del viento—, y entonces vio cómo el apoderado, el más cercano a la puerta, se llevaba la mano a la boca y retrocedía lentamente, como si le impulsara una fuerza invisible, continua y uniforme. La madre — aún estaba, pese a la presencia del apoderado, con el pelo suelto y de punta de haber dormido— miró primero, con las manos unidas, al padre, luego avanzó dos pasos hacia Gregor y cayó en medio de su falda desplegada, con el rostro oculto en el pecho. El padre mostró el puño con expresión hostil, como si quisiera hacer retroceder a Gregor hacia la habitación, luego miró con inseguridad a su

alrededor, abarcando todo el salón, se tapó los ojos con las manos y lloró con tal fuerza que su poderoso pecho se agitó.

Gregor no penetró en la habitación, sino que se apoyó en el panel interior de la puerta, de tal modo que sólo se podía ver la mitad de su cuerpo y, por encima, la cabeza inclinada, con la que espiaba a los demás.

Mientras tanto, había ido penetrando la claridad. Ahora se discernía con nitidez un fragmento de la interminable casa gris situada al otro lado de la calle —era un hospital—, con sus ventanas rompiendo bruscamente y a intervalos regulares la fachada; aún llovía, pero eran gotas grandes, claramente discernibles, como si fueran arrojadas a la tierra una por una. La numerosa vajilla del desayuno estaba sobre la mesa, pues para el padre el desayuno era la comida más importante del día, prolongándolo, además, durante horas con la lectura de varios periódicos. Justo en la pared de enfrente colgaba una fotografía de Gregor del servicio militar, en la que aparecía con el uniforme de teniente, la mano en el sable, sonriendo despreocupado, exigiendo respeto para su actitud y su uniforme. La puerta que daba al recibidor estaba abierta, y se podía ver, ya que también la

puerta del salón permanecía abierta, la entrada a la vivienda, así como el inicio de la escalera que conducía hacia abajo.

—Bien —dijo Gregor, plenamente consciente de que él había sido el único que había mantenido la calma—, me vestiré en seguida, guardaré el muestrario y saldré. ¿Queréis, queréis dejarme partir? Bien, señor apoderado, ya ve que no soy tozudo y me gusta trabajar; viajar es fastidioso, pero no podría vivir sin viajar. ¿Adónde va, señor apoderado?

¿A la oficina? ¿Sí? ¿Informará de todo conforme a la verdad de lo sucedido? Uno puede quedarse incapaz de trabajar un lapso de tiempo, pero entonces llega el instante oportuno de acordarse de los rendimientos alcanzados anteriormente y de pensar que más tarde, cuando el impedimento haya desaparecido, se podrá trabajar con más ahínco y nuevas fuerzas. Le debo tanto al jefe, eso ya lo sabe usted muy bien. Por otra parte, tengo la preocupación de mis padres y de mi hermana. Estoy en un apuro, pero me recuperaré de nuevo. No me lo haga más difícil de lo que es. ¡Manténgase de mi parte en la oficina!

Nadie quiere a los viajantes, ya lo sé. Se piensa que ganan una fortuna y se pegan la gran vida. Nadie tiene la necesidad de meditar sobre ese prejuicio. Sin embargo, usted, señor apoderado, usted tiene una mejor perspectiva sobre las circunstancias

laborales que el resto del personal, más aún, dicho con plena confianza, usted tiene una mejor perspectiva que la del jefe, pues él, en su condición de empresario, se deja guiar erróneamente en sus decisiones en perjuicio de un empleado. Asimismo, usted sabe muy bien que el viajante, que casi todo el año se encuentra fuera de la oficina, puede ser víctima fácil de rumores, casualidades y quejas sin fundamento, contra las que le resulta imposible defenderse, ya que ignora la mayoría de ellas, y sólo cuando regresa agotado a casa sufre sus consecuencias en las propias carnes, resultando ya su origen impenetrable. ¡Señor apoderado, no se vaya sin decirme una palabra que demuestre que me da la razón al menos en una mínima parte!

Pero el apoderado ya había dado media vuelta desde las primeras palabras de Gregor, y sólo se atrevía a mirarle con los labios apretados y por encima del hombro espasmódico. Y mientras duró el discurso de Gregor, no pudo mantenerse un instante quieto, sino que se fue retirando hacia la puerta sin perderle de vista, aunque lentamente, como si existiera una prohibición secreta que impidiese abandonar la habitación. Llegó al recibidor y, por el repentino movimiento con el que sacó el pie del salón, se podría haber creído que la suela de su zapato ardía. En el recibidor, extendió la mano derecha hacia la escalera, como si allí le esperase una salvación ultraterrenal.

Gregor comprendió que de ningún modo podía dejar que el apoderado se fuera en ese estado de ánimo, pues podría poner en serio peligro su puesto en la empresa. Los padres no lo entendían así; durante largos años se habían hecho a la idea de que Gregor, en el puesto que ocupaba, tenía la vida resuelta y, además, se encontraban ahora tan inquietos con las nuevas preocupaciones que carecían de toda previsión. No obstante, Gregor era previsor. El apoderado tenía que ser detenido, tranquilizado, convencido y, por último, se lo tenían que ganar. ¡El futuro de Gregor y de su familia dependía de ello! ¡Si la hermana hubiera estado presente! Ella era inteligente, ya había llorado cuando Gregor aún yacía tranquilo de espaldas. Y seguro que el apoderado, tan amigo de las mujeres, se habría dejado manejar por ella, quien habría cerrado la puerta de la casa y habría intentado, en el recibidor, tranquilizarle del susto. Pero la hermana no estaba allí, Gregor era el que tenía que actuar. Y sin reparar en que todavía no conocía sus capacidades para desplazarse, sin pensar en que su discurso probablemente no se había entendido, abandonó la puerta, atravesó el umbral, y quiso dirigirse hacia el apoderado, que ya había alcanzado la barandilla del rellano, a cuyo pasamanos se aferraba de un modo ridículo. Pero, buscando un asidero, Gregor cayó sobre sus innumerables patitas, lanzando un pequeño grito. Una vez en el suelo, Gregor experimentó por primera vez en la

mañana una sensación de bienestar corporal; bajo las patitas había un suelo firme, obedecían perfectamente, como advirtió con alegría; más aún, mostraban la tendencia a desplazarle hacia donde quería; entonces creyó que la definitiva mejora de sus padecimientos sería inmediata. Pero en ese mismo instante, cuando yacía tambaleante, intentando dominar sus movimientos, no muy lejos de su madre, a la que tenía justo enfrente, ésta dio un salto repentino, aunque parecía ensimismada, extendiendo los brazos y estirando los dedos de las manos. Al mismo tiempo gritó:

—¡Por el amor de Dios, ayudadme!

Luego mantuvo la cabeza inclinada, como si quisiera ver mejor a Gregor, pero, en contradicción con la postura adoptada, retrocedió con ademán indeciso. Había olvidado que detrás de ella estaba la mesa puesta, así que se sentó sobre ella, como ida, y pareció no notar que a su lado, de la jarra de café volcada, caía el negro líquido a raudales sobre la alfombra.

—Madre, madre —dijo Gregor en voz baja, mirándola desde abajo. El apoderado desapareció por el momento de su mente. Por otra

parte, apenas pudo impedir abrir y cerrar las mandíbulas en el aire ante el café derramado. Al verlo, la madre volvió a gritar, huyó de la mesa y cayó finalmente en los brazos del padre, que había ido a su encuentro. Pero Gregor ya no tenía tiempo para preocuparse de sus padres, el apoderado estaba en las escaleras. Con la barbilla apoyada en el pasamanos, miró hacia Gregor por última vez. Gregor tomó ímpetu para lograr alcanzarlo, pero el apoderado debió de sospecharlo, pues saltó varios peldaños de una vez y desapareció. No obstante, todavía gritó un «¡Oh!» que resonó por todas las escaleras. Por desgracia, la huida del apoderado pareció confundir al padre, quien hasta ese momento se había mantenido relativamente tranquilo, pues en vez de salir detrás del apoderado o de, al menos, impedir a Gregor que lo persiguiera, agarró con la mano derecha el bastón que el apoderado había dejado abandonado sobre un sillón, junto con el sombrero y el sobretodo, y tomó de la mesa con la mano izquierda un periódico, dedicándose a hacer retroceder a Gregor con grandes pisotones y agitando periódico y bastón. No ayudaron las súplicas de Gregor, tampoco fueron entendidas; en cuanto inclinaba la cabeza humillado, el padre pisaba más fuerte. La madre, a pesar del tiempo tan frío que hacía, abrió la ventana y sacó completamente el rostro cubierto con las manos. Entre la calle y la escalera se formó una fuerte corriente de aire, los visillos se hincharon, los periódicos que estaban sobre la mesa volaron, algunas hojas se arrastraron por el suelo. El padre, inexorable, no dejaba de

acosarle, dando silbidos como un salvaje. Gregor, sin embargo, no tenía ninguna experiencia en andar hacia atrás, por lo que se desplazaba con extremada lentitud. Si Gregor hubiera podido volverse, ya estaría en su habitación, pero temía impacientar a su padre con el tiempo que tardaría en girar; además, en todo momento le amenazaba el golpe mortal del bastón, ya fuera en la espalda o en la cabeza. Finalmente, a Gregor no le quedó otra opción, pues advirtió con horror que al andar de espaldas era incapaz de mantener la dirección, así que comenzó a darse la vuelta con toda la rapidez de que era capaz, es decir demasiado lento, y sin cesar de lanzar temerosas miradas oblicuas a su padre.

Quizás el padre notó su buena voluntad, ya que no se lo impidió, más bien se dedicó a dirigir los movimientos de giro a un lado y a otro desde la distancia y con la punta del bastón. ¡Si al menos el padre hubiese podido dejar de emitir aquellos silbidos! A Gregor lo volvían loco. Ya se había dado prácticamente la vuelta, cuando, siempre obsesionado por el silbido, se equivocó y recorrió un trecho en la dirección contraria. Pero, finalmente,

cuando se encontraba ya feliz encarando la abertura de la puerta, resultó que su cuerpo era demasiado ancho para pasar sin más. Al padre, en su estado de ánimo, no se le ocurrió ni por asomo abrir la otra hoja de la puerta para permitir la entrada de Gregor. Sólo tenía una idea fija: que Gregor penetrase en la habitación lo más

rápido posible. Jamás habría permitido las preparaciones que Gregor necesitaba hacer para incorporarse y, de ese modo, tal vez, poder pasar por la puerta. Todo lo contrario, comenzó a incitar a Gregor para que avanzase armando mucho más ruido, como si no existiera ningún impedimento. La voz que sonaba detrás de Gregor ya no parecía pertenecer a un único padre; tampoco era el momento de bromas, y Gregor se abalanzó hacia el umbral, ocurriera lo que ocurriese. Una de las partes de su cuerpo se elevó, así que quedó encajado en el umbral con el cuerpo torcido. El flanco quedó arañado, y en la puerta, de color blanco, quedaron feas manchas. Apenas se podía mover, las patitas de uno de los lados temblaban en el aire, las del otro quedaron dolorosamente presionadas contra el suelo. Entonces, el padre le dio desde atrás un fuerte golpe liberador, que lo mandó, sangrando en abundancia, al interior de la habitación. A continuación, cerró la puerta con el bastón y, finalmente, todo quedó en silencio.

II

Gregor se despertó al anochecer de un sueño pesado, parecido a la inconsciencia. Seguramente no hubiera tardado mucho en despertarse, aun en el caso de que no se hubiera producido

ninguna molestia, pues se sentía descansado y recuperado por el largo sueño. Sin embargo, le pareció como si unos pasos furtivos y el precavido cerrar de la puerta que daba al recibidor lo hubieran despertado. La luz pálida de los faroles penetraba en el interior de la habitación y se reflejaba en el techo y en la parte superior de los muebles, pero abajo, donde se encontraba Gregor, reinaba la oscuridad. Lentamente, palpando torpemente con sus antenas, que ahora comenzaba a estimar, avanzó hacia la puerta para ver lo que había ocurrido. Su flanco izquierdo parecía una única cicatriz larga y dolorosa, y se vio obligado a cojear de una de las hileras de sus patas. Además, una de las patitas había quedado gravemente dañada a causa del suceso de la mañana —era casi un milagro que sólo una de ellas hubiese quedado herida—, por lo que la arrastraba inerte.

Alcanzada la puerta, comprendió lo que le había atraído hasta allí. Había sido el olor de algo comestible, pues encontró una escudilla con leche dulce, en la que flotaban trozos de pan blanco. Casi podría haber reído de alegría, pues tenía mucha más hambre que por la mañana, así que sumergió la cabeza hasta casi cubrir los ojos con la leche. Pero la sacó rápidamente decepcionado, no sólo porque le resultara desagradable comer a causa de su delicado flanco izquierdo —sólo podía comer cuando todo el cuerpo colaboraba resollando—, sino porque la leche, su bebida favorita,

que con toda seguridad había introducido su hermana, no le gustaba, más aún, se apartó de la escudilla con aversión y se arrastró hasta el centro de la habitación.

En el salón, como Gregor podía ver por la ranura de la puerta, habían encendido el gas. A esa hora del día, el padre solía leer en voz alta a la madre y, a veces, también a la hermana, del periódico vespertino, pero ahora no se escuchaba ninguna voz. Aunque tal

vez esa lectura, de la que su hermana siempre le hablaba y escribía, había caído en desuso en los últimos tiempos. Todo estaba en silencio, a pesar de que la casa, con toda certeza, no estaba vacía. «Qué vida más silenciosa lleva la familia» —se dijo Gregor, y sintió, mientras clavaba su mirada en la oscuridad, un gran orgullo por haber logrado que sus padres y su hermana pudieran vivir así y en una casa tan bonita. Pero ¿qué ocurriría si ahora toda la tranquilidad, el bienestar y la satisfacción terminaran con aquel horror? Para no perderse en pensamientos semejantes, Gregor prefirió mantenerse en movimiento y se arrastró de un lado a otro de la habitación.

Una vez durante la larga noche se abrió una de las hojas de la puerta y, luego, la otra, dejando un resquicio, pero se cerraron de

inmediato; alguien sintió la necesidad de entrar, pero tuvo demasiados reparos. Gregor se situó frente a la puerta del salón, decidido a hacer entrar al dubitativo visitante o, como mínimo, para averiguar de quién se trataba. Pero la puerta ya no se abrió más y Gregor esperó en vano. Antes, cuando todas las puertas estaban cerradas, todos habían querido entrar, sin embargo, ahora que tenía la puerta abierta y que las demás seguramente habían sido abiertas a lo largo del día, no venía nadie, por más que las llaves también estuvieran puestas por fuera.

Apagaron la luz del salón ya entrada la noche. Era fácil de deducir que los padres y la hermana se habían quedado despiertos hasta tan tarde, pues se pudo oír claramente cómo se alejaban andando de puntillas. Ahora seguro que nadie entraría en la habitación de Gregor hasta la mañana siguiente. Así que tenía tiempo para pensar sin ser molestado cómo podría reorganizar su vida. Pero la habitación tan alta y espaciosa en la que estaba obligado a permanecer en el suelo le angustiaba sin saber la causa, pues hacía ya cinco años que vivía en esa habitación. Con un giro instintivo, y no sin sentir algo de vergüenza, corrió y se metió debajo del canapé. Allí se sintió cómodo, a pesar de que su espalda quedaba algo aprisionada y de que no podía levantar la cabeza, y sólo lamentaba que su cuerpo era demasiado ancho como para caber entero bajo el canapé.

Así permaneció toda la noche, parte de ella en duermevela, de la que le sacaba una y otra vez un hambre terrible, la otra sumido en preocupaciones y esperanzas imprecisas; finalmente decidió comportarse, por el momento, con tranquilidad y esforzarse, empleando toda su paciencia, por hacer soportable a la familia todos los inconvenientes que, en su estado actual, se veía obligado a causarles.

Por la mañana muy temprano, aún no había amanecido, Gregor tuvo la oportunidad de poner a prueba las decisiones tomadas, pues la hermana, sin arreglarse del todo, abrió la puerta desde el recibidor y miró hacia el interior con expectación. No lo encontró a primera vista, pero cuando lo adivinó debajo de la meridiana — Dios, en algún lugar tenía que estar, no podía haber volado— se asustó tanto que, sin poder dominarse, cerró la puerta de nuevo desde fuera. Pero como si se hubiera arrepentido de su reacción, volvió a abrir la puerta en seguida y entró de puntillas, como si lo hiciera en la habitación de un enfermo grave o en la de un extraño. Gregor había sacado la cabeza hasta el borde del canapé y la observaba. ¿Advertiría que se había dejado la leche, y no por falta de hambre?

¿Traería algún otro alimento que le gustara más? Si no lo hacía por sí misma, prefería

morirse de hambre antes que llamarle la atención sobre ello, aunque sentía la imperiosa necesidad de salir disparado del canapé, arrojarse a los pies de la hermana y pedirle algo comestible. Pero la hermana contempló asombrada que la escudilla estaba llena, sólo se había derramado un poco de leche alrededor. Así que la cogió, no con las manos desnudas sino ayudándose de un trapo, y se la llevó. Gregor sintió una gran curiosidad por saber lo que le traería y se quedó sumido en distintos pensamientos acerca de esto. Sin embargo, nunca habría adivinado lo que la hermana iba a hacer por bondad. Le trajo, para que probase su gusto, todo un surtido de alimentos, esparcido sobre un periódico. Había verduras medio podridas; huesos de la cena, rodeados de una salsa blanca, ya espesa; algunas pasas y almendras; un queso que Gregor, hacía días, había declarado incomible; pan seco; un pan untado de mantequilla y otro salado. Además, colocó de nuevo la escudilla, probablemente asignada definitivamente a Gregor, pero esta vez con agua. Y por un sentimiento de delicadeza, sabiendo que Gregor no comería en su presencia, se apartó de prisa e, incluso, giró la llave para que Gregor se diera cuenta de que podía ponerse tan cómodo como quisiera. Las patitas de Gregor vibraron cuando fue a comer. Las heridas, por lo demás, tenían que haberse curado

por completo, ya que no sentía ningún impedimento al andar. Se quedó asombrado pues recordó que, hacía más de un mes, se había hecho un pequeño corte con el cuchillo y anteayer aún le dolía bastante la herida.

«¿Tendré menos sensibilidad que antes?» —pensó, y comenzó a chupar con avidez el queso, por el que se había sentido atraído en seguida y en perjuicio de las otras viandas. Devoró el queso con los ojos lacrimosos de satisfacción, así como las verduras y la salsa; los alimentos frescos, por el contrario, no le gustaban, ni siquiera podía tolerar su olor, incluso apartó de ellos lo que se quería comer.

Hacía tiempo que había terminado y yacía, indolente, en el mismo lugar, cuando la hermana, como signo de que tenía que retirarse, giró lentamente la llave. Eso lo asustó, aunque yacía casi adormecido, y se apresuró a esconderse bajo el canapé. Aunque la hermana permaneció en la habitación poco tiempo, le costó un gran esfuerzo permanecer bajo el mueble, pues a causa de la abundante comida su cuerpo se había redondeado algo, lo que le impedía respirar bien en la estrechez de su habitáculo. Sufriendo ligeros ataques de asfixia, observó con ojos protuberantes cómo la hermana, ignorante de su situación, no sólo barría con la escoba los restos dejados, sino también la comida no tocada por Gregor, como si ya no fuese a aprovecharse, y lo guardaba todo

con premura en un cubo que cerró con una tapa de madera, llevándose a continuación. Apenas se había dado la vuelta, Gregor salió de debajo del canapé, se estiró y respiró con fruición.

De este modo, Gregor siguió recibiendo todos los días su comida, una vez por la mañana, cuando los padres y la fámula dormían, la segunda vez después de la comida del mediodía, pues entonces también dormían los padres durante un rato y la hermana encargaba a la criada que realizase cualquier recado.

Seguramente no querían que Gregor se muriese de hambre, pero probablemente tampoco habrían soportado saber de su comida si no era a través de referencias aisladas, o tal vez su hermana quería evitarles una pequeña tristeza más, pues ya padecían suficiente.

Gregor no pudo saber con qué excusas se deshicieron aquella primera mañana del cerrajero y del médico, pues como nadie le entendía, nadie pensó, ni siquiera la hermana, que él podía entender a los demás. Por consiguiente, se tenía que conformar, cuando la hermana entraba en su habitación, con oír aquí y allá sus suspiros y las invocaciones a todos los santos. Más tarde, cuando ella se acostumbró un poco —de una completa habituación, naturalmente, no se podía hablar—, Gregor atrapaba al vuelo algún comentario con buena intención o que así podría interpretarse: «Hoy le ha gustado» — decía ella, cuando Gregor

había limpiado el plato o, en caso contrario, que paulatinamente se fue haciendo más frecuente, acostumbraba a decir casi triste: «Vaya, se lo ha vuelto a dejar todo».

Aunque Gregor no podía enterarse directamente de las novedades, escuchaba voces de las habitaciones contiguas, entonces se dirigía corriendo a la puerta correspondiente y pegaba todo su cuerpo a ésta. En concreto, durante los primeros tiempos apenas se producían conversaciones que no se ocuparan de él, aunque sólo fueran secretas. Durante dos días, en todas las comidas se escucharon deliberaciones de cómo tenían que comportarse; pero también entre las comidas se hablaba del mismo tema, pues siempre había como mínimo dos miembros de la familia en casa, ya que nadie quería quedarse solo y tampoco se quería abandonar del todo la vivienda. También la criada, el primer día —no quedaba claro del todo qué y cuánto sabía de lo ocurrido—, suplicó de rodillas a la madre que la despidiera de inmediato y, cuando un cuarto de hora más tarde se presentó para decir adiós, daba las gracias con lágrimas en los ojos porque la habían dejado que se fuera, como si le hubieran hecho un gran favor, prestando, a continuación, un terrible juramento, que nadie reclamó, asegurando que no contaría nada a nadie.

Ahora tenía que cocinar la hermana con la madre; ciertamente, no era mucho esfuerzo, ya que apenas comían. Una y otra vez escuchaba Gregor cómo se animaban en vano a comer unos a otros y ninguno recibía otra respuesta que: «gracias, tengo suficiente», o algo similar. Tampoco se bebía mucho. A menudo preguntaba la hermana al padre si quería cerveza y se ofrecía a ir a por ella, y cuando el padre no contestaba, ella decía, para quitarle cualquier reparo, que también podría mandar a la portera, pero finalmente el padre respondía con un «no» sonoro, y no se hablaba más del asunto.

Ya en el primer día el padre comunicó tanto a la madre como a la hija la situación económica y las perspectivas que tenían. De vez en cuando se levantaba de la mesa y traía de su pequeña caja fuerte, salvada de la quiebra de su negocio, acaecida hacía cinco años, un justificante o un cuaderno de notas. Se podía oír cómo abría la complicada cerradura y, después de sacar lo que buscaba, cómo la cerraba. Esas declaraciones del padre eran lo más alentador que había escuchado desde el inicio de su encierro. Creía que de aquel negocio al padre no le había quedado absolutamente nada, al menos el padre no le había dicho nada que desmintiera esa afirmación, y Gregor tampoco le había preguntado. La única preocupación de Gregor había consistido en aquel tiempo en hacer todo lo posible para que su familia olvidase

rápidamente la desgracia laboral que había sumido a todos en la más completa desesperanza. Así, había empezado a trabajar en aquella época con todas

sus fuerzas y, de un día a otro, pasó de ser un pequeño dependiente a ser un viajante de comercio, naturalmente con mayores posibilidades de ganar dinero. Sus éxitos laborales se transformaban rápidamente en dinero contante y sonante, que podía poner en la mesa ante la asombrada y feliz familia. Habían sido buenos tiempos, y nunca, después, se habían repetido, al menos con aquel esplendor, aunque Gregor había seguido ganando tanto dinero que era capaz de sostener a toda la familia, como en realidad había hecho hasta ese momento. Se habían acostumbrado a esa situación, tanto la familia como Gregor; tomaban el dinero agradecidos, él lo entregaba encantado, pero ya no había ese calor de antes. Sólo la hermana se había mantenido próxima a Gregor; su plan secreto consistía en mandarla al Conservatorio el próximo año, ya que, todo lo contrario que Gregor, ella amaba la música y tocaba el violín de un modo emocionante; lo haría sin consideración a los grandes gastos que supondría y que ya se cubrirían de otra manera. A menudo, durante las breves estancias de Gregor en la ciudad, se mencionaba el Conservatorio en las conversaciones con la hermana, pero siempre como un bello sueño, cuya realización era impensable, y a los padres tampoco les gustaba escuchar esas

menciones inocentes. No obstante, Gregor pensaba seriamente en ello y tenía la intención de anunciarlo solemnemente en Navidades.

Tales pensamientos, completamente inútiles en su estado actual, eran los que se le pasaban por la mente mientras se mantenía pegado a la puerta. A veces estaba tan cansado que no podía seguir escuchando y su cabeza caía descuidadamente golpeando la puerta, pero la volvía a elevar en seguida, pues el más pequeño ruido que causaba era oído y hacía enmudecer a todos. «¿Qué estará haciendo ahora?» —decía el padre transcurrido un rato, volviéndose, con seguridad, hacia la puerta, y sólo después se reanudaba lentamente la interrumpida conversación.

Gregor se enteró hasta la saciedad —pues el padre solía repetir a menudo sus explicaciones, en parte porque hacía tiempo que no se ocupaba con esos asuntos, en parte porque la madre no entendía a la primera lo que le explicaban— de que, a pesar de la desgracia, había quedado todavía un pequeño capital de tiempos pasados y de que los intereses, sin tocar durante todo ese periodo, lo habían hecho crecer un poco. Además, el dinero que Gregor llevaba a casa todos los meses —él sólo se quedaba con unos pocos florines— no se gastaba en su totalidad, por lo que

también se había acumulado un pequeño capital. Gregor, detrás de la puerta, asentía vehemente, contento sobre las inesperadas precauciones y el espíritu ahorrador. Realmente, con ese dinero que sobraba habría podido ir saldando la deuda del padre con el jefe y, llegado el día en que hubiera podido dejar ese puesto, habría estado cerca de liquidarla del todo, pero ahora era sin duda mejor como lo había dispuesto el padre.

Ese dinero, no obstante, era insuficiente para que la familia pudiera vivir de las rentas; tal vez podría servir para que la familia viviera como mucho dos años, más no. Se trataba, pues, de una suma que en realidad no se debería tocar, sino que más bien debería reservarse para un caso de emergencia. El dinero para vivir se debía ganar. Pero el padre, un hombre sano, aunque ya mayor, hacía cinco años que no trabajaba y, además, había perdido la confianza. En esos cinco años, que habían sido las primeras vacaciones de su

fatigosa y, sin embargo, exitosa vida, había acumulado mucha grasa y se había vuelto muy torpe. ¿Tendría acaso su anciana madre que ganar dinero, padeciendo de asma, a la que un pequeño paseo por la casa causaba agotamiento, y que cada dos días tenía que echarse en el sofá con la ventana abierta debido a los problemas respiratorios? ¿Acaso debería trabajar la hermana, que aún era una niña con sus diecisiete años, y cuyo estilo de vida

había consistido en vestirse bien, dormir mucho, ayudar algo en la casa, participar en alguna diversión y, sobre todo, tocar el violín? Cuando la conversación se centraba en la necesidad de ganar dinero, Gregor abandonaba siempre la puerta y se echaba sobre el fresco sofá de cuero cercano, pues se ofuscaba de vergüenza y tristeza.

A menudo pasaba allí toda la noche, sin dormir, raspando durante horas la piel del sofá. O, a veces, no escatimaba esfuerzos para arrastrar un sillón hasta la ventana, luego trepaba por él hasta el alféizar y, apoyado en el sillón, se inclinaba hacia el cristal, probablemente en recuerdo del sentimiento de liberación que antes le invadía cuando miraba por la ventana. Pues, en realidad, conforme pasaban los días, veía las cosas, aun las que no se encontraban muy distantes, con menor claridad. Ya era incapaz de ver el hospital de enfrente, cuya vista tantas veces había maldecido con anterioridad, y si no hubiera sabido que vivía en la tranquila, pero completamente urbana calle Charlotte, habría creído que lo único que contemplaba desde su ventana era un páramo, en el que el cielo gris y la tierra gris se unían indistintamente. Sólo dos veces advirtió la atenta hermana que el sillón estaba en la ventana para, a partir de ese momento, después de ordenar la habitación, colocar el sillón de nuevo justo

en esa posición, más aún, tomó por costumbre dejar abiertas las hojas interiores de las ventanas.

Si Gregor hubiera podido hablar con la hermana y agradecerle todo lo que hacía por él, habría soportado mejor sus servicios, pero, así, padecía por ello. La hermana, es cierto, intentaba aliviar en lo posible lo penoso de todo, y conforme fue pasando el tiempo lo conseguía más fácilmente; no obstante, Gregor también se daba cuenta con más claridad de las cosas. Ya su entrada era para él horrible. Apenas había entrado, se dirigía corriendo a la ventana, sin ni siquiera tomarse el tiempo para cerrar la puerta, por mucho que después se preocupara por ahorrar a los demás la visión del cuarto de Gregor, la abría con ansiedad, como si se estuviera asfixiando, y permanecía un rato ante ella, por mucho frío que hiciese fuera, respirando profundamente. Con estas carreras y ruidos asustaba a Gregor dos veces al día, quien temblaba bajo el canapé todo el tiempo que ella estaba dentro y, sin embargo, sabía muy bien que le habría ahorrado todas esas penalidades si le hubiera sido posible permanecer en la habitación con las ventanas cerradas.

Un día, ya había transcurrido un mes desde la metamorfosis de Gregor, y su aspecto no constituía ningún motivo especial para

que ella se asombrase, la hermana entró en la habitación un poco más temprano que de costumbre y encontró a Gregor, inamovible y en una actitud próxima al horror, observando por la ventana. No habría sido muy inesperado para Gregor si ella no hubiera entrado, ya que por su situación impedía que pudiera abrir de inmediato la ventana, pero ella no sólo no entró, sino que se retiró y cerró la puerta. Cualquiera extraño podría haber pensado que Gregor la había acechado y que había querido

morderla. Naturalmente, Gregor se escondió de prisa bajo la meridiana, pero tuvo que esperar hasta el mediodía para que la hermana entrase de nuevo, mostrándose más inquieta que de costumbre. Reconoció que su aspecto todavía le resultaba insoportable, y que así seguiría siendo en el futuro. Además, tendría que superar siempre la tendencia a salir corriendo al ver cualquier parte de su cuerpo, por pequeña que fuera, y que él no podía evitar que sobresaliera por debajo del canapé. Para ahorrarse esa visión, un día transportó sobre su espalda —necesitó cuatro horas para realizar ese trabajo— una sábana hasta el canapé y la dispuso de tal modo que su cuerpo quedaba totalmente cubierto. Así, la hermana, aunque se inclinara, no podría verle. Si esa sábana no hubiera sido necesaria, la hubiera podido retirar, pues no constituía ninguna diversión para Gregor ocultarse de aquel modo, eso estaba claro; no obstante, ella dejó la sábana, y Gregor creyó adivinar una mirada agradecida

cuando, una vez, retiró precavidamente con la cabeza una punta de la sábana para comprobar cómo la hermana tomaba la nueva disposición.

Durante los catorce primeros días los padres no lograron superar su aversión y entrar en la habitación de Gregor. Éste escuchaba a menudo cómo reconocían plenamente el trabajo que realizaba la hermana, mientras que con anterioridad se habían quejado con frecuencia porque les había parecido una joven inútil. Sin embargo, ahora, el matrimonio solía esperar ante la puerta de la habitación de Gregor mientras la hermana la limpiaba, y apenas había salido tenía que contar con todo detalle cómo estaba la habitación, qué es lo que Gregor había comido, cómo se había comportado esta vez y si, quizá, se podía advertir alguna mejoría. La madre, sin embargo, quiso visitar a Gregor relativamente pronto, pero el padre y la hermana lo rechazaron al principio alegando motivos razonables, y Gregor, que los oía atentamente, no pudo dejar de coincidir con ellos. Pero más tarde se tuvieron que oponer a sus deseos con violencia, y cuando gritó: «¡Dejadme ir con Gregor, se trata de mi desventurado hijo! ¿No entendéis que tengo que ir con él?». Entonces pensó Gregor que tal vez lo mejor sería que entrase, no todos los días, naturalmente, pero sí, por ejemplo, un día a la semana; ella lo entendía todo mejor que la hermana, quien, a pesar de todo su valor, sólo era una niña y,

probablemente, había asumido una tarea tan difícil por mera imprudencia infantil.

El deseo de Gregor de ver a su madre se cumplió pronto. Durante el día, en consideración a los padres, se mantenía alejado de la ventana, tampoco podía arrastrarse mucho por los pocos metros cuadrados de suelo que poseía la habitación, así que el yacer tranquilo era prácticamente insoportable por la noche; además, la comida ya no le procuraba ningún placer, por lo que adoptó, como entretenimiento, la costumbre de recorrer las paredes y el techo. En concreto, prefería permanecer en el techo; era algo completamente distinto a yacer en el suelo. Se respiraba mejor; una ligera vibración recorría el cuerpo y podía ocurrir que, cuando se encontraba arriba, en un estado parecido a la felicidad, se sorprendiera a sí mismo dejándose caer al suelo y dando un golpe seco. Ahora dominaba mucho mejor su cuerpo que antes y una caída así no lo dañaba en absoluto. La hermana notó en seguida la nueva diversión que Gregor había encontrado — dejaba restos aquí y allá de su sustancia pegajosa—, y se metió en la cabeza facilitar a Gregor sus paseos en todo lo posible, por lo que pensó en retirar los muebles que lo

impedían, sobre todo el escritorio y el armario. No obstante, ella sola era incapaz de realizarlo; al padre no se atrevió a pedírselo, la criada no la hubiera ayudado en ningún caso, pues esa muchacha

de dieciséis años que permanecía con valor en la casa desde el despido de la cocinera había pedido el favor de mantener la puerta de la cocina continuamente cerrada y abrirla sólo cuando se la llamara; así que a la hermana sólo le quedó la posibilidad de pedir ayuda a la madre, lo que realizó en ausencia del padre. La madre vino con exclamaciones de alegría, pero enmudeció en cuanto llegó a la puerta de la habitación de Gregor. Primero miró, naturalmente, la hermana, para comprobar si todo estaba como es debido; luego dejó entrar a la madre. Gregor se preocupó, tan rápido como pudo, de doblar la sábana, así que el aspecto que ofrecía era el de una sábana arrojada casualmente sobre el canapé. Gregor también renunció a espiar por debajo; desistió, por tanto, de ver, por esta vez, a la madre; se conformó con la alegría que le procuraba su venida.

—Ven, no se le ve —dijo la hermana, que sin duda llevaba a la madre de la mano. Gregor se limitaba a escuchar cómo las dos mujeres, bastante débiles, movían el

armario de su sitio, y cómo la hermana asumía la mayor parte del trabajo, sin prestar

atención a las advertencias de la madre, pues ésta temía que se agotase. Duró bastante tiempo. Transcurrido un cuarto de hora, la madre dijo que sería mejor dejar el armario, pues, primero, era demasiado pesado, y no terminarían antes de la llegada del padre; además, con el armario en el centro de la habitación

obstruirían el camino a Gregor; segundo, tampoco era muy seguro que al apartar el mueble se le hiciera un favor a Gregor. A ella le parecía todo lo contrario. Su corazón se oprimía al ver la pared vacía, y ¿por qué Gregor no iba a tener un sentimiento parecido? Hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a sus muebles y en una habitación vacía se sentiría abandonado.

—Y además —concluyó la madre en tono muy bajo, casi susurrante, como si quisiera evitar que Gregor, cuya ubicación ella desconocía, oyera el sonido de su voz, pues ella estaba convencida de que no entendía sus palabras—, y además, ¿no daríamos la impresión, al querer alejar los muebles, que hemos renunciado a cualquier esperanza de mejora y que lo dejamos, sin consideración alguna, abandonado a sí mismo? Creo que lo mejor sería intentar mantener la habitación en su estado originario, para que Gregor, cuando vuelva con nosotros, lo encuentre todo igual y pueda olvidar con mayor facilidad esta etapa.

Al escuchar estas palabras de la madre, Gregor comprobó que la carencia de comunicación humana, unida a la vida monótona en el seno de la familia, habían confundido su mente en los dos últimos meses, pues de otro modo no se podía explicar que él hubiera podido reclamar seriamente que vaciaran su habitación.

¿Acaso deseaba convertir su cálida habitación, con sus muebles confortables heredados, en una cueva, en la que, ciertamente, podría arrastrarse y trepar en todas las direcciones y sin obstáculos, pero en la que olvidaría con rapidez su pasado humano? Ya estaba prácticamente olvidándolo, sólo la voz de la madre, oída por primera vez desde hacía mucho tiempo, lo había conmovido. No se debía quitar nada, tenía que quedarse todo. No podía prescindir

de los efectos bienhechores que los muebles ejercían en su estado, y si los muebles le impedían sus absurdas correrías, eso no suponía ningún daño, sino una gran ventaja.

Pero la hermana, por desgracia, era de otra opinión. Se había acostumbrado, y no sin motivos, a presentarse como especialista frente a sus padres en todos los asuntos concernientes a Gregor, así, el consejo de la madre supuso una razón suficiente para insistir en el desalojo, no sólo del armario y del escritorio, como al principio había pensado, sino también de todos los muebles, con excepción del imprescindible canapé. Naturalmente, esta decisión no se basaba exclusivamente en una obstinación infantil y en la confianza en sí misma que había adquirido, tan inesperadamente y con tanta dificultad, en los últimos tiempos; en realidad, había observado que Gregor necesitaba mucho espacio para arrastrarse y trepar; en cambio, los muebles, por lo que se podía

ver, no eran utilizados lo más mínimo. Aunque quizá también jugara algún papel la mentalidad exaltada de una muchacha de su edad, que busca, en cualquier oportunidad, la satisfacción de sus deseos, y por la que Grete se guiaba para hacer la situación de Gregor más horrible de lo que era, así como para poder hacer más por Gregor de lo que había hecho hasta ese momento. Pues una habitación en la que Gregor dominara las vacías paredes no sería jamás pisada por otra persona que no fuera Grete.

Así pues, Grete no se dejó convencer por la madre, quien aparecía insegura por la excitación en la habitación; pronto enmudeció y ayudó, según lo permitían sus fuerzas, a sacar el armario. Bien, Gregor podía prescindir del armario, pero no del escritorio. Apenas las mujeres habían abandonado la habitación con el armario, contra el que se apretaban resoplando, cuando Gregor sacó la cabeza del canapé para ver cómo podría intervenir con precaución y discreción. Pero para su desgracia fue la madre la que entró primero, mientras Grete permanecía en la habitación contigua rodeando el armario con los brazos y balanceándolo sola de un lado a otro, sin, por supuesto, moverlo de su sitio. La madre, sin embargo, no estaba acostumbrada al aspecto de Gregor; su presencia podría haberla puesto enferma, así que Gregor retrocedió aterrorizado hasta el extremo del canapé, pero no pudo impedir que la parte delantera de la sábana se moviera un poco.

Eso bastó para llamar la atención de la madre, que se detuvo, permaneció un instante en silencio y regresó de nuevo hasta donde se encontraba Grete.

Aunque Gregor se repetía que no ocurría nada extraordinario, que sólo se estaban cambiando de lugar unos muebles, lo cierto es, como no pudo dejar de reconocer, que todo ese ir y venir de las mujeres, así como el roce de los muebles en el suelo, eran percibidos como una gran confusión, y tuvo que confesarse, por mucho que contrajera la cabeza y las patas, que no podría aguantar aquel caos por mucho tiempo. Estaban vaciando su habitación; se llevaban todo lo que amaba; el armario, en el que guardaba la sierra de marquetería y otras herramientas, ya lo habían sacado; ahora aflojaban el escritorio, atornillado al suelo, en el que él como estudiante de comercio, sí, incluso como alumno del colegio y del instituto, había escrito sus tareas. Ya no tenía tiempo para pensar sobre las buenas intenciones de ambas mujeres, cuya existencia, por lo demás, había casi olvidado, pues a causa del agotamiento trabajaban sin pronunciar palabra, y sólo se escuchaban sus pasos cansados.

Entonces salió de su escondite —las mujeres, en la habitación contigua, se apoyaban en ese momento en el escritorio para recuperar el aliento—, y cambió cuatro veces de dirección, pues no sabía con seguridad qué es lo que debería salvar primero.

Entonces reparó, resaltando en la pared vacía, en la foto de la dama envuelta en pieles; se desplazó hasta ella y presionó su cuerpo contra el cristal, al que se quedó adherido, creándole una agradable sensación en el caliente abdomen. Al menos esa foto que ahora Gregor cubría del todo, no podría llevársela nadie. Volvió la cabeza hacia la puerta del salón para observar a las mujeres cuando regresaran.

No habían descansado mucho y ya venían de nuevo. Grete rodeaba a su madre con el brazo y prácticamente la llevaba en vilo.

—Bien, ¿qué sacamos ahora? —preguntó Grete, y miró alrededor. En ese instante se cruzó su mirada con la de Gregor, pegado en la pared. Sólo por la presencia de la madre, mantuvo la serenidad; inclinó su rostro hacia la madre para impedirle que mirase y dijo, temblando y sin pensar:

—Vamos, ¿por qué no regresamos un rato más al salón?

La intención de Grete resultaba clara para Gregor. Quería poner en lugar seguro a la madre y luego entrar para echarlo de la pared. Bueno, ¡que lo intentase! Estaba sentado en su foto y no iba a renunciar. Antes saltaría sobre el rostro de Grete.

Pero las palabras de Grete habían inquietado a la madre, por lo que ésta se echó a un lado, vio la enorme mancha marrón sobre el papel pintado floreado, y gritó con voz ronca antes de ser consciente de que aquello era Gregor:

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! —y cayó sobre el canapé inerte, con los brazos extendidos, como si hubiera renunciado a todo.

—¡Tú, Gregor! —gritó la hermana con el puño levantado y mirada enérgica—. Eran las primeras palabras que le dirigía directamente después de la metamorfosis. Se fue al salón para traer una esencia con la que poder despertar a su madre del desmayo. Gregor también quiso ayudar —para salvar la foto había tiempo—, pero estaba fuertemente adherido al cristal y tuvo que despegarse con violencia; luego también corrió hacia la habitación vecina, para darle algún consejo a la hermana, como

en los viejos tiempos, pero tuvo que permanecer inactivo detrás de ella mientras revolvió entre distintos frascos. Al darse la vuelta, la hermana se asustó, cayéndose un frasco al suelo y rompiéndose; un fragmento de cristal hirió a Gregor en el rostro y una medicina corrosiva se derramó a su alrededor. Grete tomó, sin detenerse por más tiempo, todos los frascos que pudo y corrió con ellos hacia donde se encontraba la madre; cerró la puerta dando una patada. Así, Gregor quedó separado de su madre, quien, tal vez por su culpa, se encontraba al borde de la muerte. Además, no quería abrir la puerta, pues eso asustaría a la hermana; ahora no le quedaba otra posibilidad que esperar. Lleno de reproches a sí mismo y de preocupación, comenzó a recorrer todo, paredes, muebles y techo, para, finalmente, caer, en su desesperación, y cuando toda la habitación giraba en torno a él, en medio de la mesa del comedor.

Transcurrió un rato, Gregor yacía sin fuerzas, a su alrededor todo estaba en silencio, quizás eso era un buen signo. Entonces llamaron a la puerta. La criada, naturalmente, permanecía encerrada en la cocina, así que la hermana tendría que abrir. El padre acababa de llegar.

—¿Qué ha ocurrido? —fueron sus primeras palabras. El aspecto de Grete se lo había revelado todo. Grete respondió con voz ahogada, probablemente apoyando su rostro en el pecho del padre:

—Madre se ha desmayado, pero ya le va mejor. Gregor se ha escapado.

—Ya lo esperaba —dijo el padre—, os lo llevo repitiendo desde hace tiempo, pero las mujeres nunca quieren escuchar.

Gregor comprendió que la brevísima información de Grete había sido mal interpretada y que el padre creía que Gregor era culpable de algún acto violento. Por eso, Gregor tenía que intentar calmar al padre, pues para darle una explicación no había tiempo ni tampoco era el momento oportuno. Así que huyó hacia la puerta de su habitación y se pegó a ella para que el padre, al entrar en el recibidor, pudiera ver que Gregor tenía la intención de regresar de inmediato a la habitación, y que no era necesario expulsarlo hasta allí, sino que sólo se necesitaba abrir la puerta y desaparecería.

Pero el padre no estaba de humor para captar esos detalles.

—¡Ah! —gritó, nada más entrar en un tono que parecía al mismo tiempo de ira y de triunfo—. Gregor apartó la cabeza de la puerta y la elevó en dirección al padre. Así jamás se lo había imaginado, tal y como permanecía allí, ante él. Es cierto que en los últimos tiempos, con sus correrías, había olvidado preocuparse, como había hecho antes, de la situación en el resto de la casa, y tendría que haber estado dispuesto a encontrar bastantes cambios. Sin embargo, ¿era ése todavía su padre? ¿Era el mismo hombre que yacía cansado en la cama cuando, con anterioridad, Gregor llegaba de sus viajes de negocios?

¿Se trataba del mismo que le recibía por la noche, en bata y sentado en la butaca, incapaz de levantarse, elevando el brazo en señal de alegría? ¿Era el que en los raros paseos conjuntos de algunos domingos o fiestas caminaba lentamente entre Gregor y la madre, que ya de por sí caminaban con lentitud, embutido en su viejo abrigo, sirviéndose con precaución de su bastón como si fuera de una muleta y, cuando tenía algo que decir, parándose casi por completo y reuniendo a sus acompañantes a su alrededor? Ahora estaba bien derecho; vestido con un ceñido uniforme azul provisto de botones dorados, como los que llevan los ordenanzas de los institutos bancarios; sobre el cuello rígido de la chaqueta sobresalía su pronunciada doble papada; bajo las pobladas cejas brillaba la mirada de sus ojos negros, viva y atenta; el pelo canoso, antes desgredado, estaba ahora peinado

con una raya pulcra y de una rectitud minuciosa. Arrojó su gorro, en el que destacaba un monograma dorado, probablemente de un banco, a través de la habitación, hacia el canapé, y luego se dirigió, los faldones de la larga chaqueta hacia atrás, las manos en los bolsillos

y con rostro furioso, hacia Gregor. Ni siquiera el padre sabía lo que iba a hacer. Cuando llegó, alzó el pie hasta una altura desacostumbrada, y Gregor se quedó asombrado del tamaño enorme de las suelas de sus botas. Pero no se quedó allí, sabía de sobra que desde el primer día de su nueva vida su padre había considerado la severidad más dura como la conducta adecuada para tratarle. Así que huyó de su padre, se detuvo cuando el padre lo hizo, y volvió a correr en cuanto éste se movía. De este modo dieron varias vueltas a la habitación sin que ocurriera nada decisivo, sin que ni siquiera, a causa de la lentitud del ritmo, pareciera una persecución. Por este motivo, Gregor permaneció provisionalmente en el suelo; además, creía que una huida por las paredes o por el techo podría ser considerada por el padre como una prueba especial de su maldad. No obstante, Gregor se vio obligado a reconocer que aquella carrera no podía durar siempre, pues mientras el padre daba un paso, él tenía que realizar una infinidad de movimientos. Ya comenzaba a respirar con dificultad; por añadidura, sabía desde hacía tiempo, desde mucho antes de la transformación, que sus pulmones no eran muy fiables. Mientras

avanzaba de este modo, intentaba ahorrar sus fuerzas y mantenía los ojos entornados; en su embotamiento era incapaz de pensar en otra salvación que no fuese la de correr, y ya había olvidado que las paredes estaban libres, aunque cubiertas con muebles tallados cuidadosamente en madera, llenos de cantos y esquinas. En ese momento pasó rodando un objeto muy cerca de él. Era una manzana; al instante voló otra. Gregor se paró aterrorizado. Seguir corriendo era absurdo, pues el padre había decidido bombardearlo. Se había llenado los bolsillos de manzanas, tomadas del frutero que había sobre el aparador, y ahora las lanzaba una tras otra. Esas pequeñas manzanas rojas rodaban por el suelo como electrizadas y chocaban unas con otras. Una de ellas, lanzada con debilidad, rozó la espalda de Gregor, pero sin causarle daño alguno. Otra, sin embargo, que siguió a la anterior, se incrustó en su espalda; Gregor intentó seguir avanzando, como si aquel intolerable dolor repentino pudiera desvanecerse con el cambio de lugar, pero se sintió como atornillado y se estiró en plena confusión de todos sus sentidos. Sólo con una última mirada pudo ver cómo abrían bruscamente la puerta de su habitación, cómo la madre, en camisa, pues la hermana la había desvestido para facilitarle la respiración en el desmayo, salía corriendo, delante de la hermana, que gritaba, y se iba hacia el padre, mientras se le caía la falda por el camino. Tropezando sobre la prenda se abrazó estrechamente a él —aquí ya se había apagado

la facultad visual de Gregor—, y, con las manos en la nuca del padre, le suplicó que perdonase la vida a Gregor.

III

La grave herida de Gregor, que le causó padecimientos durante un mes —la manzana permaneció incrustada en la carne como testimonio visible de lo ocurrido, ya que nadie se atrevió a quitársela—, pareció recordar también al padre que Gregor, no obstante su triste y repugnante forma actual, seguía siendo un miembro de la familia al que no se podía tratar como a un enemigo. Era, por consiguiente, un mandamiento del deber familiar tragarse los sentimientos de repulsión frente a él y tolerarlo, nada más que tolerarlo.

Y si ahora Gregor, por causa de la herida, había perdido movilidad, probablemente

para siempre, y para cruzar la habitación necesitaba, como un inválido, minutos y minutos

—ya no podía pensar en trepar por las alturas—, recibió a cambio por este empeoramiento una recompensa que, según su opinión, merecía la pena por completo, ya que por la noche le abrían la

puerta del salón, que él solía observar fijamente desde dos horas antes, de tal modo que, en la oscuridad de la habitación, invisible desde el salón, podía ver a toda la familia sentada a la mesa iluminada y escuchar sus conversaciones, en cierta manera con la aquiescencia de todos, y no como antes.

Desde luego ya no eran aquellas animadas conversaciones de antaño, en las que Gregor pensaba continuamente con nostalgia cuando estaba en las pequeñas habitaciones de los hoteles, cuando tenía que meterse, agotado, entre las húmedas sábanas. Ahora todo era más tranquilo. El padre se quedaba dormido muy pronto en su sillón después de la cena, mientras la madre y la hermana se exhortaban una a la otra a guardar silencio. La madre, inclinada hacia la luz, cosía ropa para un comercio de moda y la hermana, que había aceptado un puesto de vendedora, aprendía por la noche estenografía y francés para, quizá, más adelante, poder acceder a un puesto mejor. A veces el padre se despertaba y como si no se dieta cuenta de que había estado durmiendo, le decía a la madre:

—¡Hay que ver el tiempo que llevas cosiendo hoy! —y se volvía a dormir en seguida, mientras la madre y la hermana sonreían en silencio.

Por una especie de manía, el padre se negaba a quitarse el uniforme cuando estaba en casa. Y mientras la bata pendía inútil de la percha, el padre dormitaba en su sillón completamente vestido, como si estuviera siempre de servicio y esperase la voz del jefe. Por consiguiente, el uniforme, a pesar del cuidado de la madre y de la hermana, fue perdiendo en limpieza, y Gregor se pasaba horas contemplando ese traje luminoso, lleno de manchas, con sus botones dorados siempre lustrosos, con el que el anciano dormía incómodo pero tranquilo.

En cuanto el reloj daba las diez, la madre intentaba despertar al padre con algunas palabras en voz baja y luego lo exhortaba para que se fuese a la cama, pues allí no podía dormir bien y necesitaba un buen sueño, ya que tenía que empezar a trabajar a las seis de la mañana. Pero con la testarudez que le caracterizaba desde que era empleado, siempre insistía en permanecer más tiempo a la mesa, a pesar de que volvía a dormirse y de que, después, sólo se conseguía con gran esfuerzo que cambiase el sillón por la cama. En esa situación, por más que la madre y la hermana lo amonestaban, negaba lentamente con la cabeza durante minutos y mantenía los ojos cerrados sin levantarse. La madre le tiraba de la manga y le musitaba palabras de adulación al oído; la hermana dejaba su tarea para ayudar a la madre, pero

nada de eso hacía efecto en el padre. Se hundía más en su sillón. Sólo cuando las mujeres le cogían por debajo de los brazos, abría los ojos y solía decir:

—Esto es vida. Ésta es la tranquilidad de mis últimos días.

Y, apoyado en las dos mujeres, se levantaba con gestos fatigosos, como si representase para sí mismo la más pesada de las cargas, y se dejaba llevar hasta la puerta; allí les guiñaba un ojo y seguía solo, mientras la madre dejaba rápidamente sus avíos de costura y

la hermana la pluma para ir detrás del padre y seguir ayudándolo.

¿Quién hubiera tenido tiempo en aquella familia cansada y agotada por el trabajo para ocuparse de Gregor más que el tiempo estrictamente necesario? El presupuesto familiar se limitó aún más. La fámula fue despedida, y se contrató a una enorme criada huesuda, con un pelo blanco que flotaba alrededor de su cabeza, y que venía una vez por la mañana y otra por la noche para realizar los trabajos más pesados; el resto lo hacía compatible la madre con su trabajo de costurera. Más aún, ocurrió que distintas joyas de la familia, que con anterioridad tanto la

hermana como la madre habían lucido llenas de alegría en algunas conmemoraciones, se vendieron, como pudo saber Gregor cuando se mencionó el precio durante una de las conversaciones. No obstante, la queja más repetida era que no podían dejar aquella casa, demasiado grande para su situación económica, porque les parecía imposible trasladar a Gregor. Pero Gregor se daba cuenta de que no era en consideración a él por lo que se negaban a una mudanza, pues se le habría podido transportar en una caja adecuada con algunos agujeros para respirar. El motivo principal que les impedía trasladarse era la completa desesperanza y el pensamiento de que habían sufrido una desgracia insólita entre sus parientes y círculo de conocidos. Lo que el mundo reclama de la gente pobre, ésta lo cumple hasta el extremo. El padre llevaba el desayuno al funcionario bancario más insignificante; la madre se sacrificaba por la ropa de otra gente; la hermana corría de un lado a otro del mostrador siguiendo las órdenes del cliente; las fuerzas de la familia no daban más de sí. Y Gregor volvía a sentir el dolor de la herida en la espalda como al principio, cuando la madre y la hermana regresaban, después de haber llevado al padre a la cama, dejaban el trabajo, se abrazaban mejilla con mejilla y la madre, señalando hacia la habitación de Gregor, decía:

—Cierra la puerta, Grete.

Y entonces Gregor se quedaba sumido en la oscuridad, mientras al lado las mujeres lloraban o se quedaban mirando fijamente la mesa.

Gregor pasaba las noches y los días casi sin dormir. A veces pensaba que al abrirse la puerta volvería a asumir los asuntos de la familia, como antes. Últimamente, después de mucho tiempo, aparecían en sus pensamientos el jefe, el apoderado, los compañeros y los aprendices, el criado tan lerdo, dos de sus amigos de otros negocios, una camarera de un hotel de la provincia; también un recuerdo fugaz y querido: la cajera de una sombrerería a la que había pretendido seriamente pero con demasiada lentitud; todos aparecían mezclados con extraños o con gente ya olvidada, pero en vez de ayudarlo a él y a su familia, todos se mostraban inaccesibles, así que se alegraba cuando desaparecían. Después, ya no estaba de humor para preocuparse de la familia, sólo le invadía la furia por la pésima atención que recibía, y aunque no tenía una clara idea de los alimentos que apetecía, hacía planes, sin embargo, para llegar hasta la despensa y allí coger, aunque no tuviera hambre, todo lo que le correspondía por derecho. Sin pensar más sobre lo que podría gustarle a Gregor, la hermana, antes de ir por la mañana y por la tarde a trabajar, introducía rápidamente en su habitación cualquier

comida con el pie, para por la noche, sin reparar en si la había probado o ni siquiera la había tocado, esto último era lo más frecuente, volverla a recuperar con la ayuda de una escoba. La limpieza de la habitación, que realizaba siempre por la noche, no se podía hacer más deprisa. Bandas de suciedad se prolongaban a lo largo de las paredes, aquí y allá se podían ver aglomeraciones de polvo y de inmundicias. Al principio, cuando la hermana llegaba, Gregor se colocaba en una esquina especialmente llamativa, para, con esa posición, hacerle un reproche. Pero podría haber permanecido allí durante semanas sin que la hermana hubiera mejorado nada. Ella veía la suciedad tan bien como él, no obstante había decidido dejarla. Por añadidura, se había apoderado de ella una extraña obsesión, que había emocionado a la familia, de que la limpieza de la habitación de Gregor fuese sólo cosa suya. Una vez, la madre de Gregor sometió la habitación a una gran limpieza, y para ello necesitó varios cubos de agua —la humedad fastidiaba a Gregor, por lo que yacía amargado e inmóvil en el canapé—, pero la venganza de la hermana no se hizo esperar. Pues apenas había llegado del trabajo, advirtió el cambio en la habitación de Gregor, se sintió ofendida, corrió hacia el salón y, a pesar de las manos alzadas suplicantes de la madre, rompió en llantos, lo que los padres —el padre se llevó el susto, naturalmente, mientras dormía en el sillón— al principio contemplaron asombrados, hasta que comenzaron a conmovearse.

El padre, a la derecha de la madre, le hizo reproches de que no hubiese dejado la limpieza de la habitación de Gregor a la hermana; a su izquierda, en cambio, la hermana gritó que ya no limpiaría más la habitación de Gregor. Mientras la madre intentaba llevarse al padre, que ya no se controlaba por la excitación, a la cama, la hermana, sacudida por los sollozos, golpeaba la mesa con sus pequeños puños; y Gregor rabiaba porque a nadie se le ocurría cerrar la puerta y ahorrarle todo ese ruidoso espectáculo.

Pero aun en el caso de que la hermana, agotada por su trabajo, se hubiera hartado de cuidar de Gregor, no habría sido necesario que la madre la sustituyera y Gregor tampoco tendría que haber sido descuidado. Pues la sirvienta estaba allí. Esa anciana viuda, que había superado durante su larga vida los momentos más duros gracias a su fuerte estructura ósea, no sentía ninguna aversión hacia Gregor. Sin sentir curiosidad, había abierto casualmente una vez la puerta de su habitación, por lo que Gregor, completamente sorprendido, aunque nadie le perseguía, comenzó a correr de un lado a otro. Ella, sin embargo, se quedó quieta al verlo, atónita, con las manos dobladas en el regazo. Desde aquella ocasión, no renunciaba a abrir la puerta fugazmente por la mañana y por la noche para mirar a Gregor. Al principio lo llamaba para que se acercase a ella con palabras que

sin duda consideraba amigables, como: «¡Ven acá, viejo escarabajo pelotero!» o «¡mira al viejo escarabajo pelotero!».

Gregor no respondía a ese tipo de llamadas, sino que permanecía inmóvil en su sitio, como si la puerta no se hubiera abierto. ¡Si hubieran ordenado a esa sirvienta que limpiase diariamente su habitación en vez de molestarlo inútilmente cada vez que le daba la gana! Un día, por la mañana temprano —una lluvia intensa, quizá presagio de la primavera, repiqueteaba en los cristales de las ventanas—, cuando la sirvienta comenzó de nuevo con sus apodos, Gregor se amargó tanto que se volvió contra ella, si bien pesada y lentamente, preparado para el ataque. Sin embargo, la sirvienta, en vez de asustarse, levantó una silla cercana a la puerta, y tal y como estaba, con la boca bien abierta, era claro que su intención sería cerrarla sólo después de haber golpeado la espalda de Gregor con la silla.

—¿Así que ya no seguimos? —preguntó cuando Gregor se dio la vuelta, dejando tranquilamente la silla en la esquina.

Gregor apenas comía. Sólo cuando pasaba casualmente al lado de la comida, tomaba un trozo en la boca por jugar, allí lo mantenía durante horas y la mayoría de las veces lo volvía a escupir. Al principio pensó que la tristeza que le había invadido por

el estado de su cuarto era la que le impedía comer, pero precisamente se había reconciliado rápidamente con los cambios producidos. Se habían acostumbrado a meter en esa habitación cosas que no encontraban sitio en ningún otro lugar, y de esas cosas ahora había muchas, pues habían alquilado una habitación a tres señores. Esos tres serios señores

—todos tenían barba, como Gregor pudo confirmar una vez a través de la rendija de la puerta— se preocupaban con meticulosidad por el orden, y no sólo en su habitación, sino, ya que eran inquilinos de la vivienda, sobre todo en la cocina, además de supervisar todo el gobierno de la casa. No toleraban trastos inútiles o simplemente sucios. Además, habían traído sus propios objetos personales y algunos muebles. Por este motivo, muchas cosas, que no se podían vender pero tampoco se las quería tirar, se habían vuelto superfluas. Todas acabaron en la habitación de Gregor. También el cubo de la basura y el de las cenizas de la cocina. Lo que no era susceptible de utilizarse, la sirvienta, que siempre tenía mucha prisa, lo lanzaba a la habitación de Gregor. Éste, con fortuna, sólo podía ver el objeto y la mano que lo arrojaba. La sirvienta quizás albergaba la intención de recogerlos, o reunirlos para tirarlos, pero la verdad es que allí se quedaban, en el mismo sitio en que habían caído, siempre que Gregor no los moviera en sus correrías por el trastero, al principio obligado por el escaso espacio que quedaba disponible para arrastrarse, más

tarde con creciente placer; aunque después de semejantes caminatas, mortalmente cansado y triste, no se movía durante horas.

Como los inquilinos cenaban a veces en el salón, la puerta también permanecía cerrada esas noches. No obstante, Gregor renunció fácilmente a la apertura de la puerta. Aun algunas noches en la que había estado abierta no había aprovechado la oportunidad que se le brindaba y, sin que la familia lo notase, había permanecido en el rincón más oscuro de su habitación. Una ocasión, sin embargo, la sirvienta dejó la puerta del salón un poco abierta, y así permaneció cuando los inquilinos entraron por la noche y se encendió la luz. Se sentaron en la parte de la mesa en la que antaño se habían sentado el padre, la madre y Gregor; desdoblaron las servilletas y tomaron el cuchillo y el tenedor. Al instante apareció la madre en la puerta llevando una bandeja con carne y detrás de ella la hermana, con una bandeja de patatas cortadas en rodajas. La comida humeaba. Los inquilinos se inclinaron sobre las bandejas como si quisieran examinar la comida y, ciertamente, uno de ellos, el que se sentaba en medio y al que, según las apariencias, se le reconocía cierta autoridad, cortó un trozo de carne todavía en la bandeja para, supuestamente, comprobar si estaba blanda o si había que devolverla a la cocina. Quedó satisfecho, y tanto la madre como la

hermana, que habían contemplado el procedimiento con cierta tensión, suspiraron y comenzaron a sonreír.

La familia comía en la cocina. No obstante, el padre, antes de ir a la cocina, pasaba por el salón y hacía una pequeña ronda saludando con una ligera inclinación y con la gorra en la mano. Todos los inquilinos se levantaban y murmuraban algo entre las barbas. Cuando se quedaban solos, comían casi completamente en silencio. A Gregor le parecía asombroso que entre los múltiples ruidos propios de una comida, sólo oyera una y otra vez los dientes masticando, como si con ello se le quisiera mostrar que se necesitan dientes para comer, y que con las mandíbulas desdentadas, por más hermosas que éstas fueran, no se podía hacer nada. «Tengo hambre» —se decía Gregor preocupado—, «pero no de esas cosas. ¡Cómo comen esos inquilinos, y yo perezco de hambre!».

Precisamente aquella noche —Gregor no recordaba haber escuchado tocar el violín durante todo ese tiempo—, sonó música procedente de la cocina. Los inquilinos ya habían terminado de cenar, el de en medio había sacado un periódico y le había dado a los otros dos una hoja, y ahora se habían recostado y fumaban. Cuando comenzó a sonar el violín, prestaron atención, se levantaron y se acercaron de puntillas hasta la puerta del

recibidor, donde permanecieron apretados. Se les debía de haber escuchado desde la cocina, pues el padre exclamó:

—¿Les molesta la música a los señores? Puede dejar de tocar, si lo desean.

—Todo lo contrario —dijo el situado en el medio—, ¿no desearía la señorita venir a donde estamos y tocar? Aquí se está más cómodo y el ambiente es más acogedor.

—¡Por supuesto! —exclamó el padre como si él mismo fuese el violinista.

Los señores volvieron al salón y esperaron. Al instante apareció el padre con el atril, la madre con la partitura y la hermana con el violín. La hermana preparó todo tranquilamente para tocar; los padres, que nunca habían tenido inquilinos y, por tanto, exageraban la cortesía, no se atrevieron a sentarse en sus sillones habituales. El padre se apoyó en la puerta, con la mano derecha entre dos botones de la chaqueta de librea cerrada; la madre, sin embargo, aceptó el sillón ofrecido por uno de los señores y se

sentó en el lugar en que ese mismo señor lo había colocado casualmente, apartado en una esquina.

La hermana comenzó a tocar; el padre y la madre seguían con atención, cada uno desde su sitio, los movimientos de sus manos. Por su parte, Gregor, atraído por la música, se había adelantado y ya asomaba la cabeza por la puerta del salón. Apenas se sorprendía de la poca deferencia que mostraba hacia los demás en los últimos tiempos; antaño esa deferencia había constituido su orgullo. Y ahora hubiera tenido más motivos para esconderse, pues a causa del polvo, que cubría toda la habitación y se levantaba con el más mínimo movimiento, también él estaba sucio; hilos, pelos, restos de comida, todo lo arrastraba sobre su espalda y a su alrededor cuando se desplazaba. Su indiferencia general era demasiado grande como para ponerse de espaldas, como antes hacía varias veces al día, y frotarse con la alfombra. No sintió la más mínima vergüenza de avanzar un poco en ese estado sobre el impoluto suelo del salón.

De todos modos, nadie le prestaba atención. La familia estaba ensimismada con la música de violín; los inquilinos, por el contrario, que con las manos en los bolsillos se

habían aproximado al principio demasiado al atril de la hermana, de tal manera que todos habrían podido leer las notas, lo que con toda seguridad la molestó, retrocedieron pronto inmersos en una conversación a media voz y con las cabezas inclinadas hacia la ventana, donde permanecieron, observados con preocupación por el padre. Parecía claro que su intención de escuchar un bello y distraído concierto de violín había sido defraudada, que estaban hartos de escuchar y que sólo por cortesía se dejaban seguir molestando. Especialmente la manera en que exhalaban el humo de sus cigarros por la boca y la nariz indicaba su gran nerviosismo. Y, sin embargo, la hermana tocaba tan bien. Su rostro estaba inclinado hacia un lado, su mirada seguía con tristeza las líneas del pentagrama. Gregor se arrastró un poco más hacia adelante y mantuvo la cabeza pegada al suelo, para, si era posible, poder encontrar su mirada. ¿Acaso era un animal, para que la música le atrajera tanto? Le parecía como si se le mostrara el camino hacia la alimentación desconocida y anhelada. Estaba decidido a avanzar hasta donde se encontraba la hermana, a tirarle de la falda para indicarle que podía ir con el violín a su habitación, pues nadie recompensaba allí su música como él lo haría. Ya no la dejaría salir más de su habitación, al menos mientras él viviera. Su terrible aspecto sería útil por una vez; estaría en todas las puertas a la vez para hacer frente a todos los ataques. La hermana, sin embargo, tendría que permanecer voluntariamente con él, y no obligada; se podría sentar a su lado,

en el canapé, inclinando el oído hacia él, y entonces le confesaría que había tenido la firme intención de enviarla al Conservatorio, que lo habría anunciado a todos, si no hubiera sobrevenido aquella desgracia, las pasadas Navidades —¿habían pasado ya las Navidades?—, sin admitir réplica alguna. Después de esa confesión, la hermana habría roto en llantos, y Gregor se habría alzado hasta su hombro y habría besado su cuello, que, desde que iba a trabajar, llevaba sin cinta.

—¡Señor Samsa! —gritó el señor del medio, sin gastar más palabras, y señalando con el dedo índice hacia Gregor, que avanzaba lentamente. El violín enmudeció, el señor del medio rió hacia sus amigos sacudiendo la cabeza y luego volvió a mirar a Gregor. El padre creyó necesario, antes de expulsar a Gregor, intentar tranquilizar a los inquilinos, a pesar de que éstos no estaban en absoluto intranquilos y parecían entretenerse más con Gregor que con el violín. Se acercó presuroso hacia ellos e intentó llevarlos con los brazos extendidos a su habitación y, al mismo tiempo, obstaculizar con su cuerpo la visión de Gregor. Realmente se enfadaron un poco, no se sabe si por el comportamiento del padre o por el conocimiento de haber tenido, sin saberlo, un vecino como Gregor. Reclamaron una explicación del padre, elevaron los brazos, se tocaron insistentemente las barbas y se fueron lentamente hacia su habitación. Mientras tanto la

hermana había superado la perplejidad que la había invadido después de la repentina interrupción del concierto y, tras mantener un tiempo en las manos indolentes el violín y el arco, sacó fuerzas de flaqueza, puso el instrumento en el regazo de la madre, que todavía estaba sentada en su sillón respirando trabajosamente, y se dirigió corriendo hacia la habitación vecina, a la que ya se aproximaban los inquilinos, urgidos por el padre. Se pudo ver cómo las mantas y las sábanas quedaban ordenadas en la cama gracias a la mano experta de la hermana. Antes de que los inquilinos hubieran alcanzado la habitación, las camas ya estaban hechas y salió.

El padre parecía haber vuelto a caer de tal modo en su obstinación que olvidó el respeto que todavía debía a sus inquilinos. Insistía e insistía en llevárselos hasta que, llegados a la puerta, el hombre del medio dio una violenta patada al suelo y detuvo así al padre.

—Les comunico —dijo, elevando la mano y buscando también con la mirada a la hermana y a la madre— que, considerando las repugnantes condiciones que reinan en esta casa y en esta familia —aquí escupió al suelo con decisión—, abandono de inmediato la habitación. Por supuesto que no pagaré los días que he vivido aquí, todo lo contrario, pensaré muy bien las posibilidades de hacer valer contra usted mis reclamaciones, que, créame, no serán

muy difíciles de fundamentar. —Entonces calló y miró ante sí como si esperase algo. Y, en efecto, sus dos amigos tomaron la palabra:

—Nosotros también abandonamos la casa de inmediato. Uno de ellos cogió el picaporte y dio un portazo.

El padre caminó inseguro, ayudándose de las manos, hasta llegar al sillón, en el que cayó; parecía como si se fuese a echar el acostumbrado sueñecito nocturno, pero el movimiento involuntario de su cabeza indicaba que no dormía. Gregor había permanecido todo el tiempo en silencio y en el mismo sitio en que lo habían descubierto los inquilinos. La decepción sobre el fracaso de su plan, también quizá la debilidad provocada por el hambre, le impedían realizar cualquier movimiento. Temía con toda certeza que a continuación se iba a descargar contra él una tormenta de reproches, por lo que se limitaba a esperar. Ni siquiera le asustó el violín cuando, al caerse del regazo de la madre, que lo sostenía con manos temblorosas, emitió un sonido retumbante.

—Queridos padres —dijo la hermana, y pegó con el puño en la mesa como introducción a lo que iba a decir—, esto no puede seguir así. Si vosotros no lo veis, yo sí. No quiero pronunciar ante ese monstruo el nombre de mi hermano, y sólo digo: tenemos que intentar desembarazarnos de él. Hemos hecho todo lo

humanamente posible para cuidarlo y tolerar su presencia; creo que nadie nos puede hacer el más mínimo reproche.

«Tiene mil veces razón» —se dijo el padre. La madre, que aún no podía respirar bien, comenzó a toser en la palma de la mano con expresión enajenada.

La hermana se apresuró a ir con la madre y le sostuvo la frente. El padre parecía haber sido llevado a determinados pensamientos por las palabras de la hermana, se había incorporado, jugaba con su gorra de servicio entre los platos, que todavía estaban en la mesa desde la cena de los inquilinos, y miraba de vez en cuando hacia Gregor.

—Tenemos que intentar librarnos de él —dijo ahora la hermana dirigiéndose exclusivamente al padre, pues la madre no podía escucharla con la tos—, os va a matar a los dos, lo veo venir. Quienes tienen que trabajar tan duro como nosotros, no pueden soportar en casa toda esta tortura. Yo no lo puedo soportar más. —Y rompió a llorar, tanto que sus lágrimas resbalaron por el rostro de la madre, que se las secó mecánicamente con las manos.

—Pero niña —dijo el padre compasivo y con llamativa comprensión—, ¿qué podemos hacer?

La hermana se encogió de hombros como signo de la perplejidad que, ahora, mientras lloraba, se había apoderado de ella, sustituyendo a la seguridad previa.

—Si él nos comprendiera —dijo el padre como si preguntara; pero la hermana, entre sollozos, agitó la mano con vehemencia como signo de que ni siquiera se podía pensar en esa posibilidad.

—Si él nos comprendiera —repitió el padre y asumió al cerrar los ojos el convencimiento de la hermana de esa imposibilidad—, tal vez sería posible llegar a un acuerdo con él. Pero así...

—Tiene que irse, padre —gritó la hermana—, es el único medio. Tienes que intentar quitarte de la cabeza que es Gregor. Que lo hayamos pensado tanto tiempo, ésa ha sido nuestra desgracia. Pero ¿cómo puede tratarse de Gregor? Si realmente fuese Gregor, se habría dado cuenta hace mucho tiempo de que la convivencia de seres humanos con un animal semejante es imposible, se

habría ido por propia voluntad. Entonces ya no tendría un hermano, pero podríamos seguir viviendo y honrar su recuerdo. Pero así, ese animal nos persigue, ahuyenta a los inquilinos, quiere, aparentemente, ocupar toda la casa y hacer que durmamos en la calle. Míralo, padre —gritó súbitamente—, ¡ya comienza de nuevo!

—y aterrorizada de un modo incomprensible para Gregor, la hermana abandonó incluso a la madre, se tiró literalmente del sillón, como si prefiriera antes sacrificar a la madre que permanecer en la cercanía de Gregor, y se apresuró a esconderse detrás del padre, el cual, únicamente agitado por su comportamiento, también se levantó y alzó los brazos ante la hermana como para protegerla.

Pero a Gregor no se le había pasado por la cabeza asustar a nadie y menos a su hermana. Simplemente había comenzado a darse la vuelta para arrastrarse hasta su habitación, aunque, ciertamente, lo hizo de una manera algo llamativa, pues a causa de su estado doliente tenía que ayudarse con la cabeza en los giros difíciles; se veía obligado a levantarla muchas veces y, además, a apoyarla con fuerza contra el suelo. Se detuvo a medio camino y miró a su alrededor. Parecía que habían reconocido sus buenas intenciones; sólo había sido un susto repentino. Ahora todos lo miraban en silencio y tristes. La madre yacía recostada en el sillón con las piernas extendidas y cruzadas, los ojos

prácticamente se le cerraban solos de la extenuación; el padre y la hermana estaban sentados uno al lado del otro, la hermana había colocado su mano alrededor del cuello paterno.

«Ahora puedo quizá darme la vuelta» —pensó Gregor, y renovó sus esfuerzos. No podía reprimir los jadeos, por lo que tenía que descansar cada cierto tiempo. Por lo demás, tampoco lo perseguía nadie, todo dependía de él. Cuando logró dar la vuelta, comenzó a regresar en camino recto. Quedó asombrado por la gran distancia que le separaba de su habitación, y no comprendía en absoluto cómo, con su debilidad, había realizado el mismo camino hacía poco tiempo y casi sin notarlo. Pensando continuamente en arrastrarse lo más rápido posible, apenas le llamó la atención que no le molestara ninguna palabra o exclamación de su familia. Sólo cuando llegó a la puerta, volvió la cabeza, aunque no del todo, pues sentía cómo se le ponía rígido el cuello, y comprobó que nada había cambiado, excepto que la hermana se había levantado. Su última mirada fue para su madre, que se había quedado dormida.

Apenas había entrado en su cuarto, la puerta fue cerrada a toda prisa, se echó el cerrojo y se atrancó con un mueble. Gregor se asustó tanto por el ruido repentino a sus espaldas que las patitas

se le doblaron. Era la hermana la que tanto se había apresurado. Había esperado de pie, luego había saltado con ligereza hacia adelante —Gregor ni siquiera la había oído venir—, y gritó un «¡por fin!» a los padres mientras giraba la llave en la cerradura.

«¿Y ahora?» —se preguntó Gregor y miró a su alrededor en medio de la oscuridad. Al poco tiempo hizo el descubrimiento de que no se podía mover. No se sorprendió, más bien le resultó algo antinatural que se hubiera podido mover hasta ese momento con aquellas patitas tan delgadas. Por lo demás, se sentía relativamente cómodo. Notaba, es cierto, dolores por todo el cuerpo, pero le parecía como si fueran cada vez más débiles y como si, finalmente, fueran a desaparecer. Apenas sentía ya la manzana podrida en su espalda y el entorno infectado, cubierto completamente de una tenue capa de polvo. Pensaba en su familia con amor y emoción. Su opinión de que tenía que desaparecer era quizás en él más decidida que en su hermana. Permaneció en ese estado pensativo, vacío y pacífico, hasta que el reloj de la torre dio las tres de la madrugada. Aún pudo ver el clarear del amanecer por la ventana. Luego, su cabeza se hundió involuntariamente, y de las ventanas de la nariz se escapó, débil, su último suspiro.

A la mañana siguiente, cuando llegó la criada —dando portazos por la prisa, por más que se le hubiera pedido que no lo hiciera, por lo que desde su llegada ya no era posible dormir tranquilo—, no encontró nada especial en su breve visita de costumbre a Gregor. Pensó que yacía intencionadamente inmóvil para hacerse el ofendido; ella le atribuía toda capacidad de comprensión. Como tenía casualmente la escoba larga en la mano, intentó hacer cosquillas a Gregor desde la puerta. Pero no tuvo éxito, así que se enojó y le empujó un poco. Cuando lo desplazó de su sitio sin resistencia, prestó atención. Entonces comprendió el estado de las cosas, abrió desmesuradamente los ojos, emitió un silbido y no se quedó por más tiempo, sino que abrió bruscamente la puerta del dormitorio y gritó en la oscuridad:

—¡Miren, ha estirado la pata! ¡Allí está, ha estirado la pata!

El matrimonio Samsa estaba sentado en la cama, intentando recuperarse del susto que les había provocado la criada, antes de comprender su anuncio. A continuación salieron rápidamente de la cama, cada uno por su lado; el señor Samsa se echó la manta sobre los hombros, la señora Samsa siguió en camisón; así entraron en la habitación de Gregor. Mientras tanto también se había abierto la puerta del salón, en el que Grete dormía desde la

llegada de los inquilinos. Estaba completamente vestida, como si no hubiera dormido nada, su rostro pálido parecía confirmarlo.

—¿Muerto? —dijo la señora Samsa dirigiendo una mirada interrogativa a la criada, a pesar de que ella misma lo había examinado y, aun sin examen, resultaba evidente.

—Eso es lo que quiero decir-dijo la criada, que, para demostrarlo, empujó con la escoba el cuerpo de Gregor una buena distancia. La señora Samsa hizo un movimiento, como si quisiera detener la escoba, pero se contuvo.

—Bien —dijo el señor Samsa—, ya se lo podemos agradecer a Dios. —Se persignó y las tres mujeres siguieron su ejemplo. Grete, que no desviaba la mirada del cadáver, dijo:

—Mirad lo delgado que estaba. Hacía tiempo que no comía nada. Tal y como entraban los alimentos, así salían.

En efecto, el cuerpo de Gregor estaba consumido y seco, ahora se podía apreciar bien, ya que no se elevaba sobre las patitas y nada desviaba la mirada.

—Ven un rato con nosotros, Grete —dijo la señora Samsa con una sonrisa melancólica, y Grete fue hacia el dormitorio detrás de los padres, no sin dejar de mirar el cadáver. La criada cerró la puerta y abrió por completo la ventana. A pesar de ser tan temprano, el aire fresco de la mañana estaba mezclado con cierta tibieza. Estaban a finales de marzo.

Los tres inquilinos salieron de su habitación y miraron asombrados buscando su desayuno. Se habían olvidado de ponerlo.

—¿Dónde está el desayuno? —preguntó de mal humor el del medio a la criada. Ésta, sin embargo, puso el dedo en la boca e hizo señas agitadas y silenciosas a los señores para que la acompañaran hasta la habitación de Gregor. La siguieron y se detuvieron, con las manos en los bolsillos de sus gastadas chaquetas, alrededor del cadáver de Gregor, en la habitación iluminada por la claridad exterior.

En ese preciso momento se abrió la puerta del dormitorio y apareció el señor Samsa vestido con su librea y llevando del brazo a su hija y a su mujer. Todos presentaban huellas de haber llorado; Grete apretaba de vez en cuando su rostro en el brazo del padre.

—¡Abandonen de inmediato mi casa! —dijo el señor Samsa, y señaló la puerta sin soltar a las mujeres.

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo el señor del medio algo compungido y sonriendo con dulzura. Los otros dos mantenían las manos a la espalda, frotándolas continuamente, como en alegre espera de una gran disputa que sólo podía acabar a su favor.

—Quiero decir lo que he dicho —respondió el señor Samsa, y se dirigió formando una hilera con sus dos acompañantes hacia el inquilino. Éste permaneció al principio en silencio y miraba al suelo, como si estuviera reorganizando las cosas en su cabeza.

—Entonces nos vamos —dijo finalmente, y miró al señor Samsa como si también reclamase, en un ataque de humildad repentino, una autorización para esa decisión. El señor Samsa se limitó a asentir varias veces con los ojos muy abiertos. A continuación, el señor se dirigió, dando grandes zancadas, al recibidor; sus dos amigos habían escuchado

un rato con las manos tranquilas y ahora brincaron detrás, como con miedo de que el señor Samsa pudiese entrar antes que ellos

en el recibidor y perturbar así la conexión con su líder. En el recibidor todos cogieron sus sombreros del perchero, sacaron los bastones del paragüero, hicieron una inclinación muda y abandonaron la vivienda. Como muestra de desconfianza, que resultó infundada, el señor Samsa salió con las dos mujeres hasta la entrada; apoyados en el pasamanos, vieron cómo los tres señores, lenta pero continuamente, bajaban la larga escalera y cómo desaparecían en cada piso, al pasar por un determinado tramo, para volver a aparecer de nuevo unos instantes; conforme iban bajando, disminuía el interés de la familia Samsa por ellos; y cuando un aprendiz de carnicero subió con actitud orgullosa con la carga en la cabeza, el señor Samsa y las mujeres abandonaron la barandilla, regresando todos, como aliviados, al interior de la casa.

Decidieron dedicar el día a descansar y a dar un paseo. No sólo se habían ganado esas vacaciones, sino que las necesitaban sin falta. Así que se sentaron a la mesa y escribieron tres cartas de disculpa, el señor Samsa a su Dirección, la señora Samsa a su cliente y Grete a su superior. Durante ese espacio de tiempo llegó la criada para decir que se iba, pues había terminado su trabajo matutino. Los tres, sumidos en la escritura, asintieron mecánicamente, sin mirar, sólo cuando la criada se mantuvo allí, la miraron irritados:

—¿Y bien? —preguntó el señor Samsa.

La criada permanecía sonriendo en la puerta, como si tuviera que anunciar alguna grata sorpresa a la familia, aunque sólo lo haría si le preguntaban por ello. La pluma de avestruz, casi vertical, de su sombrero, que tanto había enojado al señor Samsa, oscilaba ligeramente en todas las direcciones.

—Bueno, ¿qué nos quiere decir? —preguntó la señora Samsa, por la que la criada sentía un mayor respeto.

—Sí —respondió la criada y no pudo seguir en ese momento hablando por la risa—, sí, bueno, no se preocupen por cómo desembarazarse de esa cosa, ya lo he arreglado.

La señora Samsa y la hermana volvieron a inclinarse sobre sus cartas, como si quisieran seguir escribiendo; el señor Samsa, que se dio cuenta de que la criada quería comenzar a contarle con todo detalle, lo rechazó decididamente con la mano extendida. Como no la dejaron contarle, recordó la mucha prisa que tenía y exclamó ofendida:

—Adiós a todos —y se dio la vuelta bruscamente, abandonando la casa con toda una serie de portazos.

—Esta tarde la despedirnos —dijo el señor Samsa, pero no recibió respuesta alguna ni de su mujer ni de su hija, pues la criada parecía haber turbado de nuevo la armonía apenas restablecida. Se levantaron, fueron a la ventana y allí permanecieron abrazadas. El señor Samsa giró el sillón hacia ellas y las observó un rato en silencio. Luego exclamó:

—Venid aquí, olvidad lo pasado y tened un poco de consideración conmigo.

Las mujeres se apresuraron a volver con él, lo besaron y terminaron las cartas. Después abandonaron conjuntamente la casa, algo que no había ocurrido desde hacía tres meses, y se fueron con el tranvía al bosque cercano a la ciudad. El sol atravesaba con sus cálidos rayos el vagón en el que se sentaron. Hablaron, reclinados cómodamente en los asientos, sobre las perspectivas futuras y comprobaron que, considerándolas detenidamente, no eran tan malas, pues los tres empleos, de los que aún no habían hablado entre ellos, eran bastante favorables y prometedores. La mejora instantánea de la situación actual se

tenía que lograr, naturalmente, cambiando de vivienda; querían una casa más pequeña y más barata, aunque también mejor situada y más práctica que la actual, buscada por Gregor. Mientras conversaban, el señor y la señora Samsa, al ver a su hija cada vez más animada, se fijaron casi al mismo tiempo en cómo, a pesar de las penalidades de los últimos tiempos que habían empalidecido sus mejillas, se había convertido en una muchacha bella y exuberante. Tornándose silenciosos y entendiéndose casi inconscientemente con miradas, pensaron que pronto llegaría el tiempo de encontrar un hombre de bien para ella. Y como una confirmación de sus nuevos sueños y buenas intenciones, cuando llegaron a su destino, la hija fue la primera que se levantó y estiró su joven cuerpo.

24. ANTE LA LEY[24]

Ante la Ley hay un guardián que protege la puerta de entrada. Un hombre procedente del campo se acerca a él y le pide permiso para acceder a la Ley. Pero el guardián dice que en ese momento no le puede permitir la entrada. El hombre reflexiona y pregunta si podrá entrar más tarde.

—Es posible —responde el guardián—, pero no ahora.

Como la puerta de acceso a la Ley permanece abierta, como siempre, y el guardián se sitúa a un lado, el hombre se inclina para mirar a través del umbral y ver así qué hay en el interior. Cuando el guardián advierte su propósito, ríe y dice:

—Si tanto te incita, intenta entrar a pesar de mi prohibición. Ten en cuenta, sin embargo, que soy poderoso, y que además soy el guardián más ínfimo. Ante cada una de las salas permanece un guardián, el uno más poderoso que el otro. La mirada del tercero es ya para mí insoportable.

El hombre procedente del campo no había contado con tantas dificultades. La Ley, piensa, debe ser accesible a todos y en todo momento, pero al considerar ahora con más exactitud al guardián, cubierto con su abrigo de piel, al observar su enorme y prolongada nariz, la barba negra, fina, larga, tártara, decide que es mejor esperar hasta que reciba el permiso para entrar. El guardián le da un taburete y deja que tome asiento en uno de los lados de la puerta. Allí permanece sentado días y años. Hace muchos intentos para que le inviten a entrar y cansa al guardián con sus súplicas. El guardián le somete a menudo a cortos interrogatorios, le pregunta acerca de su hogar y de otras cosas,

pero son preguntas indiferentes, como las que hacen grandes señores, y al final siempre repetía que todavía no podía permitirle la entrada. El hombre, que se había provisto muy bien para el viaje, utiliza todo, por valioso que sea, para sobornar al guardián. Éste lo acepta todo, pero al mismo tiempo dice:

—Sólo lo acepto para que no creas que has omitido algo.

Durante los muchos años que estuvo allí, el hombre observó al guardián de forma casi ininterrumpida. Olvidó a los otros guardianes y éste le terminó pareciendo el único impedimento para tener acceso a la Ley. Los primeros años maldijo la desgraciada casualidad, más tarde, ya envejecido, sólo murmuraba para sí. Se vuelve senil, y como ha sometido durante tanto tiempo al guardián a un largo estudio ya es capaz de reconocer a la pulga en el cuello de su abrigo de piel, por lo que solicita a la pulga que le ayude para cambiar la opinión del guardián. Por último, su vista se torna débil y ya no sabe realmente si oscurece a su alrededor o son sólo los ojos que le engañan. Pero ahora advierte en la oscuridad un brillo que irrumpe indeleble a través de la puerta de la Ley. Ya no vivirá mucho más. Antes de su muerte se concentran en su cabeza todas las experiencias pasadas, que toman forma en una sola

pregunta que hasta ahora no había hecho al guardián. Entonces le guiña un ojo, ya que no puede incorporar su cuerpo entumecido. El guardián tiene que inclinarse hacia él profundamente porque la diferencia de tamaños ha variado en perjuicio del hombre.

—¿Qué quieres saber ahora? —pregunta el guardián—, eres insaciable.

—Todos aspiran a la Ley —dice el hombre—. ¿Cómo es posible que durante tantos años sólo yo haya solicitado la entrada?

El guardián comprueba que el hombre ha llegado a su fin y, para que su débil oído pueda percibirlo, le grita:

—Ningún otro podía haber recibido permiso para entrar por esta puerta, pues esta entrada estaba reservada sólo para ti. Yo me voy ahora y cierro la puerta.

25. EN LA COLONIA PENITENCIARIA[25]

—Es un aparato peculiar —dijo el oficial al huésped y pasó su mirada con cierta admiración sobre el aparato, tan bien conocido por él. El viajero parecía haber seguido sólo por cortesía la invitación del comandante para presenciar la ejecución de un soldado, condenado por desobediencia y agravio a un superior. El interés por esa ejecución en la colonia penitenciaria no era muy grande. En realidad, en aquel valle pequeño, profundo, arenoso, cercado y aislado por pendientes desnudas, además del oficial y del viajero sólo se encontraba el condenado, un hombre con aspecto grosero y de boca grande, con pelo y rostro descuidados, así como un soldado que mantenía la pesada cadena, de la que a su vez salían otras pequeñas para sujetar los pies, las muñecas y el cuello del condenado, y que también estaban unidas entre sí por eslabones. Por lo demás, la actitud que mostraba el condenado era tan resignada y perruna que daba la impresión de que se le podría dejar correr libremente por los alrededores y simplemente silbar antes de la ejecución para que viniera.

El viajero prestaba poca atención al aparato y paseaba con visible indiferencia de un lado a otro por detrás del condenado; mientras, el oficial se ocupaba de los últimos preparativos, ya fuese arrastrándose bajo el aparato, instalado profundamente en la tierra, o subiendo por una escalera, para inspeccionar la parte superior. Eran trabajos que deberían haberse asignado a un

maquinista, pero el oficial los llevaba a cabo con gran celo, bien porque fuese especial partidario de ese aparato, bien porque, a causa de otros motivos, no se pudiera confiar el trabajo a nadie más.

—¡Ya está todo listo! —exclamó finalmente, y bajó de la escalera. Estaba muy fatigado, respiraba con la boca abierta y había introducido dos finos pañuelos de señora detrás del cuello del uniforme.

—Esos uniformes son demasiado pesados para los trópicos —dijo el viajero, en vez de interesarse por el aparato, como había esperado el oficial.

—Cierto —dijo el oficial, y se lavó las manos, manchadas de grasa y aceite, en un cubo de agua allí dispuesto.

—Pero significan la patria, y no queremos perder la patria. Bien, pero ahora contemple este aparato —añadió con rapidez, se secó las manos con un trapo y señaló el aparato—. Hasta el día de hoy aún era necesaria cierta actividad manual para manejarlo, pero ahora el aparato funciona solo.

El viajero asintió y siguió al oficial. Éste intentó asegurarse ante cualquier incidente y dijo:

—Naturalmente, pueden producirse desajustes, pero espero que hoy no se produzca ninguno, aunque siempre hay que contar con ellos. Además, el aparato tiene que estar funcionando doce horas ininterrumpidas. Si, de todos modos, se produce alguna avería, no será de importancia y la arreglaré de inmediato. ¿No quiere sentarse? —preguntó, sacando

una silla de mimbre de una pila de ellas y ofreciéndosela al viajero. Éste no pudo rechazarla, así que permaneció sentado al lado de un hoyo profundo, en el que arrojó una mirada fugaz. A uno de los lados del hoyo se había formado un terraplén con la tierra que se había sacado al excavarlo, en el otro lado estaba el aparato.

—No sé —dijo el oficial— si el comandante ya le ha explicado el aparato.

El viajero hizo un gesto incierto con la mano; el oficial no pudo esperar nada mejor, pues así él mismo podría explicárselo.

—Este aparato —dijo, y asió una manivela, en la que se apoyó— es un invento de nuestro anterior comandante. Yo mismo participé en los primeros ensayos y colaboré en todos los trabajos hasta el final. El mérito del invento, sin embargo, sólo se le puede atribuir a él. ¿Ha oído hablar de nuestro anterior comandante? ¿No? Bien, no creo exagerar si digo que la construcción de toda la colonia penitenciaria es obra suya. Nosotros, sus amigos, ya sabíamos, cuando se produjo su muerte, que la colonia era una obra terminada y que su sucesor, aunque tuviese mil nuevos planes en la cabeza, no cambiaría nada de lo realizado hasta entonces, al menos durante muchos años. Nuestro presagio se ha cumplido; el nuevo comandante lo ha tenido que reconocer. ¡Es una pena que no haya podido conocer al antiguo comandante! Pero —aquí se interrumpió el oficial

— no hago más que charlar, y aquí, ante nosotros, está su aparato. Consta, como puede ver, de tres partes. Para cada una de las partes se han afianzado con el paso del tiempo designaciones populares. La inferior se llama la «cama», la superior, el «dibujante», y ésta, la que está suspendida, la del medio, el «rastrillo».

—¿El «rastrillo»? —preguntó el viajero. No había prestado mucha atención; el sol caía con demasiada fuerza sobre el desprotegido valle, era difícil reunir todos los pensamientos. La actitud del oficial le pareció, por esta razón, más admirable, ya que explicaba su tema con gran entusiasmo, embutido en una estrecha guerrera, con hombreras y cordones, como si fuera a desfilar y, por añadidura, mientras hablaba no dejaba de ajustar un tornillo acá y otro allá. El soldado, sin embargo, parecía compartir el estado del viajero. Tenía las cadenas del condenado enrolladas en ambas muñecas, se apoyaba con una mano en su fusil y dejaba descansar la cabeza sobre la nuca sin preocuparse de nada más. El viajero no se asombró en absoluto, pues el oficial hablaba francés y ni el soldado ni el condenado parecían entender ese idioma. Por eso resultaba tan extraño que el condenado se esforzara en seguir las explicaciones del oficial. Con una suerte de obstinación somnolienta siempre dirigía su mirada hacia el lugar que el oficial señalaba y cuando éste fue interrumpido con una pregunta del viajero, también se quedó mirándolo como el oficial.

—Sí, el «rastrillo» —dijo el oficial—, el nombre le conviene. Las agujas están ordenadas como en un rastrillo, y su movimiento es similar, aunque reducido a una zona concreta y con una mayor exactitud. Lo entenderá ahora mismo mucho mejor. Aquí, en la

«cama», se coloca al condenado. Para empezar quiero describir el aparato, luego lo pondremos en funcionamiento. Entonces podrá seguir el procedimiento mucho mejor. En

el «dibujante» también hay una rueda dentada muy desgastada, chirría cuando está en funcionamiento, apenas nos podremos oír. Las piezas de repuesto son aquí muy difíciles de conseguir. Bien, aquí está la «cama», como dije. Está cubierta del todo por una capa de algodón, ya conocerá la finalidad. El condenado se tiende boca abajo sobre esa superficie algodonosa, naturalmente desnudo; aquí hay correas para sujetar las manos, aquí para los pies y aquí para el cuello, así se le mantiene inmovilizado. Aquí, en la cabecera de la

«cama», donde el hombre yacerá con su rostro boca abajo, como he dicho, hay este pequeño tubo forrado de fieltro, fácilmente regulable, y que se introduce en la boca del condenado. Tiene la finalidad de impedirle que grite y que se muerda la lengua. Por supuesto, el hombre tiene que aceptar el fieltro, pues en otro caso las correas para el cuello terminarían por romperle la nuca.

—¿Eso es algodón? —preguntó el viajero, y se inclinó.

—Sí, por supuesto —dijo el oficial sonriendo—, tóquelo usted mismo. Tomó la mano del viajero y la pasó por la «cama».

—Se trata de un algodón preparado especialmente para que sea irreconocible; más adelante hablaré de su finalidad.

Ya se había ganado un poco al viajero en favor del aparato; éste, con la mano sobre los ojos para protegerse del sol, contempló el aparato elevando la mirada. Era una máquina enorme. La «cama» y el «dibujante» tenían la misma superficie y parecían dos oscuros baúles. El «dibujante» estaba colocado alrededor de dos metros sobre la «cama»; ambas piezas estaban unidas en las esquinas por cuatro barras de latón que, a causa del sol, parecían arrojar rayos. Entre los dos baúles oscilaba el «rastrillo», sujeto por un fleje de acero.

El oficial apenas había notado la anterior indiferencia del viajero, pero ahora se mostró sensible a su incipiente interés, interrumpiendo sus explicaciones para permitirle hacer las consideraciones que creyera oportunas. El condenado imitó al viajero, pero como no podía proteger los ojos con la mano, parpadeó al dirigir la mirada hacia arriba.

—Así que éste es el hombre —dijo el viajero, recostándose en la silla y cruzando las piernas.

—Sí —dijo el oficial, que echó la gorra un poco hacia atrás y se pasó la mano por el rostro sudoroso—. ¡Ahora escuche! Tanto la «cama» como el «dibujante» disponen de batería propia; la «cama» la necesita para su adecuado funcionamiento, el «dibujante» para el «rastrillo». Tan pronto como el hombre queda bien sujeto, la «cama» se pone en movimiento. Vibra con impulsos pequeños y muy rápidos, que se producen simultáneamente en todas las direcciones. Puede que haya visto aparatos semejantes en sanatorios. Sin embargo, en lo que concierne a nuestra «cama», todos los movimientos están calculados con meticulosidad, pues tienen que coincidir perfectamente con los movimientos del «rastrillo», el cual asume, en cierta medida, la propia ejecución de la condena.

—¿Y cuál es la condena? —preguntó el viajero.

—¿Tampoco sabe eso? —dijo el oficial asombrado, y se mordió el labio—. Disculpe si mis explicaciones son algo confusas, le pido mil perdones. Anteriormente era el comandante el que solía hacer este tipo de aclaraciones, pero el nuevo ha declinado este deber honorífico. No obstante, que no ponga en conocimiento de una visita tan importante

—el viajero intentó rechazar el honor con ambas manos, pero el oficial insistió en la expresión—, de una visita tan importante, digo, la forma de nuestra condena, constituye una novedad que... — tenía una maldición en los labios, pero se contuvo, diciendo sólo:

—No fui informado, no es culpa mía. Por lo demás, estoy óptimamente capacitado para explicar nuestros tipos de condena, pues aquí llevo —se golpeó el bolsillo del pecho

— los croquis respectivos realizados por el comandante anterior.

—¿Croquis del mismo comandante? —preguntó el viajero—. ¿Es que lo aunaba todo en su persona? ¿Era soldado, juez, constructor, químico, dibujante?

—Sí, señor —dijo el oficial asintiendo y con mirada estática y pensativa.

Luego observó sus manos con mirada inquisitiva; no le parecían lo suficientemente limpias para tocar los dibujos, así que regresó a donde estaba el cubo y se las volvió a lavar. A continuación, sacó una cartera de piel y dijo:

—Nuestra condena no suena muy severa. Al condenado se le escribirá en el cuerpo con el «rastrillo» el precepto que ha infringido. En este caso, por ejemplo —el oficial señaló al hombre—, se escribirá en su cuerpo: ¡Honra a tus superiores!

El viajero miró fugazmente al hombre, que había mantenido hundida la cabeza cuando el oficial lo había señalado, y parecía agudizar toda la fuerza de su aparato auditivo para entender algo. Los movimientos de sus labios hinchados y apretados, no obstante, mostraban que no podía entender nada. El viajero podría haber preguntado muchas cosas, pero en presencia de aquel hombre sólo se le ocurrió preguntar:

—¿Conoce su sentencia?

—No —dijo el oficial, y quiso continuar en seguida con sus explicaciones, pero el viajero lo interrumpió:

—¿No conoce su propia sentencia?

—No —repitió el oficial, y se detuvo un instante, como si reclamara del viajero el fundamento de su pregunta, diciendo a continuación:

—Sería inútil anunciársela, la conocerá escrita en su cuerpo.

El viajero ya no quería hablar más, pero entonces sintió cómo el condenado dirigía la vista hacia él; parecía preguntar si aprobaba el procedimiento descrito. A causa de esta actitud, el viajero, que se había recostado en la silla, se inclinó hacia adelante y preguntó:

—Pero que ha sido condenado, eso sí lo sabrá.

—Tampoco —dijo el oficial, y sonrió al viajero cómo si ahora esperase de él más revelaciones insólitas.

—No —dijo el viajero, que se pasó la mano por la frente—.
¿Entonces este hombre no sabe cómo fue tomada su defensa?

—No ha tenido ninguna oportunidad de defenderse —dijo el oficial, y miró hacia un lado como si hablase consigo mismo y no quisiera avergonzar al viajero con la explicación de cosas que, para él, resultaban evidentes.

—Pero tiene que tener la oportunidad de defenderse —dijo el viajero, y se levantó de la silla.

El oficial se dio cuenta de que corría el peligro de que se postergase su aclaración del funcionamiento del aparato; por ello, se acercó al viajero, le tomó del brazo, señaló con la mano al condenado, que ahora, consciente de que la atención se dirigía hacia él, se puso firme —el soldado también tiró de la cadena—, y dijo:

—La cuestión es la siguiente. A pesar de mi juventud, me han nombrado juez de la colonia penitenciaria. Ayudé al comandante anterior en todos los asuntos penales y conozco el aparato mejor que nadie. El principio al que someto mis decisiones es: la culpa es siempre inconcusa. Otros tribunales podrán no compartir este principio, pues normalmente son colegiados y tienen otros tribunales superiores a los que están sometidos. Pero ése no es el caso aquí, o, al menos, ése no era el caso con el anterior comandante. El nuevo, ciertamente, ya ha mostrado ganas de entrometerse en mis competencias judiciales, pero hasta ahora he sabido defenderme y también lo sabré hacer en el futuro. Usted quería que le explicase este caso. Es muy simple, como todos. Un capitán ha presentado esta mañana una denuncia en la que

acusa a este hombre, asignado al capitán como sirviente y que duerme ante su puerta, de haberse dormido durante el tiempo de servicio. Su deber consistía en levantarse cada hora y saludar ante la puerta del capitán. Ningún deber difícil, como se puede comprobar, y muy necesario, pues tiene que permanecer fresco para vigilar y para servir. El capitán quiso comprobar la noche anterior si el sirviente cumplía su deber. Abrió la puerta cuando el reloj daba las dos de la madrugada y lo encontró durmiendo en posición fetal. A continuación, cogió la fusta y lo golpeó en la cara. En vez de levantarse y pedirle perdón, el hombre cogió al capitán por las piernas, lo movió de un lado a otro y exclamó: «¡Tira la fusta o te como!».

Ése es el relato de los hechos. El capitán vino hace una hora a verme, escribí los datos que me proporcionó y, a renglón seguido, escribí también la sentencia. A continuación, ordené que encadenaran al hombre. Todo fue muy fácil. Si hubiera llamado primero al hombre y le hubiera preguntado, sólo se habría originado confusión. Para empezar, habría mentido; si me hubiera sido posible demostrar que mentía, habría sustituido las antiguas mentiras por otras nuevas y etc. Pero ahora lo tengo y ya no lo suelto. ¿Está claro? Pero el tiempo pasa, la sentencia se debería ejecutar ya y todavía no he terminado de explicar el funcionamiento del aparato.

Casi obligó al viajero a que se sentara de nuevo, se acercó al aparato y comenzó:

—Como puede ver, el «rastrillo» corresponde a la forma humana; aquí está el «rastrillo» para el torso, aquí para las piernas. Para la cabeza, sin embargo, se dispone de esta pequeña aguja. ¿Está claro? —se inclinaba amablemente hacia el viajero durante las explicaciones más detalladas.

El viajero miraba el «rastrillo» con la frente arrugada. Las explicaciones sobre el procedimiento judicial no le habían satisfecho. Si bien, tenía que reconocer que se trataba de una colonia penitenciaria, que las medidas excepcionales eran necesarias y que se debía proceder hasta el final de acuerdo con las reglas militares. Además, confiaba algo en la actitud del nuevo comandante, que, aparentemente, aunque con lentitud, tenía la intención de introducir un nuevo procedimiento, que no terminaba de entrar en la limitada mente del oficial. Como resultado de esta cadena de pensamientos, surgió la pregunta:

—¿Presenciará el comandante la ejecución?

—No es seguro —dijo el oficial, desagradablemente sorprendido por la súbita pregunta. Su gesto amistoso se descompuso.

—Precisamente por eso tenemos que darnos prisa. Me veré obligado, por desgracia, a acortar mis explicaciones. Pero mañana, cuando hayan limpiado el aparato —el que esté tan sucio ha sido su único error—, podría ampliar la información. Ahora, sin embargo, diré lo más esencial. Cuando el hombre yace en la «cama» y ésta se pone a vibrar, el

«rastrillo» desciende hasta el cuerpo. Se coloca por sí mismo de tal manera que apenas roza el cuerpo con las puntas; una vez concluida la colocación, ese cable de acero se tensa de inmediato como una barra. Entonces comienza el juego. Un ignorante del funcionamiento no notará ninguna diferencia entre las penas. El rastrillo parece funcionar siempre igual. Sin dejar de vibrar, introduce las agujas en el cuerpo, que también vibra a causa de la «cama». Para poder comprobar la ejecución de la sentencia, el «rastrillo» fue construido de cristal. Causó algunas dificultades técnicas fijar en él las agujas, pero después de muchos ensayos se consiguió. No escatimamos ningún esfuerzo. Ahora se puede ver a través del cristal cómo se completa la inscripción en el cuerpo. ¿No quiere acercarse y ver las agujas?

El viajero se levantó lentamente, se acercó y se inclinó sobre el «rastrillo».

—Puede ver —dijo el oficial— dos clases de agujas en varias disposiciones. Cada una de las agujas largas tiene una corta a su lado. La larga es la que propiamente escribe, la corta inyecta agua para lavar la sangre y mantener siempre limpia la inscripción. La sangre aguada se canaliza por estas ranuras y fluye finalmente por estas acanaladuras cuyo tubo de desagüe lleva a la fosa. —El oficial señaló con el dedo el camino exacto que la sangre aguada tenía que recorrer. Cuando, para mostrarlo mejor, llevó ambas manos hasta el final del canal de desagüe, el viajero levantó la cabeza y quiso volver a la silla, tanteando con las manos a la espalda. Entonces comprobó con horror que también el condenado había seguido la invitación del oficial para ver de cerca la disposición del «rastrillo». Había estirado la cadena sujeta por el somnoliento soldado y también se había inclinado sobre el cristal. Se veía cómo buscaba con mirada insegura lo que los dos hombres ya habían observado, pero sin encontrarlo, ya que le faltaban las explicaciones necesarias. Se inclinaba hacia un sitio y otro. Una y otra vez recorrieron sus ojos el cristal. El viajero quiso retirarlo, pues lo que estaba haciendo era

sin duda punible. Pero el oficial detuvo al viajero con una mano y con la otra tomó un terrón de tierra del terraplén y se lo arrojó al soldado. Éste alzó los ojos de repente, vio a lo que se había atrevido el condenado, dejó caer el fusil, afirmó los talones en el suelo y tiró de él con tanta fuerza que lo derribó. Entonces miró cómo se daba la vuelta, haciendo sonar sus cadenas.

—¡Levántalo! —gritó el oficial, pues advertía que la atención del viajero se desviaba demasiado hacia el condenado. El viajero continuó inclinado sobre el «rastrillo», pero sin prestarle atención, sólo quería enterarse de lo que ocurría con el condenado.

—¡Trátalo con cuidado! —gritó de nuevo el oficial. Rodeó el aparato, tomó él mismo al condenado por debajo de los hombros y logró levantarlo con ayuda del soldado, aunque durante la operación los pies del condenado resbalaron más de una vez.

—Bien, ahora ya lo sé todo —dijo el viajero, cuando regresó el oficial.

—Falta lo más importante —dijo éste, tomó al viajero del brazo y le señaló hacia arriba:

—Allí, en el «dibujante», está el engranaje que determina el movimiento del

«rastrillo», y ese engranaje se dispone según la inscripción establecida por la sentencia. Aún empleo los dibujos del antiguo comandante. Aquí están —y sacó unas hojas de la cartera de piel—, por desgracia no se los puedo entregar en mano, son lo más preciado que poseo. Siéntese, se los mostraré desde esta distancia, lo podrá ver todo muy bien.

Mostró la primera hoja. Al viajero le hubiera gustado decir algo elogioso, pero sólo pudo ver líneas laberínticas, que se entrecruzaban hasta cubrir casi por completo el papel; sólo con esfuerzo se podían distinguir los espacios en blanco.

—Lea —dijo el oficial.

—No puedo —dijo el viajero.

—Pero si está claro —dijo el oficial

—Es demasiado complejo —respondió el viajero evasivo—. No lo puedo descifrar.

—Sí —dijo el oficial, se rió y lo guardó en la cartera—, no es ninguna caligrafía para niños. Hay que leer en la hoja durante mucho tiempo. También usted terminaría por reconocer lo escrito. Naturalmente no puede tratarse de ninguna simple caligrafía, no debe matar al instante, sino por término medio en un plazo de doce horas; se calcula que el momento crítico se produce en la sexta hora. Por consiguiente, muchos adornos tendrán que rodear a la inscripción propiamente dicha; la inscripción real sólo rodea al cuerpo como un cinturón delgado, el resto del cuerpo queda reservado a los ornamentos. ¿Quiere hacer ahora el honor al trabajo del «rastrillo» y de todo el aparato? ¡Mire! —saltó hacia la escalera, giró una rueda y gritó hacia abajo:

—Atención, échese a un lado —y la máquina se puso en funcionamiento.

Si la rueda no hubiera rechinado, habría sido magnífico. Como si el oficial hubiese sido sorprendido por esa rueda perturbadora, la amenazó con el puño, extendió los brazos en actitud de disculpa hacia el viajero y bajó rápidamente por la escalera para observar el funcionamiento de la máquina. Había algo que no estaba

conforme y que sólo él advertía; volvió a subir por la escalera, asíó con ambas manos algo en el interior del «dibujante» y luego se deslizó, en vez de bajar la escalera, por el pasamanos; una vez abajo, marcado por la tensión, gritó al oído del viajero para hacerse comprender a causa del ruido:

—¿Comprende el funcionamiento? El rastrillo comienza a escribir; ya ha terminado con la primera inscripción en la espalda del hombre; ahora rueda la capa de algodón para situar lentamente el cuerpo de costado y así ofrecer más espacio al «rastrillo». Mientras tanto, las zonas ya inscritas toman contacto con el algodón que contiene un preparado especial que detiene instantáneamente la hemorragia y prepara la superficie para seguir profundizando en la inscripción. Aquí, las puntas situadas al borde del «rastrillo» retiran el algodón de las heridas cuando se remueve el cuerpo, lo arrojan en la fosa, y el «rastrillo» vuelve a tener trabajo. Así sigue la inscripción, cada vez más profunda, durante doce horas. Las primeras seis horas el condenado vive casi como antes, sólo sufre dolores. Transcurridas dos horas más se quita el fieltro, pues el hombre ya no tiene fuerzas para gritar. Aquí, en esta escudilla calentada eléctricamente situada en la cabecera, se coloca papilla de arroz templada, de la que el hombre, si tiene ganas, podrá tomar lo que la lengua sea capaz de alcanzar. Ninguno desaprovecha la oportunidad. No conozco

a ninguno que haya perdido la ocasión, y mi experiencia es larga. A partir de la sexta hora el condenado pierde las ganas de comer. Habitualmente me arrodillo aquí y observo la aparición de ese síntoma. El hombre raramente traga el último bocado, sólo le da vueltas en la boca y termina escupiéndolo en la fosa. Tengo que agacharme, porque si no me da en la cara. ¡Pero qué tranquilo se vuelve el hombre cuando llega la sexta hora! Hasta el más tonto lo capta. Comienza alrededor de los ojos y desde ahí se extiende. Una visión que podría seducir a alguien para tumbarse bajo el «rastrillo». Ya no pasa nada más. El hombre comienza simplemente a descifrar la inscripción; al hacerlo afila la boca como si oyera. Ya lo ha visto, no es fácil descifrar lo inscrito con los ojos; nuestro hombre, sin embargo, lo descifra con las heridas. Se trata, ciertamente, de un trabajo fatigoso, pues necesita seis horas para concluirlo. Entonces el «rastrillo» lo atraviesa por completo y lo arroja a la fosa, donde cae con la sangre aguada y con el algodón. En ese momento ha concluido el castigo y nosotros, el soldado y yo, lo enterramos.

El viajero había inclinado el oído hacia el oficial y contemplaba el funcionamiento de la máquina con las manos en los bolsillos de los pantalones. También el condenado miraba, pero sin comprender nada.

Estaba ligeramente agachado, siguiendo con la mirada las oscilantes agujas, cuando el soldado, obedeciendo un signo del oficial, cortó con un cuchillo por detrás la camisa y los pantalones, de tal modo que cayeron del cuerpo del condenado. Este quiso recoger la ropa para cubrir su desnudez, pero el soldado la levantó y retiró los últimos jirones del cuerpo. El oficial desconectó la máquina y, en medio del silencio restablecido, colocó al condenado bajo el «rastrillo». Le quitaron las cadenas y le ajustaron las correas; para el condenado ese cambio pareció un alivio. Entonces descendió el «rastrillo» un poco más, pues era un hombre delgado. Cuando le tocaron las puntas de las agujas, un estremecimiento recorrió toda su piel. Mientras el soldado se ocupaba de su mano derecha, estiró la mano izquierda sin saber hacia dónde. Pero era la dirección en que se encontraba el viajero. El oficial miraba ininterrumpidamente al viajero de costado, cómo si intentase escudriñar en su rostro la impresión que le causaba la ejecución, cuyo procedimiento él le había explicado, al menos, superficialmente.

La correa destinada a la muñeca se rompió, tal vez el soldado la había apretado demasiado. El soldado le mostró el trozo de correa desgarrado al oficial, así que éste se desplazó hasta donde estaba, con el rostro vuelto hacia el viajero:

—La máquina está muy ajustada, algo tiene que rasgarse o romperse por un lado o por otro. No debe dejarse influir por esto en su juicio general. Para las correas, por lo demás, se consigue rápidamente alguna pieza de recambio. Utilizaré una cadena, aunque la sensibilidad de la oscilación para el brazo derecho quedará afectada.

Y mientras colocaba la cadena, dijo:

—Los medios para el mantenimiento de la máquina son ahora muy limitados. Cuando estaba el otro comandante, pusieron a mi disposición el dinero en efectivo que fuera necesario para ese cometido. Aquí había un almacén en el que se guardaban todo tipo de piezas de repuesto. Reconozco que llegué casi a dilapidar el dinero, antes, quiero decir, no ahora, como el nuevo comandante afirma, al que todo le sirve de pretexto para luchar contra las instituciones anteriores. Ahora tiene el presupuesto destinado a la máquina bajo su control y si solicito una nueva correa, me reclama la rota como prueba material, y la nueva llega transcurridos como mínimo diez días, siendo, además, de peor calidad, por lo que no dura mucho. Nadie se preocupa, sin

embargo, de cómo podré poner en funcionamiento la máquina mientras llegan las piezas de repuesto.

El viajero consideró: «Siempre resulta arriesgado injerirse en asuntos extranjeros». No era ni ciudadano de la colonia penitenciaria, ni ciudadano del Estado al que ésta pertenecía. Si quisiera condenar esa ejecución o, simplemente, aplazarla, se le podría decir: «eres un extranjero, así que cállate». A esa respuesta no podría objetar nada. Sólo podría añadir que no entiende el caso, pues él viaja con la intención de ver y de ningún modo para cambiar los ordenamientos procesales extranjeros. Sin embargo, el asunto que presenciaba era muy tentador. La injusticia del procedimiento y la inhumanidad de la ejecución eran incuestionables. Nadie podía atribuir al viajero un interés egoísta, pues el condenado era para él un completo extraño, ni un compatriota, ni, por lo demás, un hombre que invitase a la compasión. El viajero disponía de recomendaciones de altos organismos, había sido recibido aquí con gran cortesía, y que hubiera sido invitado a presenciar esa ejecución indicaba que se tenía interés en saber su opinión sobre ese tipo de castigo. Esto parecía muy probable, puesto que el comandante, como había oído hasta la saciedad, no era ningún adepto a ese procedimiento y su actitud frente al oficial era casi hostil.

En ese momento el viajero oyó un grito de furia del oficial. Acababa de insertar, no sin esfuerzo, el tubo de fieltro en la boca del condenado, cuando éste, atacado por unas náuseas insoportables, había cerrado los ojos y estaba a punto de vomitar. A toda prisa intentó retirarle el tubo y doblar la cabeza hacia la fosa, pero demasiado tarde; la inmundicia se deslizaba por la máquina.

—¡Todo es culpa del comandante! —gritó el oficial, y sacudió sin sentido la biela de latón—. Me ensucian la máquina como si fuese un establo. —Señaló con manos temblorosas al viajero lo que había ocurrido—. Durante horas he intentado que el comandante entendiese que no se debía suministrar comida alguna al condenado desde el día antes de la ejecución. Pero la nueva política de suavidad ve las cosas de otra manera. Las damas del comandante embuten al hombre de dulces antes de entregarlo. ¡Toda su vida se ha alimentado de pescados apestosos y ahora tiene que comer dulces! No obstante, podría ser, no objetaría nada si me proporcionaran un nuevo tubo de fieltro como el que no dejo de solicitar desde hace tres meses. ¿Cómo se puede meter alguien ese fieltro en la boca sin sentir asco, si lo han chupado y mordido más de cien hombres durante su agonía?

El condenado había bajado la cabeza y su actitud era pacífica. Por su parte, el soldado estaba ocupado en limpiar la máquina con la camisa del condenado. El oficial se dirigió hacia el viajero, que a causa de alguna presunción, retrocedió un paso, pero el oficial le cogió la mano y se lo llevó a un lado.

—Quisiera hablar con usted en confianza —dijo—. ¿Puedo hacerlo?

—Por supuesto —dijo el viajero, que escuchaba con los ojos caídos.

—Este procedimiento y esta ejecución que usted tiene la oportunidad de admirar ya no posee, en el presente, ningún partidario más. Soy su único defensor, al mismo tiempo el único defensor de la herencia del antiguo comandante. No puedo ni pensar en que se siga con la labor de desmontaje del procedimiento, empleo todas mis fuerzas en mantener todo lo que se pueda. Cuando vivía el antiguo comandante, la colonia estaba llena de adeptos suyos; poseo algo de la fuerza de convicción del antiguo comandante, pero me falta su poder. Por consiguiente, todos sus partidarios se han encogido, aunque hay muchos, lo único que ocurre es que no lo reconocen públicamente. Si usted va

hoy a la casa de té y oye lo que se dice, probablemente sólo pueda escuchar expresiones ambiguas. Ésos son partidarios, pero con el actual comandante y sus convicciones, para mí son inservibles. Y ahora le pregunto: ¿Habría que renunciar a semejante obra de toda una vida —señaló a la máquina— por culpa del comandante y de sus mujeres, por las que se deja influir? ¿Se puede permitir eso? ¿Aun en el caso de permanecer sólo unos días en nuestra isla como extranjero? Pero no hay tiempo que perder, algo se está preparando contra mi jurisdicción. Tienen lugar consejos en la comandancia a los que no se me llama. Hasta su visita de hoy me parece significativa; son cobardes y envían a un extranjero, a usted. ¡Cómo era la ejecución en los viejos tiempos! Ya un día antes todo el valle se hallaba inundado de gente, todos venían para presenciarla; por la mañana temprano aparecía el comandante con

sus damas; fanfarrias despertaban a todo el campamento; yo daba novedades y anunciaba que todo estaba dispuesto; la comunidad —ningún funcionario podía faltar—, se alineaba en torno a la máquina. Ese montón de sillas de mimbre es un pobre residuo de aquellos tiempos. La máquina brillaba, recién limpiada; prácticamente para cada ejecución colocaba piezas nuevas. Ante cien ojos —todos los espectadores permanecían de puntillas hasta las laderas—, el condenado era puesto bajo el «rastrillo» por el propio comandante. Lo que hoy puede hacer un

soldado raso, era antaño mi trabajo, el del presidente del tribunal, y eso me honraba. ¡Y, a continuación, comenzaba la ejecución! Ni la más mínima disonancia perturbaba el trabajo de la máquina. Algunos ni siquiera miraban, sólo se mantenían allí con los ojos cerrados en la arena. Todos lo sabían: en ese mismo instante se hacía justicia. En el silencio sólo se podían oír los suspiros del condenado, amortiguados por el fieltro. Hoy la máquina ya no puede arrancar un fuerte suspiro del condenado, como tampoco puede asfixiar el fieltro; en aquel tiempo las agujas, mientras inscribían, goteaban una sustancia corrosiva que ya no se puede emplear. Bien, ¡y llegaba la sexta hora! Era imposible permitir a todos los que lo solicitaban que se acercaran a verlo. El comandante, con su entendimiento de causa, ordenaba que sobre todo tuvieran en cuenta a los niños. Yo, por supuesto, gracias a mi profesión, podía estar siempre presente. A menudo me agachaba con dos niños pequeños en cada uno de mis brazos. ¡Cómo recibíamos todos la expresión de transfiguración del rostro atormentado! ¡Cómo manteníamos nuestros espíritus en el resplandor de la justicia, finalmente alcanzada y ya desvanecida! ¡Qué tiempos, camarada!

El oficial había olvidado a todas luces ante quién estaba. Había abrazado al viajero y puesto la cabeza sobre su hombro. El viajero quedó atónito y miraba impaciente sobre el hombro del oficial. El

soldado había terminado sus labores de limpieza y había vertido un bote de papilla de arroz en la escudilla. Apenas lo advirtió el condenado, que ya parecía haberse recuperado del todo, cuando comenzó a hacer esfuerzos ímprobos con la lengua para comer algo de la papilla. El soldado lo apartó una y otra vez, pues la papilla se tenía que reservar para más tarde; y, algo inaudito, el soldado metió sus manos sucias en la escudilla y comió delante del ávido condenado.

El oficial se serenó rápidamente:

—No quería tocarle —dijo—. Ya sé, es imposible hacer comprensibles aquellos tiempos. Por lo demás, la máquina aún funciona y habla por sí misma. Habla por sí misma aunque esté sola en este valle. Y el cuerpo sigue cayendo al final, en un suave vuelo indescriptible, en la fosa, aunque no sea como antes, cuando cientos de personas se reunían alrededor como moscas. Antaño tuvimos que colocar una barandilla en torno a la fosa, ya hace tiempo que se quitó.

El viajero quiso esquivar la mirada del oficial, y miró a su alrededor sin un objetivo fijo. El oficial creyó que contemplaba la soledad del

valle; entonces tomó sus manos, se puso delante para poder mirarle a los ojos y preguntó:

—¿Se da cuenta de la vergüenza?

Pero el viajero no contestó. El oficial se apartó de él un momento; miraba al suelo en silencio con las piernas abiertas y las manos en las caderas. A continuación, sonrió al viajero y le dijo con un tono animado:

—Ayer estaba cerca de usted cuando el comandante le invitó. Conozco al comandante. Comprendí de inmediato lo que pretendía con la invitación. Aunque posee el poder suficiente para tomar medidas contra mí, aún no se atreve, aunque quiere exponerme a su juicio, al juicio de un extranjero distinguido. Su cálculo es cuidadoso. Es su segundo día en la isla, no conoce al antiguo comandante ni su pensamiento, está ofuscado por las ideas europeas, tal vez usted es un adversario por principio de la pena de muerte en general y de este tipo de ejecución automática en particular. Además, usted asiste a una ejecución sin participación pública, triste, y con una máquina dañada; tomado todo en su conjunto (así piensa el comandante), ¿no será bastante fácil que usted no apruebe mi procedimiento? Y si usted no lo aprueba, no lo silenciará (sigo hablando como lo haría el comandante), pues

usted confía en sus expertas convicciones. Usted ha visto, además, las peculiaridades de muchos pueblos y ha aprendido a respetarlas, por lo que no se expresará, por consiguiente, con toda su fuerza, contra este procedimiento, como quizá lo haría en su patria. Pero el comandante no necesita tanto. Con una sola palabra fugaz y desprevenida basta. No es necesario que usted manifieste su convencimiento, siempre que suponga una oposición aparente. Que él le interrogará con toda la astucia, de eso estoy seguro. Y sus damas se sentarán en círculo y agudizarán los oídos; dirán algo como: «Entre nosotros el procedimiento judicial es muy distinto», o «entre nosotros se escucha al acusado antes de la sentencia», o «entre nosotros el condenado conoce la sentencia», o «entre nosotros hay penas distintas a la de muerte», o «entre nosotros sólo había tortura en la Edad Media». Todas esas observaciones, tan ciertas como evidentes para usted, esas observaciones inocentes no afectan para nada a mi procedimiento. Pero ¿cómo las tomará el comandante? Ya le veo, al buen comandante, cómo deja a un lado la silla y sale presuroso al balcón; veo a las damas, cómo corren detrás de él; oigo su voz —las damas dicen que tiene voz de trueno—, diciendo: «Un gran investigador de Occidente, con la misión de examinar los procedimientos judiciales en todos los países, acaba de deducir que nuestro procedimiento, según la vieja costumbre, es inhumano. Después de este juicio, formulado por semejante personalidad, no puedo seguir tolerando, naturalmente, este procedimiento. En el

día de hoy, por consiguiente, ordeno, etc». Usted quiere intervenir; usted no ha dicho lo que él anuncia, usted no ha denominado mi procedimiento «inhumano», todo lo contrario, en su más profundo convencimiento lo considera como el más humano y digno; usted admira toda esta maquinaria, pero es demasiado tarde; usted no sale al balcón, repleto de damas; usted quiere llamar la atención; quiere gritar, pero la mano de una dama mantiene su boca cerrada —y yo y la obra del comandante estamos perdidos.

El viajero tuvo que reprimir una sonrisa; tan fácil era, por tanto, la misión que él había tenido por difícil. Dijo evasivo:

—Atribuye demasiado valor a mi influencia; el comandante ha leído mis cartas de recomendación, él sabe que no soy ningún experto en procedimientos judiciales. Si expresara mi opinión, sería la de un hombre privado, y no más importante que la de cualquier otro y, por supuesto, mucho menos importante que la opinión del comandante, que, en esta colonia penitenciaria, según creo saber, dispone de competencias muy amplias. Si su opinión acerca de este procedimiento es tan segura como usted cree, entonces me temo que ha llegado su fin sin que necesite de mi modesta colaboración.

¿Lo comprendió el oficial? No, aún no lo había comprendido. Negó vivamente con la cabeza, miró fugazmente al condenado y al soldado, quienes se sobresaltaron y dejaron la papilla, se aproximó hasta el viajero, no le miró a los ojos, sino a algún punto de la chaqueta y dijo en voz más baja que antes:

—Usted no conoce al comandante. Tanto usted como todos nosotros —y perdóneme la expresión—, estamos, en cierta manera, indefensos ante él; su influencia, créame, no puede ser apreciada en su justo valor. Me alegré cuando oí que presenciaria solo la ejecución. Esa orden del comandante iba dirigida contra mí, pero ahora me sirvo de ella en mi propio beneficio. Sin ser desviado por falsas sugerencias y miradas despreciativas — como no se podrían haber evitado en una ejecución con más público—, ha podido escuchar mis explicaciones, ha visto la máquina y está en disposición de asistir a la ejecución. Ya tendrá, con toda seguridad, un juicio firme; si aún queda alguna pequeña inseguridad, la contemplación de la ejecución la disipará. Y ahora le pido: ¡Ayúdeme frente al comandante!

El viajero no le dejó seguir hablando:

—Pero cómo podría —exclamó—, eso es completamente imposible. Le puedo beneficiar tan poco como le puedo perjudicar.

—Usted puede —dijo el oficial.

Con algún temor, el viajero observó cómo el oficial cerraba los puños.

—Usted puede —repitió el oficial más acuciante—. Tengo un plan que deberá funcionar. Usted cree que su influencia no basta. Pero, aceptando que usted tenga razón,

¿no será necesario intentarlo todo, hasta lo imposible, para mantener este procedimiento? Escuche, pues, mi plan. Para su ejecución es necesario, ante todo, que hoy, en la colonia, se muestre todo lo reticente posible en cuanto a su juicio sobre el procedimiento. Si no le preguntan directamente, no comente nada bajo ninguna circunstancia; sus observaciones tienen que ser cortas y ambiguas; deben notar que le será difícil hablar sobre el asunto, que, en el caso de hablar abiertamente, rompería en imprecaciones. No le pido que mienta, de ningún modo. Sólo tiene que responder con brevedad, algo como: «Sí, he presenciado la ejecución», o «sí, he escuchado todas las explicaciones». Sólo eso,

nada más. Para el enojo que tienen que notar en usted, hay suficientes motivos, aunque no en el sentido del comandante. Él, es natural, lo interpretará equivocadamente y lo entenderá conforme a sus ideas. Aquí radica mi plan. Mañana se celebra en la Comandancia una gran reunión, presidida por el comandante, y en la que participan todos los funcionarios superiores de la Administración. El comandante, por supuesto, ha sabido hacer de este tipo de sesiones una exhibición. Se construyó una galería que siempre está llena de espectadores. Estoy obligado a participar en la reunión, pero la repugnancia me estremece. Bien, le invitarán con toda seguridad a la sesión; si se comporta hoy conforme a mi plan, la invitación se tornará en una solicitud apremiante. Pero si por cualquier motivo incomprensible no fuese invitado, entonces tendrá que solicitar la invitación; es indudable que la recibirá. Siéntese mañana con las damas en el palco del comandante. Él se asegurará con frecuencia mirando hacia arriba de que usted está presente. Después de tratar distintos temas indiferentes, ridículos, sólo pensados para los espectadores —¡la mayoría de las veces se trata de obras portuarias, siempre son obras portuarias!—, llega el turno del proceso judicial. Si esto no ocurre o no ocurre con la debida prontitud, yo cuidaré de que así sea. Me levantaré y comunicaré la ejecución de hoy. Muy brevemente, sólo ese anuncio. Un anuncio semejante, sin embargo, no es usual allí, pero lo haré. El

comandante me lo agradecerá, con una sonrisa amable, como siempre, y bien, no se puede reprimir siempre que encuentra una buena oportunidad. «Se acaba de notificar —o dirá algo similar— la celebración de la ejecución. Sólo quisiera añadir a esta notificación que precisamente esta ejecución fue presenciada por el gran investigador, cuya tan honrosa visita ya conocen. También nuestra reunión de hoy se ve distinguida por su presencia. No quisiéramos perder la oportunidad de preguntar a tan gran investigador cómo juzga la ejecución según la costumbre y el procedimiento que la precede». Por supuesto, ovación general, aprobación unánime, soy el más fuerte. El comandante, entonces, se inclinará ante usted y dirá: «En nombre de todos le hago esta pregunta». Y ahora le toca a usted subir al pretil, coloque las manos en lugar visible para todos, si no tocarán a las damas y jugarán con los dedos. Y, finalmente, toma usted la palabra. No sé cómo voy a poder soportar la tensión de las horas hasta que llegue ese momento. No escatime nada en su discurso, que la verdad resuene bien, inclínese sobre el pretil, brame, sí, brámele su opinión al comandante, su opinión imperturbable. Pero, a lo mejor, usted no quiere, no es propio de su carácter, tal vez en su patria no se puede uno comportar así en situaciones similares, también esa actitud es correcta, también eso será suficiente, de sobra; no se levante, diga sólo unas palabras, susúrrelas, que los funcionarios cercanos a usted las oigan, eso basta. No es necesario que hable de la escasa asistencia a la ejecución, de la rueda chirriante, de la

correa rota, del repugnante fieltro, no, yo asumiré todo lo demás y créame, si mi discurso no lo echa de la sala, hará que se arrodille, que confiese: «Antiguo comandante, me inclino ante ti». Ése es mi plan, ¿quiere ayudarme a ejecutarlo? Pero naturalmente que quiere, más aún, debe hacerlo —y el oficial tomó ambos brazos del viajero y le miró, jadeante, a los ojos. Había gritado las últimas frases de tal modo que había llamado la atención del soldado y del condenado; aunque no podían entender nada, éstos siguieron comiendo y miraron, mientras mascaban, hacia el viajero.

Para el viajero, la respuesta era nítida; había acumulado mucha experiencia a lo largo de su vida para vacilar ahora; en lo fundamental era honrado y no tenía miedo. No obstante, dudó un instante al ver al soldado y al condenado. Pero finalmente dijo lo que tenía que decir:

—No.

El oficial guiñó varias veces los ojos, pero no apartaba la vista de él.

—¿Quiere usted una explicación? —preguntó el viajero. El oficial asintió sin pronunciar una palabra.

—Soy un adversario de este procedimiento —dijo el viajero—, y mucho antes de que usted me hablara con toda confianza —por supuesto que no traicionaré esa confianza bajo ninguna circunstancia—. He pensado si estaría autorizado a intervenir en contra de este proceso y si mi intervención podría tener la más mínima perspectiva de éxito. A quién me tenía que dirigir, para mí era obvio desde el principio: al comandante, naturalmente. Usted me lo ha puesto mucho más claro, sin haber afianzado con anterioridad mi decisión, todo lo contrario; su honrado convencimiento me causa lástima, aunque tampoco puedo dejar que me desconcierte.

El oficial permaneció mudo, se volvió hacia la máquina, asió una de las bielas de latón y miró, algo inclinado, hacia el «dibujante», como si examinara que todo se encontrase en perfecto estado. El soldado y el condenado parecían haber trabado amistad; el condenado hacía signos al soldado, por más que, a causa de la fuerte sujeción, resultara bastante difícil, el soldado se inclinó hacia él, el condenado le susurró algo, y el soldado asintió.

El viajero siguió al oficial y dijo:

—Aún no sabe lo que voy a hacer. Le comunicaré mi opinión al comandante sobre este procedimiento, pero no en una reunión, sino a solas. Tampoco permaneceré aquí el tiempo suficiente como para asistir a una reunión, mañana temprano salgo de viaje o, como mínimo, me embarco.

No parecía que el oficial hubiera escuchado.

—Así que el procedimiento no le ha convencido —dijo para sí, y sonrió como un anciano lo haría ante algún disparate de un niño, manteniendo detrás de la sonrisa su propia visión de las cosas.

—Bien, ya es la hora —dijo finalmente, y miró súbitamente al viajero con ojos claros, que parecían contener un desafío o una invitación a participar.

—¿Para qué es hora? —preguntó el viajero intranquilo, pero no recibió respuesta.

—Eres libre —dijo el oficial al condenado en su idioma. Éste al principio no lo creía.

—Bien, eres libre —repitió el oficial.

Por primera vez el rostro del condenado cobró vida. ¿Era real? ¿No sería un humor pasajero del oficial? ¿Había logrado el viajero que tuviera misericordia con él? ¿Qué había ocurrido? Todas estas preguntas se reflejaban en su rostro. Pero no por mucho tiempo. Cualquiera que fuese el motivo, quería, si realmente podía, ser libre y comenzó a agitarse tanto como el «rastrillo» lo permitía.

—¡Vas a romper las correas! —gritó el oficial—. ¡Tranquilo, ya las abrimos! —y se puso a ello con el soldado, al que hizo un signo. El condenado reía en voz baja para sí, tan

pronto giraba la cabeza hacia la izquierda, hacia el oficial, como hacia la derecha, hacia el soldado, y tampoco olvidaba al viajero.

—Sácalo —ordenó el oficial al soldado. Había que tener cuidado al hacerlo, pues el condenado, a causa de su impaciencia, se había hecho un pequeño corte en la espalda.

A partir de ese momento el oficial apenas se preocupó de él. Se acercó al viajero, sacó de nuevo la cartera de piel, encontró la hoja que buscaba y la mostró al viajero:

—Lea —dijo.

—No puedo —dijo el viajero—, ya le dije que no lo podía leer.

—Mire la hoja con detenimiento —dijo el oficial, y se puso al lado del viajero para leerla. Como eso tampoco ayudó, pasó el dedo meñique a cierta distancia del papel, como si no se pudiera tocar bajo ningún concepto, para, de ese modo, facilitar la lectura al viajero. Éste también se esforzó, pues así complacería, al menos en esto, al oficial, pero le resultó imposible. El oficial comenzó entonces a deletrear, y luego lo leyó de corrido.

—¡Sé justo! Eso es lo que está escrito —dijo—, ahora ya puede leerlo.

El viajero se inclinó tanto sobre el papel que el oficial, por miedo a que lo tocara, lo apartó de él. Pero el viajero no dijo nada, pues estaba claro que aún no había logrado leer nada.

—¡Sé justo! Eso es lo que está escrito —repitió el oficial.

—Puede ser —dijo el viajero—, le creo, creo que es eso lo que dice.

—Pues muy bien —dijo el oficial, algo satisfecho, y subió con la hoja por la escalerilla, la extendió con gran cuidado en el «dibujante» y aparentemente volvió a disponer el engranaje; debía de tratarse de un trabajo ímprobo, probablemente eran ruedas muy pequeñas, a veces desaparecía por completo la cabeza del oficial en el «dibujante», con tal exactitud tenía que ajustar el engranaje.

El viajero observaba el trabajo desde abajo, su cuello quedó rígido y los ojos le dolían a causa de la luminosidad que invadía el cielo. El soldado y el condenado hablaban entre sí. La camisa y el pantalón del condenado, que yacían en la fosa, fueron recogidos por el soldado con la punta de la bayoneta. La camisa estaba horriblemente sucia, y el condenado la lavó en el cubo de agua. Cuando finalmente se puso la camisa y el pantalón, tanto el soldado como el condenado no pudieron evitar soltar una carcajada, pues las prendas estaban completamente desgarradas

por detrás. Quizás el condenado se creyó obligado a entretener al soldado, ya que dio varias vueltas ante él con la ropa rota, mientras el soldado, en cuclillas, no paraba de reír golpeando su rodilla. No obstante, se contuvieron por deferencia a los señores presentes.

Cuando el oficial, arriba, terminó el trabajo, contempló, sonriendo, el resultado; esta vez cerró la tapa del «dibujante», que hasta ese momento había permanecido abierta, saltó hacia abajo, miró en la fosa y luego al condenado, notó, satisfecho, que había recogido sus ropas, a continuación se dirigió hacia el cubo de agua para lavarse las manos, se dio

cuenta demasiado tarde de lo sucia que estaba el agua, se entristeció por no poder lavarse las manos y, finalmente, se las limpió con arena —lo que no le satisfizo, pero tuvo que conformarse—, después se levantó y comenzó a desabotonarse el uniforme. Al hacerlo cayeron en sus manos los dos pañuelos de mujer que se había puesto al cuello.

—Aquí tienes tus pañuelos —dijo, y se los arrojó al condenado.
Como aclaración le dijo al viajero:

—Regalo de las damas.

No obstante la aparente prisa con que se quitaba el uniforme, trataba cada prenda con sumo cuidado, y llegó a frotar con los dedos el cordón de plata de su guerrera y a colocar un fleco en su sitio. Sin embargo, ese cuidado no se ajustaba al comportamiento que lo seguía, pues tan pronto terminaba de doblar la prenda, la arrojaba con un arrebató de enojo a la fosa. Lo último que le quedaba era su sable corto con las cintas. Sacó el sable de la vaina, lo partió, cogió todo junto, las cintas, los trozos del sable, la vaina, y los arrojó con tal fuerza que resonaron en el fondo de la fosa.

Ahora estaba completamente desnudo. El viajero se mordió los labios y no dijo nada. Sabía, sin embargo, lo que iba a ocurrir, pero no tenía ningún derecho para impedirle algo al oficial. Si el procedimiento judicial, al que tan apegado se sentía el oficial, estaba realmente tan próximo a desaparecer —probablemente a causa de la intervención del viajero, a lo que éste, por su parte, se sentía obligado—, en ese caso el oficial actuaba de un modo completamente correcto; el viajero, en su lugar, no habría actuado de otra forma.

Al principio, el soldado y el condenado no entendían nada, ni siquiera miraban. El condenado estaba muy contento de haber recuperado los pañuelos, pero no por mucho tiempo, ya que el soldado se los quitó de un rápido manotazo impredecible. Ahora, el condenado intentaba sacar los pañuelos de detrás del cinturón, que era donde el soldado los guardaba, pero éste estaba atento. Así se peleaban medio en serio medio en broma. Sólo cuando el oficial quedó completamente desnudo, prestaron atención. Especialmente el condenado parecía afectado por el presagio de un cambio sustancial. Lo que le había ocurrido a él, ahora le ocurría al oficial. Era probable que esta vez se llegara hasta el final. Probablemente el viajero extranjero era el que había dado la orden. Se trataba, pues, de venganza. Sin haber sufrido hasta el final, sería vengado hasta el final. Una amplia y muda sonrisa se dibujó en su rostro y no desapareció más.

Pero el oficial ya se había vuelto hacia la máquina. Si antes resultó evidente lo bien que entendía la máquina, ahora causaba asombro cómo la manejaba y cómo ella obedecía. Sólo había acercado la mano al «rastrillo», cuando éste descendió y se elevó varias veces hasta situarse a la distancia correcta para recibirle; tocó sólo el borde de la «cama» y comenzó a vibrar; el tubo de fieltro avanzó hacia su boca, se vio cómo el oficial se resistía a tomarlo, pero esa vacilación sólo duró un instante, inmediatamente se sometió y lo

introdujo. Todo estaba preparado, sólo las correas colgaban en los laterales, pero, por lo visto, no eran necesarias, el oficial no necesitaba que lo sujetasen. Pero entonces el condenado reparó en las correas sueltas, según su opinión la ejecución no sería completa si

no se ajustaban las correas. Hizo señas vehementes al soldado y se acercaron para sujetar al oficial. Éste ya había extendido el pie para darle a la manivela que pondría en funcionamiento al «dibujante»; entonces se dio cuenta de que los dos estaban a su lado, retiró entonces el pie y dejó que lo sujetaran. Pero ahora ya no podía alcanzar la manivela. Ni el soldado ni el condenado podrían encontrarla, y el viajero había decidido no moverse. Tampoco fue necesario, apenas quedaron ajustadas las correas, la máquina se puso en funcionamiento; la «cama» vibraba, las agujas danzaban sobre la piel, el «rastrillo» oscilaba arriba y abajo. El viajero estuvo mirando fijamente durante un rato antes de acordarse de que una de las ruedas del «dibujante» debería rechinar, pero todo estaba en silencio, no se oía el más mínimo zumbido.

A causa del funcionamiento silencioso, la máquina dejó de llamar la atención. El viajero miró hacia el soldado y el condenado. El condenado era el que estaba más animado; todo lo concerniente a la máquina le interesaba, tan pronto se agachaba como se

levantaba, pero siempre mantenía el dedo índice extendido para mostrarle algo al soldado. Para el viajero esa actitud era lamentable. Estaba decidido a quedarse allí hasta el final, pero no habría podido resistir la presencia de esos dos.

—Idos a casa —dijo.

Tal vez el soldado hubiese estado dispuesto, pero el condenado consideró la orden como un castigo. Suplicó encarecidamente con las manos entrelazadas que le permitiera quedarse y cuando el viajero, negando con la cabeza, no quiso transigir, llegó a arrodillarse. El viajero comprobó que en esas circunstancias no lograría nada dando órdenes, él quería quedarse y expulsar a los otros. Pero en ese instante se escuchó un ruido en el «dibujante». Miró hacia arriba. ¿Acaso se atascaba una de las ruedas dentadas? No, era algo distinto. Lentamente se levantó la tapa del «dibujante» y se abrió por completo.

Asomó el diente de una rueda, pronto surgió toda la rueda, era como si una fuerza poderosa comprimiera de tal modo al «dibujante» que ya no dejara espacio para esa rueda, por lo que giró hasta el borde del «dibujante», cayó, rodó un trecho por la arena y quedó estática. Pero ya surgía otra por la parte superior, y

la siguieron otras muchas, grandes, pequeñas, algunas apenas distinguibles, con todas ocurrió lo mismo; cada vez se pensaba que el «dibujante» ya no podía contener más ruedas, pero entonces surgía un nuevo grupo de ellas, especialmente numeroso, y caían, rodaban en la arena y se detenían. Mientras contemplaba ese espectáculo, el condenado se olvidó de la orden del viajero; las ruedas dentadas le entusiasmaban, trataba de coger una y animaba al mismo tiempo al soldado para que le ayudase, pero retiraba la mano, pues ya surgía otra rueda que lo asustaba por la fuerza con que comenzaba a rodar.

El viajero, en cambio, estaba muy intranquilo; la máquina parecía desgazarse, su silencioso funcionamiento no había sido más que una ilusión. Sentía que tenía el deber de hacerse cargo del oficial, pues éste ya no podía cuidar más de sí mismo. Pero mientras el problema con las ruedas dentadas había reclamado toda su atención, había olvidado atender al resto de la máquina; cuando se inclinó sobre el «rastrillo», una vez que la última

rueda había abandonado al «dibujante», tuvo una nueva sorpresa y más enojosa. El

«rastrillo» ya no escribía, sólo clavaba, y la «cama» ya no ladeaba el cuerpo, sino que lo impulsaba, vibrando, hacia las agujas. El viajero quería intervenir; si era posible, parar la máquina por

completo, ya no se trataba de una tortura como el oficial deseaba, eso era morir sin más. Extendió las manos.

Pero en ese momento se levantó el «rastrillo» y empujó el lanceado cuerpo a un lado, algo que debía haber hecho en la hora duodécima. La sangre fluyó a través de cien canales, sin estar mezclada con agua, tampoco los tubitos de agua habían funcionado. Y, finalmente, tampoco funcionó lo último, el cuerpo no se desprendió de las agujas largas, que hacían manar la sangre a chorros, por lo que el cuerpo pendía sobre la fosa sin caer. El «rastrillo» quería ya regresar a su posición inicial, pero como si notase que aún no se había liberado de su carga, permaneció sobre la fosa.

—¡Pero ayudad! —gritó el viajero al soldado y al condenado, y agarró él mismo los pies del oficial. Pretendía sujetar los pies mientras los otros dos, en la otra parte, cogían la cabeza para, así, lentamente, desprenderlo de las agujas. Pero ahora no se decidían a venir; el condenado se dio la vuelta; el viajero tuvo que ir hasta él y empujarle violentamente hasta la cabeza del oficial. Entonces miró contra su voluntad el rostro del cadáver. Estaba igual que como había estado en vida; no se descubría ni el más mínimo signo de la prometida liberación; lo que otros habían encontrado

en la máquina, el oficial no lo había encontrado; los labios estaban apretados; los ojos, abiertos, tenían la expresión de la vida, la mirada era tranquila y mostraba convicción; a través de la frente penetraba la punta del gran aguijón de acero.

* * *

Cuando el viajero, con el soldado y el condenado detrás de él, llegó a las primeras casas de la colonia, el soldado señaló una de ellas y dijo:

—Ahí está la casa de té.

En el piso bajo de una casa había un espacio profundo, como una cueva, con las paredes y el techo ahumados. La parte que daba a la calle estaba abierta en toda su extensión. A pesar de que la casa de té se diferenciaba poco de las otras casas de la colonia, las cuales, incluido el palacio de la Comandancia, se encontraban en un estado muy deteriorado, ejerció en el viajero la impresión de un recuerdo histórico y sintió el poder de los tiempos pasados. Se acercó y pasó, seguido de sus acompañantes, entre las mesas

vacías situadas en la calle, frente a la casa de té, respirando el aire fresco y húmedo que salía de su interior.

—El viejo está enterrado aquí —dijo el soldado—, el sacerdote le negó una plaza en el cementerio. Durante un tiempo hubo dudas de dónde se le podría enterrar, finalmente se le enterró aquí. Seguro que el oficial no le ha contado nada, pues de eso es de lo que más se avergonzaba. Más de una vez intentó, incluso, desenterrar al viejo durante la noche, pero siempre lograron ahuyentarlo.

—¿Dónde está la tumba? —preguntó el viajero, que no podía creer al soldado. Al instante corrieron delante de él tanto el soldado como el condenado y señalaron con la mano el lugar donde debía de encontrarse la tumba. Guiaron al viajero hasta la pared del fondo, donde estaban sentados varios clientes. Se trataba probablemente de trabajadores portuarios, hombres fuertes con barbas cortas y de un negro brillante. Todos estaban sin chaqueta, sus camisas estaban rotas, eran pobre y humillado pueblo. Cuando se aproximó el viajero, algunos de ellos se levantaron, se apretaron contra la pared y lo miraron.

—Es un extranjero —susurraban alrededor del viajero—, quiere ver la tumba. Desplazaron una de las mesas, debajo de la cual, efectivamente, se hallaba una lápida.

Era una simple piedra, lo suficientemente plana como para que la pudieran ocultar debajo

de una mesa. Tenía una inscripción con letras muy pequeñas; el viajero tuvo que arrodillarse para leerla. Decía: «Aquí yace el viejo comandante. Sus adeptos, que ya no pueden portar ningún nombre, cavaron su tumba y colocaron la piedra. Existe la profecía de que el comandante, transcurrido un número determinado de años, resucitará y conducirá a sus adeptos desde esta casa para reconquistar la colonia. ¡Creed y esperad!». Al terminar de leer, el viajero se levantó, miró a los hombres que le rodeaban sonrientes, como si hubieran leído la inscripción con él, la hubieran encontrado ridícula y le animaran a unirse a su opinión. El viajero hizo como si no se hubiera dado cuenta, repartió algunas monedas y esperó hasta que colocaron la mesa sobre la tumba, luego abandonó la casa de té y se dirigió al puerto.

El soldado y el condenado habían encontrado conocidos en la casa de té que los retuvieron. Pero lograron salir pronto, pues el viajero se encontraba a la mitad de la larga escalera que llevaba a los botes, cuando los vio correr detrás de él. Probablemente querían obligar al viajero en el último momento a que los llevara consigo. Mientras el viajero, abajo, negociaba con un marinero para hacer el trayecto hasta el vapor, bajaron las escaleras a toda prisa y en silencio, pues no se atrevían a gritar. Pero cuando

llegaron abajo, el viajero ya estaba en el bote, y el marinero soltaba la amarra de la orilla. Aún podrían haber saltado al bote, pero el viajero levantó una pesada soga con nudos y les amenazó con ella, logrando así que desistieran de saltar.

26. EL MAESTRO RURAL[26]

Aquéllos, yo soy uno de ellos, que ya encuentran repulsivo un pequeño y simple topo, hubieran muerto de repugnancia si hubieran visto al topo gigantesco que se observó hace un año en las cercanías de un pequeño pueblo, el cual llegó a alcanzar por ese motivo cierta notoriedad pasajera. Ahora, sin embargo, hace ya mucho tiempo que ese pueblo pasó al olvido y comparte, así, la vida oscura de aquella aparición, que quedó sin explicar y que nadie, tampoco, se empeñó en aclarar. Como consecuencia, pues, de la negligencia de aquellos círculos obligados a preocuparse del asunto, que se esforzaron, sin embargo, por atender a otras cosas menudas, aquel fenómeno se olvidó sin que se realizara una investigación minuciosa. Que el pueblo quede muy apartado del ferrocarril, no se puede aducir como disculpa; mucha gente vino desde muy lejos por mera curiosidad, algunos vinieron hasta del extranjero, sólo aquellos que deberían haber mostrado algo más que simple curiosidad, no aparecieron. Si personas llanas, cuyo

horario laboral apenas les deja un respiro, no se hubieran hecho cargo desinteresadamente del asunto, el rumor de la aparición apenas habría salido de la comarca. Así pues, el rumor, en otras circunstancias imparable, en este caso se extendió con bastante lentitud, y si no se le hubiera dado un buen impulso, no se habría extendido como lo hizo. Pero ése tampoco constituía ningún motivo para no ocuparse del asunto, todo lo contrario, esa aparición se tendría que haber investigado. En vez de hacerlo, se confió al viejo maestro rural el tratamiento por escrito del caso, quien, ciertamente, es un hombre distinguido en su profesión, pero cuyas capacidades, así como preparación, no le posibilitan suministrar una descripción fundamentada y útil, por no hablar de una explicación. El breve escrito fue impreso y vendido a los visitantes del pueblo, encontrando cierto reconocimiento, pero el maestro era lo suficientemente inteligente para saber que sus esfuerzos aislados, sin apoyo de nadie, en el fondo no tenían valor ninguno. Si él, no obstante, perseveró y decidió consagrar su vida a aquel suceso, empeño que, por su naturaleza, se fue haciendo año tras año más desesperado, eso sólo demuestra, por una parte, lo grande que era la fascinación ejercida por la aparición y, por otra, qué resistencia, fidelidad y convencimiento se pueden encontrar en un viejo e ignorado maestro rural. Que él padeció gravemente por la actitud negativa de las personalidades más influyentes, es algo que queda demostrado por el breve epílogo que añadió a su escrito, si bien lo incorporó años después,

esto es, en un tiempo en el que ya apenas nadie recordaba de qué se trataba. En el mencionado epílogo formula quejas convincentes, quizá no con mucha habilidad pero sí con sinceridad, sobre la falta de comprensión mostrada por aquellas personas en las que esta comprensión, como mínimo, se debía presuponer. De esa gente dice con acierto: «No yo, sino ellos hablan como viejos maestros rurales». Y cita, entre otros, a un erudito con el que habló sobre su investigación. El nombre del erudito, sin embargo, no se menciona, pero se puede adivinar su identidad gracias a distintos pormenores. Después de que el maestro hubo superado grandes dificultades para ser recibido por el erudito, pues tuvo que solicitar la entrevista semanas antes, notó ya en el momento de saludarse que éste tenía un prejuicio insuperable en lo referente a su asunto. La distracción con que escuchó el largo informe del maestro, emitido en base a su escrito, quedó patente en la indicación realizada después de un aparente momento de meditación:

—Cierto, hay distintos topos, grandes y pequeños. En su comarca, la tierra es especialmente negra y pesada. Bien, por eso ofrece a los topos una alimentación rica en grasas y adquieren, así, un gran tamaño.

—Pero no tan grandes —exclamó el maestro y midió, exagerando por la rabia, dos metros en la pared.

—Oh, sí —respondió el erudito, al que todo le parecía bastante cómico—. ¿Por qué

no?

Con esa información regresó el maestro al pueblo. Cuenta cómo su mujer y sus seis

hijos lo recibieron por la noche, en la carretera, en plena nevada, y cómo les tuvo que confesar el fracaso definitivo de sus esperanzas.

Cuando leí acerca del comportamiento del erudito frente al maestro, aún no conocía el escrito de este último. No obstante, me decidí de inmediato a reunir todo lo que pudiera averiguar sobre el caso y a ordenarlo. Ya que no me podía enfrentar al erudito, mi escrito, al menos, debía defender al maestro o, mejor expresado,

no tanto al maestro como a la buena intención de un hombre honrado pero sin influencias. Reconozco que después lamenté mi decisión, pues sentí que la ejecución de mi plan me tenía que llevar a una situación singular. Por una parte, mi influencia no era tan importante como para poner al erudito o a la opinión pública a favor del maestro; por otra parte, el maestro tenía que advertir que a mí su intención principal, la demostración de la aparición del gran topo, me importaba muy poco en comparación con la defensa de su honradez, que a él, naturalmente, le parecía que no necesitaba defensa alguna. Por consiguiente, sucedió que yo, que me quería unir al maestro, no encontré ninguna comprensión en él y, probablemente, en vez de ayudar, hubiera necesitado, a mi vez, de un nuevo ayudante, cuya aparición, por lo demás, era más que improbable. Además, con mi decisión me impuse un arduo trabajo. Si quería convencer, no podía remitirme al maestro, al que le había sido imposible convencer. El conocimiento de su escrito sólo me hubiera desconcertado, así que evité leerlo antes de terminar mi propio trabajo. Ni siquiera me puse en contacto con el maestro. Aunque él, a través de intermediarios, conoció mis investigaciones, no supo si trabajaba en su mismo sentido o contra él. Bueno, probablemente suponía lo último, aunque lo negara más tarde, pues dispongo de pruebas de que puso obstáculos en mi camino. Eso lo podía hacer con gran facilidad, ya que me veía obligado a emprender todas las investigaciones que él ya había realizado, así que siempre se podía anticipar a mis acciones. Ése constituye, por

lo demás, el único reproche que se le puede hacer a mi método de trabajo, un reproche inevitable, por añadidura, que, sin embargo, merced a mi precaución, rayana en la abnegación, pude debilitar en gran parte a la hora de escribir las conclusiones. En lo demás, mi escrito estaba completamente libre de la influencia del maestro, quizás en este punto demostré demasiados escrúpulos; daba la impresión de que nadie había investigado hasta el momento el caso, como si yo

hubiera sido el primero en interrogar a los testigos oculares y auriculares, el primero en ordenar sucesivamente los datos, el primero en sacar conclusiones. Posteriormente, cuando leí el escrito del maestro —tenía un título bastante prolijo: «Un topo tan grande como no se ha visto nunca»—, hallé que, efectivamente, había puntos esenciales en los que no coincidíamos, si bien ambos creíamos haber demostrado el aspecto esencial, es decir la existencia del topo. No obstante, aquellas diferencias de opinión impidieron el origen de una relación amistosa con el maestro, que yo, a pesar de todo, había esperado. Se puede decir que se desarrolló cierta hostilidad por su parte. Siempre permaneció, ciertamente, modesto y humilde frente a mí, pero cuanto más acentuaba esa actitud, con mayor claridad dejaba traslucir su estado de ánimo real. Era de la opinión de que yo le había dañado a él y había perjudicado a la causa, de que mi creencia de que le había utilizado o podido utilizar, era, en el mejor de los casos,

simpleza, aunque probablemente fuese arrogancia o perfidia. Ante todo hacía hincapié con frecuencia en que sus enemigos hasta ese momento no habían mostrado públicamente su hostilidad, como mucho a solas con él o sólo oralmente, mientras que yo había creído necesario imprimir en seguida toda mi exposición. Además, los pocos adversarios que se habían ocupado del asunto, si bien superficialmente, habían escuchado, al menos, la opinión del maestro, es decir la opinión más importante, antes de haberse manifestado; sin embargo, según él, yo había sacado mis propias conclusiones de datos reunidos sin sistema y, en parte, mal interpretados, que aunque fueran correctos en lo principal tendrían que dar una impresión de inverosimilitud, tanto a la masa como a la gente instruida. Y el más leve atisbo de inverosimilitud era lo peor que aquí podía ocurrir. Me hubiera sido fácil contestar a todos esos reproches, formulados de un modo encubierto —por ejemplo, era precisamente su escrito el que representaba el colmo de la inverosimilitud—, sin embargo parecía menos fácil contrarrestar otra de sus sospechas, y éste fue el motivo por el que mi actitud frente a él fue muy comedida. Él creía en secreto que le había querido quitar la gloria de ser el primer defensor del topo. Bueno, no creo que existiera ninguna gloria referida a su persona, sino más bien cierta notoriedad ridícula, limitada a un círculo cada vez más pequeño al que, con toda seguridad, no quería sumarme. Además, en la introducción a mi escrito había declarado expresamente que el maestro debía considerarse el

descubridor del topo para todos los tiempos —en ningún caso había sido el descubridor— y que sólo la simpatía por el destino del maestro me había impulsado a redactar el escrito. «El objetivo de este escrito es —así concluía con exagerado patetismo, pero conforme a la excitación que sentía en aquel momento— ayudar a que la exposición del maestro disfrute de una merecida difusión. Si lo lograra, mi nombre, implicado fugaz y superficialmente en este asunto, deberá ser borrado inmediatamente del mismo». Rechazaba, por tanto, todo protagonismo en la cuestión. Era como si hubiera previsto el increíble reproche del maestro. No obstante, precisamente ahí encontró el asidero contra mí, y no voy a negar que no existía ni el más ligero atisbo de justificación en lo que decía, o mejor, en lo que indicaba, pues me llamó la atención varias veces que mostraba frente a mí más sagacidad que en su escrito. En concreto afirmaba que mi introducción era ambigua. Si realmente lo que me importaba era difundir su escrito, ¿por qué no me ocupaba exclusivamente del

autor y de su pequeña obra? ¿Por qué no mostraba sus méritos, su irrefutabilidad? ¿Por qué no me limitaba a destacar la importancia de su descubrimiento y a comentarlo? ¿Por qué me inmiscuía en su descubrimiento ignorando por completo su escrito? ¿Acaso quedaba algo por hacer en este campo? Si yo, sin embargo, creía realmente que podía repetir el descubrimiento, ¿por qué me apartaba con tanta solemnidad de éste en la introducción? Eso

podría haber sido falsa modestia, pero era algo enojoso. Había desvalorizado el descubrimiento, había llamado la atención sobre él con la exclusiva intención de desvalorizarlo, lo había investigado y dejado a un lado, quizá se había hecho un poco el silencio en torno al asunto, yo había vuelto a hacer ruido, pero al mismo tiempo había hecho la situación del maestro más difícil de lo que nunca había sido. ¿Qué significaba, pues, para el maestro la defensa de su honradez? A él sólo le importaba el asunto, sólo el asunto. Sin embargo, yo lo había traicionado porque no había entendido el asunto, porque no lo valoraba correctamente, porque no tenía el más mínimo sentido para él, se elevaba por los cielos, mucho más allá de los límites de mi razón. Estaba sentado ante mí y me miraba tranquilo con su rostro arrugado y, sin embargo, ésa era su opinión. Pero no era cierto que sólo le importase el asunto, él era muy ambicioso y quería también ganar dinero, lo que, considerando su numerosa familia, era muy comprensible, no obstante le parecía mi interés en el asunto comparativamente tan pobre, que creía poder caracterizarlo como altruista sin decir algo muy apartado de la verdad. Y ni siquiera servía para mi satisfacción personal cuando me decía a mí mismo que los reproches de ese hombre sólo procedían, en el fondo, de que en cierta manera sujetaba a su topo con ambas manos y a cualquiera que se quería acercar con los dedos lo llamaba traidor. Tampoco era así, su comportamiento no se podía explicar como avaricia o, al menos, sólo como avaricia, más bien cobraba

sentido como la inquina que habían despertado en él sus grandes esfuerzos y su completo fracaso. Pero tampoco la inquina lo explicaba todo. Quizás era realmente muy pobre mi interés en el asunto; el maestro estaba acostumbrado al desinterés de los extraños, padecía por ello en general, pero no en particular, sin embargo había encontrado finalmente a alguien que aceptó el asunto de manera extraordinaria y, precisamente esa persona, no comprendió el asunto. Impulsado en esa dirección no quise negarlo. No soy un zoólogo, quizá me hubiera apasionado con el caso si yo mismo lo hubiera descubierto, pero no lo había hecho. Un topo tan enorme es, ciertamente, una rareza, pero tampoco se puede reclamar de forma duradera la atención del mundo sobre ello, especialmente cuando la existencia del topo no ha sido demostrada de un modo irrefutable y tampoco se le puede presentar ante todos. Y debo reconocer que, aunque yo mismo lo hubiera descubierto, probablemente no habría defendido tanto la causa del topo como lo hice de buena gana y voluntariamente con el maestro.

Con toda probabilidad la disensión entre el maestro y yo se hubiera desvanecido si mi escrito hubiera tenido éxito. Pero precisamente ese éxito no se produjo. Tal vez no era bueno, no era lo suficientemente convincente, yo soy comerciante, la redacción de un escrito semejante supera, quizá, mis límites con mucha más

claridad que los del maestro, aunque, ciertamente, yo rebasaba al maestro en mucho respecto a los conocimientos necesarios para el caso. El fracaso también podía interpretarse de otro modo: la aparición

del escrito se produjo en un momento desfavorable. El descubrimiento del topo, que no se había podido imponer, no quedaba tan lejano en el tiempo para que se hubiera olvidado del todo y mi escrito causara una sorpresa; por otra parte, había transcurrido el tiempo suficiente para haberse agotado el pobre interés suscitado en el momento inicial. Los pocos que pensaron algo acerca de mi escrito se dijeron con una suerte de desconsuelo, sentimiento dominante desde hacía años en esta discusión, que ahora comenzarían los esfuerzos inútiles sobre ese aburrido asunto, y algunos llegaron a confundir mi escrito con el del maestro. En una revista agrícola importante se podía leer el siguiente comentario, felizmente al final y con letra pequeña: «El escrito sobre el topo gigante nos ha sido remitido de nuevo. Recordamos cuando, hace años, reímos de buena gana al recibirlo. Desde aquellos tiempos no se ha tornado más inteligente, ni nosotros más tontos. No podemos simplemente reírnos por segunda vez. Al contrario, hemos preguntado a nuestras asociaciones de maestros si un maestro rural no puede encontrar un trabajo más útil que el de perseguir topos gigantes». ¡Una confusión imperdonable! No habían leído ni el primero ni el

segundo de los escritos, y dos términos infelices, cogidos al vuelo con las prisas,

«topo gigante» y «maestro rural», bastaron a aquellos señores para presentarse en escena como los representantes de reconocidos intereses. Se podía haber emprendido algo con éxito contra esa actitud, pero la falta de entendimiento con el maestro me retuvo. Intenté, sin embargo, ocultarle la revista todo el tiempo que fue posible, pero la descubrió muy pronto. Lo reconocí por un comentario en una de sus cartas, en la que me anunciaba su visita en Navidad. Escribía: «El mundo es malo y encima se lo facilitamos», con lo que quería decir que yo pertenezco al mundo malo, pero que no quedo satisfecho con esa maldad intrínseca, sino que encima se lo pongo fácil al mundo, es decir que mi actividad se dirige a sacar la maldad general y a ayudarla a vencer. Bien, entonces tomé las decisiones pertinentes, podía esperar tranquilamente y mirar también con toda tranquilidad cómo llegaba, cómo saludaba, por cierto con menos cortesía que otras veces, cómo se sentaba frente a mí en silencio y sacaba la revista cuidadosamente del bolsillo de su peculiar chaqueta enguatada y la abría ante mí.

—La conozco —dije yo, y rechacé la revista sin haberla leído.

—La conoce —dijo suspirando. Tenía la vieja costumbre de los maestros de repetir las respuestas extrañas—. No aceptaré esto, naturalmente, sin defenderme —siguió, y tamborileó con los dedos en la revista mientras me miraba fijamente, como si yo fuera de una opinión contraria. Tenía una idea de lo que yo quería decir; creí notar, menos por sus palabras que por determinados gestos, que poseía a menudo cierto instinto correcto para mis intenciones, pero no se dejaba guiar por él y se desviaba. Lo que le dije entonces, lo puedo repetir literalmente, ya que lo anoté poco después de nuestra entrevista: «Haga lo que quiera —dije—, nuestros caminos se separan a partir de hoy. Creo que esto no constituirá ninguna sorpresa para usted y que tampoco será inoportuno. La noticia aparecida en la revista no es el origen de mi decisión, sólo la ha afianzado y hecho definitiva. El motivo real es que en un principio creí que podría serle útil con mi intervención, pero ahora me doy cuenta de que le he perjudicado en todos los aspectos. Cómo ha sido esto posible, no lo sé, las causas del éxito y del fracaso son siempre

múltiples, no escoja sólo aquellas interpretaciones que hablan contra mí. Piense en usted, también usted tenía las mejores intenciones y fracasó, si consideramos los resultados finales. No hablo en broma, en realidad me echo a mí la culpa cuando digo que incluso el contacto conmigo cuenta, por desgracia, entre sus fracasos. Si ahora me aparto del asunto, no es ni por cobardía ni

por traición. No lo hago sin realizar un gran esfuerzo; el respeto que le tengo a su persona se puede deducir de mi escrito, en cierta manera usted se ha convertido en mi maestro y el topo casi llegó a serme simpático. No obstante, me retiro, usted es el descubridor y, cualquiera que sea la manera en que me ocupe del asunto, siempre constituiría un impedimento para que la posible gloria recayese en usted, al menos mientras yo atraiga el fracaso y se lo traspase a usted. Ésa es también su opinión. Ya he dicho bastante. La única penitencia que puedo asumir es pedirle perdón y, si usted lo requiere, repetiré esta confesión públicamente, por ejemplo en esa revista». Éstas fueron mis palabras, no fueron del todo sinceras, pero lo sincero de ellas era fácil de deducir. Él lo tomó aproximadamente como yo había esperado. La mayoría de los ancianos tiene frente a los jóvenes algo fraudulento, algo mentiroso en su ser, se puede seguir viviendo tranquilamente con ellos, se cree que la relación es segura, se conocen las opiniones dominantes, se reciben una y otra vez confirmaciones de la paz, se tiene todo como evidente, pero, repentinamente, cuando ocurre algo decisivo que puede afectar a la tranquilidad alcanzada, entonces esas personas mayores se alzan como extraños, poseen opiniones profundas y fuertes, despliegan su bandera por vez primera y en ella se puede leer con horror su nuevo lema. Este horror tiene su origen en lo que ahora dicen, realmente mucho más justificado y lleno de sentido, como si se produjera una intensificación de lo evidente que se torna en algo aún más

evidente. Lo insuperablemente falaz que hay en ello es, sin embargo, que lo dicho ahora, en el fondo, siempre lo han dicho y que, no obstante, en general, no se podía predecir. Tenía que haber penetrado mucho en aquel maestro de pueblo para que no me sorprendiera del todo.

—Hijo —respondió, y colocó su mano sobre la mía, acariciándola amigablemente—,

¿cómo llegaste a involucrarte en este asunto? Cuando lo oí por primera vez, hablé con mi mujer —se apartó de la mesa, extendió los brazos y miró al suelo, como si allí estuviera, diminuta, su mujer y hablara con ella—. Tantos años, le dije, que luchamos solos, y ahora parece que un gran mecenas sale en nuestra defensa, un comerciante de la ciudad, de nombre tal y tal. Eso debería causarnos mucha alegría, ¿verdad? Un comerciante de la ciudad no significa poco; si un labriego nos cree y lo dice, no nos puede ayudar mucho, pues todo lo que hace un labriego es indecente, ya diga «el viejo maestro rural tiene razón» o si se limita a escupir de un modo inadecuado, ambas acciones tendrán el mismo efecto. Y si en vez de un labriego se alzan diez mil, el efecto será, si ello es posible, mucho peor. Un comerciante de la ciudad es, por el contrario, algo muy distinto, un hombre así tiene contactos, incluso lo que dice incidentalmente corre entre círculos más amplios, nuevos mecenas admiten el tema, por ejemplo uno de ellos dice:

«También se puede aprender de maestros rurales», y al día siguiente lo comenta en voz baja una gran cantidad de gente, que, por su aspecto, nadie lo podría imaginar. Entonces se comienzan a encontrar medios económicos para el asunto, uno reúne, mientras otros le ponen el dinero

en la mano; alguien opina que se debería traer al maestro rural, así que vienen, no se preocupan de su aspecto, lo ponen en el medio y, como la mujer y los hijos no se separan de él, se los llevan también. ¿Has observado alguna vez a la gente de la ciudad? Cantan continuamente. Si se junta una fila de ellos, se empieza a cantar desde la derecha hacia la izquierda y luego al revés, y arriba y abajo. Y así, cantando, nos meterían en el coche, sin ni siquiera dejamos tiempo para saludar con la cabeza. El señor en el pescante se ajusta los quevedos, agita el látigo y partimos. Todos se despiden del pueblo, como si todavía estuviéramos allí y no estuviéramos sentados entre ellos. De la ciudad vienen algunos coches con personas impacientes a nuestro encuentro. Cuando nos acercamos se levantan de sus asientos y se estiran para vernos. El que ha reunido el dinero pone orden y pide tranquilidad. Al entrar en la ciudad nos sigue una gran fila de coches. Habíamos creído que ya se había producido la bienvenida, pero en realidad comenzaba frente a la casa de huéspedes. En la ciudad se puede reunir mucha gente con una sola llamada. Y lo que le importa a uno, le importa también al otro. Se desembarazan de las distintas

opiniones y se ponen de acuerdo. No toda esa gente puede seguir con el coche, esperan frente a la casa de huéspedes. Otros podrían montar en el coche, pero no lo hacen por altivez. También éstos esperan. Es incomprensible cómo el que ha reunido el dinero, mantiene una visión de conjunto sobre todo.

Le había escuchado con tranquilidad, más aún, durante su discurso me había ido tranquilizando cada vez más. Sobre la mesa había acumulado todos los ejemplares que poseía de mi escrito. Faltaban muy pocos, pues en los últimos tiempos había mandado una circular solicitando que me devolvieran los ejemplares enviados, recibiendo la mayoría de ellos. Desde muchas partes, sin embargo, me escribieron que no se acordaban de haber recibido ese escrito y que, en el caso de que hubiera llegado, debía de haberse perdido. También así estaba bien, en realidad no deseaba otra cosa. Sólo uno me pidió conservar el escrito como curiosidad y se obligaba, siguiendo el deseo expuesto en la circular, a no mostrarlo a nadie en los próximos veinte años. El maestro rural no había visto esa circular, así que me alegré de que sus palabras me facilitasen el mostrársela. Lo pude hacer, además, sin preocuparme, ya que había sido muy cuidadoso en su redacción y no había descuidado en ningún momento el interés del maestro rural y de su asunto. Transcribo las frases principales: «No reclamo el reenvío del escrito porque me haya distanciado de las opiniones

allí defendidas o porque haya considerado algunas partes como erróneas o indemostrables. Mi solicitud se fundamenta en motivos personales apremiantes, de los que no se puede deducir ninguna conclusión referida al tema que me ha ocupado; les pido que tengan esto en consideración y que, si está en su mano, lo divulguen».

Mantuve un momento la circular oculta entre mis manos y dije:

—¿Quiere hacerme reproches porque no ha salido como usted quería? ¿Por qué quiere hacer eso? No nos amarguemos en nuestra despedida definitiva. E intente comprender de una vez que usted hizo un descubrimiento, pero que este descubrimiento no ha superado a todos los demás y que, como consecuencia de esto, la injusticia que se le hace tampoco supera a todas las demás injusticias. No conozco los estatutos de las sociedades científicas, pero no creo que le hubieran preparado una recepción que, en el mejor de los casos, ni siquiera se aproximase a aquella que ha descrito a su mujer. Si yo esperaba algo de mi escrito era, así lo creo, que quizá podría llamar la atención de un profesor universitario, que éste podría encargar a uno de sus estudiantes la investigación del asunto, que este estudiante le visitaría y examinaría «in situ» nuestras pesquisas y, finalmente, que si el

resultado le parecía digno de darse a conocer —aquí hay que afirmar que todos los jóvenes estudiantes están llenos de dudas—, publicaría un escrito propio, fundamentando científicamente lo que usted había descrito. No obstante, aunque se hubiese cumplido esa esperanza, tampoco se hubiera alcanzado mucho. La exposición de un estudiante, que había defendido un caso tan extraño, podría ser ridiculizada. Usted puede comprobar con el ejemplo de la revista agrícola lo fácil que eso puede resultar, y revistas científicas tienen, en este sentido, menos contemplaciones. También es comprensible; los profesores tienen mucha responsabilidad, ante sí mismos, ante la ciencia, ante la posteridad, no pueden lanzarse de cabeza a todo nuevo descubrimiento. Nosotros, sin embargo, estamos, comparativamente, en ventaja. Pero dejemos esto y aceptemos que el escrito del estudiante se haya impuesto. ¿Qué ocurriría entonces? Su nombre sería mencionado algunas veces con honor, tal vez habría prestado algún buen servicio a su gremio, se habría dicho:

«Nuestros maestros rurales tienen los ojos abiertos», y esta revista, si las revistas tuvieran memoria y conciencia, hubiera tenido que retractarse públicamente y anunciar que se había encontrado a un profesor que obtendría una beca para usted; es incluso posible que intentaran llevarle a la ciudad, conseguirle una plaza en una escuela primaria y darle la oportunidad de seguir instruyéndose

con los medios científicos ofertados por la misma ciudad. Pero si quiere que sea sincero, debo decir que sólo lo hubieran intentado. Se le habría llamado, usted habría venido y, además, como un vulgar pedigüeño, como los hay a cientos, sin recibimiento festivo, habrían hablado con usted, habrían reconocido la honradez de su empresa, pero, al mismo tiempo, habrían visto que usted es un hombre mayor, que a esas edades el inicio de un estudio científico es pura ficción, que usted había llegado a su descubrimiento más por casualidad que por un procedimiento sistemático y que, más allá de este caso, no pretendería seguir trabajando. Por todos estos motivos le hubieran dejado en el pueblo. Su descubrimiento se hubiera seguido estudiando, pues no es tan ínfimo que una vez alcanzado el reconocimiento pudiera olvidarse. Pero usted no hubiera sabido mucho más de él y lo que hubiera sabido, apenas lo habría entendido. Todo descubrimiento se investiga del mismo modo en el conjunto de la ciencia y por eso mismo, en cierta medida, deja de ser un descubrimiento, desembocando en la totalidad y desvaneciéndose en ésta; después hay que tener un experimentado ojo científico para reconocerlo. De inmediato quedará ligado a axiomas de cuya existencia jamás habíamos oído hablar y, en la disputa científica, se elevará hasta las nubes llevado por esos axiomas.

¿Cómo lo entenderemos? Si escuchamos una discusión semejante, creemos, en principio, que trata del descubrimiento, pero en realidad se está ocupando de cosas muy diferentes.

—Pues, bien —dijo el maestro rural, cogió la pipa y empezó a rellenarla con el tabaco que llevaba suelto por todos los bolsillos—. Se había apropiado voluntariamente del ingrato asunto y ahora renuncia voluntariamente. Todo es correcto.

—No soy testarudo —le dije—. ¿Quiere usted oponer alguna objeción a mi propuesta?

—No, ninguna —dijo el maestro rural, cuya pipa ya humeaba.

Yo no resistía el olor de su tabaco, así que me levanté y recorrí la habitación. Ya estaba acostumbrado, por conversaciones anteriores, a que el maestro rural se mantuviera muy silencioso, pero una vez que estaba allí no había manera de sacarle de la habitación. Ya me había causado sorpresa la primera vez, pues parecía querer algo de mí, así que pensé en ofrecerle dinero, que él aceptó a partir de ese momento con regularidad. Pero irse, sólo lo hacía cuando quería. Normalmente, después de haberse fumado la pipa, se removía en el sillón, que, con cortesía y respeto,

acercaba a la mesa, cogía su bastón nudoso de la esquina, me estrechaba la mano con vehemencia y se iba. Hoy, sin embargo, su silenciosa presencia me resulta onerosa. Cuando alguien ofrece una despedida definitiva, como yo había hecho, que, además, es recibida con aquiescencia por la otra parte, entonces se intentan ventilar los asuntos que quedan pendientes con la mayor rapidez posible y no se impone al otro la carga de su presencia muda e inútil. Si se miraba al pequeño y obstinado anciano por la espalda, cómo estaba sentado a mi mesa, se podría creer que sería absolutamente imposible sacarlo de la habitación.

27. UN ESTUDIANTE CON AMBICIONES[27]...

Un joven y ambicioso estudiante, que se había interesado mucho por el caso de los caballos de Elberfeld, que había leído y meditado todo lo publicado acerca del asunto, decidió emprender investigaciones por su propia cuenta. Quería enfocar el tema desde el principio, con un método distinto, en su opinión más correcto que el de sus predecesores. Sus recursos eran, ciertamente, insuficientes para permitirle realizar experimentos a gran escala, y cuando el primer caballo que compró para sus experimentos resultó terco, lo que se pudo constatar después de semanas de trabajo agotador, ya no tuvo perspectivas de iniciar

nuevos experimentos por un largo periodo de tiempo. Sin embargo, no se preocupó demasiado, pues, aplicando su método, estaba seguro de vencer cualquier grado de terquedad. Además, conforme a su naturaleza precavida, sometió el cálculo del trabajo que invertiría y los medios económicos necesarios a un plan riguroso. La suma que necesitaba durante sus estudios para su simple subsistencia se la habían enviado regularmente los padres, pobres comerciantes de la provincia, todos los meses; a esta ayuda no pensaba renunciar, aunque tenía que abandonar los estudios —seguidos por los padres desde la lejanía con grandes esperanzas— si quería realmente alcanzar los grandes éxitos que esperaba en la nueva actividad emprendida. Era evidente que sus padres no mostrarían comprensión por este trabajo, y no se podía ni pensar en que lo alentaran. Por consiguiente, y aunque le resultara desagradable, tenía que silenciar sus intenciones y mantenerles en la creencia de que avanzaba en los estudios que había cursado hasta ese momento. Ese engaño a los padres era uno de los sacrificios que quería hacer en favor de la causa. Para cubrir los elevados costes que serían necesarios para su trabajo, la suma de los padres no bastaba. El estudiante decidió, por tanto, que dedicaría la mayor parte del día, que hasta ahora había consagrado al estudio, a impartir clases particulares. La mayor parte de la noche, sin embargo, la emplearía en su actividad. Pero el estudiante no sólo escogió la noche obligado por sus desfavorables circunstancias,

sino porque los nuevos fundamentos que quería introducir en el amaestramiento de los caballos requerían la noche por distintos motivos. La distracción más leve del caballo significaba, en su opinión, un daño irreparable en su educación, así que la noche era más segura. La irritación que invade al hombre y al animal cuando trasnochan y trabajan era una parte esencial de su plan. No temía, como otros expertos, la naturaleza salvaje del caballo, en realidad quería fomentarla, sí, aún más, quería inducirla, si bien es cierto que no con el látigo, sino a través del estimulante de su incesante presencia y de la incesante educación. Afirmaba que en el amaestramiento de los caballos no puede haber progresos aislados, progresos de los que algunos amantes de los caballos se gloriaban excesivamente en los últimos tiempos y que no eran más que producto de la imaginación del educador o, lo que era peor, el signo evidente de que jamás se llegaría a un progreso general. Él mismo no quería protegerse de otra cosa que de alcanzar progresos aislados. La satisfacción de sus predecesores, que, con el logro de algunos pequeños éxitos aritméticos, creían haber alcanzado algo, le resultaba incomprensible; era como si en la educación infantil se pretendiera que el niño, aunque fuera ciego, sordo e insensible frente al mundo humano, aprendiera sólo el uno más uno.

Era todo tan disparatado y los errores de los otros educadores de caballos le parecían tan espantosamente llamativos que él,

incluso, alimentó la misma sospecha contra sí mismo, pues era casi imposible que un individuo aislado, además un individuo inexperto, al que sólo impulsaba un convencimiento no comprobado, aunque profundo y fogoso, tuviera razón frente a todos los expertos.

28. BLUMFELD, UN SOLTERO DE CIERTA EDAD[28]

Blumfeld, un soltero de cierta edad, subía una noche a su vivienda, lo que era un trabajo fatigoso, ya que vivía en el sexto piso. Mientras subía, pensaba, como había hecho con frecuencia en los últimos tiempos, que esa vida completamente solitaria era bastante penosa; ahora, por ejemplo, tenía que subir esos seis pisos, casi se podría decir que en completo secreto, y arriba, ya en su habitación, se pondría el pijama, como podríamos decir de nuevo, en secreto, y así encendería la pipa, leería un poco la revista francesa a la que se había abonado hacía años, bebería de un licor de cerezas preparado por él mismo y, finalmente, después de una media hora se iría a la cama sin tener que arreglar antes el edredón, arrojado siempre a la buena de Dios por la sirvienta, mujer inaccesible a todo tipo de enseñanza. Blumfeld habría dado la bienvenida de todo corazón a cualquier acompañante, a cualquier espectador de esas actividades. Había pensado si no

debería adquirir un perro. Es un animal alegre y, ante todo, agradecido y fiel; un colega de Blumfeld tenía un perro así, no seguía a nadie sino a su dueño, cuando no ha visto al dueño un instante, al regresar lo recibe con sonoros ladridos, con lo que, se supone, quiere mostrar su alegría por haber vuelto a encontrar a su amo, ese excepcional bienhechor. Aunque un perro, es cierto, también tiene sus desventajas. Por muy limpio que esté, ensucia la habitación. Eso no se puede evitar, no se le puede bañar en agua caliente cada vez que se le va a dejar entrar en la habitación, tampoco lo resistiría su salud. Pero Blumfeld no soportaba la suciedad en su habitación, la limpieza en su habitación era algo indispensable para él, varias veces a la semana tenía disputas sobre este punto con la criada, por desgracia no muy escrupulosa al respecto. Como era dura de oído, él la llevaba habitualmente del brazo a aquellos lugares de la habitación donde tenía algo que oponer en el tema de la limpieza. Gracias a esta severidad había logrado que el orden en la habitación correspondiera de un modo aproximado a sus deseos. Con la adquisición de un perro, sin embargo, introduciría voluntariamente la suciedad, de la que se había defendido hasta ese momento con gran cuidado. Las pulgas, acompañantes permanentes del perro, harían acto de presencia. Con las pulgas ya en casa, no tardaría mucho en tener que ceder al perro su acogedora habitación y se vería obligado a buscar otra para él. La suciedad, no obstante, sólo era una desventaja del perro. Los perros también se ponen enfermos, y las

enfermedades de perros realmente no las entiende nadie. El animal yace en una esquina o cojea alrededor, gime, tose ligeramente, se atraganta por algún dolor; entonces se le cubre con una manta, se le silba algo, se le pone un poco de leche, en definitiva se le cuida con la esperanza de que padezca una enfermedad pasajera; pero también puede tratarse de una enfermedad seria, repugnante y contagiosa. Y aunque el perro permanezca sano, se hará viejo si uno no ha podido tomar la decisión de desprenderse del fiel animal a tiempo, y llegará el momento en el que se podrá leer nuestra edad en sus ojos llorosos. Entonces nos tendremos que martirizar con un perro semiciego, de pulmones débiles y prácticamente inmóvil por la grasa. Así pagaremos caras las alegrías que el perro nos ha brindado. Por mucho que Blumfeld hubiera deseado tener un perro en ese instante, siempre preferiría subir solo las escaleras otros treinta años antes que ser molestado por un perro viejo que resoplara a su lado aún más fuerte que él, arrastrándose de escalón en escalón.

Así pues, Blumfeld permanecerá solo, él no tiene los placeres de una vieja solterona, que necesita algún ser vivo sumiso en su cercanía que pueda proteger, con el que pueda ser cariñosa y del que pueda servirse siempre que quiera, es decir un gato, un canario o peces dorados; ese tipo de mujeres se conforman con

eso. Y si no puede ser, se mostrarán satisfechas incluso con sus flores en la ventana. Blumfeld, por el contrario, sólo quería un acompañante, un animal del que no tenga que preocuparse mucho, al que no dañe un puntapié ocasional, que en caso de necesidad pueda dormir en la calle, pero que, cuando Blumfeld lo requiera, esté a su disposición con ladridos, saltos y lametones en las manos. Algo semejante es lo que quería Blumfeld, pero como ve que no podría tenerlo sin sus grandes desventajas, ha renunciado; no obstante, de acuerdo a su naturaleza, vuelve a este pensamiento de vez en cuando, por ejemplo aquella noche.

Cuando, ya arriba, sacó la llave ante la puerta de su habitación, le llamó la atención un ruido procedente del interior. Un ruido peculiar, como un tableteo, sin embargo muy vivaz, muy regular. Como Blumfeld acababa de pensar en perros, le recordó al ruido ocasionado por patas cuando golpean alternativamente el suelo. Pero las patas no tabletean, así que no eran patas. Abrió rápidamente la puerta y encendió la luz. No estaba preparado para esa visión. Dos pequeñas pelotas de celuloide, de color blanco y con rayas azules, botaban en el parqué una al lado de la otra; mientras una tocaba el suelo, la otra estaba en el aire e, incansables, continuaban el juego. Una vez, en el Instituto, Blumfeld había visto, en un conocido experimento eléctrico, cómo dos bolitas saltaban de manera similar; pero las pelotas que veía

ahora eran relativamente grandes, saltaban en medio de la habitación y no había ningún experimento eléctrico. Blumfeld se agachó para observarlas con detenimiento. Eran, sin duda, pelotas normales, probablemente contenían otras pelotas más pequeñas, que eran las que causaban ese tableteo. Blumfeld hizo ademanes en el aire para comprobar que no pendían de ningún hilo, pero no, se movían por sí solas. Una pena que Blumfeld no fuera un niño, dos pelotas así habrían sido una alegre sorpresa, mientras que ahora le causaban una impresión desagradable. No es del todo fútil vivir como un soltero inadvertido, ahora alguien, es indiferente quién, ha descubierto ese secreto y le ha introducido en la casa esas pelotas tan extrañas.

Quiso tocar una pero le evitaron y le atrajeron detrás de ellas hacia el interior de la habitación. «Es demasiado tonto» —pensó— «correr así detrás de las pelotas». Se quedó quieto y miró cómo permanecían en el mismo sitio una vez que había interrumpido la persecución. «Pero intentaré cogerlas» —pensó mejor y se lanzó hacia ellas. Huyeron de inmediato, pero Blumfeld las acosó con las piernas abiertas, logrando arrinconarlas en una esquina de la habitación. Logró coger una de ellas. Era una pelota pequeña y fría, que giraba en su mano, aparentemente ansiosa de liberarse. Y la otra pelota, como si viera el peligro que corría su camarada, botó mucho más alto que antes y extendió los saltos hasta tocar

la mano de Blumfeld. Golpeó la mano, la golpeó con botes cada vez más rápidos, cambió los puntos de ataque, luego saltó, ya que no podía lograr nada contra la mano que abarcaba por completo a la otra pelota, mucho más alto y parecía como si quisiera alcanzar el rostro de Blumfeld. Éste podría atrapar también esa pelota y encerrarlas en algún lugar, pero en ese instante le pareció demasiado indigno tomar semejantes medidas contra dos pelotas pequeñas. Y, además, era divertido poseer pelotas así, pronto se cansarían, rodarían bajo un armario y habría tranquilidad. No obstante este pensamiento, Blumfeld arrojó la pelota al suelo con furia, y fue un milagro que no se rompiera con el golpe la delgada capa, casi transparente, de celuloide. Sin transición, las dos pelotas emprendieron de nuevo sus saltos bajos y alternos de antes.

Blumfeld se desvistió tranquilamente, ordenó las prendas de vestir en los cajones; acostumbraba comprobar si la criada lo había dejado todo ordenado. Una o dos veces miró por encima del hombro las pelotas, que, dejadas a su aire, parecían incluso perseguirle; le seguían de cerca y saltaban a su lado. Blumfeld se puso la bata y quiso ir hacia la pared de enfrente a coger una de las pipas que colgaban de un estante. Involuntariamente, antes de darse la vuelta, golpeó con el pie hacia atrás, pero las pelotas lo esquivaron. Cuando fue a coger la pipa, las pelotas le

acompañaron, él se puso las zapatillas y avanzó con pasos irregulares; no obstante cada uno de los pasos coincidió, sin pausa, con el bote de una de las pelotas, que no perdieron su paso. Blumfeld se dio la vuelta inesperadamente para ver cómo reaccionaban las pelotas. Pero apenas se había girado, éstas describieron un semicírculo y ya estaban a su espalda; y eso se repitió tantas veces como se dio la vuelta. Como acompañantes sumisos, evitaban detenerse ante Blumfeld. Hasta ese momento parecía que sólo habían osado hacerlo para presentarse ante él; sin embargo, ahora, habían entrado a su servicio.

Blumfeld había elegido siempre la misma actitud en aquellos casos excepcionales en los que su fuerza no bastaba para dominar la situación: hacer como si no notase nada. A menudo le ayudó y la situación, como mínimo, mejoró. Por consiguiente, se comportó de ese mismo modo, se paró ante el estante de las pipas, eligió con labios fruncidos una de ellas, la relleno bien del tabaco de una petaca y dejó, despreocupado, que las pelotas siguieran saltando a sus espaldas. Pero dudó en regresar hasta la mesa; oír la sincronía de los botes con sus pisadas le resultaba casi doloroso, así que permaneció allí, relleno la pipa invirtiendo un tiempo innecesario y examinó la distancia que le separaba de la mesa. Finalmente, logró superar su debilidad y recorrió el trecho con tales pisadas que no pudo oír el ruido de las pelotas. Cuando

se sentó, saltaban de nuevo detrás de su sillón tan perceptibles como antes.

Sobre la mesa, al alcance de la mano, había una repisa adosada a la pared, en la que se encontraba la botella de licor de cerezas rodeada de pequeños vasos. Junto a ella había un montón de números de la revista francesa. Pero en vez de coger todo lo que necesitaba, Blumfeld permaneció sentado y silencioso, dirigiendo su mirada hacia la cazoleta de la pipa, aún apagada. Estaba al acecho; de repente, de un modo inesperado, salió de su rigidez e hizo girar el sillón con un movimiento brusco. Pero también las pelotas habían permanecido alerta o, tal vez, obedecieron sin pensar la ley que las dominaba, es decir cambiar su posición al mismo tiempo que lo hacía Blumfeld y ocultarse detrás de él. Ahora Blumfeld estaba sentado dando la espalda a la mesa, con la pipa fría en la mano.

Las pelotas botaban bajo la mesa y, como allí había una alfombra, hacían menos ruido. Eso era una gran ventaja; se trataba de ruidos débiles y ahogados, había que prestar mucha atención para percibirlos con el oído. Blumfeld, sin embargo, estaba muy atento y los escuchaba muy bien. Pero eso era así ahora, pasado un rato probablemente ya no los oiría. Para Blumfeld el hecho de que las pelotas no pudieran hacerse oír sobre la alfombra suponía una gran debilidad de su parte. Si se les ponía debajo una o,

mejor, dos alfombras, perdían prácticamente todo su poder. Aunque, si bien es cierto, sólo por un tiempo determinado y, además, su mera existencia significaba ya cierto poder.

Ahora Blumfeld podría necesitar un perro, un joven y salvaje animal daría buena cuenta de las pelotas; se imaginó cómo ese perro trataba de cogerlas con las patas, cómo las expulsaba de su sitio, cómo las perseguía por toda la habitación y, finalmente, como las lograba atrapar entre sus dientes. Era posible que Blumfeld se hiciera con un perro en poco tiempo.

Pero ahora, mientras tanto, las pelotas tenían que temer a Blumfeld y él no tenía ganas de destruirlas, tal vez también le faltaba la fuerza de decisión necesaria para ello. Llegaba por la noche cansado de trabajar y, cuando necesitaba tanto la tranquilidad, se le preparaba esa sorpresa. Precisamente ahora sentía lo cansado que estaba. Por supuesto que deseaba destruirlas y, además, lo más pronto posible, pero hoy no, quizás al día siguiente. Si se contemplaba todo con objetividad, las pelotas se comportaban con bastante modestia. Podrían, por ejemplo, de vez en cuando, saltar hacia adelante, mostrarse y regresar a su sitio, o podrían saltar más alto para golpear la tabla de la mesa y, así, resarcirse de la amortiguación del sonido

provocado por la alfombra. Pero no lo hacían, no querían irritar innecesariamente a Blumfeld, se limitaban, aparentemente, a lo exclusivamente necesario.

Y ese «necesario» bastó para quitarle las ganas a Blumfeld de permanecer en la mesa. Se quedó sentado unos minutos y pensó en irse a dormir. Uno de los motivos era que no podía fumar, ya que se había dejado las cerillas en la mesita de noche. Por lo tanto, tendría que ir a recoger las cerillas, pero como estaban en la mesita de noche, lo mejor sería quedarse allí y echarse. Pero Blumfeld albergaba una segunda intención: creía que las pelotas, poseídas del ciego afán de mantenerse a sus espaldas, saltarían encima de la cama y que él allí, voluntaria o involuntariamente, las aplastaría. La objeción de que los restos de las pelotas podrían seguir saltando, fue rechazada. También lo extraordinario tiene sus límites. Pelotas enteras botan, aunque no ininterrumpidamente; fragmentos de pelotas, sin embargo, no botan jamás y, por consiguiente, tampoco lo harían allí.

—¡Arriba! —exclamó, haciendo acopio de valor gracias a ese pensamiento y salió dando zancadas hacia la cama con las pelotas a su espalda—. Su esperanza pareció confirmarse; tan pronto como se situó, intencionadamente, al lado de la cama, una

de las pelotas saltó en seguida sobre ella. Pero también sucedió algo inesperado, la otra pelota se metió debajo de la cama. No había pensado en la posibilidad de que las pelotas pudieran botar debajo de la cama. Se mostró indignado por la actitud de la pelota, aunque pensó que era injusto, pues la pelota, botando debajo de la cama, cumplía su cometido mucho mejor que la otra sobre la cama. Ahora todo dependía del lugar por el que se iban a decidir, pues

Blumfeld no creía que pudieran trabajar mucho tiempo por separado. Y, ciertamente, la pelota de abajo saltó a la cama. «Ahora las tengo» —pensó Blumfeld febril de alegría y se quitó la bata para arrojarse a la cama—. Pero en ese mismo instante saltó la misma pelota y se metió debajo de la cama. Completamente decepcionado, Blumfeld se hundió. La pelota probablemente lo único que había hecho era mirar la parte de arriba y no le había gustado. Y ahora también la sigue la otra, pues abajo están mejor. «Ahora tendré ese tamborileo toda la noche» —pensó Blumfeld, se mordió los labios y asintió con la cabeza.

Se puso triste, aunque sin saber realmente en qué le podrían dañar las pelotas por la noche. Su sueño era profundo, superaría fácilmente el ruido ligero. Para estar completamente seguro, y de acuerdo a la experiencia adquirida, introdujo dos alfombras debajo de la cama. Era como si tuviera un perro pequeño que

necesitase un lecho blando. Y como si las pelotas se hubieran cansado y tuvieran sueño, sus saltos se hicieron más bajos y más lentos que antes. Cuando Blumfeld se arrodilló ante la cama e iluminó con la lámpara de noche el interior, creyó que las pelotas se podrían quedar quietas sobre la alfombra, tan débilmente caían y tan lentamente rodaban un pequeño trecho. Pero luego se alzaron de nuevo cumpliendo su deber. Sin embargo, era muy posible que cuando Blumfeld mirase debajo de la cama a la mañana siguiente encontrase dos silenciosas e inofensivas pelotas.

No parecía que pudieran mantener esos saltos hasta el día siguiente, pues cuando Blumfeld se metió en la cama ya no las oyó más. Se esforzó por oír algo, escuchó inclinándose hacia abajo, ni un sonido. Las alfombras no podían ser tan efectivas, la única explicación era que las pelotas ya no botaban, o que las alfombras impedían que pudiesen botar lo suficiente y, por consiguiente, habían renunciado provisionalmente, o, lo que es más probable, ya no botarían más. Blumfeld podría levantarse y mirar qué es lo que ocurría, pero su satisfacción por haber recobrado finalmente la tranquilidad le hizo permanecer en la cama, no quiso ni rozar con la mirada las pelotas, ya sosegadas. Prefirió desistir hasta de fumar, se dio la vuelta en la cama y se quedó dormido.

Pero no permaneció tranquilo; como siempre, también esta vez durmió sin soñar, aunque muy inquieto. Innumerables veces durante toda la noche se asustó con la impresión de que alguien llamaba a la puerta. Sabía de sobra que nadie llamaba; ¿quién podría llamar a la puerta a esas horas y, además, a la suya, la de un soltero solitario? Sin embargo, aunque lo sabía con toda certeza, se acercó una y otra vez y se quedó mirando tenso un lapso de tiempo a la puerta, como si alguien realmente estuviera llamando: con la boca abierta, los ojos extremadamente abiertos y los mechones de pelo agitándose sobre la frente sudada. Intentó contar las veces que le habían despertado, pero, insensible por el tremendo número que resultaba, volvió a quedarse dormido. Creyó saber de dónde procedía el golpeteo, no de la puerta, sino de otro sitio, pero, sumido en ese estado de somnolencia, no pudo recordar en qué se basaban sus suposiciones. Sólo sabía que se sucedían pequeños golpes desagradables antes de que resonara uno mucho más fuerte. Toleraría todos esos fastidiosos golpecitos si pudiera evitar el golpe fuerte, pero por algún motivo ya era demasiado tarde, ya no podía actuar, había perdido la oportunidad, ni siquiera tenía palabras, su boca sólo se abría en mudos bostezos y furioso por ello golpeaba la almohada con el rostro. Así transcurrió la noche.

Por la mañana le despertó la criada al llamar a la puerta; saludó ese suave golpeteo con un suspiro de liberación, sobre cuyo ruido, sin embargo, siempre se había quejado. Y ya quería gritar «entre» cuando oyó otro golpe, vivaz, pero débil, en todo caso hostil. Eran las pelotas bajo la cama. Se habían despertado, ¿habrían acumulado fuerzas, todo lo contrario que él, durante la noche?

—¡Voy! —gritó Blumfeld a la criada, y saltó de la cama, pero, preocupándose de mantener a las pelotas a su espalda, se arrojó al suelo, miró con la cabeza ladeada a las pelotas y quiso maldecirlas. Como niños que se quitan por la noche las molestas mantas, las pelotas, con su continuo movimiento nocturno, habían ido arrastrando las alfombras bajo la cama, y ya estaban otra vez sobre el parqué y podían hacer ruido.

—A las alfombras —dijo Blumfeld poniendo una cara agresiva. Sólo cuando las pelotas dejaron de hacer ruido gracias a las alfombras, permitió entrar a la criada. Mientras ésta, una mujer obtusa y gorda que siempre caminaba tiesa, servía el desayuno en la mesa y arreglaba algunas cosas, Blumfeld, en bata, permanecía estático al lado de la cama para mantener las pelotas debajo. Siguió a la criada con la mirada para comprobar si notaba algo. A causa de

su dureza de oído era muy improbable, y Blumfeld atribuyó a su irritación causada por el mal sueño la impresión de que la criada se paraba aquí y allá o se detenía ante un mueble y escuchaba con la ceja levantada. Sería feliz si consiguiera que la criada pudiera darse algo más de prisa en su trabajo, pero parecía como si fuera más lenta que otras veces. Cargó con incomodidad los trajes y las botas de Blumfeld y salió con ellos al pasillo, permaneció fuera un buen rato; aislados y monótonos resonaron los golpes que hizo al colgar los trajes. Y durante todo ese tiempo Blumfeld tuvo que permanecer en la cama; no podía moverse si no quería llevarse las pelotas detrás, tenía que dejar que se enfriase el café, con lo que le gustaba tomarlo caliente, y no pudo hacer otra cosa que mirar fijamente la cortina, detrás de la cual el día amanecía nublado. Por fin había terminado la criada, deseó unos buenos días y ya se quería ir. Pero antes de salir definitivamente, permaneció en la puerta, movió un poco los labios y se quedó contemplando a Blumfeld. Éste le iba a dirigir la palabra, pero se fue. Blumfeld hubiera querido abrir la puerta y gritarle lo necia y obtusa que era. Pero al pensar mejor qué era realmente lo que podía objetar a su comportamiento, sólo encontró la paradoja de que no se diera cuenta de nada y, sin embargo, pareciera dar la impresión de que había notado algo. ¡Qué confusos eran sus pensamientos! ¡Y sólo por una noche en la que no había dormido bien! Para el mal sueño encontraba una pequeña explicación: que la noche anterior había roto la

costumbre, no había fumado ni bebido licor. «Cada vez que no fumo ni bebo licor» —fue la conclusión de sus pensamientos— «duermo mal».

A partir de ese momento se preocuparía más de su bienestar, y comenzó por coger algodón del cajón de las medicinas en la mesita de noche, poniéndose dos tapones en los oídos. Luego se levantó y anduvo un poco como prueba. Las pelotas le siguieron, pero apenas las oía; un poco más de algodón y serían inaudibles. Blumfeld dio algunos pasos

más, los tapones funcionaban sin ser especialmente desagradables. Cada uno por su lado, tanto Blumfeld como las pelotas estaban, ciertamente, unidos, pero no se estorbaban. No obstante, cuando Blumfeld se dio la vuelta un poco más rápido de lo normal y una de las pelotas no logró retirarse a tiempo, Blumfeld la golpeó con la rodilla. Fue el único incidente; por lo demás, Blumfeld bebió tranquilo su café; tenía un hambre como si no hubiera dormido en toda la noche y hubiera recorrido un largo camino; se lavó con agua fría, extremadamente refrescante, y se vistió. Hasta ese momento no había corrido las cortinas, sino que había preferido permanecer a oscuras por precaución, no necesitaba ojos ajenos para las pelotas. Pero cuando ya estaba preparado para salir, comprendió que tenía que encargarse de alguna manera de las pelotas, no fuera que osasen seguirle a la

calle, aunque él no lo creía. Tuvo una buena idea, abrió el gran armario y se puso de espaldas a él, pero como si tuvieran un presentimiento de lo que tramaba, evitaron en lo posible el interior del mueble, aprovecharon el más mínimo espacio que quedaba entre Blumfeld y él; cuando no lo pudieron evitar, botaron un instante en el interior, pero huyeron de la oscuridad al instante; no se dejaron llevar más allá del borde, prefirieron incumplir su deber y permanecer casi al lado de Blumfeld. Pero sus pequeñas astucias no las iban a ayudar, pues Blumfeld se subió de espaldas al armario y entonces no les quedó otro remedio que seguirle. Ya estaba todo decidido. En el suelo del armario había distintos objetos de pequeño tamaño como botas, cajas, maletines, que, aunque bien ordenados — ahora lo lamentaba Blumfeld—, impedían el movimiento de las pelotas. Y cuando Blumfeld, que casi había cerrado del todo la puerta del armario, dio un gran salto como hacía años que no daba y abandonó el armario, cerró la puerta y giró la llave, las pelotas quedaron encerradas. «Funcionó» —pensó Blumfeld, y se limpió el sudor de la frente.

¡Qué ruido hacían en el armario! Daban la impresión de estar desesperadas. Blumfeld, por el contrario, estaba muy satisfecho. Abandonó la habitación, e incluso el pasillo desierto le causó una sensación benefactora. Se quitó el algodón de los oídos y los ruidos de la casa, que despertaba, le encantaron. Apenas se veían personas, aún era muy temprano.

Abajo, en el pasillo, ante la puerta baja que llevaba al piso del sótano donde vivía la criada, estaba su hijo, un pequeño de diez años. Era la viva imagen de su madre, en su rostro infantil no faltaba ninguna de las fealdades de la vieja. Con las piernas torcidas y las manos en los bolsillos, permanecía allí de pie y jadeaba, ya que tenía bocio y apenas podía respirar. Pero Blumfeld, aunque siempre que se encontraba al niño en su camino aceleraba el paso para ahorrarse en lo posible ese espectáculo, ese día, sin embargo, sintió la necesidad de quedarse a su lado. A pesar de que el niño había sido puesto en el mundo por esa mujer y llevaba todos los signos de su origen, seguía siendo un niño, en cuya cabeza amorfa había pensamientos infantiles; si se le hablaba de un modo comprensible y se le preguntaba algo, probablemente respondería con voz clara, inocente, respetuosa y, después de cierta superación, se podría incluso acariciar su mejilla. Así pensó Blumfeld, pero pasó de largo. En la calle comprobó que hacía mejor tiempo del que había pensado cuando estaba en la habitación. La niebla matutina se dispersaba y aparecían espacios azules en el cielo, surcado de fuertes vientos. Blumfeld agradeció a las pelotas el haber salido mucho más temprano que de costumbre, incluso había dejado el periódico sin leer sobre la mesa;

en todo caso, había ganado mucho tiempo y ahora podía ir despacio. Era extraña la poca preocupación que le ocasionaban las pelotas desde que se había separado de ellas. Mientras las tenía detrás, se podían considerar como algo de su pertenencia, por algo que, para el enjuiciamiento de su persona, tendría que ser, de algún modo, tomado en consideración; ahora, por el contrario, eran un juguete en casa, en el armario. Y entonces se le ocurrió a Blumfeld que, tal vez, la mejor forma de hacerlas inofensivas sería lograr que cumplieran su cometido. El niño aún estaba en el pasillo, Blumfeld le regalaría las pelotas y, además, nada de prestar, sino lo que se dice regalar, lo que, ciertamente, significaba lo mismo que si le diera la orden de destruirlas. Y aun en el caso de que quedaran sanas y salvas, tendrían mucha menos importancia en las manos del niño que en el armario; toda la casa vería cómo el niño jugaba con ellas, otros niños se unirían a él; la opinión general de que se trataba de pelotas para jugar y no las acompañantes de por vida de Blumfeld sería inquebrantable e irrefutable. Blumfeld regresó a casa corriendo. El niño acababa de bajar las escaleras del sótano y quería abrir la puerta de abajo. Blumfeld tuvo que llamar, por tanto, al niño y pronunciar su nombre, que era ridículo, como todo lo que tenía que ver con él.

—¡Alfred! ¡Alfred! —gritó. El niño dudó un buen rato.

—Ven ya —gritó de nuevo Blumfeld—, te voy a dar algo. Las dos niñas pequeñas del portero salieron de la puerta de enfrente y se colocaron, curiosas, a la izquierda y a la derecha de Blumfeld. Ellas lo captaron mucho más rápidamente que el niño y no comprendían por qué no venía. Le hacían señas, pero no dejaban de mirar a Blumfeld, no podían averiguar qué regalo podía caerle a Alfred. La curiosidad las atormentaba y brincaban alternando los pies. Blumfeld se rió tanto de las niñas como del niño. Éste parecía ya dispuesto y subió, rígido y cansino, la escalera. Ni siquiera en sus andares negaba a su madre, quien, por lo demás, apareció en la puerta del sótano. Blumfeld gritó todo lo que pudo para que la criada también le entendiese y vigilase el cumplimiento del encargo si fuera necesario.

—Arriba, en mi habitación —dijo Blumfeld—, tengo dos bonitas pelotas. ¿Las quieres?

El niño torció la boca, no sabía cómo tenía que comportarse, se dio la vuelta y miró interrogativamente a su madre. Las niñas, sin embargo, comenzaron a saltar alrededor de Blumfeld y le pidieron las pelotas.

—Vosotras también podréis jugar con ellas —les dijo Blumfeld, pero esperaba la respuesta del niño. Podría regalar las pelotas a las niñas, pero le parecían muy imprudentes, además ahora le tenía más confianza al chico. Éste había bajado y, sin que se produjera ningún intercambio de palabras, se había dejado aconsejar por la madre. Ahora asintió a una nueva pregunta de Blumfeld.

—Entonces presta atención —dijo Blumfeld, que prefería ignorar que no había recibido ningún agradecimiento por su regalo—. La llave de mi habitación la tiene tu madre, así que se la tienes que pedir, y aquí está la llave del armario donde están las pelotas. Cierra el armario y la puerta con cuidado. Con las pelotas puedes hacer lo que quieras y no debes devolvérmelas. ¿Me has entendido?

El niño, por desgracia, no había entendido nada. Blumfeld había querido ponerle todo especialmente claro a ese ser ilimitadamente obtuso, pero precisamente a causa de su intención lo había repetido todo demasiado, había cambiado con demasiada frecuencia de la llave de la habitación a la del armario y el niño ahora le miraba fijamente, y ya no como a un benefactor sino como a un tentador. Las niñas, sin embargo, lo habían entendido

todo, se estrechaban contra Blumfeld y extendían las manos hacia la llave.

—Pero esperad —dijo Blumfeld, y se enfadó.

El tiempo pasaba, ya no podía quedarse más. Si la criada dijera que le había entendido y que cuidaría de que el niño lo hiciera todo bien. Pero en vez de eso, permaneció abajo, en el umbral de la puerta, sonriendo afectada como los duros de oído que se avergüenzan de su defecto y creyendo, quizá, que Blumfeld, arriba, había sentido una repentina simpatía por su hijo y le escuchaba la tabla de multiplicar. Blumfeld, sin embargo, no podía bajar otra vez la escalera y gritar al oído de la criada su solicitud. Ojalá su hijo, por el amor de Dios, le libere de las pelotas. Él ya se había sacrificado lo suficiente al confiar la llave de su armario todo el día a esa familia. Si ofrecía la llave al niño, en vez de guiarlo él mismo hasta arriba para darle las pelotas, no era para evitar exponerse a un riesgo. No podía regalarle arriba las pelotas y luego, como ocurriría previsiblemente, quitárselas otra vez al llevárselas detrás de él como acólitos.

—Entonces, ¿no me entiendes? —preguntó Blumfeld casi con tristeza, después de haber intentado una nueva explicación que,

al comprobar la mirada vacía del niño, interrumpió en seguida. Una mirada vacía como ésa desarmaba a cualquiera. Podría seducir a alguien a decir más de lo que quiere sólo para que ese vacío se llenase de comprensión.

—Nosotras le traeremos las pelotas —exclamaron las niñas.

Ellas eran astutas, habían reconocido que sólo podrían obtener las pelotas con la mediación del niño, pero ahora tenían que lograr que se produjera esa mediación. En la habitación del portero un reloj dio la hora y le recordó que debía darse prisa.

—Tomad entonces la llave —dijo Blumfeld, y más que dar la llave se la quitaron de la mano. La seguridad con que le hubiera dado la llave al niño hubiera sido incomparablemente mayor.

—La llave de la habitación recogedla abajo de la mujer —añadió Blumfeld—, y cuando regreséis de haber cogido las pelotas devolvedle las dos llaves.

—Sí, sí —exclamaron las niñas, y bajaron corriendo las escaleras. Lo sabían todo, absolutamente todo, y como si Blumfeld se

hubiera contagiado de la necedad del niño, realmente no comprendía cómo habían captado sus explicaciones con tal rapidez.

Las niñas se agarraban ya a las faldas de la criada, pero Blumfeld no podía mirar por

más tiempo cómo cumplían su cometido, por muy tentador que fuese y, además, no sólo porque ya era tarde, sino porque no quería estar presente cuando liberasen a las pelotas. Aún más, preferiría estar a algunas calles de distancia cuando las niñas abrieran la puerta de su casa. ¡Quién sabe lo que podían hacer las pelotas! Y así esa mañana salió por segunda vez a la calle. Aún había podido ver cómo la criada se defendía de las niñas y cómo el niño movía sus piernas torcidas para ir en su ayuda. Blumfeld no comprendía por qué seres humanos como la criada crecían y se multiplicaban en este mundo.

Durante el camino a la fábrica de topa blanca de la que Blumfeld era empleado, los pensamientos en el trabajo recobraron paulatinamente su primacía. Aceleró sus pasos y, no obstante el retraso que le había causado el niño, fue el primero en llegar a la oficina. Esta oficina abarcaba un pequeño espacio rodeado de cristaleras, disponía de un escritorio y dos pupitres para los

auxiliares subordinados a Blumfeld. Aunque los pupitres eran tan estrechos y pequeños que parecían destinados a niños de colegio, en el despacho apenas había espacio y los auxiliares no podían sentarse, pues entonces no habría espacio para el sillón de Blumfeld. Así, permanecían todo el día de pie, apretados contra sus pupitres. Eso era, naturalmente, muy incómodo para ellos, pero Blumfeld también se veía obstaculizado para observarlos. A menudo se apretaban diligentes contra el pupitre, pero no para trabajar, sino para susurrar entre ellos o, incluso, para dar una cabezada. Blumfeld se enfadaba mucho con ellos porque no le apoyaban lo suficiente en la enorme cantidad de trabajo que se le imponía. Este trabajo consistía en ocuparse de todo el tráfico de mercancías y de todo el movimiento de fondos con las empleadas a domicilio que trabajaban para la fábrica confeccionando determinados productos. Para poder enjuiciar la magnitud de ese trabajo había que mantener una buena visión de conjunto; pero esa visión, desde que murió el superior inmediato de Blumfeld hace unos años, ya no la tenía nadie, por lo tanto Blumfeld tampoco podía reconocer la autoridad de nadie para que juzgase su trabajo. El fabricante, el señor Ottomar, subestimaba visiblemente el trabajo de Blumfeld; por supuesto, reconocía los méritos que Blumfeld había adquirido en un periodo de veinte años y no sólo los reconocía porque debía, sino también porque respetaba a Blumfeld como hombre fiel y digno de confianza. No obstante, subestimaba su trabajo. Creía que se

podría realizar de una manera más fácil y, por tanto, más ventajosa que la de Blumfeld. Se decía, y no era inverosímil, que el señor Ottomar visitaba con tan poca frecuencia el departamento de Blumfeld para evitarse el enojo que le causaba el ver los métodos de trabajo aplicados por éste. No ser reconocido como esperaba era para Blumfeld, ciertamente, bastante triste, pero no había remedio, pues no podía obligar al señor Ottomar a permanecer ininterrumpidamente un mes en su departamento, a estudiar los múltiples tipos de trabajo que allí se realizaban, a emplear, según él, sus mejores métodos y, finalmente, a dejarse convencer; eso causaría, para Blumfeld, el hundimiento del departamento. Por eso, Blumfeld continuaba su trabajo impertérrito, como antes; se asustaba un poco cuando, después de un largo tiempo, aparecía Ottomar, hacía el débil intento, cumpliendo el deber del subordinado, para aclarar a Ottomar una u otra medida, mientras éste pasaba de largo asintiendo en silencio y con los ojos bajos. Por lo demás, padecía menos por esta falta de reconocimiento que por la idea de que si él tuviera que renunciar al cargo alguna vez la consecuencia sería un gran caos, pues no conocía a nadie en la fábrica capaz de sustituirle y evitar así los graves retrasos causados por una paralización de la actividad, que, además, podría durar meses.

Si el jefe subestimaba a alguien, los empleados, naturalmente, intentaban superarle en lo posible. Todos, por consiguiente, subestimaban el trabajo de Blumfeld; nadie consideraba necesario trabajar para su aprendizaje en el departamento de Blumfeld, y cuando se admitía a nuevos empleados, no se asignaba ninguno a Blumfeld por iniciativa propia. Por esta razón, en el departamento de Blumfeld no se producía una renovación de los empleados. Costó semanas de dura lucha hasta que Blumfeld, que hasta entonces había estado solo en el departamento, ayudado por un único auxiliar, y realizando todo el trabajo, consiguió que le asignaran un aprendiz. Casi todos los días aparecía Blumfeld en el despacho de Ottomar y le explicaba con tranquilidad y de una manera detallada por qué era necesario un aprendiz en su departamento. No era necesario porque Blumfeld quisiera ahorrarse esfuerzos, Blumfeld no se ahorraba esfuerzos, él trabajaba su desproporcionada parte y no pensaba dejar de hacerlo, pero el señor Ottomar podría tomar en consideración cómo había evolucionado el negocio a lo largo del tiempo, todos los departamentos habían aumentado su personal de acuerdo a esta evolución, sólo el de Blumfeld se olvidaba siempre. ¡Y cómo había aumentado allí el trabajo! Cuando Blumfeld entró, de esos tiempos seguro que no se acordaba el señor Ottomar, se ocupaba de diez costureras, hoy su número oscilaba entre cincuenta y sesenta. Un trabajo semejante requería personal, Blumfeld podía garantizar que se iba a agotar realizando ese trabajo, pero lo que

no podía garantizar es que pudiera realizarlo solo. El señor Ottomar nunca rechazaba directamente las solicitudes de Blumfeld, eso no se podía hacer con un empleado tan antiguo, pero la manera en que apenas escuchaba, de cómo hablaba con otras personas ignorando al solicitante, de cómo le hacía medias promesas y, a los pocos días, lo había olvidado todo; esa manera era insultante. No específicamente para Blumfeld, él no era ningún soñador; tan bellos como eran el honor y el reconocimiento, Blumfeld podía prescindir de ellos, él, a pesar de todo, permanecería en su puesto tanto tiempo como fuera posible, a fin de cuentas tenía razón y tener razón, al final, aunque algunas veces durase mucho, encontraba reconocimiento. Así, Blumfeld recibió dos aprendices, pero vaya aprendices. Se podría creer que Ottomar había comprobado que podía mostrar con más claridad su desprecio al departamento de Blumfeld concediendo los aprendices antes que negándoselos. Era incluso posible que Ottomar hubiera hecho esperar a Blumfeld porque había estado buscando esos aprendices y, lo que era comprensible, no había podido encontrarlos sino después de una larga búsqueda. Y Blumfeld ya no podía quejarse, la respuesta era previsible, había recibido dos aprendices y él sólo había solicitado uno; tan hábilmente lo había planeado Ottomar. Naturalmente, Blumfeld se quejó, pero sólo porque su difícil situación le obligó a ello y no porque tuviera esperanza de conseguir más ayuda. Además, no protestó con mucha insistencia, sino como de paso, cuando surgía

la oportunidad. Sin embargo, se extendió el rumor entre los colegas malintencionados de que alguien había preguntado a Ottomar si era posible que Blumfeld, después de haber recibido una ayuda tan extraordinaria, aún se siguiera quejando. A ello había respondido Ottomar que era cierto, que Blumfeld se quejaba todavía, pero con razón. Él, Ottomar, por fin había comprendido y tenía la intención de proporcionar a Blumfeld, poco a poco, un aprendiz por cada costurera hasta llegar a sesenta. Si no fueran suficientes, le enviaría más y no pararía hasta que el manicomio, en que se estaba convirtiendo el departamento de Blumfeld, estuviera lleno. Al hacer estos comentarios imitaban muy bien la forma de hablar de Ottomar, pero él mismo, de eso no dudaba Blumfeld, era incapaz de haberse expresado alguna vez así, ni siquiera de una manera similar. Todo era un invento de los vagos del despacho sito en el primer piso. Blumfeld lo habría pasado por alto, si hubiera podido pasar por alto tranquilamente la presencia de los aprendices. Niños pálidos y débiles. Según sus documentos tendrían que haber superado ya la edad de escolarización obligatoria, pero eso era inverosímil. Ni siquiera se les podría haber confiado a un maestro, tan claramente pertenecían todavía a las madres. No se podían mover razonablemente, estar de pie largo tiempo los extenuaba al principio. Si no se les observaba, se quedaban dormidos de pura debilidad,

permaneciendo en una esquina acurrucados. Blumfeld intentaba convencerles de que quedarían contrahechos para toda la vida si se dejaban vencer así por la comodidad. Hacerles un pequeño encargo era algo osado, una vez, uno de ellos, al salir corriendo solícito, había avanzado sólo unos pasos y se había golpeado la rodilla con el pupitre. La habitación estaba llena de costureras, el pupitre lleno de mercancía, pero Blumfeld tuvo que dejarlo todo, llevar al aprendiz, que no dejaba de llorar, al despacho y ponerle una venda. Pero también este celo de los aprendices era superficial, como niños que eran querían distinguirse, pero con mucha más frecuencia o, mejor, casi siempre, sólo pretendían engañar por medio de trucos al superior. En un momento de trabajo muy intenso, Blumfeld, bañado en sudor, los había espiado y había visto cómo se dedicaban a intercambiar cromos detrás de los paquetes de mercancías. Debería haberles golpeado la cabeza con el puño, para semejante comportamiento hubiera sido el único castigo posible, pero eran niños, Blumfeld no podía matar a golpes a un niño. Y así se seguía atormentando con ellos. En un principio se había imaginado que los aprendices le ayudarían en la atención directa que requería, en el momento de la repartición de la mercancía, tanto esfuerzo y vigilancia. Había pensado que él permanecería en el centro, detrás del pupitre, manteniendo una visión de conjunto y ocupándose de las anotaciones, mientras, los aprendices correrían de un lado a otro, siguiendo sus órdenes, y procederían al reparto. Se había imaginado que su supervisión,

tan competente como era, no podía bastar para semejante aglomeración de gente, que necesitaba ser complementada por la atención de los aprendices. Imaginaba que éstos serían capaces de reunir experiencia, que no quedarían para cualquier menudencia siempre dependientes de sus órdenes y terminarían por aprender a distinguir a las costureras entre sí, en lo que se refiere a suministro de mercancía y confianza. Aplicados estos deseos a esos aprendices surgían sólo vanas esperanzas. Blumfeld comprobó que no podía dejar que hablaran con las costureras. Ni siquiera se habían acercado a muchas de ellas porque les tenían miedo o antipatía, a otras, en cambio, por las que sentían cariño, incluso habían salido a recibirlas a la puerta. A éstas les traían todo lo que pedían, se lo ponían en las manos con una suerte de disimulo, aunque tuvieran el derecho a recibirlo, además, reunían en un estante vacío para sus preferidas retales, restos sin valor, pero también pequeñeces todavía aprovechables; felices, les hacían gestos ya desde lejos con estas menudencias a espaldas de Blumfeld y recibían a cambio bombones en la boca. Blumfeld puso fin rápidamente a ese abuso y se los llevó a un cuarto cuando venían las costureras. Largo tiempo lo consideraron una gran injusticia, mostraron su enfado rompiendo a propósito las plumas y, algunas veces, golpearon los cristales, sin, eso sí, atreverse a levantar la cabeza, sólo para llamar la atención de las

costureras sobre el mal trato que, según ellos, recibían de Blumfeld.

No podían entender, sin embargo, la injusticia que cometían. Por ejemplo, casi siempre llegaban tarde a la oficina. Blumfeld, su superior, que desde su más temprana juventud siempre había tenido por evidente que había que aparecer en la oficina media hora antes del inicio de la jornada laboral, sólo se sentía obligado a hacerlo por un sentimiento de decencia, y no por ambición o una exagerada conciencia del deber —Blumfeld, sin embargo, tenía que esperar a sus aprendices, por lo común, más de una hora—. Masticando su bocadillo de desayuno, permanecía habitualmente detrás del pupitre, en la sala, verificando en los libros el balance de cuentas con las costureras. Rápidamente se ensimismaba en el trabajo y no pensaba en otra cosa. Pero entonces se llevaba un susto tan tremendo que después de un rato todavía le temblaba la mano. Uno de los aprendices se derrumbaba, era como si se fuera a caer desplomado, con una mano se sujetaba donde podía, la otra se la llevaba al pecho, que respiraba con dificultad; pero todo eso no significaba nada, sólo que debido a su tardanza buscaba una disculpa, tan ridícula que Blumfeld la ignoraba intencionadamente, pues de lo contrario hubiera debido azotar merecidamente al niño. Pero en esa situación, se limitaba a mirar un rato y a señalar luego con la

mano extendida el cuarto. Luego volvía a ensimismarse en su trabajo. Sería de esperar que el aprendiz reconociese la bondad de su superior y se apresurase a ir a su puesto. No, no se apresuraba, bailoteaba, andaba de puntillas, ponía un pie detrás del otro.

¿Quería burlarse de su superior? Tampoco. Era esa mezcla de miedo y vanidad, contra la que uno está indefenso. ¿Cómo se explicaba si no que Blumfeld, que había llegado inusualmente tarde a la oficina, después de esperar largo tiempo —no tenía ganas de verificar los libros—, viera, a través de las nubes de polvo que levantaba ante él el imprudente criado con la escoba, cómo venían los dos aprendices, satisfechos, por la calle? Se mantenían muy juntos y parecían contarse cosas muy importantes, pero que con toda seguridad, quizá sólo en algún contexto no permitido, no tenían nada que ver con el trabajo. Conforme se iban acercando a la puerta de cristal andaban más despacio. Finalmente, uno de ellos cogió el picaporte, pero no lo presionó hacia abajo, aún seguían contándose cosas, escuchaban y reían.

—¡Abra a los señores! —gritó Blumfeld con los brazos extendidos hacia el criado.

Pero cuando los aprendices entraron, Blumfeld no quería disputas, no respondió a su saludo y se fue a su escritorio. Comenzó a

calcular, y miró de vez en cuando para comprobar qué hacían los aprendices. Uno de ellos parecía muy cansado, bostezaba y se frotaba los ojos; cuando colgó el abrigo en la percha, aprovechó la oportunidad y

permaneció un rato apoyado en la pared. En la calle estaba bien despierto; ahora, sin embargo, la proximidad del trabajo lo cansaba. El otro aprendiz, sin embargo, mostraba ganas de trabajar, aunque sólo para un trabajo específico. Su deseo desde hace mucho era barrer. Pero ése era un trabajo que no le concernía, barrer le correspondía sólo al criado; Blumfeld no tendría nada en contra de que el aprendiz barriese, si ésa fuese su voluntad, peor que el criado no lo podía hacer, no obstante, si realmente quisiera barrer, debería venir más temprano, antes de que el criado comenzase su trabajo, y no emplear en esa actividad el tiempo que estaba obligado a dedicar a las labores propias de la oficina. Aunque al ver que el chico era inaccesible a toda argumentación razonable, el criado, ese anciano semiciego, que el jefe con toda seguridad no toleraría en ningún departamento excepto en el de Blumfeld y que sólo vivía por la gracia del jefe y de Dios, podría, al menos, ser un poco flexible y dejarle la escoba al chico por un rato. Como era bastante torpe, perdería las ganas de barrer y perseguiría al criado con la escoba para devolvérsela y no moverla más. El criado, sin embargo, parecía sentirse especialmente responsable por barrer, se podía ver cómo él, cada

vez que el chico se acercaba, intentaba agarrar la escoba con más fuerza y con manos temblorosas; prefería permanecer quieto y dejar de barrer para, así, dedicar toda la atención a la posesión de la escoba. El aprendiz, por su parte, no rogaba con palabras, pues temía a Blumfeld, quien consideraba que las palabras serían inútiles, pues el criado sólo atendía cuando se le gritaba. Por consiguiente, el aprendiz comenzaba por tirar de la manga al criado. El criado, naturalmente, sabía de qué se trataba y miraba sombrío al aprendiz, negaba con la cabeza y se llevaba la escoba al pecho. Entonces el aprendiz doblaba las manos y suplicaba en silencio. No tenía la más mínima esperanza de conseguir algo a través de súplicas; simplemente, suplicar le causaba placer y, por eso mismo, suplicaba. El otro aprendiz seguía todo el procedimiento con risitas y creía, aparentemente, si bien de manera incomprensible, que Blumfeld no podía oírle. Al criado los ruegos no le impresionaban lo más mínimo, se daba la vuelta y creía así haber puesto a salvo la escoba. Pero el aprendiz le había seguido andando de puntillas y con las manos en actitud orante, y ahora le rogaba desde la nueva posición. Esas escapadas del criado y la carrerita de puntillas del aprendiz se repetían varias veces. Finalmente, el criado se sentía acorralado y notaba, algo que debería haber notado desde el principio si no se hubiera mostrado tan ingenuo, que se cansaba antes que el aprendiz. Por consiguiente, buscaba ayuda, amenazaba al aprendiz con el dedo y señalaba a Blumfeld, al que se quejaría, si el aprendiz no lo

dejaba en paz. El aprendiz advertía que si quería conseguir la escoba tendría que darse prisa, así que echaba mano a la escoba con toda frescura. Un grito involuntario del otro aprendiz acompañaba la decisión. No obstante, el criado lograba salvar también esa vez la escoba, al dar un paso atrás y apartarla de su radio de acción. Pero el aprendiz no renunciaba, saltaba hacia adelante con la boca abierta y ojos refulgentes, el criado quería huir, pero sus viejas piernas en vez de correr zangoloteaban, y el aprendiz se lanzaba sobre la escoba. Si no la podía coger, al menos conseguía que se cayera y, en ese caso, era inalcanzable para el criado. Aparentemente también para el aprendiz, pues los tres se quedaban mirándola fijamente, el criado y los aprendices, pues ahora Blumfeld se tenía que manifestar. Y, efectivamente, miraba por la ventanilla, como

si acabaran de sorprenderle, lanzaba una mirada inquisidora y severa a cada uno de ellos, y tampoco la escoba se libraba de ella. Ya sea porque el silencio duraba demasiado tiempo, ya porque el aprendiz culpable no pudiera reprimir las ganas de barrer, el caso es que éste se agachaba, con mucho cuidado, como si fuera a coger un animal y no una escoba, la tomaba en sus manos, frotaba un poco el suelo con ella y la arrojaba en seguida, aterrorizado, cuando Blumfeld se levantaba de un salto y salía de la habitación en la que estaba.

—Los dos, a trabajar, y dejad de rezongar —gritaba Blumfeld y señalaba con la mano extendida el camino hacia sus pupitres. Ellos lo hacían de inmediato, pero no avergonzados y con las cabezas inclinadas, más bien pasaban a su lado y se volvían hacia Blumfeld con rigidez, mirándole fijamente a los ojos, como si quisieran hacerle desistir de su intención de pegarles. Y, sin embargo, ya podrían saber por experiencia que Blumfeld, por principio, nunca pegaba. Pero ellos estaban demasiado asustados y siempre buscaban salvaguardar, sin ninguna delicadeza, sus derechos reales o aparentes.

29. UN SUEÑO[29]

Josef K soñó:

Era un hermoso día y K quería pasear. Pero apenas había dado dos pasos, cuando ya se encontraba en el cementerio. Allí había dos caminos muy artificiosos que se entrecruzaban de forma poco práctica, pero él se deslizó por ellos como por un torrente, con una actitud imperturbable y fluctuante. Desde la lejanía descubrió un túmulo reciente en el que quería detenerse. Ese túmulo ejercía sobre él una atracción poderosa y no creía ir lo suficientemente rápido. Algunas veces apenas podía ver el túmulo, pues quedaba

oculto por banderas que se entrelazaban con fuerza. No se veía a sus portadores, pero parecía como si allí reinase un gran júbilo.

Mientras dirigía su vista a la lejanía, descubrió repentinamente el túmulo a su costado, en el camino, ya casi a su espalda. Saltó rápidamente al césped. Como el terreno bajo su pie de apoyo al saltar era deslizante se desequilibró y cayó precisamente ante el túmulo y de rodillas. Detrás de la tumba había dos hombres que sostenían una lápida en vilo. Apenas apareció K, arrojaron la lápida al suelo y él quedó como si lo hubieran emparedado. Un tercer hombre, al que K reconoció de inmediato como un artista, salió en seguida de un matorral. Vestía sólo unos pantalones y una camisa mal abotonada. En la cabeza llevaba un gorro de terciopelo y sostenía en la mano un lápiz común con el que, al acercarse, trazó figuras en el aire. Se colocó con el lápiz arriba, sobre la lápida. Como ésta era muy alta no tuvo que agacharse del todo, aunque sí inclinarse, pues el túmulo, que no quería pisar, le separaba de la lápida. Permanecía, por consiguiente, sobre las puntas de los pies y se apoyaba con la mano izquierda sobre la superficie de la losa. Gracias a una hábil maniobra logró trazar algunas letras doradas con el lápiz. Escribió: «Aquí descansa...». Cada letra apareció clara y bella, perfecta y de oro puro. Cuando terminó de escribir las dos palabras, se volvió y miró a K, que esperaba ansioso la continuación de la escritura y apenas se

preocupaba del hombre, ya que sólo mantenía fija la mirada en la lápida. El hombre, en efecto, se dispuso a seguir escribiendo, pero no podía, había algún impedimento. Bajó el lápiz y se volvió de nuevo hacia K, que, ahora, se fijó en el pintor y advirtió que éste se encontraba en un estado de gran confusión, aunque no podía decir la causa. Toda su animación previa había desaparecido. También K quedó confuso. Intercambiaron miradas suplicantes. Había un malentendido que ninguno podía aclarar. Comenzó a sonar de un modo inoportuno la campana de la capilla perteneciente a la tumba, pero el artista hizo un ademán y la campana se detuvo. Transcurrido un rato comenzó a sonar de nuevo, esta vez en un tono muy bajo y deteniéndose al instante sin ningún requerimiento. Era como si quisiera probar su sonido. K estaba desconsolado por la situación del artista, comenzó a llorar y sollozó largo tiempo cubriéndose el rostro con las manos. El artista esperó hasta que K se hubo tranquilizado y entonces decidió seguir escribiendo, ya que no encontraba otra salida. La primera línea que escribió supuso para K una liberación, aunque el artista la realizó con gran resistencia. La escritura ya no era tan bella, ante todo parecía faltar oro. La línea surgía pálida e insegura, la letra quedaba demasiado grande. Era una «J», estaba casi terminada cuando el artista pisoteó furioso la tumba, de tal modo que la tierra invadió el aire. K le comprendió al fin. Para pedir perdón ya no había

tiempo. Escarbó en la tierra, que apenas oponía resistencia, con los dedos. Todo parecía preparado. Sólo había una ligera capa para guardar las apariencias. Una vez retirada, apareció una gran fosa con paredes escarpadas en la que K se hundió, puesto de espaldas por una suave corriente. Mientras él, con la cabeza todavía recta sobre la nuca, ya era recibido por la impenetrable profundidad, su nombre era inscrito con poderosos ornamentos en la piedra.

Fascinado por esta visión, despertó.

30. EN LA GALERÍA[30]

Si una artista ecuestre, débil y física, fuese obligada por un jefe inmisericorde, valiéndose de un látigo, a cabalgar continuamente en círculo, durante meses, sobre un caballo tambaleante en la pista de un circo, volando sobre el caballo, lanzando besos, doblándose por el talle, y si ese juego continuase, acompañado del continuo estrépito de la orquesta y de los ventiladores, en un futuro gris incesantemente abierto, acompañado de aplausos, que en realidad son martinetes, y que se desvanecen para resurgir con más intensidad; entonces, tal vez, un joven espectador de la galería bajara la larga escalera,

pasando por las gradas, irrumpiera en la pista y gritara: «¡alto!», en medio de la fanfarria de una orquesta que no cesa de acompañar al espectáculo.

Pero como no sucede así, una bella dama, vestida de blanco y rojo, aparece suspendida en el aire y atraviesa el telón, abierto por dos orgullosos hombres de librea; el director, buscando sus ojos con abnegación, dirige su aliento hacia ella con actitud animal; a continuación la alza cuidadosamente sobre un caballo blanco, como si fuera su nieta más querida que emprende un viaje peligroso. No se atreve a dar la señal con el látigo; finalmente, superando su resistencia, lo hace restallar; sigue los saltos de la amazona con la mirada fija, apenas puede entender su destreza, intenta advertirla con exclamaciones inglesas; los palafreneros que sostienen los aros son exhortados con furia a la más minuciosa atención, con las manos alzadas ordena a la orquesta que calle antes del gran salto mortal; por último, baja a la pequeña del tembloroso caballo, la besa en ambas mejillas y no considera suficientes las ovaciones del público; mientras ella, apoyada en él, erguida sobre las puntas de los pies, rodeada de polvo, con la cabecita inclinada hacia atrás, quiere compartir su felicidad con todo el público, y al resultar todo así, el espectador de la galería hunde la cabeza en el pecho y mientras se retira, como sumido en un sueño profundo, llora sin saberlo.

31. UN MÉDICO RURAL[31]

Me encontraba en un gran apuro. Debía emprender un viaje con la mayor urgencia, un enfermo grave me esperaba en un pueblo, situado a diez millas de distancia; una fuerte ventisca de nieve azotaba el amplio espacio que nos separaba. Disponía de un coche ligero, de grandes ruedas, apropiado para nuestros caminos. Yo estaba en el patio, cubierto con la piel y con el maletín del instrumental en la mano, listo para partir; no obstante, faltaba el caballo, no había caballo. Mi caballo había muerto la noche anterior a causa de la extenuación provocada por el gélido invierno; mi criada recorría el pueblo para ver si alguien le prestaba un caballo, pero en vano, yo lo sabía muy bien, y allí permanecía yo sin objeto, cada vez más cubierto de nieve, cada vez más inmóvil. La muchacha apareció en la puerta, sola, balanceando la linterna; es natural, ¿quién iba a prestar su caballo para un viaje semejante? Recorrí de nuevo el patio; no encontraba ninguna solución; angustiado, atormentado, pegué una patada a la resquebrajada puerta de la pocilga, que no se utilizaba desde hacía años. Se abrió y osciló sobre el quicio. De la pocilga se escapó un olor y un calor como de caballos. Una turbia lámpara de establo se balanceaba en una cuerda. Un hombre, acurrucado bajo el cobertizo, mostró su rostro franco, de ojos azules.

—¿Debo enganchar? —preguntó, saliendo a gatas.

—Ayúdale —dije, y la solícita muchacha se apresuró para acercarle los arneses del coche al palafrenero. Pero apenas se le había acercado, cuando el mozo la abrazó y pegó su rostro al suyo. Ella gritó y huyó hacia mí; en su mejilla se podían ver las marcas rojas de dos hileras de dientes.

—¡Tú, bestia! —grité furioso—, ¿quieres probar el látigo?

No obstante, me acuerdo de que es un extraño, de que no sé de dónde viene y de que me ayuda voluntariamente en lo que los demás han fracasado. Como si pudiera leer mis pensamientos, no toma a mal mi amenaza, sino que se vuelve hacia mí, siempre ocupado con los caballos.

—Sube —dice entonces, y, en efecto, todo está preparado. Me doy cuenta de que nunca había viajado con un tiro tan hermoso, así que subo contento.

—Pero yo lo guiaré, tú no conoces el camino —digo yo.

—Por supuesto —dice él—, yo no voy contigo, me quedo aquí con Rosa.

—No —grita Rosa, y corre hacia la casa con el presentimiento de un destino inevitable.

Oigo cómo suena la cadena de la puerta cuando la echa, y luego cómo cierra con llave. A continuación se la puede ver recorriendo el pasillo y todas las habitaciones, apagando las luces para que no la pueda encontrar.

—Vienes conmigo —le digo al palafrenero—, o renuncio a salir, por muy urgente que sea. No te voy a dar a la muchacha como precio por el viaje.

—¡Adelante! —dice, y da una palmada; el coche se ve arrastrado, como madera en un torrente; aún oigo cómo la puerta de mi casa se hace añicos tras la embestida del palafrenero; tanto mis ojos como mis oídos quedan afectados por un silbido que invade simultáneamente todos los sentidos. Pero sólo dura un instante, pues aparezco en mi lugar de destino como si se abriera

la puerta de mi enfermo directamente ante la puerta de mi patio; los caballos permanecen tranquilos; ha dejado de nevar; la luz de la luna ilumina el entorno. Los padres del enfermo salen presurosos de la casa, la hermana detrás de ellos; prácticamente me sacan del coche; de sus confusas palabras no puedo deducir nada. En la habitación del enfermo el aire es irrespirable, el descuidado fogón del horno humea; abriré la ventana, pero primero quiero ver al enfermo. Delgado, sin fiebre, tampoco está frío, ni caliente, con ojos vacíos, sin camisa, el joven se yergue bajo el edredón y se abraza a mi cuello, susurrándome al oído:

—Doctor, déjeme morir.

Miro a mi alrededor, nadie lo ha oído; los padres permanecen inclinados y en silencio, esperan mi diagnóstico; la hermana ha traído una silla para mi maletín de mano. Abro el maletín y busco en mi instrumental; el joven sigue tanteando fuera de la cama hacia mí para recordarme su súplica; cojo unas pinzas, las examino a la luz de la vela y las vuelvo a dejar en su sitio.

«Sí» —reniego en silencio—, «en casos así los dioses ayudan, mandan el caballo que falta, añaden por las prisas un segundo caballo, y para colmo envían un palafrenero». Ahora vuelvo a

acordarme de Rosa; ¿qué puedo hacer?, ¿cómo podría salvarla?, ¿cómo podré sacarla de debajo de ese palafrenero, a diez millas de distancia, y con esos caballos indomables? Esos caballos que, por añadidura, han aflojado las riendas y, no sé cómo, empujan la ventana desde fuera. Cada uno abre una ventana e introduce la cabeza a través de ella y, sin preocuparse de los gritos de la familia, contemplan imperturbables al enfermo. «Regresaré de inmediato», pienso, como si los caballos me incitaran a emprender el viaje, pero permito que la hermana me quite el abrigo de piel, pues cree que el calor me aturde. Me sirven un vaso de ron; el viejo me da unas palmadas en el hombro, el que me haya dado a probar el ron, su tesoro, justifica esta confianza; rechazo el ofrecimiento con la cabeza; la estrechez mental del viejo me marea, sólo por eso me niego a beber. La madre permanece en la cama, me hace una seña para que vaya; me acerco y, mientras uno de los caballos relincha con fuerza hacia el techo, pongo la cabeza sobre el pecho del niño, que se estremece con el contacto de mi barba mojada. Se confirma lo que ya sabía, el niño está sano, pero la circulación no es buena, ya que la madre lo ha atiborrado de café, pero está sano y lo mejor sería sacarlo de la cama de un empujón. Pero no aspiro a reformar el mundo, así que lo dejo acostado. He sido empleado por el distrito y cumplo con mi deber hasta el límite de mis posibilidades. Aunque mal pagado, soy generoso y caritativo con los pobres. Sólo tengo que preocuparme por Rosa, luego puede que tenga razón el chico

y yo también quiera morirme. ¿Qué hago aquí, en este invierno eterno? Mi caballo ha reventado, y no hay nadie en el pueblo que me preste el suyo. Tengo que sacar mi tiro de caballos de la pocilga; si no fueran casualmente caballos, hubiera tenido que viajar tirado por cerdos. Así es. Y me despido de la familia con un gesto. No saben nada de esto, y si lo supieran, no lo creerían. Es fácil extender recetas, pero, en lo demás, resulta difícil entenderse con la gente. Bien, mi visita ha terminado, han logrado que me vuelva a esforzar en vano, ya estoy acostumbrado, con la ayuda de mi timbre nocturno me atormenta todo el distrito, pero que, encima, ahora tenga que entregar a Rosa, a esa muchacha tan bonita que, sin apenas fijarme en ella, ha vivido en casa durante años. Este sacrificio es demasiado grande, tengo que emplear todas las argucias para apartarlo de mi mente y no abalanzarme sobre esta familia que, al fin y al cabo, tampoco podría devolverme a Rosa ni con su mejor voluntad. Pero cuando cierro el maletín de mano y hago una seña para que me traigan el abrigo, la familia permanece allí, junta, el padre olisqueando el vaso de ron que tenía en la mano, la madre, lacrimosa, probablemente decepcionada por mi actuación —pero ¿qué es lo que espera de mí esta gente?—, mordiéndose los labios, y la hermana agitando una pesada toalla empapada en sangre; ahora estaba dispuesto a admitir, bajo determinadas circunstancias, que el joven, tal vez, estaba enfermo. Voy hacia él, me sonrío conforme

me acerco, como si le llevara la sopa más reconfortante. Ay, los caballos vuelven a relinchar; parece como si el ruido hubiera sido ordenado desde las alturas para ayudarme en el reconocimiento. Ahora lo veo, sí, el joven está enfermo. En el costado derecho, en la zona de la cadera, se ha abierto una llaga tan grande como la palma de la mano. Rosada, con múltiples matices, oscura en el centro, más clara en los bordes, la superficie suavemente granulada, con sangre acumulada e irregularmente distribuida, abierta como una mina subterránea. Ése es el aspecto que ofrece a cierta distancia. Al aproximarme noto una complicación. ¿Quién puede contemplar eso sin dejar escapar un silbido? Gusanos, tan largos y gruesos como mi dedo meñique, de color rosado y manchados de sangre, firmemente adheridos al interior de la herida, se abren camino hacia la luz con sus cabecitas blancas y sus numerosas patitas. Pobre muchacho, ya nada te puede ayudar. He encontrado tu gran herida; con esa flor en el costado sucumbes. La familia está feliz, me ven en acción; la hermana se lo dice a la madre, la madre al padre, el padre a algunos de los huéspedes que entran de puntillas por la puerta, balanceándose con los brazos extendidos y atravesando el resplandor de la luna.

—¿Me salvarás? —susurra el muchacho sollozando, completamente ofuscado por la vida que pulula en su herida. Así es la gente de mi comarca. Siempre le exigen al médico lo

imposible. Han perdido la fe antigua; el cura se queda sentado en casa y deshilacha las casullas, una detrás de otra; pero el médico tiene que lograrlo todo con su hábil mano de cirujano. Bien, como quieran, no me he ofrecido voluntariamente, que me utilicen para fines sagrados si les da la gana, también lo aceptaré. ¿Qué más puedo pedir yo, un viejo médico rural, al que han robado la criada? Y ahora vienen todos, la familia y los ancianos del pueblo. Me desnudan. El coro del colegio, con el maestro a la cabeza, está ante la puerta y canta una canción con una melodía extremadamente simple:

«¡Quitadle la ropa, entonces curará, y si no cura, se le matará!
Sólo es un médico, sólo es un médico».

Ya estoy desnudo y contemplo tranquilamente a la gente con el dedo en la barba y la cabeza inclinada. Estoy muy sereno y me muestro superior a todos, aunque no me ayuda, pues me cogen por la cabeza y por los pies y me llevan a la cama. Me dejan al lado de la pared, junto al costado de la herida. Luego salen todos de la habitación, cierran la puerta y el coro enmudece. Las nubes ocultan la luna, el cálido edredón me cubre, las cabezas de los caballos se agitan como sombras en las ventanas.

—¿Sabes? —me dicen al oído—, tengo poca confianza en ti. Te han lanzado hasta aquí, ni siquiera has venido por tus propios medios. Por añadidura, en vez de ayudar, me dejas menos espacio en mi cama de moribundo. Lo mejor es que te saque los ojos.

—De acuerdo —digo—, es una vergüenza. Y bien, soy el médico, ¿qué debo hacer? Créeme, tampoco es fácil para mí.

—¿Y tengo que conformarme con esa disculpa? Ay, ya lo creo, siempre tengo que conformarme. Vine al mundo con una hermosa herida, eso fue todo lo que traje.

—Joven amigo —le digo—, tu error es que careces de una visión general de los hechos. Yo, que he estado en todas las habitaciones de enfermo que hay a lo largo y ancho de la región, te digo: tu herida no es tan mala. Dos golpes de azada en ángulo agudo, nada más. Muchos se limitan a ofrecer su costado y apenas oyen la azada en el monte, y mucho menos cuando se les acerca.

—¿Realmente es así, o tratas de engañarme aprovechándote de mi fiebre?

—Es así, acepta la palabra de honor de un médico rural y llévatela al otro mundo.

Y la aceptó, quedándose en silencio. Pero había llegado el momento de pensar en mi salvación. Aún estaban los fieles caballos en su sitio. Reuní rápidamente la ropa, el abrigo de piel y el maletín; no quería perder el tiempo vistiéndome; si los caballos se daban tanta prisa como al venir, sería como saltar desde esta cama a la mía. Uno de los caballos se retiró obediente de la ventana, arrojé las cosas al coche, el abrigo fue demasiado lejos, quedó colgado de milagro en un gancho por una de las mangas, eso bastaba. Me subí al caballo, las riendas sueltas, rozando el suelo; los caballos mal enganchados; el coche detrás, tambaleándose, al final el abrigo, arrastrándose por la nieve.

—¡Ánimo! —dije—, pero no avanzamos mucho; nos desplazábamos, lentos como ancianos, a través de aquel desierto nevado; largo tiempo resonó a nuestras espaldas el nuevo y erróneo canto de los niños:

«¡Alegraos, pacientes,

os hemos puesto al médico en la cama!».

A este paso no llegaré nunca a casa; mi floreciente consulta en la ruina; un sucesor me roba, pero en vano, pues no me puede sustituir; el repugnante palafrenero campa por sus respetos en mi casa, Rosa es su víctima; no quiero ni pensarlo. Desnudo, expuesto al frío de la más desgraciada de todas las épocas, en un coche terrenal y con caballos ultraterrenos, yo, un viejo, voy a la deriva. Mi abrigo cuelga de la parte trasera del coche,

pero no lo puedo alcanzar, y nadie en la movediza chusma de pacientes es capaz de mover un dedo. ¡Estafado! ¡Estafado! Una vez que se ha seguido la falsa llamada del timbre nocturno, ya no hay remedio.

32. UN FRATRICIDIO[32]

Se ha demostrado que el crimen se produjo de la manera siguiente:

Schmar, el asesino, se situó a eso de las nueve de una noche de luna clara en la esquina por la que Wese, la víctima, tenía que doblar, viniendo de la calle en que tenía su oficina, para ir hacia la

calle en la que vivía. Helado, aquel estremecedor aire nocturno. Pero Schmar sólo se había puesto un delgado traje azul; la chaqueta, además, estaba desabotonada. No sentía ningún frío, aunque se mantenía continuamente en movimiento. Sin ocultarla, sujetaba con fuerza el arma del crimen, mitad bayoneta, mitad cuchillo de cocina. Contemplaba el arma a la luz de la luna; el filo centelleaba, pero no lo suficiente para Schmar, así que lo afiló contra uno de los adoquines del empedrado hasta que saltaron chispas; tal vez se arrepintió; para reparar el daño causado, lo frotó como si fuera el arco de un violín contra la suela de su bota; mientras, él, sosteniéndose sobre una pierna, inclinado, escuchaba simultáneamente el sonido del cuchillo en su bota y los sonidos en la calle de la fatalidad.

¿Por qué lo permitió el particular Pallas, que lo observaba desde una ventana cercana en un segundo piso? ¿Quién puede penetrar en la naturaleza humana! Miraba hacia abajo sacudiendo la cabeza, el cuello de la bata levantado, la bata ceñida a su cuerpo obeso.

Y cinco casas más allá, frente a él y de soslayo, la señora Wese, con la piel de zorro sobre su camisón, esperaba a su marido, que hoy se retrasaba más de lo normal.

Al fin sonó la campanilla de la puerta en la oficina de Wese; demasiado ruidosa para ser la campana de una puerta, se escuchó más allá de la ciudad, hasta el cielo, y Wese, el diligente trabajador nocturno, salió de la casa, anunciado por el sonido de la campanilla; el empedrado comenzó a contar sus pasos tranquilos.

Pallas se inclinó aún más hacia adelante, no quería perderse nada. La señora Wese cerró su ventana haciendo algo de ruido, tranquilizada por la campana. Sin embargo, Schmar se arrodilló; como en ese instante no tenía nada más al aire, presionó el rostro y las manos contra las piedras; donde todo se helaba, Schmar hervía.

Wese permanecía precisamente en el límite que dividía las calles, únicamente el bastón se aventuraba en la calle próxima. Un capricho. El cielo nocturno lo ha seducido, el azul oscuro y el dorado. Lo miró ignorante, ignorante se acarició el pelo bajo el sombrero ligeramente alzado; nada se movía allá arriba que le pudiese mostrar su futuro más inmediato; todo se mantenía en su absurdo e inescrutable lugar. En el fondo, resultaba muy razonable que Wese continuase, pero iba directo hacia el cuchillo de Schmar.

—¡Wese! —gritó Schmar, manteniéndose de puntillas, el brazo erguido, el cuchillo acentuadamente inclinado—. ¡Wese! ¡Julia espera en vano!

Y Schmar clavó el cuchillo, una vez en la parte derecha del cuello, otra en la izquierda, y una tercera profundamente en el estómago. Las ratas de agua, cuando se las despanzurra, emiten un sonido similar al de Wese.

—¡Hecho! —dijo Schmar, y arrojó el cuchillo, ese lastre sangriento y superfluo, contra la fachada de la casa más próxima—, ¡Bendición del crimen! ¡Aliviado, alígero por el correr de la sangre ajena! Wese, viejo juerguista, amigo, camarada de cervecerías, te desangras en el oscuro suelo de la calle. ¿Por qué no serás simplemente una burbuja llena de sangre? Así desaparecerías al sentarme encima. No todo se cumple, no todos los sueños que anuncian un florecer maduran, tu pesado residuo yace aquí, inmune a las patadas.

¿Cuál es la muda pregunta que planteas?

Pallas, con todo el veneno confuso y estrangulante en su cuerpo, permanecía en la puerta de su casa, abierta de par en par.

—¡Schmar! ¡Schmar! Lo he visto todo, no me he perdido nada —
Pallas y Schmar se examinaron mutuamente. Pallas se quedó satisfecho, al ver que Schmar no remataba el asunto.

La señora Wese, acompañada a derecha e izquierda por el gentío, se apresuró a llegar con un rostro envejecido por el susto. La piel de zorro se abrió, ella cayó sobre Wese, el cuerpo vestido con el camisón le pertenecía a él, la piel, sin embargo, que se extendía sobre la pareja como la hierba de una tumba, pertenecía a la plebe.

Schmar aguantaba con esfuerzo las náuseas y presionaba la boca en el hombro del policía, que se lo llevó con pies ligeros.

33. EL PUENTE[33]

Yo era rígido y frío, yo era un puente, tendido sobre un precipicio, en la parte de acá estaban atornilladas las puntas de los pies, en la de más allá, las manos; me aferraba a un barro que se desmoronaba. Los faldones de la chaqueta flameaban a ambos lados. En la profundidad bramaba el helado arroyo truchero. Ningún turista se perdía por estas altitudes intransitables, el

puede aún no había sido marcado en ningún mapa. Así permanecía yo y esperaba; me veía obligado a esperar; un puente ya construido no puede dejar de ser puente sin despeñarse. Una vez, por la noche, ya fuera la primera o la milésima, no lo sé, mis pensamientos se tornan confusos, no paran de vagar en círculo, una noche de verano, pues, cuando el arroyo murmuraba oscuro, oí la pisada de un hombre. Hacia mí, hacia mí. Extiéndete, puente, ponte en condición; vigas sin barandilla, sostened al que se os ha confiado, equilibrad imperceptiblemente la inseguridad de su paso, pero si vacila, muéstrate, puente, y llévale hasta tierra como un dios de la montaña. Llegó, me tanteó con la punta de hierro de su bastón, luego levantó con su ayuda los faldones de mi chaqueta y los puso sobre mí, se abrió paso a través de mi pelo enzarzado con la punta del bastón, probablemente mirando a su alrededor, y lo dejó descansar un rato. Pero entonces, precisamente cuando soñaba que le llevaba sobre montañas y valles, saltó con ambos pies en la mitad de mi cuerpo. Ignorante de todo, me estremecí al sentir un dolor salvaje. ¿Quién era? ¿Un niño? ¿Un gimnasta? ¿Un temerario? ¿Un suicida? ¿Un tentador? ¿Un destructor? Y me di la vuelta para verle. ¡El puente se da la vuelta! Aún no lo había hecho, cuando ya me había despeñado; me despeñé y ya estaba desgarrado y atravesado por los afilados salientes que, desde los furiosos remolinos, me habían contemplado siempre con mirada pacífica.

34. EL CAZADOR GRACCHUS[34]

Dos niños estaban sentados en el muelle y jugaban a los dados. Un hombre leía un periódico en el peldaño de un monumento, a la sombra del héroe, que blandía un sable. Una muchacha en la fuente llenaba un cubo de agua. Un vendedor de fruta permanecía junto a su mercancía y miraba hacia el mar. A través de las ventanas y de la puerta de una taberna se podía ver a dos hombres bebiendo vino. El tabernero estaba sentado más adelante, frente a una mesa. Una barca surcaba silenciosa el mar, como si fuera llevada sobre el agua, y se dirigía al pequeño puerto. Un hombre con una camisa azul saltó a tierra y amarró la barca. Otros dos hombres con chaquetones oscuros, provistos de botones plateados, portaban una camilla detrás del piloto, en la que parecía yacer un hombre bajo un gran paño de seda con franjas y motivos florales. En el muelle nadie prestaba atención al recién llegado, ni siquiera se acercó alguien cuando bajaron la camilla y esperaron al contramaestre, aún ocupado con la amarra; nadie les hizo tampoco ninguna pregunta, nadie quiso fijarse. El jefe se detuvo un poco a causa de una mujer, que se mostró en la cubierta con el pelo suelto y un niño al pecho. Luego se acercó, indicó una casa amarilla de dos pisos que se levantaba recta a la izquierda, próxima a la orilla. Los portadores levantaron su carga y

la transportaron a través de una puerta baja formada por dos columnas delgadas. Un muchacho abrió una ventana, pero tan pronto observó que el grupo desaparecía en la casa la cerró rápidamente. También se cerró la puerta, de madera de roble cuidadosamente ensamblada. Una bandada de palomas que hasta ese momento había estado sobrevolando el campanario se posó ahora en la plaza, ante la casa. Como si en esa casa se almacenase su comida, las palomas se reunieron ante la puerta. Una de ellas voló hasta el primer piso y picoteó el cristal de la ventana. Eran animales de color claro, bien cuidados y vivaces. La mujer, desde la barca, les arrojó con ímpetu un puñado de granos, y las palomas volaron hacia ella. Un hombre viejo, tocado con una chistera adornada con una cinta de luto, bajaba por una de las callejuelas estrechas y empinadas que conducían al puerto. Miraba con atención a su alrededor, todo le preocupaba, la visión de basura en una esquina le hizo contraer el rostro, en los peldaños del monumento había cáscaras de fruta, las lanzó con su bastón hacia abajo conforme pasaba. Llamó a la puerta de las columnas y, al mismo tiempo, sostuvo la chistera en su mano enguantada de negro. Abrieron en seguida, alrededor de cincuenta muchachos formaban una hilera a lo largo del pasillo y se inclinaron. El contramaestre bajó las escaleras, saludó al señor, lo condujo hasta arriba; en el primer piso atravesaron un patio rodeado de sencillas galerías y, finalmente, ambos entraron, mientras los muchachos los seguían a una distancia respetuosa,

en una amplia y fría estancia de la parte trasera de la vivienda, frente a la cual ya no se veía ninguna otra casa, sino sólo una pared rocosa desnuda y de color negro grisáceo. Los portadores estaban ocupados colocando y encendiendo unos cirios en la cabecera de la camilla, al arder se sobresaltaron las inmóviles sombras y flamearon por encima de las paredes. Habían retirado el paño de la camilla. En ella yacía un hombre con pelo y barba espesos, completamente descuidados, de piel bronceada, con el aspecto de un cazador. Permanecía inmóvil, aparentemente sin respirar, con los ojos cerrados; sin embargo, todo lo que le rodeaba indicaba que tal vez se trataba de un muerto.

El señor se acercó a la camilla, colocó su mano en la frente del yacente, se arrodilló y rezó. El piloto hizo un gesto a los portadores para que abandonasen la habitación; salieron, echaron a los muchachos, que se habían reunido allí, y cerraron la puerta. Sin embargo, al señor no pareció bastarle ese silencio, así que miró al piloto, éste comprendió y se retiró por una puerta lateral a la habitación contigua. El hombre de la camilla abrió los ojos al instante, giró el rostro con una sonrisa dolorosa hacia el señor y dijo:

—¿Quién eres tú?

El señor abandonó su postura orante sin mostrar asombro y respondió:

—El alcalde de Riva.

El hombre de la camilla asintió, señaló un sillón con el brazo débilmente estirado y dijo, después de que el alcalde hubiera aceptado su invitación:

—Ya lo sabía señor alcalde, pero al principio siempre lo olvido todo, todo me da vueltas y es mejor que pregunte aunque lo sepa todo. También sabrá probablemente que soy el cazador Gracchus.

—Cierto —dijo el alcalde—, esta noche me anunciaron su llegada. Dormíamos desde hacía un rato, cuando mi mujer, a eso de la medianoche, gritó: «¡Salvatore!» —así me llamo—. «Mira la paloma en la ventana». Realmente se trataba de una paloma, pero grande como un gallo. Voló hasta mi oído y dijo: «¡Mañana viene el cazador muerto Gracchus, recíbelo en nombre de la ciudad!».

El cazador asintió y sacó la punta de la lengua entre los labios.

—Sí, las palomas me preceden. Pero ¿cree usted, señor alcalde, que debería permanecer en Riva?

—Eso aún no se lo puedo decir —respondió el alcalde—. ¿Está usted muerto?

—Sí —dijo el cazador—, como usted puede ver. Hace muchos años, deben de ser ya una cantidad enorme de años, me despeñé en la Selva Negra, eso está en Alemania, cuando perseguía a una gamuza. Desde aquel suceso estoy muerto.

—Pero usted también vive —dijo el alcalde.

—En cierta manera —dijo el cazador—, en cierta manera también sigo vivo. Mi barca de la muerte erró el camino, una maniobra equivocada con el timón, un instante de descuido por parte del piloto, una distracción causada por mi bella patria natal, no sé lo que ocurrió, sólo sé que permanecí en la tierra y que mi barca, desde aquel instante, surca las aguas terrenales. Así, yo, el que

sólo quiso vivir en sus montañas, viajo ahora por todos los países del mundo.

—¿Y no tiene ningún contacto con el más allá? —preguntó el alcalde frunciendo el entrecejo.

—Siempre permanezco en la gran escalera que conduce hasta allí —respondió el cazador—. En esa infinita escalinata no ceso de buscar, ya sea hacia arriba o hacia abajo, hacia la derecha o hacia la izquierda, siempre en movimiento. Pero si tomo un gran impulso y ya me ilumina la puerta allá arriba, despierto en mi barca, en cualquier páramo de aguas estancadas. El error fundamental de mi muerte resuena sarcásticamente en mi barca; Julia, la mujer del piloto, toca la puerta y me trae a la camilla la bebida matutina del país que estamos costeando.

—Un destino cruel —dijo el alcalde alzando una mano en actitud defensiva—. ¿Y no tiene ninguna culpa en ello?

—Ninguna —dijo Gracchus—. Yo era cazador, ¿eso es ser culpable de algo? Estaba empleado como cazador en la Selva Negra, donde aún quedaban lobos. Yo acechaba, disparaba, acertaba,

despellejaba, ¿hay alguna culpa en ello? Mi trabajo fue bendecido. Yo era el gran cazador de la Selva Negra. ¿Hay alguna culpa?

—A mí no me corresponde decidirlo —dijo el alcalde—, pero tampoco me parece que haya culpa alguna. Pero ¿quién si no tiene la culpa?

—El piloto —dijo el cazador.

[OTROS TEXTOS SOBRE EL CAZADOR GRACCHUS]

—¿Y piensa quedarse aquí, en Riva, con nosotros? —preguntó el alcalde.

—Yo no pienso —dijo el cazador sonriente y puso la mano en la rodilla del alcalde para subsanar la broma—. Estoy aquí, no sé más, y no puedo hacer más. Mi barca no tiene timón, se desplaza con el viento que sopla de las regiones más inferiores de la muerte.

* * *

Yo soy Gracchus, el cazador, mi patria es la Selva Negra en Alemania.

* * *

Nadie leerá lo que aquí escribo; nadie vendrá a ayudarme; si se hubieran impuesto la tarea de ayudarme, permanecerían cerradas todas las puertas de todas las casas, todas las ventanas estarían cerradas, todos estarían en la cama cubriéndose la cabeza con la manta, toda la tierra se tornaría en un albergue nocturno. Esto tiene un sentido, pues nadie sabría de mí y si supiera algo, no sabría mi paradero, y si supiera mi paradero, no sabría cómo detenerme, y si supiera cómo detenerme, no sabría cómo ayudarme. El pensamiento de querer ayudarme es una enfermedad que debe curarse en la cama.

Todo esto lo sé y, por lo tanto, no escribo para pedir ayuda, ni siquiera en aquellos instantes, como el presente, en que, sin dominarme a mí mismo, pienso intensamente en ello. Pero basta para expulsar esos pensamientos que mire a mi alrededor y tenga presente dónde estoy y dónde vivo desde hace siglos, lo que sé

muy bien. Mientras escribo estas líneas descanso sobre un catre de madera, visto —no causa ningún placer contemplarme— una sucia mortaja, el pelo y la barba crecen enmarañados, mis piernas están cubiertas con un gran paño de seda femenino, adornado con flores y largas franjas. En la cabecera hay un cirio de iglesia que me ilumina. En la pared, frente a mí, hay un cuadro pequeño, parece representar a un bosquimano que me apunta con su lanza y se protege detrás de un soberbio escudo pintado. Con frecuencia se encuentran ese tipo de necias imágenes en los barcos, pero ésta es una de las más necias. Por lo demás, mi jaula de madera está vacía. A través de una lumbrera lateral penetra el aire cálido de la noche meridional y escucho cómo el agua golpea la vieja barca.

Aquí permanezco desde que yo, el todavía vivo cazador Gracchus, perseguía a una gamuza en su tierra, la Selva Negra, y se despeñó. Todo se produjo siguiendo el orden habitual. Perseguía, me despeñé, me desangré en una quebrada, morí y esta barca me debería haber llevado al más allá. Aún me acuerdo de lo alegre que me estiré por primera vez aquí, en el catre, jamás habían oído las montañas un canto como el que pudieron oír estas ya oscuras cuatro paredes. Me había gustado vivir y estaba contento de haber muerto, feliz arrojé yo, el vagabundo de los bosques, antes de entrar en la barca, el zurrón y la cazadora, que siempre había

llevado con orgullo, luego me introduje en la mortaja como una muchacha se pone el traje de novia. Aquí yací y esperé.

Entonces ocurrió.

—¿Cómo es, cazador Gracchus, que navegas desde hace siglos en esta vieja barca?

—Ya hace mil quinientos años.

—¿Y siempre en esta nave?

—Siempre en esta barca. El término adecuado es «barca». ¿No entiendes de navegación?

—No, desde hoy me intereso, desde que sé de ti y desde que he pisado tu barco.

—No caben disculpas. Yo también vengo de una tierra sin acceso al mar. No era ningún marino y tampoco quería serlo; la montaña y el bosque eran mi alegría y ahora, ahora soy el marino más viejo, el cazador Gracchus es el santo patrón de los marineros, al

cazador Gracchus le dirigen los grumetes, que se asustan en la cofa durante las tormentas nocturnas, sus plegarias con las manos entrelazadas. No te rías.

—¿Tendría que reírme? No, realmente no. Con palpitaciones permanecí ante la puerta de tu barca; con palpitaciones entré en ella. Tu actitud amable me tranquiliza un poco, pero nunca olvidaré de quién soy huésped.

—Cierto, tienes razón. Como quiera que sea, yo soy el cazador Gracchus. ¿Quieres beber vino? No conozco la marca, pero es dulce y fuerte, el patrón me abastece bien.

—Ahora no, por favor, estoy demasiado inquieto. Tal vez más tarde, si me permites quedarme aquí más tiempo. ¿Quién es el patrón?

—El propietario de la barca. Estos patrones son gente extraordinaria. Sólo que no los entiendo. No quiero decir su idioma, por más que, naturalmente, tampoco entienda con frecuencia sus palabras. He aprendido a través de los siglos suficientes idiomas y podría ser intérprete entre los antepasados y

los hombres contemporáneos. Pero no entiendo el proceso mental de los patronos. Tal vez me lo puedas explicar tú.

—No tengo mucha esperanza. Cómo podría explicarte algo si a tu lado apenas soy un niño balbuceante.

—No, una y mil veces no. Me harías un favor si te comportaras con más hombría, con más confianza en ti mismo. ¿De qué me puede servir un huésped que parece una sombra? Lo expulso de un soplo por la lumbrera hacia el mar. Necesito explicaciones distintas. Tú que vagas de un lado a otro por allí fuera, me las puedes dar. Pero si aquí, en mi mesa, por hacerte ilusiones te olvidas de lo poco que sabes, entonces puedes hacer ya el equipaje. Lo digo como lo pienso.

—Hay algo cierto en lo que dices. Efectivamente, en algunas cosas sé más que tú. Bien, intentaré esforzarme. Pregunta.

—Mejor, mucho mejor. Exageras en ese sentido y te imaginas una superioridad ficticia. Me tienes que entender correctamente. Soy un ser humano como tú, pero unos siglos más impaciente

conforme a mi edad. Así que hablaremos sobre los patrones.

Presta

atención y bebe vino para que agudices tu capacidad de comprensión. Sin timidez. Con fuerza. Aún queda todo un cargamento en el barco.

—Gracchus, es un vino excelente. Que viva el patrón.

—Es una pena que haya muerto hoy. Era un buen hombre y se ha ido en paz. Niños ya crecidos y bien educados permanecieron en su cama mientras agonizaba, a los pies de la cania se desmayó la mujer; su último pensamiento, sin embargo, fue para mí. Un buen hombre, de Hamburgo.

—¡Santo cielo! De Hamburgo, y tú sabes aquí, en el sur, que ha muerto hoy.

—¿Pero cómo? ¿Y no voy a saber cuándo muere mi patrón? Eres muy ingenuo.

—¿Pretendes insultarme?

—No, en absoluto, lo hago contra mi voluntad. Pero no debes asombrarte tanto, sino beber más vino. Con los patronos sucede lo siguiente: la barca originalmente no pertenecía a nadie.

—Gracchus, un favor. Dime primero, resumiéndolo, cuál es tu situación real. Para decirte la verdad, no lo sé muy bien. Para ti son, naturalmente, cosas evidentes, y presupones, pues ése es tu modo de pensar, los conocimientos que posees en todo el mundo. Pero en la corta vida de los hombres —la vida es corta, Gracchus, intenta comprenderlo—, en la corta vida de los hombres, digo, no hay tiempo para nada, pues hay que emplearlo en sacar adelante la familia. Tan interesante como es el cazador Gracchus —éste es mi convencimiento y ninguna adulación—, no hay tiempo para pensar en él, de informarse acerca de él, más aún, no hay ni siquiera tiempo para preocuparse de él. Tal vez en el momento de la muerte, como el de Hamburgo, eso no lo sé. Quizás agonizando en la cama ese hombre laborioso tuvo por vez primera tiempo para estirarse y dedicar algunos de sus ociosos pensamientos al verde cazador Gracchus. En otro caso, como ya he dicho: yo no sabía nada de ti, estaba aquí, en el puerto, por asuntos de negocios, vi la barca, la pasarela estaba dispuesta y pasé por ella. Pero ahora quisiera saber algo de ti.

—Bah, algo concerniente a mí. Las viejas historias de siempre. Todos los libros están repletos de ellas, en todas las escuelas las pintan los maestros en la pizarra; las madres sueñan con ellas mientras el bebé mama del pecho. Y vienes tú y preguntas por algo concerniente a mí. Has debido de tener una juventud especialmente abandonada a la vida licenciosa.

—Es posible, como es propio de la juventud. Pero a ti te sería de gran utilidad, según creo, que te fijaras un poco en el mundo. Por extraño que te parezca, casi me llego a asombrar por ello, pero así es, tú no eres el tema de las conversaciones en la ciudad; a pesar de que se habla de muchas cosas, tú no estás entre ellas, el mundo sigue su curso, y tú sigues tu viaje, pero nunca hasta ahora había reparado en que se hubieran cruzado.

—Ésas son tus observaciones, querido, otros han hecho otras distintas. Aquí hay dos posibilidades. O te callas lo que sabes de mí y lo haces con una intención oculta. En este caso te digo con toda sinceridad: vas descaminado. O, la segunda posibilidad, realmente no crees poder acordarte de mí porque confundes mi historia con la de otro. En este caso sólo te digo: Yo soy..., no, no puedo, ¡todo el mundo lo sabe y precisamente yo te lo

tengo que contar! Hace ya tanto tiempo. ¡Pregunta a los historiadores! Ellos contemplan en sus habitaciones con la boca abierta lo ocurrido hace mucho tiempo y lo describen ininterrumpidamente. Ve a verlos y regresa luego. Hace tanto tiempo. ¿Cómo puedo conservarlo en este cerebro tan repleto?

—Espera, Gracchus, te lo haré más fácil, te preguntaré algo. ¿De dónde eres?

—De la Selva Negra, como ya se sabe.

—Naturalmente, de la Selva Negra. Y allí te dedicabas a cazar en el siglo IV.

—Pero, hombre, ¿conoces la Selva Negra?

—No.

—No sabes absolutamente nada. El hijo pequeño del piloto sabe más que tú, mucho más. ¿Quién te ha impulsado a entrar? Es la fatalidad. Tu modestia inicial estaba bien fundada. Eres una bota

vacía que relleno de vino. Ni siquiera conoces la Selva Negra. Hasta los veinticinco años cacé allí. Si no me hubiera atraído la gamuza, ahora lo sabes, habría tenido una bella y larga vida de cazador, pero la gamuza me atrajo, yo me despeñé y me maté golpeándome con las piedras. Aquí estoy, muerto, muerto, muerto. No sé por qué estoy aquí. Me cargaron en la barca, como se debe hacer, un pobre muerto con el que hicieron tres, cuatro maniobras, como con todos, ¿por qué hacer excepciones con el cazador Gracchus? Todo estaba en regla, yo yacía bien estirado en la barca...

35. EL CUBO DE CARBÓN[35]

Gastado todo el carbón; el cubo vacío; inútil el badil; la calefacción respirando frío; la habitación como un hálito gélido; ante la ventana árboles rígidos cubiertos de escarcha; el cielo, un escudo de plata contra el que busca su ayuda. Tengo que conseguir carbón; no puedo congelarme; detrás de mí la inmisericorde calefacción, ante mí el cielo inmisericorde; por consiguiente tengo que cabalgar justo entre los dos y buscar ayuda en el medio, en la carbonería. Pero el carbonero ya queda indiferente ante mis habituales súplicas; tengo que probarle que ya no tengo la más mínima cantidad de polvo carbonífero y que, por tanto, él, para mí,

significa el sol en el firmamento. Tengo que aparecer como el mendigo que, agonizando de hambre, quiere morir en el umbral de la puerta y al que, por esa causa, la cocinera se decide a darle los restos del último café; del mismo modo, el carbonero, furioso, pero sumiso al rayo del mandamiento: «¡No matarás!», tendrá que echar en el cubo un badil entero.

Mi ascensión lo decidirá; monto, por tanto, en el cubo. Como jinete de cubos, la mano arriba, en el asidero, en los arrees más simples, giro con dificultad bajando las escaleras; abajo, sin embargo, mi cubo despega; espléndido, espléndido; camellos, bien afianzados al suelo, no suben, agitándose bajo la fusta de su jinete, con más belleza. Avanzo a través de la calle helada con un trote regular; con frecuencia asciendo hasta la altura del primer piso; nunca llego a descender hasta la puerta de la casa. Y a una altura extraordinaria oscilo ante la bóveda del sótano del carbonero, en el que él, allí abajo, permanece agachado frente a una mesita y escribe; para dejar salir el exceso de calor, ha dejado la puerta abierta.

—¡Carbonero! —grito con la voz cavernosa y cauterizada por el frío, envuelto por las nubes de vaho provocadas por la respiración— ¡Por favor, carbonero, dame un poco de carbón! Mi

cubo está tan vacío que puedo cabalgar sobre él. Sé bueno.
Pagaré hasta donde pueda.

El carbonero pega la mano a la oreja.

—¿Oigo bien? —pregunta sobre su hombro a su mujer, que teje en la silla junto a la calefacción—. ¿Oigo bien? Un cliente.

—No oigo nada —dice la mujer, inspirando y espirando tranquilamente sobre la aguja de tejer, con la espalda confortablemente caliente.

—Oh, sí —grito yo—, soy yo, un antiguo cliente; muy leal, sólo que por el momento sin medios.

—Mujer —dice el carbonero—, es alguien; no puedo equivocarme tanto; tiene que ser un cliente muy, muy antiguo, que sabe hablarme al corazón.

—Pero qué dices, esposo —y apoya un instante, descansando, la labor en el pecho—, no es nadie, la calle está vacía; toda nuestra

clientela está servida; podemos cerrar el negocio durante unos días y descansar.

—Pero yo estoy aquí, sentado sobre el cubo —grito, y lágrimas impasibles del frío me nublan la vista—, por favor, mirad hacia arriba; me descubriréis en seguida; pido un badil lleno, y si me dais dos me haríais completamente feliz. El resto de la clientela ya se ha provisionado. ¡Ay, si lo oyera ya caer en el cubo!

—Ya voy —dice el carbonero y, paticorto, quiere subir la escalera del sótano, pero la mujer ya está a su lado, le sostiene firmemente por el brazo y dice:

—Te quedas aquí. Si no dejas el capricho, subiré yo. Recuerda la tos tan fuerte de esta noche. Pero por un negocio, aunque sea imaginario, olvidas mujer e hijo y sacrificas tus pulmones. Yo iré.

—Entonces dile todos los tipos de carbón que tenemos en el depósito, yo te gritaré los precios.

—Bien —dice la mujer, y sube hasta la calle. Naturalmente me ve en seguida.

—Señora carbonera —grito—, mis saludos más respetuosos; sólo un badil de carbón, aquí mismo, en el cubo. Por supuesto que se lo pagaré todo, pero no ahora mismo, no ahora mismo.

Qué sonido más similar al de las campanas poseen las palabras «no ahora mismo», y cómo se mezclan, confundiendo los sentidos, con el sonido nocturno procedente del campanario próximo.

—¿Qué quiere? —grita el carbonero.

—Nada —responde la mujer—, no es nadie, no veo a nadie, no oigo nada; sólo están tocando las seis, y cerramos. Hace un frío terrible; mañana tendremos con toda probabilidad mucho trabajo.

Ni ve ni oye nada, no obstante se desata la cinta del delantal e intenta ahuyentarme con él. Por desgracia lo logra. Mi cubo posee todas las ventajas de un animal de monta; resistencia no tiene, es demasiado ligero; un delantal de mujer le hace despegar las patas del suelo.

—¡Tú, perversa! —le grito, mientras ella regresa hacia la tienda, con actitud mitad despreciativa mitad satisfecha, golpeando el aire con la mano.

—¡Tú, perversa! Te he pedido un badil de la peor calidad y no me lo has dado.

Y dicho esto subo hasta las regiones de las cumbres nevadas y allí me pierdo en el

«Nuncamásmeverás».

36. CHACALES Y ÁRABES[36]

Habíamos acampado en un oasis. Mis compañeros dormían. Un árabe, alto y blanco, pasó por donde yo estaba. Acababa de abastecer a su camello y se dirigía a su lugar de reposo.

Me eché de espaldas sobre la hierba; deseaba dormir, pero no podía; un chacal aullaba en la lejanía; me senté de nuevo y lo que había estado tan lejos estaba de repente muy cerca. Una manada de chacales, a mi alrededor; ojos de una opacidad áurea que

brillaban y se apagaban; cuerpos enjutos, cuyos movimientos parecían dirigidos, regular y diestramente, por un látigo.

Uno de ellos vino desde atrás, se metió por debajo de mi brazo, pegado a mi cuerpo, como si necesitase mi calor, luego se puso delante de mí y, mirándome frente a frente, dijo:

—Soy el chacal más viejo a lo largo y a lo ancho de esta región. Estoy contento de poder saludarte aquí. Casi había perdido la esperanza, pues hemos esperado mucho tiempo tu llegada; mi madre ha esperado, y su madre, y todas las madres hasta llegar a la madre de todos los chacales. ¡Debes creerme!

—Me sorprende —dije, y olvidé encender la hoguera para mantener alejados a los chacales con el humo—, me sorprende oír algo así. He venido casualmente del lejano norte y mi viaje es muy corto. ¿Qué queréis de mí, chacales?

Y como alentados por esa, tal vez, demasiado amigable respuesta, estrecharon su círculo en torno a mí; todos jadeaban.

—Sabemos —dijo el más viejo— que vienes del norte, precisamente en esta circunstancia se funda nuestra esperanza. Allí hay un entendimiento que falta aquí, entre los árabes. De este frío orgullo, ya sabes, no se puede hacer saltar la más mínima chispa de entendimiento. Matan a los animales para comérselos y desprecian la carroña.

—No hables tan alto —dije yo—, hay árabes que duermen en las proximidades.

—Se ve que realmente eres un extranjero —dijo el chacal—, si no sabrías que, en toda la Historia Universal, aún no ha habido un chacal que haya temido a un árabe.

¿Deberíamos acaso temerlos? ¿No es suficiente desgracia que nos hayan arrojado entre ese pueblo?

—Puede ser, puede ser —dije yo—, no puedo formarme un juicio de cosas que me son tan ajenas. Parece tratarse de una disputa muy antigua, es decir que se lleva en la sangre, así que, probablemente, acabará con sangre.

—Eres muy listo —dijo el viejo chacal, y todos respiraron aún más rápido, con pulmones agitados, aunque no se movían de su sitio; un olor amargo surgía de sus fauces abiertas, sólo soportable a veces con los dientes apretados—, eres muy listo; lo que dices coincide perfectamente con nuestra vieja doctrina. Si les quitamos toda la sangre, la disputa se habrá terminado.

—¡Oh! —dije con más vehemencia de la que pretendía—, se defenderán; abatirán manadas con sus fusiles de pedernal.

—No nos entiendas mal —dijo él—, se trata de una manera de obrar humana, que tampoco se ha perdido en el lejano norte. No los mataremos. El Nilo no tendría agua suficiente para lavarnos su sangre y purificarnos. Huimos con sólo contemplar sus cuerpos vivientes, buscamos aire puro, nos internamos en el desierto que, por eso, es nuestra patria.

Y todos los chacales en derredor, a los que se habían ido sumando otros muchos venidos de lejos, escondieron las cabezas entre las patas delanteras y las restregaron con ellas; era como si quisieran ocultar una aversión tan terrible que me hubiera gustado huir dando un salto por encima de aquel cerco.

—¿Qué pensáis hacer entonces? —pregunté, y quise levantarme, pero no pude, dos animales jóvenes me sujetaban fuertemente con sus mandíbulas desde atrás, mordiendo la chaqueta y la camisa; tuve que seguir sentado.

—Sostienen tu cola —dijo el viejo chacal solemne, aclarando la situación— en señal de respeto.

—¡Que me suelten! —grité, volviéndome ya hacia el viejo chacal ya hacia los jóvenes.

—Lo harán, naturalmente —dijo el viejo—, si así lo quieres. Pero durará un rato, pues, según la costumbre, han mordido profundamente y ahora tendrán que ir aflojando lentamente las mandíbulas. Mientras tanto escucha nuestra petición.

—Vuestra conducta no me ha predispuesto favorablemente hacia vuestros ruegos —

dije yo.

—No nos eches en cara nuestra torpeza —dijo él, y adoptó como ayuda el tono quejumbroso natural de su voz—, somos pobres animales, sólo tenemos nuestras dentaduras; para todo lo que queremos hacer, sea bueno o malo, sólo nos podemos valer de la dentadura.

—Bien, ¿qué deseas de mí? —pregunté, apenas aplacado.

—¡Señor! —exclamó, y todos los chacales aullaron; me pareció oír una remota melodía—. Señor, tú debes poner fin a la disputa que divide el mundo. Tal y como tú eres, así describieron nuestros antepasados al que lo realizaría. Queremos que los árabes nos dejen en paz; aire respirable; que quede libre la vista de ellos hasta el horizonte; ningún lamento más de un carnero degollado por un árabe; cualquier animal debe reventar tranquilo; que podamos beber su sangre y limpiarlos hasta los huesos sin ser molestados. Pureza, sólo deseamos pureza —y se pusieron a llorar, todos sollozaron—. ¿Cómo puedes soportar vivir en este mundo, tú, de un corazón tan noble y de tan dulces entrañas? Sucio es su blanco; sucio es su negro; su barba es horrible; escupimos de repugnancia sólo con ver el rabillo de sus ojos; y si levantan el brazo, es como si se abriera en la axila la puerta del infierno. ¡Por eso, oh, señor, por eso, oh, digno señor, con la ayuda de tus

todopoderosas manos, con la ayuda de tus todopoderosas manos córtales el gaznate con estas tijeras!

Y obedeciendo un gesto de su cabeza, uno de los chacales trajo una pequeña y oxidada tijera de costura en uno de sus colmillos.

—¡Finalmente las tijeras y con eso se acabó! —gritó el guía árabe de nuestra caravana, que se había deslizado hasta nosotros desde la dirección opuesta al viento, y ahora empuñaba su enorme látigo.

Todos los chacales se dispersaron en seguida, pero se reagruparon no muy lejos, apretándose entre ellos con tal rigidez que parecían una valla estrecha revoloteada por fuegos fatuos.

—Así que, señor, usted también ha visto y oído todo este teatro —dijo el árabe, que rió tan alegremente como lo permitía la actitud reservada de su tribu.

—¿Entonces ya sabes lo que quieren los animales? —pregunté yo.

—Naturalmente, señor —dijo él—, todos lo saben. Mientras haya árabes, esas tijeras errarán por el desierto y deambularán con nosotros hasta el final de los días. Se las ofrecen a todos los europeos para la gran obra; cualquier europeo les parece el elegido. Esos animales albergan una esperanza absurda; locos, son auténticos locos. Nosotros los amamos precisamente por eso; son nuestros perros; más bellos que los vuestros. Pero mira, un camello ha muerto durante la noche, he hecho que lo traigan aquí.

Cuatro portadores llegaron y arrojaron el pesado cadáver ante nosotros. Apenas tocó el suelo, los chacales alzaron sus voces. Como si cada uno de ellos hubiera sido irresistiblemente atraído por una cuerda, se acercaron, paso a paso, arrastrando el cuerpo por el suelo. Habían olvidado a los árabes, habían olvidado el odio, la presencia de aquel cuerpo cubierto de sudor los hechizaba y les hizo olvidar todo. Uno de ellos ya colgaba del cuello y encontró la carótida al primer mordisco. Como una pequeña bomba de agua frenética que pretende, por todos los medios aunque sin esperanza, apagar un incendio demasiado poderoso, así se distendían y contraían todos los músculos de su cuerpo. Y ya se acumulaban todos, como una montaña, sobre el cadáver realizando el mismo trabajo.

En ese momento, el guía de la caravana blandió con fuerza el látigo sobre ellos. Levantaron las cabezas, ebrios e impotentes; miraron a los árabes ante sí; comenzaron a probar el látigo en los hocicos; saltaron hacia atrás y retrocedieron un trecho. Pero la sangre humeante del camello salía a torrentes por las heridas, el cuerpo del animal había sido desgarrado a mordiscos. No podían resistirlo; otra vez estaban allí; el guía blandió de nuevo el látigo; sujeté su brazo.

—Tienes razón, señor —dijo él—, les dejaremos que cumplan con su labor; además, es hora de partir. Ya los has visto. Animales asombrosos, ¿verdad? ¡Y cómo nos odian!

37. EL NUEVO ABOGADO[37]

Tenemos un nuevo abogado, el Dr. Bucéfalo. En su aspecto externo no nos recuerda mucho la época en que fue caballo de batalla de Alejandro el Macedonio. Quien esté familiarizado con las circunstancias, puede notar algo. Pero hace poco contemplé cómo un simple auxiliar del juzgado seguía con la mirada experta del pequeño asiduo de las carreras cómo el abogado, elevando considerablemente los muslos, subía peldaño a peldaño las escaleras, con pasos que resonaban en el mármol.

En general, el colegio de abogados aceptó el ingreso de Bucéfalo. Con asombrosa perspicacia se dice que Bucéfalo se encuentra en una difícil situación en el orden social actual; esto, sumado a su significación en la Historia Universal, obliga a que se le haga frente. Hoy, eso no lo puede negar nadie, ya no hay ningún gran Alejandro, aunque de matar entienda más de uno. Tampoco se puede decir que falte habilidad en lancear al amigo sobre la mesa del banquete. Y, para muchos, Macedonia es demasiado pequeña, por lo que maldicen a Filipo, el padre; sin embargo, nadie, nadie puede conducir a la India. Ya antaño las puertas de la India eran inalcanzables, pero la dirección hacia ellas estaba marcada por la espada real. Hoy las puertas están en otro sitio, más elevado y lejano; nadie muestra la dirección; muchos blanden espadas, pero sólo para manotear, y la mirada que las quiere seguir se extravía.

Tal vez lo mejor sea enfrascarse en los códigos como ha hecho Bucéfalo. Soberano, liberados los flancos de las piernas del jinete, lee y pasa las páginas de nuestros viejos libros a la sosegada luz de la lámpara y lejos del estruendo de la batalla de Alejandro.

38. AYER VINO UNA DEBILIDAD[38]...

Ayer vino una debilidad a mi casa. Vive en la casa de al lado, con frecuencia la he visto desaparecer agachándose por la puerta. Una gran dama con un vestido largo y ondulante, tocada con un sombrero ancho adornado de plumas. Llegó con prisas, atravesando susurrante la puerta, como un médico que teme haber llegado demasiado tarde a visitar a un enfermo que se apaga.

—¡Anton! —exclamó con voz profunda, aunque jactanciosa—, ya llego, ya estoy aquí. Se dejó caer en el sillón que le señalé.

—Vives muy alto, muy alto —dijo suspirando.

Hundido en mi butaca, asentí. Innumerables, uno detrás de otro, saltaron ante mi vista los peldaños de la escalera que conducía a mi habitación, pequeñas olas incansables.

—¿Por qué hace tanto frío? —preguntó, y se quitó los viejos y largos guantes de esgrima, a continuación los arrojó sobre la mesa y me miró con la cabeza inclinada, parpadeando.

Me parecía como si yo fuera un gorrión que ejercitara en la escalera mis saltos y ella descompusiera mi suave plumaje gris.

—Siento con toda el alma que me anheles tanto. Sumida en la tristeza, he visto tu rostro con frecuencia, consumido de pena, cuando estabas en el patio y mirabas hacia mi ventana. Bueno, no me caes mal y aún no tienes mi corazón, así que puedes conquistarlo.

39. TENDRÍA QUE[39]...

Tendría que haberme ocupado mucho antes de lo que sucede con esta escalera, de las circunstancias que la determinan, de lo que se puede esperar y de cómo se debería interpretar. Tú no has oído nada de esta escalera, me dije como disculpa, y en los periódicos y libros, sin embargo, se comenta todo lo habido y por haber. Pero sobre esta escalera no he leído nada. Puede ser, me respondí a mí mismo, has debido de leer mal. Con frecuencia te distraías, dejabas párrafos enteros sin leer, incluso te has conformado con los titulares, tal vez se había mencionado la escalera y pasaste el pasaje por alto. Y permanecí de pie un instante meditando sobre esta objeción. De repente creí recordar que una vez había leído en un libro infantil algo referente a una escalera similar. No había sido mucho, quizá sólo la mención de su existencia; eso no me servía para nada.

40. LA CONSTRUCCIÓN DE LA MURALLA CHINA[40]

La Muralla China fue terminada en su extremo septentrional. Allí se unió, después de avanzar simultáneamente desde el sudoeste y desde el sudeste. Este sistema de construcción por secciones se aplicó, en pequeña escala, a los dos grandes ejércitos de trabajadores, el ejército del este y el del oeste. Se formaron grupos de unos veinte trabajadores con la misión de construir una sección de la muralla de unos quinientos metros de longitud; al mismo tiempo, un grupo iba a su encuentro construyendo una muralla de la misma extensión. Pero después de unirse, no se seguía construyendo la muralla al final de los mil metros, sino que se enviaba a los trabajadores a otras regiones para continuar allí la construcción. Este método de trabajo dejó muchos huecos, que, poco a poco, se fueron rellenando, algunos aun después de que se hubiera anunciado oficialmente la terminación de la muralla. No obstante, parece que hay huecos que jamás se han cerrado, según algunos equivalen a una longitud superior a la muralla construida, pero esta afirmación pertenece, probablemente, a una de las muchas leyendas que se han tejido en torno a la construcción, y que ningún hombre aislado sería capaz de verificar, al menos con sus propios ojos y escalas, a causa de su formidable extensión.

Se podría pensar que habría sido más ventajoso construir desde un principio de un modo coherente o, al menos, de un modo coherente en el ámbito de las dos secciones. La muralla, sin embargo, como se divulgó y es conocido por todos, se ideó como protección contra los pueblos del Norte. Pero ¿cómo puede proteger una muralla inconexa? Una muralla así no sólo no puede proteger, sino que ella misma está en peligro. Fragmentos aislados de muralla en regiones inhóspitas pueden ser destruidos fácilmente por los nómadas, sobre todo porque éstos, en aquel tiempo, asustados por las obras de la muralla, desplazaban sus campamentos con incomprensible rapidez, como si fueran langostas viajeras y, tal vez por esta razón, poseían una visión más completa acerca de los progresos de la obra que nosotros, los constructores. No obstante, la obra no se podía realizar de un modo distinto al que se realizó. Para comprenderlo hay que considerar lo siguiente: la muralla tenía que ser una obra defensiva para los siglos venideros, la obra más concienzuda, la aplicación de los conocimientos en materia de construcción de todas las épocas y pueblos conocidos; por lo tanto, era necesario un sentimiento duradero de responsabilidad personal en los trabajadores como requisito indispensable para su labor. En las ocupaciones más bajas se podía emplear a jornaleros ignorantes pertenecientes al pueblo, hombres, mujeres y niños, quienquiera

que se ofreciese para ganar un buen dinero; pero ya para dirigir a cuatro jornaleros se requería un hombre instruido en el ramo de la construcción, un hombre que fuera capaz de identificarse con todo su corazón con el proyecto que se realizaba. Y cuantos más trabajadores se tuvieran a cargo, mayores eran, naturalmente, las exigencias. Hombres así ofrecieron sus servicios; aunque no en la cantidad que la obra requería, sí en gran número. No se había emprendido la obra de un modo irreflexivo. Cincuenta años antes del comienzo de la construcción, se había declarado en toda China, es decir en el área inmensa que debía ser amurallada, el arte de la

construcción, especialmente la albañilería, como la ciencia más importante, y todo lo demás sólo adquiriría reconocimiento en cuanto estaba en relación con ella. Aún recuerdo muy bien cómo, siendo niños, apenas seguros sobre nuestras piernas, permanecíamos en el jardincito del maestro y teníamos que construir una suerte de muralla con guijarros, luego el maestro se remangaba los faldones, corría hacia la muralla y lo tiraba todo por los suelos; a continuación nos hacía reproches tan severos por la inconsistencia de nuestra obra que corríamos llorando a buscar a nuestros padres. Un suceso nimio, pero significativo respecto al espíritu del tiempo. Tuve la suerte de que precisamente comenzase la construcción de la muralla cuando aprobé el examen superior de la escuela, a los veinte años de edad. Digo

suerte, ya que muchos, que con anterioridad habían alcanzado el máximo nivel en la educación a la que podían tener acceso, no supieron, durante años, qué hacer con sus conocimientos, vagando inútilmente de un lado a otro con las cabezas repletas de los proyectos más grandiosos; un gran número de ellos frustraron sus carreras. Pero aquellos que llegaron a la construcción como maestros de obras, aunque en los rangos inferiores, fueron dignos de ella, eran hombres que habían meditado mucho sobre la obra, que la seguían estudiando y que al colocar la primera piedra en el suelo en cierta medida sentían cómo crecía. Por supuesto que a esos hombres les impulsaba no sólo el afán de realizar un trabajo concienzudo, sino también la impaciencia de poder ver, al final, la obra acabada. El jornalero no conocía esa impaciencia, a él sólo le impulsaba el jornal. También los jefes de mayor rango, aun los de un rango mediano, veían lo suficiente de la dispersa construcción para permanecer fuertes de ánimo, pero para los inferiores, para aquellos hombres cuya capacidad intelectual estaba por encima de sus aparentes pequeñas competencias, había que encontrar otra solución. No se les podía encomendar, por ejemplo, que se dedicaran a poner piedra sobre piedra en una zona montañosa deshabitada, a cientos de millas de su hogar, durante meses, e incluso años. El desánimo que les produciría un trabajo tan diligente, pero irrealizable en el periodo de una larga vida humana, los habría llevado a la desesperación y, ante todo, los habría incapacitado para realizar el trabajo. Por esta razón se eligió el

sistema de construcción por secciones. En unos cinco años se podían terminar quinientos metros de muralla, entonces los maestros de obras, por regla general, estaban mortalmente agotados, habían perdido toda la confianza en sí mismos, en la construcción y en el mundo. No obstante, se aprovechaba el estado de euforia provocado por la celebración de la unión de los mil metros de muralla para enviarlos lejos, muy lejos, para que así pudieran ver durante el viaje cómo se levantaban aquí y allá otros fragmentos de muralla y tomaran contacto con otros acantonamientos, bajo las órdenes de jefes superiores, que los agasajaban con condecoraciones. En su gira triunfal también tenían la oportunidad de escuchar los gritos de júbilo de los nuevos ejércitos de trabajadores, que acudían desde las profundidades del país, veían cómo se talaban bosques enteros, con cuya madera se fabricaban los andamios, veían cómo las montañas se transformaban en canteras para obtener los sillares, escuchaban en las ciudades sagradas los cánticos piadosos en los que se rogaba por la feliz conclusión de la obra; todo esto lograba mitigar su impaciencia; la vida tranquila en su tierra natal, en la que podían permanecer un tiempo, los fortalecía; el prestigio del que

gozaban todos los que se dedicaban a la construcción, la crédula humildad con que se escuchaban sus informes, la confianza del simple ciudadano en la finalización de la obra, todo eso

templaba las cuerdas del alma. Se despedían de sus paisanos como niños eternamente esperanzados; las ansias de trabajar otra vez en aquella obra popular les resultaban irresistibles, por lo que partían aun antes de que fuera necesario. La mitad de la población del pueblo los acompañaba durante un largo trecho, en todos los caminos saludos, banderas y gallardetes, nunca habían visto lo grande, rico, bello y digno de ser amado que era su país; todo compatriota era un hermano para el que se construía un muro de protección, favor que éste agradecería durante su vida con todo lo que poseía, incluso con su propia persona. ¡Unidad! ¡Unidad! Pecho con pecho, una danza del pueblo; la sangre, liberada del angosto sistema circulatorio, fluyendo y retornando dulcemente por la China infinita.

Así se comprende el sistema de construcción fraccionado, pero también existían otros motivos para obrar de este modo. No es extraño, pues, que me haya entretenido en este tema, resulta una cuestión fundamental en lo que respecta a la construcción de la muralla, por muy irrelevante que parezca en un principio. Si quiero transmitir y hacer comprensibles la mentalidad y experiencias de aquella época, nunca podré profundizar lo suficiente en este tema.

En primer lugar, hay que reconocer que en aquella época se lograron rendimientos casi equiparables a los de la Torre de Babel, y que, sin embargo, en lo que se refiere al beneplácito divino, al menos según cálculos humanos, representan todo lo contrario. Menciono esto porque en los inicios de la construcción de la muralla, un erudito escribió un libro en el que realizaba una comparación muy ajustada. Intentaba demostrar que el fracaso de la Torre de Babel no fue causado por las circunstancias generalmente admitidas o que, entre éstas, no se encontraban las principales. Sus pruebas no sólo consistían en escritos e informes, sino que, según él, había emprendido investigaciones en el lugar y había llegado a la conclusión de que la obra fracasó a causa de la debilidad de los cimientos, es decir, que estaba condenada al fracaso desde el principio. En este aspecto, nuestra época era muy superior a aquélla tan lejana, cada contemporáneo nuestro era casi un albañil profesional e infalible en materia de cimentación. Pero el erudito no apuntaba hacia ese hecho, iba mucho más lejos. Afirmaba que precisamente con la gran muralla se pondría por primera vez en la historia de la Humanidad un cimiento seguro para levantar una nueva Torre de Babel. De modo que primero la muralla y luego la torre. El libro, antaño, corría de mano en mano, pero reconozco que aún hoy no llego a comprender muy bien cómo se imaginaba esa torre. ¿Acaso la muralla, que ni siquiera formaba un círculo, sino sólo una suerte de semicírculo o cuarto de círculo, tendría que servir como

fundamento de una torre? Eso sólo se podía decir en abstracto. Pero ¿para qué si no la muralla, que era algo real, resultado del esfuerzo y de la vida de cientos de miles de personas? ¿Y por qué existían planos de la obra, por cierto bastante nebulosos, que incluían una torre y se habían realizado propuestas detalladas de cómo se debería emplear con la máxima eficacia la fuerza popular para la futura nueva obra? En aquel tiempo había

—este libro es sólo un ejemplo— mucha confusión mental, tal vez porque muchos

intentaban reunirse para un único objetivo. El ser humano, imprudente en sus motivaciones, de naturaleza similar al polvo volátil, no soporta ninguna atadura; si se encadena a sí mismo, comenzará pronto a intentar desasirse como un loco de las cadenas y hará pedazos el muro, las cadenas y a sí mismo, desperdigándolo todo por los cuatro puntos cardinales.

Es posible que estas consideraciones, contrarias incluso a la construcción de la muralla, no quedasen desatendidas por la jefatura a la hora de decidir la construcción por secciones.

Nosotros —aquí hablo en nombre de muchos— hemos comenzado a conocernos y a encontrarnos a nosotros mismos después de deletrear las ordenanzas de la jefatura suprema; sin ésta, ni nuestra sabiduría escolar ni nuestro sentido común habrían

bastado para ejercer ni el más ínfimo de los cargos que ocupábamos en el ámbito de la gran obra. En la sede de la jefatura —nadie supo decirme dónde estaba y quién la ocupaba— circulaban todos los pensamientos y deseos humanos; en dirección contraria, todos los objetivos humanos y sus realizaciones. A través de la ventana, sin embargo, se filtraba el reflejo de los mundos divinos que caía sobre las manos que diseñaban los planos de la jefatura.

Y por esta razón el observador imparcial se resiste a admitir la consideración de que la jefatura suprema, si lo hubiera deseado realmente, no hubiera podido superar las dificultades que obstaculizaban una construcción coherente de la muralla. Por lo que sólo queda la conclusión de que la jefatura proyectaba la construcción por secciones. Pero este método era únicamente un recurso de urgencia e inadecuado. Así que queda la conclusión de que la jefatura quería algo inadecuado. Y, sin embargo, puede encontrar una justificación por otro lado. Tal vez hoy ya se puede hablar sobre ello sin peligro. Antaño se trataba de un axioma secreto de muchos, incluso de los mejores: «Intenta comprender con todas tus fuerzas las ordenanzas de la jefatura suprema, luego deja de pensar». Un axioma muy razonable que, además, encontró con posterioridad otra interpretación en un símil bastante repetido: «No dejes de seguir pensando porque pudiera

perjudicarte, no es seguro que te vaya a perjudicar. Aquí no se puede hablar de “perjudicar” o “no perjudicar”. Te ocurrirá como le ocurre al río en primavera. Crece su caudal, se vuelve más poderoso, nutre mejor la tierra de sus largas orillas, mantiene su propio ser incluso en el interior del mar, luego iguala en condición al mar y éste lo acoge en su seno. Hasta ese punto puedes pensar las ordenanzas de la jefatura. Pero luego el río inunda sus orillas, pierde sus contornos y sus meandros, su curso se torna más lento, intenta formar, contra su vocación, pequeños mares en tierra firme, daña los campos y no puede mantener mucho tiempo esa expansión, sino que fluye de nuevo en su lecho, e incluso llega a secarse de un modo lamentable en la próxima estación calurosa. Hasta ese punto no pienses las ordenanzas de la jefatura».

Puede ser que ese símil fuese muy acertado durante la construcción de la muralla, pero para el presente informe tiene una validez limitada. Mi investigación es sólo histórica, de pasadas nubes tormentosas ya no cae ningún rayo y, por consiguiente, tengo que buscar una aclaración para la construcción por secciones que vaya más allá de aquello con lo que en aquel tiempo se contentaban. Los límites que me impone mi capacidad mental son lo suficientemente estrechos, la zona que sería necesario atravesar, en cambio, es infinita.

¿Contra quién debería proteger esa gran muralla? Contra los pueblos del Norte. Yo provengo del sudeste de China. Ningún pueblo nórdico nos puede amenazar allí. Leemos en los libros de nuestros antepasados acerca de las crueldades que cometen conforme a su naturaleza, y suspiramos inquietos en nuestros apacibles cenadores; en los cuadros de los artistas, tan fieles a la realidad, vemos los rostros de la condenación, las fauces abiertas, las mandíbulas provistas de colmillos puntiagudos, los ojos perversos, como mirando de soslayo a la presa que van a destrozar con sus hocicos. Si los niños se portan mal, les enseñamos esas imágenes y corren llorando a abrazarse a nuestros cuellos. Pero no sabemos mucho más sobre esos pueblos del Norte, no los hemos visto y, si permanecemos en el pueblo, no los veremos jamás, ni siquiera si arremeten contra nosotros y nos persiguen sobre sus caballos salvajes; tan grande es nuestro país que no los dejará llegar hasta nosotros, se disiparán en el vacío.

¿Por qué, pues, siendo las cosas así, abandonamos el hogar, el río, los puentes, a los padres, a la mujer llorando, a los niños necesitados de educación, y nos trasladamos a la escuela de una remota ciudad y fijamos nuestros pensamientos más allá, en la muralla del norte? ¿Por qué? Pregúntaselo a la jefatura. Ella nos

conoce. Ella, que carga con terribles preocupaciones, sabe de nosotros, conoce nuestro oficio, nos ve a todos reunidos en la cabaña, y la oración que pronuncia el padre de familia por la noche en el ámbito de los suyos le resulta placentera o le disgusta. Y si puedo expresarme así sobre la jefatura, yo diría que ésta ya existía antes, aunque no convocaba reuniones urgentes como los altos mandarines, quienes, inspirados por un bello sueño matutino, y después de haber tomado una decisión a toda prisa, sacaban por la noche al pueblo de la cama con los redobles de tambores para ejecutar las resoluciones, aunque el motivo sólo fuera organizar el homenaje a un dios, que, el día anterior, se había mostrado favorable a los soberanos, y al que, no obstante, a la mañana siguiente, apenas apagados los farolillos, se molía a palos en un rincón oscuro. Más bien la jefatura existía desde siempre, al igual que la decisión de construir la muralla.

Durante la construcción de la muralla y también después de su conclusión, hasta el día de hoy, me he ocupado casi exclusivamente de la historia comparada de los pueblos —hay determinadas cuestiones a cuyo núcleo sólo se llega aplicando esos métodos—, y he encontrado que nosotros, los chinos, poseemos determinadas instituciones sociales y estatales de peculiar claridad, otras, en cambio, de peculiar oscuridad. Siempre me ha interesado, y aún me sigue interesando, averiguar

concretamente los motivos de este último fenómeno, y también la construcción de la muralla queda afectada por esta cuestión.

El Imperio, sin embargo, pertenece a nuestras instituciones más imprecisas. En Pekín, naturalmente, entre los cortesanos, existe cierta claridad, aunque es más aparente que real. También los profesores de Derecho Político y de Historia de las escuelas superiores afirman conocer muy bien esas peculiaridades y transmitir sus conocimientos a los

estudiantes, pero cuanto más se desciende en el sistema educativo más se desvanecen, comprensiblemente, las dudas acerca del propio saber, y los conocimientos superficiales se levantan como montañas alrededor de algunas máximas acrisoladas durante siglos, que, si bien no han perdido un ápice de verdad eterna, permanecen eternamente irreconocibles entre el polvo y la niebla.

En mi opinión, se debería consultar primero al pueblo en la cuestión imperial, ya que el Imperio posee en él su último apoyo. Aquí sólo puedo referirme de nuevo a mi tierra natal. Aparte de las divinidades rurales, cuyo culto, bello y variado, nos ocupa todo el año, todos nuestros pensamientos están dedicados al Emperador.

Pero no al actual o, mejor dicho, se hubiera podido incluir al actual, si le hubiéramos conocido o supiéramos algo específico de él. Ciertamente, siempre aspirábamos —era la única curiosidad que nos invadía—, a conocer algo en este sentido. Pero, por muy extraño que parezca, apenas era posible enterarse de algo, ni por los peregrinos que atravesaban todo el país, ni en los pueblos próximos o lejanos, ni por los barqueros, quienes no sólo surcaban los riachuelos, sino también los grandes ríos sagrados. No obstante, se podía escuchar mucho, pero de este mucho no se podía sacar nada. Nuestro país es tan grande, no hay leyenda que pueda describir su grandeza, apenas el cielo puede abarcarlo. Y Pekín es sólo un punto, y el palacio imperial un puntito. Sin embargo, el Emperador mismo es tan grande como todos los edificios del mundo. El Emperador viviente, no obstante, es un hombre como nosotros y descansa en su cama, bastante holgada, pero, en comparación, estrecha y corta, de un modo similar al que nosotros lo hacemos. Como nosotros, a veces se despereza y si está cansado bosteza con su boca delicadamente dibujada. ¿Cómo podríamos enterarnos de todo eso si vivimos a miles de millas, en el sur, y casi limitamos con las montañas tibetanas? Además, cualquier noticia, en el caso de que nos llegara, lo haría siempre demasiado tarde, ya hace tiempo que estaría anticuada. Alrededor del Emperador se arraciman los brillantes pero oscuros miembros de la Corte, el contrapeso del poder imperial, siempre esforzándose en derribar con flechas envenenadas al Emperador

de su pedestal. El poder imperial es inmortal, pero el Emperador en particular puede caer y precipitarse, dinastías completas se han hundido por entero y han dejado de existir con un único estertor. De todas estas luchas y sufrimientos el pueblo no quiere saber nada. Como llegados tarde, como forasteros en la ciudad, así permanecen apretados al final de las callejuelas laterales, comiendo tranquilamente de las viandas traídas, mientras mucho más adelante, en el centro de la plaza del mercado, se procede a ejecutar a su soberano.

Hay una leyenda que expresa muy bien esta relación. El Emperador, según cuenta, te ha enviado a ti, al mísero súbdito, sombra minúscula refugiada en los últimos confines del sol imperial, precisamente a ti te ha enviado un mensaje desde su lecho de muerte. Ha hecho que el mensajero se arrodille ante él y le ha susurrado el mensaje; tanto le iba en ello que ordenó que se lo repitieran al oído palabra por palabra. Ha asentido con la cabeza para confirmar la corrección del mensaje. Y ante todo el público que ha acudido a presenciar su muerte —todas las paredes que impedían la vista se han derribado, y los Grandes del Imperio permanecen en círculo a lo largo de la prolongada y ascendente escalera—, ante todos esos espectadores ha despachado al mensajero. Éste se ha puesto en

camino de inmediato. Un hombre fuerte, incansable, un nadador sin igual, estirando primero un brazo y luego el otro se abre paso entre la multitud, si encuentra resistencia se señala el pecho, donde luce el signo del sol, también sabe retroceder ligeramente como ningún otro. Pero la multitud es tan grande, y las estancias no conocen fin, si se abriera ante él un campo abierto, cómo volaría, pronto oirías los soberbios golpes de su puño en tu puerta. Pero en vez de eso, cuán inútilmente se esfuerza, aún intenta atravesar las estancias internas del palacio, nunca podrá llegar a atravesarlas, y si lo lograra, no habría ganado nada, pues tendría que abrirse camino para bajar las escaleras y, si lo lograra, tampoco habría ganado nada, pues tendría que pasar por los patios y, después de los patios, el segundo palacio que abarca al primero, y otra vez escaleras y patios, así, durante milenios, y si, finalmente, cayese ante la puerta exterior —algo que jamás, jamás puede ocurrir—, ante él se extendería la capital del Imperio, el centro del mundo, cubierta hasta los bordes de basura. Nadie puede abrirse paso a través de ella, y menos con el mensaje de un muerto a un ser insignificante. Pero tú te sientas en la ventana y sueñas con el mensaje cuando llega la noche.

Precisamente así, a un mismo tiempo esperanzado y desesperanzado, es como el pueblo ve a nuestro Emperador. No sabe qué Emperador gobierna e incluso existen dudas acerca del

nombre de la dinastía en el poder. En la escuela se aprenden estas dinastías de memoria, pero la inseguridad general es tan grande que hasta el mejor alumno queda confuso. En nuestros pueblos, Emperadores muertos hace largo tiempo acceden al trono y el que sólo vive en las canciones ha promulgado hace poco una ordenanza que el sacerdote lee ante el altar. Batallas de nuestra historia más remota se libran en la actualidad y el vecino, sofocado, irrumpe con la noticia en tu casa. Las mujeres del Emperador, cebadas y reclinadas en sus cojines de seda, apartadas por astutos palaciegos de las nobles costumbres, hinchadas por las ansias de dominio, estremecidas de codicia, entregadas a la lujuria, cometen sus fechorías una y otra vez; cuanto más tiempo ha transcurrido, más horribles lucen todos los colores y con gritos de dolor conoce el pueblo que una emperatriz, hace miles de años, bebió la sangre de su esposo a grandes tragos.

Así se representa nuestro pueblo a los emperadores del pasado, al actual, sin embargo, lo confunde con los muertos. Una vez, una sola vez en el periodo de una vida humana, un funcionario imperial, que viaja inspeccionando las provincias, viene también a nuestro pueblo, plantea cualquier exigencia en nombre del gobierno, examina las listas de impuestos, asiste a las clases de la escuela, pregunta al sacerdote acerca de nuestras actividades y

de nuestro comportamiento, luego, antes de subir a su palanquín, lo resume todo en largas amonestaciones ante la comunidad reunida en pleno; entonces una sonrisa se dibuja en todos los rostros, uno mira furtivamente al otro, nos inclinamos hacia los niños para que el funcionario no nos pueda ver, ya que, se piensa, él habla de un muerto como si estuviera vivo, ese Emperador hace tiempo que ha muerto, la dinastía se ha extinguido, el señor funcionario se burla de nosotros, pero hacemos como si no lo hubiéramos notado para no ofenderlo. En realidad, sólo obedecemos en serio a nuestro soberano actual, todo lo demás sería pecado. Y tras el palanquín del funcionario, que ya se aleja con prisa, salta uno cualquiera desde una urna rota y se erige, dando fuertes patadas en el suelo, en señor del pueblo.

Si alguien quisiera deducir de todos estos rasgos que nosotros, en realidad, no tenemos Emperador, no se hallaría muy lejos de la verdad. Tengo que decirlo una y otra vez: es muy posible que no haya un pueblo más fiel al Emperador en el sur que el nuestro, pero la fidelidad no beneficia en nada al Emperador. Ciertamente, en las afueras del pueblo se puede ver sobre la pequeña columna al dragón sagrado, que, desde que alcanza la memoria humana, lanza en homenaje su hálito de fuego en la

dirección de Pekín, pero Pekín es para los hombres del pueblo mucho más ajeno que la vida de ultratumba.

¿Realmente existe un pueblo en el que las casas se sucedan unas a otras, tapando los campos hasta una distancia muy superior a la que alcanza nuestra vista desde la colina? ¿Y entre esas casas vagan día y noche los seres humanos hombro con hombro? Más fácil que imaginarse una ciudad así, es creer que Pekín y su Emperador son uno, algo así como una nube, que, bajo el sol, va cambiando lentamente a lo largo de los tiempos.

La consecuencia de estas opiniones es una vida, en cierta medida, libre y sin imposiciones. De ningún modo inmoral, no he conocido en todos mis viajes una pureza moral como la de mi tierra; pero sí es una vida que no está sometida a leyes actuales y que sólo obedece las instrucciones expresas y las amonestaciones que han llegado hasta nosotros desde el pasado remoto.

Sin embargo, me guardo mucho de hacer generalizaciones, y no afirmo que eso mismo ocurra en todos los diez mil pueblos de nuestra provincia o, ni siquiera, en todas las quinientas provincias de China. No obstante, sí puedo, basándome en lo mucho que he leído sobre esta materia y en mis observaciones —especialmente durante la construcción de la muralla china, el material humano

proporcionaba a la persona perceptiva la oportunidad de viajar por las almas de todas las provincias—, en base a todo eso puedo decir que la noción dominante acerca del Emperador muestra siempre y en todas partes cierta semejanza con la de mi pueblo. Pero no haré valer esa noción como una virtud, todo lo contrario. En cierta medida resulta una consecuencia de la actuación culpable del gobierno, el cual, en el Imperio más antiguo de la tierra, ha descuidado, o se ha mostrado incapaz hasta el día de hoy de perfeccionar las instituciones imperiales con tal claridad que fuesen efectivas, de un modo directo y continuo, hasta en los últimos confines del Imperio. Por otra parte, también se puede hablar de una carencia de fe o de la facultad representativa en el pueblo, el cual no ha logrado sacar al poder imperial de su retraimiento en Pekín y llevarlo, lleno de vida y actualidad, hasta su pecho de súbdito, que no desea sino sentir ese contacto y perderse en él.

Esta noción no representa, pues, una virtud. Y mucho más llamativo resulta que precisamente esta debilidad parece ser uno de los lazos más importantes que unen a nuestro pueblo, aún más, me atrevería a decir que constituye el suelo sobre el que vivimos. Fundamentar aquí con todo detalle un reproche supondría no sólo hacer vacilar nuestras conciencias, sino, lo que es mucho más

enojoso, nuestras piernas. Y por eso mismo no quiero seguir profundizando en esta cuestión, al menos por el momento.

En este mundo descrito penetró la noticia de la construcción de la muralla, con unos treinta años de retraso desde su anuncio oficial. Fue una noche de verano. Yo, que en aquel tiempo contaba diez años de edad, estaba con mi padre en la orilla del río. A causa de la gran importancia de aquella hora tan famosa, me acuerdo hasta de los más pequeños detalles. Me cogía de la mano, eso le gustó hacerlo hasta una edad muy avanzada, y con la otra recorría su fina pipa como si se tratase de una flauta. Su larga barba, rala y rígida, se elevaba a causa del viento, pues, mientras disfrutaba de la pipa, miraba más allá del río, hacia el cielo. Cuanto más alzaba la vista, más descendía su coleta, objeto de veneración de los niños, rozando ligeramente la seda bordada en oro de su traje festivo. En aquel momento se detuvo una barca ante nosotros, el barquero hizo una señal a mi padre para que bajase una escalera y subió por ella a su encuentro. Llegados a la mitad de la escalera, el barquero le susurró algo a mi padre en el oído; para llegar más cerca de él, lo abrazó. No comprendí lo que decían, sólo vi que mi padre no parecía creer lo que oía, el barquero intentó acentuar la verdad de lo dicho; mi padre continuó escéptico; finalmente, cuando el barquero, haciendo gala del apasionamiento del gremio, casi se rasga la pechera del traje para demostrar que estaba diciendo la verdad, mi padre se

tornó más tranquilo. El barquero saltó entonces con gran ruido a la barca y partió. Mi padre se volvió, pensativo, hacia mí, golpeó la cazoleta de la pipa para vaciarla y se la guardó en el cinturón, luego me acarició la mejilla y llevó mi cabeza a su costado. Eso era lo que más le gustaba hacer, a mí me alegraba mucho y así llegamos a casa. Allí ya humeaba la papilla de arroz en la mesa, algunos huéspedes se habían reunido, en ese momento se estaba escanciando el vino en los vasos. Sin parar mientes, comenzó a contar todo lo que le habían dicho. De las palabras no conservo, naturalmente, ningún recuerdo, pero el sentido, debido a lo extraordinario de las circunstancias, por las que hasta un niño se sentía compelido, penetró en mi interior con tal profundidad que puedo atreverme a reproducir una suerte de tenor literal. Lo hago porque es significativo en relación con la idea que se impuso en el pueblo. Mi padre dijo algo como:

41. UN VIEJO MANUSCRITO[41]

Es como si se hubieran desatendido muchas cosas en la defensa de nuestra patria. Hasta ahora no nos hemos preocupado por ella y nos hemos retrasado en nuestro trabajo. Sin embargo, los acontecimientos de los últimos tiempos nos causan alarma.

Tengo una zapatería en la plaza, ante el palacio imperial. Apenas abro al alba mi tienda, ya veo todas las entradas que desembocan en la plaza ocupadas por gente armada. Pero no son nuestros soldados, sino, por lo visto, nómadas del norte. De un modo incomprensible para mí han logrado penetrar hasta la capital, que se encuentra muy lejos de la frontera. En todo caso, aquí están; parece que cada mañana son más.

Acampan bajo el cielo abierto, como corresponde a su naturaleza, ya que aborrecen las casas. Ocupan el tiempo en afilar las espadas y las puntas de las flechas, así como en ejercitarse con los caballos. De esta tranquila plaza, siempre mantenida limpia con temor, han hecho un auténtico establo. No obstante, nosotros intentamos alguna vez salir de nuestros negocios y quitar al menos la basura más visible, pero ocurre cada vez menos, pues el esfuerzo resulta inútil y nos pone en peligro de ser arrollados por los caballos o ser heridos por los látigos.

No se puede hablar con los nómadas. No conocen nuestro idioma, ni siquiera tienen uno propio. Entre ellos se entienden como las grajillas. Una y otra vez se escuchan esos gritos de las grajillas. Nuestro estilo de vida y nuestras instituciones les son tan incomprensibles como indiferentes. Por esta razón también se

niegan a adoptar un lenguaje por señas. Ya puedes dislocarte las mandíbulas o descoyuntarte las muñecas que ni te entienden ni te entenderán. A veces hacen muecas, entonces gira el blanco de sus ojos y les sale espuma por la boca, pero con ello no pretenden decir nada, tampoco asustar, lo hacen por costumbre. Lo que necesitan, lo toman. No se puede decir que ejerzan violencia. Nos apartamos cuando entran a coger algo y se lo cedemos todo.

También de mis existencias se han llevado más de una buena pieza. Pero no me puedo quejar, sobre todo si veo cómo le va al carnicero de enfrente. Apenas ha traído sus mercancías, ya se lo han arrebatado todo, que es devorado de inmediato por los nómadas. También sus caballos comen carne; con frecuencia se puede ver a jinete y caballo juntos comiendo del mismo trozo de carne, cada uno desde un extremo. El carnicero tiene miedo y no se atreve a interrumpir el suministro. Nosotros lo entendemos, reunimos dinero y le apoyamos. Si los nómadas no recibieran más carne, quién sabe lo que se les ocurriría hacer; quién sabe qué se les ocurrirá aun recibiendo carne diariamente.

Últimamente el carnicero pensó que se podría ahorrar, al menos, el esfuerzo de matar las reses y trajo por la mañana un buey vivo. Ya no lo va a repetir. Me refugié más de una hora en el cuarto trasero

de mi zapatería, tumbado en el suelo, con todas mis prendas de vestir, colchas y almohadas sobre mí para no oír los bramidos del buey, que era atacado por los nómadas desde todos los flancos para desgarrar con sus dientes trozos de su cálida carne. Sólo me atreví a salir cuando ya hacía tiempo que no se oía nada; como borrachos

alrededor de un tonel de vino, así yacían cansados en torno a los restos del buey.

Precisamente en aquel momento creí ver al mismo Emperador en una ventana del palacio, pero nunca había entrado en esas estancias exteriores, seguía viviendo exclusivamente en su jardín interior. No obstante, esa vez permanecía allí, al menos así me lo pareció, ante una de las ventanas, y miraba con la cabeza inclinada lo que ocurría ante el palacio.

«¿Qué sucederá?» —nos preguntamos todos—, «¿cómo podremos soportar esta carga y este tormento?». El palacio imperial ha atraído a los nómadas, pero no sabe cómo expulsarlos. La puerta permanece cerrada; la guardia, antaño desfilando siempre solemne, se mantiene tras ventanas enrejadas. A nosotros, los artesanos y comerciantes, se nos ha confiado la salvación de la patria; pero no estamos a la altura de semejante misión, tampoco

nos hemos gloriado nunca de ser capaces de cumplirla. No se trata más que de un malentendido, y por su causa nos arruinamos.

42. FUE EN VERANO[42]...

Fue en verano, en un día de mucho calor. Venía de camino a casa con mi hermana y pasé por la puerta de un patio. No sé si golpeó la puerta por una travesura, si para divertirse o simplemente amagó con el puño sin golpearla. Cien pasos más adelante, en la carretera que torcía a la izquierda, comenzaba un pueblo. No lo conocíamos, pero inmediatamente salió gente de la primera casa y nos hicieron gestos amigables, aunque admonitorios, como si estuvieran aterrorizados, encorvados de terror. Señalaban el patio por el que habíamos pasado y nos recordaban el golpe en la puerta. El propietario del patio nos iba a denunciar, la investigación empezaría de inmediato. Yo estaba muy tranquilo y tranquilicé también a mi hermana. Probablemente no había golpeado la puerta y si lo hubiera hecho, nadie en el mundo iniciaría un proceso por ello. Intenté hacérselo comprender a aquella gente, ellos me escucharon, pero se guardaron para sí su opinión. Más tarde dijeron que no sólo sería denunciada mi hermana, sino también yo por ser su hermano. Yo asentí

sonriendo. Todos miramos hacia el patio como quien divisa una remota nube de humo y espera las llamas. Y así fue, al poco tiempo vimos jinetes penetrar por la puerta abierta, levantaron tanto polvo que no se podía ver nada, sólo el brillo despedido por las puntas de las lanzas. Apenas había desaparecido la tropa en el patio, cuando hizo girar a los caballos y se dirigió hacia nosotros. Intenté que mi hermana retrocediera, yo lo aclararía todo, pero se negó a dejarme solo. Yo le dije que, al menos, debería ponerse un vestido mejor para aparecer ante los señores. Finalmente me obedeció y se puso en camino hacia casa. En cuanto llegaron a donde yo estaba, me preguntaron sin bajarse de los caballos sobre mi hermana, en este momento no está aquí, respondí temeroso, pero vendrá después. La respuesta fue tomada con indiferencia, lo más importante parecía ser que me habían encontrado. Se trataba de dos señores, el juez, un joven animado y su callado auxiliar, que fue llamado Assmann. Fui conminado a entrar en un cuarto rústico. Lentamente, sacudiendo la cabeza y ajustándome los tirantes, me senté en el pasillo ante la mirada fija de los dos hombres. Aún creía que bastaría una palabra para que me liberasen, a mí, al habitante de la ciudad, incluso con honores, de ese pueblo de labriegos. Pero cuando pasé el umbral del cuarto, el juez, que se me había adelantado y ya me esperaba, me dijo:

—Este hombre me da pena.

Estaba muy claro que no se refería a mi situación actual, sino a lo que me iba a ocurrir. El cuarto parecía más la celda de una prisión que un cuarto rural. Grandes baldosas, paredes desnudas de color gris oscuro, un anillo de hierro asegurado a la pared, en el centro algo que parecía mitad camastro mitad mesa de operaciones.

43. ONCE HIJOS[43]

Tengo once hijos.

El primero es de un aspecto desagradable, pero serio y listo; no obstante, no lo aprecio mucho, aunque al ser un niño le quiero como a los demás. Su manera de pensar me parece muy simple. No se entera ni de lo que está a su izquierda, ni a su derecha, ni tampoco de lo que tiene enfrente; en el ámbito de su escasa capacidad de raciocinio se mueve siempre en círculo o, mejor aún, no para de girar.

El segundo es guapo, delgado y bien formado. Da gusto mirarlo cuando adopta la postura de un esgrimidor. También es listo, pero

sobre todo experimentado; ha visto mucho mundo, y por eso parece como si la naturaleza hablara con él más confiada que con los que han permanecido en casa. Pero ese privilegio no se debe, con toda seguridad, exclusivamente a sus viajes, más bien es algo propio de la inimitabilidad de este niño, que, por ejemplo, es reconocida por todo aquel que intenta imitar su bien calculado pero indómito salto acrobático de trampolín. Hasta el final del trampolín alcanzan el valor y las ganas, pero allí el imitador en vez de saltar se sienta y levanta los brazos disculpándose. Y a pesar de todo (en realidad debería ser feliz con un hijo así), mi relación con él no es muy clara. Su ojo izquierdo es un poco más pequeño que el derecho y lo guiña mucho. Sólo se trata de un pequeño defecto, es cierto, que dota a su rostro de más osadía de la que tendría sin él, y nadie censuraría ese pequeño ojo parpadeante teniendo presente la incomparable unidad de su ser. Yo, el padre, lo hago. No es, naturalmente, ese defecto corporal el que me molesta, sino la correspondiente pequeña irregularidad de su espíritu, una suerte de veneno presente en su sangre, una incapacidad que manifiesta su verdadero ser y que sólo yo puedo ver. Pero precisamente eso hace de él, por otra parte, mi hijo verdadero, pues su defecto es al mismo tiempo el de toda la familia y en este hijo aparece con toda claridad.

El tercer hijo es igualmente guapo, pero no es su belleza la que agrada. Posee la belleza del cantante: la boca bien formada; el ojo soñador; la cabeza, que necesita unos cortinajes detrás para que haga su efecto; el pecho desmesuradamente abombado; las manos que se alzan con ligereza y se vuelven a bajar aún más ligeras; las piernas, que se doblan porque no lo pueden soportar. Y, además, el tono de su voz no es perfecto, engaña un instante, hace que el experto agudice el oído, pero el defecto se extingue poco después. Aunque en general todo invita a presentar a este hijo, prefiero mantenerlo oculto. Él mismo no quiere salir, y no precisamente porque conozca sus defectos, sino por su inocencia. También él se siente extraño viviendo en nuestra época. Como si perteneciera a mi familia, pero, además, a otra, ya para siempre perdida, se muestra apático con frecuencia y nada lo puede animar.

Mi cuarto hijo es, tal vez, el más sociable de todos. Un verdadero hijo de su tiempo, todo el mundo lo comprende, se planta en el mismo terreno que los demás y todos están tentados de hacerle algún signo de aprobación. Tal vez por este reconocimiento general, su ser cobra ligereza, sus movimientos ganan en libertad, sus opiniones en despreocupación.

Algunos de sus dichos se quisieran repetir con frecuencia, si bien sólo algunos porque en conjunto pecan de un exceso de

trivialidad. Él es como uno que salta de maravilla, gira en el aire como una golondrina y luego termina cayendo desconsolado en el polvo: una nada. Pensamientos semejantes me amargan la visión de este niño.

El quinto hijo es cariñoso y bueno; promete mucho menos de lo que cumple; era tan insignificante que uno en su presencia se sentía solo; sin embargo ha llegado a adquirir cierto prestigio. No obstante, si me preguntan cómo ha ocurrido, no sabría qué responder. Quizá la inocencia penetra con más facilidad a través de los elementos desencadenados de este mundo, y él es inocente. Quizá demasiado inocente. Lo reconozco: no me sienta bien que lo alaben en mi presencia. Es decir, lo que no me gusta es que se tome a la ligera la acción de alabar cuando se alaba a alguien tan digno de alabanza como lo es mi hijo.

El sexto parece, al menos a primera vista, el más pensativo de todos. Un tristón, pero al mismo tiempo un charlatán. Por eso es difícil tratarle. Si está en uno de sus puntos bajos, se sume en una tristeza invencible; pero si alcanza uno de sus estados eufóricos, lo demuestra sin parar de charlar. Sin embargo, no le niego cierta pasión inconsciente; con frecuencia, a plena luz del día, se abre paso a través del pensamiento como en un sueño. Sin estar

enfermo —más bien goza de excelente salud—, a veces se tambalea, especialmente al anochecer, pero no necesita ayuda, no se cae. Tal vez este fenómeno tenga algo que ver con su desarrollo corporal, es demasiado alto para su edad. Eso lo hace feo en general, a pesar de llamativas particularidades que destacan por su belleza, por ejemplo las manos y los pies. Fea es también, por lo demás, su frente; tanto la piel como la estructura ósea parecen arrugadas.

El séptimo hijo representa para mí, tal vez, más que el resto. El mundo no lo comprende ni lo reconoce, no entiende su sentido del humor. No lo sobrestimo, yo sé que es bastante insignificante; si el mundo no tuviera otro defecto que el de no saberle hacer justicia, sería siempre perfecto. Pero no quisiera echar de menos a este hijo en mi familia. Trae tanto agitación como respeto ante la tradición, y sabe fundir ambas cosas en, al menos para mí, un todo inatacable. Con este «todo», sin embargo, es el que menos sabe qué hacer; no echará a rodar la rueda del futuro, pero esa disposición suya es tan alegre, tan plena de esperanzas; yo quisiera que tuviera hijos, y que éstos, a su vez, también tuvieran hijos. Por desgracia ese deseo no parece querer cumplirse. Con una satisfacción de sí mismo que yo comprendo pero que resulta indeseable y que además contrasta plenamente con el juicio que

domina en su entorno, vaga por ahí solo, no presta atención a las muchachas y, sin embargo, no pierde nunca su buen humor.

Mi octavo hijo es el de mis penas, y no conozco ningún motivo para ello. Me mira con extrañeza y, sin embargo, me siento muy unido a él paternalmente hablando. El tiempo ha logrado mucho; con anterioridad me asaltaba una suerte de temblor con sólo pensar en él. Va a su aire. Ha roto los vínculos conmigo, pero con toda seguridad, con su duro cráneo y su cuerpo pequeño y atlético —sólo las piernas las tenía de pequeño bastante débiles, pero es algo que ya se ha equilibrado— logrará salir adelante en cualquier lugar que quiera. Con frecuencia tuve ganas de ponerme en contacto con él para preguntarle cómo le va, por qué se aparta tanto de su padre y cuáles son sus proyectos, pero está tan lejos y ya ha pasado tanto tiempo que lo mejor es que todo se quede como está. He oído que es el único de mis hijos que lleva barba; naturalmente, una barba no le queda bien a un hombre tan pequeño.

Mi noveno hijo es muy elegante y posee la mirada dulce para las mujeres; tan dulce que hasta a mí, ocasionalmente, me podría seducir, que sé de sobra que basta una esponja húmeda para borrar todo ese brillo ultraterreno. Lo especial de este joven es que

a él no le va eso de seducir, se quedaría toda su vida echado en el canapé y malgastaría su mirada en el techo de la habitación o preferiría dejarla descansar bajo los párpados. Cuando se encuentra en ésta su postura favorita, le gusta hablar y no lo hace mal; es parco e intuitivo, pero con ciertos límites; si se pasa de la raya, lo que no puede evitar dada su estrechez mental, su conversación se torna vacía del todo. Se le podrían hacer señas negativas si se abrigara la esperanza de que esa mirada somnolienta llegaría a advertirlas.

Mi décimo hijo tiene fama de poseer un carácter poco sincero. No voy a desmentir ese defecto, pero tampoco a confirmarlo. Seguro que quien le vea venir con una solemnidad poco común para su edad, siempre vestido con una levita cerrada hasta arriba, tocado de un viejo sombrero negro limpiado con un exceso de pulcritud, con el rostro inamovible, la barbilla prominente, los párpados que se abomban pesadamente sobre los ojos, llevándose de vez en cuando dos dedos a la boca, seguro que quien así lo vea pensará: ése es un farsante inconmensurable. Pero ¡que le oigan hablar! Razonablemente, con discreción, parquedad, contestando a las preguntas con maligna vivacidad, en completa, suficiente y asombrosa armonía con el mundo, una armonía que, necesariamente, hace erguir el cuello y levantar la cabeza. A muchos, que se tienen por listos y que, por este motivo, se sentían

repelidos por su aspecto exterior, los ha atraído fuertemente con su palabra. Pero también hay personas a las que su aspecto deja indiferente, y, sin embargo, estiman que sus palabras son las propias de un farsante. Yo, como padre, no quiero decidir, pero debo reconocer que los últimos enjuiciadores son más dignos de tomar en consideración que los primeros.

Mi undécimo hijo es sensible, el más débil de todos mis hijos, pero su debilidad engaña; en determinados momentos puede ser fuerte y decidido, pero su debilidad es, a fin de cuentas, lo esencial de su carácter. Sin embargo, no se trata de una debilidad vergonzosa, sino algo que sólo en la superficie de la tierra aparece como débil. ¿Acaso no es, por ejemplo, la disposición para volar una debilidad, ya que supone también vacilación, indeterminación y aleteo? Algo así es lo que muestra mi hijo. Al padre, desde luego, no le alegran ese tipo de atributos, está claro que contribuyen a la destrucción de la familia. A veces me mira como si quisiera decirme: «Te voy a llevar conmigo, padre». Luego pienso yo: «Tú serías el último en quien confiaría». Y su mirada parece volver a decir: «Al menos puedo ser el último».

Éstos son mis once hijos.

44. MI NEGOCIO[44]...

Mi negocio recae completamente sobre mis hombros. Dos señoritas con máquinas de escribir y libros de contabilidad en el antedespacho, mi habitación con máquina de escribir, una caja fuerte, una mesa de consulta, un sillón de cuero y teléfono, ése es todo mi aparato laboral. Tan fácil de abarcar con la mirada, tan simple de dirigir. Soy joven y los negocios marchan, no me puedo quejar y no me quejo. Desde Año Nuevo un hombre joven ha alquilado sin rodeos la pequeña y vacía vivienda contigua, que yo, tan desacertado, había dudado largo tiempo en alquilar. También es una habitación con recibidor, y además con cocina. Yo podría haber necesitado una habitación con recibidor, mis dos señoritas se sienten ya un poco sobrecargadas, pero ¿de qué me habría servido la cocina? Esa pequeña objeción fue la culpable de que dejase escapar el apartamento. Ahora está allí ese joven. Se llama Harras. No sé realmente qué puede hacer ahí. En la puerta sólo hay un letrero que indica: «Despacho de Harras». He iniciado algunas pesquisas, me han dicho que se trata de un negocio similar al mío, no se puede prevenir lo suficiente en cuestión de concesión de créditos, pues es un hombre joven y ambicioso, cuyas ideas tal vez tengan futuro, pero no se puede aconsejar un crédito, ya que, por el momento, según todas las apariencias, no hay capital disponible. La información habitual que se da, cuando

no se sabe nada. A veces me encuentro con Harras en la escalera, debe de tener siempre una prisa extraordinaria, pasa por mi lado rápidamente; aún no le he podido ver bien, mantiene preparada en la mano la llave del despacho, en un instante ya ha abierto la puerta, se ha deslizado dentro como el rabo de una rata y yo acabo de llegar ante su placa

«Despacho de Harras», que ya he leído más veces de las que merece. Las paredes, miserablemente delgadas, delatan al hombre laborioso y honrado, pero esconden al tramposo. Mi teléfono está adosado a la pared que me separa de mi vecino, pero destaco como un hecho irónico que, aun en el caso de que lo colgara en la pared de enfrente, se oiría todo en la habitación contigua. He dejado de mencionar los nombres de mis clientes cuando hablo por teléfono, pero tampoco se necesita mucha astucia para deducir los nombres a través de inevitables expresiones características en la conversación. A veces me agito nervioso, con el receptor del aparato en la oreja, de puntillas, y no puedo evitar que se revelen algunos secretos. Por supuesto que por esta causa mis decisiones profesionales cuando hablo por teléfono se han tornado más inseguras, mi voz tiembla. ¿Qué hace Harras cuando hablo por teléfono? Si quisiera exagerar, algo que se debe hacer con frecuencia para lograr claridad en las cosas, diría: Harras no necesita teléfono, utiliza el mío, ha llevado su canapé hasta la pared y escucha allí sentado; yo, por el contrario,

tengo que correr a coger el teléfono cuando suena, tengo que corresponder a los deseos de los clientes, tomar decisiones trascendentales, emplear complejas tácticas de persuasión, pero sobre todo informar involuntariamente a Harras a través de la pared. Tal vez ni siquiera espera a que termine la conversación, sino que se levanta de su posición de escucha, bien informado sobre el caso, sale disparado, como de costumbre, busca el lugar en la ciudad y, antes de que yo haya colgado el auricular, ya me está quitando el trabajo.

45. UN CRUCE[45]

Tengo un animal peculiar, mitad gatito, mitad cordero. Es herencia de mi padre, pero se ha desarrollado en los últimos tiempos, antes era más cordero que gatito, ahora, sin embargo, posee la misma proporción de ambos. De gato, cabeza y garras; del cordero, tamaño y forma corporal; de ambos tiene los ojos, que son llameantes y dulces; el pelaje es suave y apretado; puede andar a saltos y despacio, sin ruido; cuando brilla el sol se hace un ovillo en el alféizar de la ventana y ronronea; corre como un loco en la pradera y apenas se le puede atrapar; huye de los gatos, a los corderos los quiere atacar; en las noches de luna llena su camino favorito es el canalón, no puede maullar y siente repugnancia por

las ratas; puede quedarse acechando ante el gallinero durante horas, pero aún no ha aprovechado una oportunidad para matar; yo lo alimento con leche dulce, es lo que le va mejor; la toma a través de sus dos colmillos dando largos sorbos. Por supuesto, es todo un espectáculo para los niños. El domingo por la mañana hay horas de visita, yo tengo al animalito en el regazo y niños de todo el vecindario se ponen a mi alrededor. Entonces plantean preguntas tan extrañas que ningún hombre las puede responder. Yo tampoco me esfuerzo en hacerlo, me limito, sin más explicaciones, a mostrar lo que tengo. A veces, los niños traen gatos, una vez, incluso, dos corderos; pero para su decepción no se produjo ningún signo de reconocimiento, los animales se miraron tranquilamente con sus ojos de seres irracionales y, por lo visto, tomaron su existencia mutua como un hecho divino.

En mi regazo, el animal no conoce el miedo ni las ansias de persecución. Bien arrimado a mí es como se siente mejor. Se queda con la familia que lo ha criado. No se trata de ninguna fidelidad extraordinaria, sino del correcto instinto de un animal que, en la tierra, ciertamente, posee innumerables parientes, pero probablemente ni uno sólo que sea consanguíneo, por eso, la protección que ha encontrado en nuestra casa es sagrada para él. A veces tengo que reír cuando me olisquea, o cuando se entrelaza entre mis piernas y no se quiere separar de mí. Como si no le

bastara ser gato y cordero, parece como si también quisiera ser perro. Algo parecido creo yo en serio. Tiene bastante inquietud en su interior, la del gato y la del cordero, tan diferentes como son. Para eso su piel es demasiado estrecha. Tal vez para el animal fuera el cuchillo del carnicero una liberación, pero se la tengo que negar por ser un objeto heredado.

46. INFORME PARA UNA ACADEMIA[46]

¡Honorables señores de la Academia!

Para mí representa un gran honor seguir su invitación para presentar un informe a la

Academia sobre mi anterior vida simiesca.

Pero, por desgracia, no puedo corresponder a sus requerimientos en ese sentido. Ya se han cumplido casi cinco años desde que me separé de mi condición de primate, un periodo de tiempo que, tal vez, considerado en el calendario, pueda resultar breve, pero que fue infinitamente largo de recorrer, sobre todo en el modo en que yo lo hice, acompañado cada trecho por hombres eximios, consejos, ovaciones, música orquestal, aunque en el fondo siempre

estuviera solo, pues todo mi acompañamiento, para decirlo con lenguaje figurado, se mantenía detrás de la barrera. Toda esa actividad hubiera sido imposible si yo, por obstinación, hubiera deseado seguir aferrado a mis orígenes y a mis recuerdos juveniles. Precisamente renunciar a toda obstinación constituyó el mandamiento supremo que yo mismo me impuse; yo, un mono libre, me sometí a ese yugo. Por esta misma razón, sin embargo, los recuerdos se desvanecen cada vez más. Si en un principio, en el caso de que los hombres así lo hubiesen deseado, aún se hubiera mantenido abierto el camino de regreso a través de la gran puerta que el cielo forma sobre la tierra, mi desarrollo progresivo y violento se habría tornado más estrecho y asfixiante; me sentía mucho mejor y más adaptado en el mundo humano, la tormenta que venía hacia mí desde mi pasado se había suavizado; ahora sólo es una corriente de aire que me enfría los talones, y el agujero en la lejanía por el que sopla ese aire, y que yo también atravesé, se ha vuelto tan pequeño que, si mis fuerzas y voluntad bastaran para regresar, tendría que desollarme la piel para poder pasar. Dicho con toda sinceridad, por más que me guste emplear imágenes para estas cosas, dicho con toda franqueza: ¡Su condición simiesca, señores, en el caso de que tengan algo similar a sus espaldas, no les puede ser más extraña que a mí la mía! Pero a todo el que anda por la tierra, le cosquillea el talón: tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles.

No obstante, aunque de un modo limitado, creo que podré responder a su pregunta, y lo haré encantado. Lo primero que aprendí fue a dar la mano. Dar la mano es una manifestación de franqueza. Por eso deseo que hoy, cuando me encuentro en el cenit de mi carrera, aquel franco apretón de manos se refleje en la sinceridad de mis palabras. No creo que pueda aportar nada nuevo a la Academia y temo que me quedaré rezagado respecto a sus expectativas y respecto a lo que, con la mejor voluntad, no puedo revelar; de todos modos mostraré las líneas directrices gracias a las cuales un primate ha logrado penetrar en el mundo humano y permanecer en él con solidez. Pero no podría decir lo que a continuación expondré si no estuviera completamente seguro de mí mismo y si mi posición en todos los grandes escenarios de Variedades del mundo civilizado no se hubiera afianzado hasta ser imperturbable.

Nací en Costa de Oro. Para los detalles de mi captura dependo de informes ajenos.

Una expedición de caza organizada por la empresa Hagenbeck — con el patrón, por lo demás, he vaciado desde entonces más de una buena botella de vino tinto— permanecía al acecho oculta tras los matorrales junto a la orilla de un río, cuando yo, por la noche,

en medio de mi grupo, me acerqué a beber. Dispararon. Yo fui el único al que acertaron; recibí dos tiros. Uno en la mejilla, no fue grave. Me dejó una gran cicatriz roja sin pelo, que hizo que me adjudicaran el repugnante e inexacto apelativo de Pedro el Rojo, digno invento de un mono, como si sólo me diferenciara del primate amaestrado Pedro, muerto no hace mucho tiempo, por la mancha roja en la mejilla. Esto sea dicho sólo de paso.

El segundo disparo me acertó debajo de la cadera. Fue grave, es el culpable de que aún cojee un poco. Ultimamente he leído en un artículo, escrito por alguno de los diez mil galgos que saltan sobre mí desde los periódicos, que mi naturaleza simiesca no ha sido completamente suprimida, prueba de ello sería que cuando recibo visitas me gusta bajarme los pantalones para mostrar la cicatriz de aquel tiro. A ese tipo se le deberían amputar todos los dedos de la mano con la que escribe. Yo puedo bajarme los pantalones ante quien me dé la gana; no se encontrará otra cosa que una piel bien cuidada y la cicatriz —elijamos aquí un adjetivo determinado para un fin determinado, pero que no se debe interpretar mal—, la cicatriz, digo, de un tiro ultrajante. No hay nada que ocultar, todo está a la vista. Cuando se trata de la verdad, todo interesado arroja por la borda sus modales más finos. Si, por el contrario, ese periodista se bajase los pantalones cuando viene visita, todo tendría una apariencia muy distinta, y quiero destacar como gesto

razonable que no lo haga. ¡Pero entonces que me deje en paz con su delicadeza!

Después de recibir aquellos tiros —y aquí comienzan mis propios recuerdos—, desperté encerrado en una jaula situada en el entrepuente de un vapor de Hagenbeck. La jaula no tenía cuatro lados enrejados, sino tres, adosados a una caja; la caja, por consiguiente, formaba el cuarto lado. Era demasiado baja para poder levantarse y demasiado estrecha para sentarse. Así que me mantenía en cuclillas, con las rodillas sacudidas por continuos temblores, y como probablemente no quería ver a nadie y sólo quería permanecer a oscuras, vuelto hacia la caja, mientras los barrotes de la jaula se clavaban en mi espalda. Se considera conveniente encerrar a los animales salvajes de esa forma, por lo menos al principio, y yo no puedo negar hoy, apoyándome en mi experiencia, que, en un sentido humano, ciertamente así es.

Pero en aquellos momentos no pensé en ello. Por primera vez en mi vida carecía de una salida, al menos de frente no podía ser; frente a mí estaba la caja, hecha de tablas fuertemente ensambladas. No obstante, descubrí una pequeña ranura entre dos tablas, y la saludé con los benditos aullidos de la

irracionalidad, pero ese agujero ni siquiera bastaba para meter el rabo y era imposible de agrandar ni con toda mi fuerza simiesca.

Según me dijeron más tarde, debí de hacer poco ruido, lo que era poco habitual, por ello dedujeron que moriría pronto o que, si lograba sobrevivir el periodo crítico, tendría muy buenas aptitudes para ser amaestrado. Sobreviví. Sollozos ahogados, la dolorosa búsqueda de pulgas, lametones apáticos a un coco, golpeteo de la caja con la cabeza, enseñar la lengua cuando alguien se acercaba: éstas fueron mis principales ocupaciones en

mi nueva vida. Pero hiciera lo que hiciese, siempre la misma convicción: no hay salida. Naturalmente ahora sólo puedo expresar aquellos sentimientos simiescos con palabras humanas y así lo hago constar, pero, aunque ya no pueda alcanzar la antigua verdad simiesca, al menos mi descripción apunta hacia esa dirección, de eso no hay duda.

Había tenido tantas salidas hasta entonces, pero ahora ninguna. Estaba encerrado. Si me hubieran apuntalado, mi libertad no hubiera podido ser menor. ¿Por qué? Si te pica entre los dedos del pie, no sabrás el motivo. Si te presiona tanto el barrote en la espalda que casi te parte por la mitad, no sabrás el motivo. No tenía ninguna salida, así que me vería obligado a buscar una, ya

que sin ella no podía vivir. Siempre mirando las tablas de la caja, habría reventado irremediablemente. Pero los monos de Hagenbeck están destinados a mirar la caja, bueno, entonces dejaría de ser un mono. Un pensamiento bello y claro, que de alguna forma tuve que fraguar en el estómago, pues los monos sólo piensan con el estómago.

Temo que no se entienda correctamente lo que quiero decir con la palabra «salida». Empleo la palabra en su sentido más frecuente y normal. Intencionadamente, no empleo el término «libertad». No hago referencia a ese gran sentimiento de libertad hacia todas las direcciones. Como primate lo he experimentado y he conocido seres humanos que lo anhelaban. Pero en lo que a mí respecta, no he reclamado libertad ni entonces ni ahora. Dicho sea de paso: con la libertad se engañan los hombres entre sí con demasiada frecuencia. Y así como la libertad pertenece a los sentimientos más elevados, el fraude correspondiente equivale al mismo nivel. A menudo, cuando trabajaba en las Variedades, he visto, antes de salir a escena, cómo una pareja artística, allá en lo alto, hacía ejercicios sobre el trapecio. Se balanceaban, giraban, saltaban, quedaban suspendidos en el aire cogidos de los brazos, uno de ellos sujetaba con la boca al otro por el cabello. «Eso también es libertad humana» —pensé—, «movimiento soberano». ¡Ay, escarnio

de la sagrada naturaleza! Nada quedaría en pie ante las risas de toda la especie simiesca ante semejante visión.

No, no era libertad lo que quería. Sólo una salida; hacia la derecha, la izquierda, hacia donde fuera, no pedía nada más. Si la salida sólo fuera un engaño, bueno, mi petición era pequeña, así que el engaño no podría ser más grande. ¡Salir adelante! ¡Salir adelante! Pero no permanecer allí quieto con los brazos alzados, comprimido en una caja.

Hoy lo veo claro, sin haber mantenido una gran tranquilidad interior, no hubiera podido salir. Y, ciertamente, todo lo que soy se lo debo a la serenidad que me invadió en el barco, transcurridos los primeros días. Pero esa calma, a su vez, también se la debía a la tripulación del barco.

Son buenas personas, a pesar de todo. Aún hoy me gusta recordar el ruido de sus pasos pesados que, en aquel entonces, resonaban en mi estado de duermevela. Tenían la costumbre de emprender cualquier actividad con extremada lentitud. Si uno quería frotarse los ojos, levantaba la mano como si con ella sujetara un peso. Sus bromas eran groseras pero afectuosas. Sus risas siempre se mezclaban con una tos que sonaba peligrosa pero

que carecía de importancia. Siempre tenían algo en la boca para escupir y les era completamente indiferente hacia dónde escupían. Siempre se quejaban de que mis pulgas saltaban sobre ellos, pero no por eso se enfadaban conmigo; sabían que en mi piel había pulgas y que éstas saltaban, con eso quedaban satisfechos. Cuando no estaban de servicio, algunos se sentaban a veces a mi alrededor, entonces apenas hablaban, sólo farfullaban entre ellos; fumaban en pipa estirados sobre cajas; en cuanto hacía el más mínimo movimiento, se golpeaban la rodilla y, de vez en cuando, uno tomaba un bastón y me rascaba donde me gustaba. Si hoy me invitaran a hacer una travesía en ese barco, rechazaría con toda seguridad la invitación, pero con la misma seguridad afirmo que no sólo tengo malos recuerdos del tiempo que pasé en el entrepuente.

La serenidad que logré en la compañía de aquella gente es la que me impidió realizar un intento de fuga. Visto desde el día de hoy, me parece como si hubiera presentido que era necesario encontrar una salida si quería seguir viviendo, pero que dicha salida no se podía conseguir por medio de la huida. No sé si realmente era posible huir, yo lo creo, a un mono siempre le debería ser posible huir. Con los dientes que me quedan ahora, tengo que tener mucho cuidado al partir unas simples nueces, pero en aquel tiempo me hubiera sido posible romper el candado

de la jaula con la dentadura. No lo hice. ¿Qué habría ganado con ello? Me habrían capturado de nuevo nada más sacar la cabeza y me habrían encerrado en una jaula mucho peor; o tal vez habría huido en dirección hacia otros animales, por ejemplo hacia una serpiente gigante, que me hubiera asfixiado con su abrazo mortal; o a lo mejor me hubiera sido posible llegar hasta la cubierta para saltar por la borda, entonces habría sido mecido un rato por el océano y me habría ahogado. Actos desesperados. Yo no razonaba como los humanos, pero, gracias a la influencia del ambiente, me comporté como si pudiera razonar así.

No razonaba, pero lo observaba todo con gran sosiego. Veía a los hombres ir y venir, siempre los mismos rostros, los mismos movimientos, con frecuencia me parecía como si todos fuesen el mismo hombre. Este hombre o esos hombres andaban sin preocupaciones. Mi mente vislumbró un gran objetivo. Nadie me prometía que si me convertía en lo que ellos eran quitarían los barrotes. Nadie hace promesas cuyo cumplimiento resulta imposible. Pero si se cumplen, aparecerán las promesas con posterioridad y, además, precisamente allí donde con anterioridad se habían buscado en vano. Pero en aquellos hombres no había nada que me sedujera. Si hubiera sido un amante de esa libertad anteriormente mencionada, hubiera preferido con toda seguridad el océano a la salida que asomaba en la mirada turbia de aquellos

hombres. No obstante, los había estado observando mucho antes de que comenzara a pensar en estas cosas, sí, la acumulación de observaciones fue la que me impulsó en una dirección determinada.

Era tan fácil imitar a la gente. A escupir aprendí en los primeros días; la única diferencia estaba en que yo me lamía el rostro después de hacerlo, ellos no. Muy pronto fumé la pipa como un viejo; si presionaba la cazoleta con los dedos pulgares, había gritos de júbilo en el entrepuente; sólo la diferencia entre la pipa vacía y llena no pude comprenderla durante mucho tiempo.

El mayor esfuerzo lo representó la botella de aguardiente. Su simple olor me atormentaba; me obligué con todas mis fuerzas, pero pasaron semanas antes de que pudiera superar la aversión. Es raro, esas luchas interiores eran tomadas más en serio que cualquier otra de mis manifestaciones. No logro distinguir a la gente en mis recuerdos, pero había uno que venía con frecuencia, unas veces solo, otras con sus compañeros, ya fuera de noche o de día, y a diferentes horas. Se ponía delante de mí con la botella y me quería enseñar. No podía comprenderme y quería descifrar el enigma de mi ser. Descorchaba lentamente la botella y luego me miraba para comprobar si había entendido; tengo que reconocer que lo miraba con una atención cada vez más indómita. Ningún

maestro humano encontrará en todo el mundo un alumno tan ávido como aquél. Después de descorchar la botella, se la llevaba a la boca; yo la seguía con la mirada; él asentía, satisfecho conmigo, y se llevaba la botella a los labios; yo, encantado con mis paulatinos progresos, me rascaba, gruñendo de satisfacción, todas las partes de mi cuerpo que lo necesitaban; él se alegraba y daba un trago a la botella; yo, impaciente y desesperado por emularle, me ensuciaba en la jaula, lo que le proporcionaba una vez más gran satisfacción; y luego, alejando la botella de sí, volvía a llevársela a la boca de un impulso; a continuación bebía, exagerando con su afán didáctico la inclinación, y la vaciaba de un trago. Yo, agotado por el excesivo afán, ya no le podía seguir y me colgaba, agotado como estaba, de los barrotes, mientras él finalizaba la clase teórica frotándose el estómago y riéndose sarcásticamente.

Después comenzaban los ejercicios prácticos. ¿No estaba ya agotado por la teoría? Sí, demasiado agotado, pero eso formaba parte de mi destino. Así que agarraba la botella lo mejor que podía, la descorchaba temblando; con los buenos resultados sentía cómo poco a poco iba disponiendo de nuevas fuerzas; levantaba la botella, fiel reflejo de mi maestro, la colocaba en mis labios... y la arrojaba con repugnancia, con repugnancia, a pesar de que estaba vacía y sólo contenía el olor, pero no podía resistirlo

y la arrojaba con repugnancia al suelo. Para gran decepción de mi maestro, para gran decepción de mí mismo. Ni a él ni a mí nos reconciliaba el que después de haber arrojado la botella no hubiera olvidado frotarme con diligencia el estómago y reír sarcásticamente.

Así acabó la clase con demasiada frecuencia. Y para honra de mi maestro debo decir que nunca se enfadó conmigo. Aunque de vez en cuando aplicaba la pipa ardiente a mi piel, en algún lugar al que yo difícilmente alcanzaba, y la mantenía hasta que comenzaba a arder, luego, sin embargo, apagaba él mismo las llamas con su enorme mano; no estaba enfadado conmigo, sólo veía que ambos luchábamos en el mismo frente contra la naturaleza simiesca y que yo llevaba la peor parte.

Pero qué victoria para él y para mí cuando, una noche, ante un gran círculo de espectadores —tal vez era una fiesta, ya que se oía música de gramófono y un oficial se paseaba entre la gente—, alguien, sin darse cuenta, dejó una botella de aguardiente ante mi jaula y yo la cogí, mientras los presentes me miraban con creciente atención, luego la descorché como había aprendido, la coloqué en mi boca y, sin dudar, sin rechazarla, como un bebedor

experimentado, haciendo girar los ojos, la garganta llena de líquido, me la bebí

entera y de verdad; arrojé la botella, ya no como un desesperado, sino como un artista; si bien es cierto que olvidé frotarme el estómago. Pero fue porque no podía ser de otro modo, porque algo en mi interior pugnaba por salir, porque mis sentidos estaban alterados. A continuación grité: «¡Hola!». Era un sonido humano, nada más brotar de mis labios, la gente que me rodeaba dio un respingo y su eco fue: «¡Escuchad, ha hablado!». Esas palabras fueron para mí como un beso en todo mi cuerpo sudoroso.

Lo repito, no me seducía imitar a los hombres; yo imitaba porque buscaba una salida, por ningún otro motivo. Pero con aquella victoria no se había conseguido mucho. La voz me volvió a fallar en seguida, sólo la volví a recuperar transcurridos meses. Mi aversión por la botella se tornó mucho más fuerte. No obstante sabía, de una vez por todas, en qué dirección tenía que avanzar.

Cuando me entregaron al primer domador en Hamburgo, reconocí rápidamente que tenía dos posibilidades: el jardín zoológico o las Variedades. No lo dudé. Me dije: emplea todas tus fuerzas para ir a las Variedades; ésa es la salida; el zoológico supone sólo una nueva jaula. Si entras allí, estás perdido.

Y aprendí, señores. ¡Ay!, se aprende cuando se está obligado a ello; se aprende sin miramientos. Me vigilaba a mí mismo con el látigo, me desgarraba la carne ante cualquier resistencia. Mi naturaleza de primate salía de mí rabiando, desarticulada, de tal modo que mi primer maestro casi se volvió simiesco, tuvo que renunciar a seguir amaestrándome y fue ingresado en un manicomio. Felizmente sólo pasó allí un breve periodo.

Tuve muchos maestros, incluso varios al mismo tiempo. Cuando estuve más seguro de mis aptitudes y la opinión pública seguía mis progresos, cuando, en definitiva, comenzó a iluminarse mi futuro, contraté yo mismo a los maestros, los senté en cinco habitaciones contiguas y aprendí con todos a la vez, saltando ininterrumpidamente de una habitación a otra.

¡Qué progresos! ¡Cómo asimilaba mi cerebro los rayos del conocimiento! No lo niego, me causaba una gran felicidad. Pero también reconozco que no le di mucha importancia, ni en aquel tiempo ni, mucho menos, ahora. Con un esfuerzo inaudito en la historia de este planeta, alcancé la educación media de un europeo. Eso tal vez no signifique nada considerado en sí mismo, pero significa algo en cuanto que me ayudó a salir de la

jaula y me proporcionó esa salida especial, la salida del hombre. Hay una expresión muy acertada en este contexto: «internarse en el bosque», eso es lo que he hecho, me he internado en el bosque. No tenía otro camino, sobre todo considerando que la libertad no existía como opción.

Si pienso en mis progresos y en la meta que me proponía, no me quejo, pero tampoco estoy satisfecho. Con las manos en los bolsillos de los pantalones, la botella de vino sobre la mesa, permanezco recostado en mi butaca y miro por la ventana. Si viene visita, la recibo como se debe. Mi empresario está sentado en el recibidor, si le hablo, viene y escucha lo que le tengo que decir. Casi todas las noches hay representación, y ya mis éxitos no se pueden superar. Si llego tarde por la noche de algún banquete, o de reuniones

científicas, y quiero estar comfortable en mi casa, allí me espera una chimpancé medio amaestrada y lo paso bien con ella a la manera simiesca. Por el día no la quiero ver; tiene la mirada extraviada del animal amaestrado, eso sólo lo reconozco yo y no lo puedo soportar.

En general he conseguido todo lo que quería. No se puede decir que no haya merecido la pena. Por lo demás, no quiero que me

juzguen los hombres, sólo quiero difundir conocimientos; me limito a informar, también a ustedes, honorables miembros de la Academia, también a ustedes sólo les he informado.

[OTROS TEXTOS REFERIDOS AL TEMA DE PEDRO EL ROJO]

Todos nosotros conocemos a Pedro el Rojo, al igual que medio mundo lo conoce. Pero cuando vino a nuestra ciudad para una función extraordinaria, decidí conocerlo personalmente. No es muy difícil conseguir una entrevista. Tal vez en las grandes ciudades, donde todos aspiran a ver a la gente famosa lo más cerca posible, puede que existan dificultades; en nuestra ciudad, sin embargo, los habitantes se limitan a asombrarse desde el patio de butacas de todo lo que sea digno de asombro; por eso, según me dijo el botones del hotel, había sido hasta ese momento el primero en anunciar su visita. El señor Busenau, el empresario, me recibió muy amigable. Había esperado encontrarme con un hombre modesto, casi pusilánime. Estaba sentado en el recibidor de la habitación de Pedro el Rojo y comía huevos. Aunque era por la mañana, vestía un frac como el que llevaba en las actuaciones. Apenas me vio, al huésped desconocido y sin importancia, se levantó, él, el poseedor de tantas condecoraciones, el rey de los domadores, el doctor «honoris causa» de tantas universidades, y

me estrechó la mano, casi me obligó a sentarme, limpió su cuchara con la servilleta y me la ofreció amigable para que me comiera los restos de su comida. Rechazó mi agradecimiento negativo y quiso comenzar a darme la comida él mismo. Me tuve que esforzar en tranquilizarle y en hacer retroceder el plato y la cuchara.

—Es muy amable de su parte que nos haya venido a visitar —dijo con un fuerte acento extranjero—. Realmente, muy amable. Además, llega usted en el momento propicio; por desgracia, Pedro el Rojo no siempre puede recibir a gente, con frecuencia le desagrada ver a los hombres; entonces no se invita a nadie, quienquiera que sea, yo mismo, en esas circunstancias, sólo puedo hablar con él sobre negocios en el escenario. Inmediatamente después de la actuación tengo que desaparecer. Él se va a casa solo, se encierra en su habitación y allí permanece la mayoría de las veces hasta la tarde del día siguiente. Tiene un gran cesto de frutas en la habitación, de eso se alimenta cuando queda sumido en ese estado. Yo, sin embargo, que, naturalmente, no lo puedo dejar sin vigilancia, alquilo la vivienda de enfrente y lo observo desde allí, oculto tras las cortinas.

* * *

—Cuando le veo, Pedro el Rojo, ahí sentado frente a mí, cuando le oigo hablar, o beber, con toda sinceridad —lo tome o no como un cumplido, es la pura verdad—, olvido completamente que usted es un chimpancé. Sólo poco a poco, cuando me obligo a salir de mis pensamientos y a volver a la realidad, me muestran otra vez sus ojos de quién soy huésped.

—Sí.

—Pero se ha quedado usted callado, ¿por qué? Me acaba de hacer partícipe de sus extraordinarias opiniones sobre la ciudad y ahora se calla.

—¿Me callo?

—¿Le falta algo? ¿Quiere que llame al adiestrador? Tal vez está acostumbrado a tomar alguna comida a esta hora.

—No, no, está bien. Le puedo decir lo que me ha ocurrido. A veces me asalta tal repulsión contra los hombres que apenas puedo soportar las náuseas. Eso no tiene nada que ver, sin embargo, con personas en particular, tampoco con su amable presencia. Se

dirige hacia todos los hombres. Tampoco se trata de algo muy extraño, si usted, por ejemplo, conviviera continuamente con monos, por mucho dominio de sí mismo del que hiciera gala, padecería los mismos ataques. Por lo demás, no es precisamente el olor de los prójimos humanos lo que me repugna, sino el olor humano que yo he adquirido y que se mezcla con el olor de mis orígenes. Por favor, huela usted mismo. Aquí, en el pecho.

¡Hunda bien la nariz en la piel! ¡Húndala más, le digo!

—Por desgracia, no puedo oler nada especial. El olor normal de un cuerpo aseado, nada más. Por añadidura, las narices de los hombres urbanos no son muy fiables a este respecto. Usted olfateará miles de olores que a nosotros se nos escapan.

—Antes, señor mío, antes. Eso ya es historia.

—Ya que ha tocado el tema, permítame la pregunta: ¿Cuánto tiempo hace que vive entre nosotros?

—Cinco años, el 5 de agosto serán cinco años.

—Un rendimiento asombroso. Desprenderse en cinco años de la naturaleza simiesca y recorrer toda la evolución humana. Eso, realmente, no lo ha hecho nadie. En esa pista de carreras está usted solo.

—Ya sé que es mucho y a veces se sale de mi capacidad de comprensión. Pero en las horas tranquilas no juzgo las cosas con tanta exaltación. ¿Sabe usted cómo empecé?

—He leído todo lo que se ha publicado sobre usted. Le dispararon y capturaron.

—Sí, recibí dos tiros, uno aquí, en la mejilla, la herida fue, naturalmente, mucho más grande que la cicatriz que ha quedado; el otro, debajo de la cadera. Me quitaré el pantalón para que la pueda ver. Por aquí entró la bala, fue el tiro decisivo, yo caí del árbol y cuando recobré el conocimiento estaba encerrado en una jaula en el entrepuente.

—¡En una jaula! ¡En el entrepuente! Causa una impresión muy distinta cuando se le escucha a usted contarle.

—Y muy diferente cuando uno mismo lo ha experimentado, señor mío. Hasta aquel momento no había sabido lo que era no tener salida. No era una jaula cuadrada, sino tres partes enrejadas adosadas a una caja. Era tan baja que no podía levantarme y tan estrecha que no podía sentarme, así que sólo podía estar en cuclillas. Estaba tan furioso que no quería ver a nadie y permanecía vuelto hacia la caja, en esa posición esperé impaciente días y noches, con piernas temblequeantes y clavándome los barrotes en la espalda. Esa forma de mantener a los animales salvajes se tiene en los últimos tiempos como la más ventajosa y, según mi experiencia, no puedo negar que, en un sentido humano, así es. Pero

yo no entendía entonces nada de sentido humano. Tenía la caja ante mí. Abre una tabla, utiliza los dientes, comprímeme por un agujero que apenas deja pasar la mirada y al que has saludado con los aullidos felices de la irracionalidad. ¿AdÓnde quieres ir? Detrás de la tabla comienza la selva.

Estimado señor Pedro el Rojo:

* * *

He leído con gran interés, sí, con palpitaciones, el informe que escribió para nuestra Academia científica. No es de extrañar, pues soy su primer maestro, para cuyo recuerdo usted ha encontrado palabras tan amables. Tal vez se hubiera podido evitar la mención de mi estancia en un sanatorio, pero reconozco que su informe, con toda su extraordinaria sinceridad, no podía suprimir ese pequeño detalle, aunque me haya comprometido un poco, ya que casualmente se le vino a la mente mientras escribía. Pero de eso no quería hablar aquí, sino de algo muy diferente.

47. VISITA A LA MINA[47]

Hoy han estado los ingenieros superiores con nosotros aquí abajo. La Dirección ha debido de impartir instrucciones para abrir nuevas galerías, y se presentaron los ingenieros para emprender las primeras mediciones. ¡Qué joven es esa gente y ya tan diferente! Se han desarrollado con independencia y en ellos se muestra claramente su ser específico en los años de juventud.

Uno de ellos, de pelo negro, de ánimo vivaz, lo mira todo.

Un segundo, con un cuaderno de notas, esboza croquis mientras camina, mira a su alrededor, compara, anota.

Un tercero, las manos en los bolsillos de la chaqueta, por lo que todo en él da una sensación de tensión, camina erguido; mantiene la dignidad; sólo se muestra su juventud impaciente e irreprimible en el gesto de morderse continuamente los labios.

Un cuarto da aclaraciones al tercero que éste no reclama. Más pequeño que el otro, correteando a su altura como un tentador, parece estar cantándole una letanía, con el dedo índice elevado, sobre todo lo que se puede ver allí.

Un quinto, tal vez el superior en rango, no tolera ningún acompañamiento; se sitúa ya delante, ya detrás; el grupo dirige sus pasos hacia él; está pálido y débil, la responsabilidad le ha ahondado los ojos; con frecuencia presiona la frente con la mano mientras piensa.

El sexto y el séptimo caminan un poco inclinados, con las cabezas muy juntas, codo con codo, sumidos con familiaridad en una conversación; si no estuviéramos en la mina, y nuestro lugar de trabajo no fuera la galería más profunda, se podría creer que esos señores huesudos, sin barba, con narices parecidas a tubérculos, son jóvenes curas. Uno de ellos ríe hacia dentro con un ronroneo gatuno; el otro, asimismo sonriente, es el que habla y parece como si llevara el compás con la mano libre. Qué seguros de su posición tienen que estar esos dos señores, cuántos méritos habrán contraído ya, tan jóvenes, en nuestra mina, para que en un recorrido importante como éste, bajo la mirada de su jefe, se ocupen, impertérritos, con esos asuntos que no tienen nada que ver con el cometido presente. ¿O podría ser, tal vez, que a pesar de esas risas y de su falta de atención percibieran lo esencial? Es difícil atreverse a emitir un juicio definitivo sobre esos señores.

Por otra parte, no hay duda de que, por ejemplo, el octavo, en comparación, está más metido en el asunto que estos últimos, sí, incluso más que el resto. Tiene que tocarlo todo y golpear con un pequeño martillo que mete y saca continuamente del bolsillo. A veces, a pesar de su elegante traje, se arrodilla en el barro y golpea el suelo, luego otra vez, mientras camina, las paredes o el techo, sobre su cabeza. Una vez se tendió por completo y permaneció en silencio; nosotros pensamos que se había

producido una desgracia, pero luego se puso de pie de un salto con una pequeña sacudida de su delgado cuerpo. Así pues, sólo se había tratado de una nueva inspección. Nosotros creemos conocer nuestra mina y sus piedras, pero lo que este ingeniero investiga de esa manera nos es completamente incomprendible.

Un noveno empuja una suerte de cochecito de niños, en el cual hay distintos aparatos de medición; son aparatos de mucho valor, colocados en el algodón más suave. Ese pequeño vagón debería empujarlo uno de los ayudantes, pero no se han atrevido a confiárselo; un ingeniero tenía que hacerlo y lo hace encantado, como se puede ver. Es el más joven, tal vez ni siquiera entienda todos los aparatos, pero, en todo caso, su vista descansa en ellos, por eso casi corre el peligro de chocar el carrito con una pared.

Pero hay otro ingeniero que va al lado del vagón y lo impide. Éste parece conocer a fondo los aparatos y tiene el aspecto de ser su verdadero conservador. De cuando en cuando, sin parar el vagón, coge alguna pieza de un aparato, mira a través de ella, atornilla o desatornilla, la agita o le da golpecitos, la mantiene en el oído y escucha, finalmente, mientras el conductor ha parado el vagón, vuelve a dejar el pequeño objeto, apenas visible en la distancia,

con todo cuidado en su lugar. Ese ingeniero es un poco dominante, pero sólo a causa de los aparatos. Diez pasos por delante del vagón, obedeciendo una señal muda con el dedo, debemos apartarnos hacia un lado, precisamente en el lugar en que no hay sitio para apartarse.

Detrás de esos señores va el ayudante desocupado. Los ingenieros han dejado de lado ya hace mucho toda arrogancia, como es evidente por su gran sabiduría; el ayudante, por el contrario, parece haberla reunido toda en sí mismo. Con una mano a la espalda y con la otra delante, sobre sus botones dorados o acariciando el fino paño de su librea, asiente con frecuencia hacia derecha e izquierda, como si le hubiéramos saludado y él respondiera, o como si él supusiera que le habíamos saludado, pero no pudiera comprobarlo desde su altitud. Es evidente que no le saludamos, pero al verlo se podía creer que ser un ayudante de la Dirección era ser algo tremendo. Detrás de él, sin embargo, nos reímos, pero como ni siquiera el ruido de un trueno le impulsaría a darse la vuelta, permanece en nuestra estima como algo incomprensible.

Hoy no se trabajará mucho más; la interrupción duró mucho; una visita así se lleva toda la concentración en el trabajo. Es

demasiado tentador seguir con la mirada a los visitantes mientras entran en la oscuridad de una galería de prueba, donde terminan desapareciendo. También nuestro trabajo llega a su fin; ya no veremos el regreso de los señores ingenieros.

48. EL PRÓXIMO PUEBLO[48]

Mi abuelo solía decir: «La vida es asombrosamente corta. Ahora se comprime tanto en mi recuerdo que apenas comprendo cómo un hombre joven puede decidirse a cabalgar hasta el próximo pueblo sin temer —dejando aparte casualidades desgraciadas— que el tiempo de una vida normal y feliz pueda alcanzar para semejante viaje».

49. PREOCUPACIONES DE UN PADRE DE FAMILIA[49]

Unos dicen que la palabra «odradek» procede del eslavo, e intentan explicar su etimología conforme a esta teoría. Otros opinan que procede del alemán, pero que ha recibido una influencia eslava. De la inconsistencia de ambas interpretaciones, sin embargo, se puede deducir que ninguna es acertada, sobre todo porque no permiten encontrarle un sentido a la palabra.

Por supuesto, nadie se dedicaría a realizar estudios semejantes, si no existiera un ser real llamado Odradek. A primera vista resulta similar a un carrete de hilo plano y estrellado, y realmente parece recubierto de hilo; no obstante podrían ser hilos viejos y rotos, anudados entre sí, o trozos de hilos, retorcidos y enredados, de distintas formas y colores. Pero no es sólo un carrete, sino que de la mitad de la estrella sobresale un bastoncito atravesado al que se suma otro en ángulo recto. Con la ayuda de este bastoncito por una parte, y con una de las irradiaciones de la estrella, por otra, puede sostenerse de pie como si tuviera dos piernas.

Uno tendría la tentación de creer que este objeto tuvo antes una forma funcional, pero que ahora está roto. Sin embargo, éste no parece ser el caso; al menos, no encuentro el menor indicio; en ninguna parte se pueden ver piezas adicionales o fracturas que pudieran indicar algo semejante. El objeto entero parece carecer de sentido, pero es perfecto en su acabado. Y no se puede decir más, ya que Odradek es extraordinariamente dinámico y no se deja atrapar.

Vive alternativamente en el techo, en las escaleras, en el zaguán o en el pasillo. A veces no se le ve durante meses; es posible que se

haya mudado a otras casas, no obstante siempre regresa sin falta a la nuestra. Con frecuencia, cuando uno sale por la puerta y él está abajo, en la barandilla de la escalera, dan ganas de hablarle. Naturalmente, no se le hacen preguntas difíciles, más bien se le trata como a un niño, su diminuto tamaño induce a ello.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Odradek —responde.

—¿Y dónde vives?

—Domicilio incierto —dice, y se ríe. Pero se trata de una risa que sólo puede surgir sin pulmones. Suena como el crujido de las hojas secas. Con ella suele concluir la conversación. Por lo demás, no siempre se reciben estas respuestas; con frecuencia se mantiene largo tiempo tan callado como la madera de la que parece hecho.

En vano me pregunto qué será de él. ¿Acaso puede morir? Todo lo que muere ha poseído con anterioridad una suerte de meta o de actividad que lo ha desgastado, pero eso no es aplicable a Odradek. ¿Podrá entonces, algún día, rodar por las escaleras con

los hilos retorcidos y entrelazados hasta caer en los pies de mis hijos y de mis nietos? Aparentemente no hace daño a nadie, pero la idea de que podría sobrevivirme casi me resulta dolorosa.

50. K ERA UN GRAN PRESTIDIGITADOR[50]...

K era un gran prestidigitador. Su actuación era un poco monótona, pero, a causa de su gran seguridad, poseía una gran fuerza de atracción. Por supuesto que me acuerdo perfectamente de la primera vez que vi su actuación, aunque ya han transcurrido veinte años y yo era un jovencito. Llegó hasta nuestra pequeña ciudad sin anunciarse previamente y organizó la función para la primera noche del día en que llegó. En el gran comedor de nuestro hotel se había dejado un amplio espacio libre alrededor de la mesa, en el centro de la estancia. En eso consistió toda la preparación teatral. Recuerdo que la sala estaba llena a rebosar, bueno, a un niño le parecen llenos todos los espacios donde arde alguna vela, se escuchan susurros de adultos, un camarero va y viene, y otras cosas semejantes. Tampoco sabía por qué había venido tanta gente a una representación aparentemente tan precipitada. Es evidente que ese supuesto

lleno de la sala juega un papel decisivo en el recuerdo que me dejó la actuación.

51. LÁMPARAS NUEVAS[51]

Ayer estuve por primera vez en los despachos de la Dirección. Nuestro turno de noche me ha elegido como hombre de confianza y, en vista de que la construcción y contenido de las lámparas es deficiente, tengo que lograr que se supriman estas anomalías. Me señalaron el despacho competente, llamé a la puerta y entré. Un hombre joven y delicado, muy pálido, sonreía ante mí desde su gran escritorio. Mucho, demasiado, asentía con la cabeza. No sabía si podía sentarme, había un sillón dispuesto, pero pensé que al ser mi primera visita tal vez no debería sentarme en seguida, así que conté toda la historia de pie. Precisamente esa modestia causó dificultades al joven, pues tenía que adelantar y girar la cabeza hacia mi rostro, si no quería mover su sillón, lo que no estaba dispuesto a hacer. Por otra parte, y a pesar de su buena voluntad, no lograba doblar lo suficiente el cuello, y por esa razón estuvo mirando, mientras duró mi historia, oblicuo hacia el techo; yo lo imitaba involuntariamente. Cuando terminé de hablar se levantó lentamente, me dio unos golpecitos en el hombro, y dijo:

—Bien, bien —y me acompañó hasta la habitación contigua, donde un señor, de barba salvaje, aparentemente nos esperaba, pues sobre su mesa no había ningún indicio de trabajo. Por el contrario, una puerta de cristal abierta conducía hacia un pequeño jardín con flores y arbustos. Una pequeña información consistente en algunas palabras susurradas por el joven, bastaron para que el señor comprendiese nuestras múltiples quejas. Se levantó en seguida y dijo:

—Bueno, querido amigo —se detuvo, creo que quería saber mi nombre, por eso abrí la boca, para presentarme de nuevo, pero él ya continuaba:

—Sí, sí, te conozco muy bien. Tú, o mejor vuestra solicitud está plenamente justificada, los señores de la Dirección y yo seríamos los últimos en no darnos cuenta. El bienestar de la gente, créeme, significa más para nosotros que el bien de la mina. ¿Por qué no? La mina se puede abrir de nuevo, sólo costará dinero, pero al diablo con el dinero, cuando un hombre sucumbe, es un hombre el que sucumbe, quedan la viuda, los niños.

¡Ay, Dios mío! Por eso mismo damos la bienvenida a cualquier proposición para introducir más seguridad, facilidad, comodidad o lujo. Quien viene y lo propone, ése es nuestro

hombre. Así que tú nos dejas aquí tus sugerencias y nosotros las examinaremos detenidamente; si se pudiera añadir alguna pequeña novedad deslumbrante, no la omitiremos, y cuando todo esté listo, recibiréis vuestras nuevas lámparas. Pero dile una cosa a tu gente abajo: mientras no hagamos de vuestras galerías un salón, no descansaremos, y si no termináis muriendo con botas de charol no lo haréis de ningún modo. ¡Y con esto, muchos recuerdos!

52. UNA CONFUSIÓN COTIDIANA[52]

Un suceso cotidiano; soportarlo, un heroísmo cotidiano. A tiene que cerrar con B, del pueblo vecino H, un importante negocio. Va a una entrevista previa a H, invierte diez minutos en ir y el mismo tiempo en regresar, y se precia en casa de esa asombrosa rapidez. Al día siguiente vuelve a ir a H, esta vez para cerrar definitivamente el negocio; como previsiblemente se necesitarán varias horas, A sale muy temprano por la mañana. Aunque todas las circunstancias accesorias, según opinión de A, son completamente las mismas que las del día anterior, esta vez necesita diez horas para llegar hasta H. Cuando llega por la noche agotado, se le dice que B, enfadado por la ausencia de A, ha salido hace media hora para buscarle en su casa; en realidad, se

tendrían que haber encontrado en el camino. Aconsejan a A que espere, pues B no puede tardar mucho en llegar. A, sin embargo, angustiado por el negocio, se pone en seguida en marcha y se dirige deprisa hacia su casa. Esta vez recorre el camino, sin ni siquiera darse cuenta, en un instante. En casa le dicen que B llegó hace tiempo, justo en el momento en que A abandonaba su casa, por lo que se había encontrado con él en la puerta. B le recordó el negocio, pero A dijo que no tenía tiempo, que tenía mucha prisa. No obstante el extraño comportamiento de A, B se había quedado para esperarle. Por supuesto preguntó con frecuencia si A había llegado ya, y aún se encuentra arriba, en la habitación de A. Feliz de poder hablar con B y poder explicarle todo, sube corriendo las escaleras. Ya casi ha llegado arriba, cuando tropieza y sufre la rotura de un tendón. En un estado semiconsciente provocado por el dolor, incapaz de gritar, gimiendo en la oscuridad, escucha y ve cómo B, difuminado por la distancia o por su gran proximidad a él, baja furioso las escaleras y, finalmente, desaparece.

53. LA VERDAD SOBRE SANCHO PANZA[53]

Sancho Panza, quien, por lo demás, nunca se ha gloriado de ello, consiguió después de muchos años, en las horas nocturnas, mediante la lectura de una gran cantidad de novelas de

caballerías y de bandidos, apartar de sí de tal modo a su demonio, al que posteriormente bautizó con el nombre de Don Quijote, que éste se dedicó a realizar las acciones más locas y absurdas, las cuales, al carecer de un objeto predeterminado, pues éste tendría que haber sido Sancho Panza, no causaron daño a nadie. Sancho Panza, un hombre libre, siguió indiferente, tal vez sólo por cierto sentimiento de responsabilidad, a Don Quijote en sus aventuras y sobre ello sostuvo una gran y útil conversación hasta su final.

54. EL SILENCIO DE LAS SIRENAS[54]

Demuéstrales que también medios deficientes, sí, incluso pueriles, pueden servir para salvarse.

Para guardarse de las sirenas, Odiseo se puso cera en los oídos y dijo que lo encadenaran al mástil. Algo similar podrían haber hecho los viajeros desde entonces — excepto aquéllos a los que las sirenas seducían desde la lejanía—, pero se sabía en todo el mundo que eso no ayudaba. El canto de las sirenas lo penetraba todo, hasta la cera, y la pasión del seducido habría roto algo más que cadenas y mástil. En eso no pensó Odiseo, aunque tal vez había oído algo sobre ello, pero él confiaba plenamente en los

trozos de cera y en las cadenas, así que con alegría inocente por contar con tales medios de defensa se enfrentó a las sirenas.

No obstante, las sirenas poseen un arma mucho más terrible que su canto: su silencio. Aún no ha ocurrido, pero entra dentro de lo razonable que alguien pudiera salvarse ante su canto, lo que en ningún caso podría suceder ante su silencio. Nada en la tierra puede superar el sentimiento de haberlas vencido con las propias fuerzas, tampoco la arrogancia resultante de esa victoria, que todo lo arrebatara.

Y, en realidad, cuando Odiseo llegó, aquellas violentas cantantes no cantaron, ya fuera porque creyeran que a ese enemigo sólo se le podría vencer con el silencio, ya porque al ver el rostro de felicidad de Odiseo, quien sólo pensaba en cera y cadenas, olvidaran sus cantos.

Odiseo, sin embargo, por decirlo de algún modo, no escuchó su silencio; él creyó que cantaban y que se había protegido muy bien de su canto; fugazmente pudo ver cómo giraban sus cuellos, cómo respiraban profundamente, vio los ojos llenos de lágrimas, la boca medio abierta, y creyó que todo se debía a las arias, que, sin ser oídas, resonaban a su alrededor. Pero esa visión se tornó distante,

las sirenas desaparecieron y, precisamente cuando él estaba más cerca de ellas, ya no supo nada de ellas.

Las sirenas, sin embargo, más bellas que nunca, se estiraban y giraban, dejaban que su cabello ondeara al viento, extendían las garras sobre las rocas, ya no querían seducir, sólo querían seguir contemplando, tanto como fuera posible, el brillo de los grandes ojos de Odiseo.

Si las sirenas hubieran tenido conciencia, en aquel momento habrían sido destruidas;
pero así son y así permanecen, sólo Odiseo se les ha escapado.

Por lo demás, hasta nosotros ha llegado un añadido a esta historia. Odiseo, se dice, era tan astuto, tan zorro, que la diosa del destino no pudo penetrar en su interior; tal vez él, aunque eso no se puede entender con una mentalidad humana, había notado que las sirenas callaban y presentó tanto ante ellas como ante los dioses el arriba descrito proceso imaginario como si se tratase de un escudo.

55. UNA COMUNIDAD DE INFAMES[55]

Érase una vez una comunidad de infames, es decir no se trataba de infames, sino de personas normales, del tipo medio. Siempre se mantenían juntos. Cuando, por ejemplo, uno de ellos cometía alguna infamia, es decir nada infame, sino algo normal, como es habitual, y se confesaba ante la comunidad, entonces ésta investigaba el caso, lo juzgaba, hacía penitencia, perdonaba y otras cosas parecidas. No hay que interpretarlo mal, los intereses del individuo y de la comunidad se respetaban con severidad y al penitente se le administraba el complemento, cuyo color de fondo había mostrado. Así se mantenían siempre juntos; aun después de la muerte no renunciaban a la comunidad, sino que subían al cielo en carro. En general, la impresión que daban al volar era de la más pura inocencia infantil. Pero como ante las puertas del cielo todo se descompone en sus elementos, caían en picado como bloques de hormigón.

56. HUÉSPED EN LA CASA DE LOS MUERTOS[56]

Era huésped en la casa de los muertos. Visité un gran panteón muy limpio, había algunos ataúdes, pero aún quedaba mucho espacio libre, dos ataúdes estaban abiertos, su interior ofrecía el aspecto de camas deshechas que acababan de ser

abandonadas. Un poco apartado había un escritorio, por lo que al principio no lo advertí, un hombre con cuerpo poderoso se sentaba frente a él. En la mano derecha sostenía una pluma, parecía como si en ese mismo instante hubiese acabado de escribir; la mano izquierda jugaba en el chaleco con una cadena de reloj reluciente, la cabeza profundamente inclinada hacia la cadena. Una limpiadora regresaba, pero no había nada que limpiar.

Por curiosidad tiré de su pañuelo de cabeza, que ensombrecía su rostro. Ahora la pude ver. Era una muchacha judía a la que había conocido hacía tiempo. Tenía un rostro de blancura exuberante y esbeltos ojos negros. Cuando me sonrió en medio de sus harapos, que la convertían en una mujer vieja, le dije:

—Aquí todos hacen comedia, ¿no?

—Sí —dijo ella—, un poco. ¡Qué bien nos conoces! Entonces señaló al hombre del escritorio y dijo:

—Ahora ve y saluda a ese señor, es el amo aquí. Mientras no le hayas saludado, en realidad no puedo hablar contigo.

—¿Quién es? —pregunté en voz baja.

—Un aristócrata francés —dijo ella—, se llama De Poiton.

—¿Cómo ha venido a parar aquí? —pregunté.

—No lo sé —dijo ella—, aquí hay una gran confusión. Esperamos a alguien que debe poner orden. ¿Eres tú acaso?

—No, no —respondí.

—Muy razonable —dijo ella—, pero ahora ve y preséntate al señor.

Fui hacia allí y saludé con una inclinación, pero como él no levantó la cabeza —sólo podía ver su pelo blanco enmarañado—, dije «buenas noches». No obstante, siguió sin moverse, un gatito se paseó por el borde de la mesa, había saltado del regazo del hombre y volvió a desaparecer allí, tal vez el hombre no miraba la cadena del reloj, sino debajo de la mesa. Yo simplemente quería explicar de qué manera había llegado hasta allí, pero mi conocida me tiró de la chaqueta y susurró:

—Eso basta.

Al oírlo me quedé satisfecho, me volví hacia ella y fuimos cogidos del brazo por el panteón. La escoba me molestaba.

—Tira la escoba —le dije.

—No, por favor —dijo ella—, deja que me la quede; limpiar aquí no me supone ningún esfuerzo, ¿lo ves, verdad? Además, por hacerlo gozo de ciertas ventajas a las que no quiero renunciar. ¿Deseas quedarte aquí? —preguntó desviando la conversación.

—Por ti me encantaría quedarme —dije lentamente. Íbamos muy apretados, como una pareja enamorada.

—Quédate, quédate —dijo ella—, cuánto te he echado de menos. Aquí no se está tan mal como tú probablemente crees. Y qué nos importa a los dos cómo nos va.

Anduvimos un rato en silencio, nos habíamos soltado de los brazos, que ahora ceñían los cuerpos. Caminábamos por el camino principal, a derecha e izquierda sólo se veían ataúdes, el

panteón era muy grande o, al menos, muy largo. Todo estaba oscuro, pero no por completo, era como una suerte de crepúsculo que aún iluminaba algo el lugar en que nos hallábamos, esa claridad abarcaba un círculo a nuestro alrededor. De repente dijo ella:

—Ven, te enseñaré mi ataúd. Eso me sorprendió.

—Pero tú no estás muerta —dije yo.

—No —dijo ella—, pero a decir verdad, no conozco mucho este lugar, por eso estoy contenta de que hayas venido. En poco tiempo lo comprenderás todo, creo que tú ahora ya lo ves todo más claro que yo. En todo caso, tengo un ataúd.

Torcimos a la derecha, por un camino lateral, otra vez nos encontramos entre dos hileras de ataúdes. En el ambiente me recordaba una gran bodega que había visto una vez. Continuando nuestro camino pasamos también sobre un pequeño arroyo, de apenas un metro de anchura, que fluía con rapidez. Poco después llegamos al ataúd de la muchacha. Disponía de bellos cojines de encaje. La muchacha se sentó en su interior y me hizo una

indicación, menos con el dedo índice que con la mirada, para que subiera.

—Pero, mi querida niña —dije yo, le quité el pañuelo de la cabeza y puse mi mano en su suave cabello—, aún no me puedo quedar contigo. Hay alguien aquí, en el panteón, con quien tengo que hablar. ¿No quieres ayudarme a buscarle?

—¿Tienes que hablar con él? Aquí no hay obligaciones de ningún tipo —dijo ella.

—Pero yo no soy de aquí.

—¿Crees que podrás salir de aquí?

—Seguro —dije yo.

—Pues entonces con más razón no deberías perder tu tiempo — dijo ella. A continuación buscó entre los cojines y sacó una camisa.

—Ésta es mi mortaja —dijo, y me la entregó—, pero no me la pongo.

57. DE NOCHE[57]

Sumirme en la noche. Del mismo modo en que algunas veces se inclina la cabeza para pensar, sumirme por completo en la noche. Alrededor duermen los hombres. Pero es una pequeña comedia, una inocente ilusión, eso de que duerman en casas, en sólidas camas bajo techos seguros, estirados o acurrucados sobre los colchones, con sábanas y mantas; en realidad se han encontrado todos, un incontable número de personas, un ejército, un pueblo, como una vez antaño, y como lo harán en el futuro, en una zona desértica, un campamento al aire libre, bajo el frío cielo y sobre la fría tierra, arrojados donde habían permanecido en pie, la frente presionada contra el brazo, el rostro contra el suelo, respirando tranquilamente. Y tú despiertas, eres uno de los vigilantes, encuentras al próximo al atizar las brasas del montón de ramas secas a tu lado. ¿Por qué velas? Uno debe velar, se dice. Uno tiene que hacer acto de presencia.

58. NUESTRA PEQUEÑA CIUDAD[58]...

Nuestra pequeña ciudad no está en la frontera, ni siquiera cerca; hasta la frontera aún hay una buena distancia, tan larga que nadie de la ciudad ha estado allí; hay que atravesar yermas zonas montañosas, pero también amplios campos fértiles. Uno se cansa con sólo imaginarse una parte del camino. También hay que pasar por grandes ciudades, mucho más grandes que la nuestra. Diez ciudades como la nuestra puestas una detrás de otra y otras tantas insertadas desde arriba no igualarían a ninguna de esas ciudades enormes y compactas. Si uno no se pierde en el camino, se perderá seguro en las ciudades, y es imposible esquivarlas por su tamaño.

Pero aún más lejos que la frontera, si se pueden comparar semejantes distancias —es como si se dijera que un hombre de ciento tres años es mayor que uno de ciento dos—, mucho más lejos que la frontera está la capital. Aunque recibimos noticias de vez en cuando de las guerras fronterizas, de nuestra capital no sabemos casi nada, me refiero a nosotros, los ciudadanos medios, pues los funcionarios del gobierno tienen una buena conexión con la capital; en dos o tres meses pueden recibir una información de allí, al menos eso es lo que afirman.

Por eso es extraño, y yo me maravillo una y otra vez, cómo nosotros, en nuestra ciudad, nos sometemos tranquilamente a todo lo que se ordena en la capital. Desde hace siglos no se ha producido ningún cambio político que partiese de los ciudadanos. En la capital se han ido sucediendo los soberanos, incluso dinastías enteras se han extinguido o han sido depuestas, y otras nuevas han comenzado a gobernar; el siglo pasado la capital fue destruida, se construyó una nueva lejos de la anterior, que más tarde también fue destruida, así que se volvió a reconstruir la antigua. Pero nada de eso ha influido en nuestra pequeña ciudad. Nuestros funcionarios estuvieron siempre en sus puestos, los superiores venían de la capital, los medios, como mínimo, de fuera, y sólo los de grado más bajo de nuestra ciudad, así ha sido siempre y nos hemos conformado. El funcionario de rango superior es el Coronel Recaudador de Impuestos, posee el grado de Coronel, y así se le llama. Hoy es un hombre anciano, yo lo conozco desde hace años, pues ya en mi infancia era Coronel; al principio hizo una carrera muy rápida, luego pareció estancarse, para nuestra pequeña ciudad basta su rango, no seríamos capaces de recibir entre nosotros a un rango superior. Cuando intento imaginármelo, lo veo sentado en la terraza de su casa, sobre la plaza del mercado, recostado, con la pipa en la boca. Sobre él ondea en el tejado la bandera del Imperio; en uno de los lados de la terraza, que es tan grande que allí de vez en cuando se realizan ejercicios militares, está colgada la ropa para secarse. Sus

nietos, vestidos con bellos trajes de seda, juegan a su alrededor; a la plaza del mercado no pueden bajar, los otros niños son indignos de ellos, pero la plaza les atrae e introducen las cabezas entre los barrotes de la barandilla y, cuando los otros niños se pelean abajo, participan ellos en la pelea desde arriba.

Así pues, este Coronel domina la ciudad. Creo que aún no ha mostrado un solo documento que le autorice a ello. Tampoco lo tiene. Tal vez sea en realidad un Coronel

Recaudador de Impuestos, ¿pero es eso todo? ¿Le autoriza a regir todos los órganos de la administración? Su cargo es muy importante para la ciudad, pero para los ciudadanos no es lo más importante. Entre nosotros se tiene la impresión de que la gente dice: «Bien, has cogido todo lo que teníamos, ahora, por favor, cógenos también a nosotros». Pues en realidad no se ha apoderado del cargo y tampoco es un tirano. Desde tiempos muy antiguos las cosas han evolucionado de tal manera que el Coronel Recaudador de Impuestos siempre ha sido el primer funcionario, y el Coronel se somete a esta tradición como nosotros lo hacemos, ni más ni menos.

Sin embargo, aunque vive entre nosotros sin muchas diferencias en lo que se refiere a dignidad, es algo diferente a un ciudadano

común. Cuando se presenta ante él una comisión con una petición es como si fuera el último muro del mundo. Detrás de él ya no hay nada, a partir de allí sólo se adivinan algunas voces susurrantes, pero se trata probablemente de una mera ilusión, él significa el final de todo, al menos para nosotros. Hay que verlo en semejantes recepciones. Yo estuve una vez en una de ellas, cuando era niño. Una comisión de la ciudadanía le solicitó apoyo del gobierno, pues el barrio más pobre de la ciudad había quedado destruido por un incendio. Mi padre, el herrero, está bien visto en la comunidad, así que fue nombrado miembro de la delegación y me llevó con él. Eso no es nada extraordinario, todos intentan participar en un espectáculo así; apenas se reconoce la delegación entre la multitud; como la recepción se produce normalmente en la terraza, hay personas que se suben a unas escaleras en la plaza del mercado y toman parte en las conversaciones por encima de la barandilla. Antaño se disponía todo de tal modo que se les reservaba un cuarto de barandilla, la otra parte la ocupaba la multitud. Algunos soldados lo vigilaban todo, y rodeaban al Coronel formando un semicírculo. En realidad, un soldado habría bastado, tal era el miedo que le teníamos. No sé muy bien de dónde vienen esos soldados, en todo caso de muy lejos, se parecen mucho entre ellos, ni siquiera necesitarían llevar un uniforme. Es gente pequeña, no muy robusta, ágil, lo más llamativo en ellos es la fuerte dentadura, que rellena demasiado la boca, y un guiño espasmódico de sus pequeños y delgados ojos. A

causa de estas dos últimas peculiaridades son el terror de los niños, aunque también su placer, pues desearían ser siempre aterrorizados por esos dientes y esos ojos para, luego, huir de ellos corriendo. Ese miedo de la infancia no se pierde del todo en la edad adulta, aún sigue operando. Aunque hay algo que se suma. Los soldados hablan un dialecto incomprensible para nosotros, apenas se pueden habituar tampoco al nuestro, eso acentúa su aislamiento, que, por lo demás, pertenece a su carácter; tan callados, serios y rígidos son, no hacen nada realmente malo y, sin embargo, son casi insoportables en un sentido perverso. Entra, por ejemplo, un soldado en un comercio, compra cualquier pequeñez, y permanece allí apoyado en el mostrador, escucha las conversaciones, probablemente ni las comprende, pero su actitud es como si las comprendiera, aunque él mismo no pronuncia una palabra, sólo mira fijamente al que está hablando, luego al que escucha y mantiene la mano en la empuñadura del gran cuchillo de su cinturón. Eso es repugnante, se pierden las ganas de seguir conversando, la tienda se queda vacía, y sólo cuando ocurre esto se va el soldado. Así que, allí donde van los soldados, nuestro pueblo enmudece. Así fue también aquella

vez. Como en todas las ocasiones solemnes, permanecía el Coronel firme y mantenía en las manos extendidas hacia adelante dos largas cañas de bambú. Es una vieja costumbre que significa: así él apoya a la ley y ésta le apoya a él.

Todos saben lo que les espera en la terraza, no obstante suelen aterrorizarse de nuevo. También aquella vez el designado para hablar no quería comenzar, ya estaba frente al Coronel, pero le había abandonado el valor y retrocedía hacia la multitud alegando disculpas. Tampoco se encontró a ninguna persona que friera indicada para hablar, de los no indicados, sin embargo, se ofrecieron varios. Había una gran confusión y se enviaron mensajeros a distintos ciudadanos que eran conocidos oradores. Durante todo ese tiempo, el Coronel permanecía inmóvil, sólo al respirar bajaba y subía llamativamente el pecho. No era porque respirase con dificultad, sólo respiraba aparentemente con fuerza, por ejemplo como lo hacen las ranas, aunque ellas lo hacen siempre y en él era algo excepcional. Yo me deslicé entre los adultos y le observé a través del espacio que dejaban dos soldados, hasta que uno de ellos me apartó con la rodilla. Entretanto, el que había sido originariamente designado para hablar, había hecho acopio de valor y, sostenido por dos ciudadanos, presentó la petición. Era conmovedor ver cómo sonreía al Coronel mientras describía la gran desgracia acaecida; su sonrisa era la más humilde que podía existir, con la que se afanaba en vano por despertar una reacción similar en el rostro del Coronel. Finalmente, logró transmitir la petición; creo que sólo solicitó una liberación de impuestos por un año, o tal vez madera

más barata de los bosques imperiales. A continuación hizo una profunda reverencia y permaneció así, como todos los demás, excepto el Coronel, los soldados y algunos funcionarios detrás de él. Para un niño era ridículo ver cómo los de las escaleras, en el borde de la barandilla, bajaban algunos peldaños para no ser vistos mientras duraba esa pausa decisiva, y se dedicaban a espiar con curiosidad a la altura del suelo de la terraza. Duraba un rato. A continuación aparecía un funcionario, un hombre pequeño, ante el Coronel, quien permanecía inmóvil hasta en su respiración más profunda; el funcionario intentaba alzarse hacia él sobre las puntas de los pies y recibía un mensaje en el oído. Luego daba unas palmadas, un signo para que la gente se levantara, y anunciaba: «Se rechaza la solicitud. Podéis alejaros». Un innegable sentimiento de liberación atravesó la multitud, todos salieron de allí a codazos; el Coronel aparentemente se había tornado en un hombre como nosotros y no se fijaba en nadie en especial; sólo vi cómo, agotado, soltó las cañas, que cayeron, y se hundió en una butaca traída por un funcionario que le metió a toda prisa la pipa en la boca.

Toda esta escena no es algo aislado, así sucede siempre en general. No obstante, de vez en cuando acontece que se admite alguna pequeña solicitud, pero es como si el Coronel lo hubiera decidido asumiendo la responsabilidad, como una persona

privada poderosa; esa decisión tiene que ser mantenida en secreto ante el gobierno, aunque no de una forma expresa, sino en cuanto a los efectos. En nuestra pequeña ciudad, los ojos de nuestro Coronel son también, en la medida en que lo podemos juzgar, los ojos del gobierno, pero aquí se hace una distinción en la que no entraremos a fondo.

En asuntos importantes la ciudadanía puede contar siempre con una negativa. Y resulta

extraño que, en cierta medida, no se pueda prescindir de esa negativa, por lo que ese reunirse y solicitar la negativa no se reduce a una mera formalidad. Una y otra vez se acude con seriedad y con nuevas esperanzas, y se vuelve a salir no precisamente fortalecido y alegre, pero tampoco decepcionado ni cansado.

Por lo que he podido observar, hay un grupo de edad que no está satisfecho, son los jóvenes entre diecisiete y veinte años. Por lo tanto, aún muchachos, que no conocen ni de lejos la trascendencia de lo más insignificante, mucho menos de un pensamiento revolucionario. Y precisamente entre ellos se extiende la insatisfacción.

59. SOBRE LA CUESTIÓN DE LAS LEYES[59]

Nuestras leyes, por desgracia, no son conocidas por todos; son un secreto de un grupo pequeño de aristócratas que nos domina. Estamos convencidos de que estas viejas leyes se cumplen con rigor, pero es algo molesto ser regido por leyes que no se conocen. No hablo aquí de las diferentes maneras de interpretarlas, ni de las desventajas resultantes cuando sólo individuos, y no todo el pueblo, pueden participar en su interpretación. Esas desventajas no son, tal vez, tan grandes. Las leyes son tan antiguas, siglos han trabajado en su interpretación. También esta interpretación se ha convertido en ley. Aunque se mantienen todas las libertades posibles de interpretación, subsisten de una manera muy limitada. Además, aparentemente, la aristocracia no tiene ningún motivo para dejarse influir por su interés personal en nuestro perjuicio cuando ejerce su labor interpretativa, pues las leyes fueron desde un principio promulgadas en favor de la aristocracia; así, la aristocracia permanece al margen de la ley y, por eso mismo, parece que la ley hubiese sido entregada exclusivamente en las manos de la aristocracia. En todo ello hay sabiduría —¿quién pone en duda la sabiduría de las leyes antiguas?—, pero también una fuente de tormento para nosotros, aunque tal vez eso sea inevitable.

Por lo demás, esas leyes aparentes sólo se pueden suponer. Su vigencia constituye una tradición, así como el hecho de que hayan sido confiadas como un secreto a la aristocracia. No obstante, tampoco son, ni pueden ser, más que una tradición antigua y, a causa de esta antigüedad, venerable, pues el carácter de esas leyes reclama el mantenimiento en secreto de su contenido. Si nosotros seguimos con atención, desde tiempos muy antiguos, las acciones de la aristocracia en el pueblo; si poseemos copias de nuestros antepasados sobre ellas y las hemos proseguido concienzudamente; si creemos haber descubierto algunas líneas directivas en los innumerables hechos investigados, que parecen deducirse de una u otra disposición legal, y si intentamos organizamos un poco en el presente y en el futuro según las conclusiones que tan cuidadosamente hemos filtrado y ordenado; todo eso es pura inseguridad y, tal vez, un simple juego de la razón, pues es posible que esas leyes que intentamos adivinar no existan en absoluto. Hay un partido pequeño que es de esa opinión y que intenta demostrar que si existe una ley, su enunciado sólo puede ser: «Lo que hace la aristocracia es ley». Este partido sólo ve actos arbitrarios de la aristocracia y rechaza la tradición popular, que, según su opinión, sólo trae alguna utilidad casual y, por el contrario, graves daños, ya que proporciona al pueblo frente a los acontecimientos venideros una

imprudencia conducente a una seguridad falsa e ilusoria. Esos perjuicios son innegables, pero la inmensa mayoría de nuestro pueblo cree encontrar su causa en que la tradición es aún insuficiente, que, por consiguiente, se debe seguir investigando, y que el material recopilado, por enorme que nos parezca, aún es muy pequeño y tendrán que transcurrir siglos antes de que sea suficiente. En la oscuridad que representa esa visión para el presente sólo penetra algo de luz a través de la creencia de que llegará un tiempo en que la investigación conocerá un fin, todo se tornará claro, la ley pertenecerá al pueblo y la aristocracia desaparecerá. Esto no se dice con odio hacia la aristocracia, en absoluto,

en realidad nos odiamos a nosotros mismos, ya que aún no somos dignos de la ley. Y, precisamente por esto, ese, en cierta medida, atrayente partido, que no cree en ninguna ley en sentido estricto, ha permanecido tan pequeño, aunque, por lo demás, reconoce por completo a la aristocracia y el derecho a su subsistencia. Esto sólo puede expresarse con una suerte de contradicción: un partido que rechazase tanto la creencia en las leyes como la aristocracia tendría de inmediato al pueblo detrás, pero un partido semejante no puede surgir, ya que nadie osa rechazar a la aristocracia. Sobre este filo de la navaja vivimos. Un escritor lo ha resumido así: La única ley indubitable y visible que se nos ha otorgado es la

aristocracia, y ¿acaso deberíamos matarnos entre nosotros por esa única ley?

60. EL RECLUTAMIENTO DE TROPAS[60]

Los reclutamientos de tropas, con frecuencia necesarios, pues las luchas fronterizas no se detienen nunca, se realizan del modo siguiente:

Se promulga la ordenanza de que en un día determinado, en un barrio determinado de la ciudad, todos los habitantes, hombres, mujeres y niños, sin distinciones, permanezcan en sus casas. Normalmente a eso del mediodía aparece en la entrada del barrio, donde esperan un destacamento de soldados y caballería desde el amanecer, el joven aristócrata que realizará el reclutamiento. Es un hombre joven, delgado, no muy alto, débil, vestido con descuido, de ojos cansados, la intranquilidad recorre su cuerpo como al enfermo los escalofríos. Sin mirar a nadie, hace una señal con la fusta, que constituye todo su armamento, unos soldados se suman a él y entra en la primera casa. Un soldado, que conoce personalmente a todos los habitantes del barrio, lee la lista de los vecinos. Normalmente están todos allí, permanecen en fila en una de las estancias y miran al aristócrata como si ya fuesen

soldados. Pero también puede ocurrir que en un sitio u otro falte alguien, siempre se trata de hombres. En ese caso nadie se atreve a formular alguna disculpa o a mentir, sino que se calla simplemente, se baja la mirada, apenas se puede soportar la presión de la orden contra el hombre que se ha escapado de la casa; sin embargo, la muda presencia del aristócrata basta para mantener a todos en sus sitios. Éste hace un signo, ni siquiera llega a una ligera inclinación de la cabeza, sólo se puede leer en sus ojos, y dos soldados comienzan a buscar al ausente. No supone ningún esfuerzo. No sale nunca de casa, nunca ha aspirado realmente a escapar del servicio en filas, ha faltado sólo por miedo, pero no es por miedo al servicio por lo que no se ha presentado, sino por timidez a mostrarse; la orden resulta demasiado grande para él, terriblemente grande, no puede salir por su propia fuerza. Precisamente por eso tampoco huye, simplemente se esconde y, cuando oye que el aristócrata está en casa, se desliza fuera del escondite, hasta la puerta, donde lo agarran de inmediato los soldados. Le llevan ante el aristócrata, quien toma la fusta con las dos manos —es tan débil que con una mano apenas conseguiría nada

— y golpea al hombre. Apenas causa grandes dolores, al poco tiempo deja caer la fusta en parte por agotamiento en parte por aversión; el golpeado tiene que cogerla y dársela. Sólo después puede unirse a los demás en la fila; por lo demás, es casi seguro

que no será aceptado. También ocurre, y eso es más habitual, que haya más personas de las que constan en la lista. Una muchacha, por ejemplo, está presente y mira al aristócrata, es de fuera, probablemente de la provincia, el reclutamiento de tropas la ha atraído; hay muchas mujeres que no pueden resistir la atracción de un reclutamiento ajeno —el que se realiza en sus lugares de origen tiene un significado muy diferente—. Y es extraño que no se vea nada deshonroso en que una mujer ceda a esa tentación, todo lo contrario, es algo que, según la opinión de algunos, tienen que pasar las mujeres, es una deuda que tienen que pagar a su sexo. Siempre ocurre de la misma manera. Una muchacha o una mujer oye que en algún lado, tal vez muy lejos, en casas de parientes o de amigos, se realiza un reclutamiento; ella solicita a los suyos que le den permiso para viajar, se le concede, eso

no se puede negar; ella viste lo mejor que tiene, está más alegre que de costumbre, además de tranquila y amigable, pero con independencia de cómo sea, y detrás de toda esa tranquilidad y amabilidad, permanece inaccesible como una extraña que vuelve a su hogar y no piensa en otra cosa. En la casa de la familia, en la que se va a realizar el reclutamiento, se la recibe de manera diferente que a un huésped habitual, la rondan, tiene que pasar por todas las habitaciones de la casa, tiene que asomarse por todas las ventanas, y si pone la mano en la cabeza de alguno, eso supone más que la bendición de un padre. Cuando la familia se

prepara para el reclutamiento, ella recibe el mejor puesto, que está cerca de la puerta, desde donde se puede ver mejor al aristócrata y donde ella, a su vez, puede ser mejor vista por él. Sólo se la honra así hasta la entrada del aristócrata, a partir de ese instante se marchita. Él se fija en ella tan poco como en los demás, y si dirige la mirada a alguien, éste no se siente mirado. Eso no lo ha esperado ella o sí lo ha esperado, pues no puede ser de otra manera; pero no era tampoco la esperanza de lo contrario lo que la había llevado hasta allí, era algo que ya ha finalizado. Siente una vergüenza tal como las mujeres ya no sentirán más. Ahora se da realmente cuenta de que ha ido a un reclutamiento ajeno, y cuando el soldado ha leído la lista y su nombre no se ha mencionado, hay un momento de silencio, entonces ella huye de la puerta temblando y agachada, recibiendo además en la espalda el puñetazo de un soldado.

Si el sobrante se trata de un hombre, no desea otra cosa, aunque no pertenezca a esa casa, sino que lo recluten. Eso también es imposible, jamás ha sido reclutado uno de los sobrantes y jamás ocurrirá algo así.

61. POSEIDÓN[61]

Poseidón estaba sentado frente a su mesa de trabajo y calculaba. La administración de todas las aguas le daba un trabajo infinito. Habría podido tener toda la ayuda que hubiera querido y, ciertamente, tenía mucha, pero como se tomaba su cargo muy en serio, lo calculaba todo una vez más y así apenas le servían de algo sus auxiliares. No se puede decir que le gustara su trabajo, en realidad sólo lo realizaba porque se lo habían impuesto. Con frecuencia se había ofrecido para realizar un trabajo más alegre, como él lo expresaba, pero siempre que se le hacían propuestas resultaba que ninguna se podía equiparar con su cargo actual. Además, era muy difícil encontrar algo diferente para él. Era imposible adjudicarle, por ejemplo, un mar determinado, aparte de que aquí el trabajo de cálculo no era más pequeño, sino más meticuloso, aunque el gran Poseidón podría mantener aún una posición dominante. Y si se le ofrecía un puesto fuera del agua, se ponía enfermo sólo de imaginarlo, su respiración divina se alteraba, su bronceo tórax temblaba. Por lo demás, sus quejas no se tomaban realmente en serio; cuando un poderoso protesta, hay que intentar transigir hasta en los asuntos con menos probabilidad de éxito; nadie pensaba seriamente que Poseidón pudiera ser destituido del cargo. Desde tiempos inmemoriales había sido designado dios de los mares, y así tendría que seguir siendo.

Lo que más le enojaba —y esto era lo que causaba principalmente su insatisfacción con el cargo— era oír las ideas que se tenían de él; cómo él, por ejemplo, no paraba de desplazarse a través del oleaje con su tridente. En vez de eso se pasaba todo el día sentado en las profundidades del océano y calculaba ininterrumpidamente; una visita de vez en cuando a Júpiter era lo único que rompía la monotonía, un viaje del que, por lo demás, regresaba furioso la mayoría de las veces. Por esta razón, apenas había visto los mares, sólo de un modo fugaz durante la rápida subida al Olimpo, y jamás los había atravesado. Solía decir que esperaba hasta el fin del mundo, entonces se produciría un instante de tranquilidad en el que, poco antes del final y después de revisar las últimas cuentas, podría realizar una pequeña y rápida gira.

62. COMUNIDAD[62]

Somos cinco amigos, hemos salido uno detrás del otro de una casa; el primero salió y se colocó junto a la puerta; luego salió el segundo, o mejor se deslizó tan ligero como una bolita de mercurio, y se situó fuera de la puerta y no muy lejos del primero; luego salió el tercero, el cuarto y, por último, el quinto. Al final formábamos una fila. La gente se fijó en nosotros, nos señalaron y

dijeron: «Los cinco acaban de salir de esa casa». Desde aquella vez vivimos juntos. Sería una vida pacífica, si no se injiriera continuamente un sexto. No nos hace nada, pero nos molesta, lo que es suficiente. ¿Por qué quiere meterse donde nadie lo quiere? No lo conocemos y tampoco queremos acogerlo entre nosotros. Si bien es cierto que nosotros cinco tampoco nos conocíamos con anterioridad y, si se quiere, tampoco ahora, lo que es posible y tolerado entre cinco, no es posible ni tolerado en relación con un sexto. Además, somos cinco y no queremos ser seis. Y qué sentido tendría ese continuo estar juntos, tampoco entre nosotros cinco tiene sentido, pero, bien, ya estamos juntos y así permanecemos, pero no queremos una nueva unión, y precisamente a causa de nuestras experiencias. ¿Cómo se le podría enseñar todo al sexto? Largas explicaciones significarían ya casi una acogida tácita en el grupo. Así, preferimos no aclarar nada y no le acogemos. Si quiere abrir el pico, lo echamos a codazos, pero si insistimos en echarlo, regresa.

63. EL ESCUDO DE LA CIUDAD[63]

Al principio reinaba un gran orden en la Torre de Babel, sí, tal vez había demasiado orden, se pensaba demasiado en indicaciones, intérpretes, alojamientos para trabajadores y en vías de

comunicación, como si se tuvieran ante sí siglos de posibilidades de trabajo. La opinión dominante en aquel tiempo hacía hincapié en que no se podía construir con la suficiente lentitud; no había que exagerar mucho esa opinión para terminar resistiéndose a poner los fundamentos. Se argumentaba así: «Lo esencial de toda la empresa es el pensamiento de construir una torre que llegue al cielo. Al lado de este pensamiento todo es secundario. El pensamiento, una vez aprehendido en toda su grandeza, ya no puede desaparecer; mientras existan seres humanos, siempre estará presente el fuerte deseo de construir la torre hasta el final. Así pues, en ese sentido, no hay que preocuparse por el futuro, todo lo contrario, los conocimientos del hombre aumentan, el arte de la construcción hace continuos progresos y los hará en el futuro; para realizar un trabajo en el que ahora invertimos un año, en cien años tal vez sólo se necesitarán seis meses para terminarlo y, además, con una mayor perfección, más duradero. ¿Para qué, entonces, esforzarse hoy por llegar a los límites de nuestras fuerzas? Eso sólo tendría sentido si existiera la esperanza de terminar la torre en el periodo de vida de una generación. Pero eso no se puede esperar. Más bien ocurriría que la siguiente generación, con sus conocimientos perfeccionados, encontraría deficiente el trabajo de la anterior y decidiría derribar lo construido para comenzar desde el principio». Semejantes pensamientos paralizaron las fuerzas y más que preocuparse por la construcción de la torre se preocuparon por la construcción de

la ciudad de los trabajadores. Cada equipo nacional quiso tener los más bellos alojamientos, sobre ello surgieron disputas, que desembocaron en luchas sangrientas. Esas luchas ya no cesaron; para los responsables sirvieron como nuevo argumento para detener la construcción por falta de concentración o para postergarla hasta que se firmara la paz. Pero no se empleaba todo el tiempo en luchar, en las pausas se embellecía la ciudad, con lo que se provocaban nuevas envidias y nuevas luchas. Así transcurrió el tiempo de la primera generación, pero ninguna de las siguientes fue distinta, sólo aumentaba la destreza y con ella las ansias de lucha.

A todo ello se añadió que ya la segunda generación reconoció la falta de sentido de una torre celestial, pero ya existían demasiados vínculos como para abandonar la ciudad. Todo lo que surgió de esta ciudad en forma de canciones y leyendas está henchido por el anhelo de un día profético, en el cual la ciudad será destruida por un puño enorme, con cinco golpes consecutivos. Por eso la ciudad tiene un puño en el escudo.

64. EL PILOTO[64]

—¿No soy yo el piloto? —grité.

—¿Tú? —preguntó un hombre corpulento y oscuro. A continuación se frotó los ojos con la mano como si quisiera deshacerse de un mal sueño.

Yo permanecía de pie ante el timón en la noche oscura, con una lámpara sobre mi cabeza que apenas despedía un débil resplandor, cuando llegó ese hombre y me quiso apartar. Y como me resistí, me puso el pie en el pecho y fue empujándome lentamente, mientras yo me aferraba al eje del timón, hasta que lo rompí al caer del todo. Entonces el hombre lo cogió, lo arregló, pero a mí me empujó violentamente a un lado. Pero me recuperé pronto, corrí hacia la escotilla que conducía al camarote de la tripulación y grité:

—¡Tripulación! ¡Camaradas! ¡Acudid rápido! ¡Un extraño me ha expulsado del timón! Comenzaron a venir lentamente, subieron por las escaleras, poderosas figuras cansadas y vacilantes.

—¿Soy yo el piloto? —pregunté.

Ellos asintieron, pero sólo tenían ojos para el extraño, le rodeaban formando un semicírculo y cuando él les dijo con voz de mando: «No me molestéis», se reunieron, me hicieron un gesto y bajaron por la escalera.

—¡Pero qué pueblo es éste! ¿Son capaces de pensar o simplemente se arrastran sin sentido sobre la faz de la tierra?

65. CONSOLIDACIÓN[65]

Éramos cinco empleados en el comercio: el contable, un hombre corto de vista y apesadumbrado, que yacía extendido sobre el libro de cuentas como una rana, callado, elevándose y descendiendo levemente a causa de la esforzada respiración; el ayudante, un hombre pequeño con un pecho ancho de atleta, sólo necesitaba una mano apoyada en el mostrador para elevarse por encima de él con un movimiento ligero y bello, su rostro, no obstante, permanecía serio y severo al realizar el ejercicio.

Además, teníamos a una vendedora, una solterona de cierta edad, delgada y frágil, con un vestido ceñido, la mayoría de las veces permanecía con la cabeza inclinada, sonriendo con los labios delgados de su boca grande. Yo, el aprendiz, no tenía mucho que hacer, pasar el trapo del polvo por el mostrador, con frecuencia

sentía ganas de acariciar o aun de besar la mano de nuestra señorita, una mano larga, débil, seca, del color de la madera, sobre todo cuando permanecía olvidada y descuidada sobre el mostrador, o, mucho mejor, me habría gustado reclinar el rostro sobre ella y sólo cambiar de posición de vez en cuando, para que hubiera justicia y cada mejilla pudiera disfrutar de la mano. Pero eso no ocurrió jamás, todo lo contrario, cuando me acercaba a ella, retiraba la mano y me encargaba un nuevo trabajo, por añadidura en cualquier remota esquina o arriba, en la escalera. Esto último era bastante desagradable, pues arriba, a causa de las lámparas de gas con que alumbrábamos, hacía un calor sofocante y, además, padecía de vértigo, por lo que sentía náuseas. Allí arriba a veces metía la cabeza en uno de los estantes, por supuesto después de haberlo sometido a una cuidadosa limpieza, y lloraba un rato o, cuando nadie miraba, dirigía la palabra a la señorita, haciéndole todo tipo de reproches. Aunque sabía que ella no tenía ningún poder decisivo, ni allí ni en ningún otro sitio, creía que podría utilizar su poder, si quería, en mi beneficio. Pero no quería, ni siquiera ejercía el poco poder que tenía. Ella era, por ejemplo, la única del personal a la que el cargador del negocio hacía un poco de caso, aparte de eso era el hombre más testarudo; cierto, también era el más antiguo, había trabajado incluso a las órdenes del jefe anterior, ninguno de nosotros sabía las que había pasado en aquel tiempo, pero de esta circunstancia sacó la falsa conclusión de que lo entendía todo

mejor que los demás, que él, por ejemplo, no sólo sabía llevar las cuentas mejor que el contable, servir mejor a la clientela que el ayudante, etc., sino que encima decía que había aceptado su puesto voluntariamente, ya que no se había encontrado a nadie capaz, ni incapaz, de ocuparlo. Y así se atormentaba, él, que no debía de haber sido muy fuerte, y ahora era una ruina, después de estar cuarenta años con las carretas, las cajas y los paquetes. Él lo había aceptado voluntariamente, pero eso se había olvidado, habían llegado nuevos tiempos, nadie reconocía ya su labor, y mientras a su alrededor, en el negocio, se cometían los errores más fantásticos, él tenía que permanecer atado a su trabajo, sin que le dejaran intervenir y tragándose la desesperación que sentía al verlo.

66. EL EXAMEN[66]

Soy un criado, pero no hay trabajo para mí. Soy miedoso y no soy capaz de abrirme paso, ni siquiera en una fila con los demás, pero ésa es sólo una de las razones de mi falta de ocupación, aunque también es posible que no tenga nada que ver con mi falta de ocupación, la causa principal es, en todo caso, que no me han llamado para servir, a otros los han llamado y no han solicitado empleo tantas veces como yo, tal vez ni siquiera han expresado su

deseo de que los llamaran, mientras que yo, al menos de vez en cuando, lo deseo vivamente.

Así, permanezco en el camastro, en la habitación de la servidumbre, miro hacia las vigas del techo, me duermo, me despierto y vuelvo a dormirme. A veces me acerco a la taberna, donde me invitan a una cerveza amarga, a veces derramo un vaso por pura aversión, luego me bebo otro. Me gusta estar allí sentado, ya que detrás de una pequeña ventana cerrada puedo mirar sin ser descubierto hacia la ventana de nuestra casa. No se ve mucho, aquí frente a la calle, sólo las ventanas de los pasillos, pero no de aquellos pasillos que conducen a las habitaciones de los señores. Es posible que también me equivoque, pero alguien me lo confirmó sin que yo le hubiera preguntado, y también el aspecto general de la fachada lo confirma. Raras veces se abren las ventanas y cuando ocurre, lo hace un criado, al que le gusta permanecer un rato apoyado en el antepecho mirando la calle. Por lo tanto son pasillos en los que no le pueden sorprender. Por lo demás, no conozco a ese criado, los sirvientes que trabajan arriba duermen en otra parte, no donde yo lo hago.

Una vez, cuando fui a la taberna, un cliente estaba sentado en mi puesto de observación. No me atrevía a mirar y ya quería

volverme en la puerta e irme, pero el cliente me llamó y resultó que también era un criado al que había visto alguna vez, aunque nunca había hablado con él.

—¿Por qué quieres irte? Siéntate y bebe. Yo pago.

Así que me senté. Me preguntó algunas cosas, pero yo no respondí, ni siquiera comprendí las preguntas. Por eso dije:

—Tal vez te hayas arrepentido ahora por haberme invitado, así que me voy...

Ya me iba a levantar, pero él alargó la mano sobre la mesa y me obligó a permanecer sentado.

—Quédate —dijo—, sólo ha sido un examen. Quien no responde las preguntas, ha aprobado.

67. EL BUITRE[67]

Había un buitre, picándome los pies. Ya había desgarrado las botas y los calcetines, ahora picaba ya la carne de los pies. Siempre picaba, volaba luego inquieto varias veces a mi alrededor y proseguía su trabajo. Pasó un señor por mi lado, miró un rato y preguntó por qué toleraba al buitre.

—Estoy indefenso —le dije—, llegó y comenzó a picar, entonces quise, naturalmente, espantarlo, incluso intenté ahogarlo, pero un animal así tiene mucha fuerza; como quería saltarme a la cara, decidí sacrificar mis pies. Ya están prácticamente destrozados.

—No entiendo que se deje atormentar de ese modo, un tiro y el buitre está listo.

—¿Así de fácil? —dije yo—. ¿Podría hacerlo usted?

—Encantado —dijo el señor—, sólo tengo que ir a casa y traer mi escopeta. ¿Puede esperar una media hora?

—No lo sé —dije, y me puse rígido por el dolor—. Pero, por favor, inténtelo por todos los medios.

—Bien —dijo el señor—, me daré prisa.

El buitre nos había escuchado durante la conversación, mirándonos sucesivamente a uno y a otro. Entonces me di cuenta de que lo había entendido todo, salió volando, se paró a cierta distancia y se inclinó para tomar impulso, luego introdujo el pico en mi boca como un lancero y me atravesó. Mientras caía hacia atrás, sentí, liberado, cómo se ahogaba sin salvación en mis entrañas, inundado en la sangre que se derramaba a torrentes.

68. UNA FÁBULA BREVE[68]

—¡Ay! —dijo el ratón—, el mundo se hace cada día más pequeño. Al principio era tan amplio y era feliz de poder ver, al fin, en la lejanía, muros a derecha e izquierda, pero esos muros tan largos comenzaron a cerrarse con tal rapidez, uno detrás de otro, que ya me encuentro en la última habitación, y allí, en el rincón, está la trampa en la que caeré.

—Sólo tienes que cambiar de dirección —dijo el gato, y se lo comió.

69. LA PEONZA[69]

Un filósofo solía ir a donde los niños jugaban. Veía a uno de ellos que tenía una peonza y se ponía al acecho. Apenas giraba la peonza, el filósofo la perseguía para cogerla. Que los niños gritaran e intentaran apartarle de su juguete, no le importunaba lo más mínimo. Si lograba coger la peonza mientras giraba, era feliz, pero sólo un instante, luego la arrojaba al suelo y se iba. Creía que el conocimiento de una pequeñez, por lo tanto también, por ejemplo, de una peonza girando, bastaba para alcanzar el conocimiento general. Por eso mismo no se ocupaba de los grandes problemas, lo que le parecía antieconómico; si realmente llegaba a conocer la pequeñez más diminuta, entonces lo habría conocido todo, así que se dedicaba exclusivamente a estudiar la peonza. Y, siempre que comenzaban las preparaciones para hacerla girar, tenía la esperanza de que esa vez lo conseguiría, y cuando giraba corría tras ella poseído de la esperanza de una certeza, pero en cuanto sostenía ese burdo trozo de madera en la mano le daban náuseas, y el griterío de los niños, que antes no había escuchado y que ahora resonaba de repente en sus oídos, le impulsaba a huir, girando como una peonza bajo un látigo poco hábil.

70. LA PARTIDA[70]

Ordené que sacaran a mi caballo del establo. El criado no me entendió. Yo mismo fui al establo, ensillé al caballo y me monté. Oí cómo sonaba una trompeta en la lejanía, le pregunté qué significaba aquello. Él no sabía nada, no había oído nada. Me detuvo en la puerta y me preguntó:

—¿Hacia dónde se dirige, amo?

—No lo sé —le respondí—, pero lejos de aquí, ante todo lejos de aquí, siempre lejos de aquí, sólo así podré alcanzar mi meta.

—¿Entonces conoce su meta? —preguntó.

—Sí —respondí—, ya te lo he dicho, «lejos-de-aquí», ésa es mi meta.

—Pero no lleva reservas de comida —dijo.

—No las necesito —dije yo—, el viaje es tan largo que moriré de hambre si no consigo algo en el camino. Ninguna reserva de comida me puede salvar. Por suerte se trata de un viaje realmente exorbitante.

71. LA PRIMERA DESGRACIA[71]

Un artista del trapecio —es sabido que este arte ejercitado en las cúpulas de las grandes salas de Variedades es uno de los más difíciles que puede llegar a dominar un hombre— había dispuesto su vida de tal modo, al principio sólo a causa de sus ansias de perfección, luego como una costumbre tiránica, que permanecía noche y día en el trapecio. Todas sus necesidades, por lo demás muy escasas, eran satisfechas por unos sirvientes que se turnaban y que estaban pendientes abajo de lo que necesitaba, subiéndolo y bajándolo en unos recipientes contruidos para ese propósito. Esa forma de vida no causaba dificultades especiales en el entorno; sólo durante los otros números del programa resultaba un poco molesto que permaneciera arriba, ya que no se le podía ocultar y, aunque se comportaba con tranquilidad en esos momentos, siempre se escapaba alguna mirada del público hacia él. Pero la Dirección se lo perdonaba, ya que era un artista

extraordinario e insustituible. Por supuesto también se veía que no vivía así por petulancia, aunque sólo así podía ejercitarse continuamente, y sólo así podía mantener su arte en un nivel de perfección.

No obstante, también estar arriba era sano. Cuando en la estación calurosa se abrían las ventanas que rodeaban la cúpula y, con el aire fresco, penetraban los rayos de sol poderosos en el espacio crepuscular, entonces era hasta bello. Ciertamente, su trato humano quedaba limitado, sólo alguna vez trepaba por la escala de cuerda algún colega, y permanecían ambos sentados en el trapecio, se apoyaban a derecha e izquierda en la escala y charlaban. En otras ocasiones había trabajadores que reparaban el techo e intercambiaban palabras con él a través de una de las ventanas, o un bombero inspeccionaba la iluminación de urgencia en la galería superior, gritándole desde allí algo respetuoso, pero poco comprensible. Por lo demás, en torno a él reinaba el silencio; algunas veces lo miraba pensativo algún empleado que, a eso del mediodía, erraba por el teatro vacío y levantaba la mirada hacia las alturas, donde el trapecista, sin saber que le observaban, descansaba o ejercía su arte.

Así podría haber vivido el trapecista sin molestias, pero los inevitables viajes de un lugar a otro le resultaban extremadamente desagradables. Aunque, si bien es cierto, el empresario cuidaba de que el artista del trapecio sufriera lo menos posible por ese motivo. Para los viajes en las ciudades se empleaban coches de carreras, siempre que se podía de noche o de madrugada, con los que se le transportaba a toda velocidad por las calles desiertas, pero, para la añoranza del trapecista, era con excesiva lentitud. Cuando se viajaba en ferrocarril, se reservaba todo un compartimiento, en el que el trapecista, si bien de un modo penoso, podía continuar un simulacro de su vida normal permaneciendo en la red del equipaje; en el próximo lugar donde había representación ya se había colocado con mucha antelación el trapecio en su sitio, también se habían dejado abiertas todas las puertas que conducían al escenario, todos los pasillos se mantenían libres. Pero los instantes más bellos para el empresario eran aquéllos en los que el artista del trapecio ponía el pie en la escala de cuerda y, en un suspiro, se balanceaba ya de su trapecio.

Aunque el empresario había realizado muchos viajes con éxito, cada vez que se emprendía uno nuevo suponía una tortura para él, pues estos viajes ejercían un efecto destructivo en los nervios del trapecista.

Así viajaban juntos de nuevo, el artista del trapecio en la red del equipaje, soñando, el empresario apoyado en la esquina de la ventana, leyendo un libro. Entonces el trapecista se dirigió a él en voz baja; el empresario se puso a su servicio. El trapecista dijo que necesitaba a partir de ese momento no uno, sino dos trapecios para sus ejercicios, uno frente al otro. El empresario se mostró de acuerdo inmediatamente. El artista del trapecio, sin embargo, como si quisiera resaltar que la aquiescencia del empresario resultaba superflua, al igual que lo hubiera sido su oposición, repitió que nunca más, bajo ninguna circunstancia, volvería a realizar su ejercicio en un solo trapecio. Ante la idea de que tal vez pudiese ocurrir una vez, parecía como si le recorrieran escalofríos. El empresario volvió a declarar, dubitativo y observante, que estaba completamente de acuerdo, que dos trapecios son mejor que uno, además, que esa nueva disposición resultaba ventajosa, pues hacía más variada la representación. A continuación, el trapecista súbitamente comenzó a llorar. Profundamente aterrorizado, el empresario se levantó de un salto y preguntó qué ocurría y, como no recibió ninguna respuesta, se subió al asiento, le acarició y presionó su mejilla contra la de él, de tal modo que quedó empapada por las lágrimas del trapecista. Pero sólo después de muchas preguntas y palabras de consuelo, el trapecista dijo sollozando:

—¡Con esta única barra en las manos! ¿Pero cómo he podido vivir así?

Ahora al empresario le resultó más fácil consolar al trapecista; prometió que desde la próxima estación, desde el próximo lugar de actuación, mandaría un telegrama por lo de los dos trapecios; se hizo reproches por haber dejado que el trapecista trabajara tanto tiempo sobre un solo trapecio, y no sólo se lo agradeció, sino que le alabó mucho por haberle llamado la atención sobre ese error. De este modo, el empresario consiguió ir tranquilizándolo poco a poco y, finalmente, pudo regresar a su esquina. No obstante, no se había quedado tranquilo, se dedicó a observar en secreto al trapecista por encima de su libro. Si le comenzaban a atormentar esos pensamientos, ¿podría cesar de tenerlos alguna vez? ¿No se irían incrementando? ¿No amenazaban su existencia? Y realmente el empresario creyó ver cómo ahora, sumido en un aparente sueño tranquilo, que le había vencido después de tanto llorar, comenzaban a marcarse las primeras arrugas en la lisa frente infantil del trapecista.

72. EL INTERCESOR[72]

Era muy inseguro si yo tenía intercesor, no podía saber nada en concreto, todos los rostros eran reservados, la mayoría de la gente con la que me cruzaba y con la que me encontraba una y otra vez en los corredores parecían mujeres viejas y gordas; tenían delantales grandes, de color azul oscuro y rayas blancas, que cubrían todo su cuerpo; se frotaban el estómago y giraban pesadamente de un lado a otro. Ni siquiera podía saber si estábamos en un edificio de los Juzgados. Algunas cosas hablaban a favor, muchas en contra. Entre todos los detalles, lo que más me recordaba a un juzgado era un zumbido que se oía continuamente, como si viniera de la lejanía, aunque no se podía decir con exactitud de qué dirección provenía; llenaba de tal modo las distintas estancias que se podía creer que venía de todas partes o, lo que parecía más correcto, que el lugar en que uno casualmente se encontraba parecía ser el origen del zumbido, aunque eso era con toda seguridad una ilusión, pues venía de muy lejos. Esos corredores, estrechos, abovedados con simpleza, flanqueados por puertas elevadas, decoradas con sobriedad, parecían haber sido contruidos para un profundo silencio, eran los corredores de un museo o de una biblioteca. Pero, si no era ningún juzgado, ¿por qué buscaba aquí a un intercesor? Muy fácil, porque buscaba por todas partes a un intercesor, porque en todas partes resulta útil, tal vez donde menos se le necesite sea en un juzgado, pues el tribunal dicta sentencia conforme a la ley; si aceptásemos que aquí se actúa con injusticia o imprudencia, no

sería posible vivir, hay que tener confianza en que los tribunales dejan espacio libre a la majestad de la ley, pues ésta es su única tarea. En la ley, sin embargo, todo es acusación, defensa y sentencia, la injerencia a título personal de un hombre sería aquí una impiedad. Muy diferente resulta todo respecto a los antecedentes de hecho de una sentencia; éstos se fundamentan en comprobaciones, en comprobaciones aquí y allá, con parientes y extraños, con amigos y enemigos, en la intimidad de la familia y en público, en la ciudad y en el pueblo, resumiendo, en todas partes. Aquí es urgente tener intercesores, intercesores en grandes cantidades, en el mejor de los casos uno al lado del otro, bien apretados, un muro viviente, pues los intercesores son por su naturaleza difíciles de mover, los acusadores, sin embargo, esos zorros astutos, esas comadrijas esquivas, esos ratones invisibles, se deslizan por los agujeros más pequeños, se escapan por entre las piernas del intercesor. Así que, ¡atención! Por eso mismo estoy aquí, colecciono intercesores. Pero aún no he encontrado ninguno, sólo esas mujeres que vienen y van, una y otra vez; si no estuviera a la búsqueda, me habría adormecido. No estoy en el lugar adecuado, por desgracia no puedo suprimir la impresión de que no estoy en el lugar adecuado. Debería estar en un lugar donde se reúnen muchas personas, de distintas regiones, de todas las clases, de todas las profesiones, de distintas edades; debería tener la posibilidad de elegir cuidadosamente entre la multitud a los válidos, a los amigables, a los que tienen una

mirada para mí. Tal vez lo más indicado fuera un mercado anual. En vez de eso vago por estos corredores, donde sólo se puede ver a esas viejas mujeres, que tampoco son muchas y que, además, siempre son las mismas; por añadidura, ni siquiera me prestan atención, me esquivan, flotan como nubes de lluvia, se concentran completamente en ocupaciones desconocidas.

¿Por qué me introduzco ciegamente en una casa, no leo el rótulo sobre la puerta, me meto por los corredores, me siento aquí con tal obstinación que ya no puedo recordar haber estado ante la casa, haber subido las escaleras? Pero ya no puedo retroceder, esta pérdida de tiempo, esta confesión de haber tomado un camino equivocado sería insoportable para mí. ¿Cómo? ¿Bajar una escalera en esta vida corta, acelerada, acompañada de un impaciente zumbido? Eso es imposible. El tiempo que se te ha otorgado es tan breve que si pierdes un segundo has perdido toda tu vida, pues ésta no es más larga; es tan larga como el tiempo que pierdes. Así pues, si has comenzado un camino, síguelo, bajo cualquier circunstancia, sólo puedes ganar, no corres peligro, tal vez te despeñes al final, pero si después de haber dado el primer paso te hubieras vuelto y hubieras bajado la escalera, te habrías despeñado nada más comenzar, y no tal vez, sino con toda seguridad. Si no encuentras nada en los corredores, abre las puertas; si no encuentras nada detrás de las puertas, aún quedan pisos; si no encuentras nada en otros pisos, no hay problema, sube

más escaleras, mientras no dejes de subir, tampoco faltarán peldaños; crecerán delante de ti conforme tus pies ascienden.

73. UN ARTISTA DEL HAMBRE[73]

En los últimos años, el interés por los ayunadores profesionales ha remitido mucho. Mientras que antes merecía la pena realizar ese tipo de representaciones por cuenta propia, hoy es completamente imposible. Eran otros tiempos. Antaño toda la ciudad estaba pendiente del ayunador; cada día de hambre que transcurría, crecía la expectación; todos querían ver al ayunador al menos una vez al día; para los últimos días había gente que tenía abonos, y se sentaban horas y horas ante la pequeña jaula; también de noche había la posibilidad de presenciar el espectáculo, para aumentar el efecto, a la luz de las antorchas. En los días soleados se sacaba la jaula al aire libre, y entonces los niños eran los espectadores principales. Mientras que la mayoría de los adultos consideraba la representación como una diversión, los niños, asombrados, con la boca abierta, manteniéndose cogidos de la mano por seguridad, miraban cómo el ayunador, pálido, cubierto con una camiseta de punto negra, con las costillas protuberantes, despreciando incluso una silla, permanecía sentado sobre un montón de paja esparcida, a veces asentía cortés,

respondía preguntas con una sonrisa esforzada y extendía el brazo a través de las rejas para dejar que sintieran su extremada delgadez; pero luego se volvía a sumir en sí mismo, no se dejaba distraer por nadie, ni siquiera por el ruido acompasado del reloj, tan importante para él, y que, además, era el único objeto en el interior de la jaula. Su actitud normal consistía en mirar ante sí, con los ojos semicerrados, y beber agua de vez en cuando de un vaso diminuto para humedecerse los labios.

Aparte de los espectadores ocasionales, los había también perpetuos, vigilantes elegidos por el público que, por razones extrañas, casi siempre eran pescaderos. De tres en tres, tenían la misión de observar día y noche al ayunador, para evitar que éste tomara alimentos en secreto. Pero en realidad se trataba sólo de una formalidad, introducida para tranquilizar a las masas, pues los entendidos sabían muy bien que el ayunador, bajo ninguna circunstancia, ni siquiera ejerciendo violencia sobre él, habría comido nada durante el periodo de ayuno. El honor de su profesión se lo prohibía. Ciertamente, no todo vigilante lo comprendía, había grupos de vigilantes nocturnos que ejercían una vigilancia muy laxa, sentándose intencionadamente en una esquina lejana para jugar a las cartas, pero con la intención de permitir que el ayunador tomara un refrigerio de algunas reservas secretas. Nada era más penoso para el ayunador que esos

vigilantes. Le ponían triste, hacían de su ayuno algo terrible; algunas veces superaba su debilidad y cantaba durante la guardia para mostrar a esa gente lo injusta que era su sospecha. Pero ayudaba poco; luego se asombraban de su habilidad al poder comer mientras cantaba. Prefería con mucho a los vigilantes que se sentaban muy cerca de las rejas, no quedaban satisfechos con la sombría iluminación nocturna de la sala y, por eso, acercaban una lámpara de mano eléctrica que el empresario ponía a su disposición. Esa luz deslumbrante no le molestaba, ya que no podía dormir, aunque sí podía caer siempre que quería en una suerte de letargo, con cualquier tipo de iluminación y a cualquier hora, aun cuando la sala estuviera llena de gente y hubiese mucho ruido. Estaba encantado de poder velar toda la noche con esos vigilantes,

estaba dispuesto a bromear con ellos, a contarles historias de su vida de peregrinaje, también a escuchar sus historias, todo para mantenerlos despiertos, para mostrarles una y otra vez que no tenía nada comestible en la jaula y que ayunaba como ninguno de ellos era capaz de hacerlo. Su momento de mayor felicidad era, sin embargo, cuando amanecía y les llevaban un gran desayuno a su cuenta, sobre el que se arrojaban con el apetito de los hombres sanos después de pasar una noche de dura vigilancia. Sin embargo había personas que consideraban ese desayuno como un intento indecente de influir en los vigilantes, pero eso iba

demasiado lejos; se les preguntaba si asumirían la vigilancia nocturna sólo por amor al arte, y sin desayuno, se quedaban impasibles, pero continuaban con sus sospechas.

Todo esto pertenecía a las suspicacias inherentes al ayuno. Nadie estaba dispuesto a permanecer como vigilante todos los días y todas las noches, ininterrumpidamente, con el ayunador, nadie, por consiguiente, podía saber por propia experiencia si realmente había ayunado de un modo continuo y sin faltas; sólo el ayunador profesional podía saberlo, sólo él, por tanto, era al mismo tiempo el espectador más satisfecho de su ayuno. No obstante, siempre estaba insatisfecho, aunque por otros motivos. Tal vez su extremada delgadez, que, muy a pesar suyo, contribuía a que algunos no quisieran presenciar el espectáculo, ya que no podían soportar su visión, fuese sólo fruto de su insatisfacción consigo mismo. Sólo él sabía, y ni siquiera los entendidos podían saberlo, lo fácil que era ayunar. Era la cosa más fácil del mundo. Tampoco lo silenciaba, pero no le creían, le tenían, en el caso más favorable, por modesto, y la mayoría por un hombre ansioso de publicidad o por un simple farsante, al que, en efecto, le resultaba fácil ayunar, porque sabía ponérselo fácil, y que además tenía la desvergüenza de, prácticamente, reconocerlo. Todo esto lo tenía que aceptar, se había acostumbrado a lo largo de los años, pero esa insatisfacción siempre corroía su interior, y nunca, después de un

periodo de ayuno —este testimonio se le tenía que reconocer—, había abandonado voluntariamente la jaula.

El periodo de ayuno había sido fijado por el empresario en cuarenta días, a partir de ese límite ya no dejaba que nadie ayunase, tampoco en las grandes capitales del mundo, y por un buen motivo. Según la experiencia, durante cuarenta días se podía ir incrementando el interés de la ciudad por medio de una campaña publicitaria que se iba intensificando paulatinamente; pero, transcurrido ese número de días, el público comenzaba a fallar, se podía contabilizar una reducción significativa del número de visitantes. Por supuesto que había diferencias entre las ciudades y países, pero la regla general establecía que cuarenta días eran el límite máximo. Así pues, transcurrido ese tiempo, se abrió la puerta de la jaula, adornada con flores para la ocasión; un público entusiasmado llenaba el anfiteatro, una orquesta militar tocaba, dos médicos penetraron en la jaula para realizar el reconocimiento de rigor, los resultados del mismo se anunciaron por un megáfono y, finalmente, llegaron dos muchachas, felices por haber sido elegidas poco antes en un sorteo, para ayudar al ayunador a bajar un par de escalones desde la jaula, donde había una mesita en que se le había servido una comida de enfermo, cuidadosamente elaborada. Y en ese instante el ayunador profesional siempre se resistía. No obstante, mantenía estirados

voluntariamente sus brazos esqueléticos hacia las manos extendidas de las damas, que se inclinaban ante él, pero lo que no quería era levantarse. ¿Por qué dejarlo ahora, precisamente después de cuarenta días? Habría aguantado mucho más, ilimitadamente.

¿Por qué dejarlo precisamente ahora, cuando ni siquiera sentía hambre? ¿Por qué se le quería privar de la gloria de seguir ayunando, de ser el mejor ayunador de todos los tiempos, lo que seguramente ya era? Aún podía superar todas las barreras, por incomprensibles que fueran, pues no conocía límites en su capacidad ayunadora. ¿Por qué esa multitud tenía tan poca paciencia con él? Si él podía soportar seguir ayunando, ¿por qué ella no podía soportar que él lo siguiera haciendo? Además, estaba cansado, se encontraba a gusto sentado sobre la paja y ahora tendría que levantarse e ir a comer, algo que, con sólo pensarlo, le provocaba náuseas, cuya manifestación ocultaba por respeto a las damas. Y miraba fijamente a los ojos de las damas, aparentemente tan amigables, pero en realidad tan crueles, y sacudía negativamente la pesada cabeza sobre el débil cuello. Y entonces ocurría lo que siempre ocurría. Llegó el empresario, sin decir palabra, pues la música imposibilitaba hablar, levantó los brazos sobre el ayunador, como si invitase a que el Cielo fuese testigo de su obra, allí, sobre la paja, para que viese a ese mártir digno de compasión en que se había convertido el ayunador,

aunque lo fuese en otro sentido. Luego cogió al ayunador por la cintura, y lo hizo con exagerado cuidado, para hacer creíble con qué cosa tan quebradiza se las tenía que ver. A continuación —no sin sacudirlo ligeramente en secreto para que el ayunador temblase sin poder dominar ni las piernas ni el tronco—, se lo dio a las dos damas, que entretanto habían adquirido una palidez mortal. Ahora el ayunador lo toleraba todo; la cabeza reposaba sobre el pecho, era como si hubiese sido enrollado y se mantuviera así de un modo inexplicable; el cuerpo estaba como ahuecado; las piernas se sostenían, en una suerte de instinto conservador, gracias al apoyo mutuo de las rodillas, aunque casi rozaban el suelo, como si éste no fuese real y estuviesen buscando antes que nada lo real; y todo el peso del cuerpo, aunque liviano, recayó en una de las damas, que, buscando ayuda, con respiración entrecortada —así no se había imaginado el cargo honorífico—, intentaba estirar todo lo posible el cuello para, al menos, impedir que el rostro entrase en contacto con el ayunador, pero como no lo conseguía, y su compañera, mucho más feliz, no iba en su ayuda, y se contentaba con llevar ante sí, temblando, una de las manos del ayunador, ese pequeño haz de huesecillos, rompió a llorar entre las gozosas risas del público y fue sustituida por un empleado ya dispuesto de antemano. Luego vino la comida, el empresario logró introducir algo en la boca del ayunador, cuando éste se encontraba en un estado análogo a la inconsciencia, y desvió la atención del público de su situación mediante una

charla graciosa; a continuación se pronunció un brindis ante los espectadores, cuyas palabras, según el empresario, se las acababa de susurrar el ayunador. La orquesta acentuó cada escena con una composición festiva. Al final, todos se fueron por su lado, nadie tenía derecho a mostrarse satisfecho con lo visto, nadie, sólo el ayunador, siempre él.

Así vivió muchos años con pequeñas y regulares pausas de descanso, con fama aparente, honrado por el mundo, pero sobre todo de mal humor, que fue empeorando al ver que nadie sabía tomarle en serio. Pero ¿cómo se le podía consolar? ¿Qué podía desear más? Y si alguna vez aparecía un infeliz que le tenía lástima y pretendía explicarle que su

tristeza procedía probablemente del hambre, podía ocurrir, sobre todo después de un largo periodo de ayuno, que el ayunador respondiera con un ataque de ira y, para horror de todos, comenzase a sacudir las rejas como un animal. Pero para esas situaciones el empresario tenía un castigo que le gustaba emplear. Disculpaba al ayunador ante el público y reconocía que esa irritabilidad, provocada por el hambre, en cierto modo incomprendible para hombres satisfechos, hacía disculpable la conducta del ayunador; si luego, en el mismo contexto, había que hablar sobre la afirmación del ayunador, de que él podía seguir ayunando mucho más tiempo del que lo hacía, alababa sus

elevadas aspiraciones, la buena voluntad, la gran capacidad de sacrificio, que, con toda seguridad, estaban presentes en esa afirmación; no obstante, intentaba refutarla mediante la presentación de fotografías, también de venta al público, en las que podía verse al ayunador en su cuadragésimo día de ayuno, en la cama, casi consumido por la debilidad. Esta táctica para falsear la verdad, tan conocida por él, le sacaba de quicio, no la podía resistir. ¡Lo que era la consecuencia de la finalización anticipada del periodo de ayuno, era tomado por la causa! Luchar contra esa incompreensión, contra ese mundo de la incompreensión, era imposible. Una y otra vez había escuchado al empresario, con buena fe, asido con ansiedad de las rejas, pero al aparecer las fotografías se alejaba, se hundía en la paja sollozando, y el público, tranquilizado, ya podía acercarse y visitarlo.

Cuando los testigos de aquellas escenas pensaban en ellas transcurridos unos años, ellos mismos aparecían incomprensibles. Pues entretanto se había producido un cambio repentino, había ocurrido súbitamente; tenía que haber motivos más profundos, pero

¿quién estaba dispuesto a encontrarlos? En todo caso, un día el mimado ayunador profesional se vio abandonado por una multitud, ansiosa de diversiones, que prefería acudir a otros espectáculos. Una vez más recorrió el empresario con él toda

Europa para ver si en algún sitio se podía volver a encontrar el interés de antaño; todo en vano, como si existiera una connivencia secreta, en todas partes se mostraba la misma aversión hacia el espectáculo del ayuno. Naturalmente ese rechazo no se había podido producir de pronto, y entonces, con posterioridad, vinieron recuerdos de síntomas que, en el tiempo de la embriaguez de los éxitos, no se tomaron lo suficientemente en serio, ni se lograron suprimir, pero emprender ahora algo en contra era inútil. Ciertamente quedaba la seguridad de que algún día volverían los buenos tiempos del ayuno como espectáculo, pero para los vivos eso no suponía ningún consuelo. ¿Qué podría hacer ahora el ayunador? Pues un hombre que había sido aclamado por las multitudes no podía mostrarse en las barracas de las pequeñas ferias anuales, y para escoger otra profesión no sólo era demasiado viejo, sino que se había entregado al ayuno con fanatismo. Así que decidió despedirse del empresario, el compañero inseparable de una carrera incomparable, y se enroló en un gran circo; para no herir su sensibilidad, ni siquiera leyó las condiciones del contrato.

Un gran circo, con sus innumerables hombres, animales y aparatos, siempre complementándose y equilibrándose entre sí, puede utilizar siempre a cualquiera y en cualquier momento, también a un ayunador profesional, naturalmente con las

correspondientes modestas pretensiones. Además, en este caso, no se contrataba sólo a un ayunador, sino a un nombre famoso y con historia; ni siquiera podía decirse —en este arte peculiar no se perdían facultades con el incremento de la edad— que era un artista ya acabado buscando refugio en un puesto tranquilo en el anonimato de un gran circo, todo lo contrario, el ayunador aseguró, lo que era digno de confianza, que ayunaría con la misma intensidad que antes, aún más, llegó a afirmar que, si le dejaban, lo que se le prometió sin más, esta vez sí que asombraría al mundo; se trataba de una afirmación que, en relación a los nuevos tiempos, en los que con tanta celeridad se olvidaba al ayunador, provocó una sonrisa en los especialistas.

Pero en el fondo, el ayunador no perdió el sentido de la realidad y aceptó como evidente que no mostrarán su jaula como un número espectacular en la pista, sino que la colocaran fuera, en un lugar fácilmente accesible, cerca de los establos. Grandes carteles multicolores enmarcaban la jaula y anunciaban lo que allí se podía ver. Cuando el público, durante las pausas de la función, se apresuraba para llegar a los establos y ver allí a los animales, era casi inevitable pasar por la jaula del ayunador y quedarse un rato ante él: probablemente hubieran permanecido allí más tiempo, si los que venían detrás por el estrecho corredor, que no

comprendían esa parada en el camino hacia los anhelados establos, no hubiesen impedido una contemplación más prolongada y reposada. Ése era también el motivo por el que el ayunador, durante esas horas de visita, que naturalmente deseaba porque otorgaban sentido a su vida, no podía dejar de temblar. Al principio apenas había podido esperar a que llegara la pausa; contemplaba encantado cómo la multitud apretujada lo miraba, hasta que —ni siquiera el más terco y casi consciente engaño de sí mismo pudo con la experiencia— se convenció de que los ruidosos visitantes, sin excepción, una y otra vez, sólo pretendían ir a los establos. Y esa mirada desde la lejanía siguió siendo la más bella. Pues, en cuanto se encontraban a su altura, se quedaba sordo por el griterío y por los insultos de los partidos que se iban formando sin interrupción. Los que querían contemplarlo cómodamente — pronto se convirtieron para el ayunador en los más desagradables—, no lo hacían, por ejemplo, debido a su comprensión, sino a causa del capricho o por puro espíritu de contradicción contra los que querían llegar a los establos lo más rápido posible. Una vez que había pasado el gran grupo, venían los retrasados, a los que ya no les cabía la posibilidad de detenerse, aunque lo desearan, así que se apresuraban dando largas zancadas y pasaban de largo sin ni siquiera lanzar una mirada lateral, pues apenas les quedaba tiempo para ver a los animales. Y no era muy frecuente el golpe de suerte de que apareciera un padre de familia con sus hijos, señalara con el dedo

al ayunador y les explicara con todo detalle de qué se trataba, hablase de tiempos antiguos, en los que había presenciado grandiosos e incomparables espectáculos de ese tipo; y entonces los niños, a causa de su falta de preparación en la escuela y en la vida, permanecían sin entender nada —¿qué significaba para ellos ayunar?—, aunque en el brillo de sus ojos curiosos se podía vislumbrar algo de los nuevos tiempos, más indulgentes, que se avecinaban. Tal vez, se decía a veces el ayunador, se podría mejorar algo la situación si no estuviera situado tan cerca de los establos. La gente podría elegir con más facilidad; por no hablar de que a él los vahos procedentes de los establos, la inquietud de las fieras por la noche, los enormes trozos de carne cruda que tenían que

pasar ante su jaula, los rugidos mientras los devoraban, terminaban por oprimirle y dañar su ánimo. Pero no se atrevía a presentarse ante la Dirección; era evidente que debía a los animales la gran cantidad de visitantes, entre los cuales, de vez en cuando, se hallaba uno que mostraba un interés particular por su arte. Y, además, ¿quién sabía dónde podrían esconderle si les recordaba que existía y que, en realidad, sólo era un estorbo en el camino hacia los establos?

Un pequeño estorbo, es cierto, pero cada vez más pequeño. Se acostumbraron a la particularidad de pretender llamar la atención

con un ayunador, y con ese hábito, en los tiempos que corrían, se había pronunciado la sentencia definitiva. Podía ayunar tanto como quisiera, y así lo hacía, pero ya nada podía salvarle, todos pasaban de largo.

¡Intentad explicar a alguien el arte de ayunar! A quien no lo siente de algún modo, no se le puede explicar. Los bellos carteles se volvieron sucios e ilegibles, los echaron abajo y a nadie se le ocurrió sustituirlos. La tabla en la que, en un principio, se hacían constar cuidadosamente los días de ayuno, ya no se cambiaba, siempre estaba la misma, pues transcurridas las primeras semanas el personal se cansó de hacer ese trabajo tan insignificante; y así siguió ayunando, como había soñado antes, y sin esfuerzo, como también había presagiado, pero nadie contaba los días, nadie, ni siquiera él mismo conocía su rendimiento, y su corazón se entristeció. Cuando pasaba un ocioso por su lado, se paraba y se reía de la cifra en la tabla y hablaba de fraude, era la mentira más necia que la indiferencia y la maldad innata podían inventar, pues no era el ayunador el que estafaba, sino el mundo el que lo estafaba a él por su salario.

Y transcurrieron muchos días, y también llegó el final. Una vez le llamó la atención la jaula a un guarda, quien preguntó a uno de los mozos por qué se dejaba allí esa jaula tan útil con paja podrida en el interior; nadie lo sabía, hasta que con la ayuda de la cifra en la

tabla se acordaron del ayunador. Removieron la paja con un palo y lo encontraron.

—¿Sigues ayunando? —preguntó el guarda—, ¿pero cuándo vas a dejarlo?

—Perdonadme todos —susurró el ayunador.

Sólo el guarda, que mantenía el oído pegado a la jaula, lo entendía.

—Por supuesto —dijo el guarda, y se llevó un dedo a la sien para aclarar al personal el estado del ayunador—, claro que te perdonamos.

—También quería que admirarais mi ayuno —dijo el ayunador.

—También lo admiramos —dijo el guarda con amabilidad.

—Pero no debéis admirarlo —dijo el ayunador.

—Bueno, entonces no lo admiramos —dijo el guarda—, pero ¿por qué no íbamos a admirarlo?

—Porque estoy obligado a ayunar, no puedo hacer otra cosa —dijo el ayunador.

—Pues mira qué bien, y ¿por qué no puedes hacer otra cosa? —preguntó el guarda.

—Porque —dijo el ayunador, levantó un poco la cabeza y habló con los labios ligeramente fruncidos, como para dar un beso, junto al oído del guarda, para que no se escapase nada—, porque yo no he podido encontrar una comida que me guste. Si la hubiera encontrado, créeme, no habría tenido el más mínimo miramiento y me habría puesto morado como tú y todos.

Ésas fueron sus últimas palabras, pero en sus ojos rotos aún se podía vislumbrar el convencimiento fuerte y orgulloso de seguir ayunando.

—¡Ahora ordenad todo esto! —dijo el guarda, y enterraron al ayunador con la paja. En la jaula metieron a una joven pantera.

Era todo un descanso, hasta para los sentidos más embotados, ver cómo ese animal salvaje se revolvía en esa jaula tan triste. No le faltaba de nada. El alimento, que le gustaba, se lo traían los vigilantes sin pensar mucho; ni siquiera parecía echar de menos la libertad; ese cuerpo noble, dotado de todo lo necesario para desgarrar, parecía portar la libertad en su interior, parecía ocultarse en algún lugar de su dentadura; y la alegría de vivir salía de su garganta con tal ardor que los visitantes apenas podían soportarlo. Pero lo superaban, rodeaban la jaula, y no querían moverse de allí.

74. EN NUESTRA SINAGOGA[74]...

En nuestra sinagoga vive un animal del tamaño aproximado de una marta. Se le puede ver con frecuencia, tolera que se acerquen los hombres hasta una distancia de dos metros. Es de un color claro, verde azulado. Nadie ha logrado tocar su piel, así que no se puede decir nada de ella, casi se podría afirmar que, en realidad, se desconoce el color real de la piel, tal vez el color visible procede del polvo y de los restos de mortero que la cubren, pues el color se asemeja al enfoscado en el interior de las sinagogas, sólo que es un poco más claro. No obstante su recelo, es un animal increíblemente sedentario y tranquilo; si no se le asustase con

tanta frecuencia, apenas cambiaría de sitio. Su lugar favorito está al lado de las rejas de la estancia reservada para las mujeres; con visible placer se agarra al enrejado, se estira y mira hacia abajo, y esa osada posición parece divertirle, pero el guarda del templo tiene el encargo de no permitir que permanezca allí, ya que podría acostumbrarse y eso no se puede tolerar, pues las mujeres le tienen miedo. El porqué de ese temor, está poco claro. Es cierto, a primera vista tiene un aspecto bastante terrible, especialmente la longitud del cuello, el rostro triangular, los colmillos protuberantes y casi horizontales, sobre el labio superior destaca una hilera de largos pelos, claros y fuertes, todo eso puede asustar, pero en seguida se ve uno obligado a reconocer lo poco peligroso que resulta ese susto aparente. Ante todo se mantiene alejado de los hombres, es más tímido que un animal del bosque, sólo parece estar unido al edificio y su desgracia particular consiste en que este edificio es una sinagoga, esto es, un lugar bastante animado a ratos. Si hubiera alguna posibilidad de entenderse con el animal, se le podría consolar diciéndole que la comunidad de nuestra pequeña ciudad en las montañas se va haciendo más pequeña de año en año y que ya pasaba apuros para costear la conservación de la sinagoga. No se excluye que en algún tiempo la sinagoga se convierta en un silo o algo parecido y que así el animal tenga la tranquilidad que tan dolorosamente le falta.

Ciertamente, son sólo las mujeres las que temen al animal, a los hombres les es indiferente, una generación se lo ha mostrado a la otra, lo han contemplado una y otra vez, finalmente ya ni siquiera se le ha mirado, incluso los niños que lo ven por primera vez ya no se asombran. Se ha convertido en la mascota de la sinagoga, ¿por qué no puede tener la sinagoga un animal propio, tan singular que no se encuentra en ninguna otra parte? Si no estuvieran las mujeres, nadie sabría de la existencia del animal. Pero las mismas mujeres, en realidad, no tienen miedo del animal, sería extraño tener miedo de él día sí, día también, así durante años y décadas. Ellas se defienden diciendo que el animal se acerca mucho más a ellas que a los hombres, y en eso tienen razón. El animal no se atreve a bajar donde están los hombres, nunca se le ha visto abajo, en el suelo. Si no se le deja estar en el enrejado de la estancia para las mujeres, se mantiene como mínimo a la misma altura en la pared de enfrente. Allí hay un estrecho resalte de la pared, de apenas dos dedos de ancho; el animal da un rodeo y se sube a él, allí se mueve de un lado a otro o permanece sentado tranquilamente en un lugar determinado frente a las mujeres; es incomprensible lo fácil que le resulta deslizarse por ese camino tan estrecho y cómo allí arriba, al llegar a uno de los extremos, se da la vuelta. Es digno de verse. Aunque es un animal muy viejo, no duda en realizar el más osado brinco en el aire, que, además, nunca falla; da un giro en el aire y ya corre por

la estrecha pista de vuelta. No obstante, cuando se ha visto una y otra vez, ya harta y no tiene ningún estímulo más para seguir mirando. No es ni el miedo ni la curiosidad lo que mantiene a las mujeres en movimiento, si se concentraran más en las oraciones, podrían olvidar por completo al animal; las mujeres piadosas así lo harían, si las demás, en mayor número, lo permitieran, pero éstas sólo quieren llamar la atención y el animal es un buen pretexto para ellas. Si pudieran y tuvieran el valor, les gustaría atraer al animal para que se les acercase mucho más, y así poder asustarse con mayor motivo. Pero, en realidad, el animal no pretende acercarse a ellas, mientras no le atacan se preocupa tanto de ellas como de los hombres, lo que sin duda preferiría es mantenerse oculto, como vive en los intervalos en que no hay servicio divino, probablemente en el agujero de un ratón que aún no hemos descubierto. Sólo cuando se comienza a rezar, aparece, asustado por el ruido, quiere ver lo que ocurre, quiere permanecer alerta, quiere ser libre, capaz de huir, así que sale por miedo, por miedo hace sus cabriolas y no se atreve a retirarse hasta que el servicio divino ha concluido. Prefiere, naturalmente, las alturas, porque allí se siente más seguro, y sobre el resalte y en el enrejado es donde posee mayores facilidades para correr, pero tampoco permanece allí siempre, a veces desciende hasta donde se encuentran los hombres; la cortinilla del tabernáculo pende de una brillante barra de latón que parece atraer al animal; con demasiada frecuencia se desliza hasta ella, pero allí siempre se

queda tranquilamente sentado, ni siquiera al encontrarse tan cerca del tabernáculo se puede decir que moleste, parece contemplar a la comunidad con sus ojos relucientes, siempre abiertos, tal vez carentes de párpados, pero no dirige la mirada a nadie en concreto, sino que se limita a hacer frente con la mirada a los peligros ante los que se siente amenazado.

No parece ser, en este sentido y hasta el día de hoy, mucho más razonable que las mujeres. ¿Qué peligros puede temer? ¿Quién alberga la intención de hacerle daño? ¿No vive desde hace muchos años abandonado a sí mismo? A los hombres no les importa su presencia y la mayoría de las mujeres serían con toda probabilidad infelices si desapareciera. Y como es el único animal en la casa, no tiene enemigos. Se tendría que haber dado cuenta ya, después de tantos años. Y el servicio divino puede ser para el animal todo lo terrible que se quiera, pero se repite con modestia todos los días y, algo incrementado, en las fiestas, siempre con regularidad y sin interrupción. También el asustadizo animal se podría haber acostumbrado, sobre todo al comprobar que no es el ruido de perseguidores, sino un ruido que no le incumbe para nada. Y, sin embargo, ese miedo. ¿Es acaso el recuerdo de algo pasado o el presagio de tiempos venideros? ¿Sabe acaso más este animal que las tres generaciones que se reúnen en la sinagoga?

Hace muchos años, así se cuenta, se intentó realmente expulsar al animal. Es posible que sea verdad, pero es más probable que se trate de una historia inventada. No obstante, se puede demostrar que antaño se estudió desde la perspectiva de la ley religiosa si se podía tolerar la presencia de un animal semejante durante el servicio divino. Se recopilaron los informes de varios rabinos famosos. Las opiniones estaban divididas, la mayoría estaba a favor de la expulsión y de la nueva consagración del templo, pero era muy fácil decretar desde la lejanía, en realidad era imposible expulsar al animal.

75. ÉRASE UNA VEZ UN JUEGO DE PACIENCIA[75]...

Érase una vez un juego de paciencia, un juego simple y barato, no más grande que un reloj de bolsillo y sin ningún dispositivo sorprendente. En la superficie de madera pintada de color caoba se habían grabado algunos caminos falsos de color azul que conducían a un agujero. Había que tratar de llevar la bola, también azul, inclinando y agitando la superficie, hasta uno de los caminos y luego hasta el agujero. Una vez que la bola se introducía en el agujero, se había acabado la partida; si se quería comenzar de nuevo, había que sacar la bola agitando el pequeño

juguete. Todo estaba cubierto por un cristal abombado, se podía guardar en el bolsillo y se podía sacar en cualquier parte para jugar.

Si la bola estaba desocupada, la mayoría de las veces iba de un lado a otro en la parte superior, con las manos a la espalda, pero evitaba los caminos. Opinaba que ya se la atormentaba bastante durante el juego con los caminos y que, por consiguiente, tenía derecho a descansar en la zona libre de ellos. Además, como tenía bastante anchura, afirmaba que no estaba hecha para un camino tan estrecho. Eso era en parte verdad, pues los caminos apenas tenían cabida, y en parte falso, pues había sido cuidadosamente adaptada a su anchura; no obstante, los caminos no podían ser cómodos para ella, pues en ese caso no sería un juego de paciencia.

76. INVESTIGACIONES DE UN PERRO[76]

¡Cómo ha cambiado mi vida y cómo, en el fondo, no ha cambiado! Cuando pienso en el pasado, en aquellos tiempos en que aún vivía con los demás perros, tomando parte en todo lo que les preocupaba, un perro entre perros, encuentro, al analizarlo con más detenimiento, que había algo que no concordaba, que había

una pequeña fractura: un ligero malestar se apoderaba de mí durante los festejos nacionales más respetables, sí, incluso, algunas veces, en círculos de confianza, no, no algunas veces, sino con mucha frecuencia, el simple aspecto de uno de mis congéneres más queridos, su simple aspecto, como si lo viera por primera vez, me confundía, me aterrorizaba, me dejaba indefenso, me desesperaba. En cierto modo, intentaba tranquilizarme; amigos a los que se lo había confesado, me ayudaron, volvieron los tiempos de sosiego, tiempos, sin embargo, en que no faltaron sorpresas, pero fueron tomadas con más indiferencia, y así fueron insertadas en la vida; tal vez me provocaban cansancio y tristeza, pero me dejaban seguir siendo un perro en el estricto sentido de la palabra, no obstante mi frialdad, discreción, temor y naturaleza calculadora. ¿Cómo habría podido alcanzar la edad de la que ahora disfruto sin aquellos periodos de descanso? ¿Cómo habría podido alcanzar la paz con la que contemplo el horror de mi juventud y soporto el horror de la edad? ¿Cómo se me podría haber ocurrido sacar las consecuencias de mi naturaleza, que reconozco era la de un ser infeliz o, mejor expresado, no muy feliz, y vivir por completo conforme a ella? Retirado, solo, ocupándome exclusivamente de mis pequeñas, desesperanzadas, pero imprescindibles investigaciones, así vivo yo, pero en la lejanía no he perdido de vista a mi pueblo; con frecuencia llegan noticias hasta mí y, de vez en cuando, me hago oír. Me tratan con respeto, no comprenden mi modo de vivir, pero no me lo toman a mal, y los

perros jóvenes, que veo de vez en cuando correr de un lado a otro desde una prudente distancia, una nueva generación, de cuya infancia sólo tengo recuerdos oscuros, no me niegan un saludo respetuoso. Tampoco se puede omitir que, a pesar de mis manifiestas singularidades, no me he salido de la especie. Si lo pienso, y tengo tiempo, ganas y la capacidad para hacerlo, llego a la conclusión de que el mundo canino es singular. Además de nosotros, los perros, hay muchas especies de criaturas pobres, pequeñas, mudas, seres que se limitan a emitir ciertos gritos; muchos perros entre nosotros las estudian, les han dado nombres, intentan ayudarlas, ennoblecerlas y otras cosas por el estilo; a mí, siempre que no intenten molestarme, me son indiferentes; las confundo, no les hago caso; una de ellas, sin embargo, es demasiado llamativa como para pasar desapercibida, pero qué poco solidarios son sus individuos, comparados con nosotros, los perros; se tratan con absoluta indiferencia, no les une ningún interés, ni elevado ni bajo, en realidad todo interés contribuye a separarlos más de lo que lo haría su habitual estado pasivo. ¡Nosotros, perros, todo lo contrario! Podemos decir que vivimos en una única manada, todos, no obstante las innumerables y profundas diferencias que se han producido en nuestra especie a lo largo del tiempo. ¡Todos en la misma manada! Hay un instinto que nos une y nada nos puede impedir que sigamos ese instinto; todas nuestras leyes, las pocas que aún conozco y las

innumerables que he olvidado, tienen su origen en la suprema felicidad de la que somos

capaces: una cálida convivencia. Pero ahora las desventajas. Ninguna criatura, hasta donde alcanzan mis conocimientos, vive tan dispersa como los perros; nosotros, que queremos mantenernos juntos —y a veces lo logramos, en momentos de exaltación—, tenemos razas innumerables y ocupaciones muy diversas; precisamente nosotros tenemos que vivir separados, con frecuencia ejerciendo profesiones incomprensibles para nuestros vecinos, obedeciendo reglas que no pertenecen a la especie canina, más bien dirigidas especialmente contra ella. Qué asunto más complejo es éste, son asuntos que uno prefiere no tocar —yo entiendo muy bien este punto de vista, lo comprendo mejor que los míos—, y, sin embargo, son asuntos a los que me he entregado por completo. ¿Por qué no hago lo que los demás, vivo en armonía con mi pueblo y asumo en silencio lo que perturba esa armonía, ignorándolo como un pequeño error en el gran cálculo? ¿Por qué no permanezco siempre vuelto hacia lo que nos une en la felicidad, en vez de prestar atención a lo que irremediablemente contribuye a apartarnos de nuestro pueblo? Recuerdo un suceso de mi juventud, me encontraba en uno de esos estados de excitación benditos e inexplicables que todo niño experimenta, yo era aún un perro bastante joven, todo me gustaba, todo lo relacionaba conmigo, creía que grandes cosas ocurrían a mi

alrededor, y yo tenía que prestar las voces a los actores; había cosas que reposaban en el suelo inertes, si yo no corría hacia ellas, si no giraba mi cuerpo en su dirección, bueno, fantasías de niños, que se van desvaneciendo con los años, pero en aquella época eran muy fuertes, yo me encontraba en su poder y siempre ocurría algo extraordinario que parecía otorgar un derecho a mis indómitas esperanzas. No obstante, en sí mismas no tenían nada de extraordinario, más tarde he visto con frecuencia esas mismas cosas, y aún otras más extrañas, pero en aquel tiempo me afectaban con la fuerza de la primera e indisoluble impresión, que señalaba, en muchos aspectos, las futuras direcciones. Yo me encontraba con una pequeña sociedad canina o, mejor, no me encontraba con ella, sino que venían a mi casa. En aquella época hacía ya tiempo que vagaba por las tinieblas, con el presagio de grandes cosas, un presagio que, es cierto, engañaba fácilmente, pues lo había tenido siempre; vagaba largo tiempo por las tinieblas, de un extremo al otro, conducido por un anhelo indeterminado; de repente hice un alto con el sentimiento de que aquél era el lugar idóneo, miré a mi alrededor y era un día de gran claridad, sólo un poco neblinoso, saludé la mañana con ladridos confusos y, como si los hubiera conjurado, salieron siete perros de las tinieblas a la luz, armando un ruido horrible, como no lo he escuchado nunca. Si no hubiera visto claramente que se trataba de perros y que ellos mismos hacían todo ese ruido, aunque no podía reconocer cómo lo emitían, habría escapado de inmediato,

pero en vista de lo primero me quedé. En aquel tiempo no sabía casi nada de la musicalidad con que ha sido dotada la especie canina y, además, con exclusividad; esta peculiaridad se había escapado de mi atención en continua evolución, sólo con insinuaciones habían intentado sugerírmelo, así que la presencia de aquellos siete grandes músicos fue para mí una gran sorpresa, casi desconsoladora. No hablaban, no cantaban, se puede decir que permanecían en silencio con cierta obstinación, pero hacían surgir su música del vacío como por encantamiento. Todo era música: levantar y bajar las patas; determinados giros de la cabeza; sus carreras y paradas; las posiciones que adoptaban unos respecto a los

otros; las filas que formaban, al poner uno de ellos las patas delanteras sobre la grupa del de delante, quedando los siete unidos de tal modo que el primero soportaba el peso de los demás, o al formar figuras con sus cuerpos, rozando casi el suelo, sin equivocarse jamás; ni siquiera el último, que parecía un poco inseguro, que tardaba en encontrar la conexión con los demás y vacilaba algo al tocar la melodía, estropeaba el conjunto, más bien era inseguro en comparación con la gran, no, con la perfecta seguridad de los demás, que ni siquiera una perfecta inseguridad hubiera podido estropear, pues aquellos grandes maestros mantenían el ritmo impertérritos. Pero apenas se los veía, apenas se los podía ver a todos. Habían salido, se les había

saludado interiormente como a perros, si bien es cierto que con mucha confusión por el ruido que los acompañaba, pero eran perros, perros como tú y yo, se les podía observar como habitualmente se observa a los perros en la calle, se sentía el deseo de acercarse a ellos, de intercambiar saludos; además, estaban muy cerca; eran perros, no obstante, mayores que yo, y de una raza no tan peluda y lanosa como la mía, pero tampoco tan distinta en figura y tamaño, en realidad su raza me era bastante familiar, yo conocía a muchos que pertenecían a esa raza o a otra similar. Mientras uno se quedaba ensimismado en esas cavilaciones, la música comenzaba lentamente a dominar, prácticamente se apoderaba del que la escuchaba, desviaba la atención de aquellos perros pequeños y, a regañadientes, resistiendo con todas las fuerzas, aullando como si se nos hiciera daño, no había manera de ocuparse de otra cosa que no fuese de aquella música de charanga, que venía de todas partes, de las alturas, de las profundidades de la tierra, y que tomaba al oyente en el medio, presionándolo, estremeciéndolo, casi destruyéndolo; se escuchaba tan cercana que ya estaba en la lejanía, apenas audible. Y al poco tiempo uno era obligado a salir de ese encantamiento, porque se estaba demasiado agotado, destruido, porque se estaba demasiado débil para seguir escuchando; literalmente expulsado de esa embriaguez, se podía ver cómo desfilaban los siete pequeños perros, cómo daban sus saltos; hubiera querido llamarlos, por más que su actitud fuera de

repulsa, hubiera querido pedirles información, preguntarles qué hacían allí —yo era un niño y creía que podía preguntar siempre y a quien quisiera—, pero apenas me había juntado a ellos, apenas sentía la confiada unión perruna con los siete, ya estaba allí la música, que me dejaba sin sentido, giraba a mi alrededor como si yo mismo fuera uno de los músicos, mientras que en realidad sólo era una de sus víctimas. Me arrojé a un lado y a otro, pedí compasión y, finalmente, me salvé de su violencia al esconderme en un montón de leña que había en aquella zona, sin que me hubiera dado cuenta de su existencia, introduciéndome profundamente, con la cabeza humillada. Así tuve la posibilidad, por más que sonara la música al aire libre, de tomar aliento.

Aunque, más que el arte de los siete perros —para mí resultaba incomprensible, también fuera de mis capacidades—, me sorprendía su valor, cómo se exponían libre y abiertamente a lo que creaban y lo soportaban tranquilamente, más allá de sus fuerzas, sin que les rompiera la columna vertebral. No obstante, al observarlos con más detenimiento, pude comprobar desde mi agujero que no trabajaban precisamente con tranquilidad, sino con una tensión extrema; esas patas que aparentemente se movían con tanta seguridad, temblaban a cada paso que daban con continuos espasmos temerosos; rígidos de

desesperación aparecían uno al lado del otro, y la lengua, dominada con esfuerzo, volvía a colgar laxa de los hocicos una y otra vez. No podía ser miedo por el éxito de la ejecución lo que los excitaba de aquel modo; el que osaba hacer aquello, el que lograba realizarlo, no podía tener miedo, ¿a qué tenían, entonces, miedo? ¿Quién les obligaba a hacer aquello? Y ya no pude contenerme más, sobre todo porque ahora me parecían tan incomprensiblemente necesitados de ayuda, así que grité mis preguntas a pesar del ruido. Ellos, sin embargo —¡incomprensible! ¡incomprensible!—, no me contestaron, hacían como si yo no estuviera allí: perros que no responden a la llamada de otro perro, eso es una contravención de las buenas costumbres, que no perdonaría el más pequeño ni el más grande de los especímenes de la raza canina, bajo ninguna circunstancia. ¿Acaso no eran perros? ¿Pero cómo no podían ser perros, si ahora, al prestar más atención, podía oír sus llamadas en voz baja, con las que se animaban unos a otros y se advertían de posibles fallos? Además, veía cómo el perro más pequeño, al que le dirigían la mayoría de las advertencias, me miraba de reojo, como si tuviera muchas ganas de contestarme, pero se dominaba porque no podía ser. Pero ¿por qué no podía ser? ¿Por qué no se podía cumplir lo que nuestras leyes reclaman siempre y sin condiciones? Mi corazón se indignó, casi olvidó la música. Esos perros infringían la ley. Por muy mágico que fuera su talento, la ley también era válida para ellos, eso lo comprendía hasta un niño como yo. Y noté en ellos

mucho más. Tenían motivos para callarse, presuponiendo que realmente callaran por un sentimiento de culpa. Pues, ¡cómo se comportaban! No me había dado cuenta hasta ese momento a causa de la música; habían perdido toda la vergüenza, esos miserables realizaban al mismo tiempo lo más ridículo e indecente, caminaban derechos sobre las patas traseras. ¡Demonio! Enseñaban sus partes pudendas con jactancia, disfrutaban haciéndolo y, si por un instante seguían su instinto sano y bajaban las patas delanteras, se asustaban como si hubieran cometido un error, como si la naturaleza fuese un error, y volvían a levantar las patas con toda la rapidez que podían y su mirada parecía pedir disculpas por haberse mantenido un rato en su pecaminosidad. ¿Se había invertido el mundo? ¿Dónde estaba yo? ¿Qué había ocurrido? Llegados a esta situación, ya no podía dudar por amor a mi propia existencia, así que salí de un salto de la montaña de leños en que me había escondido y quise ir hacia los perros, yo, un pequeño alumno tenía que convertirme en maestro, para hacerles comprender lo que estaban haciendo e impedir así que siguieran pecando. «¡Hay que ver, perros de vuestra edad, de vuestra edad!», repetía yo una y otra vez. Pero apenas me hallé al aire libre y a sólo tres saltos de ellos, cuando ese ruido se volvió a apoderar de mí. Tal vez podría haberme resistido gracias a mi ímpetu y a que ya lo conocía, si bien no en toda su amplitud, que era terrible, en todo caso, al menos podría haber luchado, no obstante se produjo un sonido claro y severo, monótono, que parecía venir de

la lejanía sin experimentar cambio alguno, quizá se trataba de la propia melodía en medio del ruido, pero, en definitiva, ese sonido me obligó a arrodillarme. Ay, qué música tan fascinante tocaban aquellos perros. Ya no podía seguir, no quería seguir aleccionándolos por más que abrieran las patas, cometieran pecados y sedujeran a otros para contemplar callados sus actitudes impías, yo era un perro tan pequeño, ¿quién podía reclamar de mí algo tan difícil? Me hice más pequeño de lo que era, gemí, si los perros me hubieran preguntado sobre mi opinión en aquel momento, es muy posible que les hubiera dado la razón. Por lo demás, no duró mucho tiempo y desaparecieron con todo su ruido y toda la luz en las tinieblas de las que habían surgido.

Como ya dije con anterioridad, este suceso no contiene nada extraordinario. A lo largo de toda una vida se experimentan muchas cosas que, sacadas de su contexto y vistas con los ojos de un niño, resultarían mucho más asombrosas. Por supuesto que también se puede leer de otra manera, como todo, entonces resultaría que se habían reunido siete músicos para tocar algo de música en el silencio de la mañana, que un pequeño perro, un oyente molesto, se había sumado a ellos y habían intentado echarlo, en vano, con una música especialmente horrible y en un tono muy elevado. Él los molestaba con preguntas,

¿tendrían acaso ellos, molestos por la mera presencia del extraño, que haber permitido sus intromisiones y haber aumentado aún más con sus respuestas las molestias que les causaba? Y por mucho que la ley obligue a contestar, ¿se puede decir que ese perro enano extraviado es alguien digno de ser nombrado? Y tal vez ni siquiera lo entenderían, pues ladraba sus preguntas de un modo incomprensible. O quizá lo entendieran y le respondieran superando su rechazo, pero él, el pequeño, el no habituado a la música, no sería capaz de distinguir la respuesta de la melodía. Y en lo que concierne a las patas de atrás, es posible que anduvieran sólo sobre ellas de una manera excepcional. Es un pecado, muy bien, pero estaban solos, siete amigos, entre ellos, en confianza, se puede decir que entre las propias cuatro paredes, en cierta manera completamente solos, pues estar entre amigos no es estar en público, y donde no se está en público, un curioso y pequeño perro callejero no cambia las cosas; en este caso, por consiguiente, ¿no es como si no hubiera ocurrido nada? Tampoco es eso, pero casi, y los padres no deberían dejar que sus hijos vagabundeen tanto, y deberían enseñarles a callarse y a respetar la edad.

Si se llega tan lejos, el caso está listo. Pero lo que está listo para los adultos, aún no lo está para los pequeños. Yo corrí por todas partes, lo conté todo y pregunté, acusé e investigué y quería llevar

a todos hasta el lugar de los hechos, quería mostrar a todos dónde había estado yo y dónde los siete y dónde y cómo habían bailado y tocado música; si alguien me hubiera acompañado, en vez de reírse de mí y no hacerme caso, hubiera llegado a sacrificar mi inocencia y hubiera intentado ponerme de pie sobre las patas traseras para aclararlo con todo detalle. Bueno, a un niño se le toma todo a mal, pero, al final, se le perdona todo. Yo, sin embargo, he conservado esa alma infantil y me he convertido en un perro adulto. Del mismo modo en que antaño no dejé de hablar sobre aquel suceso —que hoy valoro mucho menos— en voz alta, de analizarlo en todas sus partes, de mencionarlo ante los presentes para comprobar sus reacciones, sin reparar en la compañía en que me encontraba, ocupándome siempre del asunto, que encontraba tan penoso como cualquier otro, pero que, y ésta era la diferencia, yo quería resolver con mis investigaciones, para, así, recobrar la mirada para la vida diaria, habitual, tranquila y feliz; así, como antaño, aunque con menos medios infantiles — aunque la diferencia no sea tan grande—, he continuado trabajando y aún sigo en ello.

Pero con aquel concierto comenzó todo. No me quejo, ha sido mi carácter innato el

que ha obrado aquí, y, aunque no hubiera existido concierto alguno, estoy seguro de que mi carácter habría escogido otra

oportunidad para salir a la luz. Sólo lamenté que ocurriese tan pronto, pues afectó a una gran parte de mi infancia. La feliz vida de un cachorro, que muchos logran extender durante años, sólo duró en mi caso unos cuantos meses. ¡Qué le vamos a hacer! Hay cosas más importantes que la infancia. Y tal vez me espera en la ancianidad, resultado de una vida dura, más felicidad infantil de la que podrían soportar las fuerzas de un niño real, pero que yo, sin embargo, tendré.

En aquel tiempo comencé mis investigaciones con las cosas más simples. Material no faltaba, todo lo contrario, era el exceso de él lo que me desesperó en horas oscuras. Comencé a investigar de qué se alimentaba la especie canina. Ésta no es ninguna cuestión fácil, nos ocupa desde tiempos inmemoriales, es el principal objeto de nuestras reflexiones; innumerables son las observaciones, las teorías y los experimentos en este ámbito; se ha convertido en una auténtica ciencia que, a causa de sus extraordinarias dimensiones, no sólo supera la capacidad mental de cualquier individuo, sino de todos los eruditos, por consiguiente sólo puede ser sostenida por toda la especie canina y, aun así, con gran esfuerzo y de una manera incompleta. Por añadidura, una ciencia de estas características se desmorona una y otra vez en conocimientos anticuados, poseídos hace largo tiempo, y hay que volver a completarla con un trabajo ímprobo, y para qué hablar de

las dificultades que plantean las premisas para nuevas investigaciones, apenas realizables. Nadie me objeta todo esto, yo lo sé como cualquier otro perro; a mí no se me ocurre inmiscuirme en la verdadera ciencia, le tengo todo el respeto que se merece, pero para ampliarla me faltan los conocimientos necesarios, así como el empeño y la tranquilidad necesarias y, sobre todo, desde hace algunos años, me falta el apetito. Engullo la comida allá donde la encuentro, pero cualquier consideración previa, por mínima que sea, acerca de los factores agrícolas que han incidido en mi alimentación, carece de valor para mí. A mí me basta a este respecto el extracto de toda ciencia, la pequeña regla con la que las madres destetan a sus pequeños: «moja todo lo que puedas». ¿Y no abarca esta sentencia casi todo? ¿Qué ha logrado añadir la investigación, comenzada por nuestros antepasados más remotos, de esencial y decisivo? Minucias, sólo minucias y, por muy inseguro que sea todo, esa regla tendrá validez tanto tiempo como seamos perros. Conciérne a nuestra alimentación principal; cierto, tenemos otros alimentos complementarios, pero en un caso de urgencia y cuando los años no son del todo malos, podríamos vivir de ese alimento principal, alimento que encontramos en la tierra, la tierra necesita nuestra agua, se alimenta de ella y sólo por este precio nos proporciona nuestra comida, cuyo crecimiento, no se debe olvidar, se puede acelerar mediante determinados conjuros, cantos y danzas. Eso es todo, en mi opinión, sobre este asunto ya no se puede decir nada más que sea esencial, aquí

coincido, además, con casi toda la especie canina, y me distancio con severidad de cualquier perspectiva herética. Ciertamente, yo no me ocupo de particularidades, ni tengo espíritu de contradicción, soy feliz cuando puedo coincidir con mis congéneres y en este caso así ocurre. Mis investigaciones, sin embargo, van en otra dirección. Mediante una inspección ocular he podido comprobar que la tierra, si se riega y trabaja conforme a las reglas de la ciencia, regala los alimentos y, además, con la calidad,

cantidad, del tipo, en los lugares y a las horas que las leyes, establecidas por la ciencia, reclaman. Ésa es mi conclusión, pero planteo la siguiente pregunta: ¿De dónde toma la tierra ese alimento? Una pregunta que no se comprende y que en el mejor de los casos se responde así: «Si no tienes suficiente comida, te daremos de la nuestra». Repárese en esta respuesta. Ya sé, entre las virtudes de la especie canina no se encuentra la de repartir la comida una vez obtenida. La vida es dura, la tierra avara; la ciencia, rica en conocimientos, pero pobre en resultados prácticos; quien obtiene comida, se la queda para él; eso no es egoísmo, todo lo contrario, es una ley canina, es una decisión unánime del pueblo, resultado de la superación del egocentrismo, pues los propietarios siempre están en minoría. Y, por esta razón, la respuesta «si no tienes suficiente comida, te daremos de la nuestra» es una frase hecha que se dice continuamente, una

broma, una burla. No lo he olvidado. Más importante fue para mí entonces que, cuando vagaba por el mundo con mis preguntas, los que hablaban conmigo dejaran a un lado las bromas. Aunque, es cierto, tampoco me daban de comer, ¿de dónde habrían podido sacar la comida al instante? Y si por casualidad tenían algo, naturalmente no me tomaban en consideración a causa del frenesí del hambre, pero la oferta había sido seria y de vez en cuando recibí alguna pequeñez, cuando era lo suficientemente rápido como para apoderarme de ella. ¿Cómo es posible que llegaran a comportarse así conmigo? Me respetaban, me daban prioridad.

¿Acaso porque era un perro escuálido, mal alimentado y poco preocupado por la comida? Pero si por todas partes vagaban perros mal alimentados, a los que se les quitaba de la boca, siempre que se podía, la comida más miserable, y no por avaricia, sino por principio. No, a mí se me prefería, no lo podía probar con detalles, pero sí con la impresión que recibía. ¿Era quizá que se alegraban de mis preguntas y las consideraban especialmente inteligentes? No, no se alegraban, y tomaban todas las preguntas por necias. Y, sin embargo, las preguntas eran las únicas que podían llamar la atención. Era como si prefirieran hacer algo monstruoso, como llenarse la boca de comida —en realidad no lo hacían, pero querían hacerlo—, antes que tolerar mis preguntas. Pero en ese caso me podrían haber expulsado de allí y así habrían impedido que les preguntase. No, eso tampoco,

aunque no querían oír mis preguntas, precisamente las preguntas eran la causa de que no me expulsaran. Aquél fue el tiempo en que gocé de mayor aprecio, cuando todos se reían de mí, me trataban como a un cachorro tonto y me echaban de un lugar a otro; nunca se repitió después algo parecido, me permitían entrar en todos los sitios, no me prohibían nada, bajo las apariencias de un trato rudo, en realidad me lisonjeaban. Y todo por mis preguntas, por mi impaciencia, por mis ansias investigadoras. Aunque me querían convencer con arrumacos, sin violencia, casi mostrándome cariño, para que dejara el camino falso, un camino cuya falsedad no estaba tan fuera de toda duda como para consentir el empleo de la violencia, también reinaba cierto temor y respeto ante los métodos violentos. Yo sospechaba en aquel tiempo algo semejante, hoy lo sé con toda certeza, mucho mejor que como lo sabían los que lo intentaron, pues, es cierto, quisieron desviarme de mi camino. No funcionó, sólo consiguieron lo contrario, mi atención se agudizó. Más aún, para mí era evidente que yo era el que pretendía seducirlos y que había tenido éxito, hasta cierto grado, con mi táctica.

Sólo con la ayuda de la especie canina comencé a comprender mis propias preguntas. Cuando, por ejemplo, preguntaba: «¿De dónde toma la tierra este alimento?». ¿Me preocupaba al planteármela, según todas las apariencias, la tierra? ¿Me preocupaban acaso las cuitas de la tierra? Ni en lo más mínimo,

eso quedaba, como reconocí pronto, muy lejos de mis intereses, a mí sólo me preocupaban los perros y nada más. Pues, ¿qué hay además de los perros? ¿A quién se podría apelar si no en un vasto mundo vacío? Todo el saber, la totalidad de todas las preguntas y de todas las respuestas está contenida en los perros. Si se pudiera hacer que todo ese saber surtiera efecto, si se pudiera lograr que saliera a la luz, si no supieran infinitamente más de lo que reconocen, de lo que ellos se reconocen a sí mismos. Pero el perro más locuaz resulta más cerrado que los lugares en los que suelen estar las mejores comidas. Se ronda al perro, nuestro prójimo, se babea de deseo, uno se pega a sí mismo con el propio rabo, se pregunta, se suplica, se aúlla, se muerde y se logra, bueno, se logra lo que se habría logrado sin esfuerzo alguno: que nos escuchen con amabilidad, rozamientos amistosos, olfateos honoríficos, abrazos simbólicos, los aullidos de uno y otro se mezclan, todo se dirige a lograr el olvido en una atmósfera placentera, pero lo que ante todo se quería lograr, la confesión del saber, se nos niega. Ya se pida en voz alta o con gestos silenciosos, la respuesta, en el mejor de los casos, es decir cuando las tácticas seductoras se han llevado a los extremos, se reduce a señas obtusas, miradas de soslayo, ojos turbios y velados. No es muy distinto a lo que era entonces, cuando llamé a los perros músicos y éstos callaron. Ahora se me podría objetar:

«Tú te quejas de tus hermanos de especie, sobre su silencio respecto a cosas decisivas. Afirmas que ellos saben más de lo que reconocen, más de lo que quieren hacer valer en toda su vida, y que ese silencio, cuyo motivo y secreto silencian, naturalmente, entre ellos, envenena la vida, te la hace insoportable. Deberías cambiar tu vida o abandonarla, quién sabe, pero tú mismo eres un perro, también posees la sabiduría canina, bueno, pues revélala, no sólo en forma de pregunta, sino de respuesta. Si tú la revelas, ¿quién podrá oponerse? El gran coro de la especie canina arrancará como si hubiera estado esperando ese momento. Entonces tendrás tanta verdad, claridad y confesión como quieras tener. El techo de esta vida tan baja, de la que tan mal hablas, se abrirá y todos nosotros, perro con perro, nos elevaremos hacia la libertad. Y si esto último no resulta, si todo se torna peor que antes, si se llega a confirmar que los silenciosos tenían razón como conservadores de la vida, si de esta ligera esperanza que aún tenemos surgiera una completa desesperanza, al menos el intento habrá valido la pena, ya que tú, tal y como puedes vivir, no quieres hacerlo. Así que, ¿por qué reprochas a los demás su silencio si tú mismo también callas?». La respuesta es muy fácil: porque soy un perro. En lo esencial, tan cerrado como los demás, y opongo resistencia a mis preguntas por miedo. ¿Acaso pregunto, al menos desde que soy adulto, a la especie canina porque me responde? ¿Albergo esperanzas tan necias?

¿Acaso veo los fundamentos de nuestra vida, adivino su profundidad, veo a los trabajadores en la construcción, en su sombría obra, y aún espero que a causa de mis preguntas se acabe todo esto, se destruya, se abandone? Con mis preguntas sólo me azuzo a mí mismo, quiero enardecerme a través del silencio que aún me responde a mi alrededor.

¿Cuánto tiempo soportarás que la especie canina, tal y como tú la haces emerger en la conciencia por medio de tus investigaciones, siga callando y lo haga así para siempre?

¿Cuánto tiempo lo soportarás? Así queda enunciada mi pregunta existencial, muy por encima de las demás preguntas circunstanciales. Me la dirijo sólo a mí, y no molesto a nadie con ella. Por desgracia, la puedo contestar con mayor facilidad que las demás. Previsiblemente lo soportaré hasta que llegue mi fin natural, pues preguntas tan inquietantes sólo encuentran oposición en la tranquilidad que otorga la edad. Con toda probabilidad moriré callando, rodeado de silencio, en paz, y afronto este final casi sereno. A nosotros, los perros, se nos ha dado, como por maldad, un fuerte corazón, digno de admiración, y unos pulmones que no se estropean antes de tiempo; resistimos todas las preguntas, incluso las propias; un bastión del silencio, eso es lo que somos.

En los últimos tiempos pienso cada vez más acerca de mi vida, busco el fallo decisivo que tal vez he cometido, el culpable de todo, pero no lo puedo encontrar. Y, sin embargo, tengo que haberlo cometido, pues en caso contrario, si no hubiera alcanzado lo que quería después de una larga vida de trabajo honrado, quedaría demostrado que mis pretensiones eran imposibles y a ello seguiría una completa desesperación. ¡Mira la obra de tu vida! Primero, las investigaciones sobre la cuestión: ¿De dónde toma la tierra nuestro alimento? Como perro joven, naturalmente ambicioso y sediento de vida, renuncié a todos los placeres, evité todas las satisfacciones, escondí la cabeza entre las patas ante toda tentación y me puse a trabajar. No fue ningún trabajo de erudito, ni en lo que se refiere al método, ni al cúmulo de conocimientos, ni a la intención. Hubo errores, pero no pudieron ser decisivos. He aprendido poco, pues me separé pronto de mi madre y me acostumbé muy temprano a la independencia, llevé una vida libre, y una autonomía demasiado temprana es enemiga del aprendizaje sistemático. Pero he visto y oído mucho, he hablado con perros de las razas y profesiones más diversas y, según creo, lo comprendí todo bastante bien, y lo conecté todo con mis observaciones, eso ha sustituido en algo a la erudición. Además, la independencia, por más que sea una desventaja para el aprendizaje, resulta propicia para la investigación. En mi caso

era más necesaria, puesto que no seguía el método científico, es decir utilizar los trabajos de mis antecesores y establecer contactos con investigadores contemporáneos. Dependía sólo de mí mismo, empecé prácticamente desde cero y con la conciencia, dichosa para el joven y opresiva para la madurez, de que el punto final que pondría a mi investigación sería el definitivo. ¿Realmente estaba tan solo en mis investigaciones, tanto hoy como ayer? Sí y no. Es imposible que no haya habido o haya hoy algunos perros que se encuentren en mi misma tesitura. Tan mala no puede ser mi situación. No difiero un pelo de la especie canina. Todo perro siente, como yo, el impulso de preguntar y yo tengo, como todo perro, el impulso de callar. Todos, en definitiva, compartimos el instinto de preguntar. Si hubiera podido aprehender a través de mis preguntas las ligeras agitaciones que había logrado ver con entusiasmo, aunque con un entusiasmo ciertamente exagerado. De que poseo el impulso de callar, no se necesita ninguna prueba. Yo soy, por tanto, como cualquier otro perro, así me reconocerá cualquiera, a pesar de todas las diferencias de opinión y animadversiones, y yo haría lo mismo con cualquier otro perro. Sólo es distinta la mezcla de elementos, se trata de una diferencia muy grande en sentido individual, pero, referida a la especie, sin importancia.

¿Y esta mezcla de elementos, siempre presentes, tanto en el pasado como en el presente, jamás coincidirá con la mía? ¿Y si se

quiere definir mi mezcla como desgraciada, no será por esta causa mucho más desgraciada de lo que es en la realidad? Esa conclusión refutaría toda experiencia. Nosotros, los perros, tenemos las más extrañas profesiones, profesiones que nadie creería si no se tuvieran las noticias más dignas de crédito sobre ellas. En este contexto me gusta pensar, por ejemplo, en el perro de aire. Cuando me hablaron por primera vez de su existencia, no pude dejar de reírme y no me lo creía.

¿Cómo? ¿Que había un perro de una raza minúscula, no más grande que mi cabeza, que no crecía más, naturalmente débil, según todas las apariencias un ser artificial, inmaduro, peinado con esmero, incapaz de dar un salto digno de tal nombre? Este perro, me contaron, se movía la mayor parte del tiempo por el aire, pero al hacerlo no realizaba movimiento ni trabajo alguno, sólo reposaba. No, querer que me creyera esas cosas era aprovecharse demasiado de la ingenuidad de un perro joven. Pero poco después oí en un sitio diferente que hablaban de otro perro de aire. ¿Se habían conchabado para hacerme pasar por tonto? Pero entonces vi a los perros músicos y desde aquel momento lo consideré todo posible, ningún prejuicio limitaba mi capacidad de comprensión, seguí los más absurdos rumores, fui detrás de ellos todo el tiempo que pude, lo más absurdo me parecía en esta vida absurda más probable que lo más sensato y, para mi investigación, lo más fecundo. Así, los perros de aire. Recopilé

mucha información sobre ellos, pero hasta el día de hoy no he podido ver a ninguno. No obstante, estoy plenamente convencido de su existencia y en mi imagen del mundo ocupan un puesto importante. Como la mayoría de las veces, tampoco aquí es el arte el que me torna pensativo. Es maravilloso, quién lo puede negar, que esos perros sean capaces de flotar en el aire. Coincido con la especie canina en mi asombro. Pero aún más maravillosa para mí resulta la insensatez, la silenciosa insensatez de estas existencias. En general no se las fundamenta, flotan en el aire y eso es todo, la vida sigue su curso, aquí y allá se habla de arte y de artistas, pero nada más. Pero ¿por qué? ¿por qué, canes de buen corazón, flotan esos perros? ¿Qué sentido tiene su vocación? ¿Por qué ellos mismos no dan ninguna explicación? ¿Por qué flotan allá arriba, encogen las patas, el orgullo de todo perro, las separan de la tierra nutricia, no siembran, aunque sí recolectan y, además, según dicen, se alimentan especialmente bien a costa de toda la especie canina? Puedo vanagloriarme de haber traído algo de movimiento en esta cuestión gracias a mis preguntas. Se empieza por exponer las razones, se hilvana una suerte de razonamiento, se empieza, pero no se llegará más allá de ese inicio. No obstante, algo se hace. Y con ello no se obtiene la verdad —nunca se llegará tan lejos—, pero sí se logra vislumbrar algo de la profunda raigambre de la mentira. Todas las manifestaciones absurdas de nuestra vida, especialmente las absurdas, se pueden fundamentar. Por

supuesto, no del todo —ahí radica la broma diabólica—, aunque para protegerse de preguntas desagradables, basta. Tomo de nuevo a los perros de aire como ejemplo. No son arrogantes, como se podría creer en un principio, tal vez necesitan de la compañía de sus congéneres con más asiduidad de lo normal; y si intentamos ponernos en su lugar, es comprensible. Sienten la necesidad, aunque no lo pueden mostrar abiertamente, pues infringirían el deber de silencio, de obtener comprensión por su modo

de vida o, al menos, de hacerla olvidar, y lo consiguen, según me han dicho, gracias a una charlatanería insoportable. Siempre tienen algo que contar, ya sea de sus meditaciones filosóficas, a las que se dedican continuamente, pues han renunciado a realizar cualquier esfuerzo físico, ya de sus observaciones desde posiciones tan elevadas. Y aunque no se distinguen por su capacidad mental, algo evidente teniendo en cuenta su vida disipada, y a pesar de que su filosofía es completamente inútil, así como sus observaciones, de las que la ciencia no puede aprovechar nada, ni tampoco puede beber de fuentes tan lamentables, no obstante, si se pregunta de qué sirven los perros de aire, siempre se recibe la misma respuesta: que aportan mucho a la ciencia. «Eso es cierto» —se añade—, «pero sus aportaciones son inútiles y penosas». Otras respuestas consisten en encogerse de hombros, en cambiar de tema, en enojarse o reírse y, si,

transcurrido un rato, se vuelve a preguntar, se oye de nuevo que aportan mucho a la ciencia y, finalmente, si se pregunta otra vez y el preguntado no logra dominarse, responde lo mismo. Tal vez sea también bueno no caer en la obstinación, saber adaptarse; aunque no se reconozca el derecho a la vida de los perros de aire que ya existen, eso es imposible, al menos sí se les puede tolerar. Más no se puede pedir, eso sería ir demasiado lejos, pero aun así, se pide. Se reclama que se tolere la existencia creciente de más perros de aire. No se sabe con certeza de dónde vienen. ¿Se reproducen de alguna manera? ¿Tienen la fuerza necesaria para ello? Si no son más que un pequeño trozo de piel bonito, ¿qué es lo que se reproduce ahí? Y si lo más improbable fuese posible, ¿cuándo ocurriría? Siempre se los ve solos, satisfechos, y cuando deciden andar, sólo lo hacen durante un instante, dan un par de pasos afectados y ya están de nuevo arriba, completamente solos, sumidos en pensamientos, de los que no se pueden desembarazar aunque se esfuercen en ello, al menos eso es lo que afirman. Si no se reproducen, se podría pensar en la existencia de perros que renuncian voluntariamente a su vida en la tierra y se convierten en perros de aire, pagando una mayor comodidad y cierta habilidad con una vida solitaria sobre cojines. Eso no se puede pensar, ni reproducción ni elección voluntaria son posibles. La realidad, sin embargo, muestra que hay nuevos perros de aire; de ello se puede deducir que, por insuperables que parezcan los impedimentos a nuestra razón, una raza de perros ya existente,

por muy extraña que sea, no se extingue, al menos no tan fácilmente, y mucho menos sin que haya algo en toda raza que se defienda largo tiempo con éxito de la extinción. ¿Acaso no debo aceptar como de mi especie a esa raza tan extraña y absurda en su aspecto exterior e incapaz de sobrevivir, como es la del perro de aire? Yo no poseo una apariencia singular, soy del tipo medio que predomina en esta zona, no tengo nada en mí que se pueda destacar, tampoco tengo nada despreciable: en mi juventud y, en parte, durante la madurez, mientras no me descuidaba y hacía ejercicio, se puede decir que era un perro bastante bonito, ante todo alababan mucho mi parte frontal, las patas delgadas, la bella posición de la cabeza; también mi pelaje, gris- blanco-amarillo, rizado en las puntas, encontraba partidarios; nada de eso es extraño, lo extraño es mi ser, pero éste, como no puedo dejar de acentuar, también queda bien inscrito en la especie canina. Si hasta el perro de aire no permanece solo, si siempre se puede encontrar alguno en el gran mundo canino y, por añadidura, logran sacar de la nada algún nuevo ejemplar, entonces tengo la confianza de que no estoy solo. Ciertamente, mis congéneres tienen que afrontar un destino peculiar y su existencia no me podrá ayudar, y precisamente porque apenas la conozco. Somos aquellos a los que presiona el silencio, somos los que quieren abrirse paso por hambre de aire; los demás parecen sentirse bien en el silencio, aunque en realidad se trata sólo de una

apariciencia, como ocurría con los perros músicos, que aparentemente tocaban con toda tranquilidad, pero que, en verdad, estaban muy inquietos; no obstante, esa apariciencia es fuerte, inabordable, se burla de todo ataque.

¿Cómo se ayudan mis congéneres? ¿Qué se puede decir de sus intentos de seguir viviendo? Aquí hay diferencias. Intenté averiguarlo con mis preguntas, mientras duró mi juventud. Así que yo podría tratar a los que preguntan mucho y ahí tendría a mis congéneres. Esto lo intenté un tiempo, con dominio de mí mismo, pues a mí me interesan ante todo los que tienen que responder, aquellos que me salen con preguntas, que yo, la mayoría de las veces, no puedo responder, me son enojosos. Y, además, ¿a quién no le gusta preguntar mientras es joven? ¿Cómo puedo encontrar entre tanto preguntador al verdadero? Todas las preguntas suenan igual, se trata de la intención, que, por desgracia, queda oculta, con frecuencia hasta al preguntador. No obstante, el preguntar es una peculiaridad de la especie canina, todos preguntan confusamente, es como si quisieran borrar las huellas del preguntador de verdad. No, entre los preguntadores, entre los jóvenes, no encuentro a mis congéneres, y entre los que callan, los adultos, a los que pertenezco, mucho menos. Pero ¿para qué las preguntas? Yo he fracasado con ellas, tal vez mis compañeros son más listos que yo y emplean medios más adecuados para soportar esta vida, medios, es cierto, que, como

puedo añadir de mi propia cosecha, tal vez ayuden a uno en la necesidad, tranquilicen, seden, operen cambios en la especie, pero en general son tan impotentes como los míos, pues por mucho que mire no veo ningún éxito. ¿Dónde están entonces mis congéneres? Sí, ésa es mi queja, ésa es. ¿Dónde están? En todas partes y en ninguna. Quizá uno de ellos sea mi vecino, está a tres saltos de distancia, nos llamamos mutuamente, él viene a verme, pero yo a él no. ¿Es acaso mi congénere? No lo sé, desde luego no encuentro nada en él que lo confirme, pero es posible. Es posible, pero nada es más improbable. Cuando está lejos, puedo, como juego, y con ayuda de toda mi fantasía, encontrar algo en él que me hace sospechar algo, pero en cuanto está ante mí, todas mis invenciones se tornan ridículas. Es un perro viejo, más pequeño que yo, y yo soy mediano, marrón, de pelo corto, con la cabeza colgando cansina, cojitranco, arrastrando un poco la pata trasera izquierda por culpa de una enfermedad. Hace mucho tiempo que no trato con nadie con tanta intimidad, estoy contento de poder soportarle y cuando se marcha le grito las expresiones más amistosas, pero no por cariño, sino por rabia contra mí, porque cuando le contemplo me parece repugnante, cómo se aleja arrastrando la pata y con la cadera demasiado baja. A veces me ocurre como si quisiera burlarme de mí mismo cuando pienso en él como en un congénere. Tampoco en nuestras conversaciones traiciona algo que pudiera indicar algún parentesco. Es listo, eso no lo niega nadie y, para las condiciones preponderantes en esta

zona, lo suficientemente instruido, yo podría aprender mucho de él, pero ¿busco yo acaso astucia y educación? Normalmente conversamos sobre asuntos locales y me quedo asombrado, aumentada mi clarividencia a este respecto por mi soledad, de cuánto espíritu es necesario en un perro común y corriente, en unas

circunstancias no muy desfavorables, para ganarse la vida y para protegerse de los peligros que la amenazan. La ciencia proporciona las reglas, pero no es fácil entenderlas, así, desde la lejanía, y en sus rasgos más groseros, y cuando se las ha entendido, se presenta la dificultad de aplicarlas al entorno local. Aquí nadie puede ayudar, casi cada hora hay nuevas tareas, y cada trozo de tierra exige las suyas; nadie puede afirmar haberse instalado por un largo periodo, ni que su vida transcurre, en cierta medida, sin obstáculos, por sí misma, ni siquiera yo, con unas necesidades que disminuyen de día en día. Y todo este esfuerzo infinito, ¿para qué? Sólo para enterrarse más y más en el silencio, para no poder ser sacado de allí nunca y por nadie. Con frecuencia se loa el progreso general de la especie canina a través de los tiempos y, en realidad, están refiriéndose a la ciencia. Cierto, la ciencia progresa, no se puede detener, aún más, cada vez progresa a mayor velocidad, pero ¿qué se puede loar de ello? Es como si se quisiera elogiar a alguien porque conforme pasan los años se hace más viejo y, por consiguiente, se acerca con más

rapidez a la muerte. Ése es un proceso natural y, además, desagradable, en el que no encuentro nada que se pueda elogiar. Sólo veo decadencia, con lo que no quiero decir que anteriores generaciones fuesen, en esencia, mejores, sólo eran más jóvenes, eso constituía una gran ventaja, su memoria no estaba tan sobrecargada como la actual, era más fácil hacerla hablar y, aunque nadie lo lograra, la posibilidad era mayor. Precisamente esa «mayor posibilidad» es lo que nos emociona cuando escuchamos las historias, por lo demás bastante simples, de los ancianos. Aquí y allá escuchamos una palabra sugestiva y quisiéramos saltar si no sintiéramos la carga de los siglos sobre nosotros. No, por mucho que tenga que objetar a mi generación, las generaciones anteriores no eran mejores que las nuevas, en cierto sentido eran peores y más débiles. Los milagros tampoco recorrían antaño las calles para ser atrapados por cualquiera, ni los perros eran, y no lo puedo expresar de otra manera, tan perrunos como los de hoy. La contextura canina era más floja, la palabra verdadera podría haber intervenido, haber determinado su evolución, haberla cambiado a voluntad, haberla transformado por completo, y aquella palabra estaba allí, al menos cerca, oscilaba sobre la punta de la lengua, y ¿dónde estará hoy? Hoy se podrían revolver las tripas y no se encontraría. Tal vez nuestra generación está perdida, pero es más inocente que la de antaño. Puedo comprender las dudas de mi generación, aunque ya no son dudas, sino el olvido de un sueño soñado hace mil noches y

olvidado mil veces. ¿Quién se enojará con nosotros por haber olvidado por milésima vez? Pero también creo comprender las dudas de nuestros antepasados; nosotros, con toda probabilidad, no habríamos obrado de otra forma, casi quisiera decir que precisamente nosotros, que no fuimos los que tuvimos que cargar con la culpa, podemos aproximarnos a la muerte, en un mundo oscurecido por otros, con un silencio casi inocente. Cuando nuestros antepasados se descarriaron, apenas pensaron en un extravío infinito, ellos sólo vieron la encrucijada. Era fácil regresar cuando quisieran y si dudaban en regresar, era sólo porque querían disfrutar un breve periodo de su vida perruna; aunque aún no se trataba de una vida perruna en el pleno sentido del término, les parecía, sin embargo, de una belleza embriagadora, como lo sería más tarde, al menos un poco más tarde, y así siguieron equivocándose. No sabían lo que nosotros podemos vislumbrar al considerar el

transcurso de la historia, que el alma se transforma antes que la vida y que ellos, cuando comenzaron a disfrutar de la vida perruna, ya tenían que poseer un alma profundamente perruna y no estaban tan próximos al punto de partida como creían, o como quería hacerles creer su mirada abandonada al goce de todas las alegrías caninas. ¿Quién puede hablar hoy de la juventud? Ellos eran los auténticos perros jóvenes, pero, por desgracia, su única ambición consistía en convertirse en perros adultos, algo en lo que

no podían fracasar, como lo demuestran las siguientes generaciones y la nuestra, la última, que es mucho mejor. Por supuesto que sobre todas estas cosas no hablo con mi vecino, aunque con frecuencia me veo obligado a pensar en ese viejo perro tan típico cuando estoy sentado frente a él, o cuando hundo mi hocico en su pelaje, que posee ese olor peculiar, propio de la piel desollada. No tendría sentido hablar con él de esas cosas, ni con él ni con otros. Sé muy bien cómo discurriría la conversación. Él tendría alguna pequeña objeción aquí y allá, al final asentiría — el asentimiento es la mejor arma—, y el asunto quedaría enterrado, ¿para qué entonces esforzarse en desenterrarlo? No obstante, tal vez existe una coincidencia con mi vecino, que va más allá de las simples palabras. No puedo dejar de realizar esta afirmación, aunque no poseo pruebas y muy probablemente he sido engañado por una simple ilusión, ya que él es el único con el que hablo y, por consiguiente, sólo puedo basarme en él: «¿Eres acaso mi congénere? ¿A tu manera? ¿Y te avergüenzas porque todo te ha salido mal? Mira, a mí también me ha salido todo mal. Cuando estoy solo, aúllo por esa causa, ven, entre dos se lleva mejor». Así pienso muchas veces y le miro fijamente mientras lo hago. Él no baja la mirada, pero tampoco deduce nada, me mira en silencio y se maravilla de que yo haya interrumpido la conversación. Pero tal vez esa mirada es su forma de preguntar y yo lo decepciono, del mismo modo en que él me decepciona a mí. Quizás en mi juventud, si en aquel tiempo no hubiera considerado

otras preguntas más importantes y no me hubiera bastado a mí mismo, le hubiera preguntado abiertamente y habría recibido un asentimiento insípido, es decir menos que hoy, ya que calla. ¿Pero no callan todos igual? ¿Qué me impide creer que todos son mis compañeros, que no sólo tuve en un momento u otro a un investigador a mi lado, olvidado y desaparecido con sus ínfimos resultados, y al que ya no puedo tener acceso a causa de la oscuridad de los tiempos o por la congestión del presente? ¿Acaso no es más cierto que siempre he tenido compañeros entre ellos, que todos se han esforzado a su manera, que han fracasado a su manera, que todos han callado o han hablado astutamente a su manera, como lo demuestra esta desesperada investigación? Entonces no tendría que haberme aislado, podría haber permanecido tranquilamente con los demás, no tendría que haberme abierto camino entre las filas de los adultos como un niño maleducado, adultos que también deseaban salirse, como yo, y de los que me confundía su mentalidad, que les dice que nadie sale y que todo intento es absurdo.

Pensamientos semejantes son un efecto claro de la influencia de mi vecino. Él me confunde, me pone melancólico; y es bastante alegre, al menos, cuando está en su territorio, puedo escuchar cómo grita y canta, tanto que me resulta pesado. Sería bueno renunciar también a este trato, no perseguir vanas ilusiones, como

las que inevitablemente origina todo trato canino, por más que se crea estar endurecido y, así, emplear el poco

tiempo que me queda exclusivamente en mis investigaciones. La próxima vez que venga me acurrucaré y me haré el dormido y repetiré esa actitud hasta que deje de venir.

También el caos se ha introducido en mis investigaciones, me debilito, me canso, troto mecánicamente donde antes corría con entusiasmo. Pienso en el tiempo en que comencé a investigar la pregunta: ¿De dónde toma la tierra nuestro alimento?

Ciertamente, entonces vivía en medio de mi pueblo, me dirigía a donde había mayor densidad de población, quería hacer a todos testigos de mis trabajos; ese testimonio era para mí mucho más importante que toda mi labor, pues esperaba que encontraría algún eco. Por ello me puse, naturalmente, en el centro de la atención, pero eso ya ha pasado. No obstante, en aquellos tiempos era tan fuerte que hice algo inaudito, que contrariaba todos nuestros principios, y de lo que todo testigo ocular se acordará como de algo siniestro. Encontré en la ciencia, que siempre aspira a una infinita especialización, una extraña simplificación. En resumen, consiste en que la tierra, en lo esencial, produce nuestro alimento, y luego, una vez que ha establecido este requisito indispensable, determina los métodos con los que se pueden conseguir los distintos tipos de alimentación en la mayor

cantidad posible y de la mejor manera. Ciertamente es que la tierra produce los alimentos, de ello no hay duda posible, pero no resulta tan fácil como se ha afirmado habitualmente, excluyendo cualquier otra investigación. Sólo hay que tomar en consideración los casos más primitivos que se repiten a diario. Si nos mantuviéramos completamente inactivos, casi como me mantengo yo ahora, si trabajásemos el campo fugazmente y esperásemos a ver lo que sale, encontraríamos, con la premisa de que algo resultase, que la tierra ha producido alimentos. Pero ésa no es la regla. Quien ha mantenido algo de respeto frente a la ciencia —y son muy pocos, pues los círculos que traza la ciencia son cada vez más grandes—, reconocerá fácilmente, aunque no parta de observaciones exactas, que la parte principal de la alimentación surgida en la tierra viene de arriba, aún más, nosotros nos apropiamos, según habilidad y avidez, de la mayor parte antes incluso de que toque la tierra. Con esto aún no he dicho nada contra la ciencia, la tierra hace surgir la alimentación de un modo natural; que la haga brotar de su interior o la invoque de las alturas, no resulta una diferencia esencial. La ciencia ha constatado que en ambos casos es necesario cultivar el suelo, pero no necesita perder el tiempo analizando esas diferencias, por eso se dice: «Tienes el pasto en el hocico, por esta vez ya has resuelto todas las preguntas». No obstante, a mí me parece que la ciencia, de una forma encubierta, se ocupa, al menos parcialmente, de estos asuntos, ya que conoce dos métodos para

la adquisición alimentaria: el cultivo del suelo propiamente dicho y el trabajo complementario y de perfeccionamiento en forma de conjuros, danzas y cantos. Aquí encuentro una subdivisión, aunque incompleta, lo suficientemente nítida, y que corresponde a mi distinción. El cultivo del suelo sirve, en mi opinión, para la obtención de ambos tipos de alimentación y resulta imprescindible. Los conjuros, cantos y danzas no afectan tanto al alimento obtenido del suelo, más bien sirven para acercar los provenientes de arriba. En esta teoría cuento con el apoyo de la tradición. Aquí parece que el pueblo enmienda la plana a la ciencia sin saberlo, y sin que la ciencia ose defenderse. Si esas ceremonias, como quiere la ciencia, sólo sirven al suelo, para darle fuerza y poder recoger, así, el alimento de arriba, las ceremonias deberían celebrarse,

consecuentemente, sólo en el suelo: se deberían lanzar los conjuros al suelo, se debería danzar sobre el suelo y cantar al suelo. La ciencia, por lo que sé, no afirma otra cosa. Y lo más extraño es que el pueblo dirige todas sus ceremonias hacia las alturas. Eso no daña a la ciencia, ella no lo prohíbe, deja al agricultor la libertad, ella piensa en sus teorías sólo en el suelo y si el agricultor sigue sus teorías referentes al suelo, entonces queda satisfecha, pero su razonamiento debería aspirar, en mi opinión, a algo más. Y yo, que jamás he profundizado en la ciencia, no puedo imaginarme cómo los científicos pueden tolerar que nuestro

pueblo, tan apasionado como es, lance sus conjuros hacia las alturas, desperdigue nuestros cánticos populares por los aires y pegue saltos en las danzas, como si quisiera olvidarse del suelo para siempre. Partí de la intensidad de estas contradicciones, me concentraba en el suelo siempre que, según las teorías científicas, se acercaba la época de la cosecha, revolvía la tierra con mis danzas, inclinaba todo lo posible la cabeza para que llegase hasta el suelo, más tarde hice un agujero para meter el hocico, y canté y declamé en el interior para que sólo me oyera el suelo y nadie que se encontrase a mi lado o por encima de mí. Los resultados de mis experimentos fueron pobres, a veces no recibía comida alguna, y ya quería lanzar gritos de júbilo por mi descubrimiento, cuando recibía otra vez la comida, como si en un principio hubiese reinado la confusión por mi extraña representación. Luego parecía reconocer las ventajas que traía mi actuación y ya no hacía caso a mis gritos y saltos. A veces surgía la comida en mayor cantidad que antes, pero luego volvía a no salir más. Anoté con una precisión y aplicación desconocidas hasta el momento en un perro joven todos los experimentos realizados, creí encontrar aquí y allá alguna pista que pudiera llevarme más lejos, pero siempre se perdía en lo indeterminado. Me pareció incuestionable que mi insatisfactoria preparación científica había perjudicado mis proyectos. ¿Qué me podía garantizar, por ejemplo, que la falta de comida no había sido provocada por mis experimentos, sino por un cultivo poco científico? Y si eso era cierto, todas mis

conclusiones eran insostenibles. En determinadas circunstancias, hubiera podido realizar un experimento de alta precisión, si hubiera logrado obtener la comida sin realizar ningún tipo de cultivo, dirigiendo mis ceremonias a las alturas, y luego si hubiera podido constatar el cese de la comida al realizar exclusivamente ceremonias de suelo. Intenté algo parecido, pero sin esperanzas y sin las condiciones adecuadas, pues, en mi inalterable opinión, siempre es necesaria cierta preparación del suelo y, aún en el caso de que los incrédulos herejes tuvieran razón, no lo podrán demostrar, ya que el riego del suelo, en caso de necesidad, no se puede evitar. Otro experimento peculiar, sin embargo, tuvo éxito y llamó la atención. Después de la habitual recolección de la comida en el aire, decidí no provocar su caída, pero tampoco recolectarla. Con este fin, pegaba un pequeño salto cada vez que se acercaba la comida, pero estaba tan calculado que nunca llegaba; la mayoría de las veces cayó indiferente al suelo y yo me arrojaba furioso sobre ella, con una furia no causada por el hambre, sino por la decepción. Pero en algunos casos sucedió algo diferente, algo realmente maravilloso, la comida no cayó, sino que me siguió por el aire, el alimento persiguió al hambriento. No duraba mucho tiempo, sólo un pequeño trecho, luego volvía a caer, o desaparecía o, con más frecuencia, mi avidez ponía fin anticipado al experimento, ya que devoraba la comida. De todos modos, era feliz; a mi alrededor se

podía oír un murmullo, había inquietud y se me prestaba atención. Encontré que mis conocidos eran más accesibles a las preguntas, en sus ojos vi una luz que buscaba ayuda; aunque sólo se tratase de un reflejo de mi propia mirada, no quería más, estaba satisfecho. Hasta que supe —y los demás se enteraron conmigo— que ese experimento hacía mucho que se había descrito en la ciencia, que había tenido un éxito mucho mayor, aunque no se había repetido por las dificultades y el dominio de sí mismo que requería. Tampoco se podía repetir, dada la supuesta insignificancia de los resultados. Demostraba, lo que ya se sabía, que el suelo no toma los alimentos de lado, sino también de soslayo, incluso en espiral. Pero no me desanimé, era demasiado joven para eso, todo lo contrario, gracias a esa decepción cobré el ánimo necesario para la gran obra de mi vida. No creía en una desvalorización de mi experimento por la ciencia, pero aquí tampoco ayudaba la fe, sino sólo la prueba, y eso era lo que quería hacer público, quería elevar mi singular experimento a la cúspide científica. Quise demostrar que si yo retrocedía ante el alimento, el suelo no lo tomaba oblicuamente, sino que yo era el que lo atraía hacia mí. Este experimento, sin embargo, lo tuve que abandonar; ver delante el bocado y experimentar científicamente al mismo tiempo no se puede resistir. Pero quise hacer algo diferente, intenté ayunar todo lo posible y evitar, además, toda visión de la comida, toda tentación. Así que me retiré, permanecí días y noches con los ojos cerrados, no me preocupé de recoger el

alimento ni del suelo ni del aire. Sin realizar ninguna afirmación, sólo con la esperanza, renuncié a cualquier otra medida, excepto al inevitable e irracional riego y a una silenciosa recitación — suprimí las danzas para no debilitarme—, luego esperé a que el alimento cayera por sí mismo, sin preocuparse para nada del suelo, y a que golpeara mi dentadura para que lo dejaran entrar. Si todo esto ocurría, no habría logrado contradecir a la ciencia, pues es lo suficientemente elástica para admitir excepciones, pero ¿qué diría el pueblo, afortunadamente mucho menos elástico? Pues no se trataba de ningún caso excepcional como el que transmite la historia, en el que uno se negó a preparar, buscar y tomar el alimento por una enfermedad o por ofuscamiento, y los perros se reunieron, logrando con distintos conjuros que el alimento se extraviase y fuese a parar al hocico del enfermo. Yo era fuerte y gozaba de plena salud, mi apetito era tan espléndido que me impedía pensar en otra cosa durante todo el día. Me sometí voluntariamente al ayuno, lo crean o no; yo mismo cuidaba de que el alimento cayera, así que no necesitaba ayuda canina alguna, es más, me prohibí pedir cualquier tipo de ayuda. Busqué un sitio adecuado en un matorral apartado, donde no podía oír conversaciones con temas culinarios, ni a perros masticar o romper huesos, comí hasta reventar y me eché. Quería pasar todo el tiempo posible con los ojos cerrados; mientras no viniera la comida, para mí sería noche ininterrumpida, ya tardase días o semanas. Pensé en dormir muy poco o, mejor, en no dormir nada,

pues no sólo tenía que conjurar la comida, sino que no podía quedarme dormido cuando llegara. Por otro lado, dormir me podría sentar bien, pues así se puede ayunar más que estando despierto. Por este motivo decidí dividir cuidadosamente el tiempo y dormir mucho, pero durante periodos muy cortos. Lo conseguí al apoyar la cabeza en un palo quebradizo que, en cuanto se rompía, me despertaba. Así yacía, durmiendo o velando, soñando o cantando sólo para mí. Al principio todo transcurrió sin que ocurriese nada digno de mención. Es posible que en el lugar de donde procede la comida hubiese pasado desapercibida mi intención de permanecer allí frente al transcurso habitual de las cosas, así que todo permaneció en calma. Mientras realizaba aquel esfuerzo me perturbaba el temor de que los otros perros me echaran en falta, me encontraran al poco tiempo y emprendieran algo contra mí. Otro temor era que el simple riesgo pudiera generar la denominada «alimentación casual» y que su olor me delatara. Pero no sucedió nada parecido y pude seguir ayunando. Aparte de estos temores, al principio permanecí tan tranquilo como nunca lo había notado en mí. Aunque trabajaba para desmentir a la ciencia, me invadía la satisfacción y la paz proverbial que procura el trabajo científico. En mis ensueños recibí disculpas de la ciencia, también en ella había espacio para mis investigaciones. Todo sonaba tan consolador en mis oídos que, tuvieran éxito o no mis investigaciones, pero especialmente en el

caso de que lo tuvieran, no estaba perdido para la vida canina, la ciencia sentía una inclinación favorable hacia mí, ella misma emprendería la interpretación de mis resultados. Esta promesa significaba para mí la admisión en la ciencia con todos los honores, después de haberme sentido profundamente rechazado por ella y de haber arremetido contra todos los muros de mi pueblo como un salvaje. Me rodearía el tan anhelado calor de los cuerpos perrunos, mi propio pueblo me llevaría en hombros. Extraños efectos los del ayuno, en los primeros días. Mi rendimiento me pareció tan grande que comencé a llorar de compasión y emoción en el silencioso arbusto, lo que no era muy razonable, pues si esperaba mi merecida recompensa, ¿por qué lloraba? Sólo por íntimo placer. Jamás me ha gustado llorar. Pero siempre que he sentido esa placidez, en contadas ocasiones, he llorado. Aquella vez pasó pronto. Las bellas imágenes se fueron disipando paulatinamente conforme el ayuno ganó en seriedad; no pasó mucho tiempo y, abandonadas todas las fantasías y emociones, me encontré completamente solo con el hambre ardiente en las tripas. «Esto es hambre», me dije mil veces, como si me quisiera convencer de que el hambre y yo éramos dos seres distintos y que podía desembarazarme de esa sensación como si fuera una amante molesta, pero en realidad éramos dolorosamente uno y cuando me aclaraba; «Esto es hambre», en realidad era el hambre el que hablaba y se reía de mí. ¡Malos tiempos, muy malos! Tiemblo cuando pienso en ellos, y no por los

padecimientos que sufrí, sino porque no he terminado, porque tendré que sufrir otra vez esa hambre si quiero alcanzar algo, pues hoy considero el hambre como el método más seguro en mi investigación. El camino lo señala el hambre, sólo se alcanza lo supremo gracias a un rendimiento supremo, y ese rendimiento supremo consiste, entre nosotros, en ayunar voluntariamente. Así pues, cuando examino minuciosamente aquellos tiempos —y me gusta revolver en ellos—, también examino los tiempos que se avecinan. Parece como si tuviera que expirar toda una vida para que alguien se recupere de un experimento así, mis años de madurez me separan de aquel ayuno, pero aún no me he recuperado. La próxima vez que ayune mostraré más decisión que antes, sobre todo por mi mayor experiencia y mi mejor comprensión acerca de la necesidad del experimento. No obstante, mis fuerzas han disminuido a lo largo del tiempo, como mínimo me agotaré mientras espero que se produzca el conocido sobresalto. Mi debilitado apetito no me ayudará, en cierto modo devaluará algo el experimento y, muy

probablemente, me obligará a ayunar más tiempo que el necesario. Acepto estas suposiciones, tampoco han faltado ensayos durante este tiempo, he padecido hambre con mucha frecuencia, pero no estaba lo suficientemente fuerte como para llegar al extremo, y la ingenua agresividad de la juventud ha desaparecido para siempre. Ya desapareció cuando me

encontraba en pleno ayuno. Algunos pensamientos me torturaban. Mis antepasados aparecían ante mí con gestos amenazadores. No obstante, aunque no me atrevería a decirlo públicamente, yo los considero culpables de todo; han hipotecado la vida canina, y podía responder fácilmente a sus amenazas con otras amenazas, pero me humillo ante su sabiduría, procede de fuentes que nosotros desconocemos, precisamente por esto, y aunque hay muchas cosas que me impulsan a luchar contra ellos, jamás infringiría sus leyes, yo sólo me entusiasmo con las lagunas de la ley, por las que me siento fuertemente atraído. Respecto al ayuno, me remito a la famosa conversación, en la que uno de nuestros sabios expresó la opinión de prohibirlo, lo que desaconsejó su contertulio con la pregunta: «¿Quién ayunará entonces?». Y el primero se dejó convencer y retiró la prohibición. Ahora cobra vigencia de nuevo la pregunta: «¿Acaso no está prohibido ayunar?». La mayoría de los comentaristas la responden negativamente. Si se considera el hambre como algo voluntario, la doctrina se pone de parte del segundo sabio y no teme consecuencias perjudiciales de un comentario erróneo. Me aseguré de todo esto antes de comenzar con mi ayuno. Pero cuando me retorció de hambre y, confuso mentalmente, buscaba salvación en mis patas traseras, las cuales lamí, mordí y chupé desesperado hasta llegar al trasero, esa interpretación de la conversación me pareció completamente falsa, maldije la ciencia de los comentaristas, me maldije a mí mismo, que me había dejado

engañar por ella; en esa conversación, como cualquier niño podría reconocer —aunque tenía que ser un niño hambriento—, quedaba claramente expuesta la prohibición del ayuno. El primer sabio quería prohibir el ayuno, lo que un sabio desea, ya ha ocurrido, por lo que el ayuno estaba prohibido; el segundo sabio no sólo coincidía con él, sino que defendía la imposibilidad de ayunar; así que a la primera prohibición añadió una segunda, la que establece la naturaleza canina; el primero reconoció también esta prohibición y retiró la prohibición expresa, es decir mandó que los perros ejercieran su capacidad de raciocinio y se prohibieran a sí mismos el ayuno. Así que había una triple prohibición en vez de una y yo había violado las tres. Si, al menos, hubiera obedecido con retraso..., pero sumido en mis dolores caí en la tentación de seguir ayunando, y seguí haciéndolo con voluptuosidad, del mismo modo en que se sigue a un perro desconocido. No podía dejarlo, tal vez estaba demasiado débil para levantarme y salvarme en alguna zona habitada. Rodé sobre las hojas secas del bosque, ya no podía dormir, oía ruidos por todos lados; el mundo dormido de mi infancia pareció despertar con el hambre, empecé a imaginar que no volvería a comer, pues para querer hacerlo tendría que silenciar ese mundo ruidoso que se había liberado, y no me sentía capaz. Pero el mayor ruido procedía de mi estómago, a menudo pegaba el oído a él y debía poner ojos horrorizados, pues apenas podía creer lo que oía. Para colmo de males, este delirio comenzó a afectar a mi naturaleza, ésta emprendió algunos intentos

absurdos de salvación, comencé a oler comida, comidas exquisitas que hacía tiempo que no había comido, alegrías de mi niñez,

incluso olí la fragancia de los pechos de mi madre; olvidé mi decisión de resistirme a los olores o, mejor, no lo olvidé, simulé una decisión complementaria que me obligaba a olfatear en todas las direcciones, como si buscara comida, pero con el objetivo de resistirme a ella. Que no encontrara nada, no me decepcionó, los alimentos estaban allí, siempre un par de pasos demasiado lejos, mis patas se doblaban justo antes de llegar. Al mismo tiempo, sin embargo, sabía que allí no había nada, que sólo me movía por miedo ante el colapso definitivo, a caer en un lugar que nunca más podría abandonar. Desaparecieron las últimas esperanzas, las últimas tentaciones, perecía miserablemente,

¿qué sería de mis investigaciones? Experimentos infantiles en años felices de la niñez, ahora iba en serio, aquí la investigación tenía que demostrar su valor, pero ¿dónde estaba la investigación? Ahí sólo había un perro indefenso jadeando en el vacío, que, convulso, aún regaba el suelo sin saberlo, pero que no podía sacar de la memoria ni uno sólo de los conjuros que sabía, ni siquiera el versito con que los recién nacidos se acurrucan debajo de la madre. Para mí era, no sólo como si un pequeño espacio me separase de mis hermanos, sino como si me encontrara muy lejos de todo, y como si no muriera de hambre, sino a causa de mi

abandono. Era evidente que nadie se preocupaba de mí, nadie bajo la tierra, ni sobre ella, ni tampoco en las alturas, la indiferencia acababa conmigo; la indiferencia decía: «muere» y «así podría ocurrir». ¿Y no coincidía yo con ellos? ¿No decía lo mismo?

¿No había deseado yo mismo ese abandono? Muy bien, perros, pero no para acabar así, sino para llegar hasta la verdad, para alejarme de este mundo sumido en la mentira, donde no se puede encontrar a nadie del que se pueda saber la verdad, tampoco de mí se puede saber, un ciudadano de la mentira. Tal vez la verdad no se hallaba muy lejos, pero para mí, que fracasé y morí, demasiado lejos. Tal vez no estaba muy lejos, y yo, no tan abandonado como pensé, no abandonado por los demás, sólo por mí, fracasé y morí. Pero no se muere tan rápido como cree un perro nervioso. Sólo perdí la consciencia y cuando desperté y levanté la mirada, había un perro desconocido frente a mí. No sentí hambre, yo era muy fuerte, creo que se debía a mis articulaciones, aunque no hice ningún intento de levantarme para ponerlas a prueba. Yo miraba y no veía mucho más que lo de costumbre, un perro bonito pero no muy insólito, eso es lo que veía, nada más y, sin embargo, creía percibir en él algo más que lo de costumbre. Bajo mi cuerpo había sangre, al principio pensé que era comida, pero en seguida me di cuenta de que era sangre mía, que yo había expulsado. Aparté la mirada de ella y me volví hacia

el perro. Era delgado, de patas largas, marrón con algunas manchas blancas y tenía una mirada bella, fuerte, escrutadora.

—¿Qué haces aquí? —dijo—. Tienes que irte de aquí.

—Ahora no puedo irme —dije, sin más explicaciones, pues cómo podría haberle explicado todo, además también él parecía tener prisa.

—Por favor, vete en seguida —dijo, e, intranquilo, levantó sucesivamente las patas.

—Déjame —dije—, vete y no te preocupes por mí, los demás tampoco se preocupan por mí.

—Te lo pido por tu bien —dijo él.

—Pídemelo como quieras —le dije—, no me podría ir por más que quisiera.

—No es por eso —dijo sonriendo—. Puedes irte. Precisamente porque pareces débil te pido que te vayas lentamente; si dudas, después tendrás que correr.

—Bueno, eso es cosa mía —dije.

—También lo es mía —dijo, triste por mi obstinación, y aparentemente decidió dejarme allí por el momento, pero al mismo tiempo aprovechó la oportunidad y se acercó a mí en actitud amorosa. Tal vez en otro tiempo lo hubiera consentido de un perro tan bello, pero esa vez no lo comprendí, y el horror se apoderó de mí:

—¡Vete! —grité lo más alto que pude, ya que no podía defenderme de otra manera.

—Ya te dejo —dijo, retrocediendo lentamente—. Eres bastante extraño, ¿acaso no te gusto?

—Me gustarás si te vas y me dejas en paz —le respondí, pero ya no estaba muy seguro de cómo se lo podría hacer creer.

Algo vi u oí en él gracias a mis sentidos, agudizados por el hambre, fue al principio, luego creció, se fue acercando y entonces lo supe: este perro tiene el poder de expulsarte y tú ni siquiera puedes imaginarte la posibilidad de levantarte. Y lo miré con un deseo creciente, mientras él sacudía la cabeza suavemente ante mi grosera respuesta.

—¿Quién eres tú? —le pregunté.

—Soy un cazador —contestó.

—¿Y por qué no quieres dejarme aquí? —pregunté.

—Me molestas —dijo él—. No puedo cazar si estás aquí.

—Inténtalo —le dije—, a lo mejor sí que puedes cazar.

—No, lo siento, pero tienes que irte.

—¡Deja de cazar hoy! —le supliqué.

—No —dijo él—, tengo que cazar.

—Yo tengo que irme y tú tienes que cazar —dije—, mucha obligación. ¿Entiendes por qué estamos obligados a hacerlo?

—No —dijo él—, pero tampoco hay nada que comprender, son cosas evidentes y naturales.

—Pero no —dije yo—, a ti te da pena echarme de aquí y, sin embargo, lo haces.

—Así es —dijo él.

—Así es —repetí yo enojado—. Eso no es una respuesta. ¿A qué te cuesta más renunciar, a cazar o a expulsarme?

—A cazar —respondió sin dudar.

—Bien, entonces aquí hay una contradicción —dije yo.

—¿Qué contradicción? —dijo—. ¿Pero no comprendes, querido perrito, que estoy obligado a hacerlo? ¿No comprendes lo que es evidente?

No respondí más, pues noté —y al hacerlo nueva vida circuló por mis venas, la vida que surge de una experiencia horrible—, noté en detalles incomprensibles que el perro comenzaba a elevar la voz desde lo más profundo del pecho, convirtiéndose casi en un cántico.

—¿Vas a cantar? —dije.

—Sí —dijo él con seriedad—, voy a cantar, pronto, pero aún no. No obstante, prepárate.

—Pero yo ya lo oigo, por más que lo niegues —dije temblando.

Se calló, y creí adivinar algo que ningún perro había adivinado antes que yo, al menos en nuestra tradición no se encuentra el más mínimo dato que lo atestigüe y, a continuación, hundí mi

rostro en el charco de sangre que había ante mí, sintiendo una vergüenza y una angustia infinitas. Creí notar que el perro ya cantaba sin aún saberlo con certeza, queda melodía, separada de él, flotaba en el aire siguiendo sus propias leyes, alejándose como si no saliera de él, y luego se dirigía hacia mí, hacia mí. Hoy, por supuesto, niego ese tipo de conocimientos y los atribuyo a mi irritabilidad de entonces, pero aunque era un error, no carecía de grandeza; es la única realidad, aunque aparente, que he logrado salvar de mi época de ayuno para el mundo y muestra, como mínimo, lo lejos que se puede llegar al salirse de uno mismo. Y yo, realmente, estaba fuera de mí. En circunstancias normales habría estado enfermo de gravedad, incapaz de moverme, pero no pude resistirme a la melodía, que el perro comenzó a asumir como si fuera suya. Cada vez más fuerte, tal vez su crecimiento no conocía límites y ya casi me destrozaba los oídos. Lo peor era que parecía existir sólo para mí; esa voz, ante cuya excelsitud el bosque enmudecía, existía sólo para mí, y ¿quién era yo, que aún osaba permanecer allí y me arrellanaba sobre mi sangre y mi suciedad? Me levanté vacilando, me miré, «éste no saldrá corriendo», pensé, pero inmediatamente emprendí la marcha dando espléndidos saltos, llevado por la melodía. A mis amigos no les conté nada, probablemente lo hubiera contado todo nada más llegar, pero estaba muy débil, luego me pareció una experiencia que no debía compartir con los demás. Algunas alusiones que no pude reprimir en las conversaciones se perdieron sin dejar huella. Por lo

demás, me recuperé corporalmente en pocas horas, espiritualmente, aún llevo en mi interior las consecuencias.

Amplíé el campo de mis investigaciones a la música canina. Tampoco aquí había permanecido pasiva la ciencia; la ciencia musical es, si estoy bien informado, más amplia que la alimentaria y, por supuesto, mejor fundamentada. Esto se explica porque en este ámbito se trabaja con menos pasión que en el otro y porque aquí se trata de meras observaciones, así como de su sistematización, mientras que en el otro ámbito, ante todo de consecuencias prácticas. A esto se debe que la musicología goce de mayor respeto que la ciencia alimentaria, pero que la primera jamás pueda penetrar tanto en el pueblo como

la segunda. También yo, antes de escuchar aquella voz en el bosque, mostraba cierta incompreensión hacia la musicología. Ciertamente, la experiencia con los perros músicos me había obligado a prestarle atención, pero en aquel tiempo era demasiado joven; además, tampoco es tan fácil aproximarse a esa ciencia, tiene fama de ser muy difícil y excluye de su ámbito elitista a las masas. En aquellos perros, la música había sido lo más llamativo, pero más importante me pareció su ser silencioso; no se podría encontrar nada parecido a aquella horrible música, en ningún lado, yo podía omitirla, pero su ser silencioso lo encontré en todos los perros. Para penetrar en el alma de la especie canina,

me parece que la ciencia más adecuada es la alimentaria, pues lleva sin rodeos a la meta. Tal vez no tenía razón en esto. Un ámbito científico fronterizo ya despertó en aquella época mis sospechas. Se trata de la teoría del canto que hace descender la comida. También aquí me resulta problemático el no haber profundizado seriamente en la musicología y no poder ser incluido ni siquiera en el grupo, especialmente despreciado por la ciencia, de los diletantes. Esto lo tengo que mantener siempre presente. Ante un erudito en la materia, por desgracia tengo la prueba de ello, haría un papel deplorable en el examen más fácil.

Naturalmente, esto se debe, prescindiendo de las ya mencionadas circunstancias vitales, a mi incapacidad científica, a mi pobre fuerza mental, a mi mala memoria y, ante todo, a la imposibilidad de mantener el objetivo científico siempre ante mis ojos. Todo esto me lo confieso abiertamente, incluso con cierta alegría, pues el profundo motivo de mi incapacidad científica me parece ser un instinto y, en realidad, un instinto nada malo. Si quisiera fanfarronear, podría decir que precisamente este instinto ha destruido mis capacidades científicas, pues sería bastante extraño que en los asuntos de la vida cotidiana —y no son precisamente los más fáciles— muestre tan buena capacidad de raciocinio. Y si no a la ciencia, puedo decir que entiendo muy bien a los científicos, lo que se puede comprobar en mis resultados; así que sería bastante extraño, digo, que yo fuera desde un principio incapaz de poner una pata en el primer peldaño de la ciencia. Fue

el instinto que, tal vez por amor a la ciencia, pero a otra ciencia distinta a la que se hace hoy, por amor a la última ciencia, me hizo apreciar más la libertad que todo lo demás. ¡La libertad! Aunque, ciertamente, la libertad como es posible hoy, como una miserable excrecencia. Pero, aun así, libertad, aun así, una posesión.

77. EL MATRIMONIO[77]

La situación general del negocio es tan mala, que yo, algunas veces, cuando tengo tiempo libre en el despacho, cojo la cartera de muestras y me dedico a visitar personalmente a los clientes. Hace tiempo que he decidido ir a visitar a K, con el que antaño tuve continuas relaciones comerciales, pero del que, por motivos desconocidos, no sé nada desde el año pasado. Para este tipo de problemas no hace falta que se den motivos; en la inestable situación de hoy puede decidir una nadería o un estado de ánimo, y del mismo modo una nadería o una sola palabra pueden arreglarlo todo. No obstante, me resultaba incómodo visitar a K, era un hombre ya mayor, en los últimos tiempos con mala salud, y aunque aún manejaba todos los hilos del negocio, apenas aparecía por allí; si se quería hablar con él, había que ir a su vivienda, un trámite así se va aplazando.

Ayer por la tarde, sin embargo, a las seis, me puse en camino; ya no era una hora de visita, pero el asunto no era una formalidad social, sino de mera trascendencia comercial. Tuve suerte, K estaba en casa; en ese momento, como me dijeron en la entrada, acababa de regresar de dar un paseo con su esposa y ahora estaba en la habitación de su hijo, que no se encontraba bien y estaba en cama. Me pidieron que fuera hasta allí; al principio dudé, pero venció el deseo de terminar lo más rápidamente posible la fastidiosa visita, así que me dejé guiar, tal como estaba, con el abrigo puesto y el sombrero y la cartera de muestras en la mano, por una habitación oscura hasta llegar a otra iluminada, en la que había una pequeña reunión.

Por instinto mi mirada recayó en primer lugar sobre un representante de negocios al que conocía muy bien y que, en parte, es un competidor. Así que él se había deslizado hasta allí antes que yo. Estaba sentado cómodamente al lado de la cama del enfermo, como si fuera el médico; con su elegante abrigo, abierto y abombado, daba una impresión de poderío; su frescura era insuperable; algo similar debía de pensar el enfermo, quien, con las mejillas ligeramente coloradas por la fiebre, yacía a su lado y lo miraba. Por lo demás, ya no era joven, más bien de mi edad, con una barba corta y algo descuidada por la enfermedad. El viejo K, un hombre alto y ancho de hombros, pero por su

pernicioso padecimiento, para mi sorpresa, muy delgado y algo encogido, parecía haberse vuelto inseguro; estaba de pie, tal y como había llegado, con su abrigo de piel, y le murmuraba algo al hijo. Su esposa, pequeña y frágil, pero muy activa, aunque sólo respecto a él —a nosotros apenas nos miraba—, estaba ocupada en quitarle el abrigo, lo que provocaba dificultades dada la diferencia de estatura entre ambos; al final lo consiguió. Tal vez la dificultad real estaba en que K era muy impaciente e, intranquilo, no dejaba de pedir la butaca con las manos; la mujer se la acercó rápidamente en cuanto logró quitarle el abrigo. Ella misma tomó el abrigo de piel, que prácticamente la hizo desaparecer, y se lo llevó fuera.

Ahora parecía haber llegado mi turno o, tal vez, no había llegado, ni llegaría jamás. Si quería intentar algo, tenía que ser de inmediato, pues mi instinto me decía que las condiciones para una conversación de negocios irían empeorando. Quedarme allí pegado

sin límite de tiempo, como pretendía el representante, no era mi estilo; por lo demás, tampoco quería tener la más mínima consideración hacia él. Así que comencé, sin más preámbulos, a comunicarle mi asunto, a pesar de que noté que K tenía ganas de conversar un poco con su hijo. Por desgracia, tengo la costumbre, cuando me excito un poco al hablar —y eso me ocurre muy pronto

y en aquella habitación de enfermo más pronto de lo normal—, de levantarme e ir de un lado a otro. En mi propio despacho resulta cómodo, pero en la habitación de un extraño, molesto. Pero no pude contenerme, sobre todo porque me faltaba mi cigarrillo. Bueno, cada uno tiene sus malas costumbres, y las mías se podían alabar en comparación con las del representante. ¿Qué se puede decir, por ejemplo, de que mantuviera el sombrero en la rodilla, donde no paraba de moverlo lentamente, y de que se lo pusiera de un modo inesperado? Por supuesto que se lo volvió a quitar en seguida, como si hubiera sido un descuido, pero durante un instante lo había tenido sobre la cabeza. Y eso lo repitió una y otra vez, de rato en rato. Semejante conducta no se puede permitir. A mí no me molestó, yo iba de un lado a otro, sólo me ocupaba de mis asuntos, y no le miraba, pero puede haber personas a las que saquen de quicio esos juegos malabares con el sombrero. Por mi parte, cuando me empleo en algo con celo profesional, no sólo ignoro semejantes molestias, sino también a los presentes; por supuesto que me doy cuenta de lo que ocurre, pero, en cierta medida, no lo torno en consideración hasta que he terminado de hablar o hasta que escucho alguna objeción. Así, por ejemplo, noté que K no estaba muy receptivo; no cesaba de mover las manos con incomodidad sobre los brazos de la butaca; además, no me miraba a mí, sino que dirigía su mirada errática al vacío y su rostro parecía tan ausente como si ni un sonido de mi discurso, sí, ni siquiera un sentimiento de mi presencia pudiese penetrar en él. Yo

observaba todo este comportamiento enfermizo, tan poco esperanzador, pero seguía hablando con la intención de conseguir, al final, con la ayuda de mis palabras y de mis ofertas ventajosas —quedé horrorizado de las concesiones que estaba haciendo, y que nadie reclamaba— que la situación se equilibrase. Tuve cierta satisfacción al contemplar fugazmente que el representante había dejado quieto el sombrero y cruzaba los brazos sobre el pecho. Mi exposición, que en parte iba dirigida a él, parecía trastornar todos sus planes. Y tal vez hubiera seguido hablando un buen rato más, impulsado por el sentimiento placentero que me provocaba el efecto conseguido, si el hijo no se hubiera incorporado repentinamente en la cama y me hubiera callado con el puño alzado. Quería decir algo, señalar algo, pero no tuvo las fuerzas suficientes. Yo lo consideré en principio como un síntoma de delirio febril, pero cuando dirigí la mirada involuntariamente hacia el viejo K, lo comprendí mucho mejor.

K estaba sentado con los ojos abiertos, vidriosos, hinchados, parecía que sólo pudiera disponer de ellos ese instante, se inclinaba, tembloroso, hacia adelante, como si alguien le golpeara en la nuca; el labio inferior, más aún, la mandíbula inferior colgaba dejando ver las encías, su rostro aparecía desencajado. Aún respiraba, pero con dificultad, a continuación cayó contra el respaldo de la butaca, como liberado, cerró los ojos, la expresión

de un gran esfuerzo se reflejó en su rostro y todo había acabado. Salté hacia él con rapidez, cogí su mano sin vida, floja, fría, estremecedora; no tenía pulso. Bueno, había llegado su fin. Ciertamente, ya era un hombre viejo. Que nuestra muerte no sea más difícil

que la suya. ¡Pero cuántas cosas quedaban ahora por hacer! ¿Y qué podía ser lo primero? Miré a mi alrededor en busca de ayuda, pero el hijo se había tapado la cabeza con la manta, se podían oír sus sollozos infinitos; el representante, frío como una rana, estaba sentado rígidamente en el sillón, a dos pasos de K, y parecía decidido a no hacer nada que no fuese dejar pasar el tiempo; sólo quedaba yo, y tenía que hacer lo más difícil, comunicarle la noticia a la esposa de alguna manera soportable, es decir, de una manera que no existe en el mundo. Y ya oía los pasos que se acercaban con rapidez desde la habitación contigua.

Traía —ella aún llevaba puesto el traje de calle, no había tenido tiempo para cambiarse

— una camisa que había calentado en la calefacción para que se la pusiera su marido. «Se ha dormido» —dijo sonriendo y sacudiendo la cabeza cuando nos encontró tan silenciosos

—. Y con la infinita confianza del inocente tomó la misma mano que yo acababa de sostener con aversión y temor, la besó como si

se tratase de un pequeño juego matrimonial y —¡cómo debimos de mirarla!— K se movió, bostezó, se dejó que le pusieran la camisa, toleró con una expresión entre enojada e irónica los reproches de su mujer por el esfuerzo al dar un paseo tan largo y, para aclarar el haberse quedado dormido, adujo de forma extraña algo referente a cierto aburrimiento. Luego se echó un momento en la cama del hijo, para no enfriarse en el camino hacia otra habitación; la mujer acomodó su cabeza sobre dos cojines, cerca de los pies del hijo. En vista de lo ocurrido con anterioridad, nada me parecía extraño. Ahora pidió el periódico vespertino, lo tomó sin mostrar consideración alguna ante los presentes, lo hojeó y, mientras tanto, nos dijo, con sorprendente perspicacia, algunas palabras bastante desagradables relativas a nuestras ofertas, agitó las manos con una actitud de rechazo y, finalmente, chasqueó la lengua para quitarse el mal sabor de boca que le habían causado nuestras proposiciones comerciales. El representante no se pudo contener y realizó alguna observación inadecuada; creía, en un sentido bastante grosero, que, después de lo ocurrido, había que obtener alguna compensación, pero como él lo pretendía no había posibilidad alguna. Yo me despedí rápidamente, casi le estaba agradecido al representante: sin su presencia no hubiera tenido la fuerza de decisión para irme en ese momento.

En el recibidor me encontré de nuevo a la señora K. Al contemplar su aspecto infeliz me recordó a mi madre. Y como permaneció silenciosa, añadí:

—Se puede decir lo que se quiera, podía hacer milagros. Lo que rompíamos, lo volvía a reparar. Yo la perdí en mi infancia.

Había hablado con lentitud y de forma algo exagerada, pues suponía que la mujer era dura de oído. Pero era completamente sorda, pues preguntó al instante:

—¿Y el aspecto de mi marido?

Después de unas palabras de despedida noté que me confundía con el representante;

me hubiera gustado creer que sin esa confusión se habría mostrado más confiada.

A continuación bajé las escaleras. Bajarlas fue más pesado que subirlas, y ni siquiera esto había sido fácil. ¡Ay!, cuántos caminos comerciales hay que no llevan a ninguna

parte, y tenemos que seguir llevando la carga.

78. UN COMENTARIO[78]

Era muy temprano por la mañana, las calles estaban completamente vacías, yo me dirigía a la estación. Cuando comparé la hora de mi reloj con la del reloj de una torre, comprobé que era más tarde de lo que yo había creído. Tenía que darme mucha prisa, el susto que me dio el retraso hizo que quedara inseguro acerca del camino que debía tomar, no conocía muy bien la ciudad, afortunadamente había un policía cerca, corrí hacia él y le pregunté por el camino sin respiración. Él sonrió y dijo:

—¿De mí quieres saber el camino?

—Sí —dije—, pues no lo puedo encontrar.

—Renuncia, renuncia —dijo él, y se dio la vuelta con gran ímpetu, como la gente que quiere estar a solas con su risa.

79. DE LAS METÁFORAS[79]

Muchos se quejan de que las palabras de los sabios son sólo metáforas, inaplicables a la vida diaria, y sólo tenemos ésta. Cuando el sabio dice: «Ve hacia el otro lado», no pretende que se cruce la calle, lo que se podría hacer si mereciera la pena el camino, sino que más bien hace referencia a un más allá legendario, a algo que no conocemos y que él tampoco especifica, por lo que no nos puede ayudar nada en esta vida. Todas esas metáforas sólo quieren expresar que lo incomprendible es incomprendible, y eso ya lo sabemos. Pero las cosas de las que hay que ocuparse a diario son muy diferentes.

Sobre esto dijo uno:

—¿Por qué os ponéis a la defensiva? Si siguierais las metáforas, os convertiríais en metáforas y estaríais libres de todas las penalidades de la vida.

Otro dijo:

—Apuesto a que eso también es una metáfora. El primero dijo:

—Has ganado.

—Pero sólo de un modo metafórico. El primero dijo:

—No, en la realidad; metafóricamente, has perdido.

80. REGRESO AL HOGAR[80]...

He regresado, he atravesado el pasillo y miro a mi alrededor. Es el viejo patio de mi padre, con el charco en el centro. Viejos cacharros inservibles obstaculizan el camino hacia la escalera que sube al desván. El gato espía desde la barandilla. Un trapo roto liado a una barra ondea al viento. He llegado. ¿Quién me recibirá? ¿Quién espera detrás de la puerta de la cocina? Sale humo de la chimenea, están haciendo café. ¿Te sientes bien? ¿Te sientes en casa? No lo sé, estoy muy inseguro. Es la casa de mi padre, pero todas sus partes permanecen frías, como si cada una de ellas se ocupase de sus propios asuntos, que yo, en parte, he olvidado o que jamás he conocido. ¿En qué les puedo ser útil, qué soy de ellas, y de mi padre, yo, el hijo del viejo labrador? Y no me atrevo a llamar a la puerta de la cocina, sólo escucho desde lejos, sólo escucho desde lejos y de pie, y no porque me pudieran sorprender escuchando. Y debido a que escucho de lejos, no escucho nada, sólo las campanadas de un reloj o, tal vez, sólo imagino que las escucho, surgiendo de mi infancia. Lo que ocurre en la cocina es el

secreto de los que allí se sientan, y éstos lo guardan contra mí. Cuanto más tiempo se duda ante la puerta, más extraño se vuelve uno.

¿Qué pasaría si alguien abriera la puerta y me preguntara algo?
¿No aparecería yo acaso como alguien que quiere guardar su secreto?

81. LA GUARIDA[81]

He terminado la guarida y parece que ha quedado bien. Desde fuera sólo se puede ver un gran agujero, pero éste, en realidad, no conduce a ninguna parte; después de un par de metros se levanta una pared rocosa natural. No quiero preciarme de haber ideado esa artimaña, son los restos de uno de los muchos intentos de excavación frustrados. Tras meditar sobre ello, creí finalmente que sería ventajoso no tapar el agujero. Hay algunas artimañas tan finas que terminan matándose a sí mismas, eso lo sé mejor que nadie, y también resulta audaz llamar la atención con este agujero, pues se puede pensar que aquí hay algo digno de ser investigado. Pero no me conoce quien cree que soy cobarde y que mi obra es un producto de mi cobardía. A la distancia de unos mil pasos se encuentra, oculta por una capa de musgo que se levanta, la entrada de la guarida. Es tan segura, como puede haber algo

seguro en este mundo. Ciertamente, alguien puede pisar el musgo o empujarlo, entonces queda libre la entrada a mi guarida —si bien para esta labor son necesarias algunas capacidades no muy usuales—, y quien tenga ganas puede entrar y destruirlo todo. Eso lo sé muy bien y mi vida, en su mejor momento, apenas puede gozar de una hora de tranquilidad; allí, en aquella superficie de oscuro musgo, soy vulnerable, y en mis sueños aparece con frecuencia un hocico que no cesa de husmear con avidez en las proximidades. Se podría pensar que hubiera sido mejor tapar esa entrada con una capa ligera, pero lo suficientemente densa, de tierra, de tal modo que apenas me costara esfuerzo abrirme paso cada vez que quisiera salir. Sin embargo, esto no es posible, precisamente la precaución exige que disponga de una salida fácil en caso de emergencia; precisamente la precaución exige, por desgracia con tanta frecuencia, arriesgar la vida. Todo esto es producto de complicados cálculos, y la alegría que encuentra en ellos un intelecto sagaz constituye a veces el único motivo para seguir calculando. Necesito tener la oportunidad de escapar, ¿acaso no me pueden atacar, no obstante mi actitud vigilante, desde alguna dirección inesperada? Yo vivo en paz en el interior de mi guarida y, mientras tanto, el enemigo horada lentamente y en silencio desde algún lugar para llegar hasta donde estoy; no quiero decir con esto que disponga de mejor olfato que el mío; es muy posible que sepa tan poco de mí como yo de él, pero hay

ladrones apasionados, que horadan ciegamente la tierra y, a causa de la tremenda extensión de mi guarida, albergan la esperanza de topár en algún momento con uno de mis caminos; ciertamente, yo tengo la ventaja de estar en mi casa, de conocer todos los caminos y direcciones, los ladrones se pueden convertir fácilmente en mis víctimas y, además, de un dulce sabor, pero me hago viejo, hay muchos que son más fuertes que yo y tengo innumerables enemigos. Podría ocurrir que huyera de uno de ellos y cayera en las garras de otro, pero ¿qué no podría pasar? En todo caso, necesito tener la seguridad de que en algún sitio hay una salida no muy distante y completamente abierta, en la que no tenga que hacer nada para poder salir, y en la que, mientras excavo, aunque sólo sea en una capa ligera de tierra, no tenga que sentir de repente —Dios me guarde de ello— los dientes de mi perseguidor en el muslo. Y no son sólo los enemigos exteriores los que me amenazan, también los hay interiores. Aún no he podido ver a ninguno, pero las leyendas hablan de ellos y yo creo firmemente en su existencia. Son seres que viven en las profundidades de la tierra, ni siquiera las leyendas los pueden describir, ni siquiera sus víctimas los pueden ver; llegan de improviso, se escucha el escarbar de sus garras en la tierra y ya todo está perdido. Aquí no tiene validez eso de que uno se encuentra en su casa, más bien se está en la casa de ellos. De esos seres no me salva ni la salida de la que hablo, aunque esa

salida probablemente no me salve de ningún modo, más bien me pierda, pero a fin y al cabo es una esperanza y no puedo vivir sin ella.

Aparte del camino grande, también hay caminos mucho más estrechos, poco peligrosos, que me comunican con el mundo exterior, además me procuran un aire respirable, han sido excavados por los ratones de campo, y yo los he utilizado para mi guarida; me ofrecen también la posibilidad de olfatear, contribuyendo así a mi protección. Son frecuentados por una gran variedad de pequeños animales que yo devoro, por lo que dispongo de un buen botín de caza para sobrevivir sin salir de mi guarida; eso es, naturalmente, de un gran valor.

Lo más hermoso de mi guarida es, sin embargo, el silencio. Ciertamente, resulta engañoso, de repente queda interrumpido y todo se ha acabado, pero por el momento está aquí, me puedo deslizar por mis túneles durante horas y sólo oigo el crujido de algún animal pequeño, al que silencio poco tiempo después, en cuanto lo tengo entre los dientes, o el ruido de tierra al caer, que me avisa de la necesidad de emprender alguna mejora, aparte de eso, sólo el silencio. El aire del bosque penetra en el interior, es al mismo tiempo templado y fresco, a veces me estiro y doy vueltas de

placer. Qué bello es tener una guarida así cuando se acerca la vejez, contar con un techo cuando llega el otoño.

Cada cien metros he ampliado los corredores y los he convertido en pequeñas plazas o recintos, ahí puedo estirarme a mi gusto, calentarme y descansar. Allí duermo dulcemente y en paz, mis sueños reflejan el fin de la ansiedad, la tranquilidad del objetivo logrado: la posesión de una casa. No sé si es una costumbre de otros tiempos o si los peligros de esta casa son aún lo suficientemente fuertes como para despertarme, el caso es que de cuando en cuando me despierto aterrorizado de un sueño profundo y me pongo a escuchar, escucho en el silencio que aquí reina inmutable noche y día, luego sonrío tranquilo y, con los miembros relajados, me sumo en un sueño aún más profundo. Pobres vagabundos, sin casa, por esos caminos, en el mejor de los casos acurrucados en un montón de hojas o junto a sus compañeros para darse calor, expuestos a la intemperie. Y yo reposo aquí, en un lugar protegido —de estos lugares hay más de cincuenta en mi guarida—, donde elijo las horas que pasaré entre el letargo y el sueño profundo.

El recinto principal está situado casi en el centro de la guarida, lo decidí así en consideración al máximo peligro, que no es una

persecución, sino un sitio. Mientras el resto de la obra es fruto, tal vez, del trabajo intelectual más intenso, este recinto-fortaleza es el resultado del trabajo corporal más pesado. Más de una vez quise abandonarlo todo por la desesperación que me provocaba el terrible cansancio físico, me echaba de espaldas en el suelo y maldecía la obra, luego me arrastraba hacia afuera, dejaba el camino abierto, pues no tenía la intención de regresar, hasta que después de unas horas o algunos días volvía arrepentido.

Entonces podría haber entonado cánticos de agradecimiento al

comprobar que la obra estaba indemne, e iniciaba de nuevo con alegría el trabajo interrumpido. El trabajo en el recinto fortificado comprendía, por añadidura, dificultades inútiles, inútiles en el sentido de que la guarida no sacaba provecho de esa labor complementaria, pues precisamente en el lugar en que, según el plan previsto, tendría que situarse la plaza fortificada, la tierra estaba bastante suelta, era arenosa, así que me veía obligado a desprenderla para ir formando el recinto. Para un trabajo como ése sólo disponía de mi frente, así que la froté contra la tierra millones de veces, durante días y noches, y fui feliz cuando comencé a sangrar, pues eso quería decir que la pared comenzaba a endurecerse. De esta manera, como quizá se me reconocerá, me gané con creces mi plaza fortificada.

En este recinto almaceno mis reservas, todo lo que cazo dentro de la guarida y excede de mis necesidades apremiantes, así como todo lo que logro cazar en el exterior y traigo a casa. El recinto es tan grande que las reservas para medio año no lo llenan del todo. Por esta causa las puedo esparcir, andar entre ellas, jugar con ellas, alegrarme al oler sus distintos aromas, y mantener una visión general de todo lo que poseo. También puedo reorganizar mis reservas y hacer planes y cálculos previos sobre mis necesidades cinegéticas en las estaciones futuras. Hay periodos en que estoy tan bien abastecido que, por indiferencia ante la comida, ni siquiera toco las pequeñas criaturas que deambulan por aquí, lo que, por otros motivos, no deja de ser imprudente. El ocuparme con frecuencia de las medidas defensivas trae consigo que mis ideas acerca de la utilización de la guarida en este sentido cambien o evolucionen, aunque no de un modo esencial. A veces me parece peligroso basar toda la defensa en el recinto fortificado. La variedad que caracteriza mi guarida me ofrece una gran gama de posibilidades, así, me parece precavido distribuir las reservas por los pequeños recintos, por ejemplo escojo como almacén uno de cada tres pequeños recintos o un almacén principal cada cuatro de ellos y uno accesorio cada dos. También puedo, con miras estratégicas, descartar determinados caminos de la acumulación de reservas o elegir sin método, conforme a la situación respecto a la salida principal, algunos pocos recintos. Cada nuevo plan requiere, sin embargo, un pesado trabajo de

arrastre. Tengo que realizar nuevos cálculos y luego transporto las reservas de un sitio a otro. No obstante, lo puedo hacer con tranquilidad, sin prisas, tampoco es tan malo llevar las cosas buenas en el hocico, dejarlas descansar donde uno quiere, probar algo de lo que a uno le gusta. Peor es cuando a veces, sobre todo cuando me despierto asustado por la noche, me parece que el reparto está mal hecho, que puede resultar peligroso y que hay que reorganizarlo todo en seguida, sin cuidarse del cansancio ni del sueño. Entonces me doy prisa, vuelo, ya no tengo tiempo para cálculos, ni un plan exacto para ejecutar, cojo cualquier cosa que pasa ante mis dientes, arrastro, llevo, suspiro, bostezo, tropiezo, y me basta con cualquier cambio del estado presente, que me parece tan peligroso. Hasta que paulatinamente, al despertarme del todo, llega la sobriedad, apenas comprendo las prisas, respiro profundamente la paz que reina en mi casa, y que yo he perturbado, regreso al lugar en el que reposo, me duermo en seguida por el cansancio que me sobreviene y despierto con una rata colgándome de la boca como prueba del trabajo nocturno, que ahora aparece como una actividad onírica. Luego hay periodos de tiempo en los que me parece que lo mejor es acumular todas las reservas en el mismo sitio. ¿En qué me podría ayudar la acumulación de reservas en los recintos pequeños? ¿Hasta qué punto se pueden acumular allí las provisiones? ¿No obstaculizarán el camino? ¿Me impedirán

defenderme o huir? Además, es tonto pero cierto, la confianza en uno mismo se deteriora si no se ven todas las provisiones acumuladas en un solo lugar, de tal modo que se pueda saber lo que se posee de un solo vistazo. ¿Acaso no se pueden perder provisiones con tanto reparto? No puedo estar continuamente galopando por todos los corredores para saber si cada cosa está realmente en su sitio. La idea fundamental de distribuir las reservas es correcta, pero sólo cuando se tienen varias estancias como el recinto fortificado. ¡Varios recintos! Muy bien, ¿y quién logra tener eso? En el plan general de mi guarida ya no tienen cabida. Además, tengo que reconocer que en esta imposibilidad se pone de manifiesto un error en la construcción de la guarida, del mismo modo en que hay un error allá donde sólo se posee un único ejemplar de cualquier cosa. Y también reconozco que durante la construcción de la guarida mi conciencia intuyó oscuramente, aunque con la suficiente claridad si hubiese tenido buena voluntad, la necesidad de varios recintos fortificados, pero no la seguí, me sentí demasiado débil para realizar un trabajo tan extenuante, más aún, me sentí demasiado débil como para ni siquiera figurarme lo indispensable de esa labor. De algún modo logré consolarme con sentimientos también oscuros, según los cuales aquello que no podía bastar, en mi caso, excepcionalmente, en virtud de la gracia, probablemente porque la providencia insistía en salvar mi frente, mi martillo apisonador, al final sí

sería suficiente. Bien, ahora tengo un recinto fortificado, pero han desaparecido los oscuros sentimientos de que bastaría. Sea como sea, me tengo que conformar; los pequeños recintos no pueden sustituir a los fortificados, así que cada vez que esa idea madura en mi interior, vuelvo a trasladar todo de los pequeños recintos a la plaza fortificada. Por algún tiempo me resulta un consuelo tener libres todos los recintos y los corredores, ver cómo se acumulan en el recinto fortificado grandes cantidades de carne, cuyo olor se esparce hasta los corredores periféricos. Cada uno de esos olores me encanta y soy capaz de distinguirlos con gran exactitud y a gran distancia. Luego suelen venir tiempos pacíficos, en los que voy desplazando lentamente el lugar en el que duermo desde el exterior hacia el interior, sumiéndome más y más en los olores, hasta que no lo soporto más y una noche irrumpo en el recinto fortificado, diezmo las existencias y me embriago con todo lo mejor que tengo, sin parar hasta llenarme del todo. Tiempos felices, pero también peligrosos. Quien supiera aprovechar la ocasión, podría destruirme sin ponerse en peligro. También aquí queda manifiesto el error de carecer de uno o dos recintos fortificados más, el almacenamiento de todo en un mismo lugar es lo que me seduce. Intento protegerme de varias maneras, el reparto de las reservas por los recintos pequeños es una de las medidas, pero, por desgracia, conduce, como otras medidas similares de renuncia, a una avidez aún mayor, y ésta, luego,

cambia arbitrariamente los planes de defensa en función de sus propios objetivos, atropellando a la razón.

Después de esos periodos de tiempo suelo revisar la guarida para reponerme y, una vez realizadas las mejoras necesarias, la abandono con más frecuencia, aunque por poco tiempo. El castigo de abandonarla por un periodo más largo me parece demasiado duro,

pero comprendo la necesidad de emprender de vez en cuando pequeñas excursiones. Hay cierta solemnidad cuando me aproximo a la boca de la guarida. En los tiempos de vida casera la evito, evito incluso el corredor que lleva hasta ella, tampoco es fácil andar por los pasillos periféricos, pues he ideado un auténtico laberinto; con este laberinto comienza mi guarida, al principio no albergué ni siquiera la esperanza de que quedara como lo había planeado. Comencé en una esquina como si fuera un juego, y así se apoderó de mí la alegría de trabajar y de construir el laberinto, que, en aquella época, me pareció la coronación de todas las guaridas, pero al que hoy considero, probablemente con más objetividad, como demasiado pequeño, como una chapuza indigna de mi obra. Tal vez, desde una perspectiva meramente teórica sea excelente —aquí está la entrada de mi casa, dije antaño irónicamente a mis enemigos invisibles y ya los veía a todos asfixiados en mi laberinto—, pero en realidad se trata de un

simulacro de paredes delgadas, incapaz de resistir el primer ataque o de frenar a un enemigo que lucha desesperadamente por su vida.

¿Acaso debería rehacer esta parte? Siempre aplazo la decisión y se quedará como está. Aparte del trabajo que supondría, podría resultar demasiado peligroso; cuando comencé la guarida podía trabajar relativamente tranquilo, el riesgo no era más grande que en cualquier otro sitio, ahora, sin embargo, significaría llamar la atención de todo el mundo hacia mi guarida, hoy ya no es posible. Casi me alegro, también siento cierto cariño por esta obra primeriza. Y si se produjera un gran ataque, ¿en qué podría contribuir a salvarme la entrada? La entrada puede engañar, desviar, atormentar al atacante, esto también lo hace en caso de necesidad. Pero un gran ataque tengo que intentar afrontarlo con todos los medios que me ofrece la guarida, así como con todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma, eso es evidente. Así que la entrada se quedará como está. La guarida tiene tantos puntos débiles condicionados por la naturaleza, que bien puede mantener éste, producto de mis manos. Aunque lo reconocí con retraso, ahora soy consciente de él. Con todo lo dicho no quiero sugerir que este error no me intranquilice de vez en cuando o continuamente. Cuando en mis habituales paseos evito esa parte de la guarida, se debe a que su vista me resulta desagradable, porque no quiero afrontar con la mirada un defecto de la guarida,

sobre todo cuando ese defecto no deja de remorderme la conciencia. Por mucho que permanezca el error sin subsanar, desde luego yo evitaré por todos los medios el verlo. Si voy en dirección a la salida, aunque esté separado de ella por corredores y recintos, tengo la sensación de peligro, me parece como si mi piel se hiciese más fina, como si me fuese a quedar en carne viva y como si, en ese instante, ya fuese saludado por los aullidos de mis enemigos. Seguro, esos sentimientos tan insanos son provocados por la propia salida, por el cese de la protección casera, pero también es la misma construcción la que me atormenta. A veces sueño que la he reconstruido, que la he transformado por completo, rápidamente, con fuerzas ciclópeas, en una noche, que nadie lo ha notado y ahora resulta inexpugnable; el sueño en que eso ocurre es para mí el más dulce de los sueños, lágrimas de alegría y de salvación brillan en mis bigotes cuando despierto.

También tengo que superar físicamente los defectos del laberinto al salir, y me es enojoso y enternecedor a un mismo tiempo cuando yo mismo me pierdo un instante en mi propia construcción y parece como si la obra se esforzase, aunque mi juicio sea ya inquebrantable, por demostrarme que su existencia está justificada. A continuación ya me encuentro bajo la capa de musgo, a la que dejo crecer —durante el crecimiento no me muevo

de casa— y confundirse con la vegetación del bosque, y entonces sólo es necesario un golpe con la cabeza y ya estoy en el exterior. Retraso la ejecución de este movimiento un buen rato, si no tuviera que superar otra vez el laberinto, no me atrevería a ejecutarlo y regresaría de inmediato. ¿Cómo? Tu casa está protegida, cerrada, vives en paz, caliente, bien alimentado, eres el amo, el único amo de corredores y recintos, y todo eso no lo quieres sacrificar, pero sí, en cierta medida, abandonar, aunque luego tienes la confianza de que volverás a recuperarlo, pero aun así osas meterte en un juego demasiado peligroso.

¿Hay algún motivo razonable para ello? No, para algo semejante no hay motivos razonables. Pero levanto con precaución la tapa y ya estoy fuera, luego la dejo caer y cazo tan rápido como puedo, lejos del lugar traicionero.

No obstante, no estoy lo que se dice al aire libre, es cierto que no me arrastro por los corredores, sino que cazo en el bosque y siento en mi cuerpo nuevas fuerzas para las que en la guarida no hay espacio, ni siquiera en el recinto fortificado, aunque fuera diez veces más grande. También la alimentación del exterior es mejor, aunque la caza sea más difícil, el éxito, parco, pero el resultado es de más valor en todos los sentidos; no niego nada de esto y por eso sé sentirlo y disfrutarlo, tanto como cualquier otro, aunque quizá mejor, pues yo no cazo como los vagabundos por

desesperación o por pura frivolidad, sino tranquilamente y con método. Tampoco se puede decir ni que esté destinado a la vida al aire libre ni a su merced, sé que mi tiempo está contado, que no puedo cazar sin límite en el exterior y que alguien me invitará, en cierta medida cuando yo quiera y esté cansado de esta vida, y no podré resistirme a su invitación. Y así puedo disfrutar sin preocuparme del tiempo aquí, o más bien podría hacerlo y, sin embargo, no puedo. Me preocupo demasiado por la guarida. Salí con rapidez de ella, pero regreso pronto. Busco un buen escondite y acecho cerca de la entrada de mi casa —esta vez desde el exterior—, así varias noches. Se podría decir que es una tontería, pero a mí me divierte un horror, más aún, me tranquiliza. Me parece como si no estuviera ante mi casa, sino ante mí mismo mientras duermo, y como si tuviera la suerte de dormir profundamente y vigilarme con atención, todo al mismo tiempo. Soy extraordinario en ver a los fantasmas de la noche en el desvalimiento y en la confianza ciega del sueño, aunque también poseo la virtud de encontrármelos simultáneamente en la realidad con toda la fuerza de la vigilia y con tranquila capacidad de juicio. Y entonces pienso que no me va tan mal como creía y como probablemente creeré cuando baje a mi casa. En este sentido — aunque también en otros, pero en éste especialmente— estas excursiones son imprescindibles. Cierto, por más que elegí un lugar apartado para la entrada —el plan general de la obra me imponía determinados límites—, el tráfico que se puede observar, por

ejemplo si las observaciones se prolongan durante una semana, es muy grande, pero tal vez sea así en todas las zonas habitadas, y es probable que sea mejor quedar expuesto a un tráfico denso que, debido a su volumen, se obliga a continuar el camino, que quedar expuesto, en plena soledad, al primer intruso que mejor ha buscado y más tiempo se ha tomado. Aquí hay muchos enemigos y aún más ayudantes de enemigos, pero se combaten mutuamente y cazan en las inmediaciones de la guarida aunque, ocupados como están, no reparan en ella. No he visto nunca a nadie husmear ante la entrada, por suerte para mí y para él, pues con toda seguridad, ofuscado por el miedo a que descubriera mi guarida, me hubiera lanzado a su cuello. También vino un grupo, cuya proximidad evitaba, y del que huía con sólo sospechar su presencia, aunque fuese lejana, así que no podría decir nada seguro acerca de su comportamiento frente a la guarida, pero bastó para mi tranquilidad que al regresar ya no se encontraba allí ninguno de ellos y la entrada estaba intacta. Hubo tiempos felices en los que casi llegué a convencerme de que la hostilidad del mundo contra mí había cesado o había remitido o, tal vez, que el poder de la guarida me elevaba por encima de la lucha de aniquilación que siempre tiene lugar. Es posible que la guarida proteja más de lo que había pensado o de lo que me atrevo a pensar en el interior. Este sentimiento de seguridad fue tan lejos que alguna vez tuve el deseo infantil de no regresar

nunca más a la guarida, sino buscarme algún lugar en las cercanías y pasar el tiempo allí, dedicándome a observar la entrada, sin apartar la mirada de ella, y siendo feliz al pensar la seguridad que me ofrecería la guarida si estuviera en el interior. Pero también hay un miedo surgido de pesadillas infantiles.

¿Qué tipo de seguridad es la que observo? ¿Puedo acaso valorar el peligro que me acecha en el interior según las experiencias que hago en el exterior? ¿Olfatean mis enemigos que no estoy dentro? Tienen que percibir algunos de mis olores, aunque no mi olor completo.

¿No es acaso la existencia del olor completo la premisa del peligro normal? Pollo tanto, sólo realizo experimentos a medias, adecuados para tranquilizarme y, a causa de la falsa tranquilidad que transmiten, para ponerme en el máximo peligro. No, no observo, como creía, mi sueño, más bien soy yo el que duerme mientras el depravado vela. Tal vez es uno de esos que pasan de largo por la entrada de la guarida sin notar nada, se aseguran, como yo, de que la puerta está intacta y espera su ataque, y sólo pasan de largo porque saben que el amo de la casa no está en el interior o, tal vez, porque saben que él, inocente, espía detrás de los matorrales. Y abandono mi puesto de observación harto de la vida al aire libre, me parece como si no pudiera aprender nada más, ni ahora ni más tarde. Y tengo ganas de despedirme de todo lo que me rodea, bajar a mi guarida y no volver jamás, dejar que

las cosas sigan su curso y no intentar detenerlas con observaciones inútiles. Pero, acostumbrado a ver todo lo que ocurría ante la entrada, me resulta muy difícil ejecutar las difíciles maniobras de descenso, sin saber qué ocurrirá a mis espaldas y detrás de la tapa ajustada. Al principio lo intento en noches tormentosas, arrojando rápidamente presas al exterior, y parece funcionar, pero si realmente funciona sólo se puede comprobar si soy yo el que sube, pero entonces no seré yo el que lo compruebe, para eso sería demasiado tarde. Así que lo dejo. Excavo, naturalmente a una distancia prudencial de la salida, un agujero experimental, no es más largo que yo y lo tapo, asimismo, con una capa de musgo. Me acurruco allí dentro y vuelvo a cubrir la entrada. Espero periodos de tiempo más cortos o más largos, cuidadosamente calculados, a distintas horas del día, luego salgo y registro mis observaciones. Tengo las experiencias más diversas, buenas y malas, pero no encuentro ninguna ley general o método infalible de bajar. Por esta causa me siento feliz de no haber bajado por la entrada real y dudo mucho de hacerlo en un futuro próximo. No estoy muy lejos de tomar la decisión de alejarme, de volver a emprender mi antigua vida

desesperanzada, sin ninguna seguridad, que sólo era una indistinguible concatenación de peligros y que, por este mismo motivo, no temía ni veía el peligro aislado. Ahora, sin embargo, la comparación entre la vida segura en la guarida y la otra vida me

enseña a percibirlo. Ciertamente, una decisión semejante sería una completa necesidad, surgida de vivir demasiado tiempo en una libertad carente de sentido; aún me pertenece la guarida, sólo tengo que dar un paso y ya estoy seguro. Y dejo atrás todas las dudas, salgo corriendo a plena luz del día hacia la puerta, decidido a abrirla, pero no puedo, la arrollo y me arrojo intencionadamente en un zarzal para castigarme, para castigarme por una culpa que no conozco. Pues al final tengo que reconocer que tengo razón, que realmente es imposible bajar sin renunciar, al menos por un instante, a todo lo que me es más querido, al suelo, los árboles, el aire. Y el peligro no es imaginario, sino muy real. No tiene por qué ser un enemigo, en el que despierto el placer de perseguirme, puede ser cualquier inocente, cualquier ser repugnante que me sigue por curiosidad y, sin saberlo, se convierte en el líder del mundo contra mí, tampoco tiene que ser eso, tal vez sí —y eso no es mejor que lo otro, en cierto sentido es lo peor—, tal vez es alguien parecido a mí, un conocedor y apreciador de las guaridas, un hermano del bosque, un amante de la paz, pero un granuja asilvestrado que quiere vivir sin construir. Si viniese, si descubriese con su sucia codicia la entrada, si intentase levantar la capa de musgo, si lo consiguiese, si penetrase con agilidad y su trasero fuese lo único que destacase un instante desde el exterior, si ocurriese todo eso, entonces me abalanzaría frenético sobre él, libre de cualquier escrúpulo, y lo mordería, desgarraría, destrozaría, me bebería toda su sangre y

rellenaría su cadáver con otras presas, pero ante todo sería la causa principal de que volviera a admirar mi laberinto, taparía la entrada con la capa de musgo y descansaría, creo que el resto de mi vida. Pero no viene nadie y dependo de mí mismo. Ocupado en las dificultades del problema, pierdo mucho de mi miedo, ya no evito la entrada, ni siquiera desde el exterior, dar vueltas a su alrededor se convierte en mi ocupación favorita, es como si yo fuera el enemigo y esperase la oportunidad para irrumpir con éxito. Si tuviera a alguien en quien confiar, al que pudiera situar en mi puesto de observación, entonces podría bajar confiado. Acordaría con él que observara con precisión y durante un buen tiempo la entrada después de que yo hubiera bajado, en caso de peligro tendría que golpear la tapa de musgo, nada más. Entonces ya no habría de qué preocuparse, no quedaría ni un resto de preocupación, sólo mi hombre de confianza. Este hombre no reclamaría ninguna contraprestación, ni querría visitar la guarida; dejarle entrar voluntariamente en mi guarida me sería muy desagradable, la he construido para mí y no para visitantes; creo que no le dejaría entrar, ni siquiera a cambio de que él me permita penetrar en mi guarida, no, ni así le dejaría. Pero tampoco podría dejarle entrar, pues o tendría que dejarle que entrara solo, y eso queda fuera de toda imaginación, o tendríamos que bajar al mismo tiempo, en cuyo caso la ventaja que me proporciona, observar después de que yo haya entrado, desaparece. ¿Y qué ocurre con la confianza? ¿Puedo acaso confiar

en el que miro a los ojos cuando ya no le veo y nos separa la tapa de musgo? Es relativamente fácil confiar en alguien mientras se le está vigilando o, al menos, cuando se le puede vigilar, tal vez hasta sea posible confiar en alguien que está en la lejanía, pero, según creo, desde el interior de la guarida, es decir, desde otro mundo, es imposible confiar plenamente en alguien. Pero dudas semejantes no son necesarias, basta el pensamiento de que después de mi bajada las innumerables casualidades de la vida pueden impedir al hombre de confianza que cumpla su deber, y qué consecuencias incalculables puede tener para mí ese pequeño impedimento. No, si resumo todo, no me puedo quejar de que esté solo y de no tener a nadie en quien pueda confiar. Por eso no pierdo ninguna ventaja y, con toda probabilidad, me ahorro daños. Pero confiar sólo puedo hacerlo en mí mismo y en mi guarida. Eso tendría que haberlo pensado antes, así como haber tomado precauciones para el caso que me ocupa. Al principio de la construcción hubiese sido posible, al menos en parte. Tendría que haber dispuesto el primer corredor de tal manera que estuviera provisto de dos entradas, separadas por una distancia conveniente. Así podría, después de haber descendido por una de las entradas con las molestias inevitables, recorrer rápidamente la distancia hasta la segunda entrada, allí habría abierto un poco la tapa de musgo, construida con este fin, y habría intentado observar la situación durante unos días y

noches. Sólo así se podría haber hecho, no obstante dos entradas doblaban el peligro, pero esa objeción se podía rebatir fácilmente, pues una de ellas, pensada como puesto de observación, tendría que haber sido muy estrecha. Pero con esto me pierdo de nuevo en cavilaciones técnicas, empiezo a soñar otra vez en una guarida perfecta, eso me tranquiliza un poco; encantado, contemplo con los ojos cerrados distintas posibilidades, claras y menos claras, de rehacer la guarida para poder salir y entrar sin ser notado. Cuando pienso en ello valoro positivamente esa posibilidad, pero sólo como un avance técnico y no como una ventaja real, pues ese salir y entrar sin problemas, ¿qué sentido tiene? Indica intranquilidad, una deficiente autoestima, vicios, malas cualidades que empeoran si se considera la guarida real y la paz que de ella emana cuando se acepta como es. Bien, ahora me hallo fuera y busco una posibilidad para regresar, para ello serían muy deseables los dispositivos técnicos necesarios, aunque tal vez no tanto. ¿No supone infravalorar la guarida, cuando uno se ve atenazado por un miedo nervioso, el considerarla como una cueva en la que uno se puede esconder con gran seguridad? Ciertamente, también es esa cueva segura, o debería serlo, y si me imagino que estoy en peligro, entonces sólo deseo, con los dientes apretados y con toda la fuerza de mi voluntad, que la guarida no sea otra cosa que un agujero destinado a la salvación de mi vida y que cumpla ese cometido con la máxima perfección, el resto de los cometidos estoy dispuesto a ignorarlos. Pero las cosas suceden así, la

guarida, en realidad —y en el instante de peligro no se percibe esa realidad, aún en tiempos de bonanza hay que ganarse el acceso a ella—, ofrece mucha seguridad, pero no la suficiente; si cesaran por completo las cuitas alguna vez en su interior, habría otras, más orgullosas, complejas, con frecuencia reprimidas, y su efecto destructor sería el mismo que las cuitas que la vida exterior nos prepara. Si hubiese construido la guarida sólo como un seguro de vida, no me habría estafado, pero la relación entre el enorme trabajo y la seguridad real que ofrece, al menos en la medida en que yo lo siento y en la que puedo beneficiarme, sería desfavorable para mí. Es muy doloroso reconocerlo, pero tiene que ser así, sobre todo por la entrada, que ahora se resiste contra su constructor y dueño, sí, formalmente se rebela. ¡Pero la guarida no es un simple agujero salvador! Cuando estoy en el recinto fortificado, rodeado de las

reservas de carne, con el rostro vuelto hacia los diez corredores que de allí parten, cada uno de ellos, conforme a los planes, descendiendo o ascendiendo, rectos o sinuosos, ampliándose o estrechándose, y todos igual de vacíos y silenciosos, cada uno a su manera, conduciendo a otros recintos, también vacíos y silenciosos, entonces no pienso en la seguridad, entonces sé que ése es mi castillo, ganado al reacio suelo, arañando, mordiendo, pisando, golpeando, y es mi castillo, no pertenece a nadie más y es tan mío que aquí podría aceptar con toda

tranquilidad la herida mortal del enemigo, pues la sangre se derramaría aquí, en mi suelo, y no se perdería. ¿Y cuál es sino éste el sentido de las bellas horas que suelo pasar durmiendo pacíficamente o velando alegremente en estos corredores, que tan bien he dispuesto para estirarme a mis anchas, para rodar como en los tiempos infantiles, para soñar o dormir como un bendito? Y los pequeños recintos, todos tan familiares, que distingo con los ojos cerrados por la forma de las paredes, ellos me acogen con calidez y paz, como ningún nido acoge a un pájaro. Y todo silencioso y vacío.

Si es así, ¿por qué vacilo? ¿Por qué temo más al intruso que a la posibilidad de no volver a ver mi guarida? Bueno, esto último es, felizmente, una imposibilidad, no sería necesario aclararme a mí mismo lo que para mí significa la guarida, yo y la guarida formamos tal unidad que podría quedarme aquí con toda tranquilidad, con mi miedo, y no tendría que intentar dominarme para abrir la entrada contra todas las objeciones; bastaría con esperar inactivo, pues nada nos puede separar por mucho tiempo y en algún momento bajaré con toda certeza. Pero ¿cuánto tiempo puede pasar y qué puede ocurrir en ese tiempo, tanto aquí arriba como abajo? Y, sin embargo, depende sólo de mí reducir ese lapso de tiempo y hacer en seguida lo necesario.

Ahora, incapaz de pensar por el agotamiento, con la cabeza inclinada, piernas inseguras, medio dormido, vacilante, me acerco a la entrada, levanto el musgo, descendo lentamente, dejo por un tiempo demasiado largo la entrada sin cubrir, por pura distracción, recuerdo el descuido, vuelvo a subir, pero ¿para qué subir? Sólo rengo que correr la tapa de musgo, bien, vuelvo a bajar y, finalmente, coloco la tapa. Sólo en ese estado, exclusivamente en ese estado, puedo ejecutar todo el proceso. Así pues, permanezco bajo el musgo, sobre las presas que he traído, rodeado de carne y flujos sanguíneos, y puedo comenzar a dormir el sueño tan anhelado. Nada me perturba, nadie me ha seguido, al menos todo parece estar tranquilo por encima del musgo y aun cuando no estuviera tranquilo, creo que no podría realizar observación alguna, he cambiado de lugar, he descendido del mundo superior a mi guarida y noto en seguida el efecto. Es un nuevo mundo que da nuevas fuerzas y lo que arriba es cansancio, aquí no se siente como tal. He regresado de un viaje, desmayado de cansancio por las penalidades, pero el ver de nuevo mi vieja vivienda, los trabajos de mejora que me esperan, la necesidad de visitar rápidamente todos los recintos, al menos superficialmente, pero sobre todo penetrar cuanto antes en el recinto fortificado, todo eso convierte mi cansancio en intranquilidad y vivacidad, es como si durante el instante en que entré en la guarida hubiese echado un sueño reparador. El primer trabajo es muy fatigoso y me tengo que dedicar a él plenamente: transportar el botín por los

estrechos corredores de paredes delgadas del laberinto. Lo presiono hacia adelante, y avanza, pero con excesiva lentitud; para ir más

deprisa desprendo un trozo de la masa de carne y subo por encima, la atravieso, ahora sólo me queda una parte delante, es más fácil arrastrarla, pero estoy incrustado de tal manera en el interior de la masa carnosa en el estrecho corredor que no me es fácil, aun estando solo, seguir adelante, podría asfixiarme en mis propias reservas, a veces sólo puedo disminuir la congestión comiendo y bebiendo. Pero logro concluir el transporte sin invertir mucho tiempo, el laberinto queda atrás, respiro con tranquilidad en un corredor normal, llevo el botín por un túnel de conexión hacia uno de los corredores principales, dispuesto para este cometido, pues conduce por una pendiente pronunciada hasta el recinto fortificado. Ahora ya no queda más trabajo, todo rueda y fluye por sí solo. ¡Al fin en mi recinto fortificado! Al fin podré descansar. Nada ha cambiado, no parece haber sucedido ninguna desgracia, los pequeños daños que noto a primera vista los repararé en poco tiempo. Aún queda el largo paseo por los corredores, pero eso ya no es ningún esfuerzo, eso es una conversación con amigos, como en los viejos tiempos —no soy tan viejo, pero para determinadas cosas el recuerdo se oscurece por completo—, como en los viejos tiempos o como he oído que se solía hacer en los viejos tiempos. Comienzo ahora con el segundo

corredor, lentamente; después de haber visto el recinto fortificado, tengo todo el tiempo del mundo, pues todo lo que hago es bueno e importante, en cierta manera me deja satisfecho. Comienzo con el segundo corredor, e interrumpo la revisión a la mitad, me dirijo hacia el tercer corredor y desde allí hacia el recinto fortificado, entonces tengo que comenzar de nuevo por el segundo corredor, así juego con el trabajo y lo aumento, me río de mí mismo y estoy contento. Aunque me confundo con tanto trabajo, no lo dejo. He venido por vosotros, corredores y recintos, y sobre todo por ti, plaza fuerte; no he tenido mi vida en nada después de haber cometido la tontería de temblar por ella tan largo tiempo y de haber retrasado mi vuelta. Qué me preocupa el peligro, ahora que estoy con vosotros. Vosotros me pertenecéis, y yo a vosotros, estamos unidos, ¿qué nos puede ocurrir? Ya se pueden preparar allá arriba y tener dispuestos los hocicos para retirar el musgo. Y la guarida me saluda con su silencio y su vacío, corroborando todo lo que digo.

Ahora me invade cierta lasitud, me acurruco en uno de mis lugares favoritos, aún no he terminado de inspeccionarlo todo, pero lo haré después, no quiero dormir, sólo caigo en la tentación de quedarme aquí como si quisiera dormir, para ver si se puede hacer tan bien como antes. Funciona, pero no logro salir, me duermo profundamente. He dormido mucho tiempo, me despierto en el

último sueño, mientras ya se desvanecía, debía de haber sido muy ligero, pues un zumbido apenas audible es lo que me ha despertado. Lo comprendo de inmediato, los animalillos, los he tomado muy poco en cuenta, los he respetado demasiado, en mi ausencia han debido de excavar un camino nuevo, éste ha conducido a uno de los antiguos, el aire se encajona allí y produce ese zumbido. Qué especie más activa es ésta y qué desagradable es su carne. Tendré que localizar el origen de la perturbación escuchando en las paredes de mi corredor y realizando excavaciones de prueba, sólo así podré eliminar el ruido. Por lo demás, las nuevas excavaciones, si realmente corresponden a las proporciones de la guarida, pueden utilizarse como nuevos canales de ventilación. Pero de los pequeños, de ellos me ocuparé mejor de lo que lo he hecho hasta ahora, no habrá cuartel.

Como tengo mucha práctica en esas investigaciones, no me llevará mucho tiempo y puedo comenzar de inmediato; hay otros trabajos pendientes, pero éste tiene prioridad, en mis corredores tiene que reinar el silencio. Ese ruido es relativamente inocente; ni siquiera lo oí cuando llegué, aunque ya existía con anterioridad. Tenía que haberme acostumbrado a la casa para oírlo, en cierta medida sólo es audible para el propietario que realmente ejerce su oficio. Ni siquiera es continuo, como suelen ser los ruidos, tiene largas pausas, eso se debe a acumulaciones de la corriente de

aire. Comienzo la investigación, pero me es imposible encontrar el lugar en que debo intervenir. No obstante, realizo algunas excavaciones, pero no al azar, así no resultaría nada, y todo el trabajo de excavar y el mucho más pesado de volver a rellenar sería en vano. No logro aproximarme al origen del ruido, siempre suena invariablemente claro y con pausas regulares, a veces como un zumbido, otras más bien como un silbido. Podría dejarlo por ahora, resulta muy molesto, pero su origen es cierto, así que no aumentará, todo lo contrario, puede ocurrir —hasta ahora no he esperado tanto— que esos ruidos terminen por desaparecer a causa del trabajo de los pequeños excavadores; al margen de esta posibilidad, con frecuencia una casualidad me pone en la pista de la perturbación, mientras una búsqueda sistemática fracasa durante largo tiempo. Así me consuelo y prefiero seguir deslizándome por los corredores y visitar los recintos, de los que hay muchos que no he visto desde hace mucho tiempo y, de vez en cuando, jugar en el recinto fortificado, pero no me deja, tengo que seguir buscando. Mucho tiempo, demasiado tiempo, que podría ser empleado en algo mejor, me cuesta la incesante actividad de los animalillos. En ocasiones semejantes es el problema técnico el que me tienta; me imagino, por ejemplo, el origen del ruido, que mi oído tiene la práctica de distinguir en todos sus matices, con toda exactitud, como si lo registrara, y luego intento examinar si la realidad corresponde a mi idea. Y con un buen motivo, pues mientras no exista una verificación, no me

puedo sentir seguro, ni siquiera cuando sólo se tratase de saber hacia dónde rodará un grano de arena caído de la pared. Y un ruido semejante no es, desde esta perspectiva, ningún asunto banal. Pero importante o no, por más que busco no encuentro nada, o, mejor dicho, encuentro demasiado. Precisamente tenía que ocurrir en mi sitio favorito, pienso, vete lejos de ahí, hasta la mitad del camino hacia el próximo recinto, todo no es más que una broma, como si quisiera demostrar que no sólo mi sitio favorito es el que me ha preparado esa molestia, sino que hay otras perturbaciones en otros sitios, y comienzo a escuchar sonriendo, pero dejo de reírme en seguida, pues, es verdad, aquí también se oye el zumbido. No es nada, a veces creo que nadie excepto yo lo oiría, yo lo oigo cada vez con más claridad gracias a mi oído sensibilizado por la práctica, pero en realidad se trata del mismo ruido, de lo que me puedo convencer comparándolo en distintos sitios. Tampoco se vuelve más fuerte cuando lo oigo en medio del corredor, sin pegar el oído a la pared. Así, más que oírlo, puedo adivinarlo, y sólo concentrándome, como si fuera el hálito de un sonido. Pero precisamente ese mantenerse igual en todas partes es lo que más me molesta, pues no coincide con mi primera suposición. Si hubiera adivinado correctamente el origen del ruido, debería oírse mucho más fuerte en un lugar determinado, que hubiese sido fácil de encontrar, y a partir de ese sitio tendría que haberse ido debilitando. Pero si esa

explicación no era correcta, ¿de qué se trataba? Existía la posibilidad de que hubiera dos focos del ruido, y que yo hubiera estado escuchando lejos de ambos, y que cuando me acercaba a uno, el ruido aumentase, pero como consecuencia de la disminución del otro, el resultado general fuese idéntico para mi oído. Casi creía percibir, cuando escuchaba con atención, diferencias en el ruido, que correspondían a esta última suposición, pero eran muy imprecisas. En todo caso tenía que ampliar mucho más el campo de experimentación. Así pues, descendiendo por el corredor hasta el recinto fortificado y comienzo a escuchar. Extraño, el mismo ruido allí. Bien, se trata de un ruido producido por animales insignificantes que se han aprovechado de mi ausencia de una manera infame, está claro que no guardan ninguna intención oculta contra mí, sólo están ocupados en su obra y mientras no encuentren un obstáculo en su camino mantienen la dirección tomada; todo eso lo sé y, sin embargo, me resulta incomprensible, me irrita y confunde, ofusca la inteligencia necesaria para trabajar que hayan osado llegar hasta el recinto fortificado. No quiero distinguir a este respecto: ya fuese la singular profundidad en la que está situado el recinto fortificado, ya fuese la gran extensión y la correspondiente fuerte corriente de aire, las que espantaron a los excavadores, o simplemente el hecho de que el recinto fortificado, la solemnidad del lugar, había penetrado, por cualquier noticia, en sus romos sentidos, el caso es que jamás había constatado excavaciones en las paredes de la

plaza fortificada. Hubo animales que llegaron hasta aquí, atraídos por las fuertes emanaciones de la carroña, aquí es donde estaba mi mejor puesto de caza, pero se habían abierto camino hasta los corredores desde arriba y llegaban, si bien intimidados, fuertemente atraídos, por los mismos corredores. Pero ahora penetraban a través de las paredes. Si hubiera ejecutado al menos los planes más importantes de mi juventud y primera madurez o si hubiera tenido la fuerza necesaria para ejecutarlos, pues voluntad nunca había faltado. Uno de mis planes favoritos era desprender la tierra del recinto fortificado, es decir dejar las paredes con un espesor equivalente a mi altura, y después construir alrededor de la plaza, hasta un pequeño fundamento que por desgracia no se podía quitar, una cavidad con la misma dimensión que la pared. En esa cavidad me había imaginado siempre, y con algo de razón, el más bello lugar de descanso que podía haber. Pender de esa cavidad circular, salir hacia afuera, deslizarme hacia abajo, saltar y tener otra vez el suelo bajo los pies, jugar así en el ámbito del recinto fortificado y, sin embargo, no en el mismo espacio, sería un placer. Poder evitar el recinto fortificado, poder descansar la vista de él, poder aplazar hasta más tarde la alegría de verlo y, sin embargo, no tener que prescindir de él, sino mantenerlo bajo las garras, algo imposible cuando se tiene acceso a él del modo habitual; pero sobre todo poder vigilarlo, ser recompensado por la renuncia a contemplarlo hasta tal punto que, si se pudiera elegir entre permanecer en el recinto fortificado o en la cavidad, se

elegiría la cavidad para toda la vida, sin despreciar tampoco la posibilidad de correr por ella de un lado a otro para defender el recinto fortificado. Entonces no habría más ruidos en las paredes, ni excavaciones insolentes que llegasen hasta el recinto, entonces la paz quedaría garantizada y yo sería su guardián; no tendría que escuchar con repugnancia las excavaciones de esa ínfima especie, sino que oiría embelesado algo que ahora falta por completo: el susurro del silencio en el recinto fortificado. Pero no hay nada de toda esta

belleza, y yo me tengo que poner manos a la obra, casi tengo que alegrarme de que esa belleza esté en relación directa con el recinto, pues eso hace que me supere a mí mismo. Necesito todas mis fuerzas, como se pone cada vez más de manifiesto, para realizar ese trabajo, que, al principio, parece poco fatigoso. Ahora escucho en las paredes del recinto fortificado y allá donde escucho, arriba o abajo, en las paredes o en el suelo, en las entradas o en el interior, en todas partes oigo el mismo ruido, en todas. Y cuánto tiempo, cuánta tensión requiere prestar una atención continua a un ruido intermitente. Se puede encontrar un pequeño consuelo para engañarse a sí mismo en el hecho de que aquí, en el recinto, cuando se despega el oído del suelo, no se escucha nada, a diferencia de los corredores, debido a la amplitud del recinto. Sólo repito ese experimento para tranquilizarme, para volver en mí, escucho con esfuerzo y soy feliz de no oír nada. Pero,

en realidad, ¿qué ha ocurrido? Ante esta manifestación fracasan todas mis primeras explicaciones. Pero también me veo obligado a rechazar las explicaciones que se me ofrecen después. Se podría pensar que lo que oigo es esa ínfima especie mientras trabaja. Pero eso refutaría todas las experiencias; lo que nunca he escuchado, aunque siempre había existido, no puedo comenzar a escucharlo ahora de repente. Mi sensibilidad ante cualquier tipo de molestia en la guarida ha debido de aumentar con el paso de los años, pero mi capacidad auditiva desde luego no se ha afinado más. Si hubiera sido propio de esa especie ínfima que no se la oiga, entonces la hubiera tolerado; ante el peligro de morir de hambre la habría exterminado. Pero tal vez —también este pensamiento se desliza en mi mente— se trate de un animal que no conozco. Sería posible, aunque ya hace tiempo que observo cuidadosamente la vida aquí abajo; no obstante, el mundo es variado, y nunca faltan sorpresas desagradables. Pero no sería un solo animal, tendría que ser toda una manada de ellos que repentinamente ha irrumpido en mi guarida, una gran manada de animales pequeños, ya que son perfectamente audibles, algo más grandes que los de la otra especie, pero no superiores, pues el ruido que hacen al trabajar es bastante bajo. Podría tratarse, por consiguiente, de animales desconocidos, una manada que emigra, que sólo pasa de largo, molesta, pero cuya presencia terminará pronto. Así podría dedicarme a esperar y no tendría que realizar ningún trabajo superfluo. Pero si son animales extraños, ¿por qué

no logro verlos? Ya he realizado muchas excavaciones para atrapar a uno de ellos, pero no encuentro ninguno. Se me ocurre que tal vez son animales muy pequeños, mucho más pequeños que los conocidos hasta ahora, sólo que hacen más ruido que éstos. Así que me dedico a buscar en la tierra excavada, lanzo al aire los terrones, que caen desmenuzándose, pero los ruidosos no están entre ellos. Empiezo a comprobar que con esas excavaciones al azar no lograré nada, con eso sólo consigo hurgar en las paredes de mi guarida, escarbar aquí y allá a toda prisa, sin tiempo para tapar los agujeros, en algunos lugares se han formado montones de tierra que impiden el paso y obstaculizan la visión. Aunque todo eso no me molesta demasiado, no puedo ni pasear, ni mirar alrededor, ni descansar, con frecuencia me quedo dormido en un agujero mientras trabajo, con una de las patas incrustada en la tierra, de la que, somnoliento, intentaba desprender una parte. Tendré que cambiar de método. Abriré una gran cavidad en la dirección del ruido y no terminaré de excavar hasta que, independientemente de cualquier

teoría, encuentre su causa real. A continuación la eliminaré, si está en mi poder, y si no, al menos sabré de qué se trata. No obstante, el saberlo ni me tranquilizará ni me llevará a la desesperación, cualquiera que sea mi reacción, será legítima e indubitable. Esta decisión me hace bien, todo lo que he hecho hasta este momento me parece precipitado. Me he dejado sacar de mis cabales por

una manifestación, que, lo reconozco, es bastante extraña, y todo debido a la inquietud del regreso, a no estar libre todavía de las cuitas del mundo exterior, a no haberme adaptado aún a la paz de la guarida, en definitiva todo a causa de la hipersensibilidad provocada por haber tenido que prescindir de ella tanto tiempo. ¿Y entonces qué es? Un ligero zumbido, sólo audible después de largas pausas, un ruido ínfimo, al que uno, no lo debería decir, se podría acostumbrar, no, no me podría acostumbrar, digamos que, sin emprender algo en contra provisionalmente, se podría observar durante un periodo de tiempo, observar, es decir escuchar cada dos horas o así y registrar pacientemente los resultados, pero no, como yo hago, pegando el oído a las paredes y excavando cada vez que escucho un ruido, y no para encontrar nada, sino para hacer algo que corresponda a mi desasosiego interior. Esto va a cambiar, eso espero. Pero esta esperanza vuelve a desaparecer —cómo, aún furioso y con los ojos cerrados, me conozco a mí mismo—, pues la intranquilidad hierve en mi interior como hace horas y si mi sentido común no lo impidiera, me dedicaría a excavar con obstinación en cualquier lugar, con indiferencia de que allí se oyera algo o no, y sólo por el mero hecho de excavar, casi como lo hacen los animalillos, que o excavan sin sentido o por comer tierra. El nuevo plan, tan razonable, me tienta. No se le puede objetar nada, yo, al menos, no sé qué objetarle, así que, por lo que sé, debe lograr su objetivo. Y, sin embargo, no confío en él, confío tan poco en él que ni

siquiera temo los posibles sustos provocados por sus resultados, ni siquiera creo en un resultado terrible, me parece como si, desde que comenzó el ruido, hubiese pensado en una excavación consecuente, pero como no tengo ninguna confianza en llevarla a la práctica, aún no he comenzado. Sin embargo, es evidente que comenzaré la excavación, no me queda otra posibilidad, simplemente aplazaré algo el trabajo y, cuando recobre la plenitud de mis facultades mentales, entonces me pondré manos a la obra, no voy a precipitarme en este trabajo. En todo caso, antes repararé los daños que he causado a la guarida con mi labor de zapa, eso costará su tiempo, pero es necesario. Si la nueva excavación va a conducir a un objetivo, será larga, y si no conduce a ningún objetivo, será infinita, con toda seguridad esa labor significará una larga ausencia de la guarida, aunque no tan mala como permanecer en el mundo exterior, podré interrumpir el trabajo cuando quiera e irme a casa de visita y, aun cuando no lo haga, llegará hasta mí el olor del recinto fortificado, trabajaré rodeado de él; sin embargo, sí significará separarme de la guarida, abandonarla a un destino incierto, por eso la tengo que dejar en orden, y eso no quiere decir que yo, que lucho por su tranquilidad, la haya desordenado y no la haya querido arreglar. Así que comienzo a echar la tierra en los agujeros, un trabajo que conozco a la perfección, que he realizado incontables veces, tantas que lo he realizado inconscientemente, y que, en lo que se refiere al aplanamiento y acabado —no se trata de una

autoalabanza, es la pura verdad—, resulta insuperable. Esta vez, sin embargo, me va a ser difícil, estoy demasiado confuso, pego una y otra vez el oído

a la pared mientras trabajo, escucho y dejo, indiferente, que se caiga la tierra acabada de recoger. Soy incapaz de ejecutar los últimos trabajos de embellecimiento, que exigen una gran atención. Quedan feos hoyos, grietas desagradables, y para qué hablar de las paredes, que nunca podrán obtener su antigua elegancia de formas. Intento consolarme diciéndome que sólo es un trabajo temporal. Cuando regrese, cuando la paz vuelva a reinar, lo mejoraré todo, y lo haré al vuelo. Sí, en los cuentos todo se hace al vuelo y ese consuelo también pertenece a los cuentos. Mejor sería realizar ahora un trabajo perfecto, mucho más útil que interrumpirlo una y otra vez, que irme de paseo por los corredores y constatar nuevos focos de ruido. Esto es realmente muy fácil, basta con permanecer en un lugar cualquiera y escuchar. Y sigo realizando más descubrimientos inútiles. A veces me parece como si el ruido hubiese cesado, hace largas pausas, un siseo semejante se puede pasar por alto, la sangre late demasiado fuerte en el oído, entonces se unen dos pausas y durante un rato se cree que el siseo ha terminado. Ya no se oye más, uno se levanta, la vida experimenta un giro, es como si se abriera la fuente de la que mana el silencio de la guarida. Hay que guardarse mucho de constatar el descubrimiento, primero hay que buscar a alguien en

el que se pueda confiar sin fisuras, se galopa hasta el recinto fortificado, se recuerda, pues uno ha despertado a una nueva vida sin dejar de ser lo que era, que ha transcurrido mucho tiempo sin llevarse algo a la boca, se arranca algo de las reservas casi sepultadas en la tierra y se devora, mientras se regresa al lugar del increíble descubrimiento; primero uno se quiere convencer fugazmente, mientras come, del asunto, pero la escucha más efímera muestra en seguida que uno se ha equivocado lastimosamente, el zumbido continúa impertérrito en la lejanía. Y se devuelve la comida, y se quisiera aplastarla en el suelo y se vuelve al trabajo, aunque no se sabe a cuál, a algún lugar donde sea necesario y de esos lugares hay más que suficientes; mecánicamente se comienza a hacer algo, como si hubiera venido el inspector y hubiera que hacer comedia ante él. Pero apenas se está un rato trabajando así, puede ocurrir que se haga un nuevo descubrimiento. El ruido parece haberse vuelto más fuerte, parece acercarse; con mayor claridad con la que se escucha su aumento, se ve literalmente el paso con el que se aproxima. Uno se retira de la pared de un salto, se intenta abarcar de una ojeada todas las consecuencias que este descubrimiento puede traer consigo. Se tiene el sentimiento de que nunca se ha dispuesto la guarida para la defensa contra un ataque, se tuvo la intención, pero, contra toda experiencia existencial, el peligro de un ataque siempre parece remoto; así también se aplazan las medidas defensivas o, si el peligro no parece lejano —¡cómo sería posible!—, en la

jerarquía estas medidas han ocupado un rango inferior a las disposiciones para una vida pacífica, a las que se dio preferencia al construir la guarida. Se tendría que haber construido mucho en el ámbito defensivo, sin cambiar el plan general, pero este aspecto se ha desatendido de un modo incomprensible. He tenido mucha suerte en todos estos años, la suerte me ha mimado, aunque he estado inquieto; pero la inquietud inserta en la suerte no conduce a nada. Lo primero que habría que hacer ahora sería inspeccionar los sistemas defensivos de la guarida, así como pensar todas las posibilidades imaginables de mejorarlos, luego elaborar un plan defensivo y el correspondiente plan de obras y, por último, comenzar a trabajar en seguida, fresco como un joven. Ése sería el trabajo necesario, para el que, dicho sea de paso, ya es demasiado tarde, pero sería el trabajo necesario, y no la excavación de cualquier cavidad experimental que sólo tendría el objetivo de gastar todas mis fuerzas en la búsqueda del peligro, sin poseer defensa alguna, con el temor demencial de que no puede tardar en llegar. De repente ya no entiendo el plan anterior, no puedo encontrar nada razonable en él, aunque antes sí lo consideraba comprensible, una vez más abandono el trabajo y también mi labor de escucha, ya no quiero descubrir más aumentos del ruido, ya he hecho suficientes descubrimientos, lo dejo todo, estaría satisfecho si lograra calmar mi conflicto interior. Una vez más me dejo guiar por mis corredores hacia el exterior,

llego al más lejano, que aún no he visto desde mi regreso, mis patas excavadoras todavía no lo han tocado, su silencio despierta ante mi llegada y desciende sobre mí. Pero no me entrego a él, paso deprisa, no sé lo que busco, probablemente sólo concederme un plazo de tiempo. Me extravió hasta tal punto que aparezco en el laberinto, me tienta escuchar en la tapa de musgo, cosas lejanas, en ese momento son las que más me interesan. Logro llegar arriba y escucho. Silencio profundo; qué bello es estar aquí; nadie se preocupa de mi guarida, cada uno tiene sus ocupaciones, que no tienen nada que ver conmigo, ¿cómo lo he conseguido? Tal vez aquí, en la tapa de musgo, sea el único lugar en toda la guarida en el que puedo escuchar en vano durante horas. Una completa inversión de las circunstancias, el lugar de peligro se ha convertido en un lugar de paz, el recinto fortificado, sin embargo, ha sido arrebatado por el ruido del mundo y sus peligros. Aún peor, tampoco aquí hay una paz real, aquí no ha cambiado nada, ya sea silencioso o ruidoso, el peligro acecha sobre el musgo como antes, pero me he vuelto insensible frente a él, el siseo en las paredes me ha ocupado demasiado. Pero ¿en realidad me ha ocupado? Se torna más fuerte, se acerca, pero yo serpenteo por el laberinto y me quedo ahí, bajo el musgo, es como si abandonase la casa al zumbido, estaría satisfecho si pudiese encontrar aquí un poco de tranquilidad. ¿Y el siseador? ¿Tengo alguna opinión nueva y firme sobre el origen del ruido? ¿Acaso procede el ruido de los canales que excavan los animalillos? ¿No es ésta mi firme opinión?

Parece que no me he distanciado de ella. Y si no procede de los canales, de algún modo estará relacionado indirectamente con ellos. Y si no tiene nada que ver con ellos, entonces no se puede afirmar nada de antemano y hay que esperar hasta que se encuentre la causa real o ésta se muestre por sí sola. Ahora mismo se puede jugar, naturalmente, con todo tipo de suposiciones, se puede decir, por ejemplo, que en algún lugar lejano se ha producido un escape de agua y lo que a mí me parece un siseo o un zumbido en realidad sería un borboteo. Pero dejando aparte que en este ámbito no poseo la más mínima experiencia —el agua subterránea que encontré al principio la canalicé al instante y no volvió a aparecer en un suelo tan arenoso—, dejando aparte, pues, este ámbito, en realidad se trata de un siseo y no se puede convertir en un borboteo. Pero de qué sirven todas las advertencias para mantenerme tranquilo, si la fuerza de la imaginación no se quiere detener y empiezo a creer —no tiene sentido que me lo niegue a mí mismo— que el siseo procede de un animal y no de muchos y pequeños, sino de uno y muy grande. Hay algo que habla en contra: que el ruido se oye por todas partes y siempre con la misma fuerza, además con regularidad, noche y día. Ciertamente, al principio era razonable suponer que se trataba de muchos animales pequeños, pero, como tendría que haberlos descubierto en mis excavaciones, y no he descubierto nada, sólo queda la idea de la existencia de un animal grande,

sobre todo porque lo que parece desmentir esta idea no contribuye a considerar imposible su presencia, sino a hacerlo más peligroso de lo que la imaginación puede suponer. Sólo por esta causa me he defendido contra semejante idea. Me aparto de esa ilusión forjada por mí mismo. Hace tiempo que juego con el pensamiento de que se oye tan lejano porque se trata de un trabajo vertiginoso, excava tan rápido en la tierra como un paseante avanza por un camino al aire libre; la tierra tiembla alrededor de la cavidad, aun cuando ya ha pasado de largo, ese temblor posterior y el ruido del trabajo se unen en la lejanía y yo, que sólo oigo el eco del ruido, lo oigo igual en todas partes. Además, también influye que el animal no se dirige directamente hacia mí, por eso no cambia el ruido, más bien parece existir un plan, cuyo sentido no logro penetrar, supongo que el animal, con lo que no quiero decir que sepa de mí, me rodea, ya ha realizado varios círculos alrededor de mi guarida desde que lo observo. Y ahora el ruido se torna más fuerte, los círculos, por consiguiente, se estrechan. El tipo de ruido, ese siseo o zumbido, me da mucho que pensar. Cuando yo araño y excavo la tierra, suena completamente distinto. Sólo puedo explicarme el siseo si la principal herramienta del animal no son sus garras, con las que probablemente sólo se ayuda, sino su hocico o su trompa, que, aparte de su tremenda fuerza, pueden estar provistos de una parte afilada. Es probable que incruste la trompa en la tierra con un golpe poderoso y arranque un buen terrón, durante ese preciso

momento es cuando no oigo nada, ésa es la pausa, a continuación, sin embargo, penetra el aire en el momento de sacudir un nuevo golpe, y esa penetración del aire, cuyo ruido tiene que hacer temblar la tierra, no sólo por la fuerza del animal, sino también por su prisa, por su celo laboral, ése es el ruido que oigo como un ligero siseo. Lo que me parece completamente incomprensible es su capacidad de trabajar sin interrupción, tal vez las pequeñas pausas son suficientes para un breve descanso, pero lo que sí se puede decir es que aún no ha descansado un buen rato. Excava noche y día, siempre con la misma frescura y fuerza, con el plan que quiere ejecutar ante los ojos, consciente de que posee toda la capacidad que se requiere para llevarlo a un feliz término. Nunca hubiera podido esperar un enemigo semejante. Aparte de sus propiedades, ahora ocurre algo que yo tendría que haber temido siempre y contra lo que debería haber tomado medidas: alguien se acerca. ¿Cómo es posible que durante tanto tiempo todo transcurriese en paz y tranquilidad? ¿Quién ha guiado los pasos del enemigo para dar vueltas en torno a mis posesiones? ¿Por qué estuve tanto tiempo protegido y ahora me dan un susto así? ¡Qué pequeños fueron todos los peligros, con los que pasé el tiempo meditando, en comparación con éste! ¿Acaso albergué la esperanza de que como propietario de la guarida tendría poder sobre todo el que viniera? Precisamente como propietario de esta obra tan delicada me encuentro indefenso ante cualquier ataque serio. La felicidad de su posesión

me ha malcriado, la sensibilidad de la guarida me ha hecho sensible, sus heridas me duelen como si fueran mías. Esto es precisamente lo que debería haber previsto, y no pensar sólo en mi propia defensa —y con qué ligereza e irresolución lo he hecho—, sino en la defensa de la guarida. Se tendrían que haber tomado medidas para que determinadas partes de la guarida, el mayor número de

ellas posible, pudieran ser separadas, cuando fuesen atacadas, de las partes menos expuestas mediante derrumbes de tierra, que deberían ser causados en el más breve periodo de tiempo; las masas de tierra tendrían que ser lo suficientemente voluminosas para separar ambas partes con eficacia, de tal modo que el atacante no pudiera sospechar que detrás se encuentra la guarida propiamente dicha. Aún más, esos derrumbes de tierra no sólo han de ser indicados para ocultar la guarida, sino para enterrar al atacante. No he dado ni un paso para tomar medidas semejantes, no he hecho nada, absolutamente nada, he sido tan irresponsable como un niño, he pasado mis años de adulto con juegos infantiles, sólo he jugado con el pensamiento de los peligros que me podían acechar, he descuidado pensar de verdad en los peligros reales. Y no han faltado advertencias. Algo, sin embargo, similar a lo que sucede ahora, no ha sucedido nunca, pero sí algo similar en los comienzos de la guarida. La diferencia principal es que eran los comienzos de la guarida. En aquel

entonces trabajaba como un aprendiz en el primer corredor, el laberinto sólo estaba bosquejado, ya había formado un pequeño recinto, aunque tanto en sus dimensiones como en el tratamiento de la pared resultaba muy defectuoso, en suma todo estaba tan al inicio que sólo se podía considerar un experimento, como algo que se podía abandonar sin lamentarlo demasiado si se acababa la paciencia. Por aquellos días ocurrió que, de repente, en la pausa laboral —a lo largo de mi vida he tomado siempre demasiadas pausas laborales—, cuando yacía entre varios montones de tierra, oí un ruido en la lejanía. Joven como era, tuve más curiosidad que miedo. Dejé el trabajo y me dediqué a escuchar, seguí escuchando y no subí al musgo por no dejar de escuchar. Al menos me dedicaba a escuchar. Podía distinguir perfectamente que se trataba de una excavación, parecida a la mía, si bien sonaba algo más débil, pero a qué distancia se producía, era difícil de saber. Estaba en tensión, pero permanecía frío y tranquilo. Tal vez estoy en una guarida ajena, pensé, y el propietario excava en mi dirección. Si se hubiera confirmado la verdad de esta suposición, me habría ido, pues nunca he tenido ansias de conquista ni me ha gustado atacar, habría construido en otro lugar. Pero yo era aún joven y no tenía ninguna guarida, podía permanecer frío y tranquilo. Tampoco el desarrollo de los acontecimientos me produjo excitación alguna, sólo era difícil de interpretar. Si el que excavaba realmente quería aproximarse a mí, porque me había oído excavar, cuando cambió la dirección, y, en

efecto, así ocurrió, no se podía constatar si lo hizo porque mi pausa le había privado de un punto de referencia para continuar su camino, o simplemente porque había mudado de intenciones. Tal vez me había equivocado y nunca se había dirigido hacia mí, en todo caso el ruido aumentó durante un lapso de tiempo, como si se aproximase; yo, en plena juventud, tal vez hubiese experimentado una satisfacción al ver cómo el excavador surgía de repente de la tierra, pero no sucedió nada parecido, a partir de un momento el ruido comenzó a debilitarse, se hizo más y más débil, como si el excavador abandonase lentamente la dirección tomada previamente, y cuando el ruido se interrumpió fue como si se hubiera decidido por tomar la dirección contraria y me dejara a sus espaldas en la lejanía. Largo tiempo intenté escucharlo de nuevo antes de concentrarme en el trabajo. Bien, pues esa advertencia fue lo suficientemente clara, pero la olvidé muy pronto y apenas tuvo influencia en los planes para mi guarida. Entre aquel día y el de hoy se

extiende mi edad adulta, aunque no es como si no hubiese ocurrido nada en ese intervalo, aún hago una gran pausa en el trabajo para escuchar, pego el oído a la pared y noto cómo el excavador ha vuelto a cambiar de dirección. Se retira, regresa de su viaje, cree que me ha dejado tiempo suficiente para prepararle un recibimiento. Pero en mi parte hay menos preparaciones de las que hubo antaño, la gran guarida está aquí, indefensa, y yo no soy

ya ningún aprendiz, sino un viejo maestro de obras y las pocas fuerzas que tengo me fallan cuando llega el momento de tomar una decisión. Pero por muy viejo que sea, me parece que me gustaría llegar a ser más viejo de lo que soy, tan viejo que apenas pueda incorporarme de mi sitio de descanso bajo la tapa de musgo. Pues, en realidad, no soporto estar aquí, me levanto y cazo como si en vez de estar tranquilo me hubiese llenado de preocupaciones. ¿Cómo estaban las cosas? ¿Había disminuido el siseo? No, había aumentado. Escuché en diez sitios distintos y noté claramente la equivocación, el siseo permanecía igual, nada había cambiado. Allá lejos no se produce variación alguna, allí se está tranquilo, se domina el tiempo, y aquí el que escucha no para de temblar. Y emprendo el largo camino de regreso al recinto fortificado, todo a mi alrededor parece compartir mi ánimo excitado, como si me mirase, pero luego parece como si apartase la vista para no molestarme, y vuelve a esforzarse para intentar descifrar en mis gestos las decisiones salvadoras. Sacudo la cabeza, todavía no he tomado ninguna decisión. Tampoco voy al recinto fortificado para ejecutar un plan. Paso de largo por el lugar donde quería hacer las excavaciones experimentales, las examino, hubiera sido un buen lugar, la excavación habría ido en la dirección en la que están la mayoría de los pequeños canales de ventilación, los cuales me habrían facilitado el trabajo, quizá ni siquiera hubiera tenido que excavar hasta el origen del ruido, tal vez hubiera bastado escuchar en los canales. Pero ninguna

consideración es lo suficientemente fuerte como para animarme a realizar ese trabajo de zapa. ¿Acaso me traería esa excavación alguna certeza? He llegado a un extremo en el que no quiero tener certeza alguna. En el recinto fortificado elijo un hermoso trozo de carne roja despellejada y me acurruco en un montón de tierra, al menos allí habrá algo de silencio, en la medida en que aún puede haberlo. Lamo y pruebo algo de la carne, de vez en cuando pienso en el otro animal que sigue su camino en la lejanía y, a continuación, en que debería disfrutar de mis reservas mientras pueda. Éste es probablemente el único plan ejecutable que tengo. Por lo demás, intento descifrar el plan del animal. ¿Está de paso o trabaja en su propia guarida? Si está de paso tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Si realmente llega hasta mí, le daría algo de mis reservas y que siga su camino. Seguro que seguirá su camino. En mi montón de tierra puedo, naturalmente, soñar en todo lo que quiera, a pesar de que sé de sobra que no sucederá nada parecido. En el instante en que nos veamos, mejor, con sólo sospechar la cercanía del otro, al mismo tiempo, ninguno antes que el otro, con un hambre nueva, se abrirán las fauces y saldrán a relucir las uñas. Y como siempre, también aquí con toda la razón, pues aunque sólo esté de paso, no cambiará sus planes de futuro y de viaje en consideración a la guarida. Pero es posible que el animal excave su propia guarida, en ese caso no se puede ni siquiera soñar en un acuerdo. Aun en el supuesto de que fuese un

animal tan extraño que admitiese una guarida vecina a la suya, yo, desde luego, no la admito, al menos no admito una vecindad que se deje oír. Ahora parece que se encuentra muy lejos, si se retirase un poco más, podría desaparecer el ruido, tal vez podría ser todo como en los viejos tiempos, hubiera sido una mala, pero bienhechora experiencia, me animaría a realizar todo tipo de mejoras; cuando estoy tranquilo y no acecha un peligro inmediato soy capaz de realizar cualquier trabajo importante. Tal vez renuncie el animal, en vista de las tremendas posibilidades que le ofrece su capacidad de trabajo, a seguir ampliando su guarida en dirección a la mía y encuentra una compensación por otro lado. Eso, por supuesto, no se lograría negociando, sino a través del propio entendimiento del animal u obligándolo de alguna manera. En ambos casos será decisivo lo que el animal sepa de mí. Cuanto más pienso en ello, más improbable me parece que me haya podido oír, es posible, aunque para mí inimaginable, que tenga alguna noticia de mí, pero seguro que no me ha oído. Mientras no he sabido nada de él, es imposible que me haya oído, pues yo soy muy silencioso, no hay nada más silencioso que mi reencuentro con mi guarida, luego, cuando hice las excavaciones experimentales, podría haberme oído, aunque hago muy poco ruido al excavar. Si me hubiera oído, yo también habría tenido que notar algo, él habría tenido que hacer más pausas durante el trabajo y escuchar, pero todo permaneció sin cambios...

82. UNA MUJER PEQUEÑA[82]

Es una mujer pequeña, delgada por naturaleza, pero muy rígida; siempre la veo con el mismo vestido, de un tejido de color gris amarillento, con cierto tono caoba, y está adornado con borlas o colgantes parecidos a botones del mismo color; nunca lleva sombrero, su pelo rubio natural es liso y lo lleva suelto, aunque no despeinado. No obstante cierta sensación de rigidez, se mueve con ligereza, si bien exagera esa movilidad: le gusta ponerse las manos en las caderas y mecer el tronco con gesto súbito hacia los lados. Sólo puedo describir la impresión que me causa su mano diciendo que no he visto nunca una en la que los dedos estén tan separados entre sí; pero su mano no posee nada extraño, es una mano completamente normal.

Esta mujer pequeña está muy insatisfecha conmigo, siempre tiene algo que objetarme, siempre soy el causante de alguna injusticia, la enojo continuamente; si se dividiera la vida en partes, y éstas en otras más pequeñas, y se pudiera juzgar las más diminutas, cada una de las que componen mi vida constituirían para ella un motivo de enfado. He pensado mucho sobre este problema, sobre por qué la enojo tanto; puede ser que todo lo que hay en mí contradiga su

sentido de la belleza, su sentido de la justicia, sus costumbres, sus tradiciones, sus esperanzas; hay naturalezas que se contradicen, pero ¿por qué sufre tanto por ello? No existe ninguna relación entre nosotros que la obligue a sufrir. Sólo tendría que decidirse a mirarme como a un completo extraño, el que en realidad soy, y yo no me defendería contra una decisión semejante, sino que le daría la bienvenida. Ella sólo tendría que decidirse a olvidar mi existencia, que yo jamás le he impuesto ni le impondría. Así dejaría de sufrir. Aquí no menciono que su actitud me es muy desagradable, no lo menciono, porque reconozco que este desagrado no es nada en comparación con su sufrimiento. De lo que sí soy plenamente consciente es de que no se trata de un sufrimiento amoroso; ella no alberga ninguna intención de mejorarme, tampoco lo que me objeta es de tal condición que pudiera perturbar mi camino. De mi camino, por otra parte, no se preocupa en absoluto, a ella sólo le preocupa su interés personal, es decir, el tormento de vengarse que yo le procuro, e impedir el tormento que le causa mi amenaza en el futuro. Ya he intentado indicarle una vez cómo podía liberarse de ese enojo continuo, pero le entró tal arrebató que ya no he vuelto a repetir el intento.

También asumo cierta responsabilidad, pues por muy ajena que me sea esa mujer pequeña, y aunque la única relación existente entre ambos sea el enojo que causo, o, mejor, el enojo que se deja

ocasionar por mí, no me podría ser indiferente cómo sufre por esta situación, incluso físicamente. De vez en cuando me llegan noticias, en los últimos tiempos con más profusión, de que ella una vez más estaba pálida por la mañana, ojerosa, atormentada por dolores de cabeza y casi incapaz de trabajar; con todos estos síntomas preocupa a sus parientes, y aunque se especula acerca de la posible causa de sus dolencias, aún no se ha encontrado. Yo soy el único que la conozco, es el enojo de siempre, pero yo no comparto las preocupaciones de sus parientes; ella es fuerte y resistente, quien logra enojarse así, logrará también, con toda probabilidad, superar las consecuencias del enojo.

Yo tengo la sospecha de que, al menos en parte, finge su sufrimiento, para, así, hacer que el mundo sospeche de mí. Dicho con toda sinceridad, es demasiado orgullosa como para que mi existencia la atormente. Recurrir a otro por mi causa significaría para ella denigrarse. Se ocupa de mí sólo por aversión, por una aversión que la impulsa incesantemente; comentar públicamente este asunto resultaría demasiada vergüenza para ella. Pero también es demasiado silenciarlo todo bajo la continua presión en que se encuentra. Y así, con su astucia femenina, intenta encontrar un camino intermedio. En silencio, sólo a través de los signos externos de su sufrimiento es como quiere presentar el asunto ante el tribunal de la opinión pública. Tal vez espera, incluso, que si esta opinión dirige su atención hacia mí podrá surgir un enojo

colectivo contra mí. Así, con los poderosos medios de que dispone la colectividad, se me podrá condenar definitivamente, con mucha más fuerza y rapidez de lo que es capaz un enojo débil y privado. A continuación, se retirará con un hondo suspiro y me dará la espalda. Bien, si ésas son sus esperanzas, se equivoca. La opinión pública no asumirá su papel, porque no tiene tanto que censurarme, aun cuando me mire con la lupa más poderosa. No soy un hombre tan inútil como ella cree, pero no voy a vanagloriarme y mucho menos en este aspecto. No obstante, aunque no me distinguiera por una utilidad especial, con toda seguridad tampoco llamaría la atención por lo contrario; sólo para ella, para sus ojos casi de un blanco resplandeciente, soy así, no podrá convencer a nadie más. ¿Podría, por consiguiente, estar tranquilo a este respecto? No, en absoluto, pues si se sabe que la pongo enferma con mi conducta, y algunos, que siempre están al acecho, los laboriosos correveidiles, ya lo sospechan, o al menos lo aparentan, y luego viene el mundo y comienza a hacerme preguntas, como por qué atormento a esa pobre mujer pequeña con mi actitud incorregible, o si pretendo llevarla a la muerte, o que cuándo tendré el sentido común y la más elemental compasión humana para dejar de hacerlo, cuando el mundo me haga esas preguntas, será difícil responderle. ¿Deberé acaso reconocer que no creo mucho en esos síntomas de enfermedad, que no tengo la más mínima compasión, que esa mujer me es completamente indiferente y que la relación que hay entre los dos

sólo ha sido establecida por ella y sólo se mantiene por ella? No diré que no me creerían, probablemente ni me creerían ni me dejarían de creer; no se llegaría tan lejos para hablar de eso; simplemente se registraría la respuesta, que yo he dado con referencia a una mujer débil y enferma, y eso no sería favorable para mí. Tanto aquí como en cualquier otra respuesta siempre saldrá a mi encuentro la incapacidad del mundo de no tomar en consideración en un caso como éste la sospecha de una relación amorosa, por más que sea completamente claro que no existe tal relación y que, si existiera, antes procedería de mí, ya que yo sería capaz de admirar, pese a todo, la fuerza de sus decisiones y su modo infatigable de sacar consecuencias, si no fuese castigado continuamente con sus preferencias. En ella, sin embargo, no se encuentra la menor huella de una relación amistosa. En esto es sincera. Aquí reside mi última esperanza; ni siquiera si conviniese a su estrategia bélica hacer creer que existe una relación, podría olvidarse de sí misma y poner esta idea en práctica. Pero la opinión pública, tan poco inteligente, inclinada hacia esta versión, no cambiará de parecer y decidirá siempre contra mí.

Así que sólo me queda como salida cambiar a tiempo, antes de que el mundo intervenga; de ese modo no impediré el enojo de la mujer pequeña, lo que es impensable, pero sí podré suavizarlo. Y, en efecto, me he preguntado con frecuencia si mi estado actual me satisface tanto como para no querer cambiarlo, y si no sería

posible introducir ciertos cambios, aunque no los realizara por estar convencido de que son necesarios, sino sólo para calmar a la mujer. Lo he intentado honradamente, no sin esfuerzo y cuidado, además era algo que me gustaba, casi me divertía; se produjeron algunos cambios, visibles, no tuve que llamar la atención de la mujer sobre ellos, ella los notaba antes que yo, ella notaba la expresión de mi intención en mi propio ser. Pero no tuve éxito. ¿Cómo hubiera sido posible? Su insatisfacción conmigo es, como ahora he comprendido, fundamental; nada puede eliminarla, ni siquiera mi propia eliminación; sus ataques de furia al conocer la noticia de mi suicidio no conocerían límites. Lo que no puedo comprender es por qué esa mujer tan sagaz no lo ve como yo, ignora la falta de futuro de sus esfuerzos, mi inocencia y mi incapacidad de corresponder, aun con mi mejor voluntad, a sus exigencias. Seguro que se da cuenta, pero lo olvida a causa de su naturaleza luchadora cuando está inmersa en la pasión del combate. Y mi actitud desgraciada, que no puedo cambiar, pues así soy, consiste en que no puedo dejar de susurrar una advertencia a todo aquel que se ha salido de sus casillas. De esta manera no llegaremos a un acuerdo jamás. Una y otra vez saldré feliz a primeras horas de la mañana de la casa y veré ese rostro amargado por mi causa, los labios fruncidos por el mal humor; la mirada escrutadora, que ya conoce el resultado de su examen de antemano, y que recorre todo mi ser sin que se le escape nada, por muy fugaz que haya sido; veré la sonrisa agria que se esculpe

en su mejilla juvenil, la mirada demandante dirigida al cielo, las manos en las caderas para afirmarse y, luego, la palidez y el temblor de su indignación.

Hace poco, y por primera vez, como reconocí asombrado, le comenté algo de este asunto a un buen amigo, sólo de pasada, un par de palabras, sin darle la importancia que en realidad tenía, por más que para mí carezca de importancia frente a los demás. Lo extraño fue que mi amigo me escuchara, incluso otorgó importancia al asunto, no cambió de tema e insistió en tratarlo. Aún más extraño fue, sin embargo, que infravalorase el asunto en un punto decisivo, pues me aconsejó seriamente que me fuese un tiempo de viaje. Ningún otro consejo podría ser más incomprensible. La situación es bastante simple, cualquiera la puede comprender en cuanto le presta un poco de atención, pero tampoco es tan fácil como para que mi ausencia lo pueda solucionar todo o, al menos, lo más importante. Todo lo contrario, me tengo que guardar mucho de irme de viaje. Si tengo que seguir algún plan, es el de dejar las cosas en su estado actual, en el que aún no han trascendido al mundo exterior, eso quiere decir permanecer tranquilo aquí donde estoy y no introducir ningún cambio llamativo por este motivo, lo que incluye no hablar de ello, y no porque se trate de un peligroso secreto, sino porque es un asunto pequeño, personal y, por este motivo, fácil de manejar;

además, porque así tiene que seguir siendo. No obstante, los comentarios de mi amigo no fueron inútiles del todo, no me enseñaron nada nuevo, pero fortalecieron mis intenciones fundamentales.

Como queda demostrado, si se piensa con detenimiento, los cambios que parecen

haberse producido a lo largo del tiempo en el estado de las cosas, no son un cambio de las cosas en sí mismas, sino que corresponden al desarrollo en mi manera de considerarlas, en el sentido de que mi visión de ellas se ha vuelto en parte más tranquila, más viril, llega más al fondo del asunto, y también por la oculta influencia de las continuas conmociones, aunque sean tan ligeras como un cierto nerviosismo.

He afrontado el asunto con más tranquilidad, pues creo reconocer que cuanto más próxima aparezca la necesidad de una decisión, ésta no se producirá; uno se inclina con demasiada facilidad, especialmente en los años de juventud, a valorar en demasía el tempo en el que se presentan las decisiones. Cuando una vez mi pequeña juez, debilitada por mi mirada, se hundió lateralmente en el sillón, se aferró con una de las manos al respaldo y con la otra se soltó el corsé, mientras lágrimas de ira y desesperación

surcaban sus mejillas, pensé que en ese instante era necesaria una decisión y me dispuse a responder. Pero nada de decisión, nada de responsabilidad, las mujeres se marean en seguida, el mundo no tiene tiempo para prestar atención a todos los casos. ¿Y qué ha ocurrido en todos estos años? Nada más que ese caso se repitió, unas veces más fuerte, otras más débil; tomado en general, su número aumentó. A la gente que pulula en las proximidades les gustaría intervenir, si encontraran la posibilidad, pero no encuentran ninguna; hasta ahora sólo confían en su olfato, y si el olfato basta para ocupar lo suficiente a su poseedor, para los demás no sirve. Pero así ha sido siempre en lo fundamental, siempre hubo esos espectadores y suspiradores inútiles, que disculpan su presencia con astucia, normalmente alegando un parentesco; siempre han prestado atención, siempre han tenido las narices llenas con su olfato, pero el resultado de todo esto es que siguen estando aquí. La diferencia radica en que los he ido reconociendo paulatinamente, que distingo sus rostros; antes creía que se acercarían lentamente desde todas las direcciones, que aumentarían las dimensiones del asunto y que obligarían a que se tomara una decisión. Hoy creo saber que todo eso estaba aquí desde el principio y que no tiene que ver nada o, en todo caso, muy poco, con la llegada de una decisión. Y la misma decisión, pero ¿por qué la denomino con una palabra tan importante? Si alguna vez —y con toda seguridad no será mañana, ni pasado mañana y probablemente nunca— se llegara a que la opinión

pública se ocupase del asunto, para el que, lo repito, no es competente, yo no saldría indemne del proceso, pero se habría tomado en consideración que no soy un desconocido de la opinión pública, que vivo iluminado por sus focos, a un mismo tiempo confiado y ganándome la confianza, y que por este motivo esa pequeña mujer sufriente surgida con posterioridad, que, dicho sea de paso, cualquier otro es muy probable que ya hace tiempo la hubiese reconocido como una lapa y la hubiese triturado sin ruido de un pisotón, que esa mujer, en el peor de los casos, sólo podría añadir un pequeño y feo garabato al diploma en el que la opinión pública me declara desde hace tiempo un digno miembro de ella. Éste es el actual estado de las cosas, nada indicado para tranquilizarme.

Que con los años me haya vuelto algo intranquilo, no tiene nada que ver con la importancia del asunto. No se puede soportar estar enojando continuamente a otro, y mucho menos cuando se es consciente de la sinrazón de ese enojo; uno se torna intranquilo, en cierta medida uno comienza a acechar decisiones, aun cuando no se crea

razonablemente en su llegada. En parte se trata también de algo que aparece con la edad; a la juventud le sienta todo bien; pequeñas irregularidades desaparecen en la energía inagotable de la juventud. Si un joven tiene una mirada escudriñadora, no se

le toma a mal, no se le nota, ni siquiera lo nota él mismo, pero lo que queda de esa mirada más tarde, esos restos, son necesarios, ninguno se renueva, cada uno está bajo observación, y la mirada escudriñadora de un hombre mayor es una mirada claramente escudriñadora, y no es difícil constatarlo. Pero tampoco se trata de un empeoramiento objetivo.

Cualquiera que sea la perspectiva desde la que lo considere, una y otra vez queda demostrado, e insisto en esta actitud, que, manteniendo ligeramente oculto el asunto debajo de la mano, yo podría seguir viviendo mucho tiempo, sin ser molestado por el mundo, como he vivido hasta el momento presente, no obstante la furia de la mujer.

83. JOSEFINA, LA CANTORA, O EL PUEBLO DE LOS RATONES[83]

Nuestra cantora se llama Josefina. Quien no la haya oído, desconoce el poder del canto. Todos se sienten arrebatados por el suyo, lo que adquiere mucho más valor, ya que nuestra especie, en general, no ama la música. La paz silenciosa es nuestra música preferida; nuestra vida es dura, no podemos elevarnos, ni siquiera cuando intentamos sacudirnos las preocupaciones diarias, a cosas tan ajenas a nuestra vida como lo es la música. Pero tampoco nos

lamentamos mucho, ni siquiera un poco; consideramos cierta astucia práctica, que nosotros necesitamos con extremada urgencia, como una de nuestras ventajas más grandes, y con la sonrisa de esta astucia solemos consolarnos de todo, aun cuando alguna vez —lo que nunca ocurre— pudiéramos sentir el anhelo de felicidad que, tal vez, proporciona la música. Sólo Josefina es la excepción; ella ama la música y sabe transmitir sus bondades; ella es única. Con su partida desaparecerá la música de nuestras vidas, quién sabe por cuánto tiempo.

Me he preguntado con frecuencia qué hay detrás de esa música, pues somos completamente amusicales. ¿Cómo es posible que comprendamos el canto de Josefina o, ya que Josefina niega que lo comprendamos, por qué creemos que lo comprendemos? La respuesta más simple sería que la belleza de ese canto es tan grande que ni siquiera el sentido auditivo más obtuso puede resistirse a ella, pero esta respuesta no es satisfactoria. Si realmente fuera así, siempre tendría que experimentarse ante ese canto el sentimiento de que es extraordinario, el sentimiento de que de esa garganta brota algo que no hemos oído nunca, que no tenemos la capacidad de oír, algo que sólo Josefina, y nadie más, nos capacita para percibir. Pero, en mi opinión, precisamente esta afirmación es incorrecta. Yo no lo siento así, y tampoco he notado algo parecido en los demás. En círculos de confianza reconocemos

abiertamente que el canto de Josefina no tiene nada de extraordinario.

¿Se trata realmente de canto? A pesar de nuestra amusicalidad disponemos de tradiciones en este género vocal; nuestro pueblo cantaba en los viejos tiempos; hay leyendas que dan testimonio de ello y se han conservado canciones que ya nadie sabe cantar. Así pues tenemos una noción de lo que es el canto, y esta noción no corresponde al arte de Josefina. ¿Se trata realmente de canto? ¿No será acaso un silbido? Y el sonido del silbido lo conocemos todos, es una habilidad propia de nuestro pueblo, o, tal vez, no una habilidad, sino una forma de expresión vital innata. Todos nosotros silbamos, pero nadie pensaría en considerarlo un arte, silbamos sin prestar atención a lo que hacemos, sí, aún más, sin ni siquiera notarlo, y muchos de entre nosotros ignoran que silbar es una de nuestras peculiaridades. Si fuera cierto que Josefina no canta, sino que sólo silba y que, tal vez, como a mí al menos me lo parece, apenas supera los límites del silbido usual —es posible que su fuerza ni siquiera alcance para el silbido usual, mientras que cualquier trabajador de la tierra lo logra durante todo el día y sin esfuerzo—, si todo esto fuera verdad, entonces el supuesto arte de Josefina quedaría refutado, aunque aún faltaría por resolver el enigma de su gran éxito.

Pero no sólo emite silbidos. Si uno se sitúa lejos de ella y la escucha o, mejor aún, si uno se propone distinguir el canto de Josefina entre otras voces, no oír nada más que un silbido normal, como mucho algo llamativo por su suavidad o debilidad. Pero si uno se coloca ante ella, no es sólo un silbido. Para la comprensión de su arte resulta necesario no sólo oírla, sino también verla. Aun cuando se tratase de nuestro silbido habitual, aquí se daría, en principio, la peculiaridad de alguien que se reviste de solemnidad para hacer algo completamente vulgar. Cascar una nuez no es ningún arte, por esto tampoco osará nadie reunir a un público para entretenerlo cascando nueces. Si lo hace y logra su intención, entonces no puede tratarse de un simple cascar nueces. O, en realidad, se trata de cascar nueces, pero se constata que hasta ese momento no nos habíamos dado cuenta de que era un arte, probablemente porque todos lo dominábamos y este nuevo cascador de nueces muestra ahora su verdadero ser, para lo que podría ser útil, en relación al efecto, que fuera menos hábil cascando nueces que la mayoría de nosotros.

Tal vez ocurra lo mismo con el canto de Josefina; en ella admiramos lo que jamás admiraríamos en nosotros; por lo demás, ella coincide plenamente con nosotros en esto último. Yo estuve presente cuando alguien llamó su atención —lo que sucedía con frecuencia— sobre el silbido popular, y lo hizo con mucha

modestia, pero para Josefina fue demasiado. Aún no he visto una sonrisa tan descarada y orgullosa como la que ella puso; ella, que exteriormente es la delicadeza en persona, de una delicadeza llamativa en nuestro pueblo, tan rico en este tipo de personalidades femeninas, me pareció en aquel entonces cruel. Lo debió de percibir gracias a su gran sensibilidad y se rehízo en seguida. Pero niega cualquier relación entre su arte y el silbido. A los que son de una opinión contraria, sólo les muestra su desprecio y, con toda probabilidad, un odio no confesado. Esto no es simple vanidad, pues esa oposición, a la que yo también pertenezco en parte, no la admira menos que la multitud, pero Josefina no sólo quiere admiración, sino que la admiren del modo en que ella lo desea, la admiración a secas no le interesa para nada. Y cuando uno se sienta ante ella, se la comprende. Sólo se hace oposición desde la lejanía; cuando uno se sienta ante ella, se sabe; lo que aquí se silba no es ningún silbido.

Como silbar pertenece a nuestros comportamientos instintivos, se podría pensar que el auditorio de Josefina también silba. Cuando presenciamos su arte nos sentimos bien y cuando nos sentimos bien, silbamos. Pero su auditorio no silba, es un silencio ratonil, como si participásemos de la anhelada paz, de la que nos aparta nuestro propio silbido. Así que permanecemos callados. ¿Es su canto el que nos embelesa o el silencio solemne que rodea la

tenue vocecilla? Una vez ocurrió que una necia y pequeña criatura comenzó a silbar con toda inocencia mientras Josefina cantaba. Bien, pues sonaba igual que el canto de Josefina; allá delante el silbido intimidador, a pesar de la rutina, y detrás, en el público, el absorto silbido infantil; habría sido imposible marcar la diferencia. Habríamos podido hundir a la perturbadora a silbidos y siseos, aunque no fue necesario, ya que se agazapó de miedo y vergüenza, mientras Josefina entonaba su silbido triunfal, completamente fuera de sí, con los brazos abiertos y el cuello extendido hasta el límite de sus posibilidades.

Así sucede siempre, una pequeñez, una casualidad, cualquier oposición, un crujido en el suelo, un rechinar de dientes, un problema de iluminación, todo le parece indicado para aumentar el efecto de su canto. Según ella, canta ante oídos sordos; no faltan entusiasmo y aplausos, pero en lo que se refiere a una comprensión real, hace tiempo que ha aprendido a renunciar a ella. Por eso todas las molestias le convienen; todo lo que se opone a la pureza de su canto desde el exterior y se puede vencer en una lucha fácil, incluso sin lucha, simplemente con una mera confrontación, puede contribuir a despertar a la multitud, y si no puede enseñarle comprensión, sí podrá enseñarle un respeto aprensivo.

Si esas pequeñeces le son tan útiles, ¡cuánto más le servirán las enormidades! Nuestra vida es muy inquieta, todos los días traen sorpresas, miedos, esperanzas y sustos, ningún individuo aislado podría soportarlo si no tuviera día y noche el respaldo del prójimo, pero aun así muchas veces resulta difícil; hay momentos en que mil hombros tiemblan bajo la carga que estaba destinada a uno solo. Entonces Josefina considera que ha llegado su turno. Y allí está ese ser tan delicado, bajo su pecho se distingue una vibración preocupante, como si hubiese concentrado todas sus fuerzas para cantar, como si hubiese sido privada de todo aquello que no participa directamente en el canto, de toda fuerza, de casi todas las posibilidades de vida, como si estuviera desnuda, entregada, sometida a la exclusiva tutela de los buenos espíritus, como si, mientras permanece así, privada de todo, ensimismada en su canto, pudiera matarla cualquier hálito frío que soplara en ese momento. Pero precisamente ante esa visión, nosotros, los supuestos oponentes, solemos decir: «Ni siquiera sabe silbar; tiene que esforzarse de ese modo tan horrible y no para cantar —no hablemos aquí de canto—, sino para arrancarse los silbidos más normales». Ésa es nuestra opinión. Pero se trata de una impresión que, aunque inevitable, es fugaz y pasajera. Al instante nos sumergimos en el sentimiento de la masa, que escucha fervorosa, hombro con hombro, conteniendo la respiración.

Para congregarse a esa multitud, para reunir a nuestro pueblo, siempre disperso y en movimiento por motivos no muy definidos, Josefina sólo necesita echar hacia atrás su cabecita, entreabrir la boca y dirigir sus ojos hacia lo alto, adoptar, en definitiva, la postura que indica su disposición a cantar. Lo puede hacer donde le plazca, en un lugar visible y abierto o en un rincón oculto elegido caprichosa o casualmente. La noticia de que va a cantar se extiende en seguida, y se forman procesiones en esa dirección. A veces, sin embargo, surgen inconvenientes. A Josefina le gusta cantar en tiempos inestables, las penalidades y preocupaciones nos obligan a transitar por caminos muy distintos, no nos podemos reunir, ni con nuestra mejor voluntad, tan rápidamente como lo desea Josefina, y hay veces que permanece allí durante un rato sin suficiente auditorio, manteniendo su actitud grandiosa. En esos casos se pone furiosa y da fuertes pisotones en el suelo, maldice como no lo haría ninguna señorita, incluso muerde. Pero ni siquiera un comportamiento semejante logra perjudicarla; en vez de intentar mitigar sus excesivas pretensiones, nos esforzamos por satisfacerlas. Se envían mensajeros para que traigan más oyentes, aunque a ella se lo silenciemos. En los caminos de los alrededores se instalan postes para indicar a los que llegan que se den prisa; esto lo hacemos hasta que hemos conseguido reunir un número respetable de oyentes.

¿Qué impulsa al pueblo a satisfacer los deseos de Josefina? Ésta es una pregunta tan difícil de contestar como la relativa a su canto, con la que, además, guarda una íntima relación. En realidad, se podría eliminar y quedaría inserta, íntegra, en la segunda pregunta, si se pudiera afirmar que el pueblo se entrega incondicionalmente a Josefina debido a su canto. Pero no es éste el caso; nuestro pueblo apenas conoce la lealtad incondicional; este pueblo, que sobre todo ama la astucia inofensiva, el cuchicheo infantil, el chismorreo inocente consistente en un ligero movimiento de los labios, un pueblo así no se puede entregar incondicionalmente, eso también lo intuye Josefina, eso es contra lo que ella lucha con toda la fuerza de su débil garganta.

Aunque tampoco se puede llegar tan lejos con esos juicios tan abstractos; el pueblo se entrega a Josefina, pero no sin condiciones. Por ejemplo, no sería capaz de reírse de Josefina. Se tiene que reconocer. Hay algo en Josefina que mueve a algunos a la risa, además de que por naturaleza siempre estamos próximos a reírnos; a pesar de todas las miserias de nuestra vida, siempre tenemos a punto una ligera sonrisa; pero no nos reímos de Josefina. Algunas veces tengo la impresión de que el pueblo entiende su relación con Josefina, con esta criatura frágil, necesitada de cuidados, que se distingue, en su opinión, por el canto, como si se la hubieran confiado y tuviera que cuidar de ella.

El motivo es oscuro, pero el hecho se constata. Nadie se ríe, por supuesto, de lo que le han confiado, sería una violación del deber; lo más perverso que se atreven a decir los más perversos de entre nosotros es: «Se nos va la risa en cuanto vemos a Josefina».

Así, el pueblo cuida de Josefina como lo hace un padre con su hijo cuando éste —no se sabe muy bien si en actitud exigente o suplicante— extiende su manita hacia él. Alguno podría opinar que nuestro pueblo no sirve para cumplir ese tipo de deberes paternales, pero en realidad ella los desempeña, al menos en este caso, a la perfección. Ningún individuo podría realizar lo que el pueblo, como colectivo, es capaz de hacer. Ciertamente, la diferencia de fuerzas entre el pueblo y el individuo es enorme, basta que el acogido se aproxime al calor de la multitud para sentirse lo suficientemente protegido. Sin embargo, nadie osa hablar con Josefina de estos temas. «Silbo para protegeros», dice ella. «Sí, sí, ya vemos que silbas», pensamos nosotros. Además, el que ella se rebele no supone ninguna refutación de lo dicho, más bien se trata de un temperamento infantil, también de una forma de agradecimiento infantil, y la actitud del padre es no hacer caso.

Pero en la difícil relación entre el pueblo y Josefina intervienen otros factores difíciles de explicar. Josefina es de la opinión

contraria, cree que ella misma es la que protege al pueblo. Se supone que su canto, ni más ni menos, nos salva cuando hay crisis políticas o económicas, y que cuando no logra apartar de nosotros la desgracia, nos da la fuerza necesaria para soportarla. Ella no lo expresa así, ni de ninguna otra forma, ella habla muy poco, es silenciosa cuando está rodeada de parlanchines, pero sus ojos refulgen y pueden leerse sus pensamientos en su boca cerrada (entre nosotros muy pocos pueden mantener la boca cerrada, ella sí puede). Cada vez que llega una mala noticia —y algunos días se suceden sin interrupción, entre ellas falsas y semiverdaderas— abandona su estado normal de postración, se yergue y extiende el cuello buscando su rebaño como el pastor ante la

tormenta. También los niños plantean esas exigencias, a su manera desordenada y caótica, pero en el caso de Josefina no son tan infundadas. Ciertamente, no nos salva ni nos da fuerzas; es fácil asumir el papel de salvador de este pueblo, habituado a los padecimientos, sufrido, decidido, familiarizado con la muerte, aparentemente miedoso en la atmósfera de temeridad en la que vive continuamente y, por añadidura, tan fértil como valeroso, sí, es muy fácil, digo, asumir el papel de salvador de este pueblo cuando el peligro ha pasado, de un pueblo que una y otra vez se ha logrado salvar a sí mismo, aun a costa de sacrificios que hubiesen hecho palidecer a cualquier historiador (nuestro pueblo

descuida por completo la investigación histórica). Y, sin embargo, es verdad que precisamente en los momentos de peligro escuchamos mejor que otras veces la voz de Josefina. Las amenazas que se ciernen sobre nosotros nos vuelven más callados, más modestos, más sumisos al ordenancismo de Josefina; nos gusta reunirnos, apretarnos, especialmente porque todo sucede por una causa muy distinta de la principal que nos atormenta. Es como si bebiéramos a toda prisa —sí, la prisa es necesaria, eso lo olvida Josefina con demasiada frecuencia— una copa de paz antes de la lucha. Más que de un concierto se trata de una reunión popular y, además, de una reunión completamente silenciosa, en la que no se oye ni el más mínimo silbido; es una hora demasiado seria como para perdersela.

Pero Josefina no podría quedar satisfecha con ese tipo de relación. A pesar del disgusto y del nerviosismo que siempre se apoderan de ella sin motivo aparente, no es capaz de ver, cegada por su confianza en sí misma, muchas cosas y, sin mucho esfuerzo, se puede lograr que se le escapen muchas más; todo un enjambre de aduladores trabajan continuamente en ello, se supone que por el interés general. Pero ella sería incapaz de sacrificar su canto —y no sería un sacrificio desdeñable que lo hiciera—, digamos al cantar de un modo desapercibido, en cualquier rincón escondido en una de las reuniones populares.

Pero tampoco lo tiene que hacer, pues su arte no pasa desapercibido. Aunque en realidad estamos pendientes de cosas muy diferentes, a pesar de que el silencio no reina por amor al canto y algunos de nosotros ni siquiera la miran, sino que hunden el rostro en la piel del vecino y Josefina, por consiguiente, parece esforzarse en vano allá arriba, hay algo de su silbido —no se puede negar— que penetra inevitablemente en nosotros. Ese silbido, que se eleva donde se ha impuesto el silencio, llega casi como un mensaje del pueblo al individuo; el fino silbido de Josefina en medio de las decisiones más graves es como la miserable existencia de nuestro pueblo en medio del tumulto de un mundo hostil. Josefina se afirma; esa nada de voz, esa nada de rendimiento se afirma y se abre camino hasta nosotros, nos sienta bien pensar en ello. Seríamos incapaces de soportar a un verdadero artista del canto, si se encontrara entre nosotros en unos momentos como éstos, y rechazaríamos unánimemente la insensatez de una actuación así. Ojalá Josefina nunca sepa que el hecho de que la escuchemos constituye la mejor prueba contra su canto. Ella tiene una ligera idea de esto, ¿por qué si no negaría con tanta vehemencia que la escuchamos y, no obstante, sigue cantando y silba sin importarle nada esa idea?

Pero también hay un consuelo para ella: en cierta medida la escuchamos de verdad, casi como se escucharía a un artista del canto; consigue efectos que un artista trataría de conseguir en vano y que, además, se deben a los pobres medios de que dispone. Y esto guarda relación con nuestro modo de vida.

Nuestro pueblo no conoce la juventud, apenas una breve infancia. Con frecuencia se reclama que se les garantice a los niños una libertad y un cuidado especiales, un derecho a cierta despreocupación, a dar algunos tumbos sin sentido, a jugar un poco, la intención es reconocerles estos derechos y ayudar a que tengan efectividad. Este tipo de pretensiones surgen con regularidad y casi todos las aprueban; no hay nada que se deseara más, pero tampoco hay nada que pudiera tener menos aceptación en la realidad de nuestra vida; se aprueban las pretensiones, se hacen intentos en esa dirección, pero en poco tiempo ya está todo como antes. Nuestra vida discurre de tal modo que un niño, en cuanto ha corrido un poco y discierne algo de su entorno, tiene que cuidar de sí mismo como un adulto. Las zonas en las que nos vemos obligados a vivir, dispersas por motivos económicos, son demasiado grandes, nuestros enemigos demasiado numerosos, los peligros que nos acechan impredecibles, no podemos mantener apartados a los niños de la lucha por la existencia, si lo hiciéramos, significaría su fin

premature. A estos tristes motivos se añade uno más, mucho más importante: la fertilidad de nuestra especie. Una generación —y cada una de ellas es numerosa— presiona a la otra, los niños no tienen tiempo de ser niños. Hay otros pueblos que cuidan a sus niños con esmero, que construyen escuelas para los pequeños, de las que diariamente salen torrentes de niños, el futuro del pueblo, y son los mismos niños los que día tras día, durante un largo periodo de tiempo, salen de estas escuelas. Nosotros no tenemos escuelas, pero de nuestro pueblo van saliendo, en breves intervalos, manadas inabarcables de niños, siseando y piando, hasta que aprenden a silbar, rodando, hasta que aprenden a correr; llevándose por delante con torpeza todo lo que encuentran en su camino, hasta que pueden ver. ¡Nuestros niños! Y no los mismos niños, como en esas escuelas, no, siempre, siempre nuevos, sin fin, sin interrupción, apenas aparece un niño, ya no es un niño, y ya presionan a sus espaldas los rostros infantiles, indistinguibles por su cantidad y la velocidad con que avanzan, rosados de felicidad. Ciertamente, por muy bello que resulte todo esto y por mucho que envidiemos a otros, no podemos dar a nuestros niños, con toda la razón, una infancia real. Y esto tiene sus consecuencias. Un infantilismo perpetuo e inextirpable se ha apoderado de nosotros. En manifiesta contradicción con nuestra mejor propiedad, un sentido común infalible, a veces actuamos con una necesidad absoluta y, además, con la misma necesidad con que actúan los niños, imprudentes, sin sentido, con magnificencia,

derrochando, y todo por amor a una pequeña diversión. Y si nuestra alegría ya no puede alcanzar la fuerza del gozo infantil, en ella subsiste, sin duda, algo de ese gozo. Josefina se ha beneficiado de este infantilismo desde siempre.

Pero nuestro pueblo no es sólo infantil, en cierto modo también es un viejo prematuro, tanto la infancia como la vejez se dan en nosotros de manera diferente que en los demás. No tenemos juventud, alcanzamos en seguida la madurez, y luego somos adultos demasiado tiempo, cierto cansancio y desesperanza invaden, dejando profunda huella, todo nuestro ser, en general tan tenaz y esperanzado. También esto guarda relación con nuestra amusicalidad; somos demasiado viejos para la música, su estímulo, su impulso no

convienen a nuestra gravedad, cansados nos resistimos a ella. Nos hemos refugiado en el silbido; unos silbidos aquí y allá nos bastan. Quién sabe si entre nosotros no habrá talentos musicales; si los hubiera, el carácter de los compatriotas los reprimiría antes de que pudieran desarrollarse. Josefina, por el contrario, puede silbar cuanto quiera, o cantar, como lo denomine cada uno, eso no nos molesta, todo lo contrario, es propio de nosotros, lo podemos soportar muy bien; si lo que hace Josefina contuviese algo de música, se habría reducido a la mínima expresión; así se conserva cierta tradición musical, pero sin que ello nos moleste.

No obstante, Josefina ofrece aún más a este pueblo de humor tan lábil. En sus conciertos, ante todo en momentos de gran seriedad, sólo los muy jóvenes muestran interés por la cantora, sólo ellos contemplan asombrados cómo frunce sus labios, cómo expulsa el aire entre sus preciosos dientes delanteros, maravillada de los tonos que ella misma emite, cómo hace descender la voz hasta que muere, aprovechando esa modulación declinante para enardecerse y lograr un resultado incomprensible, pero la multitud propiamente dicha —eso se puede reconocer fácilmente— se queda ensimismada. Aquí, en las escasas treguas, sueña el pueblo, es como si los miembros de cada individuo se liberaran, como si el intranquilo pudiera extenderse y estirarse a su gusto en el gran y cálido lecho del pueblo. Y en este sueño resuena aquí y allá el silbido de Josefina; ella lo denomina «perlado», nosotros decimos que lo emite a empellones. Pero en todo caso aquí está en su sitio, como en ningún otro, y en un instante excepcional, tan difícil de encontrar por la música. Aquí hay algo de la breve y pobre infancia, algo de la felicidad perdida y nunca encontrada, pero también algo de nuestra vida activa, de su alegría pequeña, incomprensible, pero aún existente e inextinguible. Y todo esto es verdadero, y no se expresa con grandilocuencia, sino en un tono bajo, susurrando, en confianza, a veces con voz algo enronquecida. Naturalmente que es un silbido. ¿Qué si no? El

silbido es la lengua de nuestro pueblo, hay algunos que silban durante toda su vida y no lo saben, pero aquí el silbar ha quedado libre de todas las ataduras de la vida cotidiana y también nos libera a nosotros un rato. Jamás renunciaríamos a él.

Pero de aquí a la afirmación de Josefina de que ella nos da en tiempos semejantes nuevas fuerzas, etc., hay un gran trecho. Para gente vulgar, se entiende, no para los aduladores de Josefina. «¿Cómo podría ser de otro modo?» —dicen con audacia despreocupada—. «¿Cómo se podría explicar si no la tremenda afluencia, especialmente en los instantes que preceden a una situación de urgente peligro, y que a veces ha impedido la defensa contra ese mismo peligro?».

Pues bien, esto último, por desgracia, es cierto, pero no se puede decir que pertenezca a los títulos de gloria de Josefina, sobre todo cuando se añade que, cuando esas reuniones son disueltas por la inesperada aparición del enemigo, y muchos de los nuestros dejan allí la vida, Josefina, la culpable de todo, sí, la que tal vez ha atraído al enemigo con sus silbidos, siempre ocupa el lugar más seguro y desaparece la primera, protegida por sus correligionarios, en silencio y lo más rápido que puede. Pero eso

también lo saben todos y, sin embargo, vuelven a apresurarse hacia el lugar en el que Josefina, según mande su capricho, elevará su canto. De esto se podría deducir que Josefina prácticamente se encuentra fuera de la ley, que puede hacer lo que quiere, aun cuando ponga en peligro a la colectividad, y que todo se le perdonará. Si fuera así, las pretensiones de Josefina serían comprensibles; en esa libertad que el pueblo le otorgaría, en ese regalo extraordinario, jamás dado a nadie y que, en realidad, es contrario a las leyes, se podría suponer la confesión de que el pueblo, como ella afirma, no comprende a Josefina, que sólo admira impotente su arte y que no se siente digno de ella. El pueblo aspiraría a compensar el daño que causa a Josefina con su incomprensión a través de acciones desesperadas y, del mismo modo en que su arte queda fuera de su capacidad de discernimiento, también ella coloca su persona y sus deseos fuera de su poder de mando. Bueno, pues todo esto es completamente falso. Tal vez el pueblo capitula demasiado rápido ante Josefina, pero como nunca capitula incondicionalmente ante nadie, tampoco lo hace así ante Josefina.

Ya desde hace tiempo, tal vez desde los inicios de su carrera artística, lucha Josefina para que se la libere de todo trabajo por consideración a su canto; así que se le deben quitar las preocupaciones por el pan diario y por todo lo que va unido a

nuestra lucha por la existencia y, con toda probabilidad, transferirlas al pueblo como colectividad.

Un entusiasta —ha habido algunos— podría deducir una legitimación de esa peculiar pretensión en el estado de ánimo que refleja esa demanda. Nuestro pueblo, sin embargo, saca otras conclusiones y rechaza esas reclamaciones con toda tranquilidad, aunque tampoco pierde mucho el tiempo con la fundamentación de ese rechazo. Josefina, por ejemplo, subraya el hecho de que el esfuerzo que realiza al trabajar daña su voz y que, aunque el esfuerzo que realiza al trabajar es ínfimo en comparación con el del canto, le quita la posibilidad de descansar lo suficiente después de sus actuaciones y de fortalecerse para cantar la próxima vez. Por consiguiente, se agota completamente y, en esas circunstancias, no puede alcanzar su máximo rendimiento. El pueblo la escucha y pasa de largo. Hay veces que nada puede conmover a este pueblo tan sentimental. Es posible que el rechazo sea tan duro que la misma Josefina se desconcierte, aunque parece adaptarse, trabaja como Dios manda, canta lo mejor que puede, pero sólo por un periodo de tiempo, luego emprende la lucha con nuevas fuerzas (para esto parece poseerlas de manera ilimitada).

Pues bien, está claro que Josefina no aspira a conseguir lo que reclama de palabra. Ella es razonable, no evita el trabajo, aunque la holgazanería es desconocida entre nosotros, con toda probabilidad seguiría viviendo como antes si se aceptara su pretensión, su trabajo no le impediría cantar, y su canto tampoco se tornaría más bello, lo que ella en realidad reclama es el reconocimiento público, claro, eterno, de su arte. Mientras casi todo lo demás le parece alcanzable, esto se le niega con obstinación. Tal vez debería haber dirigido su ataque desde el principio hacia otra dirección, tal vez se haya dado cuenta de su error, pero ya no puede echarse atrás, hacerlo supondría traicionarse a sí misma, ahora tiene que mantener esa reclamación o caer con ella.

Si realmente tuviera enemigos, como ella dice, podrían contemplar esta lucha con alegría y sin tener que mover un dedo. Pero no tiene enemigos, y aunque hay alguno que de vez en cuando le hace alguna objeción, esa lucha no alegra a nadie. Y no alegra porque aquí el pueblo se muestra en su fría actitud de juez, como muy raras veces se le ve. Y si alguno aprueba esta actitud, la simple idea de que el pueblo se podría comportar así frente a él le quita las ganas de alegrarse. En lo relativo al rechazo y a la pretensión, no se trata del asunto en sí, sino de que el pueblo se cierre de un modo tan impenetrable

frente a un congénere, y se muestre más implacable cuanto más paternalmente se comporta con él, aunque le cuide, humillándose, con una excesiva ternura.

Si hubiera un solo individuo que ocupase el lugar del pueblo, se podría creer que este hombre ha cedido todo el tiempo ante Josefina con la pretensión continua y ardiente de poner fin a la condescendencia. Él ha cedido más de lo que es posible desde una perspectiva humana, con la firme creencia de que su indulgencia encontraría algún límite; sí, ha cedido más de lo que era necesario, sólo para acelerar el asunto, para mimar a Josefina, y para despertar en ella nuevos deseos, hasta que ella finalmente elevó esta pretensión; entonces él ha formulado el rechazo definitivo, preparado desde hacía tanto tiempo. Bueno, las cosas no han sido exactamente así, el pueblo no necesita esos trucos; además, su admiración por Josefina es sincera y probada. No obstante, la pretensión de Josefina es tan fuerte que cualquier niño ingenuo podría haber previsto su desenlace. Puede ser que en la mente de Josefina también incidan estas suposiciones y añadan cierta amargura al dolor ocasionado por el rechazo.

Pero por más que considere esas suposiciones, no le impiden continuar la lucha. En los últimos tiempos incluso se ha agudizado

esta lucha. Si hasta ahora sólo había empleado la palabra, ha comenzado a emplear otros medios que, en su opinión, son más efectivos, pero que en nuestra opinión son peligrosos para ella misma.

Algunos creen que Josefina se ha vuelto tan imperiosa porque siente cómo envejece, cómo su voz comienza a fallar, y por eso cree que ha llegado el momento de entablar la última lucha por su reconocimiento. No me lo creo. Josefina no sería Josefina si eso fuera verdad. Para ella no pasan los años y su voz no conoce debilidad alguna. Cuando ella pide algo, no la impulsan motivos superficiales, sino una lógica interna. Ella pretende coger la guirnalda más alta, no porque en ese preciso momento cuelgue algo más baja, sino porque es la más alta. Si estuviera en su poder, la colgaría aún más arriba.

Este desprecio de las dificultades no le impide emplear los medios más indignos. Su derecho está fuera de toda duda, qué importa, por tanto, cómo lo consiga, ya que en este mundo, como ella se lo representa, los medios dignos son precisamente los que fracasan. Tal vez por esto ha desplazado la lucha por su derecho fuera del ámbito del canto, a otro ámbito menos valioso para ella. Sus acompañantes han extendido el rumor según el cual ella se siente

capacitada para cantar de un modo tan especial que produciría placer en todas las capas populares, hasta en la oposición más escondida, y un placer no en el sentido del pueblo, quien afirma haber sentido desde siempre ese placer al oír el canto de Josefina, sino placer conforme a las pretensiones de Josefina. Pero ella añade que no puede falsificar lo elevado ni adular lo vulgar, que todo tiene que quedar como está. Otra es su actitud respecto a la lucha por la liberación laboral, aunque también es una lucha por el canto; aquí no lucha directamente con las valiosas armas del canto, cualquier medio que emplea es lo suficientemente bueno.

Así se extendió el rumor de que Josefina, si no se cedía ante ella, acortaría las coloraturas. Yo no sé nada de coloraturas, ni he notado nada en su canto de coloraturas. Josefina, sin embargo, quiere acortar las coloraturas, por el momento no desea suprimirlas, sino sólo acortarlas. Ella ha cumplido su amenaza, pero yo no he notado ninguna diferencia con sus actuaciones precedentes. El pueblo la ha escuchado como siempre, sin manifestarse sobre las coloraturas, y tampoco ha cambiado la actitud ante la pretensión de Josefina. Por lo demás, no se puede negar, Josefina posee, también en su figura, algo gracioso. Por ejemplo, después de aquella actuación, como si le pareciera que su decisión sobre las coloraturas era demasiado dura y repentina para el pueblo, declaró que la próxima vez volvería a cantar las

coloraturas. Pero después del siguiente concierto cambió de opinión, ahora se había terminado definitivamente con las grandes coloraturas, y si no se produce una decisión favorable a Josefina, no volverán a escucharse jamás. Pues bien, el pueblo no hace caso de todas estas aclaraciones, decisiones y de los cambios de opinión, del mismo modo en que un adulto no hace caso a la palabrería de un niño, le escucha benevolente pero inalcanzable.

Pero Josefina no se rinde. Hace poco afirmó que se había lesionado un pie mientras trabajaba, lo que le causaba dolores mientras cantaba. Como ella sólo puede cantar de pie, ahora tiene que acortar los cantos. Aunque cojea y se apoya en sus acompañantes, nadie cree en una lesión de verdad. Aun cuando se reconozca la sensibilidad especial de su cuerpecillo, somos un pueblo de trabajadores y también Josefina pertenece a él. Pero si quisiéramos cojear con cada roce que sufrimos, el pueblo entero no pararía de cojear. Pero por más que se deje conducir como un cordero, por más que se muestre en público con mayor frecuencia que nunca en ese estado lamentable, el pueblo escucha su canto agradecido y tan encantado como siempre, y tampoco hace mucho ruido cuando lo acorta.

Como no puede cojear toda la vida, se inventa algo diferente, simula cansancio, debilidad, tristeza. Además del concierto tenemos una función teatral. Vemos cómo los acompañantes, detrás de Josefina, le suplican que cante. A ella le gustaría, pero no puede. La consuelan, la adulan, prácticamente la llevan hasta el lugar elegido para que cante. Finalmente cede llena de lágrimas, pero comienza a cantar forzada, extenuada, los brazos no tan extendidos como habitualmente, sino colgando sin vida, con lo que se tiene la impresión de que son un poco cortos. Cuando parece que va a cantar, renuncia otra vez, no puede, una sacudida involuntaria de la cabeza lo atestigua y se derrumba ante nuestros ojos. Pero logra rehacerse y canta, creo que como siempre, tal vez, si se tiene un oído que capte los más finos matices, se podría percibir cierta excitación inhabitual, que, sin duda, beneficia su actuación. Y al final se muestra menos cansada que antes, se aleja con paso firme, si así se puede denominar su trote ligero, rechazando toda ayuda de su séquito y examinando con miradas frías a la multitud que le deja paso con reverencia.

Así fue la última vez, pero la novedad es que desapareció en un momento en que se la esperaba para cantar. No sólo la busca su séquito, muchos ayudan en la búsqueda, pero en

vano. Josefina ha desaparecido, no quiere cantar, ni siquiera quiere que se lo pidan, esta vez nos ha abandonado definitivamente.

Es extraño lo mal que calcula la muy astuta, tan mal que podría creerse que no calcula en absoluto, sino que se ve impulsada por su destino, que en nuestro mundo sólo puede ser muy triste. Ella misma deja el canto, ella misma destruye el poder que ha adquirido sobre los ánimos. ¿Cómo pudo adquirir ese poder si conoce tan poco los ánimos? Se esconde y no canta, pero el pueblo, tranquilo, sin mostrarse decepcionado, señorial, formando una masa sosegada, que, aunque las apariencias hablen en contra, sólo sabe regalar y nunca puede recibir, ni siquiera de Josefina, ese pueblo sigue su camino.

Josefina, sin embargo, va cuesta abajo. Pronto llegará el tiempo en que entonará su último silbido y callará para siempre. Será un pequeño episodio en la historia eterna de nuestro pueblo y el pueblo superará su pérdida. No nos será fácil. ¿Cómo serán posibles las reuniones en un completo silencio? Aunque, ¿no eran también silenciosas con Josefina? ¿Acaso era su silbido más alto y vivo de lo que será su recuerdo? ¿Acaso no era cuando vivía nada más que un simple recuerdo? ¿No habrá valorado tanto

el pueblo, en su sabiduría, el canto de Josefina porque era perdurable en su esencia?

Tal vez no la echemos mucho de menos; Josefina, sin embargo, liberada de las miserias terrenales, reservadas, en su opinión, para los elegidos, se perderá alegre en la incontable multitud de héroes de nuestro pueblo, y pronto, ya que no nos ocupamos de nuestra historia, quedará olvidada, en un proceso liberador, como todos sus hermanos.

Nació en 1883 en Praga, en el seno de una familia judía de habla alemana. En 1903 se licenció en Derecho, y a partir de 1908 trabajó en el Instituto de Seguros para Accidentes de Trabajo, un empleo que lo obligaría a realizar numerosos viajes a través del viejo imperio austrohúngaro, por entonces en pleno proceso de desmoronamiento. Formó parte de los círculos literarios e intelectuales de su ciudad, pero en vida apenas llegó a publicar algunos de sus escritos, la mayor parte en revistas. En 1922 obtuvo la jubilación anticipada por causa de la tuberculosis, enfermedad que empezó a padecer en 1917 y que ocasionaría la muerte, ocurrida en 1924 en el sanatorio de Kierling, en las cercanías de Viena.

El grueso de la obra de Kafka, entre la que se cuentan tres novelas, varias decenas de narraciones, un extenso diario, numerosos borradores y aforismos y una copiosa correspondencia, se publicó póstumamente por iniciativa de su amigo y albacea Max Brod, quien desobedeció el deseo expresado por Kafka de que se destruyeran todos sus textos. Desde entonces, la importancia de Kafka y su condición de clásico indiscutible no han hecho más que incrementarse, hasta el extremo de ser unánimemente considerado — por decirlo con palabras de Elias Canetti— como el escritor que más puramente ha expresado el siglo XX, y al que hay que considerar por lo tanto como «su manifestación más esencial».

InfoLivros.org

